David Harvey

# Espacios del capital

## Hacia una geografía crítica



**Akal** Cuestiones de antagonismo

Diseño interior y cubierta
RAG

Traducción:
Cristina Piña Aldao

Reservados todos los derechos.
De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270
del Código Penal, podrán ser castigados con penas
de multa y privación de libertad quienes
reproduzcan sin la preceptiva autorización o plagien,
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica
fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original:
*Spaces of Capital. Towards a Critical Geography*

Publicado originalmente por Edinburgh University Press, Ltd en 2001

© David Harvey, 2001

© Ediciones Akal, S. A., 2007
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

**www.akal.com**

ISBN-10: 84-460-2064-5
ISBN-13: 978-84-460-2064-6
Depósito legal: M. 483-2007

Impreso en Cofás, S. A.
Móstoles (Madrid)

# Espacios del capital

## Hacia una geografía crítica

David Harvey

-akal-

335.41
H341le
2/22

AG1091109

# Prefacio

Nadie que aspire a cambiar nuestra forma de interpretar el mundo y de pensar acerca de él puede hacerlo bajo circunstancias de su propia elección. Todos han de aprovechar la materia prima intelectual de la que disponen. Cada uno debe también intentar combatir los presupuestos, los prejuicios y las predilecciones políticas que en cualquier momento restringen el pensamiento de modos que en el mejor de los casos se pueden considerar tolerancia represiva y en el peor, meramente represivos. Los ensayos incluidos aquí, escritos a lo largo de aproximadamente treinta años, recogen mis intentos de cambiar las maneras de pensar en la disciplina de la geografía (hasta hace muy poco mi hogar institucional dentro de una división especializada del conocimiento característica del sector académico y cada vez menos funcional), en áreas afines (tales como los estudios urbanos) y entre la gente en general. También reflejan el cambio de las circunstancias de producción de conocimientos dentro del mundo de habla inglesa en esos años.

El inicio de la Guerra Fría y los ataques que sufrió la libertad de pensamiento a manos del mccarthysmo durante la década de 1950, fomentados e instigados por las inquietantes revelaciones sobre los excesos del estalinismo en la Unión Soviética, hicieron que durante la década de 1950 y comienzos de la de 1960 resultara muy difícil tratar los escritos de Marx como verdadera materia prima para modelar nuevos conocimientos y modos de acción política. De hecho, como tan claramente muestra el caso de Owen Lattimore (véase el capítulo 5), en Estados Unidos era peligroso manifestar cualquier opinión disidente (sin importar que se basara o no en el marxismo) que no encajase con exactitud en el molde exigido por la política exterior estadounidense. Esta política estaba dominada por la doctrina de contención de la influencia soviética y por la anexión o la supresión directa de todos los movimientos

políticos que prefirieran la senda socialista a la capitalista para mejorar económicamente. Pero a mediados de la década de 1960 muchos tenían claro que los sistemas de conocimiento prevalecientes fracasaban estrepitosamente a la hora de entender los numerosos impulsos revolucionarios y las luchas por la descolonización (a menudo inspirados por el pensamiento marxista) que se producían en buena parte de África, América Latina y Asia. A medida que evolucionaba la Guerra de Vietnam, se fue extendiendo la idea de que Estados Unidos no defendía la libertad y la independencia, sino que trabajaba para establecer un nuevo imperialismo que respaldara el sistema capitalista estadounidense, que tan vulnerable había resultado durante los catastróficos acontecimientos de las décadas de 1930 y 1940. Los levantamientos urbanos y las luchas por los derechos civiles en Estados Unidos (los asesinatos de Malcolm X, Martin Luther King y el ataque frontal contra los Panteras Negras que culminó con el asesinato de Estado de Fred Hampton en Chicago) también exigían serias reevaluaciones del pensamiento y de la práctica política.

Parecía importante abordar a Marx por dos razones interesantes: la primera, entender por qué una doctrina tan denigrada y despreciada en los círculos oficiales del mundo anglosajón podía suscitar una atracción tan extensa en quienes luchaban activamente por la emancipación en cualquier otro lugar; la segunda, para ver si la lectura de Marx podía ayudar a fundamentar una teoría crítica de la sociedad que abarcara e interpretara los conflictos sociales que culminaron en el intenso drama político (cercano a la revolución cultural y política) de los años álgidos de 1967-1973.

Mi propio trabajo sobre estos temas formó parte del esfuerzo general por entender estas cuestiones que se verificó a principios de la década de 1970. Fue útil, por supuesto, descubrir que en ciertos ámbitos todavía brillaban con fuerza los rescoldos de la erudición marxista (la obra de Paul Baran y Paul Sweezy brillaba en Estados Unidos y la de Maurice Dobb, E. P. Thompson y Raymond Williams en Reino Unido) y que en Europa se mantenían firmes diversas corrientes de pensamiento marxista. Al principio había que prestar atención a la recuperación de estos logros y al mismo tiempo desarrollar a partir de los textos clásicos de Marx conocimientos nuevos, adaptados a los tiempos. Pronto los escritos de Marx se estudiaron ampliamente y se aceptaron en general, pero posteriormente se consideraron cada vez más un dogma represivo, o algo anacrónico y reaccionario: era importante demostrar, por lo tanto, que sus ideas tenían vida cuando se adaptaban y ampliaban para abordar circunstancias nuevas.

El ángulo específico de mi trabajo fue, sin embargo, un tanto inusual, porque era casi tan infrecuente que quienes trabajaban en la tradición marxista prestaran atención a las cuestiones geográficas (o urbanísticas, excepto en cuanto fenómenos históricos) como que los geógrafos consideraran la teoría marxiana un posible fundamento para su pensamiento. En último extremo, la tradición radical de la geografía (que nunca fue muy fuerte) se basaba en los anarquistas, especialmente los de finales del siglo XIX,



cuando anarquistas geógrafos como Peter Kropotkin y Elisée Reclus eran pensadores y activistas destacados. Hay muchos elementos valiosos en esa tradición. Fue, por ejemplo, mucho más sensible a las cuestiones medioambientales y a la organización urbana (si bien de manera crítica) de lo que en general había sido el marxismo. Pero la influencia de tales pensadores estaba estrictamente circunscrita o se transformó, mediante la influencia de planeadores urbanísticos como Patrick Geddes, en un comunitarismo enmarcado en una oposición leve y aceptable a lo que Lewis Mumford, por ejemplo, consideraba la trayectoria distópica del cambio tecnológico bajo el capitalismo. Parte del movimiento de la geografía radical a finales de la década de 1960 se dedicó a revitalizar la tradición anarquista, mientras que los geógrafos con fuerte simpatía por, digamos, los movimientos de liberación nacional y los movimientos revolucionarios antiimperialistas escribían de un modo más directamente materialista histórico y basado en la experiencia, y evitaban las abstracciones. Los geógrafos de este tipo (se me ocurren Lattimore y Keith Buchanan) fueron marginados, y a menudo tratados como parias, en su disciplina. Los geógrafos radicales intentaron, no obstante, mantener esta tradición (haciendo frente a una feroz oposición), pero también, como en la revista geográfica radical *Antipode* (fundada en 1968) apuntalarla apelando a los textos de Marx y Engels, Lenin, Luxemburg, Lukacs y autores similares.

Los primeros artículos, recogidos en la Parte Segunda de esta recopilación, todos ellos publicados en *Antipode,* formaron parte de ese esfuerzo colectivo. No se había escrito mucho sobre la geografía de la acumulación de capital, la producción de espacio y el desarrollo geográfico desigual desde una perspectiva marxista. Aunque Marx prometió dedicar un volumen de *El capital* a la formación del Estado y al mercado mundial, no completó su proyecto. Por consiguiente me dispuse a efectuar una lectura comprensiva de todos sus textos para ver qué podría haber dicho sobre estos temas si hubiera vivido para completar su argumento. Hay dos formas de efectuar dicha lectura. Una es tratar a Marx como el «pensador magistral» cuyas afirmaciones llevan a todo trance el imprimátur de la verdad absoluta. La segunda, que prefiero, es tratar sus declaraciones como sugerencias tentativas e ideas aproximadas que hay que consolidar en un tipo de argumento teórico más congruente que respete el espíritu dialéctico y no las sutilezas verbales de sus estudios, notas y cartas en gran medida inéditos. Interpretándolo de este segundo modo, descubrí en Marx una base fértil para toda una gama de estudios posteriores (algunos de los cuales aparecen en este volumen) y para libros como *The Limits to Capital* (1982), *The Condition of Postmodernity* (1989) y *Espacios de esperanza* (2000)[1].

[1] D. Harvey, *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, México DF, FCE, 1990; *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996; *Espacios de esperanza*, Madrid, Akal, 2003.

Pero el aprendizaje del método de Marx abrió también todo tipo de sendas para el trabajo intelectual y el comentario político en cuestiones tan diversas como la naturaleza políticamente debatida de los conocimientos geográficos, las cuestiones medioambientales, las evoluciones económicas y políticas, y la relación general entre el conocimiento geográfico y la teoría social y política. Surgió todo un ámbito de trabajo que ayudó a entender el uso que el poder político hace de los conocimientos geográficos (independientemente de cómo se definan). Esto indicaba además la necesidad imperiosa de definir una geografía crítica (y una teoría urbana crítica) capaz de «deconstruir» (por usar la jerga actual) de qué modo ciertos conocimientos, aparentemente «neutrales», o «naturales» o incluso «obvios», podían constituir de hecho un instrumento para conservar el poder político. Los artículos incluidos en la Primera Parte tratan de esta cuestión. Hay suficientes pruebas parciales reunidas en este volumen como para establecer una conexión más que meramente verosímil, aunque hasta el momento no se ha dado una presentación sistemática y satisfactoria de la idea. Considero estos artículos como estudios preparatorios de un proyecto más amplio, merecedor de una consideración más profunda, sobre la influencia de los conocimientos geográficos en la perpetuación de las estructuras políticas y económicas de poder, y en la transformación mediante las luchas del orden político y económico.

Durante los treinta años que llevo escribiendo sobre estos temas he tenido la buena suerte de colaborar con múltiples estudiosos y activistas que han arriesgado mucho para desarrollar puntos de vista alternativos a las habituales evasiones tecnocráticas –cercanas a la apología del capitalismo– que dominan la geografía y las ciencias sociales más en general. Tengo una deuda inmensa con todos estas personas, sencillamente demasiado numerosas para mencionarlas (espero que ellas sepan quiénes son). Pero la muerte prematura de alguien que durante mucho tiempo fue un camarada, Jim Blaut, me lleva a dedicar este libro a su memoria. Uno de sus libros de reciente publicación, *Eight Eurocentric Historians,* es un valiente ejemplo del tipo de obra crítica saludable que tengo en mente. Deseo fervientemente que la nueva generación aproveche los rescoldos que brillan potentemente en la obra de Jim así como, espero, en la mía, para encender un fuego de geografía crítica que mantenga su llama hasta construir una sociedad más justa, equitativa, ecológicamente sana y abierta que la que hemos experimentado hasta ahora.

David Harvey
Nueva York, abril de 2001



# Fuentes

El capítulo 10 se presentó primero en el congreso sobre ciudades modelo de Singapur en abril de 1999 y fue publicado por la Autoridad para la Remodelación Urbana de Singapur en forma de actas, *Model Cities: Urban Best Practices in 2000;* la versión revisada, publicada aquí, se presentó en el congreso «El hombre y la ciudad: hacia un desarrollo más humano y sostenible», organizado en Nápoles en septiembre de 2000. El capítulo 11 se presentó primeramente en el congreso «Ciencias Sociales en el Milenio» patrocinado por la Universidad Baptista de Hong Kong en junio de 2000; la versión revisada, publicada aquí, se presentó en el vigésimo noveno Congreso Geográfico Internacional de Seúl en agosto de 2000. El capítulo 18 se preparó para el congreso sobre lo global y lo local organizado en la Tate Modern de Londres en febrero de 2001.

Las fuentes de los demás capítulos son las siguientes:

Capítulo 1: Entrevista publicada en *New Left Review* 6 (julio-agosto de 2000).
Capítulo 2: *Transactions of the Institute of British Geographers,* 1974.
Capítulo 3: *Economic Geography,* 1974.
Capítulo 4: *Comparative Urban Research,* 1978.
Capítulo 5: *Antipode,* 1983.
Capítulo 6: *The Professional Geographer,* 1984.
Capítulo 6: *New Perspectives Quarterly,* 1992.
Capítulo 8: *The Baltimore Book: New Views on Urban History,* 1992.
Capítulo 9: *Social Text,* 1995.
Capítulo 12: *Antipode,* 1975.

Capítulo 13: *Antipode,* 1976.
Capítulo 14: *Antipode,* 1981.
Capítulo 15: *Social Relations and Spatial Structures,* editado por Derek Gregory y John Urry, 1985.
Capítulo 16: *Geografiska Annaler,* 1989.
Capítulo 17: *Socialist Register,* 1998.

Las referencias se han incluido en la bibliografía. Por lo demás, los artículos reimpresos aparecen sin cambios en todos los aspectos sustanciales.



# PRÓLOGO

# 1

# La reinvención de la geografía

## Una entrevista con los editores de *New Left Review*[*]

*Después de la guerra, el campo típico de investigación marxista ha sido la historia. Tu trayectoria fue más original. ¿Cómo te convertiste en geógrafo?*

Existe una respuesta trivial, aunque en realidad profunda, a esta pregunta. De niño, a menudo deseé escaparme de casa, pero siempre que lo intentaba me resultaba muy incómodo, así que regresaba. Entonces decidí escaparme con la imaginación, gracias a ella al menos el mundo resultaba un lugar muy abierto; como tenía una colección filatélica que mostraba todos esos países con un monarca británico estampado en sus sellos, me parecía que todos ellos nos pertenecían a nosotros, a *mí*. Mi padre trabajaba de capataz en un astillero en Chatham, un lugar con una tradición naval muy fuerte. Vivíamos en Gillingham. Una vez al año durante la guerra nos llevaban a tomar el té al astillero, en un destructor; la aventura de alta mar y del imperio me causó una fuerte impresión. Mi primera ambición fue unirme a la marina. De modo que incluso en los tenebrosos días de 1946-1947, inmediatamente después de la guerra, existía todavía un imaginario que rodeaba todo este mundo imperial. Leer acerca del mismo, dibujarlo en los mapas, se convirtió en una pasión durante mi infancia. Más tarde, durante mi adolescencia, recorrí en bicicleta todo el norte de Kent, aprendiendo bastante acerca de la geología, la agricultura y el paisaje de nuestro entorno local. Disfruté en gran medida de esta forma de conocimiento. De manera que siempre me he sentido atraído por la geografía. En el colegio también me sentía poderosamente atraído por la literatura. Cuando ingresé en Cambridge –lo cual en aquellos tiempos aún era poco habitual para un muchacho

[*] Publicado por primera vez en *New Left Review* 4 (julio-agosto de 2000).

de mi extracción–, elegí geografía en lugar de literatura en parte debido a que tuve un profesor que se había formado allí que me aclaró que si uno estudiaba inglés en esa universidad no se dedicaba tanto a leer literatura como a estudiar a F. R. Leavis. Consideré que podía leer literatura por mi cuenta y que no necesitaba que Leavis me dijera cómo hacerlo. Así que preferí seguir la senda de la geografía, a pesar de que, desde luego, nunca dejé de interesarme por la historia y la literatura.

En Cambridge, la geografía era una disciplina importante y bien asentada, lo que me permitió adquirir un conocimiento básico de la disciplina tal y como se desarrollaba en Gran Bretaña en aquel tiempo. Continué allí mis estudios de doctorado, sobre la geografía histórica de Kent en el siglo XIX, centrándome en el cultivo del lúpulo. De hecho, mi primera publicación, sobre el tema de la elaboración de la cerveza, apareció en la propia revista de Whitbread, la empresa cervecera; siendo estudiante graduado gané diez libras gracias a un texto publicado junto a un artículo de John Arlott.

*Tu primer libro,* Explanation in Geography, *publicado en 1969, constituye una aportación a la disciplina llena de confianza y de un alcance ambicioso. Sin embargo, al parecer proviene de un entorno positivista muy específico, ¿se trata de un horizonte de referencia exclusivamente anglosajón, carente de cualquier legado proveniente de las tradiciones alternativas en geografía influyentes en Francia o Alemania?*

En *Explanation in Geography* trataba de buscar una respuesta a lo que consideraba un problema central de la disciplina. Tradicionalmente, el conocimiento geográfico había estado extremadamente fragmentado, orientado a enfatizar en gran medida lo que se denominaba «excepcionalismo». De acuerdo con la doctrina establecida, el conocimiento adquirido mediante la investigación geográfica es diferente de cualquier otro tipo de conocimiento. No es posible establecer generalizaciones o sistematizarlo. No existen leyes geográficas; no existen principios generales a los que se pueda apelar; lo único que se puede hacer es salir ahí afuera y estudiar, pongamos por caso, la zona seca de Sri Lanka, y pasarse toda la vida tratando de comprenderla. Quería hacer frente a esta concepción de la geografía insistiendo en la necesidad de comprender el conocimiento geográfico de un modo algo más sistemático. En aquel momento me parecía evidente que había que recurrir a la tradición filosófica del positivismo que, en la década de 1960, continuaba incorporando como parte de sí un poderoso sentimiento acerca de la unidad de la ciencia, proveniente de Carnap. Éste es el motivo por el que me tomé a Hempel y a Popper tan en serio; pensé que debía existir algún modo de usar su filosofía de la ciencia para contribuir a la construcción de un conocimiento geográfico más unitario. Se trata-



ba de un momento en el que, en el seno de la disciplina, existía un fuerte movimiento que apostaba por la introducción de técnicas estadísticas y nuevos métodos cuantitativos en la investigación. Se podría decir que mi proyecto consistía en desarrollar la vertiente filosófica de esta revolución cuantitativa.

*¿Qué puedes decirnos acerca del papel externo que jugó la disciplina a medida que se iban produciendo estos cambios? Históricamente, la geografía parece haber ocupado una posición más prominente dentro de la cultura intelectual general en Francia o en Alemania, donde ha estado más vinculada con cuestiones públicas centrales, que en Gran Bretaña. La línea de la geografía de Vidal de la Blache, que desemboca en la escuela de los* Annales, *se dedica inequívocamente a la problemática de la unidad nacional; Von Thünen, en Alemania, a la industrialización; Haushofer, a las estrategias geopolíticas de la expansión imperialista, perspectiva que encuentra una versión edwardiana en Mackinder aunque de un modo más marginal. ¿Donde cabría situar la geografía británica de posguerra?*

En la década de 1960 estaba mucho más conectada con la planificación, la regional y la urbana que en cualquier otro lugar. En aquel momento existía una cierta vergüenza sobre toda la historia del imperio, y un desacuerdo con respecto a la idea de que la geografía no podía o debía jugar un papel global, cuanto menos conformar estrategias geopolíticas. El resultado se tradujo en un enfoque fuertemente pragmático, en un intento de reconstruir el conocimiento geográfico como instrumento de la planificación administrativa en Gran Bretaña. En este sentido, la disciplina se hizo bastante funcionalista. Para que te hagas una idea sobre esta tendencia te diré que en mi opinión apenas existen campos en la investigación en los que la palabra «urbano» pueda ser considerada como el centro de la disciplina. La historia urbana es, en lo esencial, una forma más bien marginal; la economía urbana es así mismo un campo marginal; y lo mismo sucede con la política urbana. Mientras, la geografía urbana era realmente el centro de mucho de lo que estaba sucediendo en la disciplina. Así mismo, en la vertiente física, la gestión medioambiental se ocupa de manejar recursos locales de diversos modos específicos. Así, pues, en mi opinión, la presencia pública, bastante fuerte, de la geografía en Gran Bretaña operó en estas tres áreas específicas; no se proyectó hacia fuera mediante una formulación intelectual grandiosa como la que se podía encontrar en Braudel o en la tradición francesa. Es preciso recordar también que para muchos de nosotros, que teníamos ciertas ambiciones políticas en relación con la disciplina, planificación racional no era un concepto negativo en la década de 1960. Era el periodo de la retórica de Harold Wilson sobre el «toque mágico de la tecnología», un momento en el que la eficacia de la planificación regional y urbana iba a suponer una palanca para la mejora social del conjunto de la población.

*Aun así, un rasgo sorprendente de tu obra* Explanation in Geography *es la ausencia en ella de toda nota política. Se lee como un tratado puramente científico, carente de cualquier mención que se refiera a preocupaciones de este tipo. Uno jamás adivinaría a partir de esta obra que su autor habría de convertirse en un radical convencido.*

Bien, mi orientación política en aquel momento se situaba cerca del progresismo fabiano, motivo por el que me sentía seducido por las ideas de la planificación, la eficacia y la racionalidad. Leía a economistas como Oskar Lange, que pensaban en esta línea. De modo que en mi mente no existía ningún conflicto real entre la aproximación científica racional a las cuestiones geográficas y una aplicación eficaz de la planificación a las cuestiones políticas. Sin embargo, estaba tan absorbido en la redacción del libro que no advertí todo lo que estaba colapsando a mi alrededor. Entregué mi *opus magnum* a los editores en mayo de 1968, para inmediatamente después sentirme intensamente avergonzado por el cambio general de la temperatura política. A esas alturas, me sentía profundamente desilusionado con el socialismo de Harold Wilson. Justo en ese momento conseguí un trabajo en Estados Unidos, llegué a Baltimore un año después de que gran parte de la ciudad hubiera ardido a raíz del asesinato de Martin Luther King. En Estados Unidos, el movimiento en contra de la guerra y el movimiento por los derechos civiles estaban en su punto álgido; y allí me encontraba yo, tras haber escrito aquel tomo neutral que de uno u otro modo no parecía encajar. Me di cuenta de que tenía que repensar un montón de cosas que había dado por supuestas durante la década de 1960.

*¿Qué te llevó a Estados Unidos?*

En aquel tiempo las universidades estadounidenses estaban expandiendo sus departamentos de geografía. La formación en esta disciplina era más sólida en Gran Bretaña que en Estados Unidos de modo que se produjo una cierta afluencia de geógrafos británicos para cubrir nuevas plazas. Yo había enseñado en Estados Unidos como profesor invitado en varias ocasiones, y cuando me ofrecieron un trabajo en Johns Hopkins pensé que se trataba de una oportunidad atractiva. El departamento de esta universidad era interdisciplinar y combinaba geografía e ingeniería del medio ambiente. La idea consistía en juntar a un grupo de personas provenientes de las ciencias sociales y de las ciencias naturales con el fin de abordar cuestiones medioambientales con una perspectiva multidisciplinar. Yo fui uno de los primeros en participar en el nuevo programa. Aprendí bastante acerca de cómo piensan los ingenieros, acerca de los procesos políticos, acerca de los problemas económicos: no me sentí constreñido por la disciplina geográfica.



*¿Cuál era el ambiente político?*

Hopkins es un campus extremadamente conservador, que cuenta, no obstante, con una larga historia de acogida de ciertas figuras disidentes. Por ejemplo, alguien que me interesó bastante cuando llegué fue Owen Lattimore –su libro *Inner Frontiers of Asia* es excelente–, que había estado en Hopkins muchos años antes de que fuera víctima del mccarthysmo. Empleé un montón de tiempo hablando con gente que estaba allí acerca de lo que le sucedió y fui a visitarle personalmente. Finalmente, intenté que Wittfogel, que había sido su acusador, explicara por qué había atacado a Lattimore con tanta violencia. Así, pues, siempre me sentí fascinado por la historia política de la universidad, así como por la de la ciudad. Se trataba de un campus pequeño que siempre había sido muy conservador. Sin embargo, por ese motivo, incluso un reducido número de radicales decididos podía resultar bastante eficaz; a principios de la década de 1970 existía un movimiento en contra de la guerra, así como un activismo en favor de los derechos civiles muy importante en torno a la universidad. Desde el principio me intrigó la propia ciudad de Baltimore. De hecho, era un lugar increíble para desarrollar un trabajo empírico. Rápidamente me impliqué en estudios sobre discriminación en proyectos de vivienda, y desde entonces la ciudad ha formado un telón de fondo sobre el que se ha desarrollado gran parte de mi pensamiento.

*¿Cuál es el perfil de Baltimore como ciudad estadounidense?*

En muchos sentidos es una ciudad emblemática de los procesos que han dado forma a las ciudades bajo el capitalismo estadounidense, proporciona una muestra de laboratorio del urbanismo contemporáneo. Sin embargo, evidentemente, tiene además un carácter propio. Pocas ciudades norteamericanas cuentan con una estructura de poder tan simple como la de Baltimore. Después de 1900, buena parte de la gran industria se desplazó fuera de la ciudad, dejando el control en manos de una elite rica cuya fortuna se basaba en los bienes inmuebles y la banca. Baltimore no es actualmente sede de grandes empresas, y con frecuencia se alude a la ciudad como la mayor plantación en el sur, dado que en buena medida está gobernada del mismo modo que una plantación, mediante unas cuantas instituciones financieras de gran importancia. En realidad, en lo que respecta a la estructura social, la ciudad es mitad norteña mitad sureña. Dos tercios de la población es afroamericana, aunque el nivel de militancia negra no se acerca en modo alguno al que pueda encontrarse en Filadelfia, Nueva York o Chicago. Las relaciones raciales responden más a un patrón sureño. Puede que los alcaldes sean afroamericanos, pero ello no impide que dependan en gran medida de la conexión financiera y que estén rodea-

dos por barrios blancos que no quieren tener nada que ver con la ciudad. Culturalmente, es uno de los grandes centros del mal gusto estadounidense. Las películas de John Waters son clásicos en Baltimore, no cabe imaginárselas en ningún otro lugar. Arquitectónicamente, sea lo que sea lo que la ciudad trate de hacer, se torna en algo un tanto inadecuado, como le sucede al arquitecto que construye una casa calculando mal los ángulos, y años más tarde la gente comenta, «¿acaso no se trata de una estructura muy interesante?». Uno acaba por sentir mucho afecto hacia ella. En cierta ocasión pensé que debía escribir un libro titulado *Baltimore: la ciudad de las peculiaridades.*

*Tu segundo libro,* Social Justice and the City, *publicado en 1973, está dividido en tres apartados: Formulaciones liberales, Formulaciones marxistas y Síntesis. ¿Los escribiste como una secuencia premeditada desde el comienzo con el fin de reflejar tu propia evolución o surgieron de este modo, sobre la marcha?*

Se trata de una secuencia más fortuita que planeada. Cuando comencé el libro, aún me denominaba a mí mismo como socialista fabiano, aunque se trataba de una etiqueta que no tenía mucho sentido en el contexto de Estados Unidos, ya que nadie habría entendido su significado y se me hubiera catalogado de liberal con carné. De modo que organicé mi investigación siguiendo estos parámetros y descubrí que no eran operativos. Así que me acerqué a la teoría marxista con el fin de comprobar si proporcionaba mejores resultados. El cambio de un enfoque a otro no fue premeditado, me tropecé con él.

*No obstante, en 1971, poco tiempo después de que llegaras a Baltimore, formabas parte de un grupo de lectura que estudiaba* El capital *de Marx; una experiencia que describiste recientemente como un momento decisivo en tu carrera. ¿Eras el principal animador de este grupo?*

No, la iniciativa partió de estudiantes graduados que querían leer *El capital.* Dick Walker era uno de ellos y, en el grupo, yo era el profesor que ayudó a organizarlo. En cualquier caso, se trataba de un periodo en el que todavía no existía demasiada literatura marxista en inglés. Disponíamos de Dobb, Sweezy y Baran, pero poco más. Más tarde, tradujisteis textos del francés y del alemán, y se creó la *Penguin Marx Library.* La publicación de los *Grundrisse* en esa serie constituyó un paso adelante en nuestro desarrollo. El grupo de lectura fue una experiencia maravillosa, aunque yo no me hallaba en una posición privilegiada para enseñar a nadie. Éramos un grupo de ciegos guiando a otros ciegos, lo cual hizo que la experiencia fuera mucho más gratificante.



*En las conclusiones de* Social Justice and the City, *explicas tu encuentro con la obra sobre urbanismo de Henri Lefebvre después de que escribieras el resto del libro, y pasas a hacer unas observaciones sorprendentes sobre la misma. ¿Qué conocimiento tenías por aquel entonces del pensamiento francés sobre el espacio? Volviendo la vista hacia atrás, podría decirse que existían dos líneas diferenciadas de pensamiento dentro del marxismo francés que habrían sido relevantes para ti: la geografía histórica de Yves Lacoste y sus colegas de* Herodote, *y la teoría urbana contemporánea de Lefebvre, que emergió a partir de la fascinación del surrealismo con la ciudad como paisaje de lo inesperado en la vida cotidiana.*

En realidad existía otra línea en Francia, institucionalmente más importante que cualquiera de las anteriores, conectada con el Partido Comunista, cuyo representante más célebre era Pierre Georges. Este grupo era muy poderoso en el sistema universitario, tenía mucho control sobre las plazas docentes. El tipo de geografía que practicaban no era en absoluto abiertamente político: se centraba fundamentalmente en la base terrestre sobre la que se erigen las sociedades humanas y sus transformaciones a partir de la movilización de las fuerzas productivas sobre el suelo. A Lefebvre no se le consideraba geógrafo. Georges era un punto de referencia central dentro de la disciplina.

*Tu respuesta a las ideas de Lefebvre entona una nota bastante distintiva, que vuelve a aparecer en tu trabajo posterior. Por un lado, te entusiasmas con el radicalismo de Lefebvre con una valoración generosa de la carga utópica crítica de su obra; por otro, señalas la necesidad de un realismo que sirva de equilibrio. Esta respuesta a dos bandas se convierte en una suerte de modelo en tu trabajo; estoy pensando en el modo en el que, en* The Condition of Postmodernity, *simultáneamente y de una forma imaginativa tomas la noción de «acumulación flexible» y la limitas empíricamente, o en tu reacción contra los ecologistas apocalípticos en tu obra más reciente: una combinación poco habitual de compromiso apasionado y sensatez imperturbable.*

Una de las lecciones que aprendí escribiendo *Social Justice and the City* ha continuado siendo importante para mí. La mejor manera de expresarla es mediante una frase que Marx empleó al hablar del modo en el que podemos friccionar distintos bloques conceptuales entre sí para provocar un fuego intelectual. La innovación teórica con demasiada frecuencia emerge de la colisión entre líneas de fuerza diferentes. En una fricción de este tipo, uno no debe nunca abandonar el propio punto de partida; las ideas únicamente prenderán fuego si los elementos originales no son completamente absorbidos por los nuevos. Las formulaciones liberales de *Social Justice and the City* no desaparecen totalmente, en modo alguno; permanecen como

parte del programa futuro. Cuando leo a Marx, soy consciente de que estoy ante una *crítica* de la economía política. Marx nunca sugiere que Smith o Ricardo hablaran sin sentido, él se muestra profundamente respetuoso con lo que estos autores tenían que decir. Sin embargo, también confronta sus conceptos con otros, provenientes de Hegel o Fourier, de acuerdo con un proceso transformador. Éste ha sido un principio de mi propio trabajo: puede que Lefebvre haya tenido algunas ideas brillantes, y los regulacionistas han desarrollado algunas nociones muy interesantes que merecen respeto por derecho propio; no obstante, uno no debe renunciar a todo lo que constituye su acervo; se trata de friccionar los bloques entre sí y preguntarse: ¿emergerá de esto algo que constituya una nueva forma de conocer?

*¿Cuál fue la recepción de* Social Justice *dentro de la disciplina? La primera parte de la década de 1970 fue un periodo en el que se produjo un giro intelectual generalizado hacia la izquierda; ¿logró el libro una recepción benévola?*

En Estados Unidos ya existía un movimiento radical en el seno de la geografía reunido en torno a la revista *Antipode,* producida en la Clark University en Worcester, Massachusetts, una de las principales universidades en el área de la geografía de todo el país. Sus fundadores eran decididamente antiimperialistas, y se dedicaron a analizar la historia del entretejimiento entre la geografía y el colonialismo occidental. La revista promovió intervenciones potentes en reuniones nacionales en Estados Unidos, así como la formación de un grupo denominado Geógrafos Socialistas. En Gran Bretaña, Doreen Massey y otros autores encabezaron un tipo de movimiento similar. Así que, como ya he dicho, a principios de la década de 1970 existía un tipo de movimiento generalizado entre los jóvenes geógrafos que exploraba esta dimensión específica. *Social Justice and the City* fue uno de los textos que recogió este momento, convirtiéndose en un punto de referencia a medida que fue pasando el tiempo. También se leyó fuera de la disciplina, especialmente por parte de sociólogos urbanos y algunos estudiosos en ciencias políticas. Por supuesto, los economistas radicales también estaban interesados en las cuestiones urbanas, que se habían convertido en asuntos políticos centrales en Estados Unidos. El escenario era, pues, bastante favorable a la recepción del libro.

The Limits to Capital *apareció nueve años más tarde, en 1982. Se trata de un trabajo fundamental de teoría económica, un salto asombroso con respecto a tus obras anteriores. ¿Cuál es la historia de esta mutación?*

Contaba con cierta formación en economía neoclásica y teoría de la planificación que había adquirido en Cambridge. Para cualquier geógrafo, la teoría de la localización de Von Thünen era, desde el principio, un punto importante de referencia. Des-



de luego, al escribir *Explanation in Geography* me introduje en los debates positivistas del razonamiento matemático, así que cuando me enfrenté a los trabajos de economistas marxistas como Morishima o Desai, no tuve dificultades para entender de lo que hablaban. El trabajo de Morishima y, naturalmente, la *Theory of Capitalist Development* de Sweezy me resultaron de gran ayuda. Sin embargo, para ser honesto, mientras escribía *The Limits to Capital* me quedé la mayor parte del tiempo con los textos del propio Marx. De lo que me di cuenta tras escribir *Social Justice and the City* es de que no había entendido a Marx, y que necesitaba ser franco al respecto, algo que traté de hacer sin demasiada ayuda exterior. Mi objetivo era llegar a un punto en el que la teoría pudiera ayudarme a comprender las cuestiones urbanas, y no podía hacerlo sin abordar las cuestiones del capital fijo, sobre las que nadie había escrito demasiado hasta el momento. Se planteaba el problema del capital financiero, fundamental, como sabía por Baltimore, en los mercados de viviendas. Si me hubiera detenido en la primera parte del libro habría producido un análisis de la teoría de Marx muy similar a otros que estaban surgiendo en aquel periodo. La última parte, en la que analicé la temporalidad de la formación del capital fijo y el modo en el que se relaciona con los flujos monetarios y el capital financiero, y las dimensiones espaciales de estos aspectos, hizo que el libro resultara poco habitual. Fue una tarea dura. Casi me vuelvo loco escribiendo *The Limits to Capital;* lo pasé muy mal tratando de acabarlo, además de intentando que resultara legible; en esta tarea empleé la mejor parte de una década. El libro sirvió de base de todo lo que he estado haciendo desde entonces. Es mi texto favorito, sin embargo, irónicamente, probablemente sea el menos leído.

*¿Qué acogida tuvo en aquel momento? La* NLR *ciertamente no le prestó ninguna atención, pero ¿qué me dices de otros sectores de la izquierda?*

Realmente no puedo acordarme de nadie que se autodenominara economista marxista y se tomara el libro en serio. Siempre me ha extrañado ese espíritu corporativo, tan ajeno al proceder del propio Marx. Evidentemente, existían algunas razones circunstanciales que explicaban esta reacción de indiferencia. La controversia sobre el concepto de valor en Sraffa y Marx aún estaba teniendo lugar, lo cual creo que disuadió a mucha gente a la hora de intentar tomar en consideración las teorías de Marx sobre el desarrollo capitalista. Se disponía de otras versiones –la de Jim O'Connor o la de John Weeks– sobre la teoría de la crisis. Podría considerarse la última parte del libro como una predicción de las guerras intraimperialistas, lo cual era fácil de rechazar. El único debate real en torno al libro se produjo cuando Michael Lebowitz lo atacó en las páginas de la *Monthly Review,* yo le contesté algún tiempo después. En general, el libro no parecía que fuera a ninguna parte.

*Bien, estabas en buena compañía. En definitiva,* El capital *de Marx había recibido tan pocas respuestas que él mismo acabó escribiendo una reseña empleando un pseudónimo. En retrospectiva, lo que resulta chocante es que tu teoría sobre la crisis anticipa el trabajo posterior de dos marxistas, que tampoco procedían de las filas de los economistas: Robert Brenner, de la historia, y Giovanni Arrighi, de la sociología. En ambos casos, el espacio se convierte en una categoría explicativa central de un modo que no cabe encontrar en ningún otro lugar en la tradición marxista con anterioridad a tu libro. El registro que ellos emplean es más empírico –el rastreo de las economías nacionales de posguerra en el caso de Brenner; los ciclos largos de la expansión global en el de Arrighi–, pero el marco, y muchas de las conclusiones claves, son básicamente similares. Tu análisis proporciona el modelo en estado puro de este tipo de explicaciones, tu análisis tripartito de los modos en los que el capital aplaza o resuelve sus tendencias a la crisis –la solución estructural, la solución espacial y la solución temporal– se exponen con una claridad sin precedentes.*

En ese sentido y mirando hacia atrás, se podría decir que fue profético. Sin embargo, lo que yo esperaba producir era un texto que pudiera ser fundacional, y me sorprendió que no fuera interpretado con ese espíritu, y que, en cambio, se quedara ahí, más bien sin fuerza. Desde luego, contaba con cierto seguimiento entre los geógrafos radicales, y quizá entre unos cuantos sociólogos, pero nadie lo usó realmente del modo en el que a mí me hubiera gustado que lo hicieran. Así que, por ejemplo, hoy podría retomar este análisis de la crisis y confrontarlo, pongamos por caso, con la teoría de los sistemas-mundo; de hecho, eso es probablemente lo que trataré de hacer en un curso al año que viene.

*El obstáculo más profundo que impidió que se aceptara antes lo que tú estabas haciendo se debe a la dificultad que han tenido siempre los marxistas para enfrentarse a la geografía en la medida en que se trataba de un campo de contingencia natural, de cambios y acontecimientos arbitrarios en la corteza terrestre, con sus diferentes consecuencias para la vida material. Los enunciados fundamentales del materialismo histórico tienen una estructura deductiva independiente de cualquier localización espacial, invariablemente ausente en ellos. Lo curioso es que tu teoría de la crisis, que expusiste en* The Limits to Capital, *respeta, en cierto sentido, esta tradición, procede siguiendo una estructura deductiva perfectamente clara. Sin embargo, incorpora el espacio a la estructura como un elemento que no se puede eliminar de la misma. Esto resultó ser realmente novedoso. Las categorías geográficamente indiferenciadas de* El Capital *se ponen a trabajar en el terreno histórico-natural, que evidentemente sigue siendo representado de un modo abstracto para ajustarse a las demandas de una argumentación deductiva. Dicha combinación fue calculada con el fin de deshacerse de las expectativas convencionales.*



En un principio, mi propia intención era hacer que algunas investigaciones históricas sobre urbanización rebotaran contra *The Limits to Capital,* pero esto se convirtió en un proyecto excesivo, y finalmente lo que hice fue distribuir este material en los dos volúmenes de ensayos que aparecieron en 1985: *Conciousness and the Urban Experience* y *The Urbanization of Capital.* Algunos de los materiales que se incluyen en ellos son anteriores a *The Limits to Capital.* En 1976-1977, cuando aún me estaba debatiendo con este último, pasé un año en París con el propósito de aprender de los debates marxistas franceses, pero no resultó como yo quería. Para ser sincero, los intelectuales franceses me parecieron un tanto arrogantes, bastante incapaces de relacionarse con alguien proveniente de Norteamérica; me alegré bastante cuando, un par de años después, Edward P. Thompson lanzó su famoso ataque contra Althusser. Por otro lado, Castells –que no formaba parte del circo de los grandes nombres– fue muy cálido y me prestó una gran ayuda, al igual que otros sociólogos urbanos, de modo que no perdí el tiempo. Lo que sucedió, por el contrario, fue que me fui sintiendo cada vez más intrigado por París como ciudad. Me resultaba mucho más divertido explorarla que pelearme con los esquemas de la reproducción; a partir de esta fascinación surgieron los escritos sobre Sacré-Coeur y la Comuna, publicados en 1978. Tras esto dirigí mi atención hacia el París del Segundo Imperio, un asunto maravilloso que se convirtió en el tema del ensayo más largo de estos dos volúmenes. Lo que me interesaba era lo siguiente: ¿hasta qué punto podría aplicarse a situaciones concretas el tipo de aparato teórico expuesto en *The Limits to Capital*?

*Una diferencia notable presente en el ensayo sobre el Segundo Imperio –que podría haber sido publicado como un libro breve– es la repentina aparición de numerosas fuentes literarias, inexistentes en tus obras anteriores, pero que ahora se despliegan en cascada por toda la obra: Balzac, Dickens, Flaubert, Hardy, Zola, James. ¿Habías reprimiendo antes una parte de ti o se trataba, en cierto sentido, de un nuevo horizonte?*

Nunca he dejado de leer estas obras, sin embargo, nunca pensé en emplearlas en mi trabajo. Una vez que empecé a hacerlo, todo comenzó a fluir. Esto tuvo algo que ver con mi posición dentro del mundo académico: por aquel entonces me encontraba suficientemente seguro; no me sentía compelido a permanecer dentro de ninguno de los circuitos existentes; de todos modos, nunca lo había hecho. No obstante, me sentía realmente liberado evadiéndome de ellos, por no hablar del placer, tras el duro trabajo que representó *The Limits to Capital,* que me proporcionaban los propios textos.

*Parece como si este cambio también hubiera preparado el terreno para el estilo panorámico que adoptas en* The Condition of Postmodernity. *Al parecer, a mediados de*

*la década de 1980, a medida que despegaba el debate en torno a la posmodernidad, tus antenas comenzaron a agitarse un tanto. ¿Qué es lo que desencadenó la idea de escribir un libro de gran alcance sobre el tema?*

Mi primer impulso fue de impaciencia. De repente, se estaba produciendo todo ese debate sobre la posmodernidad como una categoría para comprender el mundo, para desplazar o sumergir al capitalismo. De modo que pensé: he escrito *The Limits to Capital,* he llevado a cabo toda esta investigación sobre París en el Segundo Imperio, sé bastantes cosas sobre los orígenes del movimiento moderno, y muchas sobre urbanismo, campo que despunta con fuerza en esta nueva exhortación; así que ¿por qué no sentarme y producir mi propia perspectiva sobre el asunto? El resultado fue uno de los libros más fáciles que haya escrito nunca. Tardé un año en escribirlo, fluyó sin problemas o ansiedades. Evidentemente, una vez embarcado en él, mi respuesta se tornó más meditada. No sentía ningún deseo de negar la validez de cierta idea de posmodernidad. Por el contrario, pensaba que la noción apuntaba hacia muchas transformaciones a las que debíamos prestar la máxima atención. Por otro lado, no tenía por qué someterme al cuento y la exageración que por aquel entonces rodeaban a este debate.

*El libro reúne tus inquietudes interdisciplinares de un modo notable; partes –de modo totalmente lógico– de lo urbano en su sentido más estricto, con una discusión sobre la reciente evolución de Baltimore, de la que se desprenden dos argumentos fundamentales en contra de las celebraciones acríticas de la posmodernidad como una «superación» de las imperfecciones del movimiento arquitectónico moderno. La argumentación común en aquel momento –una mezcla de Jacobs y Jencks– procedía del siguiente modo: el movimiento moderno ha arruinado nuestras ciudades con su creencia inhumana en la planificación racional y el implacable monolitismo de su diseño formal; el posmodernismo, por el contrario, respeta los valores de la espontaneidad y el caos urbano, y suscita una diversidad de estilos arquitectónicos liberadora. Tú desplazas ambos argumentos señalando que no fue la devoción hacia los principios de la planificación lo que produjo tantos resultados terribles, sino la subordinación de los planificadores a los imperativos del mercado, que ha continuado produciendo la zonificación de las ciudades con tanta rigidez bajo condiciones posmodernas como lo hicieran bajo las modernas; mientras, la mayor diversidad de estilos formales ha sido tanto una función de las innovaciones tecnológicas, que han permitido el uso de nuevos materiales y formas, como de cualquier emancipación estética.*

Sí, pensé que era importante mostrar los nuevos tipos de monotonía en serie que podía acarrear el supuesto florecimiento de la fantasía arquitectónica, y la in-



genuidad de buena parte de los efectos escénicos posmodernos, el simulacro de comunidad que a menudo se afanan en construir. No obstante, también quería dejar claro que para comprender por qué estos estilos han tenido un arraigo tan poderoso, se necesita prestar atención a los cambios que subyacen en la economía real. Esto me condujo al área que de modo emblemático ha teorizado la Escuela de la Regulación en Francia. ¿Qué ha cambiado en el sistema de relaciones entre capital y trabajo y entre capital y capital, desde la recesión de principios de la década de 1970? Por ejemplo, ¿hasta qué punto podríamos hablar ahora de un nuevo régimen de «acumulación flexible», basado en mercados laborales temporales? ¿Era ésta la base material de las alteraciones en el tejido urbano que se producían a nuestro alrededor? Mi impresión es que los regulacionistas estaban bastante en lo cierto al centrarse en los cambios del contrato salarial y las reorganizaciones del proceso laboral; se podía seguir su planteamiento durante un buen trecho con respecto a esta cuestión, no así cuando sostienen que la noción misma de capitalismo de algún modo se ha transformado en lo esencial. Lo que estaban sugiriendo es que un régimen histórico –el fordismo– había dado paso a otro –la acumulación flexible– que había reemplazado de modo efectivo al primero. Sin embargo, empíricamente, no existen evidencias de semejante cambio general, la «acumulación flexible» puede predominar local o temporalmente aquí o allá, pero no podemos hablar de una transformación sistémica. El fordismo persiste de un modo palpable en amplias áreas de la industria aunque evidentemente tampoco ha permanecido estático. En Baltimore, donde la Bethlehem Steel solía emplear a 30.000 trabajadores, en la actualidad produce la misma cantidad de acero con menos de 5.000, de modo que la estructura de empleo en el propio sector fordista ya no es la misma. El alcance de este tipo de reducción de plantilla y la extensión de los contratos temporales en el sector no fordista han generado algunas de las condiciones sociales de la fluidez y la inseguridad de las identidades que ilustran de manera ejemplar lo que podríamos llamar posmodernidad. No obstante, ahí no acaba la historia. Existen muchas formas diferentes de lograr beneficios, de obtener plusvalor, y si un método se muestra factible es probable que se experimente de forma creciente con él, de modo que cabe pensar en una tendencia hacia la acumulación flexible. Sin embargo, en este proceso nos topamos con algunas limitaciones fundamentales. Imaginemos lo que significaría para la cohesión social que todo el mundo funcionara en un régimen de trabajo temporal, las consecuencias que esto tendría para la vida urbana o para la seguridad civil. Ya es posible constatar los efectos perjudiciales de esta tendencia, incluso a partir de algunas iniciativas parciales en esta dirección. Una transformación universal plantearía dilemas agudos y peligros a la estabilidad del capitalismo como orden social.

*Eso vale para la relación capital-trabajo; ¿qué puedes decirnos sobre las relaciones capital-capital?*

Lo que observamos es que existe una asimetría espectacular en el poder del Estado. El Estado-nación sigue siendo un regulador del trabajo absolutamente fundamental. La idea de que éste está disminuyendo o desapareciendo como centro de autoridad en la edad de la globalización es una idea ridícula, que en realidad nos distrae del hecho de que el Estado-nación está en la actualidad más dedicado que nunca a crear un clima de negocios benigno para la inversión, lo cual significa justamente controlar y reprimir resueltamente a los movimientos obreros empleando métodos nuevos y diversos, como los recortes del salario social, los flujos migratorios programados, etc. El Estado se muestra tremendamente activo en el campo de las relaciones capital-trabajo. Sin embargo, si nos fijamos en las relaciones entre capitales, el panorama es bastante diferente, ya que el Estado, en la medida en la que los flujos financieros han rebasado la posibilidad de establecer una regulación estrictamente nacional, ha perdido realmente mucha capacidad de regular los mecanismos de asignación y competencia. Uno de los argumentos fundamentales que expongo en *The Condition of Postmodernity* es que el rasgo auténticamente novedoso del capitalismo que emerge a partir de la divisoria que marca la década de 1970 no consiste tanto en la flexibilidad generalizada de los mercados laborales, como en una autonomía sin precedentes del capital dinero con respecto a los circuitos de la producción material: esto es, una hipertrofia de las finanzas, que constituye la otra base sobre la que se asienta la experiencia y la representación posmoderna. Uno de los temas clave del libro es la ubicuidad y la volatilidad del dinero como terreno impalpable de la existencia contemporánea.

*Sí, adaptando el título de Céline,* Vie à crédit. *En lo que respecta al procedimiento,* The Condition of Postmodernity, *de hecho, sigue bastante al pie de la letra la prescripción de Sartre sobre un marxismo revitalizado. Él definió su tarea como la necesidad de fundir en un único proyecto el análisis de las estructuras objetivas con la restitución de la experiencia subjetiva y sus representaciones. Se trata de una descripción bastante buena de lo que tú estabas haciendo. ¿Cuál es para ti el resultado más importante del libro?*

*The Condition of Postmodernity* es el trabajo que ha obtenido más éxito de todos los que he publicado; captó a una audiencia mayor que todos los demás juntos. Cuando un libro sacude el nervio público de este modo, diferentes tipos de lectores toman de él cosas diferentes. Para mí, la parte más novedosa del libro son sus conclusiones, la sección en la que exploro lo que significa para la gente la experiencia posmoderna en términos del modo en el que viven e imaginan el tiempo y el espacio. El tema de



la «compresión tiempo-espacio», que analizo desde distintos ángulos a lo largo de los últimos capítulos, constituye la parte experimental clave del libro.

The Condition of Postmodernity *se publicó en 1989. Dos años antes te habías trasladado de Baltimore a Oxford. ¿Qué te empujó a volver a Inglaterra?*

Sentía en aquel momento que me estaba dando contra la pared en Baltimore, así que cuando me preguntaron si estaría dispuesto en ponerme al frente de la cátedra Mackinder en Oxford me tiré al ruedo, se trataba una experiencia diferente. Sentía curiosidad por comprobar cómo sería. Permanecí en Oxford durante seis años, pero continué enseñando en Hopkins durante todo el tiempo. Mi carrera ha sido, en este sentido, bastante conservadora en comparación a la de la mayoría de los académicos; me he mantenido intencionadamente leal a los lugares en los que he estado. En Oxford, la gente me seguía tratando como si acabara de llegar de Cambridge, de donde me fui en 1960; como si los veintisiete años que habían transcurrido entre medias los hubiera pasado en la sala de espera de las colonias, antes de regresar a mi gallinero natural en Oxbridge, lo cual me trajo de cabeza. Tengo fuertes raíces en la cultura inglesa, que hasta el día de hoy siento de un modo muy poderoso. Cuando vuelvo al condado de Kent, que había recorrido en bicicleta, todavía conozco todas sus rutas como la palma de la mano. De modo que, en este sentido, podría decirse que siempre me he sentido de algún modo firmemente unido a mi terruño. En ningún momento me gustaría negar estos orígenes. Los mismos que me impulsaron, igualmente, a explorar otros espacios.

*¿Qué puedes decirnos de la propia universidad o de la ciudad?*

Profesionalmente, por primera vez en muchos años me vi en un departamento de geografía convencional, lo cual me resultó muy útil. Contribuyó a renovar mi sentido de la disciplina, y me recordó qué es lo que piensan los geógrafos sobre el modo en el que piensan. Oxford no cambia muy rápido, por decirlo de un modo suave. Trabajar allí tenía sus lados placenteros, así como otros negativos. En general, me gustaba el entorno físico, aunque el entorno social --especialmente la vida universitaria– me resultaba bastante insufrible. Evidentemente, uno se da cuenta enseguida de las ventajas prácticas de las que se disfruta ocupando una plaza en Oxford. Pasé de ser considerado como una especie de intelectual disidente asentado en un departamento extraño al otro lado del Atlántico, a ser considerado como una figura respetable, para la que se abrieron, una tras otra, varias puertas inesperadas. La primera vez que fui consciente de la existencia de las clases sociales fue cuando acudí a Cambridge en la década de 1950. En Oxford se me recordó lo que seguía significando en Gran Bretaña. Evidentemente, como ciudad Oxford es otra cuestión. Durante los años que pasé en Baltimore, siempre

traté de mantener alguna relación con la acción política local: nos hicimos con una vieja biblioteca y la convertimos en un centro de acción para la comunidad, tomamos parte en campañas a favor del control de los alquileres, y en general tratamos de provocar iniciativas radicales; siempre he considerado importante conectar mi trabajo teórico con la actividad práctica en el ámbito local. Así que cuando me fui a Oxford, la campaña local en defensa de la planta de Rover en Cowley me proporcionó una extensión natural de este tipo de implicación. Por motivos personales, no podía seguir siendo tan activo a como lo había sido en Baltimore, sin embargo, esta lucha me proporcionó la misma clase de conexión con un conflicto social tangible. También dio lugar a algunos debates políticos muy interesantes –recogidos en el libro *The Factory and the City,* que produjimos Teresa Hayter y yo sobre el tema–, una experiencia fascinante. Poco tiempo después leí la novela de Raymond Williams, *Second Generation,* que trata precisamente sobre esto, y me quedé atónito ante lo bien que captó gran parte de lo que estaba ocurriendo en Cowley. Así que uno de los primeros ensayos en *Justice, Nature and the Geography of Difference* se convirtió en una reflexión acerca de esta obra de ficción.

*¿No crees que existe una serie de afinidades entre vosotros? El tono de Williams siempre fue calmado, si bien no se prestaba a compromisos. Su postura era radical de un modo consistente, pero también resueltamente realista. Sus obras no respetaban las fronteras entre disciplinas y atravesaban muchas barreras intelectuales inventando nuevos modos de análisis sin ninguna ostentación. En lo que se refiere a estos aspectos, tu propia obra presenta similitudes con la suya. ¿Cómo definirías tu relación con él?*

Nunca conocí a Williams personalmente, aunque desde luego conocía su obra desde hacía tiempo. *The Country and the City* fue un texto fundamental para mí a la hora de enseñar Estudios Urbanos. Estando en Hopkins, en un medio en el que se sobrevaloraba a tantos intelectuales franceses de altos vuelos, siempre sentí una intensa admiración por él. Williams nunca recibió esa clase de reconocimiento académico, aunque lo que tenía que decir acerca del lenguaje y el discurso era tan interesante como lo que podía estar diciendo cualquier teórico parisino, y a menudo mucho más sensato. Evidentemente, cuando llegué a Oxford, me reenganché con más fuerza a su trabajo. El relato que Williams hace de cómo se sintió al llegar a Cambridge como estudiante se ajustaba casi perfectamente con mi propia experiencia allí. Además estaba su poderosa novela, ambientada en Oxford, en el lugar en el que entonces trabajaba, con un entretejimiento extraordinario de temas sociales y espaciales. Así que me sentía fuertemente conectado a él.

*Al parecer, también se produce un cambio en relación a otros aspectos en las fuentes de* Justice, Nature and the Geography of Difference. *Heidegger y Whitehead adquieren mucha mayor importancia con respecto a Hempel o Carnap. Se trata de una colección de textos muy diversos. ¿Cuál es su objetivo fundamental?*



Creo que es el libro menos coherente de los que haya escrito. Puede incluso que exista algo positivo en su falta de cohesión, puesto que el resultado deja preguntas abiertas a distintas posibilidades interpretativas. Lo que realmente quería hacer era tomar algunos conceptos geográficos básicos –espacio, lugar, tiempo, entorno– y demostrar que resultan centrales para toda comprensión materialista-histórica del mundo. En otras palabras, tenemos que pensar en un materialismo *geográfico*-histórico, y para ello necesitamos cierta concepción dialéctica. Los tres últimos capítulos proporcionan ilustraciones de cuál podría ser el resultado. Las cuestiones geográficas siempre están presentes –tienen que estarlo– en cualquier perspectiva materialista de la historia; sin embargo, nunca han sido abordadas de un modo sistemático. Quería establecer la necesidad de hacerlo. Probablemente no lo logré, pero al menos lo intenté.

*Una de las líneas de este trabajo, que proporciona un equilibrio característico, es su implicación con la ecología radical. Adviertes sobre el catastrofismo ecologista en la izquierda. ¿Cabría considerar esto como el equivalente contemporáneo de las teorías económicas del* Zusammenbruch [derrumbe], *propias de un marxismo más antiguo?*

Se suscitó un debate bastante interesante sobre esta cuestión en la *Monthly Review,* en el que participó John Bellamy Foster, que puso sobre la mesa las cuestiones centrales con mucha claridad. Siento una enorme simpatía hacia muchos de los argumentos ecologistas, sin embargo, mi experiencia de trabajar en un departamento de ingeniería, orientado hacia soluciones pragmáticas, me ha hecho mostrarme reservado con respecto a las profecías del día del juicio final, aunque provengan, como a menudo sucede, de los propios científicos. He dedicado mucho tiempo a persuadir a los ingenieros de que debían adoptar la idea de que el conocimiento –incluida su propia habilidad técnica– es, así mismo, una construcción social. Sin embargo, cuando me pongo a discutir con gente que viene del campo de las humanidades, me encuentro en la posición de tener que llamarles la atención sobre el hecho de que cuando los sistemas de depuración no funcionan, uno no llama a los posmodernos sino a los ingenieros; éste es el caso de mi departamento, que se ha mostrado increíblemente creativo sobre los sistemas de eliminación de aguas residuales. Así que me sitúo en la frontera entre ambas culturas. Diseñé el capítulo sobre dialéctica en *Justice, Nature and the Geography of Difference* con el fin de intentar explicarles a los ingenieros y a los científicos qué es lo que se escondía detrás de este misterio. Por este motivo, se articula más en términos de proceso natural que como una categoría filosófica. Evidentemente, si hubiera estado enseñando dialéctica en un programa de humanidades, tendría que haber hablado

de Hegel; sin embargo, al dirigirme a ingenieros, tenía más sentido referirme a Whitehead, a Bohm o a Lewotin, todos ellos científicos, familiarizados con las actividades de la ciencia. Esto da un toque bastante diferente a la argumentación dialéctica si la comparamos con el filosófico-literario, mucho más habitual.

*Otra línea fundamental en el libro –que aparece justamente en el título– se refiere a la idea de justicia. Un concepto que no es bien recibido dentro de la tradición marxista. Históricamente, resulta absolutamente cierto que, tal y como han demostrado Barrington Moore y otros autores, el sentido de la injusticia ha sido una palanca poderosa –si bien culturalmente variable– para la revuelta social. Sin embargo, aparentemente esto no ha hecho precisa ninguna teoría articulada en torno a los derechos o la justicia. En la actualidad, se han producido muchos intentos, sin mucho éxito, de fundarlas. Marx, siguiendo a Bentham, se mostró fulminante sobre su fundamento filosófico. ¿Por qué crees que estas objeciones deberían ser desatendidas?*

Marx reaccionó en contra de la idea de justicia social porque vio en ella un intento de remediar mediante una solución puramente redistributiva problemas que residían en el modo de producción. La redistribución de la renta dentro del capitalismo sólo podría ser un paliativo; la solución pasaba por una transformación del modo de producción. Existe una fuerza tremenda en esta resistencia. Sin embargo, reflexionando sobre ella, me fui sintiendo cada vez más sorprendido por otra cosa que Marx escribió, su famosa afirmación, en la Introducción de los *Grundrisse,* de que la producción, el intercambio, la distribución y el consumo son, todos ellos, momentos de una totalidad orgánica, en la que cada uno de ellos integra al resto. Creo que resulta muy difícil hablar sobre estos momentos diferentes sin asumir cierta idea de justicia, si se quiere, de los efectos redistributivos que tendría una transformación del modo de producción. No siento ningún deseo de abandonar la idea de que el objetivo fundamental es justamente esta transformación, pero reducirla a esto sin prestar la debida atención a lo que ello podría significar en el mundo del consumo, de la redistribución y del intercambio, supone renunciar a una fuerza de presión política. De modo que, en mi opinión, existen motivos para reintroducir la idea de justicia sin renunciar al objetivo fundamental de transformar el modo de producción. Evidentemente, sucede también que algunos de los logros de la socialdemocracia –a menudo denominada socialismo redistributivo en Escandinavia– no merecen ser objeto de mofa. Se trata de logros limitados pero reales. Por último, existe un motivo táctico bien fundado para que la izquierda reclame las ideas de justicia y de los derechos al que me refiero en mi libro, *Spaces of Hope*[1]. Si existe hoy en día una contradicción fundamental en la propia ideología burguesa en todo el mundo, ésta reside en su retórica de los derechos. Me impresionó mucho, repasando la Declaración de Derechos de la ONU de 1948, leer sus Artículos 21-24 en relación a los derechos laborales. Uno se pregunta: ¿en qué clase de mundo viviríamos hoy en día si se hubieran tomado en serio estos derechos en lugar de incumplirlos de un modo flagrante prácticamente en todos y cada uno de los países capitalistas del planeta? Si los marxistas renuncian a la idea de los derechos, pierden el poder de hacer palanca empleando esta contradicción.

[1] D. Harvey, *Spaces of Hope,* Edimburgo, Edinburgh University Press, 2000 [ed. cast.: *Espacios de esperanza,* Madrid, Akal, 2003].



*La respuesta* marxista *tradicional sería: la prueba del pastel consiste en comérselo. Podemos disponer de todas esas magníficas listas de derechos sociales, se han quedado ahí establecidas, solemnemente proclamadas desde hace cincuenta años, pero ¿acaso han contribuido mínimamente a que algo cambiara? Los derechos como idea son constitucionalmente maleables, cualquiera puede inventárselos para su propio beneficio. Lo que realmente representan son intereses, y es el poder relativo de dichos intereses lo que determina –de un modo igualmente artificial– qué construcción de los mismos prevalece. Después de todo, ¿cuál es hoy en día el derecho humano que cuenta con un mayor reconocimiento universal después de la libertad de expresión? El derecho a la propiedad privada. Todo el mundo ha de tener la libertad de obtener beneficios a partir de sus capacidades, de transmitir el fruto de su trabajo a la generación venidera sin que otros se lo impidan; éstos son los derechos inalienables. ¿Por qué habríamos de imaginar que el derecho a la educación y al empleo debería ponerse por encima de ellos? En este sentido, ¿no está el discurso de los derechos, plagado como está de tópicos contradictorios, estructuralmente vacío?*

No, no está vacío, está lleno. Pero, ¿de qué está lleno? Fundamentalmente, de aquellas nociones burguesas de los derechos a las que Marx se oponía. Lo que yo sugiero es que podríamos llenarlas con algo distinto, una concepción socialista de los derechos. Un proyecto político necesita, para poder derrotar a sus oponentes, un conjunto de objetivos en torno a los que unirse y el sentido dinámico del potencial que encierran los derechos proporciona esta oportunidad, justamente debido a que el enemigo no puede evacuar este terreno sobre el que siempre se ha apoyado tanto. Si una organización como Amnistía Internacional, que ha realizado un gran trabajo en favor de los derechos políticos y civiles, hubiera apoyado los derechos económicos con tanta perseverancia, hoy en día la tierra sería un lugar muy diferente. De manera que pienso que es importante que la tradición marxista participe del lenguaje de los derechos, un lenguaje con el que han de ganarse batallas políticas fundamentales. Hoy, en todo el mundo, las rebeliones políticas apelan casi siempre de modo espontáneo a alguna concepción de los derechos.

*En el primer ensayo de tu libro,* Spaces of Hope, *«La diferencia que supone una generación», opones la situación de un grupo de lectura sobre* El capital *a principios de la década de 1960 con uno equivalente hoy en día. En aquel tiempo, subrayas, hacía falta realizar un mayor esfuerzo para conectar las categorías abstractas de la teoría del modo de producción con las realidades cotidianas de un mundo en el que, tal y como explicas, en la medida en que las luchas antiimperialistas y los movimientos revolucionarios plantaban batalla por doquier, eran las inquietudes de Lenin y no las de Marx las que copaban la escena. Por otro lado, en la década de 1990 quedaba poco o nada del fermento revolucionario, pero los titulares de los periódicos, llenos de noticias sobre adquisiciones y fusiones de empresas o sobre la cotización de las acciones, parecían citas extraídas de las* Teorías sobre la plusvalía *de Marx. Pasando revista a la escena contemporánea al final del ensayo, criticas el modo en el que se ha abusado del apotegma de Gramsci –que toma de Romain Rolland– «pesimismo de la razón, optimismo de la voluntad», para defender, así mismo, la pertinencia de un optimismo de la razón bien fundado. La conclusión fluye sin tensiones, emerge con total naturalidad. Sin embargo, arroja una perspectiva interesante sobre tu argumentación, ya que lo que pone de manifiesto es que el conjunto de la experiencia comunista, que llegó a ocupar un tercio de la superficie de la tierra, ha quedado totalmente excluida de tu campo de visión; como si no fueras ni anticomunista, ni procomunista, sino que desarrollaras un marxismo propio, muy enérgico y creativo, pasando este drama totalmente por alto. Si el colapso de la URSS y las esperanzas que despertó en el pasado han sido el principal telón de fondo del pesimismo del intelectual de izquierdas, es lógico que te sintieras más bien poco afectado. Sin embargo, la siguiente pregunta sigue en el aire: ¿cómo puedes borrar mentalmente del horizonte un objeto de semejante magnitud?*

Una parte de la respuesta tiene que ver con las circunstancias. Yo carecía de toda formación en la geografía soviética, y aunque estaba interesado en China, nunca tuve nada que ver con este país. Sin embargo, aunque esto fue, en cierto modo, fortuito, constituía también una preferencia temperamental. Marx era mi ancla, y lo que Marx escribió fue una crítica del capitalismo. La alternativa surge de esa crítica, y de ningún otro lugar. Así que siempre estuve más interesado en tratar de aplicar la crítica y buscar la alternativa en el lugar en el que me encontraba en cada momento, en Baltimore, en Oxford, o donde quiera que estuviera. Puede que ésta sea mi propia forma de localismo. Por un lado, desarrollo una teoría general, pero, por otro, necesito sentir cómo se arraiga en mi propio patio trasero. Con demasiada frecuencia, se ha dado por supuesto que el marxismo tenía que ver principalmente con la Unión Soviética o con China; en cambio, lo que yo quería sostener es que tenía que ver con el capitalismo, que es una realidad omnipresente en Estados Unidos, y que esto es lo que debía ser prioritario para nosotros. De modo que uno de sus efectos fue que me aislé un tanto del desenlace del colapso del comunismo. No obstante, también he de admitir que se trata de una limitación real en mi propio trabajo. A pesar de todos mis intereses geográficos, mi trabajo ha seguido siendo eurocéntrico, ha seguido centrándose en las zonas metropolitanas. No me he abierto mucho a otras partes del mundo.



*En tu obra más reciente vuelves en varias ocasiones sobre el tema de la evolución, retomando el trabajo de E. O. Wilson con un espíritu de simpatía aunque crítico, muy distinto de la mayor parte de las respuestas que ha despertado su obra entre la izquierda. Su noción de la «consiliencia» de las ciencias bien podría llamar la atención de cualquiera que en el pasado se hubiera sentido atraído por Carnap, aunque dejas claras tus propias objeciones. Sin embargo, es la propia insistencia de Wilson sobre las disposiciones genéticas de todas las especies lo que da pie a un conjunto de reflexiones extraordinarias sobre la evolución humana que, tal y como sugieres, ha proporcionado a las especies un «repertorio» de capacidades y potencialidades –competitividad, aclimatación, cooperación, adaptación al medio, orden espacial y temporal– con las que cada sociedad articula una combinación particular. Según sostienes, el capitalismo precisa de todas ellas –por no hablar de sus propias formas de cooperación– aunque sigue dando prioridad a un* modo *específico de competitividad. Si bien ésta, en tanto que propensión innata de los humanos, nunca podrá eliminarse, su relación con otras potencialidades está lejos de ser inalterable. Por lo tanto, el socialismo se entiende mejor como una reconfiguración del repertorio básico humano, según el cual, los elementos constitutivos encuentran un equilibrio diferente y más adecuado. Se trata de una respuesta sorprendente a las afirmaciones de la sociobiología en su propio terreno. Sin embargo, un defensor convencido del sistema existente podría responder: «sí, pero tal y como ocurre en la naturaleza, la supervivencia de los mejores es la regla, sea cual sea el nicho ecológico del que se trate; de modo que en lo que respecta a la sociedad, el motivo de que el capitalismo haya prevalecido se debe a su superioridad competitiva. La competitividad ocupa el centro absoluto del sistema, introduciendo en él una dinámica innovadora a la que ninguna alternativa que relativice o degrade el impulso competitivo de acuerdo con otra combinación puede aspirar a oponerse. Se puede intentar movilizar la competitividad en favor del socialismo; pero, no obstante, sus partidarios desearían subordinarla como principio dentro de un marco más complejo, mientras que nosotros, por el contrario, no la subordinamos; en esto reside lo imbatible de nuestra fuerza». ¿Qué responderías a este tipo de objeciones?*

Mi respuesta es: vaya, pues claro que la subordináis: subordináis la competitividad en todo tipo de áreas. En realidad, toda la historia del capitalismo es impensable sin el establecimiento de un marco regulador para controlar, dirigir y limitar la

competitividad. Sin el poder del Estado para sustentar la propiedad y la ley contractual, por no hablar del transporte y de las comunicaciones, los mercados modernos no podrían ponerse en marcha. La próxima vez que vueles a Londres o a Nueva York imagínate a todos esos pilotos guiándose por el principio de la competitividad: tratando, todos ellos, de aterrizar los primeros y lograr la mejor puerta de embarque. ¿Le complacería esta idea a cualquier capitalista? En absoluto. Cuando se contempla de cerca cómo funciona una economía moderna, los campos en los que rige genuinamente la competitividad resultan bastante circunscritos. Si piensas en todo lo que se dice acerca de la acumulación flexible, la mayor parte gira en torno a la diversificación de las líneas y de los nichos del mercado. ¿Qué sería de la historia del capitalismo sin la diversificación? No obstante, en realidad, la dinámica que está detrás de la diversificación es una huida con respecto a la competitividad; la búsqueda de mercados especializados es, la mayor parte del tiempo, un modo de evitar sus presiones. De hecho, sería muy interesante escribir una historia del capitalismo explorando la utilización que hace de cada uno de los seis elementos del repertorio básico que he expuesto, reconstruyendo los modos cambiantes en los que se han articulado y puesto a trabajar en épocas diferentes. La hostilidad irreflexiva hacia Wilson no se limita a la izquierda, y en cualquier caso no resulta productiva. Los avances en biología nos están enseñando bastante sobre el modo en el que estamos hechos, incluidas las conexiones físicas de nuestras mentes, y nos dirán mucho más en el futuro. No veo el modo en el que se puede ser materialista y no tomarse todo esto muy en serio. Así que en lo que concierne a la sociobiología, yo retomo mi creencia en el valor de friccionar entre sí bloques conceptuales diferentes, poniendo a dialogar a E. O. Wilson con Marx. Evidentemente, existen diferencias fundamentales, pero también algunas cosas en común sorprendentes, así que hagamos que ambos pensadores colisionen entre sí. No voy a defender que yo lo he hecho del modo acertado, pero se trata de un debate que necesitamos. La sección de *Spaces of Hope* en la que comienzo a hablar sobre esto se titula «Conversación sobre la pluralidad de alternativas», y ése es el espíritu con el que debemos abordarla. Tengo preguntas, no soluciones.

*¿Qué opinas sobre el panorama actual del sistema del capital? En* The Limits to Capital *planteaste una teoría sobre sus mecanismos de crisis-sobreacumulación, ligada a la rigidez de los bloques de capital fijo, y sobre sus soluciones típicas: devaluación, expansión del crédito, reorganización espacial. En* The Condition of Postmodernity *analizaste el modo en el que estos mecanismos salieron a la superficie durante las décadas de 1970 y1980. ¿En qué andas ahora? Aparentemente, a partir de tu marco teórico, es posible realizar dos lecturas, de signo opuesto, sobre la coyuntura actual, a las que quizás habría que añadir una tercera que se vislumbra en el horizonte. La primera arrancaría de*



*tu observación en* The Condition of Postmodernity *de que la devaluación necesaria para purgar el exceso de capital es más efectiva cuando se da, no en la forma clásica de un hundimiento, sino más bien lentamente y de forma gradual, depurando el sistema sin provocar turbulencias peligrosas dentro del mismo. ¿No es esto, desde cierto punto de vista, lo que ha estado sucediendo de forma imperceptible a través de olas sucesivas de reducciones de plantilla y cambios de orientación empresarial desde que comenzara el largo declive de la década de 1970 –el tipo de transformación acumulativa que citas refiriéndote a Bethlehem Steel–, que da paso finalmente a una nueva dinámica a mitad de la de 1990, con una recuperación de beneficios, precios estables, emergencia de la inversión en alta tecnología y un incremento del crecimiento de la productividad, lo cual concede un nuevo respiro al sistema? Desde otro punto de vista, igualmente compatible con tu marco, ésta no sería la historia de fondo. Por el contrario, a lo que hemos asistido es a la explosión del sistema crediticio, que ha dado paso a una increíble ola de inflación del precio de los activos –en otras palabras, un crecimiento disparatado del capital ficticio– que está abocada a desembocar en una rectificación brusca que se producirá cuando estalle la burbuja de los valores bursátiles, devolviéndonos a las realidades de la sobreacumulación continuada y no resuelta. Existe también una tercera alternativa, según la cual el peso fundamental recaería en la caída del comunismo soviético en Europa del Este y Rusia, y en la política de puertas abiertas al comercio y a la inversión extranjera en China. Estos desarrollos plantean la siguiente pregunta: ¿no estaría el capitalismo inmerso en el proceso de lograr –empleando tus propias palabras– una «solución espacial» gigantesca mediante esta expansión enorme y repentina de su campo potencial de operaciones? Esto aún valdría en una primera fase –en la medida en que Estados Unidos continúa teniendo una balanza comercial negativa con China–, pero ¿no estaremos asistiendo a la construcción de un orden OMC que promete ser el equivalente de un sistema Bretton Woods para el nuevo siglo, en el que por primera vez las fronteras del capitalismo alcanzan los confines de la tierra? Se trata de tres escenarios distintos, cualquiera de ellos podría desarrollarse a partir de tu trabajo. ¿Cuentas con una valoración provisional sobre sus verosimilitudes respectivas?*

No creo que exista ninguna elección simple entre estas explicaciones. Tanto un proceso de devaluación constante y firme –reducción de plantillas, reorganización y externalización– como uno de transformación espacial, en consonancia con las directrices tradicionalmente asociadas con el imperialismo, forman parte en gran medida de lo que está sucediendo en realidad. Sin embargo, estas enormes reestructuraciones no hubieran sido posibles sin el poder increíble que hoy tiene el capital ficticio. Todo episodio importante de devaluación y expansión geográfica ha estado marcado por el papel de las instituciones financieras, en lo que ha llegado a ser una dinámica bastante nueva de capital ficticio. Desde luego, dicho capital no es un mero producto de la

imaginación. En la medida en que acarrea transformaciones rentables del aparato productivo, este capital entra en el ciclo DINERO-MERCANCIA-DINERO, dejando de ser ficticio para convertirse en algo real. No obstante, para conseguirlo siempre depende invariablemente de una base de expectativas que debe construirse socialmente. La gente tiene que creer que la riqueza –los fondos de inversión, las pensiones, los *hedge funds*– continuará aumentando indefinidamente. Asegurar estas expectativas es un trabajo de hegemonía que corre a cargo del Estado, y de su divulgación en los medios de comunicación. Esto es algo que los dos grandes teóricos de la última crisis mundial entendieron muy bien, y resulta instructivo leer a Gramsci y a Keynes a la par. Puede que haya procesos objetivos que bloqueen la devaluación o se resistan a la incorporación geográfica; pero el sistema también es vulnerable de un modo peculiar a las incertidumbres subjetivas de un crecimiento disparado del capital ficticio. Keynes estaba obsesionado por la siguiente pregunta: ¿cómo se pueden sostener los espíritus animales de los inversores? Es precisa una tremenda batalla ideológica para mantener la confianza en el sistema en ella la actividad del Estado es de suma importancia: no hay más que pensar en el papel de la Reserva Federal durante la década de 1990. Alguien que ha escrito satisfactoriamente sobre esto, en una vertiente no económica, es Slavoj Žižek. Así, pues, las tres explicaciones no resultan mutuamente excluyentes: es necesario reunirlas bajo el signo de un nuevo impulso hegemónico. Se trata de un sistema que ha resistido el impacto de la crisis financiera del Este asiático de 1998-1999 y el hundimiento del *Long Term Capital Management,* el célebre fondo de riesgo con sede en Nueva York que dejó deudas por un importe de miles de millones de dólares; sin embargo, en cada ocasión las cosas se han complicado ulteriormente. Nadie puede predecir lo que durará esto.

Sin embargo, si bien la adaptabilidad del capitalismo es una de sus armas fundamentales en la lucha de clases, no deberíamos infravalorar la enorme ola en su contra que continúa generando. Esta oposición se encuentra fragmentada, a menudo fuertemente atomizada, y es infinitamente diversa en términos de objetivos y métodos. Tenemos que pensar en modos que ayuden a movilizar y organizar esta oposición, tanto la real como la latente, de forma que se convierta en una fuerza global con una presencia global. Las señales de la confluencia están ahí: no hay más que pensar en Seattle. En el plano de la teoría, necesitamos encontrar un modo de identificar elementos comunes dentro de las diferencias para desarrollar una política que sea genuinamente colectiva en sus preocupaciones, aunque sensible a aquello que se mantiene irreductiblemente distinto hoy en el mundo, especialmente las distinciones geográficas. Ésta sería una de mis esperanzas fundamentales.



# PRIMERA PARTE
## *Conocimientos geográficos / poder político*

# 2 ¿Qué tipo de geografía para qué tipo de política pública?*

¿Pueden los geógrafos contribuir de manera adecuada, significativa y eficaz a la formación de la política pública?

El general Pinochet es geógrafo de formación, y en todos los sentidos está introduciendo con éxito la geografía en la política pública. Como presidente de la Junta militar que el 11 de septiembre de 1973 depuso al gobierno elegido de Salvador Allende, el general Pinochet desaprueba especialidades académicas «subversivas» como la sociología, la política y hasta la filosofía. Ha pedido que en las escuelas y en las universidades chilenas se den «clases de patriotismo» y se sabe que ve con muy buenos ojos la enseñanza de la geografía; dicha materia es, dice, ideal para instruir al pueblo chileno en las virtudes del patriotismo y transmitirle el sentido de su verdadero destino histórico. Dado que el ejército ha asumido el pleno mando de las universidades y frecuentemente supervisa la enseñanza en los colegios, parece que la geografía se convertirá en una materia muy significativa en el sistema educativo chileno.

El general Pinochet está asimismo cambiando la geografía humana de Chile. A este respecto hay un ejemplo claro. El sistema sanitario de Chile comprendía, desde hace un tiempo, tres componentes claros: los ricos pagaban los servicios en un régimen de «libre mercado»; las clases medias usaban la medicina hospitalaria financiada por aseguradoras privadas; mientras que las clases más bajas y los pobres (aproximadamente el 60 por 100 de la población) recibían atención médica gratuita en centros sanitarios comunitarios pagados por el Servicio Nacional de Salud (Navarro, 1974). Durante el gobierno de Allende, se trasladaron recursos de los dos

* Publicado por primera vez en *Transactions of the Institute of British Geographers,* 1974.

primeros sectores a los servicios de salud comunitarios, antes mal financiados y en gran medida olvidados. La geografía del sistema sanitario empezó a transformarse de un sistema centralizado, controlado por los proveedores y hospitalario, que atendía exclusivamente a las clases medias y altas, en un sistema de salud descentralizado, controlado por la comunidad y gratuito que atendía principalmente las necesidades de las clases bajas y de los pobres. Esta transformación no se produjo sin resistencia: los proveedores de medicina hospitalaria organizaron huelgas para proteger la antigua geografía social del sistema sanitario contra la emergencia de la nueva. Pero durante los años de Allende crecieron y florecieron los centros de salud comunitarios. Además, el control ejercido por la comunidad mediante la creación de consejos de salud comunitarios tuvo un impacto político profundo, y muchos aspectos de la vida empezaron a organizarse en torno a los centros de salud comunitarios. El énfasis se trasladó también de la medicina curativa (con todo su encanto y su cara parafernalia) a la medicina preventiva, que intentaba considerar la atención médica como parte integrante de una amplia gama de cuestiones medioambientales (suministro de agua, sistemas de alcantarillado, y similares). La geografía humana del contacto social, el poder político y la distribución cambiaron como nunca antes, a medida que las clases bajas y los pobres empezaban a captar la posibilidad de controlar las condiciones sociales de su propia existencia.

Pero el poder militar y el general Pinochet han cambiado todo eso. Los consejos de salud comunitarios han sido disueltos y muchos de los que participaban en ellos han sido encarcelados o ejecutados. El funcionamiento de los centros de salud comunitarios se ha reducido fuertemente. La administración del sistema sanitario ha vuelto a los proveedores de medicina y está retornando a un sistema centralizado y basado en los hospitales, que atiende a las clases medias y altas. La medicina curativa está nuevamente a la orden del día y la cirugía a corazón abierto para unos pocos sustituye al saneamiento para muchos como objetivo primordial de la medicina. La vieja geografía se ha restablecido y la nueva ha sido eficazmente desmantelada. De esa forma, la intervención del geógrafo, el general Pinochet, se ha convertido en una fuerza determinante en la geografía humana del sistema sanitario de Chile.

Chile tal vez parezca muy alejado de Reino Unido. Mi propósito al citar este ejemplo no es, sin embargo, buscar paralelos con Reino Unido (aunque es desconcertante señalar que el gobierno de un país que tan activamente resistió el avance del fascismo en 1939-1945 haya tendido con tanta rapidez una mano amistosa al general Pinochet, y que la reorganización del Servicio Nacional de Salud británico en el verano de 1973 eliminara todo vestigio de control comunitario y situara firmemente la provisión de servicios de salud en manos de los proveedores partidarios de un sistema sanitario centralizado y hospitalario). Me interesa, por el contrario, usar



este ejemplo de la inyección con éxito de la geografía en la política pública para plantear dos cuestiones muy básicas que deben preguntarse antes de cualquier tipo de implicación de la geografía en la política pública: «qué tipo de geografía» y «en qué tipo de política pública».

Se trata de cuestiones profundamente difíciles de responder. Quizá resulte útil empezar preguntando por que podríamos sentir el impulso de insertar cualquier tipo de geografía en cualquier tipo de política pública. Si reflexionamos por un momento sobre nuestras motivaciones, parece que este impulso surge de una extraña mezcla de ambición personal, imperialismo disciplinario, necesidad social y obligación moral. Algunos de nosotros podríamos dejarnos guiar (o pensar que nos dejamos guiar) más por un factor que por otro, pero ninguno, seguramente, puede jactarse de una inmunidad total a cualquiera de estas motivaciones.

La ambición personal es muy significativa para todos, ya que nos educamos en un sistema económico y social inherentemente individualista y competitivo. Dado que en la sociedad buena parte del poder (tanto económico como político) reside en el ámbito público, es natural que los académicos se sientan atraídos por el locus de ese poder. Probablemente la ambición personal jactanciosa probablemente sea el factor motivador más significativo para explicar el comportamiento individual. Pero no explica demasiado bien el comportamiento distintivo del geógrafo respecto al de cualquier otro académico, y es dudoso que un académico dotado de enorme ambición personal escogiera empezar por algo que, al menos en Reino Unido, es con seguridad una base desventajosa en la jerarquía de las disciplinas académicas.

La reputación y la categoría de la disciplina son, en cierto sentido, ambición personal mediada por la conciencia de grupo. Las especialidades sirven inevitablemente para socializar a los individuos hasta el punto de que lleguen a situar su identidad en función de la «geografía», la «economía», la «biología», etcétera. En respuesta a la pregunta de ¿«qué eres»? normalmente contestamos «soy geógrafo (economista, biólogo, etc.)». Las disciplinas son importantes para ayudarnos a entender nuestra función y sentirnos seguros. Pero la geografía es una entre las múltiples especialidades que compiten por categoría y prestigio ante el público. Las disciplinas también compiten por los fondos públicos. La seguridad de quienes se identifican como «geógrafos» está, en consecuencia, incluida en la posición de la geografía con respecto a otras disciplinas. De tal forma que llegamos a pensar: «lo que es bueno para la geografía es bueno para mí» y a reconocer que «una amenaza para la geografía es una amenaza para mí». Al promocionar la geografía, nos promocionamos a nosotros mismos, y nos defendemos a nosotros mismos al defender la geografía.

La ambición personal y el imperialismo disciplinario ayudan en buena medida a explicar comportamientos individuales y profesionales. Pero como explicaciones son, creo, demasiado simplistas. Por consiguiente, en este artículo pasaré por alto

la cuestión de la ambición personal y me centraré en problemas más profundos de la necesidad social (mediada por el imperialismo de las disciplinas) y de la obligación moral.

## La geografía y la necesidad social

La evolución de la geografía como disciplina debe entenderse sobre el telón de fondo de las cambiantes necesidades sociales. Dado que estas necesidades varían ligeramente de una sociedad a otra, centraré mi atención, principalmente, en la historia reciente de la geografía en Reino Unido.

Hacia 1945 se produjo en Reino Unido una «ruptura epistemológica» en el pensamiento y en la actividad geográficos. Esta ruptura quizá la simbolizara mejor la influyente invocación por parte del profesor Wooldridge del lema «los ojos del tonto se encuentran en los extremos de la Tierra», y, en segundo lugar, por la fundación Instituto de Geógrafos Británicos como organización desgajada de la Royal Geographical Society. Antes de la Segunda Guerra Mundial, la geografía había sido más una actividad práctica y no académica que una disciplina académica fuerte. Estaba orientada, a través de las actividades de la Royal Geographical Society, hacia lo que podríamos denominar «las técnicas y la mecánica de la gestión del imperio». El componente universitario de la geografía era relativamente débil, mientras que buena parte de lo que había (el vínculo con la Inspección Colonial era un buen ejemplo) estaba relacionado con el interés por el imperio. Esta situación ha cambiado muy notablemente. La geografía profesional universitaria, que aspira firmemente a la categoría de disciplina intelectual específica, se encuentra en ascenso. Ahora los geógrafos intentan, en general, contribuir a lo que podríamos denominar «la técnica y la mecánica de la gestión urbana, regional y medioambiental». Como todos los cambios epistemológicos, en lo antiguo se pueden distinguir elementos de lo nuevo (seguramente el Land Use Survey [Estudio sobre el uso del territorio] realizado en la década de 1930 por Dudley Stamp fuera el ejemplo más sobresaliente) y restos de lo antiguo continúan todavía con nosotros hoy. Pero no cabe duda de que se ha producido un cambio drástico de estilo y enfoque.

¿Cómo y por qué ocurrió este cambio? Ciertamente no podemos atribuirlo a una lucha interna dentro de la tradición intelectual de la propia geografía (a modo de, digamos, los diversos cambios acaecidos en los paradigmas de las matemáticas). Hay que verlo, por el contrario, como una adaptación de la geografía a las condiciones externas. El final del imperio basta en sí para explicar la desaparición de la geografía a la antigua usanza practicada por la Royal Geographical Society (y el final de esta época era lo que Wooldridge anunciaba). ¿Pero cómo vamos a explicar



la transformación del nuevo estilo de la geografía? ¿Cuáles fueron las necesidades sociales que nos empujaron a preocuparnos por la técnica y la mecánica de la gestión urbana, regional y medioambiental? ¿Y por qué nos pasamos a una actitud profesional y a una base universitaria? Para responder a estas cuestiones debemos decir algo sobre nuestra historia contemporánea.

Si pudiéramos volver a la Tierra en algún siglo futuro y si a los habitantes de ese tiempo aún les gustase (o aún pudieran) escribir sobre historia ¿qué dirían los libros de texto del periodo 1930-1970? Sospecho que el capítulo pertinente se titularía: «Los dolores de parto del Estado corporativo». El prototipo del Estado corporativo empezó a diseñarlo Bismarck. La Italia de Mussolini (especialmente en los primeros años) desarrolló el modelo, si bien los espantosos excesos de la Alemania de Hitler tienden a ocultarnos el verdadero significado de la forma fascista. Hoy nos sentamos tranquilamente a observar a España, Uruguay, Grecia, Brasil, Guatemala, Chile... y en Reino Unido aceptamos un creciente intervencionismo estatal en nombre de la estabilidad económica (lord Keynes) y de la justicia distributiva (lord Beveridge). Debería quedarnos claro que el capitalismo occidental está experimentando una especie de transformación radical. Cada uno de los países capitalistas avanzados se ha movido a tientas hacia alguna versión de Estado corporativo (Miliband, 1969). La manifestación exacta de dicho Estado en un país concreto depende del marco constitucional del que disponga, de sus tradiciones políticas, la ideología dominante y las oportunidades de crecimiento económico y desarrollo.

¿Cómo podemos caracterizar la forma general del Estado corporativo en cuanto modo de organización sociopolítica? Parece una estructura relativamente firme y jerárquicamente ordenada de instituciones interrelacionadas –políticas, administrativas, judiciales, financieras, militares y demás– que transmite información de manera descendente y da a los individuos y a los grupos situados en niveles jerárquicos inferiores «instrucciones» sobre qué comportamientos son adecuados para la supervivencia de la sociedad en conjunto. El lema de dicho funcionamiento es el «interés nacional». El Estado corporativo está dominado por la ética de la «racionalidad» y la «eficacia» (dos conceptos considerados intercambiables). Dado que ni la eficacia ni la racionalidad se pueden definir sin un objetivo, el interés nacional –la supervivencia del Estado corporativo– se convierte en el «propósito» *de facto*. Dentro del Estado corporativo emerge una clase gobernante que, en los países capitalistas avanzados, sale casi exclusivamente de las filas de los intereses industriales y financieros. En los países comunistas, muchos de los cuales han asumido la forma del Estado corporativo, la elite gobernante se obtiene del partido.

En Reino Unido, buena parte de la infraestructura del Estado corporativo la estableció el Partido Laborista en nombre de la justicia distributiva. Pero pronto quedó claro que «el bien social» no podía alcanzarse si no se incluía en «el interés na-

cional». Ha hecho falta el conservadurismo burocrático y tecnológico de Edward Heath para demostrar cuánto hemos avanzado desde 1945 y con qué facilidad la estructura creada en nombre de la justicia distributiva se puede convertir en instrumento de la guerra de clases. Hay, por supuesto, resistencia. El capitalismo de libre mercado promovido por Enoch Powell coincide en los profundos recelos que provoca tanto en la izquierda como en la derecha, ya que las leyes, la educación, la investigación y los servicios sociales quedaron subordinados a las necesidades del Estado corporativo. Hasta el *Financial Times* (14 de enero de 1974) sostiene que:

> Ahora estamos sólo a una década del Estado moderno, con sus capacidades tecnológicas y burocráticas, que puede establecer y sostener un control orwelliano sobre la vida de los ciudadanos. Si queremos evitar los sistemas totalitarios, tan escalofriantemente descritos en *Un mundo feliz* de Huxley y en *1984* de Orwell, será necesario desplegar cada vez más la jurisprudencia establecida por los tribunales para proteger los derechos individuales.

Las sentencias judiciales, en las que se centraba la preocupación del *Financial Times,* favorecieron a la Administración pública en contra de los derechos individuales.

De manera consecuente con esta tendencia a una forma de organización social y política de Estado corporativo, la educación se considera cada vez más una pura inversión en mano de obra. El interés por la salud individual, el bienestar social y la cordura se han excluido claramente de nuestros cálculos. Nos hemos visto obligados, en consecuencia, a comercializar al licenciado en geografía como una mercancía. Para funcionar, el Estado corporativo necesita una burocracia técnicamente diestra. La mercancía que ahora producimos está en parte adaptada a las necesidades de este mercado, además del mercado de profesores. También teníamos que garantizar los mecanismos adecuados para el control de calidad sobre la producción de esta mercancía; de ahí el aumento de las exigencias profesionales de la disciplina. La investigación tiene igualmente que convertirse en una mercancía. Las prioridades y las necesidades nacionales (nuevamente el generalizado interés nacional) condicionan el mercado, y nos vemos progresivamente empujados a vender investigación a un cliente que tiene una necesidad específica; y el cliente es, cada vez más, la propia administración pública.

¿Y cuáles son estas «necesidades y prioridades nacionales»? Dentro de la preocupación general por la supervivencia en sí del Estado corporativo, podemos distinguir la necesidad de diseñar y aplicar una variedad de técnicas de manipulación, control y absorción, tales como: (1) preservar y realzar el crecimiento económico, la tasa de acumulación de capital y la posición competitiva del Estado en los mercados mundiales; (2) poder manejar las crisis cíclicas de la economía; y (3) poder con-



tener y desactivar el descontento. Los geógrafos han intentado responder a estas necesidades contribuyendo, en la investigación y en la educación, al descubrimiento y a la difusión de dichas técnicas en la esfera de la gestión urbana, regional y medioambiental. La estructura hermética del Estado corporativo durante la década de 1960 nos presiona cada vez más en estas direcciones. Ahora en Reino Unido estamos mucho más subordinados al Estado que nunca antes. En resumen, hemos sido absorbidos. Pero prácticamente no se han producido signos de resistencia por nuestra parte. De hecho, parece que estuviéramos ansiosos de participar en dicho proceso. Ciertamente hemos dedicado poco tiempo a preocuparnos por las posibles consecuencias.

Las razones por las que no nos hemos preocupado son complejas. En primer lugar, la absorción del académico por la estructura del Estado corporativo proporcionó ciertos canales a través de los cuales el académico podía acercarse al *locus* del poder en la sociedad. Si el geógrafo podría, en tanto que académico, ejercer o no verdadero poder, carece de importancia; la ilusión bastó para obtener la aquiescencia de esa parte de nosotros que responde a la ambición personal jactanciosa. Más crucial, sin embargo, es el poder mediador del imperialismo disciplinario. Los geógrafos debían demostrar que la geografía tenía verdaderamente algo que aportar a la satisfacción de las necesidades y de las prioridades nacionales. Buena parte del debate sobre la naturaleza de la geografía que se produjo en la década de 1960 trató, de hecho, de cómo cumplir mejor ese compromiso tácito. Se trataba de una cuestión de supervivencia, porque las universidades no estaban en absoluto convencidas de la necesidad de invertir en geografía. Teníamos que competir con otras disciplinas y en el proceso nos vimos obligados, si queríamos sobrevivir como colectividad, a abrir un nicho, a establecer un «territorio» específicamente nuestro.

Y era por supuesto tarea de la profesión (y del Instituto de Geógrafos Británicos en particular) establecer tal nicho. Se produjeron muchos enfrentamientos y algunas discusiones interminables sobre cuál debería ser la especialización. Para demostrar que la geografía era una disciplina académica que ocupaba un cierto territorio dentro del conocimiento académico, teníamos que hacer ver que sabíamos qué era la geografía y presentar un frente unido sobre el tema. Las consecuencias fueron muchísimas. Había que establecer fuertes restricciones sobre qué podía o no hacerse dentro de la disciplina. La concepción kantiana de «síntesis del espacio» era demasiado amplia e inespecífica y así se empezó la tortuosa búsqueda de una metodología analítica que pudiéramos considerar propia. Había que controlar la tendencia de los geógrafos a extenderse en todas las direcciones y la profesión buscó medios de suprimir a sus propios disidentes. Surgió dentro de la disciplina una estructura corporativa, un mini Estado corporativo dentro de la geografía que reproducía fielmente la estructura corporativa del Estado. Nos equipamos de in-

termediarios de poder dentro de la disciplina, árbitros del buen gusto autodesignados, y, en último término, del poder laxamente hegemónico del propio Instituto.

Mediante dichas adaptaciones nos hemos dotado de un nicho que facilita nuestra propia supervivencia en un mundo de necesidades sociales cambiantes. En el proceso hemos aprendido a ser buenos ciudadanos, a postrarnos y a prostituir nuestra disciplina ante las «prioridades nacionales» y el «interés nacional». Hemos sobrevivido, en resumen, adoptando una mentalidad Eichmann. El único consuelo que se puede obtener, aparte de nuestra supervivencia, es que esta mentalidad está en claro curso de colisión con nuestro sentido de la obligación moral.

## La geografía y la obligación moral

La mayoría de los geógrafos parecen abordar su trabajo con la conciencia tranquila. La imagen que el geógrafo tiene de sí mismo parece ser la de que está haciendo el bien. Sintonícese cualquier conversación entre geógrafos y lo más probable es que se desarrolle desde el punto de vista del burócrata benévolo, una persona que sabe más que los demás y que por lo tanto tomará en nombre de otros decisiones mejores que las que esos otros tomarían. La imagen de benevolencia que tienen de sí mismos parece contradecirse con el verdadero comportamiento del geógrafo que combate las necesidades sociales indicadas en el apartado anterior. ¿Cómo podemos interpretar esa imagen propia?

En cierta medida, tiene su origen en la amplia tradición de erudición creativa humanista que ha empapado el pensamiento occidental desde el Renacimiento. El dinamismo del orden económico capitalista exigía una innovación tecnológica y social que lo sostuviera. La tradición de individualismo creativo que creció con la evolución del capitalismo (obstaculizada aquí y artificialmente potenciada allá) era funcional para el mantenimiento del orden capitalista y tan aplicable a la erudición como a la invención práctica. Y esta tradición se consideraba ingrediente esencial para el progreso de la humanidad (expresión que a veces se considera eufemismo de acumulación de capital). Sin duda esa tradición nos ha afectado; más aún a medida que establecíamos una base dentro de las universidades. El humanismo occidental en cuanto tradición cultural se mantiene muy fuerte. Tiene, por supuesto, sus rasgos negativos; es fuertemente elitista y por consiguiente paternalista. Pero en esta tradición radican buena parte de los estudios creativos verdaderamente no alienados.

La fuente del humanismo dentro de la tradición geográfica es más problemática. Si bien es posible señalar algunos escritos de corte humanista, la bibliografía geográfica más tradicional está dominada por el racismo, el etnocentrismo y, en el mejor de los casos, un fuerte paternalismo. Incluso alguien tan loado como Humboldt



sostenía sobre «los nativos» una asombrosa perspectiva que Malthus citó con júbilo en las ediciones posteriores de su celebrado *Ensayo sobre la población*. Los actuales libros de texto de geografía mantienen esta tónica y son algo de lo que no podemos estar orgullosos. Todavía hay que expurgar de nuestros textos escolares actitudes heredadas de muchos años dedicados a la técnica y a la mecánica de la gestión del imperio. Aunque hay muchas más razones para avergonzarse que para enorgullecerse, existe un hilo en el pensamiento geográfico que, en el mejor de los casos, produce una aguda sensibilidad respecto al lugar y a la comunidad, a las relaciones simbióticas entre individuos, comunidades y entornos. Esta sensibilidad a lo local y a la interacción produce una especie de humanismo provinciano; un humanismo, en ciertos sentidos, profundo y penetrante, pero encerrado en los espacios absolutos generados por el concepto regional.

Pero el alejamiento del interés por el imperio y el acercamiento a la técnica y a la mecánica de la gestión urbana, regional y medioambiental nos ha puesto en contacto con otra tradición que posee firmes raíces humanistas. La tradición de Edwin Chadwick y Ebenezer Howard es fuerte en Reino Unido. Está impregnada de benevolencia y reformismo. El contacto con esta bibliografía tuvo sus consecuencias, de forma que existe dentro de la propia geografía una tradición reformista emergente que introduce la enseña de Chadwick y Howard en el ámbito contemporáneo.

En todo caso, el humanismo y su sentimiento asociado de obligación moral han aumentado en el trabajo y en el pensamiento geográficos desde 1945. Esto parece contradictorio con el creciente poder e influencia del Estado corporativo. Dado que los especialistas (occidentales) aborrecen una contradicción de la misma manera que la naturaleza aborrece el vacío, intentaré resolverla. El humanismo de la geografía contemporánea es regionalista y elitista (en general) y de esta forma no plantea una gran amenaza para el funcionamiento del Estado corporativo. De hecho, se puede sostener que esa forma de humanismo es una verdadera ventaja, porque es funcional que quienes trabajan para idear y aplicar técnicas de manipulación, control y anexión desempeñen su tarea teniendo de sí mismos una imagen de benevolencia. Cuando hace falta asimilar a una comunidad y desactivar su descontento, por ejemplo, es útil tener alguien que lo haga con una sonrisa.

Pero sería injusto para los puntos positivos de la tradición humanista y para el potencial de estudiosos individualistas pero creativos, rechazarlos por considerarlos siervos fácilmente asimilados por el Estado corporativo y rendidos a sus necesidades. No cabe duda de que la tradición de humanismo creativo, activo e intelectual es fundamentalmente ajena al funcionamiento del Estado corporativo. Esta tradición intelectual trabaja, por supuesto, con ciertas desventajas. La profesionalización de la geografía y la capacidad de la profesión para reprimir a sus propios disidentes son una barrera que debe superarse, pero esta barrera no es irrompible, y de hecho

su ruptura lleva aneja una peculiar gloria. Y el Estado corporativo no puede permitirse sellar todas esas barreras, porque se encuentra atrapado en una posición contradictoria: por una parte, necesita un sistema educativo flexible y una fuerza de trabajo adaptable que cubra las cambiantes necesidades sociales, y por otra, no puede tolerar el libre individualismo creativo (Gorz, 1973).

Estas tensiones se han resuelto en parte mediante una estratagema sencilla. Si podemos aceptar que los «hechos» y los «valores» están separados y son distintos entre sí, y que los primeros son el tema de la investigación científica mientras que los segundos son una mera opinión personal (subjetiva), podemos superar la tensión mediante un impecable dispositivo metodológico. Si la geografía es una «ciencia» y, por consiguiente, se ocupa de hechos, modelos y teorías abstractas, podemos relegar nuestro humanismo a la opinión personal que debe expresarse fuera de la geografía, no dentro de ella. El avance que se dio en la década de 1960 hacia una geografía más «científica» fue congruente con la profesionalización y la necesidad de producir una mercancía con técnicas y habilidades específicas. Pero también tuvo el efecto más profundo de resolver la tensión creciente entre la mentalidad Eichmann necesaria para nuestra adecuada adaptación social y el humanismo al que cada vez tendíamos más. Tal solución parecía estable en la década de 1960, pero no tanto hoy. Porque los especialistas críticos exponen la artificiosidad de la separación entre hecho y valor, y demuestran que la afirmación de que la ciencia está libre de ideología es en sí una afirmación ideológica. El debate sobre la importancia de la geografía no analizaba realmente la importancia (¿quién ha oído hablar de una actividad humana irrelevante?), sino para quién era importante nuestra investigación y por qué esa investigación hecha en nombre de la ciencia (que supuestamente debía estar libre de ideología) tenía consecuencias aparentemente un poco sesgadas a favor del *statu quo* y de la clase dominante del Estado corporativo. En otras palabras, la reflexión sobre nuestra práctica nos llevaba a las preguntas que yo empecé planteando: «¿Qué tipo de geografía?» «¿En qué tipo de política pública?».

## La obligación moral de los geógrafos

Para cambiar el mundo, tenemos primero que entenderlo. Para cambiar el mundo, tenemos que crear nuevas prácticas humanas con respecto a las realidades que nos rodean. ¿Adónde nos lleva esto? Vivimos en un Estado corporativo que está fijando su organización. Opera en nombre del interés nacional. Pero si aceptamos que el único significado que se puede asignar a la vida y la existencia de un individuo es el que deriva de este interés nacional, nos falta poco para asumir la ideología del fascismo. El Estado corporativo es protofascista. Quizá esto explica por qué



los gobiernos «democráticos» son tan amigos de regímenes abiertamente represivos y autoritarios, y por qué el general Pinochet fue tan bien recibido.

Marx adoptó el punto de vista de que para la humanidad había dos posibles estados futuros: el comunismo o la barbarie. Necesitamos aclarar urgentemente qué queremos decir con estos términos. Con el primero no hacemos referencia ciertamente a lo que ocurre en Rusia, Polonia o incluso Cuba y China. Por el segundo no hacemos referencia a la vuelta al Neolítico. Creo que en un futuro (tal vez no muy lejano) habrá que optar entre un «Estado incorporado» que refleje las necesidades creativas de personas que luchan por controlar las condiciones sociales de su propia existencia de una forma esencialmente humana (que es lo que Marx quería decir con la expresión «dictadura del proletariado») y un Estado corporativo que dé instrucciones desde arriba en interés del capitalismo financiero (las naciones capitalistas avanzadas) o de la burocracia del partido (Rusia y Europa Oriental). El Estado corporativo parece ser la forma transitoria hacia la barbarie del *1984* orwelliano, y el Estado incorporado la forma transitoria hacia el comunismo. El Estado corporativo está ascendiendo y su sustitución por el Estado incorporado exige una organización bastante masiva, con control de los trabajadores y control de la comunidad, sólo dos pequeños pasos en una senda larga y tortuosa.

Es, por supuesto, tarea del pensamiento crítico y reflexivo entender nuestra condición y revelar qué potencialidad de futuro inminente hay en el presente. Como geógrafos, podemos realizar ciertas contribuciones limitadas; en cuanto académicos e intelectuales que abarcamos sintéticamente una amplia gama de cuestiones, tenemos mucho más que aportar. Vivimos en un Estado corporativo, necesitamos trabajo y tenemos que conformarnos en cierta medida, meramente para sobrevivir. Pero somos inteligentes y podemos vivir de nuestro ingenio; podemos intentar subvertir desde el interior los valores del Estado corporativo. De hecho, las universidades proporcionan una base de resistencia bastante fuerte; la tradición esencialmente retrógrada del estudio creativo libre enfrenta al académico contra el Estado corporativo en igual medida que la tradición progresista que busca medios para evadir el poder de dicho Estado. Para empezar, nos topamos con la tradición de racismo, etnocentrismo y paternalismo condescendiente –un residuo de la era imperial– que hay que expurgar de nuestros libros de texto. Está la tarea de elaborar una bibliografía verdaderamente humanista que eche abajo los dualismos artificiales (casi esquizofrénicos) entre hecho y valor, sujeto y objeto, hombre y naturaleza, ciencia e intereses humanos. La obligación moral del geógrafo, en tanto que tal geógrafo, es afrontar directamente la tensión entre la tradición humanista y las necesidades acuciantes del Estado corporativo, aumentar nuestra conciencia de la contradicción y con ello aprender a explotar la contradicción existente en la propia estructura del Estado corporativo.

La obligación moral del geógrafo se convierte en necesidad social cuando se compara con un fondo más amplio. Después de todo, ninguno de nosotros puede considerarse a sí mismo meramente geógrafo, estudioso o incluso británico. Somos seres humanos que luchamos, como todos los demás seres humanos, por controlar y mejorar las condiciones sociales de nuestra propia existencia. Las luchas efectuadas desde una perspectiva provinciana –sin importar si el provincianismo emana del territorio (la comunidad, la nación) o de la división paratécnica del trabajo en la sociedad– son contraproducentes y están condenadas desde el principio. Sólo las luchas que superan el provincianismo inherente a la geografía de nuestra situación y a la situación de la geografía albergan posibilidades de éxito.



# 3 La población, los recursos y la ideología de la ciencia*

Sería verdaderamente conveniente que una cuestión tan controvertida como la relación entre la población y los recursos pudiera analizarse de manera ética y neutral. En años recientes, las investigaciones científicas sobre esta relación se han multiplicado enormemente en número y complejidad. Pero la plétora de investigaciones científicas no ha reducido la controversia; por el contrario, la ha aumentado. Podemos aventurar tres explicaciones posibles para esta situación:

1. la ciencia no es éticamente neutral;
2. los métodos usados para considerar el problema población-recursos presentan graves defectos; o
3. algunas personas son irracionales y no comprenden y aceptan los resultados científicamente establecidos.

Todas estas explicaciones pueden resultar ciertas, pero no podemos permitirnos preferir ninguna de ellas sin una sustancial reserva. La última explicación exigiría, por ejemplo, un cuidadoso análisis del concepto de *racionalidad* antes de poder sostenerla (Godelier, 1972). La segunda explicación exigiría una cuidadosa investigación de las capacidades y limitaciones de toda una batería de técnicas, herramientas y métodos científicos, junto con una cuidadosa evaluación de los datos disponibles, antes de poder considerarla correcta o incorrecta. En este artículo, sin embargo, me centraré en la primera explicación e intentaré demostrar que la falta de neutralidad ética de la ciencia afecta a todos los intentos de análisis científico y «racional» de la

* Publicado por primera vez en *Economic Geography*, 1974.

relación población-recursos. Me esforzaré además por demostrar que la adopción de ciertos métodos científicos conduce inevitablemente a determinadas conclusiones sustantivas que, a su vez, pueden tener profundas implicaciones políticas.

## La hipótesis de la neutralidad ética

Con frecuencia los científicos parecen afirmar que las conclusiones científicas son inmunes al asalto ideológico. El método científico, se sostiene a menudo, garantiza la objetividad y la neutralidad ética de las manifestaciones «objetivas» así como de las conclusiones derivadas de ellas. Esta opinión es común en las denominadas ciencias naturales; también está extendida en disciplinas como la economía y la sociología. La peculiaridad de este punto de vista es que la afirmación de ser éticamente neutral y estar libre de ideología es en sí misma una afirmación ideológica. Los principios del método científico (sean cuales sean) son declaraciones normativas y no objetivas. Los principios no pueden, por consiguiente, justificarse y validarse apelando a los propios métodos de la ciencia. Hay que validarlos apelando a algo externo a la propia ciencia. Presumiblemente este «algo» radica en el ámbito de la metafísica, la religión, la moral, la ética, la convención o la práctica humana. Sea cual sea su fuente, radica en ámbitos que hasta los científicos aceptan que están libremente imbuidos de consideraciones ideológicas. No sostengo que los hechos y las conclusiones a los que se llega con un método científico determinado sean falsos, inútiles, inmorales, injustificables, puramente subjetivos o no reproducibles. Sostengo, por el contrario, que el uso de un método científico particular está necesariamente basado en la ideología, y que cualquier afirmación de que está libre de ideología es *necesariamente* una afirmación ideológica. Los resultados de cualquier investigación basada en una versión particular del método científico no pueden en consecuencia ser inmunes al asalto ideológico, y tampoco pueden considerarse de manera automática inherentemente distintos o superiores a los resultados a los que se llega con otros métodos.

El fundamento ideológico de la suposición de neutralidad ética se puede demostrar mediante un examen atento de la base de investigación paradigmática en toda la historia de las ciencias (tanto naturales como sociales) (Harvey, 1973; Kuhn, 1962; Mesjaros, 1972), así como examinando la historia de la propia suposición de neutralidad ética (Mesjaros, 1972; Tarascio, 1966). El fundamento ideológico también se puede revelar mediante una consideración de las teorías del significado en las que se acepta que no puede haber un lenguaje éticamente neutral porque el significado del lenguaje no puede separarse de las prácticas humanas por las que se aprenden y comunican los significados específicos (Hudson, 1970; Wittgenstein, 1958). No es, sin embargo,



el propósito de este artículo documentar los problemas y los defectos de la hipótesis de neutralidad ética, por fundamentales que sean. Partiré, por el contrario, de la posición de que la investigación científica no puede proceder de una manera éticamente neutral, e intentaré demostrar que la incapacidad para sostener una posición de neutralidad ética implica inevitablemente algún tipo de posición ideológica en cualquier intento de examinar algo tan complejo como el sistema población-recursos.

En sí misma, la falta de neutralidad ética no demuestra mucho. Sirve, por supuesto, para apartarnos de la opinión bastante trivial de que existe una versión científica de un problema y una variedad de versiones puramente ideológicas. Por ejemplo, los términos maltusianos de «superpoblación» y «presión de la población sobre los medios de subsistencia» no son inherentemente más o menos científicos que los términos marxianos de «ejército industrial de reserva» y «excedente relativo de población», a pesar de que entre analistas poco precisos existe una predilección por considerar los primeros adecuadamente científicos y los segundos puramente ideológicos. Por desgracia, no es muy informativo afirmar además que *todas* las versiones de un problema son ideológicas, y es completamente engañoso sugerir que nuestras opiniones sobre el problema población-recursos dependen meramente de si somos optimistas o pesimistas, socialistas o conservadores, deterministas o posibilistas, y otras dicotomías similares. Afirmar esto es no dar suficiente crédito a ese espíritu de empeño científico que intenta establecer la «verdad» sin invocar preferencias personales subjetivas; decir que no existe la neutralidad ética no quiere decir que nos veamos reducidos a la mera opinión personal.

Estamos, sin embargo, obligados a admitir que la investigación «científica» se produce en un ámbito social, expresa ideas sociales y transmite significados sociales. Si nos molestamos en sondear más profundamente estos significados sociales, tal vez observemos que métodos científicos particulares expresan ciertas posiciones éticas o ideológicas. En algo tan controvertido como el debate población-recursos es crucial entender esta cuestión que con demasiada frecuencia se pasa por alto. Si, como espero demostrar enseguida, el empirismo lógico, el método dominante, produce inevitablemente resultados maltusianos o neomaltusianos, podemos entender más fácilmente por qué los científicos formados en la tradición del empirismo lógico han atribuido inevitablemente, al centrarse en la cuestión población-recursos, una cierta veracidad al punto de vista maltusiano y neomaltusiano. Cuando dicho punto de vista les ha resultado desagradable, dichos científicos rara vez lo han refutado con argumentos «científicos»; por el contrario, han recurrido como base de refutación a alguna versión de optimismo subjetivo. Este tipo de refutación no ha sido útil, por supuesto, porque ha perpetuado la ilusión de que la ciencia y la ideología (entendida como preferencia personal) son independientes entre sí, cuando el verdadero problema radica en la ideología del propio método científico.

Es más fácil abordar las relaciones entre el método, la ideología y las conclusiones sustantivas examinando las obras de Malthus, Ricardo y Marx, porque es relativamente fácil encontrar las conexiones entre tales obras y por consiguiente encontrar cuestiones importantes y a menudo oscuras que radican en el fondo de cualquier análisis de la relación población-recursos.

## Malthus

A veces se olvida que Malthus escribió su primer *Ensayo sobre el principio de la población* en 1798 a modo de tratado político contra el anarquismo socialista utópico de Godwin y Condorcet y como antídoto contra las esperanzas de progreso social despertadas por la Revolución Francesa. En su introducción, sin embargo, Malthus establece ciertos principios de método que deberían, sostiene, regir el discurso referente a un tema tan ambicioso como la perfectibilidad del hombre:

> Un escritor puede decirme que en última instancia un hombre acabará convertido en avestruz. No puedo contradecirlo adecuadamente. Pero antes de esperar atraer a una persona razonable a su opinión, él debería demostrar que el cuello de la humanidad se ha ido alargando gradualmente, que los labios se han vuelto más duros y prominentes, que las piernas y los pies alteran diariamente su forma, y que el cabello está empezando a convertirse en cabos de plumas. Y hasta que se pueda demostrar la probabilidad de una conversión tan asombrosa, seguramente serán tiempo y elocuencia perdidos explayarse sobre la felicidad del hombre en tal estado: describir sus capacidades, tanto para correr como para volar, pintarlo en una condición en la que se menospreciarían todos los lujos estrictos, en la que se emplearía sólo en recoger los elementos necesarios para la vida y en la que, en consecuencia, la parte de trabajo correspondiente a cada hombre sería ligera, y su porción de ocio amplia (Malthus, 1970, p. 70).

El método por el que Malthus aboga es el empirismo. Mediante la aplicación de este método empirista, las teorías opuestas de los socialistas utópicos, los partidarios del avance liberal y los derechos del hombre, por un lado, y de los partidarios del «orden de cosas existente», por otro, pueden compararse con las realidades del mundo. Pero, la primera edición del *Ensayo sobre la población* está marcada por una deducción *a priori* así como por la polémica y el empirismo. Malthus establece dos postulados: que la comida es necesaria para la existencia del hombre, y que la pasión entre los sexos es necesaria y constante. Sitúa estos dos postulados en el contexto de ciertas condiciones, deduce ciertas consecuencias (incluida la famosa ley por la cual la población inevitablemente ejerce presión sobre los medios de subsistencia) y después usa el método empírico para demostrar sus deducciones. De esa forma, Malthus llega a una concepción de método que podemos denominar «empirismo lógico». Este método asume en general que hay dos tipos de verdades, que podemos denominar «verdades lógicas» (deducciones correctas a partir de enunciaciones iniciales seguras) y «verdades empíricas» (enunciaciones objetivas, correctas y verificables que reflejan la observación y el experimento). Las verdades lógicas pueden relacionarse con las verdades empíricas uniendo los dos tipos de enunciaciones en un sistema hipotético deductivo. Si la observación empírica indica que algunas de las enunciaciones derivadas son «objetivamente ciertas», se considera que ello significa que el sistema de enunciaciones es en su conjunto cierto, y entonces podemos disponer de una «teoría», por ejemplo, sobre la relación población-recursos. Malthus construye una versión rudimentaria de dicha teoría.

Vale la pena señalar otro rasgo del empirismo. El empirismo supone que se pueden entender los objetos independientemente de los sujetos que los observan. Se asume, por consiguiente, que la verdad radica en un mundo externo al observador, cuya tarea es registrar y reflejar fielmente los atributos de los objetos. Este empirismo lógico es una versión pragmática de ese método científico al que se da el nombre de «positivismo lógico», y que se basa en una visión particular y muy estricta del lenguaje y del significado.

Mediante el uso del método empirista lógico, Malthus llega a ciertas conclusiones que apoyan las avanzadas por los partidarios del «orden de cosas existente», rechaza el utopismo de Godwin y Condorcet, y desdeña las esperanzas de cambio político. La disminución de la polémica y la mayor seguridad en el empirismo de ediciones posteriores del *Ensayo sobre la población* quizá se pueda considerar en parte consecuencia del descubrimiento básico hecho por Malthus de que cierto tipo de método científico podría obtener, con mucha mayor credibilidad y convicción que la polémica directa, un propósito social definido. El recurso al empirismo fue facilitado a su vez por el creciente conjunto de información referente al crecimiento y a la situación de la población mundial; una de las fuentes básicas, por ejemplo, fue la obra del geógrafo Alexander von Humboldt (1811).

Habiendo demostrado que el «poder de la población es infinitamente mayor que el poder de la Tierra para producir subsistencia», y que es una «ley natural» que inevitablemente la población ejerza presión sobre los medios de subsistencia, Malthus pasa a analizar los controles positivos y preventivos por los que la población se mantiene en equilibrio con los medios de subsistencia. La evolución posterior de las ideas de Malthus sobre el tema es demasiado conocida para merecer que se repita aquí. Lo que a menudo se olvida, sin embargo, es el carácter clasista del que él la dota. Glacken, por ejemplo, que trata sobre Malthus en el penúltimo capítulo de su monumental estudio, *Traces on Rhodian Shore* (1967), pasa completamente por alto este aspecto.

Malthus reconoce que «la miseria tiene que tocarle a alguien» y sostiene que los controles positivos recaerán necesariamente sobre las clases más bajas (Malthus, 1970, p. 82), explicando así la miseria de éstas como resultado de una ley natural que funciona «con absoluta independencia de toda reglamentación humana». El sufrimiento de las clases bajas debe interpretarse, por lo tanto, como «un mal tan profundamente asentado que ningún ingenio humano puede solucionarlo» (Malthus, 1970, p. 101). A partir de tal aseveración llega «a regañadientes» a un conjunto de recomendaciones políticas con respecto a las leyes para los pobres. Al proporcionar protección a las clases más bajas de la sociedad no se consigue más que aumentar la miseria humana; liberar a las clases más bajas de la sociedad de los controles positivos sólo comporta una expansión de su número, una reducción gradual de los niveles de vida de todos los miembros de la sociedad, y un descenso en el incentivo para trabajar, del cual depende, a través del sistema salarial, la movilización de la fuerza de trabajo. También sostiene que los niveles de subsistencia crecientes para «una parte de la sociedad que en general no puede considerarse la más valiosa, reducen la porción que de otra manera correspondería a miembros más industriosos y valiosos, a quienes obliga así a volverse más dependientes» (Malthus, 1970, p. 97).

De ello Malthus saca una moraleja:

> Por duro que pueda parecer en casos individuales, la pobreza dependiente debería considerarse deshonrosa. Tal estímulo parece absolutamente necesario para promover la felicidad de la gran masa de la humanidad, y todo intento general de debilitar este estímulo, por benévola que sea su intención en apariencia, siempre será contraproducente [...]
>
> No me cabe duda alguna de que las leyes parroquiales de Inglaterra han contribuido a aumentar el precio de las provisiones y a bajar el precio real del trabajo. Han contribuido, por lo tanto, a empobrecer a la clase de personas cuya única posesión es el trabajo. También es difícil suponer que no hayan contribuido poderosamente a generar esa despreocupación y falta de frugalidad observada entre los pobres, tan contraria a la disposición que se debe resaltar entre los pequeños comerciantes y agricultores. Los obreros pobres, por usar una expresión vulgar, parecen siempre dispuestos a vivir al día. Las necesidades presentes ocupan toda su atención, y raramente piensan en el futuro. Aun cuando tengan la oportunidad de ahorrar, rara vez la ejercen, sino que todo lo que está más allá de sus necesidades presentes va a parar, hablando en general, a la taberna. Por consiguiente, se puede decir que las leyes sobre los pobres en Inglaterra disminuyen el poder y la voluntad de ahorrar entre la gente común y, por consiguiente, debilitan uno de los más firmes incentivos para la sobriedad y la industria, y en consecuencia para la felicidad (Malthus, 1970, p. 98).



Malthus llega de esa forma a lo que ahora conocemos como una «solución contraintuitiva»: a saber, que lo mejor que se puede hacer con la miseria y la pobreza es no hacer nada, porque todo lo que se haga sólo servirá para exacerbar el problema. La única política válida con respecto a las clases más bajas de la sociedad es la de «abandono benévolo». Esta política está también respaldada por una cierta caracterización de los comportamientos «típicos» exhibidos entre las clases bajas. Argumentos similares se encuentran aún entre nosotros. Aparecen en las declaraciones políticas de Jay Forrester, Edward Banfield, Patrick Moynihan y otros. De hecho, la política de asistencia social en Estados Unidos en la actualidad está dominada por ese modo de pensar.

Para juzgar correctamente la actitud de Malthus hacia las clases bajas hay que compararla con lo que opina sobre la función de las demás clases en la sociedad, en especial las de los intereses industriales y territoriales. Estas funciones se observan de manera más analítica en *The Principles of Political Economy*. En él reconoce que hay un problema por resolver al explicar la acumulación de capital en la sociedad. El capitalista ahorra, invierte en actividad productiva, vende el producto con beneficio, siembra nuevamente el beneficio en forma de nueva inversión y comienza una vez más el ciclo de acumulación. Existe aquí un serio dilema, porque el capitalista tiene que vender el producto a alguien si quiere conseguir beneficio, y el capitalista ahorra en lugar de consumir. Si el capitalista ahorra demasiado y la tasa de acumulación de capital aumenta con demasiada rapidez, los capitalistas verán la expansión restringida, mucho antes de encontrar problemas de subsistencia, por la falta de demanda efectiva para la producción aumentada. En consecuencia, «tanto el capital como la población pueden ser al mismo tiempo, y por un periodo de larga duración, superfluos, en comparación con la demanda efectiva de productos» (Malthus, 1968, p. 402).

Malthus insistió mucho en el problema de la demanda efectiva e intentó convencer a su contemporáneo Ricardo de que, en la práctica: «el verdadero control de la producción y de la población surge más por falta de estímulo que por la falta de capacidad para producir» (Keynes, 1951, p. 117). Ricardo no se dejó convencer, y la idea de la demanda efectiva en relación con la acumulación de capital y los índices salariales permaneció dormida hasta que Keynes la resucitó en su *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*.

La solución dada por Malthus al problema de la demanda efectiva es confiar en el ejercicio adecuado de la capacidad de consumo por parte de las clases improductivas –terratenientes, funcionarios estatales y similares– que se encontraban fuera del proceso de producción. Malthus se esforzó por disociarse de cualquier apología directa del consumo conspicuo por parte de la aristocracia terrateniente. Decía meramente que para que el capitalista, que no cedía a lo que Adam Smith denomina «apetito insaciable de la humanidad por bagatelas y fruslerías», tuviera éxi-

to en la tarea de acumular capital, alguien, en algún lugar, debía generar una demanda efectiva.

> Es incuestionablemente cierto que la riqueza produce necesidades; pero es una verdad aún más importante que las necesidades producen riqueza. Cada causa acciona y reacciona sobre la otra, pero el orden, tanto de precedencia como de importancia, corresponde a las necesidades que estimulan la industria [...] La mayor de todas las dificultades para convertir a los países incivilizados y poco poblados en países civilizados y populosos es inspirarles las necesidades mejor calculadas para fomentar que se esfuercen en la producción de riqueza. Uno de los mayores beneficios que aporta el comercio exterior, y la razón por la que siempre ha parecido un ingrediente casi necesario en el progreso de la riqueza, es su tendencia a inspirar nuevas necesidades, a formar nuevos gustos y a proporcionar nuevos motivos para la industria. Ni siquiera los países civilizados y favorecidos pueden permitirse perder cualquiera de estos motivos (Malthus, 1968, p. 403).

La demanda efectiva, situada en las clases improductivas de la sociedad, y estimulada por la creación de necesidades y el comercio exterior, era una fuerza importante y vital para estimular tanto la acumulación de capital como la expansión del empleo. En consecuencia, los trabajadores sólo podían quedar desempleados si las clases superiores no consumían. Esta teoría de la demanda efectiva no encaja fácilmente con la teoría de la población. Por la sencilla razón de que parece contradictorio asegurar a tenor de la teoría de la población que se debe reducir la capacidad de consumo de las clases más bajas de la sociedad y asegurar al mismo tiempo, de acuerdo con la teoría de la demanda efectiva, que las clases altas deberían consumir tanto como fuera posible. Malthus intenta resolver esta contradicción sosteniendo que las clases altas no aumentan de número de acuerdo con el principio de la población; consumen llamativamente y regulan su número mediante hábitos prudentes generados por el temor a perder su posición en la vida. Las clases más bajas se reproducen imprudentemente. En consecuencia, la ley de la población se descompone en una ley para los pobres y otra para los ricos. Pero Malthus también tiene que explicar por qué no se puede generar una demanda efectiva aumentando la capacidad de consumo de las clases trabajadoras. Esa posibilidad la descarta rápidamente por ilógica, ya que: «nadie empleará nunca capital meramente para cubrir la demanda ocasionada por aquellos que trabajan para él» (Malthus, 1968, p. 404).

Añade que el único caso en el que esto ocurriría sería que los trabajadores «produjeran un exceso de valor por encima de lo que consumen». Rechaza por completo esta posibilidad. Pero incluso Ricardo, en las notas a este párrafo, pregunta sencillamente «¿por qué no?» y escribe una sencilla alegación para demostrar su argumento (Ricardo, 1951b, p. 429). Y, por supuesto, es esta idea, que Malthus rechaza de plano, la que forma el cimiento de la teoría del plusvalor de Marx, de la que surge la teoría marxista del excedente de población relativo.



En la propia obra de Malthus existe una contradicción interna fundamental. Por una parte, la «ley natural» de la población mantiene la doctrina de la miseria inevitable para la masa de la humanidad, mientras que la teoría de la demanda efectiva señala los controles sociales para el empleo del capital y del trabajo. Zinke sugiere que Malthus no necesitaba reconciliar estas posiciones opuestas, porque el principio de la población es aplicable a largo plazo, mientras que la teoría de la demanda efectiva explica las oscilaciones cíclicas a corto plazo [Zonke, 1967, p. 43]. Malthus no parece haber pensado lo mismo a este respecto. En *Summary View of the Principle of Population,* un resumen publicado en 1830, intenta reconciliar estos puntos de vista divergentes. Admite en esta obra que «las leyes de la propiedad privada, que son los grandes estimulantes de la producción, la limitan tanto que siempre hacen que el producto real de la tierra quede considerablemente por debajo de la capacidad de producción» (Malthus, 1970, p. 245).

A continuación señala que en un sistema de propiedad privada «la única demanda efectiva de producto debe proceder de los dueños de la propiedad», y que el control de la demanda efectiva afecta tanto al principio de la población que impide la visita de la miseria a todos los sectores de la humanidad y «garantiza a una porción de la sociedad el ocio necesario para el progreso de las artes y de las ciencias», un fenómeno que «confiere a la sociedad un beneficio muy destacado». Las exigencias de reforma social, y en especial cualquier oposición al principio de la propiedad privada, están equivocadas. Acabar con una sociedad basada en el individualismo competitivo regulado mediante las instituciones de la propiedad privada es permitir que el principio de la población se descontrole, una probabilidad que hundirá a toda la humanidad en un estado de miseria. Las leyes de la propiedad privada, en la medida en que han restringido las oportunidades de las clases trabajadoras, han controlado artificialmente el funcionamiento del principio de la población y, por consiguiente, reducido la miseria agregada de la humanidad. Malthus reconcilia así el principio de la población con la teoría de la demanda efectiva:

> Poco influye en la tasa real de aumento de la población, o en la existencia necesaria de controles a ese aumento, el que el estado de la demanda y la oferta que ocasiona una insuficiencia de los salarios para todas las clases trabajadoras se produzca de manera prematura por una mala estructura de la sociedad, y una distribución desfavorable de la riqueza, o necesariamente por el agotamiento comparativo del suelo. El trabajador siente la dificultad en el mismo grado y ésta debe tener casi los mismos resultados, independientemente de cuál sea la causa de la que surja (Malthus, 1970, p. 247).

Malthus era, por principio, defensor de las instituciones de la propiedad privada, y es esta ideología la que subyace a su formulación del principio de la población y a la teoría de la demanda efectiva. Las instituciones de la propiedad privada significan inevitablemente una distribución desigual de la renta, la riqueza y los medios de producción en la sociedad. Malthus acepta algunas de estos modelos distributivos y acepta su carácter de clase. El modelo distributivo específico puede considerarse bueno o malo, pero no habría manera de ordenar la sociedad racional sin incorporar las necesarias distinciones de clase. Malthus reforzó sus argumentos mezclando análisis y materiales, en especial con respecto a la teoría de la población, apelando a un método de empirismo lógico. En sus escritos sobre economía política, sin embargo, hacía uso frecuente de un método más característico de Ricardo. El carácter contradictorio de muchos de los escritos de Malthus sobre población y demanda efectiva deriva en parte de la disyunción del método usado para examinar ambos fenómenos. En este punto, por consiguiente, debemos observar el método de investigación más claramente exhibido en la analítica limpiamente detallada de Ricardo.

## Ricardo

Ricardo aceptó el principio de la población de Malthus sin reservas y, debemos añadir, con muy poco sentido crítico. Pero el principio de la población desempeña en su obra una función muy diferente y se trata de acuerdo con una metodología muy distinta. El método de Ricardo consistía en abstraer de una realidad compleja unos cuantos elementos y relaciones básicos, y analizar y manipular estos elementos y relaciones idealizados para discernir la estructura del sistema en consideración. De esta manera, Ricardo construyó un modelo abstracto de distribución económica mediante el mecanismo del mercado –un modelo de funcionamiento de la sociedad capitalista– que necesitaba poca base empírica. La función de dicho modelo era proporcionar una herramienta de análisis que explicase y predijese el cambio. Ricardo no era un empirista en el sentido en que lo fue Malthus en el *Ensayo sobre la población,* y usaba los datos con moderación, en buena parte a modo de ilustración, no con la intención de verificar la teoría. El éxito y la legitimidad de dicho método dependen por completo, desde luego, de que las abstracciones realizadas sean razonables. Es importante observar, por consiguiente, las abstracciones e idealizaciones introducidas en el modelo de Ricardo para comprender sus conclusiones sustantivas y el tratamiento que da al problema población-recursos.

En el centro del sistema de Ricardo encontramos una suposición básica concerniente a la naturaleza de la racionalidad económica: «el hombre económico» es el modelo de racionalidad al que todos los seres humanos deberían aspirar. Era, en



consecuencia, un pensador más normativo que empírico (positivo). Más profundamente inserta en la obra de Ricardo, sin embargo, se encuentra la doctrina de que la armonía social se alcanza mediante un comportamiento económicamente racional en el mercado. Esta doctrina de la armonía social se encuentra con frecuencia en la economía política del periodo, y su aparición en la obra de Ricardo no está desligada del uso de una metodología analítica de construcción de modelos. Un conjunto de elementos y relaciones vinculados en una estructura lógica tiene que ser internamente congruente e internamente armonioso. Cuando se somete a manipulación y análisis, el modelo genera asimismo soluciones de equilibrio a los problemas. Con respecto al concepto de armonía social, la obra de Ricardo contrasta muy marcadamente con la de Malthus y Marx. La de Marx es expresiva, toda ella, del tema del conflicto de clases, mientras que en la de Malthus el sentido de conflicto de clases se confunde con la armonía social (en especial en *The Principles of Political Economy*), porque el autor intenta combinar los resultados alcanzados por medio del empirismo lógico con aquellos alcanzados por medio de un modelo abstracto de la economía. El conflicto de clases apenas puede hallarse en la analítica armoniosa del sistema de mercado de Ricardo, aunque los resultados analíticos se usen con fines clasistas: a saber, la derrota de los intereses de los terratenientes y el sometimiento del trabajo asalariado a los intereses del empresario industrial.

En estas condiciones, sorprende descubrir que Ricardo aceptara con tanta facilidad el principio de la población de Malthus. En parte, la simplicidad del argumento deductivo de Malthus debe de haberle atraído, pero existe una razón más significativa para el incondicional respaldo de Ricardo a tal principio. Sólo por medio de él podía mantener la armonía y el equilibrio de su sistema. El problema analítico para Ricardo era explicar la tasa salarial de equilibrio. Los salarios, sostenía, estaban básicamente determinados por dos factores: la escasez y los gastos de subsistencia. En el sistema de Ricardo, el trabajo se consideraba una mercancía como cualquier otra, y la demanda creciente de tal mercancía debía suscitar una oferta tal que los salarios tenderían, a largo plazo, al nivel del «salario natural» impuesto por los gastos de subsistencia. El mecanismo que Ricardo tomó de Malthus para alcanzar el equilibrio entre la oferta y la demanda de trabajo fue, por supuesto, el principio de la población, mediante el cual la población trabajadora aumentaría automáticamente de número:

> Cuando, sin embargo, por el aliciente que los salarios elevados dan al aumento de la población, aumenta el número de trabajadores, los salarios vuelven a caer a su precio natural, y de hecho debido a la reacción caen por debajo de él (Ricardo, 1951a, p. 94).

A corto plazo y bajo circunstancias favorables, el ritmo de acumulación de capital podría superar al de la capacidad de la población para reproducirse y, en consecuen-

cia, durante tales periodos, que serían forzosamente de corta duración, los salarios rebasarían holgadamente su precio «natural» (Ricardo, 1951a, p. 98). Además, cuando una población ejerce presión sobre los medios de subsistencia, «los únicos remedios son una reducción de las personas o una acumulación de capital más rápida». En consecuencia, las leyes que determinan los salarios y «la felicidad de la mayor parte de cada comunidad» dependían de una relación equilibrada entre la oferta de trabajo, de acuerdo con el principio de población, y la acumulación de capital. La población, sostenía Ricardo, «se regula mediante los fondos que deben emplearla, y por consiguiente siempre aumenta o disminuye con el aumento o la disminución del capital» (Ricardo, 1951a, p. 78). Hasta Malthus, sin embargo, puso objeciones a este uso de su principio de la población, observando que hacían falta al menos dieciséis años para producir un trabajador, y que el principio de la población era mucho más que un simple mecanismo equilibrador (Malthus, 1968, pp. 319-320).

Ricardo aceptó que

> la tendencia perniciosa de las leyes de pobres ya no es un misterio, puesto que ha sido plenamente desarrollada por la hábil mano del Sr. Malthus, y todo amigo de los pobres debe desear firmemente su abolición (Ricardo, 1951a, p. 106).

Como Malthus, sostiene que

> la ley de la gravedad no es más cierta que la tendencia de dichas leyes a transformar la riqueza y la fuerza en miseria y debilidad; a apartar los esfuerzos del trabajo de cualquier objetivo, excepto del de proporcionar la mera subsistencia; a confundir toda distinción intelectual; a ocupar la mente en cubrir las necesidades corporales; hasta que al fin todas las clases se vieran infectadas por la plaga de la pobreza universal (Ricardo, 1951a, p. 108).

Además, advierte que «si alcanzáramos el estado estacionario, del que confío estemos aún muy distantes, la naturaleza perniciosa de estas leyes se haría más manifiesta y alarmante» (Ricardo, 1951a, p. 109).

La evocación que Ricardo hace aquí de un estado estacionario postrero es interesante. La metodología analítica de construcción de modelos que empleaba sugiere de manera natural, como hemos visto, la armonía y el equilibrio, y es comprensible que Ricardo infiriera de su modelo que debe de haber inevitablemente algún tipo de equilibrio o fase estacionaria. (J. S. Mill llegó a la misma conclusión utilizando un marco metodológico similar [Mill, 1965, pp. 752-757].) Ricardo sostiene aquí además que en dicha condición de equilibrio, en la que se igualan la demanda y la oferta de trabajo y se eliminan las perspectivas de seguir acumulando capital, parecería haber una elección entre condiciones de pobreza universal (en las que todos reciben un mero salario de subsistencia) o



condiciones en las que el pensamiento racional y la propia civilización pudieran sobrevivir, al menos entre una elite. Ricardo sugiere también que la aportación de prestaciones sociales será especialmente perniciosa en situaciones en las que no haya crecimiento. También este argumento sigue con nosotros, y lo retomaremos más adelante.

A Ricardo, sin embargo, los argumentos de Malthus respecto a la demanda efectiva le parecían «muy asombrosos», y comentó que:

> Un cuerpo de trabajadores improductivos es tan necesario y útil con miras a la producción futura como un fuego que debiera consumir en el almacén del fabricante las mercancías que de otra manera consumirían esos trabajadores improductivos (Ricardo, 1951b, p. 421).

Ricardo no estaba de acuerdo con la defensa que Malthus hacía de los intereses de los terratenientes y queda claro, en sus comentarios y políticas respecto a las leyes sobre el maíz, sobre la renta y similares, que sus simpatías estaban claramente de parte del empresario industrial, el único que, en su sistema, simbolizaba la racionalidad económica. A Ricardo, de hecho, lo ofendía la función desempeñada por los intereses terratenientes, y dado que prescindía por completo del problema de la demanda efectiva, llegó a considerarlos un mero obstáculo para el progreso y para el logro de la armonía social.

La analítica de construcción de modelos de Ricardo le permitió argumentar positivamente a favor del cambio. No le detuvo la evidencia empírica, y no tenía sentido de la deuda con la historia. Su analítica normativa le permitía ver la posibilidad de cambiar y mejorar la realidad, en lugar de meramente entenderla y aceptarla. Como August Lösch (otro gran pensador normativo) podía adoptar el punto de vista de que «si mi modelo no se adapta a la realidad es que la realidad está equivocada» (Lösch, 1954, p. 363). Ricardo podía proyectar sobre el mundo un modelo de funcionamiento de la sociedad capitalista construido a imagen de una armonía social idealizada y alcanzada mediante las bondades del hombre económico racional. Pretendía cambiar la realidad para hacerla encajar en esta imagen, y en este proceso desempeñó una función importante y vital en el fomento del progreso de la industrialización en la Inglaterra del siglo XIX.

## Marx

Marx sostiene que tanto Ricardo como Malthus proyectaban suposiciones ideológicas sin admitirlo o quizá incluso sin ser conscientes de ellas:

> [La teoría de Malthus] encaja notablemente bien en su propósito: una apología de la situación existente en Inglaterra, de los terratenientes, «Estado e Iglesia» [...] párrocos

y pequeños sirvientes, considerados por los ricardianos como tantos inútiles y trasnochados inconvenientes y estorbos de la producción burguesa. Por todo ello, Ricardo fue paladín de la producción burguesa en la medida en que ésta significaba el desarrollo más libre de las fuerzas productivas [...] Insistía en la justificación y en la necesidad histórica de esta fase de desarrollo. Su mismísima falta de sentido histórico del pasado hacía que lo considerara todo desde el punto de vista histórico de su tiempo. Malthus también deseaba el desarrollo más libre posible de la producción capitalista [...] pero al mismo tiempo quiere adaptarse a las «necesidades de consumo» de la aristocracia, tanto estatal como eclesiástica, y servir de base material para las reivindicaciones anticuadas de los representantes de intereses heredados del feudalismo y de la monarquía absoluta. Malthus desea la producción burguesa en la medida en que no sea revolucionaria, en que no constituya un factor histórico de desarrollo sino simplemente cree una base más amplia y confortable para la «vieja» sociedad (Marx, 1972, pp. 52-53).

Los contrastes entre Malthus, Ricardo y Marx se retratan normalmente en función de las opiniones sustantivas de cada uno sobre cuestiones tales como el problema población-recursos. Seguramente el contraste más fundamental es, sin embargo, el de método. El método de Marx se denomina habitualmente «materialismo dialéctico», pero esta expresión transmite poco y oculta mucho. Para entenderla plenamente es indispensable conocer algo la filosofía crítica alemana y en particular la parte de la misma que desarrolló más plenamente una visión no aristotélica del mundo, siendo los representantes más eminentes de esta tradición Leibniz, Spinoza y Hegel. Es necesario exponer la naturaleza de este punto de vista no aristotélico.

El uso que Marx hace del lenguaje es, como ha señalado Ollman, relacional en lugar de absoluto (Ollman, 1971). Con esto se refiere a que no es posible entender una «cosa», o incluso hablar de ella, con independencia de las relaciones que mantiene con otras cosas. Por ejemplo, los «recursos» sólo se pueden definir en relación con el modo de producción que intenta utilizarlos y que simultáneamente los «produce» mediante la actividad física y mental de los usuarios. No existe, sin embargo, un recurso en abstracto o un recurso que exista como «cosa en sí misma». Esta visión relacional del mundo es fundamentalmente distinta de la habitual y conocida visión aristotélica (característica del empirismo lógico o del tipo de construcción de modelos ricardiano) en la que se piensa que las cosas tienen algún tipo de esencia y, por consiguiente, se las considera definibles sin referencia a las relaciones que tienen con otras cosas.

Sobre esta base, Marx desarrolla suposiciones fundamentales referentes a la forma en que se estructura y organiza el mundo. Ollman sugiere que «los pilares gemelos de la ontología de Marx son que concibe la realidad como una totalidad de partes internamente relacionadas, y concibe estas partes como relaciones expandi-



bles tales que cada una en su plenitud puede representar la totalidad» (Ollman, 1973, p. 495). Hay diferentes formas de pensar en dicha totalidad. Podemos pensar en ella como elementos agregados –una mera suma de partes– que entran en combinación sin estar formados por relaciones preexistentes dentro de la totalidad. O puede considerarse la totalidad como algo «emergente»: tiene una existencia independiente de sus partes y al mismo tiempo también domina y modela las partes contenidas en ella. Pero la perspectiva no aristotélica y relacional de Marx le ofrece una tercera perspectiva de la totalidad en la que no son las partes ni el todo, sino las relaciones dentro de la totalidad, las que se consideran fundamentales. Mediante estas relaciones, la totalidad modela las partes para conservar el todo. El capitalismo, por ejemplo, modela las actividades y los elementos de su interior para mantenerse como sistema. Pero a la inversa, los elementos también están continuamente modelando la totalidad para convertirla en configuraciones nuevas a medida que necesariamente se resuelven las contradicciones y los conflictos internos del sistema.

Marx raramente usó la palabra totalidad para referirse a todo lo que hay. Habitualmente se centró en la totalidad «social» de la sociedad humana, y dentro de esta totalidad distinguió varias estructuras. Las estructuras no son «cosas» ni «acciones», y no podemos establecer su existencia mediante la observación. El significado de un acto observable, tal como cortar un tronco, se establece descubriendo su relación con la estructura más amplia de la que forma parte. Su interpretación dependerá de si lo consideramos en relación con el capitalismo o con el socialismo, o si lo situamos en relación con una estructura muy diferente, como el sistema ecológico. Definir elementos relacionalmente significa interpretarlos de una manera externa a la observación directa; de ahí que los modos de pensamiento relacionales se apartaran del empirismo.

Dentro de la totalidad social, Marx distingue varias estructuras (Godelier, 1972). La «base económica» de la sociedad comprende dos estructuras: las fuerzas de producción (las actividades concretas del hacer), y las relaciones sociales de producción (las formas de organización social establecidas para facilitar el hacer). Marx distinguió así entre una división técnica del trabajo y una división social del trabajo. Además, hay varios rasgos superestructurales: las estructuras del derecho, de la política, del conocimiento y de la ciencia, de la ideología, y demás. Cada estructura se considera un elemento primario dentro de la totalidad social y cada una puede alcanzar un cierto grado de desarrollo autónomo. Pero dado que todas las estructuras están interrelacionadas, los conflictos e interacciones entre ellas generan un dinamismo perpetuo. Por ejemplo, Marx ve una gran contradicción entre la creciente socialización de las fuerzas de producción (mediante las complejidades de la división del trabajo) y la base de propiedad privada del consumo y de la posesión en la sociedad capitalista. Dentro de este sistema de estructuras interrelacionadas,

sin embargo, Marx asignó cierta primacía de lugar a la base económica. Al razonar así, Marx apelaba normalmente a que el hombre tiene que comer para vivir y, en consecuencia, en una situación de conflicto, la producción –la transformación de la naturaleza– tiene que preceder a las demás estructuras. Existe una razón más profunda para la importancia que Marx otorga a la base económica; es aquí donde más explícita resulta la relación entre los aspectos naturales y sociales de la vida.

La concepción que Marx tenía de la relación hombre-naturaleza es compleja (Schmidt, 1971). En un nivel, se considera al ser humano parte de la naturaleza: un conjunto de relaciones metabólicas que implican una interacción sensorial constante con el entorno físico. En otro nivel, se considera a los seres humanos seres sociales –cada uno con un conjunto de relaciones sociales (Marx, 1964)– capaces de crear formas de organización social que pueden autorregularse y transformarse a sí mismas. En consecuencia, la sociedad crea su propia historia al transformarse, pero en el proceso también se transforma la relación con la naturaleza. Bajo el capitalismo, por ejemplo:

> La naturaleza se convierte por primera vez en un mero objeto para la humanidad, en un puro asunto de utilidad; deja de ser reconocida como un poder por derecho propio; y el conocimiento teórico de sus leyes independientes parece sólo una estratagema diseñada para someterla a las exigencias humanas, ya sea como objeto de consumo o como medio de producción. Siguiendo esta tendencia, el capital ha ampliado los límites y los prejuicios nacionales, más allá de la deificación de la naturaleza y de la heredada satisfacción autosuficiente de las necesidades existentes confinadas dentro de límites bien definidos y [más allá] de la reproducción de las formas de vida tradicionales. El capital es destructivo de todo esto y permanentemente revolucionario, derribando los obstáculos que impiden el desarrollo de las fuerzas productivas, la expansión de la necesidad, la diversidad de la producción y la explotación y el intercambio de las fuerzas naturales e intelectuales (Marx, 1973, p. 410).

Marx consideraba que la ley de acumulación capitalista siempre empujaba a la sociedad hasta los límites de sus relaciones sociales potenciales y hasta los límites de su base de recursos naturales, destruyendo continuamente el potencial de «explotación e intercambio de las fuerzas naturales e intelectuales». Las limitaciones de recursos se pueden hacer retroceder mediante el cambio tecnológico, pero la marea de la acumulación capitalista se extiende hasta estos nuevos límites.

Marx sostenía además que el capitalismo había conseguido llevar a la sociedad a un punto en el que la humanidad podía liberarse de la naturaleza en aspectos materiales importantes. Los seres humanos están ahora en situación de *crear* naturaleza en lugar de alterarla descuidadamente. Mediante la creación de naturaleza –una



creación que tiene que darse mediante un conocimiento y una comprensión de las propias leyes de la naturaleza– los seres humanos podían quedar libres para descubrir su propia naturaleza esencialmente humana dentro del sistema de la naturaleza. Hay, para Marx, una enorme diferencia entre esta creación inalienada de naturaleza y la irresponsable explotación que se produce bajo el capitalismo que, en su prisa por acumular, siempre se preocupa, como dice Engels, «sólo por el primer éxito tangible; y después se muestra sorprendido de que las consecuencias más remotas de las acciones dirigidas a este fin resulten ser muy distintas, principalmente de carácter opuesto» (Engels, 1940, p. 296).

En último término, el conflicto y la contradicción entre el sistema de la naturaleza y el sistema social sólo podía resolverse mediante la creación de una práctica humana apropiada y completamente nueva. Mediante dicha práctica, los seres humanos «no sólo sentirán sino que también conocerán su unidad con la naturaleza» y de esa manera harán obsoleta «la idea insensata y antinatural de que existe una contradicción entre la mente y la materia, entre el hombre y la naturaleza, entre el alma y el cuerpo» (Engels, 1940, p. 293).

La metodología de Marx admite que el conocimiento y los procesos de aumento de la comprensión son intrínsecos a la sociedad. Sujeto y objeto no se consideran entidades independientes sino como relaciones entre sí. Esta concepción es de hecho muy distinta de la del empirismo tradicional, en la que se presume que el sujeto está «instruido por lo que está fuera de él», o de la de un apriorismo o innatismo (claramente implicado en el método de Ricardo) en el que el sujeto «posee desde el principio estructuras endógenas que impone a los objetos» (Piaget, 1972, p. 19). Marx establece de hecho una metodología similar al constructivismo avanzado por Piaget:

> Mientras que otros animales sólo pueden alterarse cambiando de especie, el hombre puede transformarse transformando el mundo y puede estructurarse construyendo estructuras; y estas estructuras son suyas, porque no están enteramente predestinadas ni desde el interior ni desde el exterior (Piaget, 1970, p. 118).

Se considera así que el sujeto estructura al objeto y es estructurado por éste. Como señala Marx, «al actuar así sobre el mundo externo y cambiarlo, [el hombre] cambia al mismo tiempo su propia naturaleza» (Marx, 1967, vol. 1, p. 175).

El sujeto pensante puede crear ideas en la imaginación. Pero en alguna fase las ideas tienen que abandonar el ámbito del conocimiento abstracto y entrar en la práctica humana para poder ser validadas. Una vez incorporados a la práctica humana, los conceptos y las ideas pueden convertirse (a través de la tecnología) en una fuerza fundamental en la producción y alterar las relaciones sociales de producción

(mediante la creación de nuevos modos de organización social). Aunque muchas ideas se mantienen estériles, algunas no: «al final de cada proceso de trabajo obtenemos un resultado que ya existía al comienzo en la imaginación del trabajador».

Las ideas se consideran, en consecuencia, relaciones sociales a través de las cuales se puede estructurar y reconstruir la sociedad. Pero los conceptos y las categorías se producen también en unas condiciones históricas específicas que son en parte internas al conocimiento (las categorías del pensamiento que nos son entregadas) y en parte un reflejo del mundo en el que se produce el conocimiento. Las categorías de pensamiento que tenemos disponibles son, por así decirlo, un capital intelectual que está abierto a que lo mejoremos (o lo destruyamos). Si, por el contrario, las ideas son relaciones sociales, se deduce que podemos ampliar mucho nuestros conocimientos de la sociedad mediante el análisis crítico de las relaciones expresadas por las ideas, al igual que a través del estudio de la sociedad en cuanto objeto. El análisis de las ideas en la obra de Marx está dirigido tanto a entender la sociedad que las ha producido como a entender qué nos dicen de la realidad que pretenden describir. Marx adopta así un marco metodológico que gira perpetuamente en torno a la pregunta de qué es lo que produce las ideas y qué es lo que estas ideas ayudan a producir.

Las conclusiones sustantivas de Marx sobre el «problema de la población» derivan en parte de una vigorosa crítica de escritores como Malthus y Ricardo. Marx se dispuso a cambiar las categorías que le fueron dadas, porque le parecía necesario hacerlo para transformar las realidades de la vida. Marx analizó paso a paso la estructura del pensamiento de Malthus y Ricardo hasta sus respectivas teorías del valor. A partir de la crítica de estas y otras teorías del valor, llegó a la teoría del plusvalor. El plusvalor, sostenía, se originaba de un plustrabajo, que es esa parte del tiempo de trabajo del trabajador entregada de manera gratuita al capitalista. Para obtener empleo, un obrero puede tener que trabajar diez horas. El trabajador produce suficiente para cubrir sus propias necesidades de subsistencia en seis horas. Si el capitalista paga un salario de subsistencia, el obrero trabaja el equivalente a cuatro horas gratis para el capitalista. Este plustrabajo se puede convertir a través del intercambio de mercado en su equivalente en dinero: plusvalor. Y el plusvalor, bajo el capitalismo, es la fuente de la renta, el interés y el beneficio. Basándose en esta teoría del plusvalor, Marx obtiene una teoría de la población específica.

Para cosechar nuevamente el plusvalor de manera que produzca más plusvalor, es necesario invertir más dinero en salarios y en la compra de materias primas y medios de producción. Si la tasa salarial y la productividad se mantienen constantes, la acumulación requiere una expansión numérica concomitante de la fuerza de trabajo: «la acumulación de capital es, por consiguiente, aumento del proletariado» (Marx, 1967, vol. 1, p. 614). Si la oferta de trabajo permanece constante, la creciente demanda de trabajo generada por la acumulación provocará un aumento en la tasa salarial. Pero



un aumento en la tasa salarial supone una disminución del plusvalor, una caída de los beneficios y, como consecuencia, una tasa de acumulación menor.

> [...] esta disminución nunca puede alcanzar [sin embargo] el punto en el que pudiera amenazar al propio sistema [...] O bien el precio del trabajo sigue subiendo, porque su aumento no interfiere con el progreso de la acumulación [...] O la acumulación se reduce como consecuencia del aumento del precio del trabajo, porque el estímulo del beneficio se amortigua. El mecanismo del proceso de producción capitalista elimina los mismos obstáculos que crea transitoriamente (Marx, 1967, vol. 1, p. 619).

Bajo estas condiciones, la «ley de la producción capitalista» existente en el fondo de la «supuesta ley natural de la población» se reduce a una relación entre la tasa de acumulación capitalista y la tasa de expansión de la fuerza de trabajo asalariada. Esta relación está mediada por el cambio técnico, y la creciente productividad social de los trabajadores también puede usarse «como poderosa palanca para la acumulación» (Marx, 1967, vol. 1, p. 621). El uso de esta palanca permite ampliar el plusvalor mediante una creciente sustitución del trabajo por capital en los procesos de producción. Marx procede entonces a mostrar cómo se combinan estos procesos para crear una «ley de la población peculiar del modo de producción capitalista», añadiendo que «de hecho, cada modo histórico de producción especial tiene sus propias leyes de población especiales, históricamente válidas únicamente dentro de sus límites» (Marx, 1967, vol. 1, pp. 632-633). Podemos observar aquí un importante alejamiento de las ideas de Malthus y Ricardo, quienes atribuían a la ley de la población una validez «universal» y «natural».

Marx limita en general su atención a la ley de la población que funciona en el capitalismo. Señala que la población trabajadora produce el excedente y los bienes de equipo, y por consiguiente produce los medios «de su propio exceso relativo» (Marx, 1967, vol. 1, p. 632). A continuación dice:

> Si un excedente de trabajadores es el producto necesario de la acumulación o del desarrollo de la riqueza a partir de una base capitalista, este excedente se convierte, a su vez, en palanca de la acumulación capitalista, o mejor, en condición para la existencia del modo de producción capitalista. Forma un ejército industrial de reserva disponible, que pertenece al capital de manera casi tan absoluta como si éste lo hubiera criado a sus expensas. Independientemente de los límites reales al aumento de la población, crea para las necesidades cambiantes de la expansión del capital una masa de material humano siempre dispuesto para la explotación (Marx, 1967, vol. 1, p. 632).

Este excedente relativo de población tiene, sin embargo, otra función vital: impide que suban los salarios y se recorten en consecuencia los beneficios:

> Durante los periodos de estancamiento y prosperidad media, el ejército industrial de reserva reduce el ejército de trabajadores activos; durante los periodos de superproducción y paroxismo, modera sus pretensiones. El excedente relativo de población es, por lo tanto, el eje alrededor del cual gira la ley de la oferta y la demanda de trabajo. Mantiene el campo de acción de esta ley dentro de los límites absolutamente convenientes para la actividad de explotación y para el dominio del capital (Marx, 1967, vol. 1, p. 632).

La producción de un excedente de población relativo y de un ejército industrial de reserva se considera en la obra de Marx históricamente específica, intrínseca al modo de producción capitalista. Basándonos en su análisis, podemos predecir que se va a generar pobreza, con independencia de cómo cambie la tasa de población. Marx reconoce explícitamente, sin embargo, la probabilidad de que la elevada tasa de acumulación de capital actúe como estímulo general para el crecimiento de la población; es probable que los trabajadores intenten acumular la única mercancía comercializable de la que disponen: la propia fuerza de trabajo (Marx, 1967, vol. 3, p. 218). No sostenía que el crecimiento de la población fuera de por sí un producto mecánico de la ley de la acumulación capitalista, ni que el aumento de la población no afectara de por sí a la situación. Sostenía muy específicamente, en contra de la posición de Malthus y Ricardo, que la pobreza de las clases trabajadoras era el producto inevitable de la ley de acumulación capitalista. La pobreza no debía explicarse, por consiguiente, apelando a una ley natural. Había que reconocerla como lo que realmente era: una condición endémica interna del modo de producción capitalista.

Marx no habla de un problema de la población sino de un problema de pobreza y explotación humana. Sustituye el concepto de superpoblación de Malthus por el concepto de excedente de población relativo. Sustituye la inevitabilidad de la «presión de la población sobre los medios de subsistencia» (aceptada por Malthus y Ricardo) por una presión históricamente específica y necesaria de la oferta de trabajo sobre los medios de empleo producidos internamente dentro del modo de producción capitalista. Su método específico permitía esta reformulación del problema población-recursos, y esto situó a Marx en una posición desde la cual podía concebir una transformación de la sociedad que eliminara la pobreza y la miseria en lugar de aceptar su inevitabilidad.

## La metodología y la relación población-recursos

Los contrastes entre Malthus, Ricardo y Marx son instructivos por diversas razones. Cada uno utiliza un método específico para enfocar el material objeto de análisis. Marx utiliza un marco no aristotélico (dialéctico) que lo aparta de Ricardo



y Malthus, quienes, a su vez, se diferencian entre sí por el uso de la analítica abstracta y el empirismo lógico, respectivamente. Cada autor expresa también una posición ideológica y, a veces, parece como si cada uno utilizara el método que de manera natural proporciona el resultado deseado. La conclusión importante, sin embargo, es que el método adoptado y la naturaleza del resultado se relacionan íntegramente.

Sorprende, por lo tanto, encontrar tan poco debate o discusión sobre la cuestión del método para abordar un tema tan complejo como la relación población-recursos. En este caso, la hipótesis de neutralidad ética parece ser el principal escollo para el avance de la investigación científica, porque si se supone que todos los métodos científicos son éticamente neutrales, los debates sobre metodología apenas importan. Los materiales sobre la relación población-recursos publicados en años recientes sugieren que domina el legado aristotélico: por lo común seguimos «pensando como Aristóteles» sin saberlo. Pero la mentalidad aristotélica parece poco adecuada para abordar la relación población-recursos y, por consiguiente, se ha dado en la tradición aristotélica un esfuerzo metodológico interno para superar las limitaciones inherentes a la misma. Se ha producido, por así decirlo, una convergencia hacia Marx sin abatir las trampas aristotélicas. Marx acepta que el método adecuado para abordar la relación población-recursos debe ser holístico, abarcar todo el sistema, ser capaz de manejar la dinámica (en particular las retroalimentaciones) y, lo más importante, *internamente dinámico*, ya que tiene que ser capaz de producir nuevos conceptos y categorías para explicar el sistema investigado y, mediante la instrumentación de estos nuevos conceptos y categorías, cambiar el sistema desde dentro. Esta última característica es la que otorga a la obra de Marx su cualidad dialéctica. La mayoría de las investigaciones contemporáneas sobre la relación población-recursos admiten todas las exigencias de Marx excepto la última, y toman la teoría de sistemas como fundamento metodológico. Las formulaciones teóricas de sistemas son suficientemente refinadas (en principio) para hacer todo lo que Marx pretendía hacer, excepto transformar dialécticamente conceptos y categorías y, por consiguiente, transformar la naturaleza del sistema desde dentro. Algunos ejemplos ilustran este punto.

Kneese *et al.* (1970) adoptan para abordar la relación población-recursos lo que ellos denominan método del «equilibrio de materiales», que es, en efecto, un modelo de entrada y salida en dos fases. La primera fase describe los flujos internos de la economía; la segunda describe los flujos dentro del sistema ecológico; y los dos sistemas se relacionan por el principio físico de que la materia no se crea ni se destruye. El modelo es descriptivo en el sentido de que hay que calcular los coeficientes a partir de datos empíricos, pero es posible la experimentación sobre el modelo examinando la sensibilidad de los resultados a cambios en los coeficientes.

En el estudio de Meadows *et al.* (1972), se usan métodos derivados de la dinámica de sistemas; se simula un sistema de ecuaciones diferenciales para indicar futuros resultados de crecimiento de la población, expansión industrial, uso de recursos (tanto renovables como no renovables), y deterioro medioambiental. El sistema incorpora en este caso retroalimentaciones (tanto positivas como negativas) y está, en contraste con el de Kneese *et al.,* orientado al desarrollo a lo largo del tiempo. El modelo de Meadows ha sido objeto de muchas críticas, y un equipo de la Universidad de Sussex (Cole *et al.,* 1973) lo ha examinado en detalle, lo ha reformulado en ciertos aspectos importantes, y ha demostrado algunos de los problemas inherentes en los datos usados para calcular las ecuaciones, concluyendo que en el modelo de Meadows se introdujeron algunas suposiciones innecesariamente pesimistas.

El punto esencial que se debe señalar, sin embargo, es que *todas* estas formulaciones conducen a conclusiones neomaltusianas: fuertemente manifestadas en el modelo de Meadows; algo silenciadas en el caso de Kneese *et al.* (que hablan del *nuevo* maltusianismo); y a largo plazo en el caso de la investigación del equipo de Sussex (de manera similar a Ricardo parecen sugerir que el estado estacionario es inevitable pero aún falta mucho).

Los resultados neomaltusianos de estos estudios se pueden atribuir a la forma aristotélica en la que se plantea la cuestión y se interpretan las respuestas. Y es, por supuesto, la capacidad para alejarse del punto de vista aristotélico la que aparta a Marx de las inevitabilidades a largo y a corto plazo de las conclusiones neomaltusianas. Marx prevé la producción de nuevos conceptos y categorías, de nuevo conocimiento y entendimiento, por los cuales se mediarán las relaciones entre el sistema natural y el social. Esta visión relacional y dialéctica de las cosas se acerca más a incidir en preocupaciones tradicionales sobre el problema del cambio tecnológico. Por supuesto, se reconoce desde hace mucho que Malthus se equivocó en sus predicciones específicas porque pasó por alto el cambio tecnológico. Ricardo vio las posibilidades de dicho cambio, pero a largo plazo pensaba que la sociedad sucumbiría inevitablemente a la ley de la disminución de los beneficios. La diferencia entre el modelo de Meadows y la remodelación que el equipo de Sussex hace de dicho modelo se debe en buena medida al pesimismo del primero y el optimismo del segundo. En todos estos casos, el cambio tecnológico se considera algo externo a la sociedad: un elemento desconocido que no puede explicarse. Pero para Marx, el cambio tecnológico era tanto interno como inevitable en la sociedad; es producto de la creatividad humana, y deriva de la inevitable transformación de los conceptos y categorías que hemos heredado. Sólo dejaremos de innovar si nos dejamos aprisionar por el sistema de conocimientos heredado. Además, es innecesariamente restrictivo pensar que la inventiva y la creatividad humanas sólo se aplican a la esfera



de la tecnología: los seres humanos pueden crear y crean tanto estructuras sociales como máquinas. Este proceso le parece a Marx esencial e inevitable precisamente porque el hombre puede responder y responde a las necesidades de supervivencia. El único peligro radica en la tendencia a ponernos restricciones a nosotros mismos y, por consiguiente, a restringir nuestra propia creatividad. En otras palabras, si nos convertimos en prisioneros de una ideología, prisioneros de los conceptos y de las categorías que hemos heredado, corremos el peligro de hacer realidad las conclusiones neomaltusianas, de convertir el determinismo medioambiental en una condición de nuestra existencia.

Desde este punto de vista, el método de Marx genera perspectivas y conclusiones muy diferentes a las generadas por el simple empirismo lógico, la analítica normativa de tipo ricardiano, o la teoría de sistemas contemporánea. Permítaseme subrayar que no estoy sosteniendo que estos métodos sean ilegítimos o erróneos. Cada uno es de hecho perfectamente adecuado para ciertos ámbitos de investigación. El empirismo lógico tiene la capacidad de informarnos respecto a lo que es, dado un conjunto existente de categorías. En la medida en que usemos este método, estaremos abocados a interpretar lo que en otra parte he denominado teoría del *statu quo* (Harvey, 1973). El modo aristotélico en el que procede la construcción del modelo normativo y analítico produce declaraciones prescriptivas del tipo «debería darse», pero las categorías y los conceptos son herramientas idealizadas, abstractas y *estacionarias* impuestas a un mundo cambiante. La teoría de sistemas es una forma más avanzada de crear modelos, que se basa en diversos grados de abstracción y un contenido empírico variado. El materialismo dialéctico, de la manera que lo usa Marx, es «constructivista» dado que considera el cambio como una necesidad generada internamente, la cual afecta de igual manera a las categorías de pensamiento y a la realidad material. Las relaciones entre estos métodos diversos son complejas. Los métodos, como es obvio, no se excluyen mutuamente; pero diferentes métodos parecen adecuados para distintos ámbitos de investigación. Y es difícil entender cómo algo que no sea un método relacional, constructivista e internamente dinámico puede resultar adecuado para analizar el futuro de la relación población-recursos, en especial cuando es tan evidente que los conocimientos y la interpretación son fuerzas mediadoras muy importantes en la construcción de dicho futuro. Los resultados alcanzados por otros medios sólo pueden ser de interés si se insertan en la fuerza interpretativa más amplia proporcionada por el método de Marx. Todo esto sería un problema meramente académico (aunque de importancia crucial) si no fuera porque las ideas son relaciones sociales, y los resultados maltusianos y neomaltusianos obtenidos (inevitablemente) por medio de otros métodos se proyectan en el mundo, donde probablemente generen consecuencias políticas inmediatas. Y en estas consecuencias nos fijaremos ahora.

## Consecuencias políticas de la teoría población-recursos

En la Conferencia sobre Medio Ambiente celebrada en Estocolmo en 1972, la delegación china afirmó que no existía nada parecido a la escasez de recursos, y que era absurdo hablar de los problemas medioambientales en dichos términos. Los comentaristas occidentales se desconcertaron y algunos concluyeron que los chinos debían de poseer enormes reservas de minerales y combustibles fósiles cuyo descubrimiento no debían de haber comunicado todavía al mundo. La opinión china es, sin embargo, bastante consecuente con el método de Marx y debería considerarse desde dicha perspectiva. Para dilucidarlo tenemos que introducir en nuestro vocabulario tres categorías de pensamiento: subsistencia, recursos y escasez.

### *Subsistencia*

Malthus parece haber considerado la subsistencia como algo absoluto, mientras que Marx la considera relativa. Para Marx, las necesidades no son puramente biológicas; están también social y culturalmente determinadas (Orans, 1966). Además, como coinciden Malthus y Marx, las necesidades pueden crearse, lo que supone que el significado de la subsistencia no puede establecerse con independencia de las circunstancias históricas y culturales si, como insistía Marx; las definiciones de carencias y necesidades sociales se producían bajo un modo de producción dado, en lugar de someterse inevitablemente a las leyes maltusianas de la población. La subsistencia se define, entonces, internamente al modo de producción y cambia a lo largo del tiempo.

### *Recursos*

Los recursos son materiales disponibles «en la naturaleza» y susceptibles de ser transformados en cosas útiles para el hombre. Desde hace tiempo se reconoce que los recursos sólo se pueden definir con respecto a una determinada fase de desarrollo técnico, cultural e histórico, y que son, en efecto, evaluaciones técnicas y culturales de la naturaleza (Firey, 1960; Spoehr, 1956).

### *Escasez*

A menudo se acepta erróneamente que es inherente a la naturaleza, cuando su definición es inextricablemente de origen social y cultural. La escasez supone ciertos fines sociales, y son éstos los que definen la escasez tanto como la falta de medios naturales para alcanzar estos fines (Pearson, 1957). Además, muchas de las escaseces que experimentamos no surgen de la naturaleza sino que son creadas por la actividad humana y gestionadas por la organización social (la escasez de solares en el centro de Londres es un ejemplo de lo primero; la escasez de plazas universitarias es un ejemplo de lo segundo). La escasez es de hecho necesaria para la supervivencia del modo de producción capitalista, y tiene que gestionarse cuidadosamente, ya que de lo contrario el aspecto autorregulador del mecanismo de precios se vendrá abajo (Harvey, 1973).

Armados con estas definiciones, consideremos una frase simple: «La superpoblación surge por la escasez de recursos disponibles para cubrir las necesidades de subsistencia de la masa de la población». Si introducimos nuestras definiciones en esta frase, tenemos: «Hay demasiada gente en el mundo porque los fines determinados que tenemos en mente (junto con la forma de organización social que tenemos) y los materiales disponibles en la naturaleza, que nosotros tenemos la voluntad y la manera de usar, no bastan para proporcionarnos las cosas a las que estamos acostumbrados». De dicha frase se pueden extraer posibilidades de todo tipo: (1) podemos cambiar los fines que tenemos en mente y alterar la organización social de la escasez; (2) podemos cambiar las evaluaciones técnicas y culturales que hacemos de la naturaleza; (3) podemos cambiar nuestros puntos de vista respecto a las cosas a las que estamos acostumbrados; (4) podemos intentar alterar nuestras cifras.

Una verdadera preocupación por los asuntos medioambientales exige que se examine la relación entre todas estas opciones. Decir que hay demasiadas personas en el mundo equivale a decir que no tenemos la imaginación, la voluntad o la capacidad de hacer nada sobre las proposiciones (1), (2) y (3). De hecho es muy difícil hacer algo respecto a (1), porque implica la sustitución del sistema de intercambio de mercado como modo de funcionamiento de la integración económica; la proposición (2) siempre ha sido la gran esperanza para resolver nuestras dificultades; y nunca hemos pensado con demasiada coherencia sobre (3), en especial porque hace referencia al mantenimiento de una demanda efectiva en las economías capitalistas (nadie parece haber calculado qué consecuencias tendría un consumo personal sensiblemente reducido sobre la acumulación de capital y el empleo).

Arriesgaré la generalización de que nada consecuente puede hacerse respecto a (1) y (3) sin desmantelar y sustituir la economía de intercambio de mercado capitalista. Si somos reacios a contemplar dicha alternativa y si (2) no cumple demasiado bien su función, tenemos que acudir a (4). Buena parte del debate que se mantiene en el mundo occidental se centra en (4), pero en una sociedad en la que se pueden integrar las cuatro opciones debe parecer fácil analizar los problemas medioambientales en términos de escaseces o de superpoblación de origen natural; éste es,

supuestamente, el argumento que planteaba la delegación china en la Conferencia de Estocolmo.

El problema de centrarse exclusivamente en el control de las cifras de población es que tiene ciertas consecuencias políticas. Las ideas sobre el medio ambiente, la población y los recursos no son neutrales. Son de origen político y tienen efectos políticos. Históricamente es deprimente observar el uso hecho del tipo de frase que acabamos de analizar. En cuanto las connotaciones de límites absolutos llegan a rodear los conceptos de recursos, escasez y subsistencia, se establece un límite absoluto para la población. ¿Y cuáles son las implicaciones políticas (dadas estas connotaciones) de decir que hay «superpoblación» o «escasez de recursos»? El significado se puede establecer con excesiva rapidez. Alguien sobra en alguna parte, y no hay espacio para moverse. ¿Sobro *yo*? Por supuesto que no. ¿Sobras *tú*? Por supuesto que no. ¿Quién sobra entonces? Deben de ser *ellos*. Y si no hay espacio para moverse, es perfectamente correcto y adecuado que *ellos,* que tan poco aportan a la sociedad, deban llevar la carga más pesada. Y si sostenemos que algunos de *nosotros,* por virtud de nuestras destrezas, habilidades y logros, somos capaces de «aportar un notable beneficio a la sociedad» mediante nuestras contribuciones al bien común y que, además, somos proveedores de la paz, la libertad, la cultura y la civilización, parecería que estamos obligados a protegernos y preservarnos por el bien de toda la humanidad.

Permítaseme hacer una afirmación. Siempre que una teoría de la superpoblación se asienta en una sociedad dominada por una elite, invariablemente la no elite experimenta alguna represión política, económica o social. Tal afirmación puede justificarse apelando a la evidencia histórica. El Reino Unido posterior a las guerras napoleónicas, cuando Malthus era tan influyente, proporciona un ejemplo. El movimiento conservacionista estadounidense de principios del siglo XX se basó en un evangelio de eficacia que abarcaba por igual la gestión de los recursos naturales y las relaciones de trabajo. La combinación de la ética aria y la necesidad de aumentar el *lebensraum* [espacio vital] produjo resultados especialmente malignos en la Alemania de Hitler. Las prescripciones políticas que con frecuencia se adjuntan a los ensayos sobre los problemas de población y medioambientales transmiten una advertencia similar. G. Jacks y R. Whyte (1939), escribiendo en los últimos años del imperio británico, sólo veían una manera de superar la escasez de tierra en África:

> Un tipo de sociedad feudal en el que los cultivadores nativos estuvieran de alguna manera vinculados a la tierra de sus señores europeos parece en general adecuado para cubrir las necesidades de tierra en el actual estado de desarrollo africano [...] Permitiría a quienes han sido la principal causa de la erosión [los europeos] y a quienes tienen los medios y la capacidad para controlarla asumir la responsabilidad del suelo. En la actualidad, consideraciones humanitarias hacia los nativos impiden a los europeos asumir la posición alcanzable de dominio del suelo (Jacks y Whyte, 1939, p. 276).



Esa apología directa del colonialismo suena un tanto extraña hoy.

Vogt, cuyo libro *The Road to Survival* [El camino hacia la supervivencia] se publicó en 1948, veía en la superpoblación rusa una grave amenaza militar y política. Sostenía que el Plan Marshall de ayuda a Europa era resultado de una opción poco envidiable entre permitir la expansión del comunismo y proporcionar bienestar internacional, la cual meramente fomentaría el aumento de la población. También señalaba que buena parte de la población mundial era prescindible:

> Hay pocas esperanzas de que el mundo escape en los próximos años del horror de las extensas hambrunas de China. Pero desde el punto de vista mundial, éstas no sólo son deseables sino indispensables. Si la población china siguiera aumentando a ritmo geométrico no podría sino suponer una calamidad para el planeta. La misión del general Marshall en este infeliz territorio se consideró un fracaso. Si hubiera tenido éxito, bien podría haber sido un desastre (Vogt, 1948, p. 238).

Es irónico de hecho que esta predicción se publicara el mismo año que Mao Ze Dong llegó al poder e intentó, de manera verdaderamente dialéctica, transformar en solución el problema de China, movilizando a la fuerza de trabajo para crear recursos donde antes no los había. La transformación resultante de la tierra china (como la denomina Buchanan [1979]) ha eliminado la hambruna, aumentado los niveles de vida y eliminado efectivamente el hambre y la miseria material.

Es más fácil captar las consecuencias políticas de los argumentos sobre la superpoblación en épocas pasadas que en la nuestra. La lección sugerida por estos ejemplos es simplemente la siguiente: si aceptamos la teoría de la superpoblación y de la escasez de recursos pero insistimos en mantener intacto el modo de producción capitalista, los resultados inevitables serán políticas dirigidas hacia la represión étnica o de clase en el interior y políticas de imperialismo y neoimperialismo en el extranjero. Por desgracia, esta relación se puede estructurar en sentido opuesto. Si, por cualquier razón, un grupo de la elite necesita un argumento para respaldar sus políticas represivas, el argumento de la superpoblación es el que más hermosamente se adapta a este propósito. Malthus y Ricardo nos proporcionan un ejemplo de dicha apología. Si es necesario un determinado tipo de pobreza para los procesos de acumulación capitalista o un salario de subsistencia esencial para el equilibrio económico, ¿qué mejor manera de explicarlo que apelar a una ley de la población universal y supuestamente «natural»?

Malthus indica otro tipo de uso apologético del principio de la población. Si en un orden social existente, cualquier tipo de elite se halla amenazada y lucha por

conservar su posición dominante en la sociedad, puede usar los argumentos de la superpoblación y la escasez de recursos como poderosa palanca ideológica para persuadir a los demás de que acepten la situación existente y el establecimiento de medidas autoritarias para mantenerla. Los intereses terratenientes ingleses usaron de esa manera los argumentos de Malthus a comienzos del siglo XIX. Y este tipo de argumento es, por supuesto, aún más eficaz si el grupo de la elite está en posición de crear una escasez para demostrar el argumento.

El argumento de la superpoblación se usa fácilmente como parte de una elaborada apología mediante la cual se puede justificar la represión de clase, étnica o (neo)colonial. Es difícil distinguir entre los argumentos que tienen un fundamento real y aquellos aportados por razones apologéticas. Por lo general, ambos tipos de argumentos se mezclan inextricablemente. En consecuencia, quienes piensan que existe un verdadero problema pueden, sin darse cuenta, contribuir a fortalecer a los apologistas, y los individuos pueden contribuir de buena fe a un resultado que, como individuos, podría resultarles abominable.

¿Y qué decir del movimiento ecológico y medioambiental contemporáneo? Creo que refleja todas las corrientes que he identificado, pero bajo la tensión de los acontecimientos contemporáneos es difícil organizar con claridad los argumentos. El proceso de crecimiento capitalista adolece de profundos problemas estructurales (ejemplarizados por la persistente «estanflación» y las incertidumbres monetarias internacionales). Parece necesario efectuar ajustes. La población del bienestar en Estados Unidos se está transformando de herramienta para la manipulación de la demanda efectiva (que fue su función económica en la década de 1960) en herramienta para atacar a las tasas salariales (mediante la provisión de programas de empleo), y para hacerlo se usan todos los argumentos de Malthus. Las tasas salariales se encuentran bajo presión, y tanto en América como en Europa están surgiendo políticas para reducir las rentas reales y así compensar la caída de las tasas de beneficios y la ralentización de la tasa de acumulación de capital. No puede haber duda de que el orden existente percibió que se encontraba bajo amenaza a finales de la década de 1960 (en especial en Francia y Estados Unidos, y ahora en Reino Unido). ¿Fue accidental que el argumento ecológico surgiera con tanta fuerza en 1968, en la cresta de los disturbios universitarios? ¿Y cuál fue la consecuencia de sustituir a Marcuse por Ehrlich como héroe universitario? Parecen haberse establecido las condiciones adecuadas para la aparición de argumentos de superpoblación como parte de una ideología popular que justifique lo que había, y hay, que hacer para estabilizar el sistema económico capitalista, sometido a una fuerte tensión.

Pero al mismo tiempo hay crecientes indicios (que de hecho han ido aumentando desde principios de la década de 1950) de que ahora existen ciertos problemas ecológicos mundiales en lugar de puramente locales (el ejemplo del DDT es el más es-



pectacular). Dichos problemas son perfectamente reales. La dificultad, por supuesto, es determinar la razón subyacente de que surjan tales dificultades. Se ha reconocido en parte que los patrones de consumo inducidos bajo el capitalismo pueden tener algo que ver, y que la naturaleza de la empresa privada, con su predilección por trasladar los costes a la sociedad y así mejorar la posición competitiva de la empresa, también influye (Kapp, 1950). Y no cabe duda de que las desbocadas tasas de crecimiento de la población (provocadas en gran medida por la penetración de las relaciones de mercado y de trabajo asalariado en sociedades rurales tradicionales) también han influido. Pero en su prisa por atribuir el origen de estos problemas a la «superpoblación» (con todas sus connotaciones maltusianas), muchos analistas han fomentado inconscientemente la política represiva que invariablemente parece anexa al argumento maltusiano, en un momento en el que las condiciones económicas son tales que dicho argumento resulta extremadamente atractivo para la elite dominante.

Las ideas son relaciones sociales; tienen su origen supremo en las preocupaciones sociales de la humanidad y tienen su impacto supremo sobre la vida social de la humanidad. Los argumentos referentes a la degradación medioambiental, el crecimiento de la población, la escasez de recursos y similares pueden surgir por razones bastante dispares y tener impactos muy diversos. Es crucial, por consiguiente, determinar los orígenes y los impactos políticos y sociales de dichos argumentos. Las consecuencias políticas de inyectar una opinión fuertemente pesimista en un mundo jerárquicamente estructurado por clases y etnias y en el que existe un empeño ideológico en el mantenimiento del orden capitalista son bastante aterradoras. Como Levi-Strauss advierte en *Tristes Trópicos:*

> Cuando los hombres empiezan a sentirse constreñidos en su hábitat geográfico, social y mental, corren el peligro de dejarse tentar por la solución sencilla de negar a una parte de la especie el derecho a ser considerada humana (Levi-Strauss, 1973, p. 401).

## Conclusiones

La ciencia del siglo XX en el mundo occidental está dominada por la tradición del materialismo aristotélico. Dentro de esa tradición, el empirismo lógico, respaldado por la fuerza filosófica del positivismo lógico, ha proporcionado una base paradigmática general para la investigación científica. Más recientemente, los «constructores de modelos» y los «teóricos de sistemas» han pasado a desempeñar una función más amplia. Todos estos métodos están destinados a generar resultados maltusianos o neomaltusianos cuando se aplican al análisis de problemas globales

en la relación población-recursos. Los científicos pueden expresar personalmente optimismo o pesimismo respecto al futuro, mientras que los resultados de la investigación científica pueden indicar que el estado estacionario inevitable está lejos o se encuentra cerca. Pero, dada la naturaleza de la metodología, todos los indicadores señalan en la misma dirección.

Las consecuencias políticas derivadas de estos resultados pueden ser graves. La proyección de una opinión neomaltusiana en la política del momento parece invitar a la represión interna y a la prosecución de políticas neocoloniales en el exterior. A menudo el punto de vista neomaltusiano sirve para legitimar dichas políticas y, de ese modo, preservar la posición de una elite dominante. Dada la suposición de neutralidad ética y la concepción dominante del método científico, todo lo que la elite gobernante tiene que hacer para generar puntos de vista neomalthusianos es pedir a la comunidad científica que considere los problemas inherentes a la relación población-recursos. Los resultados científicos están básicamente predeterminados, aunque cada científico pueda presentar objeciones por razones «subjetivas» personales.

Por supuesto, el argumento fundamental de este artículo es que el único tipo de método capaz de abordar las complejidades de la relación población-recursos de una manera integrada y verdaderamente dinámica es el basado en una versión adecuadamente constituida del materialismo dialéctico.

Indudablemente esta conclusión resultará inaceptable para muchos, porque *suena* a ideológica en una sociedad de especialistas formados en la creencia de que ideología es una palabra malsonante. Tal creencia es, como he señalado, ideológica. Además, el no utilizar un método de ese tipo ante una situación que todos consideran problemática, y algunos prácticamente catastrófica, es exponerse a la ignorancia en un tema tan serio como la supervivencia de la especie humana. Y si la ignorancia es el resultado de la creencia ideológica de que la ciencia está, o debería estar, libre de ideología, es una ideología oculta la que constituye el obstáculo más serio para la investigación. Y si, por ignorancia, participamos en la política de la represión y en la política del miedo, lo hacemos en buena parte como consecuencia de la afirmación ideológica de estar libres de ideología. Pero en todo caso, tal vez la afirmación de estar libres de ideología se estableciera desde un principio para obtener dicha participación.



# 4

# Rebatir el mito marxiano (al estilo Chicago)*

La invitación a iniciar un *diálogo* entre «sociólogos urbanos incluidos en la tradición de la Escuela de Chicago y opositores marxianos a dicha tradición» suena, a primera vista, como una invitación a las ovejas para que se sienten a parlamentar con los lobos. Ciertamente, sugiere una reducción del nivel de combate desde un gran enfrentamiento gladiadoresco de palabras e ideologías hasta el nivel de lid política más sosegada y quizá más sutil. Lo interesante de la idea es que un análisis de las trampas que jalonan la aproximación a la sala de congresos nos puede decir mucho sobre las verdaderas diferencias que surgen cuando «científicos» de tradiciones radicalmente diferentes intentan interpretar los mismos fenómenos materiales.

Considérese, en primer lugar, la dificultad para establecer las normas del debate. Podríamos acordar al comienzo, por ejemplo, que los insultos polémicos no son muy útiles. El problema de dicha norma es que no sabemos cuándo una categoría se considera un nombre peyorativo. A mí me llaman «opositor marxiano». Yo pongo dos reparos. Primero, me considero principalmente un *científico* que busca una interpretación global del mundo en que vivimos. He asumido las categorías marxianas porque hasta el momento son las únicas que he encontrado que me permiten encontrarle sentido a los acontecimientos. En segundo lugar, sé perfectamente que el nombre de «Marx» y los epítetos «marxista» y «marxiano» están tan teñidos de una historia de invectivas de la Guerra Fría y de la caza de brujas mccarthista que ser llamado así es hacer que la mayoría de la audiencia profesional de Estados Unidos se aparte de mí antes de que empiece siquiera. ¿Qué oportunidad tengo, entonces, enfrentado a algo de sonido tan respetable como «los sociólogos urbanos en la tradi-

* Publicado por primera vez en *Comparative Urban Research*, 1978.

ción de la Escuela de Chicago»? Podría intentar nivelar un poco las cosas buscando el modo de fomentar asociaciones entre la sociología urbana de Chicago y, pongamos, Al Capone. Pero incluso si tuviera éxito en una empresa tan alocada, apenas restablecería el equilibrio, porque Al Capone es, en algunos aspectos, un héroe popular estadounidense, mientras que definitivamente no ocurre lo mismo con Marx. O podría vengarme por haber sido relegado a la categoría de «marxiano» refiriéndome a los sociólogos de la Escuela de Chicago como «científicos sociales burgueses». Tal caracterización es totalmente válida desde el punto de vista de la «tradición marxiana», mas es sorprendente cuánto se molestan nuestros rivales cuando se les describe así. Mi venganza, desde luego, duraría poco, porque junto al temido nombre del propio Marx, la palabra «burgués» es, al menos en el pensamiento estadounidense, un gran síntoma delator que equivale casi a «tachar de rojo» (o al menos a «teñir de rojo») a cualquiera que la use excepto por diversión y entrecomillada.

Llamo la atención sobre estos problemas porque una precondición necesaria para el diálogo entre los «opositores marxianos» y los «científicos sociales burgueses» es la creación de un vocabulario básico con significados acordados en común. En su forma más elemental, la lucha entre las dos tradiciones es una lucha por establecer un sistema hegemónico de conceptos, categorías y relaciones para entender el mundo. Es una lucha por el lenguaje y el propio significado. Y no nos referimos simplemente a los significados literales adjuntos a palabras de jerga, porque necesitamos también conocer las múltiples connotaciones y el peso del contenido histórico que contienen determinadas palabras. Nuevamente, los «opositores marxianos» parecen empezar con desventaja, porque se espera que adquieran una profunda comprensión de los términos «burgueses», mientras que la mayoría de los «científicos sociales burgueses» hasta se enzarzan en polémicas sobre Marx sin, parece, prestar la menor atención a la integridad de los significados marxianos.

Dado que me he sentado en ambos lados del muro (obteniendo mi puesto, de manera bastante cómoda, gracias a una obra profundamente «burguesa»), puedo testificar sobre algunos de los problemas extraordinariamente complejos que surgen cuando se afrontan los significados marxianos desde una tradición positivista y analítica «burguesa». Me ha llevado casi siete años adquirir una fluidez siquiera limitada en el uso de los conceptos marxianos, y siempre me sorprende el continuo despliegue de nuevos patrones de significados y relaciones. No señalo esto para rechazar cualquier comentario sobre Marx excepto los realizados por aquellos que han experimentado ciertos «ritos de paso» al conocimiento recibido, sino para resaltar la obvia dificultad de diálogo en tales condiciones. Podría añadir que esta dificultad no es algo inherente a la representación marxiana de las cuestiones; de hecho hay algo muy natural y de sentido común en la representación marxiana. Surge porque la mayoría de nosotros nos «entrenamos» la mayor parte de nuestra vida en



una tradición empírica y analítica que no admite ni una traza del pensamiento dialéctico o de los significados relacionales. Mi propia experiencia es, de manera bastante sencilla, que cuanto más formados estén los especialistas en la ciencia social «burguesa», más difícil les resulta entender en lo más mínimo de qué trata la representación marxiana.

Esta dificultad no surge cuando se mira desde el otro lado de la valla. Para quienes trabajan en la tradición marxiana, entender las categorías burguesas es una necesidad. La matriz del pensamiento burgués, entendido en sus propios términos, proporciona una materia prima vital y maleable que, al modelarla con ayuda de las asombrosas herramientas críticas que Marx proporciona, puede revelar un entendimiento transformado y *más válido* del mundo. En esta coyuntura no propongo examinar este proceso en detalle, porque sólo deseo establecer un argumento crucial. La tradición marxiana ya contiene una especie de «diálogo» entre la representación burguesa y la marxiana sencillamente porque aquélla proporciona buena parte de la materia prima que, cuando se transforma, proporciona a ésta su propia interpretación. Dicho de otra forma, desde el punto de vista de Marx, debe *necesariamente* existir una relación dialéctica entre el pensamiento burgués y el marxiano; el primero es una representación del mundo obtenida desde el punto de vista del *capital* mientras que el segundo es una representación del mundo obtenida en función de la oposición del *trabajo*.

La teoría social burguesa niega típicamente dicho criterio de clase para el conocimiento y propone definir una interpretación «objetiva» y «neutral» del mundo, libre de sesgos de clase. Con este fin ha elaborado un cierto bagaje de herramientas, métodos y marcos teóricos, así como todo un corpus de categorías, conceptos y relaciones. En sus propios términos, la ciencia social burguesa parece un esfuerzo razonablemente logrado, en el sentido de que muchas personas se ganan con él la vida mientras que la sociedad burguesa parece estar razonablemente convencida de su utilidad. ¿Por qué demonios, entonces, desean los científicos sociales burgueses iniciar un diálogo con sus «opositores marxianos»? La idea de relación dialéctica entre ambas tradiciones es totalmente ajena al punto de vista burgués, en parte porque la práctica de la dialéctica se halla ausente y en parte porque admitir la idea de oposición fundamental entre las dos se acerca peligrosamente a admitir lo que el científico social burgués está menos deseoso de aceptar: a saber, el fundamento de clase del conocimiento. La relación entre ambas tradiciones es, por consiguiente, muy distinta dependiendo del lado en el que cada uno se encuentre.

Habiéndome sentado a ambos lados de esta valla, tengo cierta percepción de por qué el científico social burgués puede coquetear y coquetea con la oposición marxiana. Inherente a la tradición burguesa hay una noción de «libre investigación intelectual» que representa, en sus mejores ejemplos, ciertas condiciones de trabajo

(libertad respecto al dominio externo) y la interiorización de la idea de «persecución de la verdad» como materia de conciencia personal. Siempre ha habido cierta tensión, por consiguiente, entre el pensamiento burgués y «los poderes fácticos» de la sociedad. Desde el punto de vista de éstos, la dinámica del capitalismo exige mucha inventiva científica, técnica, organizativa y social, y hay, por consiguiente, cierta transacción entre permitir que florezca la libre investigación intelectual y suprimir esas vetas de pensamiento que son anatema para la conservación del orden social existente. Periódicamente, los «poderes fácticos» organizan una especie de limpieza doméstica y «sacan a los rojos de debajo de la cama», como hicieron en la época de McCarthy en Estados Unidos y como actualmente hacen de manera muy sistemática en Alemania Occidental. Pero la noción de libre investigación intelectual persiste; y, en el transcurso de los acontecimientos, algún estudioso burgués puede escoger a Marx, leerlo, entenderlo, e incluso dejarse convencer por él. Sin embargo, las acciones individuales de este tipo no suponen un movimiento social. Para explicar las fases de coqueteo general con Marx debemos apelar a una explicación diferente.

La actitud analítica y empírica que domina en la ciencia social burguesa conduce inevitablemente a una excesiva fragmentación del conocimiento. Las fragmentaciones empiezan con la formación de disciplinas y subdisciplinas, y continúan hacia las «áreas de especialización» hasta llegar a las minucias. Esta división técnica del trabajo tiene su paralelo social en la formación de asociaciones profesionales, grupos de interés y comités especializados, que frecuentemente tratan un tema particular como «territorio» especial, como su propia reserva, colgando todo tipo de avisos de «prohibida la entrada». El respeto mutuo a los «derechos de propiedad» de áreas de investigación conduce también a cierta autocensura cuando investigadores concretos llegan a aceptar la opinión de que hay enormes áreas de investigación que ellos no pueden atravesar porque no les competen. Los economistas dicen que las cuestiones sociales y políticas caen fuera de su jurisdicción, los sociólogos dicen que las cuestiones económicas y políticas no se encuentran dentro de su propio ámbito, y demás. La división técnica del trabajo no es improductiva de nuevas interpretaciones, y siempre que sean adecuadas, las divisiones sociales pueden ser útiles. Pero cuando las divisiones técnicas y sociales se osifican, empiezan los problemas, en especial en una sociedad que exige dinamismo tanto en el pensamiento como en la producción. Un marco disciplinario que emergió en general a comienzos del siglo XX y que desde entonces se ha vuelto rígido, difícilmente mantiene durante mucho tiempo su congruencia con una sociedad que experimenta cambios fundamentales.

Las fragmentaciones y especializaciones también producen, transcurrido un tiempo, una sensación de disminución de los beneficios. Si buscamos en la bibliografía, debe de haber ya, literalmente, miles y miles de hipótesis que se han demos-



trado «ciertas» en el nivel de trascendencia 0,05. ¿Cómo vamos a sacarle sentido a todas estas proposiciones verdaderas? La fragmentación analítica y la especialización empírica excesivas provocan inevitablemente un deseo de síntesis, y los «grandes sintetizadores» y «sistematizadores» deben tener su momento de gloria.

Considérese, desde este punto de vista, la especialidad disciplinaria que denominamos «sociología urbana». Dicho título indica dos limitaciones inmediatas a la investigación: lo «urbano» y lo «sociológico». El aislamiento de lo «urbano» como objeto epistemológico de investigación específico es problemático incluso en el marco de la ciencia social burguesa. Es difícil contener lo «urbano» dentro de límites estrictos. Existe una cierta ambigüedad en los extremos (¿dónde empieza y termina lo urbano, tanto física como conceptualmente?), mientras que las relaciones con otros objetos epistemológicos, como lo «rural», no pueden evitarse en cualquier estudio profundo de fenómenos tales como la migración, la pobreza, y similares. Pero a pesar de estas dificultades, lo urbano se constituye como objeto epistemológico de investigación específico en la ciencia social burguesa, y los investigadores hurgan felices, aparentemente ajenos a todo lo demás, en este ámbito restringido.

La segunda limitación es lo «sociológico». También esto es problemático incluso dentro del marco de estudio burgués, porque los «factores» sociológicos, económicos y psicológicos de la vida material tienen el desgraciado hábito de tropezar unos con otros. Pero nuevamente, cuando los tiempos son tranquilos, la limitación de lo sociológico acaba siendo ampliamente aceptada, y los trabajadores especializados trabajan tanto como desean, no sólo dentro de lo urbano sino también dentro de ciertos límites respecto a qué tipo de relaciones se deben examinar y entre qué tipos de agrupamientos sociales.

Existe una tercera limitación que deriva de la actitud empírica de la ciencia social burguesa. Es la limitación en el espacio y en el tiempo. La especificidad de la posición en el espacio y en el tiempo, considerados como marcos absolutos para situar objetos y acontecimientos, tiene el hábito de afirmarse a pesar de la supuesta postura genérica y buscadora de mínimos de la ciencia social positivista. En consecuencia, artículos sobre la «etnicidad en Sydney en la década de 1960», el «parentesco en Dar-es-Salaam en la era poscolonial» o «las relaciones de familia en Flint, Michigan, en la depresión de la década de 1930» se convierten en el producto y la dieta primordial estándar del sociólogo urbano.

Ese menú estándar raramente satisface al gourmet, y transcurrido un tiempo puede volverse bastante indigerible hasta para el sociólogo urbano menos imaginativo y más insaciable. Las fragmentaciones y limitaciones, producto de una división bienintencionada del trabajo, pueden, bajo tales circunstancias, llegar a interpretarse como obstáculos, en lugar de ayudas, al conocimiento. El deseo de contem-

plar lo urbano en un marco más amplio, de superar las limitaciones de la perspectiva «puramente sociológica», y de alcanzar estudios comparativos en el espacio y en el tiempo, nunca está completamente ausente. Cuanto más profundas sean las fragmentaciones, más imperativo se hace avanzar hacia la síntesis y la comparación. Dentro del desarrollo autónomo de la sociología urbana, existe una oposición fundamental –yo me atrevería a decir un «movimiento dialéctico»– entre la búsqueda de la especificidad dentro de horizontes limitados y la búsqueda de generalidad dentro de un universo de discurso más amplio.

Pero la autonomía que existe dentro de la sociología urbana es sólo una autonomía *relativa*. En algún punto a lo largo de la línea, el sociólogo urbano tiene que demostrar su utilidad aportando ideas útiles y pertinentes sobre los problemas del momento. Y no importa cuáles sean las ideas personales o la afiliación política de cada sociólogo, toda la profesión de la «sociología urbana» es responsable ante los «poderes fácticos» que le asignan recursos. Sería ocioso fingir en Norteamérica que estos poderes fácticos representan por igual a todos los elementos de la sociedad y que a este respecto la «clase trabajadora» recibe una porción tan justa como «el gran capital corporativo». La «importancia social» de la «sociología urbana» es, por supuesto, una noción muy nebulosa, pero en el fondo de ella se encuentra (1) un conjunto de problemas suficientemente reales como para producir seria preocupación a (2) «los poderes fácticos» de la sociedad.

En este punto, tenemos que considerar la relación entre la estructura de los problemas y la estructura de la ciencia que busca respuestas a estos problemas. Si los problemas están fragmentados, un enfoque fragmentado, basado en una división compartimentada del trabajo, puede resultar adecuado y capaz de proporcionar soluciones. La ciencia social en la década de 1950 tenía en buena medida esta cualidad. Pero es completamente distinto cuando los problemas adoptan configuraciones más complejas, como lo hicieron en la de 1960. En Estados Unidos, los problemas de desigualdad social, de opresión de los grupos minoritarios y de inquietud social tenían una expresión fuertemente urbana, de manera que las explosiones sociales podían caracterizarse como una crisis específicamente urbana. La crisis parecía localizada dentro de lo urbano, aunque bastante compleja. Se podían abordar «soluciones urbanas» limitadas. Esta búsqueda condujo crecientemente a la conclusión de que dicha perspectiva limitada era falsa: todo parecía relacionado con todo lo demás. La estructura del problema llevó a buscar marcos teóricos más amplios. Pero la institucionalización de la división del trabajo era tal que los economistas urbanos podían seguir escribiendo cultos tratados sobre las finanzas municipales como si la desigualdad social o el racismo no existieran, mientras que los sociólogos podían escribir sobre estos temas como si la lógica económica imperativa de las finanzas municipales careciera de significado. La respuesta a los «poderes fácticos»



era una combinación típica de palo y zanahoria. El dinero fluyó a diversos estudios interdisciplinarios, multidisciplinarios, transdisciplinarios y hasta metadisciplinarios del problema urbano así como a aquellos que, armados con una variedad de técnicas nuevas como el análisis de sistemas, pudieran prometer la gran solución sintética. Los resultados fueron poco gratificantes, y las soluciones, transitorias en el mejor de los casos.

La creciente crisis del capitalismo occidental, dictada por su propia lógica esencial, estaba impulsando los acontecimientos en sentidos que la ciencia social burguesa no podía captar. Los economistas estaban desconcertados con la estanflación, y en cuanto se demostró que la generalidad empírica de la celebrada curva de Phillips ya no era operativa en las condiciones de la década de 1970, perdieron toda noción de cuáles podían ser las soluciones políticas coherentes. Acontecimientos como los que desbordaron a la ciudad de Nueva York en 1975 indicaban claramente al «sociólogo urbano» que las soluciones que no incorporaban los datos de las finanzas municipales en el contexto de un sistema económico de alcance global eran escasamente apropiadas. Nunca ha habido una crisis importante de la sociedad capitalista que no haya supuesto simultáneamente una crisis para su forma específica de ciencia social. Y así sucede en la problemática década de 1970, atormentada por la crisis. Comprensiblemente, en tales coyunturas «los poderes fácticos» se impacientan con los economistas, que pasan el testigo a los sociólogos, que pronto se lo pasan a los especialistas en ciencias políticas, todos los cuales afirman no tener competencia para entender el funcionamiento del sistema en su conjunto.

Las crisis capitalistas no sólo se traducen en crisis de la ciencia social burguesa porque ésta se fragmente de maneras inapropiadas para entender aquéllas. La ciencia social burguesa se inclina, por ser burguesa, a interpretar los asuntos sociales basándose en intereses y funciones opuestos dentro de la totalidad social, que se percibe como real o potencialmente armoniosa en su funcionamiento. Las teorías políticas pluralistas, la economía neoclásica y la sociología funcionalista tienen eso en común. Entendida desde la perspectiva marxiana, la ciencia burguesa debe hacer eso porque ha de afirmar el potencial de armonía entre capital y trabajo. Dicha ciencia social carece de una teoría de las crisis profunda y ni siquiera se comporta bien en lo que a las cuestiones de cambio social se refiere. Cuando estallan las crisis, las recibe con un silencio atónito o las atribuye a una fuerza externa maligna (accidentes, guerras, hambrunas, pestilencia o actos aparentemente arbitrarios como la intransigencia árabe con los precios del petróleo). Los economistas políticos, observó en una ocasión Marx, se limitan en tiempos de crisis a decir que todo iría bien si la economía se comportara de acuerdo con sus libros de texto.

En tales coyunturas, la teoría marxiana adquiere una fascinación peculiar por diversas razones. Ante todo, es primordialmente una teoría de la crisis. Considera que

el movimiento histórico se fundamenta en una lucha profunda y penetrante entre fuerzas opuestas que compiten y distan mucho de ser armónicas entre sí (¡excepto por accidente!). Las polarizaciones que se producen en el transcurso de una crisis son el crisol del cual emergen nuevas configuraciones sociales, en las que un poder afirma su capacidad de dominio sobre otro. Cuando estallan las crisis, una teoría que trata directamente de la formación de las crisis empieza a ser tomada en serio por la población en general y por quienes trabajan en el abrigado mundo académico. La crisis capitalista genera la reaparición del interés por la teoría marxiana en el mismo grado que provoca una crisis dentro de la ciencia social burguesa.

Pero hay otras atracciones para el científico social burgués siempre que se pueda apartar la niebla de las tergiversaciones y los prejuicios sobre Marx. Para ilustrar el argumento me sumergiré en el plano filosófico y epistemológico e intentaré demostrar en parte qué es y qué no es la teoría marxiana.

La primera aclaración que se debe hacer es que la teoría marxiana es holística y mantiene un especial sentido de la relación de las partes con la totalidad. La totalidad no se considera ni como un agregado de elementos ni como algo con significado independiente de sus componentes, sino como una «totalidad de partes internamente relacionadas», cada una de las cuales puede concebirse como «una relación expandible, de forma que cada una en su plenitud puede representar a la totalidad». Habiendo intentado elaborar el significado de esto en el último capítulo de *Social Justice and the City*, no me voy a repetir aquí[1]. Dicho con sencillez, el método marxiano acepta la fragmentación y la separación con fines analíticos sólo con la condición de que la integridad de la relación entre el todo y la parte se mantenga intacta. La teoría marxiana empieza así con la proposición de que en la sociedad todo se relaciona con todo lo demás y que un objeto de investigación particular debe necesariamente interiorizar una relación con la totalidad de la que forma parte. La investigación se centra, por lo tanto, en las *relaciones* del objeto epistemológico con la totalidad. El propósito es aislar un objeto determinado de investigación epistemológica –como Marx hace al comenzar su análisis del capitalismo examinando la mercancía– es descubrir las relaciones internas que revelan la verdadera naturaleza del modo de producción capitalista. Marx empieza a hacer directamente lo que los investigadores urbanos de la década de 1960 se sintieron obligados a hacer: entender cómo se relaciona todo con todo lo demás.

Pero el estilo abierto y directo de investigación relacional y dialéctica que Marx practica es extraordinariamente difícil de captar para el científico social burgués. El aspecto relacional sencillamente reconoce que el significado de un objeto o acción (cavar una zanja, por ejemplo) no se puede entender sin comprender todo el marco social del que forma parte (la acción de cavar cambia de significado dependiendo de si se realiza bajo relaciones sociales de esclavitud, trabajo asalariado, producción colectiva, etcétera). El significado se interioriza *en* la acción, pero sólo podemos descubrir lo que la acción interioriza mediante un estudio y una reconstrucción cuidadosos de las *relaciones* que ésta expresa con los sucesos y las acciones que la rodean.

[1] D. Harvey, *Urbanismo y desigualdad social* [1973], Madrid, Siglo XXI, 1992.



El mismo argumento se puede aplicar al análisis de lo «urbano». Encontramos «ciudades» en diversos tiempos o lugares, pero la categoría de «ciudad» o de «urbano» cambia de significado de acuerdo con el contexto en el que la encontremos. El mismísimo conjunto de edificios asumirá un significado diferente en el capitalismo que en el feudalismo o en el socialismo. La apariencia superficial quizá sea la misma, pero el significado esencial subyacente cambia. Hablar de lo «urbano» como si tuviera un significado universal es, desde la perspectiva marxiana, involucrarse en una reificación que sólo puede «mistificar» (si se me permite usar otra palabra con significado técnico en la crítica marxiana, pero que normalmente provoca ira o hilaridad entre los científicos sociales burgueses). La «problemática urbana», desde el punto de vista marxiano, es descubrir el significado del cambio tanto en la palabra como en lo que representa en el contexto de la dinámica social de la historia.

El aspecto dialéctico del pensamiento marxista se centra en la contradicción. Dados los significados relacionales, debemos esperar que las contradicciones se interioricen en objetos o sucesos particulares y, por consiguiente, fundamentales para entender el significado. La acción del trabajador que cava la zanja puede expresar cierta energía que deriva del orgullo en el trabajo, de la sensación de modelar la naturaleza de acuerdo con las necesidades humanas, y al mismo tiempo expresar una cierta apatía derivada de la alienación inherente en las condiciones de trabajo asalariado bajo las relaciones sociales del capitalismo. De igual manera, lo «urbano» expresa numerosas contradicciones. Considérese, por ejemplo, lo «urbano» en su aspecto puramente físico. Por una parte, el entorno construido de la ciudad capitalista se puede considerar la culminación de la gloria del logro humano, testimonio del poder del trabajo humano sobre la naturaleza, manifestación de la capacidad para *crear* paisajes completos, si bien a imagen de las relaciones sociales capitalistas. Por la otra, el peso del pasado que tal paisaje físico expresa puede actuar como cárcel para la vida cotidiana y como obstáculo para el desarrollo futuro. El dominio del trabajo pasado «muerto» se afirma sobre las capacidades creativas del trabajo vivo. Y puesta en movimiento, esta idea puede ayudarnos a determinar toda una serie de contradicciones dentro de lo «urbano». El capitalismo lucha por crear un paisaje físico adecuado a sus necesidades y propósitos (tanto en el ámbito de la producción como en el del consumo) en un momento del tiempo, sólo para descubrir que lo

que ha creado se vuelve antagónico a sus necesidades en un momento futuro. Parte de la dinámica de la acumulación capitalista es la necesidad de construir paisajes completos sólo para derribarlos y construirlos de nuevo en el futuro.

Esta idea de contradicción en la perspectiva marxiana de la problemática urbana no es en absoluto abstracta. Por el contrario, es muy real. Compárese lo que está ocurriendo en la actualidad en el entorno construido de la ciudad de Nueva York con la tasa de inversión en infraestructura física en, pongamos, Houston. ¿Y de qué otro modo se pueden explicar todos estos mecanismos creados en Estados Unidos para organizar de manera sistemática la adaptación de los entornos construidos a las nuevas necesidades: programas de remodelación urbana, «prácticas de selección de la población» por parte de las instituciones financieras y agentes similares? Desde el punto de vista marxiano, las contradicciones dentro de la sociedad producen inevitablemente una variedad de intentos para solucionarlas. E inevitablemente las «soluciones» se convierten en parte del «problema» (considérese la historia de la política de vivienda desde la ley de 1968 hasta la moratoria de Nixon, por ejemplo).

La insistencia marxiana en las relaciones y en las contradicciones de una totalidad produce, cuando se ejecuta adecuadamente, una unidad de análisis y síntesis. La respuesta inicial del científico social formado en el marco de pensamiento burgués es tergiversar esto, sencillamente por la dificultad que plantea la forma de proceder relacional y dialéctica. La tergiversación puede ser bastante fructífera para la ciencia social burguesa. A menudo los sociólogos interpretan que Marx intentaba importar a la sociología el punto de vista «económico», y pueden de hecho ampliar su perspectiva como respuesta. Junto a esto se verifica la tendencia a considerar la teoría marxiana como otra teoría más entre todo el conjunto de teorías posibles que podrían usarse para explicar algunos fenómenos pero no otros. La teoría marxiana puede desempolvarse para usarla cuando el problema es adecuado para ella, y normalmente el sociólogo lo hace cuando el «factor económico» es importante. El sociólogo añade normalmente, de manera bastante enfática, que «por supuesto, es inadecuado intentar reducir todos los temas a cuestiones de economía política, como acostumbran a hacer los marxistas». Lo curioso es que mi contacto con los economistas produce una versión distinta de la misma historia. Consideran que los marxistas intentan introducir un componente sociológico en el análisis económico –un componente que algunos tal vez admitan que es muy útil bajo ciertas condiciones–, apresurándose, sin embargo, también a señalar que «no todos los problemas pueden reducirse a cuestiones de relaciones de clase, como invariablemente dan a entender los marxistas». O bien los marxistas están simplemente llevando la contraria al intentar transformar a los economistas en sociólogos y a los sociólogos en economistas, o bien están intentando hacer algo muy distinto. ¿Cómo podemos explicar entonces cuál es la intención de los marxistas?



En primer lugar, los límites entre disciplinas no tienen sentido alguno desde el punto de vista marxiano. La división técnica del trabajo es obviamente necesaria, pero su representación social debe rechazarse. En este punto, sin embargo, los opositores marxistas encuentran una dificultad peculiar. Vivimos en un mundo en el que el marco burgués de organización del conocimiento es hegemónico. Individualmente, debemos parecer expertos en alguna disciplina y hasta cierto grado adaptarnos a sus normas si queremos que nos escuchen o incluso conseguir trabajo[2]. La oposición marxiana debe organizarse, por lo tanto, dentro del marco de conocimiento existente, lo cual hace parecer que existe una «sociología marxista» o una «economía marxista» cuando en realidad sólo existe un análisis marxiano, y eso es todo. La oposición marxiana intenta de esa manera subvertir todos los límites disciplinarios.

En segundo lugar, Marx no descompuso el mundo en factores «económicos», «sociológicos», «políticos», «psicológicos» y de otro tipo. Intentó construir un enfoque de la totalidad de las relaciones que se dan en la sociedad capitalista. Hay muchos aspectos de este enfoque que resultan problemáticos, sin embargo, y en consecuencia hay muchas controversias en la tradición marxiana. Hay diversas escuelas de pensamiento (incluida una que es muy «economicista» y «reduccionista») así como una variedad de obras buenas y malas en la tradición marxiana. Obviamente, es difícil para el científico social burgués distinguir entre las diversas escuelas de pensamiento y el buen y mal trabajo; desde fuera todos tienden a parecer iguales. Hace falta mucha paciencia y un considerable refinamiento para leerse la masa de argumentos marxianos, y en una primera aproximación el científico social burgués tiende como es natural a mantenerse fiel a las categorías burguesas cuando intenta dotar de sentido a las cosas. El resultado inevitable es la tergiversación. Considérese, por ejemplo, la controversia dentro de la tradición marxiana sobre las relaciones entre «la base económica» (que comprende las «fuerzas productivas» y las «relaciones sociales» de producción) y las formas «superestructurales» de la política, la ideología, la conciencia, la ley, las instituciones, etc. Los argumentos son múltiples y complejos, pero la reducción que resulta desastrosa para preservar la integridad del significado

[2] Soy especialmente sensible a este problema en diversos aspectos. Mis perspectivas de empleo se encierran casi por completo en el marco profesional de la geografía; pero en general mis colegas de este campo rechazan mi trabajo por considerarlo «no geografía», sino economía política, sociología y similares. Pero no poseo las credenciales profesionales para ser considerado un crítico de buena fe en estos campos. Me doy cuenta, por ejemplo, de que *Social Justice and the City* no se consideró digno de crítica en esa prestigiosa revista de sociología de Chicago. Y también he llegado a reconocer que, no importa lo que haga, la obra de Castells supone un reto mucho mayor para los sociólogos porque es un cuestionamiento organizado desde dentro del campo y un cuestionamiento que parece exigir una reconstitución de ese campo de estudio.

marxiano es hacer equivaler la «base económica» de la teoría marxiana con el «factor económico» tal y como lo trata normalmente la ciencia social burguesa. Estas expresiones que suenan parecido expresan significados muy distintos[3].

Todo esto puede ayudar a establecer qué no es la teoría marxiana. Es más difícil establecer claramente qué *es* la teoría marxiana porque, en último término, ésta se reduce a prácticas concretas, algunas de las cuales se llevan a cabo en el campo académico. Por consiguiente, la mejor manera de proceder en este punto es ilustrar, muy brevemente, el pensamiento que subyace a mi actual práctica académica, en la que intento captar el significado real de la «cuestión urbana». La presentación debe ser forzosamente breve e indebidamente esquemática, pero por interés del diálogo estoy dispuesto a arriesgarme a que me malinterpreten.

Para empezar, me limito a intentar entender las formas de urbanización *capitalistas.* Este énfasis es un reflejo necesario de la posición epistemológica de que lo «urbano» tiene bajo el capitalismo un significado específico que no puede transferirse a otros contextos sociales sin una transformación radical del significado[4].

En el marco del capitalismo, baso mi interpretación de lo «urbano» en los dos temas gemelos de la *acumulación* y la *lucha de clases,* procesos que se hallan unidos de forma esencial y que han de considerarse como los dos lados de la misma moneda: diferentes ventanas desde las cuales ver la totalidad de la actividad capitalista. El carácter clasista de la sociedad capitalista supone la dominación del trabajo por parte del capital. Dicho más concretamente, una clase de capitalistas está al mando del proceso de trabajo y organiza ese proceso a los efectos de producir beneficios. El trabajador o la trabajadora, por su parte, sólo mandan sobre su capacidad de trabajar, que debe vender en forma de mercancía en el mercado. La dominación surge porque el trabajador debe producir un beneficio al capitalista a cambio de un salario para vivir. Todo esto es terriblemente simplista, por supuesto, y las relaciones de clase verdaderas y el sistema de producción verdadero (que comprende la producción, los servicios, los necesarios costes de circulación, distribución e intercambio, y demás) son mucho más complicados. La idea marxiana esencial, sin embargo, es que el beneficio deriva de la dominación del trabajo por el capital pero que los capitalistas en cuanto clase deben, si quieren reproducirse, expandir la base del beneficio. Llegamos así a una concepción de la sociedad basada en el principio de «acumular por acumular, producir por producir». La teoría de la acumulación que Marx establece en *El capital* equivale a una cuidadosa investigación de la dinámica de acumulación y a una exploración de su carácter contradictorio. Suena (y se lee) bastante «economicista», pero el otro lado de la moneda de la acumulación es que éste es simplemente el medio por el cual la clase capitalista se reproduce al mismo tiempo que reproduce su dominio sobre el trabajo.

A partir de un análisis del carácter contradictorio de la acumulación capitalista, podemos tejer toda una red de argumentos concernientes a lo «urbano». Permítaseme primero establecer firmemente las contradicciones. *Dentro* de la clase capitalista surge una contradicción porque cada capitalista, actuando puramente en su propio interés en un contexto de búsqueda competitiva de los beneficios, produce un resultado antagónico a los intereses de su propia clase. Los análisis de Marx sugieren que esta contradicción crea una persistente tendencia a la «sobreacumulación», que se define como la condición en la cual se produce demasiado capital en relación con las oportunidades de encontrar usos rentables para el mismo. La tendencia a la sobreacumulación se manifiesta en crisis periódicas marcadas por la caída de los beneficios, la capacidad productiva ociosa, la sobreproducción de mercancías, el desempleo, el capital monetario ocioso, y similares. La segunda fuente importante de contradicción deriva del antagonismo *entre* el capital y el trabajo. La asignación relativa de beneficios y salarios se define mediante la lucha de clases. Cuando el capital es omnipotente, la competencia entre capitalistas tiende a reducir la proporción del salario hasta tal punto que los capitalistas destruyen la capacidad de realizar en el mercado los valores que producen, por una reducción excesiva del poder de compra de los trabajadores. Cuando los trabajadores son muy fuertes, pueden reducir los beneficios y controlar la tasa de acumulación, lo que supone una reducción de la tasa de expansión de las oportunidades de empleo, pudiendo disminuir aún más con el cambio tecnológico las oportunidades de empleo. La unilateralidad en la lucha de clases produce, por consiguiente, «crisis de desproporcionalidad» bien para el capital o bien para el trabajo. El tercer conjunto de contradicciones deriva de la relación a menudo antagónica entre el sistema de producción capitalista y los sectores no capitalistas o precapitalistas que puedan existir dentro de las economías capitalistas (sectores domésticos, sectores campesinos, etcétera) o ser en gran medida externos a ellos (como en algunos países del Tercer Mundo o socialistas). Y por último, deberíamos añadir la contradicción que inevitablemente surge entre la dinámica del capital y la base de recursos naturales definida en términos capitalistas.

Estas «contradicciones» diversas provocan crisis periódicas en el sistema de producción capitalista. Estas crisis sirven para «racionalizar» el sistema, lo cual consiguen expulsando a las empresas ineficientes, reduciendo el poder de los trabajadores para resistirse al cambio tecnológico o exigir un salario elevado, haciendo entrar en vereda (a menudo mediante la fuerza política) a los sectores no capitalistas o pre-

[3] Podemos obtener algunas de las mejores ideas al respecto mediante una cuidadosa lectura de Ollman (1971).

[4] Intenté decir algo a este respecto en el capítulo 6 de *Social Justice and the City,* pero desde entonces ha aparecido un análisis mejor, Merrington (1975)

capitalistas, etcétera. Pero resolver estas dificultades en términos capitalistas supone crear, en el transcurso de la crisis, las condiciones para que se acentúe la lucha de clases, la conciencia política y, en consecuencia, se genere una conciencia creciente de la necesidad de explorar la alternativa socialista.

Pasemos ahora a considerar algunos de los atributos básicos del sistema de producción capitalista, porque una parte del conocimiento de lo «urbano» que yo puedo ofrecer procede de aunar la noción de «formación y resolución de crisis» en el contexto del proceso de acumulación. Para empezar, el sistema de producción establecido por el capital se basó en una separación física entre el lugar de trabajo y el de residencia. El crecimiento del sistema fabril, que creó esta separación, descansaba en la organización de la cooperación y en las economías de escala en el proceso de trabajo. Pero también suponía una creciente fragmentación en la división del trabajo y la búsqueda de economías de escala colectivas mediante la aglomeración. Todo esto supuso la creación de un entorno construido que funcionaba como medio colectivo de producción de capital. Parte de ese entorno construido debe asignarse al transporte de mercancías en el espacio, cuya velocidad y eficacia influye directamente en la tasa de acumulación. Como observó Marx, el «aniquilamiento del espacio por el tiempo» se convierte en una necesidad histórica para el capital, y con esto surge el impulso de crear configuraciones del espacio «eficientes» (para el capital) con respecto a la circulación, la producción, el intercambio y el consumo[5]. La acumulación requiere, entonces, que se cree un paisaje físico conducente a la organización de la producción en todos sus aspectos (incluidas las funciones especializadas de intercambio, banca, administración, planeamiento y coordinación, y otras similares, que por lo general poseen una estructura jerárquica y una forma particular de racionalidad espacial).

Pero hay también un paisaje de consumo, un paisaje para vivir opuesto al paisaje del trabajo, que está en parte creado por la manera en la que la burguesía consume sus ingresos y es, por consiguiente, una expresión particular de la cultura burguesa, con todo lo que esto implica. Debe haber también un paisaje para la reproducción de la fuerza de trabajo, no sólo cuantitativamente, físicamente y en localizaciones próximas a las actividades de producción, sino también en lo referente a destrezas, atributos y valores que deben en cierto grado ser congruentes con el proceso de trabajo capitalista. Además, a medida que aumenta el poder de compra de los trabajadores –y así debe ser con la acumulación– también la forma en que el poder de compra se expresa en el mercado actúa sobre la circulación de capital. En un grado creciente, por lo tanto, la realización de los valores producidos en el lugar de trabajo depende de los hábitos de consumo de la burguesía y de los trabajadores en el lugar de residencia. El capital, por consiguiente, llega a dominar la vida así

[5] El tratamiento que Marx hace de estos temas se ha resumido en Harvey (1975a).



como el trabajo, y lo hace porque debe hacerlo (Harvey, 1977). La socialización de los trabajadores que se da en el lugar de residencia –con todo lo que esto implica respecto a las actitudes de trabajo, consumo, ocio y demás– no puede dejarse al azar. El capital puede buscar formas de dominio directas, como hizo en las primeras comunidades modelo y en experimentos posteriores como el de Pullman, pero le resulta más apropiado buscar controles indirectos a través del poder mediador del Estado y sus instituciones asociadas (educativas, filantrópicas, religiosas, etc.). La colectivización del consumo mediante el aparato estatal se convierte en una necesidad para el capital, con la inevitable consecuencia de que la lucha de clases se interioriza en el Estado y en sus instituciones asociadas. Volveremos a ver estas características en el contexto de la lucha de clases en general.

Uno de los hilos que podemos sacar del argumento precedente es la necesidad de establecer un tipo específico de relación entre los procesos de acumulación –el medio por el cual la clase capitalista se reproduce– y la creación de un entorno construido. Independiente de todo lo demás que pueda implicar, lo «urbano» supone la creación de dicho entorno construido como sistema de recursos para facilitar la producción, el intercambio y el consumo capitalistas. Esto nos proporciona un claro punto de contacto entre el estudio de lo «urbano» y el estudio de la sociedad capitalista. Y si nuestra posición epistemológica es correcta, el estudio de las maneras en las que se crea el entorno construido y de la forma física que éste asume revelará en gran medida la naturaleza del capitalismo contemplada como totalidad. El entorno construido interioriza las relaciones contradictorias inherentes a la acumulación de capital. Examinemos por un momento ese tema.

La creación de un entorno construido absorbe una enorme cantidad de energía productiva en un momento en el tiempo para proporcionar una corriente continua de beneficios de valor de uso durante un periodo de tiempo extenso. La creación de un entorno construido bajo el capitalismo depende de la existencia de un excedente tanto de capital como de trabajo, excedente definido aquí como los recursos desempleados en relación con las necesidades inmediatas. Una de las tendencias inherentes del proceso de producción capitalista es la sobreacumulación, la producción periódica de tales excedentes. Esto significa que la dinámica interna de la acumulación crea periódicamente condiciones marcadamente favorables a la inversión en el entorno construido. Dicha periodicidad está representada históricamente por las «oscilaciones largas» en la actividad constructora, en la construcción urbana, en la inversión en transporte, en el desarrollo inmobiliario, en la especulación del suelo, etcétera. No hay falta de pruebas históricas para estas oscilaciones largas. Se han estudiado en detalle a escala internacional, nacional e incluso local. (Los estudios del ciclo de la propiedad en Chicago realizados por Homer Hoyt son ciertamente un clásico.) El problema de todos estos estudios es que carecen de un mar-

co teórico adecuado para asociar los movimientos de oscilación larga con la dinámica de las acumulaciones capitalistas (Thomas, 1973; Gottlieb, 1976). La teoría marxiana puede proporcionar esta vinculación.

Pero esta integración también proporciona otros datos. La tendencia a la sobreacumulación se alivia temporalmente mediante el trasvase de capital y de trabajo sobrantes al entorno construido. Pero si no se pueden encontrar (directa o indirectamente) usos «productivos», se pierde el valor de cambio recogido en la producción de éste y tenemos una «devaluación» del capital incorporado a él. Tales devaluaciones han sido a menudo precursoras de crisis generales en el proceso de acumulación (considérese la influencia de la caída del sector inmobiliario a finales de 1973 en el desencadenamiento de la recesión posterior). La devaluación periódica de los activos en el entorno construido es un fenómeno común, ya sea en forma de extensiones excesivas en las inversiones ferroviarias en el siglo XIX, excesiva capitalización de los sistemas urbanos de tránsito de masas a comienzos del XX, el auge de desarrollo inmobiliario en la década de 1920 en Estados Unidos, o el auge de oficinas y urbanización de 1969-1973 en Reino Unido y Estados Unidos.

Podemos profundizar en este análisis. El capital fijado en el entorno construido está inmovilizado y es duradero. Expresa el poder del trabajo muerto sobre el vivo al comprometer a éste a ciertos patrones de uso durante un tiempo extenso dentro de la particularidad de la localización espacial, de lo cual deriva la tensión fundamental que ya hemos señalado que obliga al capital a crear un paisaje, sólo para tener que superar los obstáculos que este paisaje contiene en un momento posterior en el tiempo. La necesidad de acelerar la rotación de capital, de superar el espacio con el tiempo, por ejemplo, lleva a éste a crear una red de transporte que está, sin embargo, fija en el espacio. De ahí surge la paradoja de que el capital cree sistemas espaciales fijos para superar las barreras espaciales. Con el progreso de la acumulación, el propio capital inmovilizado en el sistema de transportes se convierte en un obstáculo que se debe superar. El capital, como observó Marx, crea perpetuamente obstáculos a su posterior desarrollo.

Para sobrevivir, el capitalismo ha de superar tales contradicciones. En consecuencia, el capital está siempre promoviendo «revoluciones internas» dentro del proceso de acumulación; revoluciones forzadas por las crisis que afectan a la producción y al uso del entorno construido. El flujo y reflujo de la inversión urbana en el espacio y en el tiempo son producto de esta fuerza permanentemente revolucionaria que el propio capital expresa.

Probablemente a oídos burgueses todo esto suene muy economicista y reduccionista. Y en cualquier caso lo «urbano», argumentarán correctamente mis opositores, es mucho más que el «mero» estudio del artefacto físico que es la ciudad. Mi respuesta es sencilla. Normalmente, la ciencia social burguesa se embarca en reificaciones, representando invariablemente las relaciones sociales como cosas; considérese, por ejemplo, de qué modo el pensamiento económico burgués reduce las relaciones sociales entre capitalistas, trabajadores y terratenientes a relaciones entre los «factores de producción», la tierra, el trabajo y el capital. En consecuencia, la ciencia social burguesa evita a menudo el estudio de cosas materiales (excepto cuando experimenta uno de sus no infrecuentes brotes de determinismo medioambiental) porque, como tales, éstas ofrecen poco interés. Todo el empuje del argumento marxiano radica, por supuesto, en que se concentra en el significado social de las cosas. Empezando por el artefacto físico que es la ciudad, podemos llegar, paso a paso, a la miríada de relaciones sociales (entre propietarios de terrenos y financieros, trabajadores de la construcción, artesanos y constructores capitalistas, entre usuarios y productores, entre el Estado y los individuos, entre comunidades y especuladores, etcétera) y a la extraordinaria complejidad de interacciones, conflictos, coaliciones dentro del marco de las disposiciones institucionales, todas las cuales conducen a la creación de este paisaje físico. Si el objetivo del proyecto es descubrir el significado social de este paisaje físico, los horizontes de investigación sólo están delimitados por los límites de la totalidad de la sociedad capitalista. Pero por si mis opositores burgueses no quedan convencidos con dicha afirmación, cambiaré mi «ventana» hacia el mundo y contemplaré lo «urbano» desde el punto de vista de la lucha de clases.



El elemento fundamental de tensión entre el capital y el trabajo radica en el lugar de trabajo y se expresa en luchas por las condiciones de trabajo y la tasa salarial. Estas luchas se producen en un contexto. Las leyes (derechos de propiedad, contratos, asociación, etc.) y el poder de la clase capitalista para hacer cumplir su voluntad a través del poder del Estado son obviamente fundamentales, como cualquier lectura somera de la historia del trabajo ilustrará abundantemente. Pero la naturaleza de las demandas, la capacidad de los trabajadores para organizarse y la resolución con la que se libran estas luchas dependen de todo un conjunto de relaciones contextuales, algunas de las cuales nos acercan al terreno de la sociología urbana burguesa tradicional.

La cantidad de trabajadores en relación con las necesidades del capital es crucial, por ejemplo. La importancia para la oferta de fuerza de trabajo está simplemente en lo siguiente: que cuanto mayor sea el excedente de trabajo y más rápida su tasa de expansión, más fácil será controlar la lucha en el lugar de trabajo para beneficio del capital y, por lo tanto, mayor puede ser la tasa de acumulación (si las demás relaciones se mantienen constantes, por supuesto). Por consiguiente, al capital le interesa directamente expandir su capacidad para movilizar un «ejército industrial de reserva», bien estimulando la migración del capital o de los trabajadores (incluidas las migraciones temporales), bien atrayendo a elementos hasta ese momento «inutilizados» de la población (mujeres y niños, trabajadores empleados en sectores no capitalistas,

etcétera) a la fuerza de trabajo. El estudio de los procesos de migración y «movilización» en las sociedades capitalistas puede así relacionarse con la acumulación a través de toda la historia de la lucha de clases en el lugar de trabajo. No fue accidental que para trabajar en sus cadenas de montaje Ford usara casi exclusivamente inmigrantes recién llegados y que United Steel, al enfrentarse a sus propios problemas de trabajo, recurriera a trabajadores negros del sur para reventar las huelgas.

También tenemos que considerar los costes de reproducción de la fuerza de trabajo en un nivel de vida que en sí está establecido por toda una cantidad de consideraciones culturales, históricas, morales y medioambientales. Un cambio en estos costes o en la definición del nivel de vida tiene consecuencias obvias en relación con las demandas salariales. Por el contrario, los capitalistas han contemplado siempre la inflación como una herramienta para gestionar la tasa salarial real y de esa manera evitar la oposición violenta que a menudo provoca el recorte salarial directo. Además, a medida que ha ido avanzando el capitalismo, también el mercado interno formado por el poder de compra de los trabajadores se ha vuelto significativo para la acumulación. En consecuencia, los hábitos de consumo de los trabajadores –nuevamente los niveles de vida– se convierten en parte del foco de lucha.

Por último, tenemos que considerar toda una serie de aspectos cualitativos de la fuerza de trabajo que abarcan no sólo las destrezas y la formación, sino también las actitudes mentales, los niveles de cumplimiento, la penetración de la «ética de trabajo» y el «individualismo posesivo», y la variedad de fragmentaciones dentro de la fuerza de trabajo que derivan de la división del trabajo, la categoría ocupacional, los rasgos religiosos, étnicos y raciales, y demás. La capacidad y el impulso de los trabajadores para unirse en organizaciones de clase depende de la creación y el mantenimiento de un sentimiento de conciencia y solidaridad de clase a pesar de estas fragmentaciones. La lucha ideológica por «el corazón y la mente» de los individuos que componen la fuerza de trabajo es fundamental para entender la dinámica de la lucha de clases.

Esto nos lleva a la idea de lucha de clases *desplazada,* por la cual me refiero a la lucha de clases dentro y alrededor de las relaciones contextuales de la lucha de clases en el lugar de trabajo. Podemos seguir estos desplazamientos hasta casi cualquier rincón de la totalidad social y ampliar la idea hasta relacionarla con la lucha de clases dentro de las instituciones de la comunidad, de las instituciones del Estado y demás. Considérense, por ejemplo, las luchas respecto a la educación pública. Charles Dickens tenía varias observaciones pertinentes al respecto. Ese burgués paradigmático, Mr. Dombey, consideraba la educación pública como algo excelente siempre que enseñase a la gente común el lugar que le corresponde en el mundo, y en *Tiempos difíciles* Dickens estableció un brillante contrapunto satírico entre el sistema fabril y las instituciones educativas, filantrópicas y religiosas diseñadas para cultivar en la clase



trabajadora los hábitos mentales conducentes al funcionamiento del sistema fabril. La educación pública como derecho era una exigencia básica de la clase trabajadora, pero la burguesía pronto comprendió que la educación pública podía movilizarse contra los intereses de aquélla. La lucha por los servicios sociales en general no sólo hace referencia a su provisión, sino a la propia naturaleza de lo que se provee. Un sistema sanitario nacional organizado como consumo colectivo en interés de la acumulación de capital en el «sector de la atención médica» o que define la mala salud como incapacidad para ir a trabajar (incapacidad para producir valor excedente para el capital) es de hecho muy distinto de un sistema sanitario dedicado al bienestar total, mental y físico, del individuo en un contexto físico y social determinado.

La socialización y la formación de los trabajadores y la «gestión de los recursos humanos» (con todo lo que esta expresión implica sobre la gestión de la fuerza de trabajo como forraje para el proceso de producción) son demasiado importantes para dejarlas al azar, porque es en el crisol de estas relaciones donde se forja el verdadero material de la conciencia de clase. Los vínculos y las relaciones son intrincados y difíciles de desenmarañar. Consideraré brevemente dos facetas, ambas situadas en el espacio de residencia, no en el lugar de trabajo.

La exigencia de refugio adecuado está situada claramente en un punto elevado de la lista de prioridades desde el punto de vista de los trabajadores. Las amplias líneas de lucha de clases en torno a la «cuestión de la vivienda» han tenido un gran impacto en el modelado de lo «urbano» tal y como ahora lo conocemos. Podemos distinguir algunos de los vínculos con la lucha de clases en el lugar de trabajo. Para empezar, el coste del refugio es un determinante importante del coste de la fuerza de trabajo. Cuanta más capacidad tengan los trabajadores para presionar la inclusión de la vivienda en sus exigencias salariales, más se preocupará el capital por los costes de la vivienda y más tenderá a respaldar los programas de construcción de viviendas baratas subvencionadas y similares. Además, dado que la vivienda es un elemento tan importante en el presupuesto del trabajador, se convierte en un objetivo principal para la producción de mercancías y para la acumulación. En Estados Unidos, la integración de la producción de viviendas y acumulación se hizo tan completa después de 1945 que la primera llegó a funcionar como regulador «contracíclico» keynesiano para el proceso de acumulación en su conjunto, al menos hasta el hundimiento del sector de la construcción en 1973-1976. Pero la vivienda implica más que un mero consumo directo de mercancías. Para empezar, toda la estructura de consumo está relacionada con la forma que adopta la provisión de vivienda. Los dilemas del potencial exceso de acumulación al que se enfrentó Estados Unidos en 1945 se resolvieron en parte mediante un proceso de urbanización suburbana que creó nuevos modos de vida acordes con las necesidades de la acumulación de capital. Además, la propiedad individualizada de viviendas promovida a través

de un sistema de crédito que fomenta el endeudamiento gravoso, difícilmente es neutral en relación con la lucha de clases. En la década de 1930 en Estados Unidos, la propiedad individual de la vivienda se consideraba una herramienta vital para alcanzar la estabilidad social en un momento de descontento social generalizado. Buena parte de lo que ha ocurrido en el campo de la vivienda, y la forma de lo «urbano» resultante, sólo se puede explicar en función de estos diversos desplazamientos de la lucha de clases desde el punto de producción hasta el lugar de reproducción y socialización (Harvey, 1974, 1975b).

El segundo ejemplo que abordaré es aún más complejo. Considérese, en líneas generales, la historia de la respuesta burguesa a las amenazas agudas de conflicto civil asociadas con marcadas concentraciones espaciales de la clase trabajadora y los desempleados. Las revoluciones de 1848, la Comuna de París de 1871, la violencia urbana que acompañó a las grandes huelgas ferroviarias de 1877, y el incidente de Haymarket acontecido en Chicago el 1 de mayo de 1886, demostraron claramente los peligros asociados con concentraciones elevadas de lo que Charles Loring Brace denominaba «las clases peligrosas» de la sociedad. El peligro podía, hasta cierto grado, aliviarse siguiendo una política de dispersión, de forma que los pobres y la clase trabajadora pudieran ser sometidos a lo que los reformadores urbanos del siglo XX denominaron «la influencia moral del extrarradio». Los terrenos baratos del extrarradio, las casas baratas y el transporte barato formaban parte de esta solución; la forma de Londres, por ejemplo, se alteró profundamente con la Ley de Trenes Baratos *[Cheap Trains Act]* de 1882, que formaba parte del paquete de respuestas burguesas al pánico inducido en toda Europa por los acontecimientos de 1871 en París. Los acontecimientos acaecidos en esta ciudad defraudaron las esperanzas de Napoleón III y confirmaron sus temores cuando buscaba explícitamente la «renovación urbana» para evitar la concentración de trabajadores que con demasiada facilidad podían formar la base para la acción revolucionaria. ¿Y cuál fue la respuesta burguesa a las revueltas urbanas de la década de 1960 en los guetos estadounidenses? Abrir los extrarradios, promover la propiedad para personas de bajos ingresos y negros, mejorar el acceso mediante el sistema de transportes... los paralelismos son notables (Walter, 1976).

La alternativa a la dispersión es lo que ahora denominamos «agrupar el gueto», pero también ésta es una respuesta burguesa probada y persistente a un problema estructural que sencillamente no va a desaparecer. Ya en 1812, el reverendo Thomas Chalmers escribió con horror sobre el espectro de una marea de violencia revolucionaria que barrería Reino Unido a medida que las poblaciones de la clase trabajadora se concentraban a ritmo constante en las grandes áreas urbanas (Chalmers, 1900). Chalmers veía «el principio de comunidad» como el principal bastión defensivo contra esta marea revolucionaria, un principio que, sostenía, debía cultivarse deliberadamente para persuadir a todos de que podía establecerse la armonía



en torno a las instituciones básicas de la comunidad; una armonía que podía funcionar como antídoto contra la guerra de clases. El principio suponía un empeño en mejorar la comunidad y apoyar a aquellas instituciones (como la Iglesia, el gobierno civil , etc.) capaces de forjar un espíritu comunitario. Desde Chalmers hasta Octavia Hill y Jane Addams, pasando por «reformadores urbanos» como Joseph Chamberlin en Inglaterra y los «progresistas» en Estados Unidos, y por las ciudades modelo y la participación ciudadana, hemos tenido un hilo continuo de respuesta al problema de los conflictos civiles y la inquietud social a través del principio de movilización y mejora de la comunidad (Walter, 1976; Harvey, 1985a).

Pero el «principio de comunidad» que la burguesía tanto ha hecho por instilar en el transcurso de la historia «urbana» puede ser usado por la clase trabajadora en defensa propia e incluso como arma ofensiva en el despliegue de la lucha de clases. Las instituciones eclesiásticas de los primeros años de la revolución industrial fueron a veces movilizadas para fines de la clase trabajadora, de la misma forma que se convirtieron en instrumento de la movilización negra en el movimiento por los derechos civiles de la década de 1960 en Estados Unidos, y que actualmente se usan en el País Vasco. Por consiguiente, el principio de comunidad puede constituir el trampolín de la acción de clase así como un antídoto contra la conciencia de clase. La definición de comunidad así como el control de sus instituciones –especialmente las del Estado– se convierten en centro de la lucha de clases. Pero esta lucha puede estallar en innumerables dimensiones de conflicto, enfrentando a un elemento de la burguesía contra otro y a diversos fragmentos de la clase trabajadora contra otros a medida que los principios del «territorio» y de «autonomía de la comunidad» se convierten en parte esencial de la vida en la sociedad capitalista. La burguesía ha intentado frecuentemente dividir y gobernar, pero con la misma frecuencia se ha visto atrapada en sus propias contradicciones así como en la cosecha del conflicto que ella ha ayudado a sembrar. El intento de desplazar el conflicto de clase mediante el principio de comunidad está repleto de sus propias contradicciones, y vemos a los «burgueses» residentes en las zonas suburbanas oponerse a una mayor acumulación de capital mediante la ampliación del entorno construido, igual que observamos desorden civil descontrolado dentro del tejido «urbano» a medida que las tensiones étnicas, religiosas y raciales adoptan su propia dinámica. Las relaciones son aquí intrincadas y complejas –y la sociología urbana burguesa nos dice con frecuencia algo acerca de los detalles–, pero el problema es encontrar el marco interpretativo para sacar sentido a la miríada de corrientes cruzadas que componen el tejido de la vida política y social contemporánea bajo la forma capitalista de urbanización.

No estoy intentando establecer un marco de pensamiento riguroso o perfeccionado acerca de lo «urbano» bajo el capitalismo. Estoy, por el contrario, intentando ilustrar cómo los temas gemelos de la acumulación y la lucha de clases, entendidos des-

de la perspectiva marxiana, pueden servir de puntos de referencia para entender casi todo lo que el sociólogo urbano podría querer entender y mucho más (Harvey, 1985a). Dado que éste es el tipo de declaración que casi con seguridad malinterpretarán mis opositores «burgueses», concluiré explicando su significado. No estoy afirmando que se trate de una enorme visión general sistémica de la sociedad, con la cual interpretar lo «urbano». La esencia del estilo de investigación relacional y dialéctico es, como ya he sugerido, explorar la totalidad a través de las relaciones internas que la componen. Dado que todo está relacionado con todo lo demás, como ya he sugerido, podríamos, en principio, empezar nuestras investigaciones por otra parte, y a veces es útil hacerlo. Pero algunos puntos de partida son más fructíferos que otros, y los de la acumulación y la lucha de clases son los mejores que conozco. No son, sin embargo, conceptos fijos en la matriz del pensamiento que uso, sino conceptos que cambian de significado con el uso. Al partir de un análisis de la acumulación y la lucha de clases para abarcar la «cuestión urbana» en todos sus aspectos, llego a entender más clara y plenamente qué significan éstos. Considero que ésta es la verdadera dialéctica implicada en la forma marxiana de descubrir el significado.

Aristóteles comentó en una ocasión que con que sólo hubiera un punto fijo en el espacio exterior, podríamos construir una palanca para mover el mundo. El comentario nos dice mucho de las imperfecciones del pensamiento aristotélico. La ciencia social burguesa es heredera de las mismas imperfecciones. Intenta dar una visión del mundo desde fuera, descubrir puntos fijos (categorías de conceptos) sobre cuya base se pueda elaborar un entendimiento «objetivo» del mundo. En general el científico social burgués intenta abandonar el mundo mediante un acto de abstracción para entenderlo. El marxista, por el contrario, siempre intenta establecer un entendimiento de la sociedad desde dentro, en lugar de imaginar algún punto exterior. El marxista encuentra todo un conjunto de palancas para el cambio social dentro de los procesos contradictorios de la vida social e intenta alcanzar un entendimiento del mundo apretando fuertemente esas palancas.

Para elaborar el conocimiento hace falta una implicación activa en los procesos de cambio social. Nos encontramos intentando cambiar el mundo, y en el transcurso de la lucha cambiamos al mundo y a nosotros mismos. Nada es seguro en esta lucha, y podemos como individuos fracasar en nuestra práctica, perder el rumbo, ser reprimidos o destruidos. Pero la única senda segura hacia el conocimiento capaz de cambiar el mundo es introducirse en la lucha. Aquí radica el obstáculo más serio a la comprensión burguesa del pensamiento marxiano, porque entender dicho pensamiento significa en última instancia practicarlo, lo cual significa, de manera bastante simple, que el académico burgués tendrá que dejar de ser burgués y pasarse al otro lado de las barricadas si quiere realmente entender cómo es la vista desde el interior, desde el punto de vista de los trabajadores.



# 5 Homenaje a Owen Lattimore*

La vida de Owen Lattimore abarca el siglo XX y su carrera se entreteje con dos de los acontecimientos más importantes de dicho siglo: el levantamiento revolucionario que transformó China entre 1911 y 1949 y la salvaje respuesta conocida como mccarthysmo en Estados Unidos. Una evaluación de esa biografía, durante tanto tiempo necesitada, tiene mucho que decirnos respecto a la política de hacer geografía en un mundo en agitación política.

Lattimore, en otro tiempo docente de la Johns Hopkins University y ahora profesor emérito de la Universidad de Leeds, vive a sus 85 años de edad en Cambridge, Inglaterra. Sigue escribiendo recensiones y libros, da conferencias y viaja. Se describe a sí mismo como un «conservador radical» y desde ese punto de vista sigue más que dispuesto a disentir de la política exterior estadounidense. Todavía en 1981, un periodista del *Baltimore Sun* se encontró con él en China de viaje hacia Ulan Bator, para el sesenta aniversario de la revolución de Mongolia (Lattimore es el único occidental miembro de la Academia de Ciencias Mongola). Inmediatamente Lattimore disintió de la concepción que Estados Unidos tiene de «la carta china» en los asuntos internacionales, y le preocupó que nos estuviéramos convirtiendo en «el mejor profesor de comunismo» en El Salvador. Aquí se hizo eco de la lección que en otro tiempo aprendió de Mao. «Una vez le pregunté a Mao –me contó en vísperas de su viaje a China en 1981– por qué las concepciones comunistas se extendieron tan rápidamente entre los campesinos analfabetos. Mao respondió que habían tenido los dos mejores instructores del comunismo en el mundo. Naturalmente pensé que se refería a Marx y Lenin, pero él se rió y dijo: "No, Chiang Kai-

* Publicado por primera vez en *Antipode*, 1983.

Chek y Estados Unidos"»[1]. El posterior artículo del *Baltimore Sun* (8 de julio de 1981) provocó el tipo de respuesta que persigue a Lattimore desde hace años. «*The Sun* –escribió un airado lector– habría hecho bien [en dejar a Lattimore] en la oscuridad que tan merecida se tiene». ¿Acaso el Comité Judicial del Senado no había concluido en 1952 «tras una de las investigaciones más exhaustivas de la historia del Senado» que «Owen Lattimore era desde la década de 1930 un instrumento consciente y articulado de la conspiración soviética?».



**COMMUNIST LABEL PUT ON LATTIMORE**

**Budenz Tells Senate Group Of I.P.R. Hookup**

BY WILLIAM KNIGHTON, JR.
Washington Bureau of The Sun

Washington, Aug. 22—Louis F. Budenz today testified under oath that Communist party officials "specifically mentioned" Owen Lattimore "as a member of the Communist cell under instructions."

[a]

Para penetrar en los misterios de esa vida hace falta más sutileza de la que probablemente yo llegue a tener jamás. Porque lo que Lattimore ha dicho y hecho, y lo que otros han hecho y dicho de él, no se puede entender con independencia de las fuerzas sociales en funcionamiento y las historias entremezcladas en dos enormes y complejos continentes. Se precisaría un conocimiento de China y de Asia interior al menos equivalente al adquirido por Lattimore a lo largo de toda una vida de experiencia y estudio, así como un conocimiento de Estados Unidos –en especial de lo que Hofstadter denominó «el estilo paranoico de la política estadounidense»[2]– que parece habérsele escapado a nuestro autor. Explico así la situación porque, si Lattimore es culpable de algo, sospecho que es simplemente de haber conocido demasiado bien las realidades de China y de haber intentado trasmitirlas, en buena medida en función de su propio idealismo evidente, a su propio país, Estados Unidos, que él comprendía escasamente. Su comportamiento durante el periodo de McCarthy atestigua su asombrada incredulidad de que pudiera ser objeto de una infracción tan ultrajante del espíritu de la constitucionalidad estadounidense. No era el único. El

[1] Entrevista personal, 19 de junio de 1981.

[a] Lattimore etiquetado de comunista. Budenz habla al Grupo del Senado sobre las conexiones en el IRP (Instituto para las Relaciones con el Pacífico). Por William Knighton, Jr., Delegación de *The Sun* en Washington. Washington, 22 de agosto.– Louis F. Budenz testificó hoy bajo juramento que funcionarios del partido comunista «habían mencionado específicamente» a Owen Lattimore «como miembro de la célula comunista que recibía instrucciones».

[2] Hofstadter, 1967.



mccarthysmo golpeó a organizaciones de la clase trabajadora –sindicatos, organizaciones de inmigrantes, asociaciones de vecinos–, a profesionales de todo tipo (profesores y abogados), y atacó salvajemente a la izquierda política (de cualquier índole) durante toda una generación. De todo ese proceso social, Lattimore no es más que un símbolo y una cifra (como lo fue, de hecho, el propio senador McCarthy). El estudio de su carrera profesional es, por consiguiente, un medio para un fin porque, como insiste el propio Lattimore, la historia no es el estudio de los grandes hombres, sino la disección de los movimientos sociales en toda su plenitud[3].

Lattimore nació en la ciudad de Washington el 29 de julio de 1900[4]. Al año, su padre, que era profesor, aceptó un trabajo en China, y pasaron veintiocho años antes de que Lattimore regresara a Estados Unidos. Pasó toda su niñez en China. A los doce años viajó a Suiza (dos años) e Inglaterra (cinco años) para completar su exclusiva educación formal. A los diecinueve regresó a China («por razones económicas») donde ocupó varios empleos de periodista para un periódico inglés de Tientsin y como agente comercial para una empresa británica «que importaba a China todo lo que Occidente tenía para vender, y exportaba todo lo que Occidente quisiera comprar». Fueron años caóticos en China. Los desórdenes internos, el conflicto entre señores de la guerra y la descomposición del dominio occidental preparaban el camino para la Segunda Revolución China de 1925-1927.

Siendo viajante comercial y comprador que trabajaba fuera de Shanghai, Tientsin y Pekín, Lattimore tuvo una posición incomparable, como más tarde comprendió, para descubrir «las realidades de un periodo histórico» y para desarrollar un conocimiento de las mercancías «basado en la experiencia y no en los libros». Estaba, dicho por él mismo, aburrido de su trabajo e intelectualmente frustrado. Intentó escapar de eso acumulando un conocimiento de China y de los chinos suficiente «para ser considerado un poco raro por mis compañeros ignorantes» del mundo comercial y abandonando la seguridad de los puertos del tratado para viajar sin intérprete, criado ni suministros de alimentos occidentales (algo que entonces se consideraba una aventura de lo más osado) a las regiones interiores de China. Allí empezó a descubrir algunos de los secretos de cómo se producen y comercian las mercancías bajo condiciones sociales que los occidentales poco o nada conocían. Un viaje difícil a Mongolia interior constituyó un punto de inflexión:

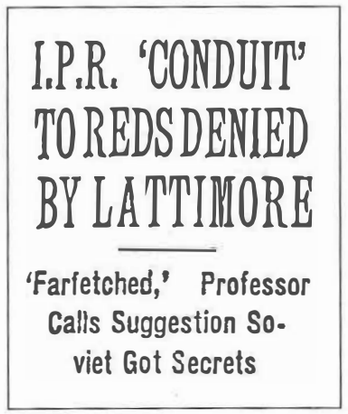
[3] Entrevista personal.

[4] Lattimore cuenta su propia vida y carrera profesional en el «Prefacio» de *Studies in Frontier History: Collected Essays 1928-1958*. Me he basado principalmente en este relato, complementándolo con información obtenida en *Who's Who*, de mi propia entrevista personal y en diversos recortes de prensa del archivo Lattimore disponible en la Enoch Pratt Library de Baltimore. En un apéndice de *Frontier History* se incluye una bibliografía completa de los estudios de Lattimore hasta 1962.

Los retazos que captaba aquí y allá de mercaderes y caravaneros hicieron que me decidiera. Seguiría a las caravanas hasta el final de la ruta y vería lo que había que ver. Cuando volví a Tientsin dimití de mi empresa [...]

Y así empezó uno de los viajes más extraordinarios realizados por cualquier occidental al corazón del Asia interior. Tras un año recopilando detalles diplomáticos e información en Pekín, donde también conoció a Eleanor Holgate (entonces secretaria del Instituto de Bellas Artes de Pekín, escritora de demostrada capacidad y estrecha compañera de Lattimore hasta su muerte en 1970) y se casó con ella, ambos partieron para explorar la ruta por Mongolia hasta Sinkiang y de allí a Cachemira. Lattimore partió en marzo de 1926, pero el estallido de la guerra civil, los problemas diplomáticos y la separación de su esposa (que se reunió con él después de viajar 650 kilómetros en trineo) retrasaron la finalización del viaje. Llegaron a Cachemira en octubre de 1928[5].

La experiencia se registró en un libro –*The Desert Road to Turkestan* (1928)– y Lattimore llamó así la atención de Isaiah Bowman, presidente de la Sociedad Geográfica Estadounidense y también profundamente fascinado por la idea del estudio comparativo de regiones fronterizas. Y empezó entonces una fase completamente nueva en la vida de Lattimore. Con ayuda de Bowman, consiguió una beca del *Social Science Research Council* para viajar a Manchuria. Dado que no poseía doctorado, ni siquiera una formación universitaria formal, le concedieron financiación para un año de investigación preparatoria en el Departamento de Antropología de la Universidad de Harvard. El año en Manchuria fue seguido de tres años de becas (del Harvard Yenching Institute y de la Fundación Guggenheim) que le permitieron vivir en Pekín. Publicó numerosos artículos y libros –*High Tartary* (1930), *Manchuria, Cradle of Conflict* (1932)– y recogió muchos de los materiales y experiencias que adquirieron forma en posteriores estudios como *The Mongols of Manchuria* (1934), *Inner Asian Frontiers of China* (1940) y *Mongol Journeys* (1941). A mediados de la década de 1930 había demostrado ser un escritor prolífico, falto, quizá, de sutilezas académicas pero con un dominio inigualable de su tema, basado en una fuente de experiencias única.


I.P.R. 'CONDUIT' TO REDS DENIED BY LATTIMORE

'Farfetched,' Professor Calls Suggestion Soviet Got Secrets

[b]

[5] El relato de Eleanor Lattimore se puede encontrar en *Turkestan Review* (1934).

[b] Lattimore niega que el IRP fuera un «intermediario» de los rojos. El profesor califica de «descabellada» la sugerencia de que los soviéticos obtuvieran secretos.



Careciendo de otras perspectivas de empleo cuando volvió a Estados Unidos en 1933, Lattimore se entusiasmó ante la oportunidad de ser director remunerado de *Pacific Affairs,* un cargo que ocupó de 1934 hasta 1941. Esta revista la publicaba el Instituto para las Relaciones con el Pacífico (IRP), una organización internacional creada en 1932 por líderes religiosos, estudiosos y empresarios de varios países de la región del Pacífico y en gran medida financiada con becas de la Fundación Rockefeller y la Fundación Carnegie. El IRP se organizaba en consejos nacionales autónomos, entre otros Estados Unidos, China, Japón, Reino Unido, Francia y la Unión Soviética. La tarea de *Pacific Affairs* era proporcionar un foro abierto de debate y discusión sobre cuestiones controvertidas del Lejano Oriente. La controversia, por supuesto, no tenía fin y si bien se resaltaba abiertamente el estudio independiente, no había forma de evitar la colisión de intereses nacionales. Mantener a eruditos de la Unión Soviética y de Estados Unidos participando en el diálogo era igual de difícil que mantener juntos a chinos y japoneses en un periodo de conflicto geopolítico intenso y guerra abierta, mientras que el Consejo Británico y el Consejo Francés también tendían a favorecer intereses nacionales específicos. Lattimore se enfrentó a una tarea delicada y difícil durante un periodo de extraordinaria convulsión política y tensión geopolítica, que evidentemente disfrutó, intentando hacer de *Pacific Affairs* un foro abierto, lo cual suponía, de manera bastante simple, establecer complejas transacciones con los diferentes consejos y grupos nacionales. Las decisiones de publicar artículos, aunque basadas en la calidad académica de dichos artículos, tenían que ser también en algunos casos políticas. El precio de mantener a la Unión Soviética en el IRP, por ejemplo, fue el de tener que aceptar artículos que expresaban la línea soviética. Lattimore justificó más tarde su publicación diciendo que la «línea» merecía expresión como parte de la controversia.

El cargo de director de *Pacific Affairs* parece haber encajado admirablemente con el temperamento y los objetivos profesionales de Lattimore. Podía seguir viviendo en Pekín y dedicar la mitad de su tiempo a la investigación. Se encontraba en el centro de una red de estudiosos e intereses políticos que le ofrecía una oportunidad inigualable de seguir el pulso del cambio en Asia y las corrientes cruzadas de intereses y opiniones opuestos. Podía solicitar artículos sobre temas que le resultaban de especial interés (como el cambio climático y el origen social de los desiertos). Y podía seguir haciendo visitas frecuentes a Mongolia Interior y otras áreas de China. En 1937 consiguió penetrar en la provincia de Yenan, entonces bajo control comunista. Allí participó en entrevistas con Mao Tse Tung, Chou En Lai y otros líderes del movimiento comunista, y observó de primera mano muchas de las prácticas organizativas comunistas.

Cuando, tras la ocupación japonesa, se hizo demasiado difícil vivir en Pekín, volvió a Estados Unidos, donde Isaiah Bowman, entonces rector de la Universidad Johns Hopkins, lo nombró director de la renovada Escuela de Relaciones Interna-

cionales Walter Hines Page *(Walter Hines Page School of International Relations)*, un cargo que Lattimore ocupó de 1938 a 1950. Probablemente Bowman lo consideraba la vanguardia para imponer la presencia de la geografía en una universidad que carecía de ella, y al mismo tiempo aportar a la universidad en su conjunto el prestigio de una destacada autoridad en los asuntos asiáticos.

Sin duda, Lattimore era una figura controvertida. Como director de *Pacific Affairs*, «yo estaba continuamente metido en el vórtice del huracán, en especial con el Consejo Japonés, que me consideraba excesivamente antiimperialista, y con el Consejo Soviético, que pensaba que su propia línea antiimperialista era la única admisible». También trabajaba en un campo dominado por *primas donnas* académicas que a veces parecían considerarlo un advenedizo, y para cuyos pecadillos Lattimore tenía poca paciencia. Y no le costaba en absoluto introducirse directamente en la controversia, diciendo libremente lo que pensaba en ambientes fuertemente politizados.

El Consejo Estadounidense del IRP en la década de 1930, por ejemplo, comprendía todas las gamas de opinión política, desde comunistas hasta ultraconservadores fanáticos. Muchos de los que posteriormente testificaron contra él (Wittfogel, Colegrove, Utley, por ejemplo) lo hicieron basándose en las opiniones que Lattimore les expresó libremente durante las décadas de 1930 y 1940. Y algunas de estas opiniones pueden, con la ventaja que proporciona su análisis retrospectivo, considerarse cuestionables, como por ejemplo, el que calificara en *Pacific Affairs*, por ejemplo, los juicios espectáculo de Stalin de presagio de democratización. Otros, también con la ventaja de la retrospectiva, parecen juicios perspicaces sobre situaciones peligrosamente tenebrosas: el análisis de la fuerza comunista en China, o cómo y por qué la República Popular de Mongolia se aferraba a la órbita soviética, por ejemplo. Bajo tales condiciones, era fácil que adquiriera esos enemigos que con tanta diligencia documenta el profesor Newman (1983).

El estallido de la guerra provocó nuevas oportunidades y dificultades. En 1941, seis meses antes de Pearl Harbor, Chiang Kai-Chek, a solicitud de Roosevelt, nombró a Lattimore su asesor personal (probablemente Bowman influyera en el nombramiento). Lattimore se mantuvo en el cargo hasta finales de 1942 y aparentemente desarrolló una considerable admiración por Chiang, a quien consideraba un individuo inteligente en medio de fuerzas conspiradoras y a menudo corruptas[6]. El estallido de la guerra en el Pacífico llevó a Estados Unidos a una alianza formal con China, eliminando así la necesidad de vínculos informales como los proporcionados por Lattimore. Éste volvió a Estados Unidos, donde en 1943 se convirtió en Director de Operaciones en el Pacífico en la Oficina de Información Bélica (*Office of War Information*

[6] Todavía piensa lo mismo de Chiang, y en la actualidad trabaja en las memorias sobre el periodo que pasó como su asesor.



– una unidad de espionaje estadounidense). Volvió a ocupar su cargo en la universidad en 1944 pero acompañó al vicepresidente Wallace a un viaje a Siberia y China en 1944, actuó como asesor económico en la Misión de Reparaciones Estadounidense en Japón (1945), y viajó a Afganistán como asistente técnico de Naciones Unidas en 1950 (mientras estaba en Afganistán, McCarthy presentó por primera vez cargos contra él y de ese modo, culpable o no, puso fin a este tipo de actividad pública).


CHIANG PICKS LATTIMORE AS POLITICAL AIDE

Appointment Is Recommended To Chinese General By Roosevelt

[c]

Pero Lattimore parece haber contemplado esta actividad en buena medida como medio para alcanzar un fin. Evidentemente valoraba el reconocimiento público que le proporcionaba el nombramiento de Chiang Kai-Shek, mientras que la naturaleza de las tareas le proporcionaba abundantes oportunidades para aprender y mantenerse al día sobre la situación en Asia. «Fui más afortunado que muchos –escribe– porque los años de guerra no interrumpieron por completo mis intereses académicos». Hay pocas pruebas de que intentara insinuarse a los consejos de gobierno, aunque estaba más que dispuesto a participar cuando se lo pedían. Su modo preferido era influir y educar a la opinión pública mediante una masiva producción de artículos, libros, conferencias (las crónicas del *Baltimore Sun* indican que Lattimore pronunciaba frecuentemente conferencias en casas atestadas de la ciudad después de 1944). *Solution in Asia* (1945) y *The Situación in Asia* (1949) fueron dos manifestaciones bien escritas y populares sobre sus puntos de vista que ciertamente influyeron en la opinión pública estadounidense. En ambas, intentaba analizar la dinámica interna de las sociedades asiáticas y las consecuencias geopolíticas del pasado, el presente y el futuro de las políticas de las grandes potencias.


CHINA STIRRED BY ASSIGNMENT OF LATTIMORE

Speculation High As To Prospects Of Success For His Mission

Hopkins Man Is Silent On Plans As Adviser To Chiang Kai-Shek

[d]

[c] Chiang escoge a Lattimore como su asesor político. El nombramiento se lo ha recomendado Roosevelt al general chino.

[d] China agitada por el nombramiento de Lattimore. Hay muchas conjeturas respecto a las perspectivas de éxito de su misión. El hombre de Hopkins mantiene silencio sobre sus planes como asesor de Chiang Kai-Shek.

Las ideas que presentaba eran coherentes pero controvertidas. En *Solution in Asia,* por ejemplo, describió un mundo dividido entre el capitalismo y el colectivismo, con una tercera división de influencia mixta y disputada. Se negaba a ver a la Unión Soviética como una «amenaza roja» y sostenía que, para muchos de los pueblos de Asia, la Unión Soviética tenía un gran poder de atracción porque equivalía a «seguridad estratégica, prosperidad económica, progreso tecnológico, medicina milagrosa, educación gratuita, igualdad de oportunidades» y, por virtud de todo lo anterior, y en comparación con los sistemas sociales entonces prevalecientes (en los que la idea occidental de libertad de expresión y democracia parlamentaria no tenía significado), también representaba democracia. Tenía además la ventaja geopolítica de una base territorial aparentemente indestructible (una propuesta de tipo Mackinder) desde la cual proyectar estos atractivos hacia el resto de Asia. El problema para la diplomacia occidental era aceptar esta influencia de tal manera que no dividiera a los países no alineados entre los campos opuestos. Por consiguiente, Lattimore aconsejaba una política de negociación y cooperación con la Unión Soviética. Por ello recibió de buen grado el establecimiento de la ONU, la Conferencia de Bretton Woods y todos los demás intentos de crear instituciones supranacionales.

Presentó argumentaciones similares sobre la política interna de China. Los comunistas, sostenía, estaban demasiado profundamente arraigados y eran mucho más atractivos para el campesinado de lo que la mayoría de los estadounidenses pensaba, y ciertamente no estaban bajo la influencia de los soviéticos (que principalmente estaban proporcionando a Chiang armas para luchar contra los japoneses). Debía buscarse activamente la acomodación entre los comunistas y el Kuomintang. En 1945, Lattimore pensaba que dicho acercamiento tenía suficiente fuerza histórica como para constituir una posibilidad real. Y, negando que Chiang estuviera perdiendo el control o que fuera fascista, depositó sus esperanzas principalmente en él como «estadista con dotes para la coalición». (Hasta 1948 no perdió la fe en la capacidad de Chiang para gobernar)[7]. El objetivo de la política estadounidense debía ser, por consiguiente, fomentar el surgimiento de una coalición, pero tal influencia externa debía ejercerse de manera no imperialista, en pleno reconocimiento de que son los chinos «quienes deben construir su país y su sociedad».

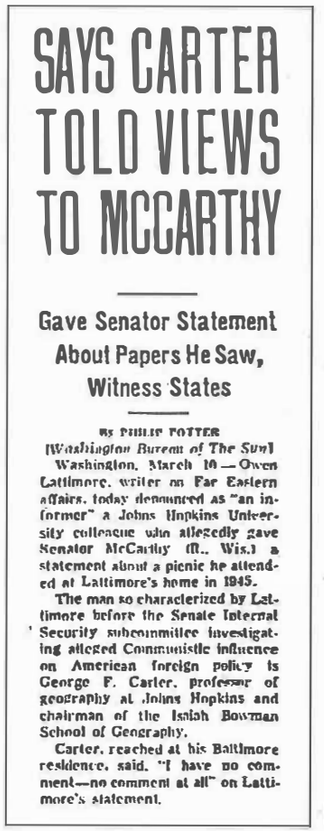
Me parece importante esbozar estas ideas porque forman el contexto ideológico vital en el que interpretar los acontecimientos posteriores. Lattimore sostenía con énfasis que el pensamiento marxista ya no podía considerarse mera propaganda subversiva, sino que debía aceptarse como una ideología política atractiva y competitiva en

[7] Véase O. Lattimore, *Situation in Asia,* cit. y el texto del memorando que envió al Departamento de Estado (publicado en *Baltimore Sun* el 4 de abril de 1950) sobre la política estadounidense en el Lejano Oriente.



buena parte de Asia. Rechazaba «la simplificación absurda» de que los movimientos revolucionarios eran mera proyección de la influencia soviética, y tachaba la opinión de los estadounidenses expertos en el Lejano Oriente de «tan incompetente que normalmente cuando la mayoría de los expertos se muestran de acuerdo están equivocados». Intentó, en sus propios escritos y conferencias, modelar una opinión pública dispuesta a responsabilizar a la opinión de los expertos, a imponer su peso y su influencia en las grandes cuestiones geopolíticas que el futuro de Asia planteaba.

El primer indicio del drama que estaba por llegar se dio ya en 1946. Tras el caso Amerasia y la famosa fiesta celebrada en la casa que Lattimore tenía en Ruxton, a la que fue invitado George Carter (probablemente para facilitar el proyecto mimado de Bowman consistente en establecer una escuela de geografía en estrecho contacto con la Page School), un artículo de prensa de *News Post* sugirió que Lattimore estaba mezclado con organizaciones tapadera de los comunistas y siendo uno de los «escritores principales» del IRP, era también a su vez «una verdadera fuente de propaganda comunista»[8]. El artículo lo inspiró casi con seguridad Kohlberg, un empresario ultraderechista en guerra con Lattimore dentro del IRP (véase Newman, 1983). Lattimore se sintió obligado a emitir una negación explícita, pero el incidente era la punta de un iceberg ya en movimiento. El FBI interrogó a Bowman en 1946 y al final de su rectorado, en 1948, y éste parece haberse vuelto contra Lattimore, aconsejando a su sucesor, Detlev Bronk, que se librara de él[9]. Es difícil saber si las medidas de Bowman se debieron a razones políticas, a dificultades económicas dentro de la Escuela [e]



SAYS CARTER TOLD VIEWS TO MCCARTHY

**Gave Senator Statement About Papers He Saw, Witness States**

By PHILIP POTTER
[Washington Bureau of The Sun]
Washington, March 10—Owen Lattimore, writer on Far Eastern affairs, today denounced as "an informer" a Johns Hopkins University colleague who allegedly gave Senator McCarthy (R., Wis.) a statement about a picnic he attended at Lattimore's home in 1945.

The man so characterized by Lattimore before the Senate Internal Security subcommittee investigating alleged Communistic influence on American foreign policy is George F. Carter, professor of geography at Johns Hopkins and chairman of the Isaiah Bowman School of Geography.

Carter, reached at his Baltimore residence, said, "I have no comment—no comment at all" on Lattimore's statement.

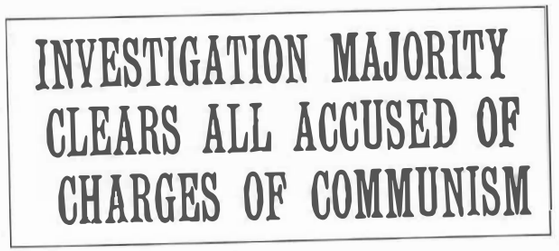
[8] *Baltimore News Post,* 7 de junio de 1946.

[9] Entrevista personal, corroborada de manera independiente por Neil Smith en entrevista con Jean Gottman (entonces en el claustro de profesores de la Hopkins y despedido por Bowman aproximadamente al mismo tiempo).

[e] Afirma que Carter contó sus puntos de vista a McCarthy./ Declaró ante el senador sobre los documentos que vio, declara el testigo./ Philip Potter [Delegación de *The Sun* en Washington] Washington, 10 marzo – Owen Lattimore, especialista en Asuntos del Lejano Oriente, acusó hoy de «informador» a

Page de Relaciones Internacionales o formaban parte del «proyecto mimado» de Bowman de consolidar y proteger el recién creado Departamento de Geografía, del que George Carter, ya principal antagonista de Lattimore, era director.

Finalmente la tormenta estalló sobre Lattimore el lunes 13 de marzo de 1950, cuando el senador Joseph McCarthy, obligado a corroborar las acusaciones realizadas con anterioridad («Tengo en mi mano una lista de 205 personas; una lista de nombres de los que el Secretario de Estado sabe que son miembros del Partido Comunista y no obstante siguen trabajando y diseñando la política [...]») señaló a Lattimore en un discurso ante el Senado como «uno de los cuatro asesores pro comunistas del Departamento de Estado», añadiendo para íntimo regocijo de los periodistas que en su opinión Lattimore era sin duda «el principal agente del espionaje ruso en este país». El 22 de marzo, McCarthy estaba dispuesto a hacer pública dicha alegación, añadiendo que toda ella «se sustentará o caerá» basándose exclusivamente en las pruebas contra Lattimore.


INVESTIGATION MAJORITY CLEARS ALL ACCUSED OF CHARGES OF COMMUNISM

[f]

Tal vez fuera Kohlberg quien diera a McCarthy el nombre de Lattimore, aunque Lattimore y Newman sugieren que Carter influyó de manera destacada (que yo sepa, Carter nunca ha negado dicha alegación).

El asunto era suficientemente serio como para merecer una investigación. Y eso ordenó el Comité Tydings del Senado, informando el 17 de julio de 1950 que no existía causa contra Lattimore y que las acusaciones de McCarthy eran un «fraude y una patraña» al pueblo estadounidense, «la campaña más nefaria de medias verdades y falsedad en la historia de la república»[10]. A esta sentencia negativa, Lattimore añadió la suya propia. *Ordeal by Slander,* publicado en julio de 1950, contaba detalladamente su experiencia (escrita en parte por Eleanor). De lectura absorbente, el libro se convirtió en centro de un vigoroso contraataque, en nombre de las libertades constitucionales y de la Declaración de Derechos, contra la creciente oscuridad del mccarthysmo.

un colega de la Universidad Johns Hopkins que supuestamente dio al senador McCarthy (Rep. Wisconsin) una declaración sobre una fiesta a la que asistió en casa de Lattimore en 1945./ El hombre que Lattimore afirma que declaró ante la subcomisión de Seguridad Interna del Senado que investiga la supuesta influencia comunista en la política exterior estadounidense es George F. Carter, profesor de geografía en Johns Hopkins y director de la Escuela de Geografía Isaiah Bowman./ Puestos en contacto con Carter en su residencia de Baltimore, éste dijo: «No tengo ningún comentario que hacer, ningún comentario en absoluto» acerca de la afirmación de Lattimore.

[f] La investigación absuelve por mayoría a todos los acusados de los cargos de comunismo.

[10] Senado de Estados Unidos, Subcomisión de Relaciones Internacionales, *State Department Employee Loyalty Investigations,* 81 Congreso, 2ª Sesión. Washington, DC, Government Printing Office, 1950.




Denies Spy Accusation Urges Senator Resign

By Frank R. Kent, Jr., and Bradford Jacobs
(Evening Sun Washington Bureau)

Washington, April 6 —Describing Senator McCarthy (R., Wis.) as the unwitting dupe of a Chinese Nationalist lobby, Owen Lattimore today before a Senate Foreign Relations subcommittee denied that he is or ever has been a Communist.

The Baltimorean, director of the Walter Hines Page School of International Relations, at the Johns Hopkins University, has been accused by McCarthy of being the top Russian espionage agent in this country.

[g]

McCarthy se enfureció. Calificó el informe de Tydings de «fraude maligno» y envió a sus cohortes a Maryland como parte de una campaña cruel y exitosa (que reverberaba en la política del Estado muchos años después) para deponer al senador Tydings (un demócrata bastante conservador) en el otoño de 1950, un año que vio cómo el control del Senado pasaba a los republicanos. Y McCarthy indicaba igualmente que no iba a dejar de acosar a Lattimore. Reiteró las acusaciones contra él en un libro y envió a sus hombres de confianza por todo Maryland para descubrir todos los asuntos turbios que pudieran (por ejemplo, acusó en julio de 1950 a Lattimore de haber sido «pagado» por los comunistas mediante una transacción inmobiliaria especialmente rentable en Cape Cod)[11]. A comienzos de 1951, los agentes de McCarthy encontraron la oportunidad que buscaban. Localizaron en un granero de Massachusetts los archivos del IRP, y los incautaron ilegalmente.


MCCARTHY HAS ANOTHER SAY

[h]

El Subcomité de Seguridad Interior del Senado, ahora bajo control republicano y presidido por el senador Pat McCarran, íntimo confidente de McCarthy, tamizó esta nueva mina de pruebas que se retrotraía hasta comienzos de la década de 1930 y orquestó una extraordinaria inquisición contra Lattimore y otros muchos asociados al

[g] Niega la acusación de espía y conmina al senador a dimitir / Foto en página 2 / Frank R. Kent Jr., y Bradford Jacobs (Delegación de *Evening Post* en Nueva York) / Washington, 6 abril – Calificando al senador McCarthy (Rep., Wisconsin) de involuntaria víctima de un grupo de presión nacionalista chino, Owen Lattimore negó hoy ante la subcomisión de Relaciones Exteriores del Senado ser o haber sido comunista./ McCarthy acusó al baltimoreano, director de la Escuela Walter Hines Page de Relaciones Internacionales, perteneciente a la Universidad Johns Hopkins, de ser el principal agente del espionaje ruso en este país.

[11] *The Baltimore Sun,* 28 de julio de 1950.

[h] McCarthy tiene otra opinión.

IRP[12]. Las vistas de la Subcomisión McCarran duraron de julio de 1951 hasta junio de 1952 y cubrieron casi 6.000 páginas de archivos impresos. El informe final eximía a Mao y a millones de chinos de cualquier responsabilidad por su revolución y concluía que «de no ser por las maquinaciones del pequeño grupo que controlaba (el IRP), China sería libre, un bastión contra las hordas rojas». También recomendaba que Lattimore fuera enjuiciado por perjurio, acusándolo de haber sido «un instrumento articulado y consciente de la conspiración soviética» desde la década de 1930.

Lattimore empezó su testimonio el 26 de febrero de 1952 y acabó el 21 de marzo, después de doce días, y más de cuarenta horas, de interrogatorio continuo. No se le permitió recibir asesoramiento de su abogado durante las sesiones y tampoco le resultaba fácil hacer referencia a notas y documentos. Tenía que trabajar de memoria ante los abogados oficiales Robert Morris (que reaparece en 1980 como presidente de un Comité Nacional para Restaurar la Seguridad Interior que mantuvo vistas sobre ese tema en el Senado, cortesía del senador Hatch)[13] y J. G. Sourwine, que tenía a mano cada carta y memorando que Lattimore había escrito en cualquier momento. Además había sido precedido por una hueste de testigos antagónicos (Wittfogel, Colegrove y otros) e informadores (como Budenz y Utley) que, bajo la protección privilegiada de una vista del Senado (no se permiten contrapreguntas), habían sido inducidos, o presionados, para que dijeran todo lo negativo que conocieran sobre las opiniones y las relaciones de Lattimore.

Lattimore intentó pasar a la ofensiva leyendo una declaración preparada que seguía exactamente la línea adoptada en *Ordeal by Slander*. Le llevó tres horas leer las ocho primeras frases. La transcripción de sus sesiones resulta una lectura extraordinaria. Al final se leyó toda su declaración para hacerla constar, dejando paso al extenso interrogatorio que permitió a Morris y Sourwine sacar muchos datos trampa contra él. Como se quejó fatigadamente el séptimo día,

> varias veces en estas vistas se ha mencionado el nombre de personas a quienes yo no recordaba en absoluto, y posteriormente se sacaba algún memorando u otro documento que demostraba que sí me había reunido con ellas. Forma parte de todo el procedimiento que muy respetuosamente me gustaría criticar.

McCarran replicó duramente: «No está usted aquí para criticar: está aquí para testificar bajo juramento». Fue una lucha salvaje y asimétrica de los recuerdos de

[12] Senado de Estados Unidos, Subcomisión de la Comisión Judicial para Investigar la Administración de la Ley de Seguridad Interior y otras Leyes de Seguridad Interior, *The Institute of Pacific Relations*, 82 Congreso, 1ª y 2ª Sesiones.

[13] Judis, 1981.



Lattimore contra el registro documentado de dónde había estado exactamente, con quién había hablado y qué se había dicho, en un periodo de casi veinte años. Una persona menos fuerte probablemente se habría quebrado bajo la presión (todavía conserva un intenso tic facial que le apareció durante las vistas). Pero a menudo Lattimore respondió con burlas humorísticas. He aquí una de sus respuestas al senador Smith, inclinado a demostrar que la caída de China siguió a la retirada de conocidos anticomunistas de sus cargos en el Departamento de Estado:

> *Sr. Lattimore* ¿Es su argumento, Senador, un *post hoc, ergo propter hoc*?
>
> *Senador Smith* Creo que ha dicho usted que no quería caer en el lenguaje jurídico o técnico, así que le pregunto en lenguaje común si, después de que se destituyera a estos hombres, ¿no es un hecho que el comunismo realizó grandes avances en el Lejano Oriente?
>
> *Sr. Lattimore* Sí. Por supuesto los avances del comunismo desde la muerte de Julio César han sido aún mayores.

Y helo aquí nuevamente en acción contra Wittfogel, quien había afirmado que Lattimore sabía que era comunista porque cuando él (Wittfogel) le había negado la sugerencia a un periodista estadounidense en 1935, Lattimore se había vuelto hacia él y le había sonreído. Lattimore dijo:

> Si acaso sonreí, ciertamente se trató de una sonrisa no comunista. Ahora estaría dispuesto a creer que los comunistas tienen un arsenal de señales secretas, pero nunca habría supuesto que incluyera algo afable como una sonrisa [...] Si me equivoco, y si una sonrisa es una señal secreta de los rojos, confieso que sonreía mucho. En los tiempos anteriores a McCarthy la vida me parecía muy divertida.

El conflicto entre Wittfogel y Lattimore durante las vistas es uno de tantos rasgos extraordinarios. El testimonio del primero fue clave para una de las acusaciones de perjurio contra el segundo. Pero Wittfogel hizo todo lo posible por representar a Lattimore como un exponente consciente de la línea estalinista. Esto se recalcó especialmente en relación con el uso hecho por Lattimore de los términos «feudal» y «supervivencia feudal» para describir la sociedad china. Se había producido un extenso debate sobre dicho concepto dentro de la Internacional Comunista desde 1922, un debate que Stalin cerró inflexiblemente en la década de 1930. Wittfogel consideró a partir de entonces el concepto de feudalismo como la prueba decisiva del estalinismo. En las vistas, dijo lo siguiente:

> Al concentrar todo el problema en lo que denominan propiedad «feudal» de la tierra, los comunistas centran la energía de los campesinos en la cuestión de la propiedad, y la apartan de una burocracia gobernante que habían tenido en el pasado y que los comunistas pretenden establecer en todas partes en el futuro.

A continuación señaló que aunque muchos pudieran usar el término inocentemente, éste adquiría mucha importancia política cuando lo usaba alguien tan preparado como Lattimore. A Lattimore el argumento le pareció absurdo: «Siento no haber sabido que los comunistas tenían la patente sobre el término, y que usarlo fuera tan peligroso como sonreír». Lo que hubo tras la ruptura entre Lattimore y Wittfogel (en 1947) y las denuncias ya señaladas de éste exige una consideración más atenta de la que yo puedo dedicarle aquí[14].

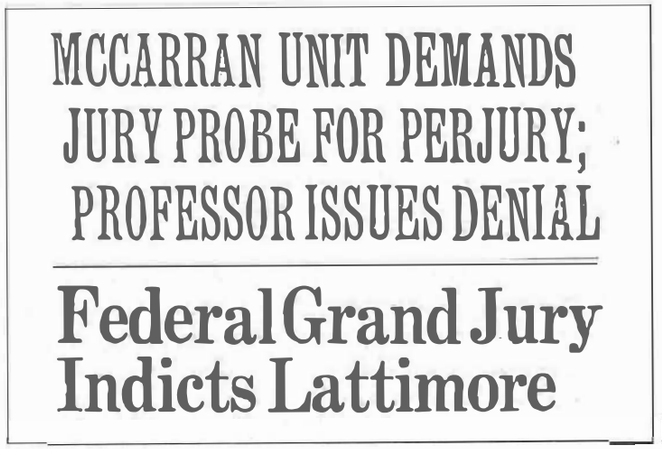
El comportamiento de Lattimore ante el Comité fue tan controvertido como su testimonio. Mediante el enfrentamiento audaz, parece haber mantenido su propio sentido de la integridad bajo circunstancias difíciles y exigentes (a menudo los miembros de la comisión insistían en su falta de titulación formal, por ejemplo). Pero esto permitió a McCarran ridiculizarlo tachándolo de testigo «insolente, autoritario, arrogante y desdeñoso» que había lanzado una calculada afrenta contra el Senado y, por lo tanto, contra el pueblo y las instituciones de Estados Unidos. Todo ello le llevó a cometer errores (aunque muy pocos, dadas las circunstancias). Y perdió mucho apoyo de la prensa, importantes sectores de la cual estaban ahora dispuestos a aceptar las conclusiones generales de las vistas de McCarran. En este sentido, Lattimore perdió la batalla porque grandes sectores de la opinión pública estadounidense aceptaron entonces lo que para él habría sido una conclusión absolutamente estrafalaria: que el éxito de la Revolución China había dependido de las maquinaciones del pequeño grupo de personas que controlaba el IRP. Y se produjo una pérdida mayor que las vistas meramente confirmaron, ya que Lattimore se vio obligado a efectuar innumerables declaraciones anticomunistas y antimarxistas que, aunque probablemente eran congruentes con sus propias creencias, ayudaron a grabar más profundamente en la conciencia estadounidense la idea de que todos los comunistas y los marxistas se sitúan fuera de las protecciones constitucionales, porque forman necesariamente parte de una conspiración subversiva exterior. De tal forma, Lattimore se vio obligado a admitir tácitamente en Estados Unidos una proposición que él negaba vigorosamente en Asia.

La acusación por perjurio se formuló el 16 de diciembre de 1952[15]. El primero y más importante de los cargos acusaba a Lattimore de haber mentido al negar que nunca hubiera promovido el comunismo y los intereses comunistas. Los otros seis derivaban de contradicciones en su testimonio (varias de ellas hechas en el periodo 1934-1941). Inmediatamente la Universidad Johns Hopkins concedió a Lattimore una licencia remunerada. George Boas, director del departamento de Filosofía, organizó un fondo de defensa de 40.000 dólares (y reunió y publicó a sus expensas testimonios sobre las sobresalientes cualidades de Lattimore como estudioso)[16]. Y el bufete de abogados Arnold and Porter de Washington (que había representado a Lattimore durante todo el proceso) se hizo cargo de la causa con toda su renombrada pericia judicial.

[14] La versión dada por Wittfogel de lo sucedido se puede encontrar en Ulmen, 1978, pp. 267-294.

[15] La siguiente versión se ha reunido del archivo de recortes de prensa disponible sobre Lattimore en la Enoch Pratt Library (principalmente de las versiones matinales y vespertinas de *The Baltimore Sun*).




MCCARRAN UNIT DEMANDS JURY PROBE FOR PERJURY; PROFESSOR ISSUES DENIAL

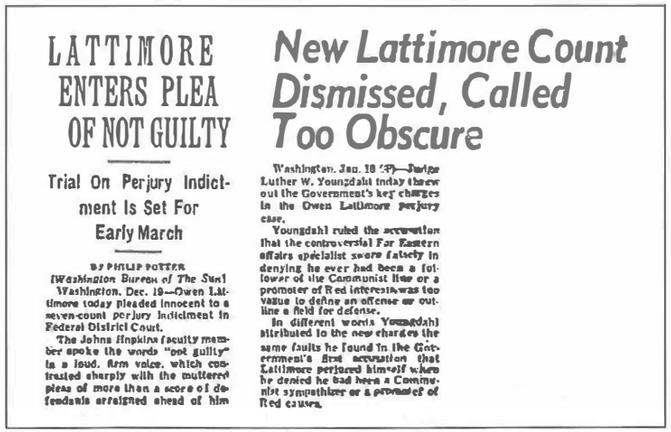
Federal Grand Jury Indicts Lattimore

[i]

El 2 de mayo de 1953, Youngdahl, juez del Tribunal de Distrito de Washington, desestimó cuatro de las siete acusaciones de perjurio basándose en que eran anticonstitucionales y expresó serias dudas de que las otros tres pudieran pasar «la prueba de la sustantividad». Youngdahl se mostró especialmente duro con el primer cargo, calificándolo de «nebuloso e indefinido» y contrario a la Primera Enmienda y a la Sexta. A continuación argumentaba que no podía permitir que se debilitase la Declaración de Derechos ni siquiera en la causa de la lucha contra la tiranía. El Fiscal apeló al Tribunal de Apelaciones de Estados Unidos que, tras los acostumbrados retrasos para cursar expedientes, vio la causa en enero de 1954 y emitió su veredicto el 8 de julio. Por una mayoría de ocho a uno mantuvo la desestimación del cargo principal, pero restableció dos cargos muy poco importantes por una mayoría de cinco a cuatro. El Fiscal podía apelar al Tribunal Supremo o reconsiderar su posición.

[16] Boas y Wheeler, 1953. La carta enviada por Boas empezaba como sigue: «Entre las recientes acusaciones contra nuestro compañero, Owen Lattimore, se incluye la de no ser un estudioso reputado. Se admite que es un periodista inteligente, pero al carecer de titulación universitaria y del título de "profesor", lo acusan de ocupar un cargo en el claustro de profesores bajo falsos pretextos». En el informe a favor de Lattimore se incluyeron treinta y siete respuestas de especialistas en el tema.

[i] La unidad de McCarran exige la investigación de perjurio por parte del jurado; el profesor lo niega./ El Gran Jurado Federal procesa a Lattimore.



LATTIMORE ENTERS PLEA OF NOT GUILTY

Trial On Perjury Indictment Is Set For Early March

BY PHILIP POTTER

[Washington Bureau of The Sun]

Washington, Dec. 19—Owen Lattimore today pleaded innocent to a seven-count perjury indictment in Federal District Court.

The Johns Hopkins faculty member spoke the words "not guilty" in a loud, firm voice, which contrasted sharply with the muttered pleas of more than a score of defendants arraigned ahead of him

New Lattimore Count Dismissed, Called Too Obscure

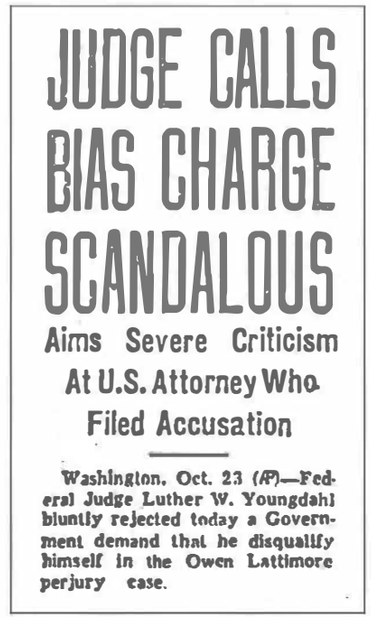
Washington, Jan. 18 (AP)—Judge Luther W. Youngdahl today threw out the Government's key charges in the Owen Lattimore perjury case.

Youngdahl ruled the accusation that the controversial Far Eastern affairs specialist swore falsely in denying he ever had been a follower of the Communist line or a promoter of Red interests was too vague to define an offense or outline a field for defense.

In different words Youngdahl attributed to the new charges the same faults he found in the Government's first accusation that Lattimore perjured himself when he denied he had been a Communist sympathizer or a promoter of Red causes.

[j]

Se decidió por este último curso, y el 7 de octubre presentó dos nuevos cargos por perjurio contra Lattimore. El primero lo acusaba de «haber seguido a sabiendas y de manera intencionada la línea comunista» y citaba 130 ejemplos de sus escritos y declaraciones para demostrarlo. La técnica era extraña. Se comparaban las declaraciones políticas de los partidos comunistas soviético y estadounidense con todo lo que sonara siquiera remotamente similar en los prolíficos escritos de Lattimore. Al abogado defensor le resultó divertido y aportó su propia lista de las declaraciones simpatizantes con el partido comunista emitidas por Eisenhower, Churchill y la revista *Time*[17]. El segundo cargo acusaba a Lattimore de jurar en falso cuando negó haber sido «promotor de los intereses comunistas en sus actividades». El Departamento de Justicia puso en duda entonces la aptitud del juez Youngdahl para sentenciar la causa debido a su parcialidad a favor de Lattimore. El juez respondió el 23 de octubre: un ataque mordaz contra lo que a él le parecía un intento escandaloso de intimidar a un juez independiente. En enero siguiente, rechazó los dos nuevos cargos de perjurio basándose en que eran demasiado nebulosos y vagos, que incluían temas de opinión e incumplían la Primera y la Sexta Enmiendas. En abril, el fiscal, esperando resucitar la mayoría de cinco a cuatro en los cargos menores obtenida anteriormente, volvió al Tribunal de Apelaciones. Pero el sustituto de uno de los que habían proporcionado la mayoría en el tribunal tendría que ser declarado incompetente, porque había participado antes en la preparación de la causa por parte del Departamento de Justicia; el nuevo juez no era sino Warren Burger, ahora juez presidente de Estados Unidos. Enfrentado como mínimo a una división cuatro a cuatro, y con los excesos del mccarthysmo en declive, finalmente el fiscal decidió retirar todos los cargos contra Lattimore el 30 de junio de 1955.



JUDGE CALLS BIAS CHARGE SCANDALOUS

Aims Severe Criticism At U.S. Attorney Who Filed Accusation

Washington, Oct. 23 (AP)—Federal Judge Luther W. Youngdahl bluntly rejected today a Government demand that he disqualify himself in the Owen Lattimore perjury case.

[k]

Durante casi cinco años y medio, Lattimore se había visto envuelto en una venenosa nube de sospecha. Inicialmente fue barrido por un movimiento social que intentaba aplastar a todos los de su índole, y después atrapado en las garras de un proceso gubernamental que no podía o no estaba dispuesto a dejarlo ir mientras no agotara todas las sendas de acoso posibles, aunque los archivos del FBI que con tanta paciencia peinó el profesor Newman demuestran que en todo momento supieron que no tenían la más mínima prueba contra él. Era increíble, como el propio Lattimore dijo a la mitad de su terrible experiencia, «que la inocencia deba defenderse durante tanto tiempo contra un acoso tan vengativo [...]»[18].

[j] Lattimore se declara no culpable / El juicio por la acusación de perjurio dispuesto para principios de marzo / Philip Potter [Delegación de *The Sun* en Washington] / Washington, 19 de diciembre – Owen Lattimore se declaró hoy inocente de una acusación por perjurio con siete cargos en un Tribunal Federal de Distrito. / El profesor de la Johns Hopkins pronunció las palabras «no culpable» con voz alta y firme, lo cual contrastó drásticamente con las declaraciones musitadas por la hueste de acusados que comparecieron antes que él.

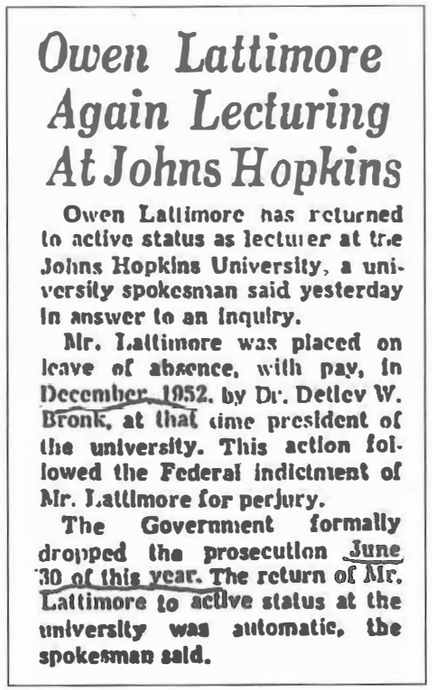
El nuevo cargo contra Lattimore desestimado por excesivamente oscuro / Washington, 18 de enero – El juez Luther W. Youngdahl desestimó hoy los principales cargos presentados por el Fiscal en la causa por perjurio contra Owen Lattimore. / Youngdahl sentenció que la acusación de que el controvertido especialista en asuntos sobre el Lejano Oriente había jurado en falso al negar que hubiera sido en ningún momento seguidor de la línea comunista o promotor de los intereses rojos era demasiado vaga para definir un delito o esbozar un campo de alegaciones./ Con diferentes palabras, el juez Youngdahl atribuyó a las nuevas acusaciones los mismos errores encontrados «en la primera acusación presentada por el Fiscal de que Lattimore había cometido perjurio al negar que hubiera sido simpatizante de los comunistas o promotor de las causas rojas».

[17] Tribunal de Apelaciones de Estados Unidos, Distrito de Columbia, *Brief of Appellee* (Estados Unidos vs. Lattimore).

[k] Al juez le parece escandalosa la acusación de parcialidad. Lanza duras críticas contra el fiscal que presentó la acusación./ Washington, 23 de octubre – El juez federal Luther W. Youngdahl ha rechazado hoy tajantemente la exigencia del Gobierno de que se inhiba de la causa por perjurio entablada contra Owen Lattimore.

[18] *Baltimore Sun,* 17 de diciembre de 1952.

Es interesante ver cómo reaccionó la Universidad durante todo el proceso. Tenía lo mejor de ambos mundos[19]. Parecía respaldar la libertad académica al dar a Lattimore licencia remunerada para defender su causa y reponerlo en la categoría de conferenciante en el departamento de Historia cuando ésta quedó desestimada. Al menos dos miembros de la Junta de Fideicomisarios dimitieron por el incidente (a cambio, uno de ellos invirtió su dinero en las fuentes que fluyen en la Plaza Hopkins, en el centro de Baltimore, un monumento irónico se podría decir). Por otra parte, la Escuela Page se disolvió, la afluencia de alumnos de grado desapareció y Lattimore se vio marginado bajo amenaza, porque no tenía ni cargo fijo ni credenciales académicas formales (el intento de retirarlo no se basó abiertamente en su política, sino la carencia de doctorado, lo que explica por qué George Boas hizo todo lo posible por recoger testimonios académicos sobre los sobresalientes logros de Lattimore como estudioso). Lattimore sobrevivió sólo gracias al vigoroso respaldo de colegas como Boas y Painter (que dirigía el departamento de Historia). Y, por supuesto, el departamento de Geografía estuvo cerrado para él hasta que M. G. Wolman sustituyó a Carter como director en 1958 y lo invitó a dar clases en él. Todo esto explica por qué hasta hoy Lattimore evita escrupulosamente criticar en público a la Universidad, pero en privado no oculta su resentimiento.



**Owen Lattimore Again Lecturing At Johns Hopkins**

Owen Lattimore has returned to active status as lecturer at the Johns Hopkins University, a university spokesman said yesterday in answer to an inquiry.

Mr. Lattimore was placed on leave of absence, with pay, in December, 1952, by Dr. Detlev W. Bronk, at that time president of the university. This action followed the Federal indictment of Mr. Lattimore for perjury.

The Government formally dropped the prosecution June 30 of this year. The return of Mr. Lattimore to active status at the university was automatic, the spokesman said.

[1]

[19] He reunido estas ideas a partir de las conversaciones con muchos de los que estuvieron en la Johns Hopkins durante esos años.

[1] Owen Lattimore vuelve a enseñar en la Johns Hopkins – Owen Lattimore ha recuperado su situación activa como conferenciante de la Universidad Johns Hopkins, comentó ayer un portavoz de la Universidad como respuesta a una pregunta./ El Dr. Detlev W. Bronk, en aquel momento rector de la universidad, concedió a Lattimore permiso de ausencia, remunerado, en diciembre de 1952. Esta acción siguió al procesamiento federal de Lattimore por perjurio./ La Fiscalía retiró formalmente la acusación el 30 de junio de este año. La vuelta de Lattimore a la situación activa en la Universidad fue automática, dijo el portavoz.



Las consecuencias académicas e intelectuales en general son más difíciles de establecer. El caso de Lattimore fue sólo uno de los muchos que afectaron a especialistas en el tema de China. En este terreno quizá Lattimore ganara la batalla privada pero perdió la guerra en lo referente a influir en la opinión pública estadounidense y, por consiguiente, en la política estadounidense respecto a China y el Lejano Oriente. Sólo después de la dolorosa lección aprendida con la Guerra de Vietnam y cuando Nixon jugó por fin «la carta china» a comienzos de la década de 1970, se pudo recuperar algo de terreno. Pero casos como el de Lattimore demuestran también lo peligroso que es cultivar perspectivas en cuestiones geopolíticas que se desvían de concepciones rígidas del interés nacional o que ofenden a la línea dominante. No sorprende en absoluto que la geopolítica abandonara el ámbito de la geografía ni que la geografía política se convirtiera en un aburrido remanso después de los años de McCarthy. Los geógrafos se sentían más seguros tras el «escudo positivista» de un método supuestamente neutral. Todo lo cual se suma a una decidida revocación de la responsabilidad social, un comprensible pero innoble intento de ganarse la seguridad profesional en un mundo fuertemente politizado. La ruptura epistemológica en nuestra propia disciplina, conocida como «la revolución cuantitativa», debe considerarse en parte, por consiguiente, una ruptura *política* de la cual la marginalización de una figura tan destacada y controvertida como Lattimore no es más que un potente símbolo. Pocos estudiantes de doctorado en Geografía sabrán ahora quién es, y mucho menos habrán leídos sus obras. Irónicamente, también, George Carter, uno de sus denunciantes, recibió hace tiempo de la Asociación Estadounidense de Geógrafos un Premio por su Destacada Contribución, mientras que las aportaciones de Lattimore permanecen escandalosamente no reconocidas.

Queda la cuestión de la política intelectual de Lattimore. Hasta hoy se resiste con tenacidad a aceptar la idea de ser «marxista» (y mucho menos simpatizante comunista en sí)[20]. Pero no es difícil entender por qué otros pueden verlo así en un mundo de juicios tan simplistas. Si bien él proclama profundamente que nunca ha leído a Marx, acostumbra a decir que ha aprendido su teoría de la mercancía siguiéndo las mercancías sobre el terreno y no en las páginas de *El capital*[21]. En la atmósfera intelectual de la década de 1930, cuando el marxismo estaba muy de moda incluso entre quienes, como Sydney Hook, se convirtieron posteriormente en los

[20] Lattimore examina implícitamente este tema en su «Prefacio» de *Studies in Frontier History,* cit. y también se ha explayado sobre él en conversaciones personales.

[21] A mí me repitió lo que había dicho a un periodista en 1942: «Me interesé por la economía a partir de la asociación con las propias mercancías, no de los libros. Como resultado, pienso en función de los problemas concretos, no teóricos», *Baltimore Sun,* 12 de abril de 1942.

más ardientes soldados de la Guerra Fría, Lattimore se encontraba en la cumbre de su poder y en el centro de toda una red de eruditos que con gran seguridad habían leído a Marx y absorbido bien su mensaje. Claramente Lattimore no dejó de estar influido por ese pensamiento, pero parece que aceptó sólo aquellos aspectos del mismo que se adecuaban a su propia experiencia. Cuando le planteé esa idea respondió: «Por supuesto. Cualquier historiador completamente estúpido que esté en sus cabales tiene que ser un materialista histórico» También confiesa abiertamente la parcialidad de ocuparse «de los pueblos y no de los gobiernos» y de usar el análisis de clase como base para su trabajo[22]. Pero niega con tenacidad que el marxismo tenga una patente sobre dichas posiciones (en la misma medida, en su respuesta a Wittfogel, que pudiera admitir que los estalinistas tuvieran una patente sobre la palabra «feudal»). Su simpatía por los pueblos y no por los gobiernos también le conduce de manera natural a adoptar posturas de comprensión hacia las luchas populares, incluidas las libradas en nombre del antiimperialismo. Es comprensible que alguien que proclama las virtudes del materialismo histórico y del análisis de clases, y que adopta unas posturas fuertemente antiimperialistas, fuera considerado marxista por muchos. También tiene sentido que él prefiera la etiqueta de «conservador radical». Pero ¿no dijo también Marx «yo no soy marxista»? Quizá un estímulo como el «conservadurismo radical» que Lattimore abraza sea lo que el marxismo necesita de vez en cuando para preservarlo de sus predilecciones más dogmáticas. Ciertamente, el interés perpetuo de Lattimore de permanecer lo más cercano que le fuera posible del pueblo al que él intentaba entender sea una llamada de atención muy saludable.

Lattimore permaneció en Hopkins hasta 1963, cuando aceptó una oferta de la Universidad de Leeds para dirigir el programa de Estudios Chinos, de reciente creación. Allí experimentó la emoción renovada, al estar nuevamente rodeado de jóvenes especialistas ansiosos por aprender y saber. Siguió escribiendo y publicando (aunque las editoriales estadounidenses, en un permanente testimonio del poder del mccarthysmo, no tocaron nuevamente sus libros hasta finales de la década de 1960). Se jubiló de la Universidad de Leeds en 1969.

Cuando dejó la Hopkins, en 1963, pronunció una conferencia de despedida ante una concurrida audiencia. Todos esperaban que hablase del mccarthysmo. Habló de la sociedad y la cultura en Mongolia. Sospecho que allí es donde estuvo su corazón todo el tiempo[23].

[22] Véase el «Prefacio» de O. Lattimore, *Studies in Frontier History*, cit.

[23] Owen Lattimore murió el 31 de mayo de 1989. La biografía escrita por el profesor Newan se publicó en 1992.



# 6

# Acerca de la historia y de la actual situación de la geografía: manifiesto materialista histórico*

La actual situación de la geografía y las propuestas para su transformación deben basarse en un conocimiento de la historia. Los papeles y las funciones del conocimiento geográfico, junto con las estructuras de dicho conocimiento, han variado a lo largo del tiempo en relación con el cambio de las configuraciones y necesidades sociales y en respuesta a dicho cambio. La historia de nuestra disciplina no puede entenderse con independecia de la historia de la sociedad en la que se insertan las prácticas de la misma. El ascenso de la forma mercantil y posteriormente industrial y financiera del capitalismo en Occidente, unido como estuvo a una creciente integración espacial de la economía mundial bajo la hegemonía política y económica occidental, exigía y dependía de la cristalización de nuevas formas de conocimiento geográfico, dentro de una división del trabajo académico y profesional cada vez más fragmentada. Las dificultades y las alternativas a las que ahora se enfrentan los geógrafos están igualmente arraigadas en los procesos conflictivos de transformación social. Las propuestas para la transformación o la estabilización de nuestra disciplina son, nos guste o no, posiciones adoptadas en relación con procesos más amplios de cambio social. La conciencia de ese hecho básico debe informar el debate sobre adónde se dirige nuestra disciplina y cómo hay que reestructurarla para que afronte las dificultades y cubra las necesidades contemporáneas.

* Publicado por primera vez en *The Professional Geographer*, 1984.

## Acerca de la historia de la geografía y de la sociedad

El conocimiento geográfico recoge, analiza y almacena información sobre la distribución y la organización espacial de aquellas condiciones (tanto de ocurrencia natural como provocadas por los humanos) que proporcionan la base material para la reproducción de la vida social. Al mismo tiempo, promueve la conciencia de que dichas condiciones están sometidas a una continua transformación a través de la acción humana.

La forma y el contenido de dicho conocimiento dependen del contexto social. Las sociedades, las clases y los grupos sociales poseen una «sabiduría geográfica» específica, un conocimiento funcional de su territorio, de la configuración espacial de los valores de uso importantes para ellos, y de cómo pueden intervenir para modelar los valores de uso para sus propios fines. Esta «sabiduría», adquirida mediante la experiencia, es codificada y socialmente transmitida como parte de un aparato conceptual con el que los individuos y los grupos se enfrentan al mundo. Quizás adopte la forma de un imaginario espacial y medioambiental vagamente definido o de un cuerpo formal de conocimiento –la geografía– en el que todos los miembros de la sociedad o una elite privilegiada reciben instrucción. Este conocimiento puede usarse en la lucha para liberar a los pueblos de los desastres y las restricciones «naturales» y de la opresión externa. Se puede usar en el intento de dominar la naturaleza y a otros pueblos y para construir una geografía alternativa de la vida social mediante el establecimiento de entornos físicos y sociales con fines sociales.

La forma y el contenido del conocimiento geográfico no se pueden entender de manera independiente de la base social para la producción y el uso de ese conocimiento. Las sociedades precapitalistas, por ejemplo, produjeron tratados geográficos altamente avanzados pero a menudo de tipo particular y localizado, radicalmente distintos de la geografía que nosotros conocemos (Hallowell, 1955; Levi-Strauss, 1966). Los imperios mercantiles griego, romano, islámico y chino produjeron elaboradas geografías del mundo que conocían (Herodoto, 1954; Ibn Jaldún, 1958; Needham, 1954; Estrabón, 1903-1906). Estas geografías reflejaban en general el movimiento de las mercancías, las migraciones de pueblos, las rutas de conquista y las exigencias de la administración del imperio.

La transformación del feudalismo al capitalismo en Europa occidental implicaba una revolución en las estructuras del pensamiento y la práctica geográficos. Las tradiciones geográficas heredadas de griegos y romanos, o absorbidas desde China y sobre todo del islam, fueron apropiadas y transformadas a la luz de la experiencia específica de Europa occidental. El intercambio de mercancías, la conquista y el asentamiento coloniales formaron la base inicial, pero a medida que evolucionó el capitalismo también el movimiento de capitales y de la fuerza de trabajo se convirtió en el eje sobre el que giró la construcción del nuevo conocimiento geográfico. En la era burguesa destacan seis aspectos de la práctica geográfica.



En primer lugar, el interés por la precisión en la navegación y por definir los derechos territoriales (tanto privados como colectivos) hizo que el trazado de mapas y la revisión catastral se convirtieran en herramientas básicas del arte del geógrafo (Brown, 1949; Skelton, 1958). En la era imperialista, por ejemplo, se estableció la base cartográfica para la imposición de formas capitalistas de tales derechos en áreas del mundo (África, América, Australia y buena parte de Asia) que anteriormente habían carecido de ellos. Dicha actividad sentó la base para los exclusivos privilegios y derechos de clase para la apropiación de los frutos tanto de la naturaleza como del trabajo dentro de espacios bien definidos. Por otra parte, también abrió la posibilidad de organizar racionalmente el espacio y la naturaleza para el bienestar universal de la humanidad.

En segundo lugar, la creación del mercado mundial supuso «la exploración de la Tierra en todas las direcciones» para descubrir «cualidades nuevas y útiles de las cosas», y la promoción del «intercambio universal de productos de todos los climas y tierras extranjeros» (Marx, 1973, p. 409). Trabajando en la tradición de la filosofía natural, geógrafos como Alexander von Humdoldt (1894-1852) y Carl Ritter (1822-1859) se dispusieron a efectuar una descripción sistemática de la superficie de la Tierra, considerada como depositaria de valores de uso, como el campo dinámico en el cual tenían su ser los procesos naturales que podían aprovecharse para la acción humana. La descripción precisa de entornos físicos y bióticos es desde entonces un elemento fundamental de la geografía.

En tercer lugar, observar de cerca las variaciones geográficas de los modos de vida, las formas de economía y reproducción social ha sido siempre parte integrante de la práctica del geógrafo. Esta tradición degeneró (en especial en la geografía comercial de finales del siglo XIX) en mera recopilación de los «recursos humanos» abiertos a la explotación rentable mediante un intercambio desigual o forzoso, a la imposición del trabajo asalariado mediante la acumulación primitiva, a la redistribución de las existencias de trabajadores mediante la migración forzosa, y a la manipulación compleja de las economías y de las estructuras de poder político indígenas para extraer los excedentes. Las prácticas geográficas fueron profundamente afectadas por la participación en la gestión del imperio, la administración colonial y la exploración de las oportunidades comerciales (Capel, 1981). Evidentemente, la explotación de la naturaleza bajo el capitalismo fue a menudo unida a la explotación de las personas. Por otra parte, la acumulación de esos conocimientos en el espíritu de libertad y respeto por los demás, como por ejemplo en la notable obra de Elisée Reclus (1982), abrió la posibilidad de crear formas alternativas de práctica geográfica, vinculadas a principios de respeto y ventaja mutuos y no a la política de la explotación.

En cuarto lugar, la división del mundo en esferas de influencia por las principales potencias capitalistas a finales del siglo XIX suscitó graves problemas geopolíticos. La lucha por controlar el acceso a las materias primas, a las reservas de trabajo y a los mercados fue una lucha por controlar el territorio. Geógrafos como Friedrich Ratzel (1923) y sir Halford Mackinder (1962) afrontaron directamente la cuestión del ordenamiento político del espacio y sus consecuencias, pero lo hicieron desde el punto de vista de la supervivencia, el control y la dominación. Intentaron definir estrategias geográficas útiles en el contexto de las luchas políticas, económicas y militares entre las principales potencias capitalistas, o contra los pueblos que se resistían a las incursiones de la dominación imperial o neocolonial. Esta línea de trabajo alcanzó su nadir con Karl Haushoffer, el geopolítico alemán que apoyó activamente y ayudó a modelar las estrategias expansionistas nazis (Dorpalen, 1942). Pero el pensamiento geopolítico sigue siendo fundamental en la era contemporánea, en especial en los pentágonos de poder militar y entre quienes se ocupan de la política exterior. Por la fuerza de las circunstancias históricas, todos los movimientos de liberación nacionales deben definirse geopolíticamente para tener éxito.

En quinto lugar, la preocupación por el uso de «los recursos naturales y humanos» y por las distribuciones espaciales (de la población, la industria, los medios de transporte, los complejos ecológicos, etc.) llevó a los geógrafos a considerar la cuestión de las configuraciones «racionales» de ambos. Este aspecto de la práctica geográfica, que emergió fuertemente con los primeros estudios geológicos, edafológicos y sobre el uso del suelo, ha aumentado marcadamente en años recientes, a medida que el Estado capitalista se ha visto obligado a intervenir más activamente en los asuntos humanos (Dear y Scott, 1981). El conocimiento positivo de las distribuciones reales (la recopilación, codificación y presentación de información) y las teorías normativas de localización y optimización han resultado útiles en la gestión medioambiental y en el planeamiento urbano y regional. En gran medida, estas técnicas suponían aceptar una definición específicamente capitalista de la racionalidad, conectada con la acumulación del capital y el control social de la fuerza de trabajo. Pero dicho modo de pensar también abrió la posibilidad de planificar la utilización eficiente de los entornos y del espacio de acuerdo con definiciones de racionalidad alternativas o múltiples.

En sexto lugar, el pensamiento geográfico en la era burguesa siempre ha conservado un fuerte contenido ideológico. En cuanto ciencia, trata los fenómenos naturales y sociales como cosas, sujetas a la manipulación, la gestión y la explotación. En cuanto arte, proyecta y articula a menudo las esperanzas y los temores colectivos e individuales tanto como describe las condiciones materiales y las relaciones sociales con la veracidad histórica que merecen. Por ejemplo, a menudo la bibliografía geográfica se detiene excesivamente en lo extraño y lo pintoresco, a expensas de tratar



abiertamente sobre las aspiraciones legítimas de los pueblos. Aunque aspira al conocimiento universal de la diversidad de la vida en la Tierra, a menudo cultiva perspectivas localistas y etnocéntricas de dicha diversidad. Puede ser un vehículo activo para la transmisión de doctrinas de superioridad racial, cultural, sexual o nacional. Las ideas de destino «geográfico» o «manifiesto», o de derechos geográficos «naturales» (por ejemplo, el control de Estados Unidos sobre el Canal de Panamá), de la «carga que debe soportar el hombre blanco» y la misión civilizadora de la burguesía o de la democracia estadounidense, están generosamente esparcidas por los textos geográficos y profundamente incrustadas en la sabiduría geográfica popular (Buchanan, 1974; David, 1978; Weinberg, 1963). La retórica de la Guerra Fría, el temor al «orientalismo», etcétera, están igualmente generalizados (Said, 1979). Además, los «hechos» geográficos, presentados como hechos naturales, se pueden usar para justificar el imperialismo, la dominación neocolonial y el expansionismo. La información geográfica también se puede presentar de tal manera que se aproveche de los temores y alimente la hostilidad (el abuso de la cartografía es especialmente notable a este respecto). Pero existe un aspecto más positivo de todo esto. La bibliografía geográfica puede expresar tanto esperanzas y aspiraciones como temores, puede buscar conocimientos universales basados en el respeto y el interés mutuos, y puede articular la base para la cooperación humana en un mundo marcado por la diversidad humana. Puede convertirse en el vehículo para expresar visiones utópicas y planes prácticos para la creación de geografías alternativas (Kropotkin, 1898; Reclus, 1982).

## El ascenso de la geografía como disciplina académica en la división profesional del trabajo

Los geógrafos académicos intentaron combinar la experiencia obtenida de estas prácticas diversas en una disciplina coherente dentro de una división académica del trabajo que cristalizó hacia finales del siglo XIX. No han tenido un éxito completo en este proyecto. Para empezar, a menudo siguieron siendo generalistas eclécticos que planteaban cuestiones grandiosas sobre temas tales como el determinismo medioambiental, la relación social con la naturaleza, la influencia de la geografía en la historia, etcétera, en un ambiente académico cada vez más dominado por la experiencia profesional analítica. Además, al rechazar el materialismo histórico como marco de referencia básico, carecían de métodos para alcanzar una síntesis y superar los innumerables dualismos dentro de su materia, entre, por ejemplo, la geografía física y humana, la especialización regional y los estudios sistemáticos de la variación planetaria, las perspectivas exclusivas y las genéricas, los conocimientos

cuantitativos y cualitativos. Las instituciones dominantes en la disciplina (tales como la Royal Geographical Society) estaban más interesadas por las prácticas de descubrimiento y subordinación de la naturaleza y las técnicas de gestión del imperio que por la creación de una disciplina académica coherente (Capel, 1981). En consecuencia, la geografía académica planteaba grandes cuestiones pero con demasiada frecuencia trivializaba las respuestas.

Ante las presiones externas y el desorden interno, la geografía ha tendido a fragmentarse en años recientes y a buscar la salvación en una profesionalización mucho más rígida de sus partes. Pero cuanto más éxito ha tenido en este sentido, más ha caído su método en un positivismo monolítico y dogmático y más fácilmente podían las partes ser absorbidas por una disciplina analítica afín (los geógrafos físicos por la geología, los teóricos de la localización por la economía, los teóricos de la elección espacial por la psicología, etcétera). De esa manera los geógrafos perdieron su razón de ser como sintetizadores del conocimiento en el aspecto espacial. Cuanto más se especializaban, además, más se distanciaban de los procesos de formación del conocimiento geográfico popular. Lo que en otro tiempo constituyó una importante reserva para el geógrafo cayó en manos de revistas populares y de productores de catálogos y folletos de viaje comerciales, películas, noticias y documentales televisivos. El no ayudar a formar conocimientos populares adecuados para enfrentarse a un mundo que experimenta una rápida integración geográfica, resultó un sorprendente abandono de su responsabilidad.

Atrapada entre la falta de identidad académica y de profundidad, por un lado, y una débil base popular, por el otro, la geografía académica no consiguió construir una posición de poder, prestigio y respetabilidad dentro de la división académica del trabajo. Su supervivencia dependía cada vez más del cultivo de técnicas muy especializadas (tales como la captación remota) o la producción de conocimientos especializados para intereses especiales poderosos. Las Administraciones públicas, las grandes empresas y el ejército proporcionaban una serie de nichos en los que los geógrafos podían avanzar convenientemente. La evolución académica de la disciplina está ahora amenazada por la total sumisión a los dictados de los poderosos intereses específicos.

Pero ser consciente de los hechos de la geografía siempre ha supuesto ejercer la responsabilidad con respecto a ellos (Buttimer, 1974; Herodoto, 1975; Peet, 1977; Sayer, 1981; Stoddart, 1981). Cómo se exprese la responsabilidad depende del contexto social y de la conciencia individual y colectiva de los geógrafos. Algunos, en nombre de la libertad y la objetividad académicas, han intentado elevar el estudio de la geografía a un plano de conocimiento universal, para crear una ciencia positivista situada por encima de cualquier interés mundano especial. Otros intentan confrontar directamente la relación entre el poder y el conocimiento, para crear an-



tídotos a lo que consideran conocimientos geográficos sesgados, y de esa manera abogan por las aspiraciones legítimas de los pueblos indígenas o de los grupos oprimidos. Y otros han luchado por ayudar a construir una ciencia materialista histórica de la historia humana en su aspecto geográfico, por crear un conocimiento que ayude a los pueblos, las clases y los grupos oprimidos a adquirir un mayor control sobre su propia historia y la capacidad de modelarla.

El descenso de credibilidad del positivismo a finales de la década de 1960 abrió el camino a los intentos de crear una tradición más directamente radical o marxista. Los geógrafos se enfrentaron a una mezcla peculiar de ventajas y desventajas. La geografía al estilo antiguo –global, sintética e interesada por las formas de vida y la reproducción social en diferentes medios sociales y naturales– se prestaba fácilmente a los enfoques materialistas históricos, pero estaba dominada por pensadores institucionales vinculados a la ideología del imperio o que servían activamente a los intereses nacionales. Un elemento radical acechaba a esta tradición bastante viciada. Reclus (1982) y Kropotkin (1898) reunieron el anarquismo y la geografía para expresar sus preocupaciones sociales comunes a finales del siglo XIX. Más recientemente, escritores como Owen Lattimore (1962) y Keith Buchanan (1970) han intentado no retratar el mundo desde el punto de vista de las superpotencias sino desde el de los pueblos indígenas (*From China Looking Outwards* es uno de los títulos típicos de Lattimore). La represión activa de tales pensadores, en especial durante la Guerra Fría y el mccarthysmo (Newman), condujo a muchos geógrafos progresistas posteriores a expresar sus preocupaciones sociales tras la supuesta neutralidad del «escudo positivista». El principal frente de batalla a finales de la década de 1960, por consiguiente, hacía referencia a si las preocupaciones sociales podían expresarse adecuadamente desde detrás de tal escudo o si éste era de hecho tan neutral como parecía a primera vista.

El empuje radical y marxista de la geografía a finales de esa década se concentró en la crítica de la ideología y la práctica imperantes en el positivismo que entonces era el rey supremo (Quaini, 1982), intentando penetrar el escudo positivista y descubrir las premisas ocultas y los sesgos de clase que se escondían en su interior. Cada vez más, consideraba el positivismo como una manifestación de la conciencia gestora burguesa proclive en el peor de los casos a la manipulación y el control de las personas como objetos, y capaz en el mejor de ellos de expresar una benevolencia paternalista. Atacó la función de los geógrafos en los esfuerzos imperialistas, en los procedimientos de planeamiento urbano y regional diseñados para facilitar el control social y la acumulación de capital, y puso de manifiesto el racismo, el sexismo, el etnocentrismo y el claro prejuicio político comunicados en muchos textos geográficos.

Pero los críticos también tenían que crear una práctica y un pensamiento geográficos con una nueva imagen. El marxismo (Peet, 1977; Quaini, 1982), el anarquismo

(Breitbart, 1979; Breitbart, 1981; Quaini, 1982), la defensa de causas (Corey, 1972), las «expediciones geográficas» (Bunge, 1977) y el humanismo (Ley y Samuels, 1978) se convirtieron en algunos de los puntos de atracción para quienes buscaban alternativas. Cada uno tenía entonces que identificar y conservar aquellas facetas de la geografía importantes para su proyecto. Las técnicas más prosaicas, como la confección de mapas, la codificación de información, y el análisis de inventarios de recursos, parecían recuperables si no inevitables para cualquier reconstitución de la práctica geográfica. El problema era liberarlas de su presentación puramente positivista e integrarlas en otro marco. Los geógrafos burgueses intentaban también desde hacía tiempo entender cómo modelan los distintos pueblos sus paisajes físicos y sociales reflejando de sus propias necesidades y aspiraciones. También habían demostrado que diferentes grupos sociales (niños, ancianos, clases sociales, culturas enteras) poseen formas específicas y a menudo incomparables de conocimiento geográfico, dependiendo de su experiencia, posición y tradiciones. Estas ideas también parecen recuperables como base para una nueva práctica geográfica. Los geógrafos históricos y culturales, en la medida en que tenían que prestar atención a los procesos de integración espacial, a la transformación regional y al cambio de las configuraciones geográficas a lo largo del tiempo, proporcionaban materias primas pertinentes.

Desde los titubeos y las búsquedas iniciales emergió una nueva agenda para la geografía, profundamente arraigada en la tradición pero original e imponente en cuanto a alcance, y estimulante aunque a menudo frustrante en su práctica. El estudio de la construcción y la transformación activas de los entornos materiales (tanto físicos como sociales) junto con la reflexión crítica sobre la producción y el uso del conocimiento geográfico en el contexto de dicha actividad, podrían convertirse en centro de interés, al tiempo que se prestó una creciente atención al proceso de *conversión* mediante el cual las personas (y los geógrafos) se transforman a sí mismas a través de la transformación de sus medios naturales y sociales. Para los humanistas, este proceso de transformación podía considerarse desde un punto de vista religioso o laico, a través de las lentes filosóficas de Heidegger y de Husserl. Los marxistas no tenían que mirar más allá de la caracterización que Marx dio del trabajo humano como proceso mediante el cual los seres humanos, actuando sobre el mundo externo y cambiándolo, cambiaban al mismo tiempo su propia naturaleza (Marx, 1967, p. 177). Los anarquistas podían apelar a Reclus, que argumentaba que «la humanidad es la naturaleza que adquiere conciencia y se responsabiliza de sí misma» (1982, vol. 1, p. 106). Los implicados activamente en la defensa de ideales podían sentirse parte integrante de los procesos de transformación social.

Si bien las cualidades comunes de la nueva agenda quedaban a menudo enmascaradas por amargas murmuraciones entre los participantes, no podía caber duda en cuanto al núcleo de interés común. Pero había problemas más profundos que inhi-



bían su ejecución y la amenazaban con una extinción precoz, aplastada bajo el abrumador silencio crítico de una reacción positivista. Los problemas son en parte externos a la profesión, producto de una condición social que no favorece la experimentación, la innovación y el debate intelectual sino que busca disciplinar a los académicos insubordinados y someterlos a intereses prácticos e inmediatos de corte más estricto, definidos por intereses especiales poderosos. Aunque los problemas son también internos, los defensores de la comunidad no pueden justificar una actitud de «bueno o malo para ésta» si la ventaja para una comunidad supone una pérdida para otra, de la misma forma que los ecologistas tampoco pueden proceder razonablemente olvidándose de las consecuencias de sus reivindicaciones para el empleo. Los humanistas, si quieren evitar la trampa del subjetivismo radical narcisista, necesitan una teoría más convincente que la agencia y la estructura para solucionar los macroproblemas del poder del dinero, la inflación y el desempleo. Los anarquistas, aunque sensibilizados con los problemas ecológicos y comunitarios, carecen de la teoría social necesaria para entender la dinámica del capitalismo en relación con el poder del Estado. Los marxistas están armados con una teoría convincente pero les resulta difícil afrontar las cuestiones ecológicas o un tema en el que sean de importancia primordial las actividades altamente diferenciadas de los individuos y los grupos sociales dentro de las particularidades del espacio y el lugar.

De lo que carecemos es de un contexto claro, un marco de referencia teórico y de un lenguaje capaces de captar simultáneamente los procesos globales que reestructuran la vida social, económica y política en la era contemporánea y las especificidades de lo que está ocurriendo a individuos, grupos, clases y comunidades en lugares particulares y momentos concretos. Quienes abandonaron la seguridad del escudo positivista rompieron el silencio político de la geografía y concedieron a la conciencia un juego más libre. Pero hablaban con muchas voces, generaron una verdadera cacofonía de mensajes opuestos, y no consiguieron definir un lenguaje común para manifestar preocupaciones comunes.

Entre la seguridad de un silencio positivista y el riesgo de desintegración nihilista se encuentra el tránsito a una geografía revitalizada, a una disciplina intelectual que pueda desempeñar una función vital, creativa y progresista en el modelado de las transformaciones sociales que nos acucian. Cómo negociar ese tránsito es *nuestro* dilema de *este* tiempo.

## La actual situación de la geografía

La geografía es demasiado importante para dejarla en manos de los geógrafos, pero es mucho más importante para abandonarla en manos de los generales, los po-

líticos y los gerentes empresariales. Las nociones de geografía «aplicada» y geografía «pertinente» plantean cuestiones de los objetivos e intereses que sirven con las mismas. La venta de nosotros mismos y de la geografía que *nosotros* hacemos a las grandes empresas supone participar directamente en la fabricación de *su* tipo de geografía, esto es, un paisaje humano hendido por la desigualdad social y en el que bullen las tensiones geopolíticas. La venta de nuestras personas al Estado es una empresa más ambigua, perdida en la ciénaga de un mítico «interés público» en un mundo de desequilibrios de poder crónicos y reivindicaciones opuestas. Los privados del derecho de representación (y eso nos incluye a la mayoría en lo que se refiere a los tipos de interés, la estrategia nuclear, las operaciones encubiertas y la estrategia geopolítica) debemos hacernos oír mediante el tipo de geografía que hacemos, sin importar lo impopular que esa voz sea en los pasillos del poder o entre quienes controlan las cuerdas de nuestro monedero. La geografía es algo más que la producción de conocimientos y personal para ser vendidos como mercancías al mejor postor.

La geografía que hacemos debe de ser una geografía de los pueblos, no basada en universalismos piadosos, ideales, y buenas intenciones, sino una empresa más prosaica que refleje intereses y reivindicaciones concretos, que se enfrente a las ideologías y al prejuicio tal y como son, que refleje fielmente el complejo tejido de competencia, lucha y cooperación que se da en los cambiantes paisajes sociales y físicos del siglo XX. El mundo no debe ser descrito, analizado y entendido como nos gustaría que fuera sino como realmente es, manifestación material de las esperanzas y los temores humanos mediados por procesos de reproducción social poderosos y opuestos.

Dicha geografía de los pueblos debe tener una base popular, estar cosida en el tejido de la vida diaria con profundas raíces en los manantiales de la conciencia popular. Pero debe también abrir canales de comunicación, socavar las visiones particularistas del mundo, y afrontar o subvertir el poder de las clases dominantes o del Estado. Debe penetrar las barreras a los conocimientos comunes identificando la base material de los intereses comunes. En caso de que dicha base material no exista, debe reconocerlo francamente y articular el conflicto de derechos iguales y opuestos que fluye de los mismos. En la medida en que los derechos opuestos se resuelven mediante pruebas de fortaleza entre las partes contendientes, también la fuerza intelectual de nuestra disciplina es un arma poderosa y debe desplegarse conscientemente como tal, incluso a expensas de interiorizar en la propia disciplina ideas opuestas de qué está bien. Los estudios geográficos que realizamos forman necesariamente parte de ese complejo de procesos sociales en conflicto que dan lugar a nuevos paisajes geográficos.

Los geógrafos no pueden mantenerse neutrales, pero pueden avanzar hacia el rigor científico, la integridad y la honradez. La diferencia entre ambos compromisos es fácil de entender. Hay muchas ventanas desde las cuales ver el mismo mundo, pero la integridad científica exige que registremos y analicemos fielmente lo que ve-



mos desde cualquiera de ellas. El punto de vista de China mirando hacia fuera o de las clases bajas mirando hacia arriba es muy distinto del que se tiene desde el Pentágono o desde Wall Street. Pero cada punto de vista puede representarse en un marco de discurso común, sometido a la evaluación de la integridad y la credibilidad internas. Sólo de esta manera podemos eliminar las múltiples máscaras de falso conflicto y exponer la estructura real de los derechos y las reivindicaciones opuestos. Sólo de esta manera podemos también asegurarnos de que la geografía que hacemos se usa adecuadamente en las luchas de nuestro tiempo.

La tarea intelectual en geografía es, por consiguiente, la construcción de un lenguaje común, de marcos de referencia e interpretaciones teóricas comunes, dentro de los cuales los derechos y las reivindicaciones en conflicto puedan representarse adecuadamente. El positivismo reduce sus propias virtudes de materialismo objetivo mediante espurias reivindicaciones de neutralidad. El materialismo histórico, aunque adecuado, se mantiene con demasiada frecuencia cautivo de las rigideces de alguna ortodoxia política que opaca las ventanas al mundo y sustituye el materialismo objetivo y persistente por una fantasía política concebida subjetivamente. Bajo tales condiciones, la construcción de un discurso común para describir y teorizar se convierte en una tarea difícil.

Pero la propia naturaleza del bagaje intelectual acumulado estos años pasados hace que las contribuciones de los geógrafos sean potencialmente cruciales. Por ejemplo, la inserción de los conceptos de espacio, lugar, sitio y medio en cualquier teoría social tiene un efecto anestesiante sobre las propuestas fundamentales de esa teoría. Los microeconomistas que trabajan con la competencia perfecta sólo encuentran monopolio espacial, los macroeconomistas encuentran tantas economías como bancos centrales y un peculiar flujo de relaciones de intercambio entre ellas, y los marxistas que buscan relaciones de clase encuentran barrios, comunidades y naciones. Marx, Marshall, Weber y Durkheim tienen algo en común: dan prioridad al tiempo sobre el espacio y, en los casos en que llegan a ocuparse de éste, tienden a considerarlo como el ámbito o el contexto aproblemático de la acción histórica. Siempre que los teóricos sociales de cualquier tendencia se interrogan activamente sobre el significado de las categorías y las relaciones geográficas, se ven forzados a hacer tantos ajustes *ad hoc* a su teoría que ésta cae en la incoherencia, o bien a abandonar su teoría a favor de un lenguaje derivado de la pura geometría. La inserción de los conceptos espaciales en la teoría social no se ha alcanzado con éxito, pero la teoría social que no tiene en cuenta las materialidades de las configuraciones, las relaciones y los procesos geográficos reales carece de validez (Giddens, 1981; Gregory y Urry, 1984).

Existe entonces la tentación de abandonar la teoría, retirarse a las supuestas particularidades del lugar y el momento, recurrir al empirismo ingenuo y producir tantas teorías *ad hoc* como casos particulares, lo cual propicia la descomposición de todas las pers-

pectivas de comunicación excepto las preservadas por las convenciones del lenguaje común. Las ambigüedades de éste se enmascaran de teoría, y la propia teoría se pierde en una ciénaga de significados ambiguos. La ambigüedad puede ser preferible a una ortodoxia rígida e intransigente, pero no es la base de la ciencia. Apartarse de la teoría explícita es apartarse del reto de efectuar intervenciones conscientes y creativas en la construcción de las geografías futuras. La intersección entre geografía y teoría social es, por consiguiente, uno de los puntos culminantes y cruciales para la cristalización de nuevas concepciones del mundo y nuevas posibilidades de intervención activa.

Las implicaciones políticas de solucionar tales dilemas reales y fuertemente cargados entre la geografía y la teoría social son legión. Considérese, por ejemplo, el choque entre las perspectivas anarquista y marxista, tanto políticamente como dentro de la historia de la geografía. A Reclus y a Kropotkin, ambos geógrafos, les impresionaba la notable diversidad de la vida, la cultura, la comunidad y el entorno que sus estudios geográficos revelaban. Ambos respetaban esa diversidad e intentaron preservarla mediante un proyecto político que ligara a los pueblos de la Tierra en una enorme federación de comunidades autónomas autogobernadas. Esto implicaba una visión fuertemente descentralizada y profundamente geográfica de cómo debería ser una sociedad alternativa y ha ayudado a alimentar una tradición política preocupada por la autogestión de los trabajadores, el control de la comunidad, la sensibilidad ecológica y el respeto por el individuo. ¿Es accidental que el impulso radical de la geografía del siglo XIX se expresara mediante el anarquismo y no mediante el marxismo? La sensibilidad a las cuestiones de lugar, ecología, medio y particularidades geográficas sigue haciendo atractiva la visión anarquista. Pero dicha visión es gravemente defectuosa por carecer de una teoría convincente sobre la dinámica del capitalismo. Reclus (1982) reconoció en su última obra que la intrigante variedad geográfica por la que sentía tanto respeto había sido barrida, aplastada bajo el talón homogeneizador de la circulación y la acumulación del capital. La universalidad de esa experiencia exige una respuesta política global nacida de interpretaciones universales de la dinámica del capitalismo más convincentes que las elaboradas por Reclus. Su visión política y su contribución intelectual están debilitadas por esta ausencia crucial.

Marx, por su parte, ocupa el pináculo de la fuerza teórica social a costa de excluir la variación geográfica, por considerarla una «complicación innecesaria» (1967, vol. 2, p. 470; véase también el capítulo 13). Desde esa altura puede proclamar una política de lucha de clases universal basada en la conciencia y en la solidaridad proletarias universales. Ciertamente, Marx admite con frecuencia en su teoría y en su práctica la importancia del espacio y del lugar (la oposición entre los intereses de la clase trabajadora inglesa y la irlandesa es análoga a las oposiciones que aparecen en su obra teórica entre la ciudad y el campo, las transformaciones internas y externas, y otras similares). Pero nada de esto se integra profundamente en unas formulaciones teóricas potentes con respecto al



tiempo pero flojas en lo referente al espacio. Su visión política y su contribución teórica zozobran al no introducir en su pensamiento una dimensión sistemática y específicamente geográfica. Éste fue el «error» que Lenin y los teóricos del imperialismo intentaron rectificar. Abrieron la posibilidad de introducir en la tradición marxista una retórica alternativa en la que los centros explotan a las periferias, el Primer Mundo subyuga al Tercero y las potencias capitalistas compiten por el dominio del espacio protegido (mercados, fuerza de trabajo, materias primas). Los pueblos de un lugar explotan a los de otro y luchan contra ellos. Las concesiones *ad hoc* a la estructura espacial provocan redefiniciones de la explotación que coexisten incómodamente con la opinión manifestada por Marx de que existe una dinámica capitalista impulsada por la explotación de una clase por otra. Los cimientos teóricos del marxismo-leninismo se vuelven por consiguiente ambiguos, haciendo estallar salvajes disputas sobre el derecho a la autodeterminación nacional, la cuestión nacional, las perspectivas del socialismo en un solo país, la importancia de la descentralización geográfica en la práctica política (Davis, 1978; Harvey; 1983; Lenin, 1963; Luxemburg, 1976).

La división entre anarquistas y marxistas (o las divisiones en este segundo campo) no sólo se basan en sus respectivos enfoques de las cuestiones geográficas. Pero a los marxistas, aunque proclaman en principio la importancia del desarrollo geográfico desigual, les resulta difícil integrar el espacio o desarrollar una sensibilidad hacia el lugar y el medio en unas teorías sociales por lo demás potentes. En la bibliografía anarquista abunda dicha sensibilidad, pero falla por la falta de coherencia teórica o política. Todo lo cual provoca la idea intrigante aunque un tanto ociosa de cómo sería el mundo político e intelectual si Marx hubiera sido mejor geógrafo y los anarquistas mejores teóricos sociales. Esa cuestión retórica subraya la importancia política contemporánea de establecer un proyecto teórico dedicado a unificar las sensibilidades y las interpretaciones geográficas con la fuerza de las teorías sociales generales formuladas en la tradición del materialismo histórico. Tal proyecto teórico es algo más que un complicado ejercicio académico. Es fundamental para pensar sobre las perspectivas de la transición al socialismo.

## Manifiesto materialista histórico

Las tareas a las que nos enfrentamos pueden ahora definirse con mayor claridad. Debemos:

1. Construir una geografía popular, libre de prejuicio pero que refleje los conflictos y las contradicciones reales, capaz también de abrir nuevos canales de comunicación y de interpretación común.

2. Crear una geografía de los pueblos aplicada, que no esté en deuda con intereses rígidos o intereses especiales poderosos, sino de concepción ampliamente democrática.
3. Aceptar un doble compromiso metodológico con la integridad científica y la no neutralidad.
4. Integrar las sensibilidades geográficas en las teorías sociales generales que emanan de la tradición materialista histórica.
5. Definir un proyecto político que considere la transición del capitalismo al socialismo en términos histórico-geográficos.

Tenemos la posibilidad mediante nuestros esfuerzos colectivos como geógrafos de ayudar a crear nuestra historia y nuestra geografía. Es obvio que no podemos hacerlo bajo circunstancias históricas y geográficas escogidas por nosotros. En parte nuestra función es explorar los límites impuestos por el peso muerto de una geografía existente y una historia ya alcanzada, pero debemos definir, además, una visión rectora radical: que explore los ámbitos de la libertad más allá de la necesidad material, que abra el camino a la creación de nuevas formas de sociedad en las que la gente común tenga el poder de crear su propia geografía y su propia historia a imagen de la libertad y el respeto mutuo de intereses opuestos. Sólo hay otro curso, si mi análisis sobre la trayectoria del capitalismo contemporáneo es correcto (Harvey, 1983), y es el de sostener la geografía actual, basada en la opresión de clase, el dominio del Estado, la privación material innecesaria, la guerra y la negación humana.



# 7 Capitalismo: la fábrica de la fragmentación*

El impulso de la acumulación de capital es el motivo central en el relato de la transformación histórica y geográfica del mundo occidental en tiempos recientes, y parece destinado a engullir a todo el mundo en el siglo XXI. Durante los pasados 300 años ha sido la fuerza fundamental en la remodelación de la política, la economía y el medio ambiente mundiales. Este proceso de usar el dinero para hacer más dinero no es el único en funcionamiento, por supuesto, pero resulta difícil encontrarles sentido a los cambios sociales de estos pasados 300 años sin observarlo muy de cerca.

El materialismo histórico contemporáneo intenta aislar los procesos fundamentales de acumulación de capital que generan el cambio social, económico y político y, mediante un estudio cuidadoso de los mismos, entender los porqués y los cómo de tales cambios. Presta atención especialmente a los *procesos,* más que a cosas y acontecimientos. Se parece un poco a ver a un alfarero utilizando una rueda: el proceso puede ser fácil de describir, pero los resultados pueden ser infinitamente variados en forma y tamaño.

Sin embargo, decir que se está dando un proceso sencillo no quiere decir que todo acabe pareciendo exactamente lo mismo, que los acontecimientos sean fácilmente predecibles o que todo se pueda explicar haciendo exclusivamente referencia a él. El impulso de acumulación de capital ha ayudado a crear ciudades tan diversas como Los Angeles, Edmonton, Atlanta y Boston, y transformado casi más allá de todo reconocimiento (aunque de maneras muy diferentes) ciudades antiguas como Atenas, Roma, París y Londres. Ha conducido igualmente a una búsqueda incansable de nuevas líneas de productos, nuevas tecnologías, nuevos estilos de vida, nuevas formas de trasladarse, nuevos lugares que colonizar; una infinita variedad de estrategias que reflejan un ili-

* Publicado por primera vez en *New Perspectives Quarterly*, 1992.

mitado ingenio humano para encontrar nuevas formas de obtener beneficio. El capitalismo, en resumen, siempre ha prosperado con la producción de diferencia.

Las normas que rigen el juego de la acumulación de capital son, sin embargo, relativamente sencillas y conocibles. El capitalismo trata siempre del crecimiento, sin importar las consecuencias ecológicas, sociológicas o geopolíticas (de hecho, definimos las «crisis» como bajo crecimiento); siempre se relaciona con cambios tecnológicos y de estilo de vida (el «progreso» es inevitable); y siempre es conflictivo (abundan las luchas de clase y de otro tipo).

Ante todo, el capitalismo genera mucha inseguridad: siempre es inestable y tendente a las crisis. La historia de la formación y resolución de las crisis capitalistas es, sostengo, fundamental para entender nuestra historia. Entender las reglas de la acumulación de capital nos ayuda a comprender por qué nuestra historia y nuestra geografía adoptan las formas que adoptan.

## La veneración de los fragmentos

En *The Condition of Postmodernity* intenté aplicar estas ideas para explicar los cambios recientes experimentados en la economía y la cultura del mundo capitalista avanzado. Señalé que el pensamiento posmoderno tendía a negar todo lo sistemático o general en la historia, y a mezclar imágenes e ideas como si los criterios de coherencia no importaran: hacía hincapié en la separación, la fragmentación, lo efímero, la diferencia y lo que ahora se denomina a menudo la «otredad» (término extraño que se usa principalmente para indicar que no tengo derecho a hablar *en nombre de,* o quizá ni siquiera *sobre* otros, o que cuando hablo sobre ellos los «interpreto» a mi propia imagen).

Además, algunos teóricos posmodernos sostenían que el mundo no era conocible porque no había manera segura de establecer la verdad, y que meramente fingir que conocemos una versión de «verdad universal» o, peor aún, aferrarnos a una de esas versiones, sienta las bases para los gulags, los holocaustos y otros desastres sociales. Lo mejor que podemos desear, decían, es dejar que las cosas florezcan a sus modos múltiples y diferentes, buscar alianzas cuando sea posible, pero evitar siempre hacer proselitismo sobre supuestas soluciones universales o fingir que existen verdades generales y conocibles. Este tipo de pensamiento penetró en la arquitectura, las artes, la cultura popular, los nuevos estilos de vida y las políticas de género.

Ciertamente, esto aporta muchos elementos refrescantes, en especial el hincapié en la heterogeneidad, la diversidad, los múltiples intereses superpuestos de género, clase, ecología y demás. Pero yo no veo por qué el tipo de heterogeneidad que el posmodernismo celebra sea de manera alguna incongruente con el pensamiento de que el mundo es conocible mediante la apreciación, pongamos, de los procesos



de acumulación de capital, que no sólo prosperan con la diferencia y la heterogeneidad sociales, sino que las producen activamente.

## El fénix posmoderno

Dado que este cambio de sensibilidad cultural se produjo paralelamente a cambios muy radicales en la organización del capitalismo tras la crisis de 1973-1975, parecía incluso verosímil sostener que el posmodernismo era en sí producto del proceso de acumulación de capital.

Después de 1973, por ejemplo, vemos que la política de la clase trabajadora pasó a la defensiva a medida que crecían el desempleo y la inseguridad en el trabajo, disminuía el crecimiento económico, se estancaban los salarios reales y se imponían todo tipo de sustitutos a la verdadera actividad productiva para compensar una oleada tras otra de desindustrialización. La obsesión por las fusiones, las orgías crediticias y todos los demás excesos de la década de 1980, que ahora estamos pagando, eran la única actividad vital en un momento de desmantelamiento gradual del Estado del bienestar y de ascenso del *laissez-faire* y de políticas muy conservadoras. Una fuerte interpelación al individualismo, a la codicia y al espíritu empresarial caracterizó los años de Reagan y Thatcher. Además, la crisis de 1973 puso en movimiento una frenética búsqueda de nuevos productos, nuevas tecnologías, nuevos estilos de vida y nuevos dispositivos culturales que pudieran dar un beneficio. Y esos años contemplaron también una reorganización radical de las relaciones de poder internacionales, porque Europa y Japón se enfrentaron al poder dominante de Estados Unidos en los mercados económicos y financieros.

Este cambio general del viejo modelo de acumulación de capital a uno nuevo, yo lo denomino el cambio del fordismo (la cadena de montaje de producción en masa, la organización política de masas y las intervenciones del Estado del bienestar) a la acumulación flexible (la búsqueda de mercados especializados, la descentralización unida a la dispersión espacial de la producción, la retirada del Estado-nación de las políticas intervencionistas unida a la liberalización y la privatización). Me parecía bastante verosímil sostener, por consiguiente, que el capitalismo, al experimentar esta transición, había producido las condiciones para el ascenso de los modos de pensar y funcionar posmodernos.

## La compresión del espaciotiempo

Pero siempre es peligroso considerar la simultaneidad como causalidad, así que me dispuse a buscar relaciones entre ambas tendencias. El eslabón que en mi opi-

nión funcionaba mejor era el existente entre el tiempo y el espacio. La acumulación de capital siempre ha estado relacionada con la aceleración (considérese la historia de las innovaciones tecnológicas en los procesos de producción, comercialización e intercambio de dinero) y con la revolución del transporte y de las comunicaciones (el ferrocarril y el telégrafo, la radio y el automóvil, el transporte de reacción y las telecomunicaciones), que tienen el efecto de reducir las barreras espaciales.

La experiencia del espacio y del tiempo se ha transformado periódicamente de manera radical. Vemos un ejemplo particularmente convincente de este tipo de transformación radical en torno a 1970: el impacto de las telecomunicaciones, el transporte de mercancías por avión, el uso de contenedores para el transporte por carretera, ferrocarril y barco, el desarrollo de los mercados de futuros, la banca electrónica y los sistemas de producción informatizados. Recientemente hemos atravesado una fase fuerte de lo que yo denomino «compresión del espaciotiempo»: de repente el mundo parece mucho más pequeño, y los horizontes temporales en los que podemos pensar acerca de la acción social se acortan mucho.

La percepción de lo que somos, a dónde pertenecemos y qué abarcan nuestras obligaciones –en resumen, nuestra *identidad*– se ve profundamente afectada por la percepción que tengamos de nuestra ubicación en el espacio y en el tiempo. En otras palabras, localizamos en general nuestra identidad en función del espacio (yo pertenezco a *aquí*) y del tiempo (ésta es *mi biografía, mi historia*). Las crisis de identidad (cuál es mi lugar en el mundo, qué futuro me espera) derivan de fuertes fases de compresión del espaciotiempo. Además, considero verosímil sostener que la fase más reciente ha sacudido tanto nuestra percepción de quiénes y qué somos que tenía que verificarse una crisis de representación en general, una crisis que en el mundo contemporáneo se manifiesta principalmente por los modos de pensar posmodernos.

La aceptación de lo efímero como cualidad deseada de la producción cultural, por ejemplo, se corresponde con los cambios rápidos en la moda y en los diseños y técnicas de producción que evolucionaron como parte de la respuesta a la crisis de acumulación que se desarrolló después de 1973.

Es interesante, cuando contemplamos otras fases de rápida compresión espaciotiempo –el periodo posterior a 1848 en Europa y el periodo inmediatamente anterior y durante la Primera Guerra Mundial, por ejemplo– hallamos fases similares de cambio rápido en las artes y en las actividades culturales. De esto concluyo que es posible llegar a una interpretación *general* del ascenso de la posmodernidad y su relación con la nueva experiencia del espacio y del tiempo producida por las nuevas formas de acumulación de capital.

Pero, igualmente, quiero introducir una advertencia: esto no quiere decir que todo sea sencillamente determinista; lo repito, el capitalismo produce heterogeneidad y diferencia y prospera con ellas, aunque sólo dentro de ciertos límites.



## Los mercados especializados

No hay nada en el posmodernismo en general que inhiba un nuevo desarrollo de la acumulación de capital. De hecho, el giro posmoderno ha resultado un vehículo perfecto para el desarrollo de nuevos campos y formas de obtener beneficios.

La fragmentación y la efimeralidad, por ejemplo, abren abundantes oportunidades para explorar mercados especializados, rápidamente cambiantes, para nuevos productos. Pero esto no significa que se haya producido una inversión radical de la visión materialista histórica de la realidad, una inversión en la que la cultura, en lugar de la economía, se haya convertido en la fuerza rectora de la historia. Pienso que tal punto de vista malinterpreta más que falsea lo que ocurre.

Marx sostenía que cualquier producción requiere un ejercicio previo de imaginación humana; se trata siempre de movilizar los deseos, las intenciones y los propósitos humanos para un fin determinado. El problema bajo el capitalismo industrial es que a la mayoría se le niega el acceso a dicho proceso: unos pocos escogidos efectúan los procesos de imaginación y diseño, toman todas las decisiones y establecen las tecnologías que regulan las acciones del trabajador, de forma que a la masa de la población se le niega el juego pleno de la creatividad humana.

Se trata de una situación profundamente alienante, y buena parte de la historia recoge intentos de responder a esta alienación. Los ricos y los privilegiados, que tampoco están enamorados del industrialismo, contrarrestaron la alienación desarrollando un campo de *cultura* específico –piénsese en el romanticismo y en el cultivo de los placeres y los valores estéticos– como una especie de zona protegida para las actividades creativas situadas fuera del craso materialismo del capitalismo industrial.

De la misma forma, los trabajadores desarrollaron sus propios placeres creativos cuando podían: la caza, la jardinería, el arreglo de coches. Estas actividades, que se daban bajo el nombre general de «cultura», baja o elevada, no eran tanto superestructurales como una compensación por lo que el capitalismo industrial negaba a la masa de la población en el lugar de trabajo.

Con el tiempo, esos placeres compensatorios se han visto gradualmente absorbidos por los procesos de acumulación de capital, y se han convertido en nuevas esferas para obtener beneficio. A medida que el capitalismo industrial se volvía menos rentable, al menos en Estados Unidos y Reino Unido, estas nuevas esferas de rentabilidad adquirían mucha más importancia, en especial después de 1945 e incluso más aún tras la crisis de 1973-1975.

Existe, por consiguiente, la percepción de que la cultura ya no arrastra otras formas de actividad económica sino que se ha trasladado a la vanguardia, no como zona protegida de actividad no económica, sin embargo, sino como campo de feroz

competencia para la obtención de beneficios. La acumulación de nichos de mercado, de preferencias diversas y la promoción de estilos de vida nuevos y heterogéneos se producen dentro de la órbita de la acumulación de capital.

Ésta, sin embargo, ha tenido el efecto de acabar con las distinciones entre cultura elevada y baja –comercializa la estética– al mismo tiempo que ha prosperado, como siempre hace, con la producción de diversidad, heterogeneidad y diferencia. Lo que en general consideramos «cultura» se ha convertido en campo primordial de la actividad empresarial y capitalista.

## Por la puerta posmoderna

Probablemente parezca que hasta ahora he presentado una imagen muy pesimista, en la que la acumulación de capital, el materialismo del mercado y la avaricia empresarial dirigen el cotarro. Permítaseme ahora observar las oportunidades y los peligros adjuntos a esta situación posmoderna.

Observo, en primer lugar, que el capitalismo no ha resuelto su tendencia a las crisis y que la acumulación de capital, el crecimiento económico y el desarrollo sostenible en el futuro predecible son, en todo caso, más remotos ahora que hace veinte años. Cuando la irracionalidad fundamental del capitalismo queda a la vista de todos –como en la actual depresión que se experimenta en ambos lados del Atlántico– se establecen condiciones en las que es necesario tomar una nueva dirección (aunque sólo sea sacando del poder al partido gobernante). En segundo lugar, la frenética promoción de la heterogeneidad cultural y de la diferencia en los pasados veinte años ha abierto todo tipo de nuevos espacios para la exploración de diferentes estilos de vida, diferentes preferencias y un debate más generalizado sobre las potencialidades humanas y sus fuentes de frustración. Éste es el lado positivo de buena parte de lo que el posmodernismo representa: produce aperturas para la crítica a los valores dominantes, incluidos aquellos directamente unidos a las normas de la acumulación de capital, y por consiguiente todo tipo de oportunidades para la política radical. El corolario es que la política radical contemporánea está tan relacionada con la cultura como con los tradicionales problemas de lucha de clases en la producción.

Pero a este respecto encontramos tantos peligros como oportunidades. La crisis de identidad provocada por la compresión del espaciotiempo puede conducir a la aceptación de doctrinas religiosas excluyentes (la promesa de eternidad en un mundo en rápido cambio) o prácticas territoriales excluyentes (mantener la seguridad y la posición de la casa, la localidad, la nación frente a las presiones externas e internacionales). El ascenso de los sentimientos fascistas y excluyentes en toda Europa y



el avance de la campaña de Buchanan en Estados Unidos proporcionan buenos ejemplos. La negativa a aceptar que hay procesos básicos en funcionamiento y que se pueden establecer verdades conocibles puede conducir con demasiada facilidad a la política de esconder la cabeza bajo la arena («mantendré mis propios intereses políticos y al infierno los demás»).

El fetichismo de la imagen a expensas de cualquier preocupación por la realidad social de la vida diaria puede desviar nuestra mirada, nuestra política, nuestras sensibilidades del mundo de la experiencia material, para acercarlas a redes de representaciones aparentemente infinitas e intrincadas. Y si bien es cierto que lo «personal es político», no tenemos que ir mucho más allá de la actual campaña presidencial para ver cómo se puede abusar de dicho principio. Sobre todo, la promoción de las actividades culturales como campo primordial de la acumulación de capital promueve una forma mercantilizada y empacada de estética a expensas de la preocupación por la ética, la justicia social, la equidad y las cuestiones locales e internacionales de explotación tanto de la naturaleza como de la naturaleza humana.

De esa forma, la posmodernidad abre una puerta a la política radical pero en su mayor parte se ha negado a atravesarla. Para pasar a una crítica profundamente radical del capitalismo contemporáneo, que claramente languidece no sólo desde el punto de vista económico sino también cultural y espiritual, tenemos que afrontar los procesos fundamentales de la acumulación de capital que tan radicalmente influyen en nuestra vida. El capitalismo transforma la faz de la Tierra a un ritmo cada vez más acelerado desde hace 200 años. No es posible mantener esa trayectoria otros 200 años más. Alguien, en alguna parte, tiene que pensar qué tipo de sistema social debería sustituirlo. No parece haber más alternativa que construir un tipo de política socialista que tenga como lema fundamental una pregunta: ¿cómo podría ser la vida si ya no dominara la acumulación de capital? La pregunta merece la firme atención de todos.

# 8

# Una vista desde Federal Hill*

*Y ocultan el rostro, / y ocultan los ojos,*
*porque la ciudad se muere / y no saben por qué;*
*¡Oh Baltimore! / Tío, el mero vivir es difícil,*
*el mero vivir.*
Randy Newman

Se ha dicho que el centro de una ciudad es un gran libro del tiempo y de la historia. La vista de Baltimore desde Federal Hill (*punto 1* en la Ilustración 8.1) es una impresionante introducción a dicho libro y transmite una poderosa imagen sobre qué es la ciudad. Pero tenemos que aprender a leer todos los signos del paisaje.

En una ciudad destacan ciertas cosas. Una ciudad medieval europea señala de inmediato que la religión y la aristocracia fueron las principales fuentes de poder por la forma en que dominan las catedrales y los castillos. Estados Unidos luchó duramente y por mucho tiempo para liberarse del privilegio aristocrático, pero el perfil del centro de Baltimore dice que la aristocracia financiera está viva y en buen estado. Mirando la ciudad desde Federal Hill, bancos e instituciones financieras destacan sobre todo lo demás, proclamando con cristal, ladrillo y acero que sostienen las riendas del poder.

El Federal Building *(punto 2),* enterrado en medio de todas estas instituciones financieras, señala un sistema de gobernación que es, como en una ocasión dijo Mark Twain, «lo mejor que se puede comprar con dinero». El Ayuntamiento *(punto 3),* por atractivo y clásico que resulte, no está situado en un lugar céntrico ni es suficientemente llamativo como para sugerir que tenga una función algo más que marginal en determinar el destino de la ciudad. En cuanto a las iglesias, sólo las ve-

* Publicado por primera vez en *The Baltimore Book. New Views on Urban History,* 1992.



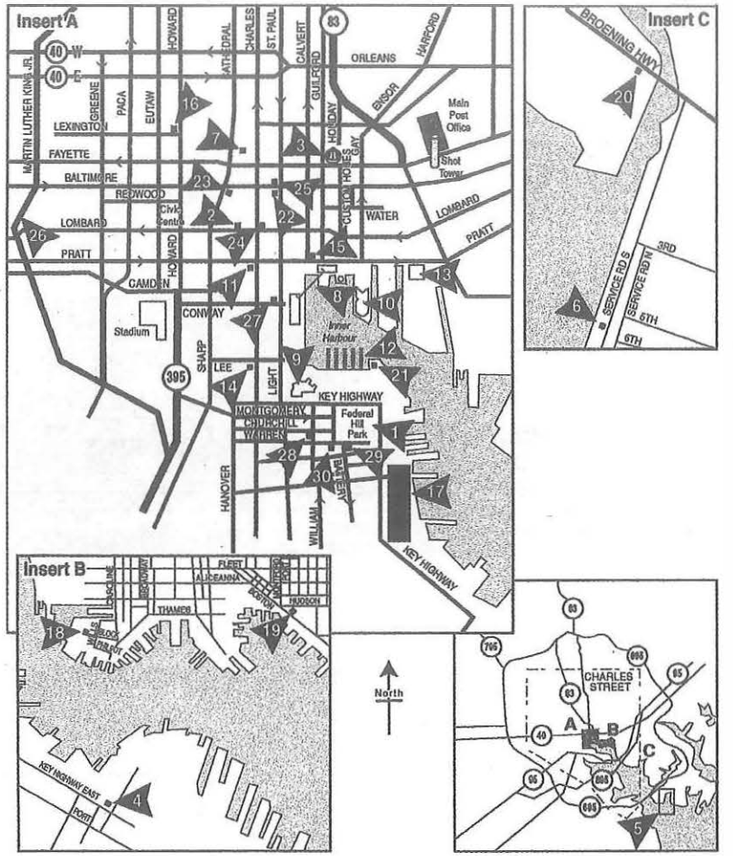



*Ilustración 8.1. Plano de la ciudad de Baltimore*

La *cursiva* indica un edificio o una función original, la ***cursiva negrita*** indica que el edificio original no existe

1. Federal Hill
2. Federal Building
3. Ayuntamiento
4. Fábrica de Domino Sugar
5. Fábrica de Bethlehem Steel, Sparrows Point
6. Terminal Marítima de Dundalk
7. Charles Center
8. Pabellones de Harborplace
9. Maryland Science Center
10. National Aquarium
11. Centro de Convenciones
12. Marina del Inner Harbor
13. Central Eléctrica en Inner Harbor
14. Harbor Court
15. Gallería del Inner Harbor
16. *Hutzler's Palace*
17. *Astilleros de Bethlehem Steel*
18. ***Fábrica de Allied Chemical***
19. *American Can Company*
20. Fábrica de Western Electric
21. Rusty Scupper en Inner Harbor
22. Maryland National Bank
23. Mercantile Safe Deposit and Trust Company
24. First National Bank
25. *Merritt Commercial Savings and Loan,* ahora Citibank
26. Martin Luther King Boulevard
27. Hyatt Regency Hotel
28. Bloque de viviendas de 820 Churchill Place
29. *Shofer Furniture Warehouse;* llamado The Paper Mill por los promotores; ahora Federal Park Condominium
30. *Southern High School,* ahora Harbor View



*Ilustración 8.2. Puerto de Baltimore en la década de 1930. The Peale Museum, Baltimore.*

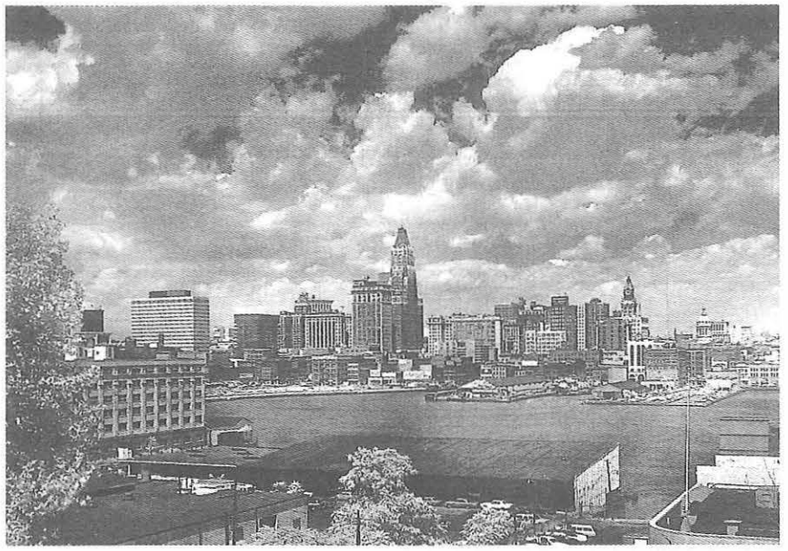


*Ilustración 8.3. Centro de la ciudad e Inner Harbor [Puerto Interior] desde Federal Hill, 1966. El edificio del Maryland National Bank domina el centro, ilustrando el poder y la autoridad de las instituciones financieras en comparación con las políticas, simbolizadas por el menos llamativo Federal Building a la izquierda, y la cúpula del Ayuntamiento a la derecha. The Peale Museum, Baltimore.*



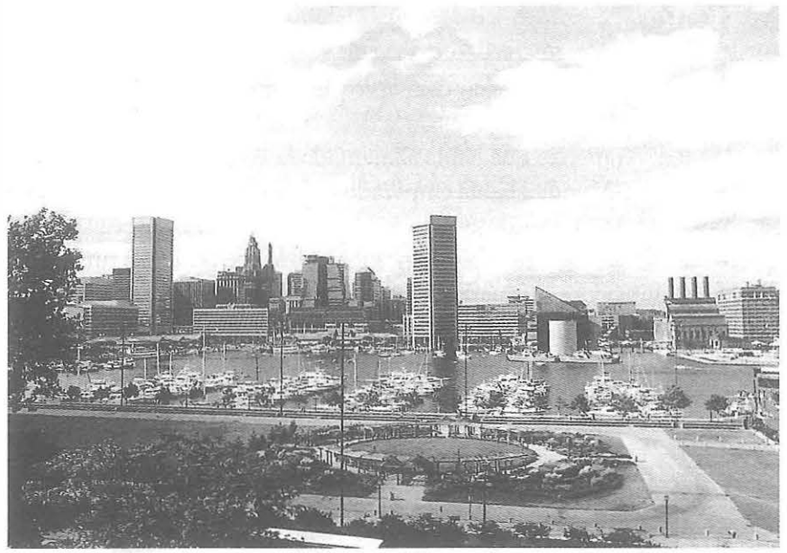


*Ilustración 8.4. Centro de la ciudad e Inner Harbor desde Federal Hill, 1988. El Federal Building y el Ayuntamiento se pierden en medio de la masa de edificios dedicados a funciones financieras y los pabellones de Harborplace, un centro de ocio y consumismo que se extiende al borde del Inner Harbor.*

mos si miramos las densas hileras de casas adosadas de etnias y clase trabajadora de Baltimore Este. Dios, parece, tiene significado para la clase trabajadora; la riqueza económica controla plenamente el centro de la ciudad.

La otra imagen que destaca es la importancia del agua, de la bahía de Chesapeake, que formó el cordón umbilical comercial de Baltimore con el mundo y se convirtió en nexo de buena parte de su ahora declinante industria fabril. Abundan los signos de estas relaciones: la fábrica de Domino Sugar *(punto 4),* ascensores para grano, la planta química, y los tanques de petróleo que bordean la bahía, a medida que ésta se abre desde Federal Hill hasta la planta de Behtlehem Steel en Sparrows Point *(punto 5),* y la Terminal Marítima de Dundalk *(punto 6),* todavía uno de los puertos de entrada más importantes de la Costa Este estadounidense.

Y tampoco es difícil imaginar que el Inner Harbor [Puerto Interior], ahora importante como atracción turística y parque de atracciones, fue en otro tiempo el principal puerto de entrada a la ciudad. De hecho, mantuvo esas funciones hasta poco después de la Segunda Guerra Mundial.

Aunque la vista desde Federal Hill dice mucho de la ciudad, no puede contarnos cómo se produjo lo que vemos. ¿Cómo se construyó Baltimore? ¿Quién decidió que se convirtiera en meca turística y no en ciudad industrial? ¿Por qué los edificios tienen el aspecto que tienen, y de qué tradiciones son monumento?

## Charles Center

La mayor parte del perfil urbano data aproximadamente de 1970, aunque un periodo transitorio procede de mediados de la década de 1950. Por entonces, el auge de la producción y del comercio que había alimentado la economía de Baltimore durante la Segunda Guerra Mundial había empezado a desvanecerse. Fuertes corrientes de suburbanización, tanto de la industria como de la población, en especial de los blancos más ricos, la inmigración de afroamericanos pobres de las zonas rurales del sur, y el cambio de las funciones portuarias a zonas de la bahía con aguas más profundas dejaron el centro de Baltimore y el núcleo urbano en estado lamentable.

La formación del Gran Comité de Baltimore (*Greater Baltimore Committee* – GBC), una asociación de líderes empresarios locales, en 1956 marcó un punto de

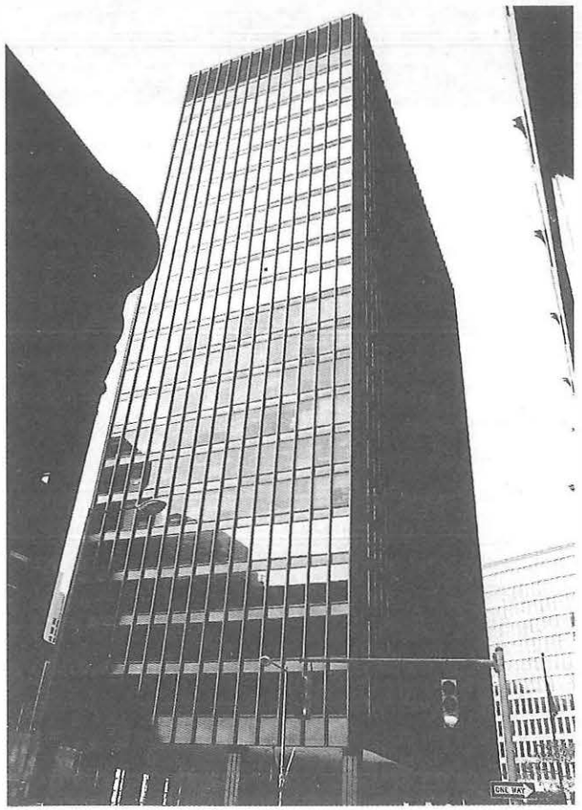



*Ilustración 8.5. Edificio de Mies van der Rohe, en otro tiempo Charles Center, elemento central de los primeros intentos de revitalización del centro de Baltimore, 1988.*



inflexión. El comité reconoció que el deterioro del centro de la ciudad hacía peligrar el futuro empresarial de ésta, y que era políticamente peligroso para cualquier elite gobernante abandonar el centro simbólico y político de la región metropolitana a una clase inferior de negros empobrecidos y blancos marginados.

El comité elaboró un plan de renovación urbana que reviviera el desarrollo inmobiliario y el poder empresarial en el núcleo del centro. Había disponibilidad de fondos federales para la renovación urbana, se convenció al alcalde Thomas D'Alesandro, y se creó la Greater Baltimore Committee/Charles Center Management Corporation para promover y organizar la renovación. Fue la primera de una sucesión de entidades semipúblicas, dominadas por intereses corporativos y empresariales y ajenas al control democrático, que acabarían modelando los esfuerzos de renovación del centro de la ciudad en los siguientes veinte años.

Tras un gasto público de casi 40 millones de dólares, que atrajo una inversión privada de 145 millones, el Charles Center (*punto 7* en la Ilustración 8.1) se había completado esencialmente a finales de la década de 1960. De diseño contemporáneo (su edificio Mies van der Rohe se considera un clásico), el Charles Center alberga a trabajadores administrativos y a instituciones financieras y gubernamentales en edificios modernos un tanto áridos y salpicados de desolados espacios públicos abiertos.

La ciudad, se argumentaba, recibiría dos beneficios principales de dicho desarrollo: el aumento del empleo ayudaría a su economía, y el aumento de la base imponible le proporcionaría más recursos para cubrir las necesidades de sus pobres. Por desgracia, desde el principio el Charles Center se concibió y construyó como un plan de desarrollo inmobiliario con beneficio directo para el capital corporativo y financiero. La ciudad en su conjunto se benefició muy poco de él. Buena parte de los nuevos puestos de trabajo generados en el centro urbano, en especial los trabajos cualificados y bien remunerados, iban a parar a los residentes de las urbanizaciones suburbanas. Los puestos creados para los residentes de la ciudad correspondían a trabajos temporales en la construcción o a trabajos mal remunerados en el sector servicios.

Además, el Charles Center estaba tan subvencionado que constituyó una sangría, más que un beneficio, para la base presupuestaria de la ciudad. Esto es especialmente aplicable antes de la reevaluación al alza de 1975, un año después de que se revelara que las evaluaciones fiscales del Charles Center eran más bajas de lo que habían sido antes de la remodelación.

## El Inner Harbor

Con la finalización del Charles Center a finales de la década de 1960, los agentes inmobiliarios y los directivos empresariales del centro de la ciudad dirigieron su atención




*Ilustración 8.6. Barcos turísticos, la Central Eléctrica reconvertida, y Scarlett Place, captados desde los pabellones de la remodelación del Inner Harbor.*

al Inner Harbor. Se hicieron planes de ampliar la urbanización hasta la decadente dársena de muelles marginados y almacenes en ruinas, signos del otrora significativo comercio fluvial de Baltimore que se había visto desplazado ahora por los camiones que recorrían la creciente red de autopistas construidas con subvenciones federales.

Hasta comienzos de la década de 1970, hubo pocos promotores para desarrollar esta zona. E hizo falta un cambio básico de orientación y filosofía para provocar esta fase de construcción nueva y más reciente.

Baltimore, como muchas ciudades en la década de 1960, fue sacudida por revueltas raciales y conflictos civiles. Concentrado en los abandonados y decadentes centros urbanos, este resquebrajamiento del orden civil se centró en la discriminación racial en el trabajo y en el mercado de la vivienda, el desempleo y la privación de derechos y el empobrecimiento de buena parte de la población afroamericana de



la ciudad. La inversión en el centro de la ciudad no parecía ni segura ni rentable. Los espectáculos urbanos que atraían a la población al centro eran las revueltas raciales, las manifestaciones contra la guerra y todo tipo de eventos contraculturales.

Las revueltas y los incendios provocados que destruyeron áreas de Gay Street y North Avenue tras el asesinato de Martin Luther King, Jr, en abril de 1968, dejaron seis muertos, unos 5.000 detenidos, enormes pérdidas materiales, y calles patrulladas por el ejército. En 1970, un enfrentamiento de un día entre jóvenes y la policía en el mercado de flores de la ciudad –un acontecimiento anual promovido por la elite de Baltimore desde 1911– indicaba que la ira era común entre los negros privados de derechos y los jóvenes blancos descontentos.

El 25 de octubre de 1973, un grupo de mujeres que representaba a la elite blanca colocó una placa en el Monumento a Washington para conmemorar el fin del mercado de las flores. En ese momento parecía un símbolo adecuado para la falta de confianza y el malestar social que inhibía cualquier inversión en el futuro de la ciudad. El clima empresarial del centro de Baltimore no podía haber sido menos propicio.

Éste fue precisamente el contexto en el que la ciudad buscó una forma de restaurar un sentimiento de orgullo cívico, una manera de unir a la ciudad en cuanto comunidad trabajadora, un modo de superar la mentalidad de asedio con la que inversores y ciudadanía contemplaban el núcleo urbano y los espacios del centro. La

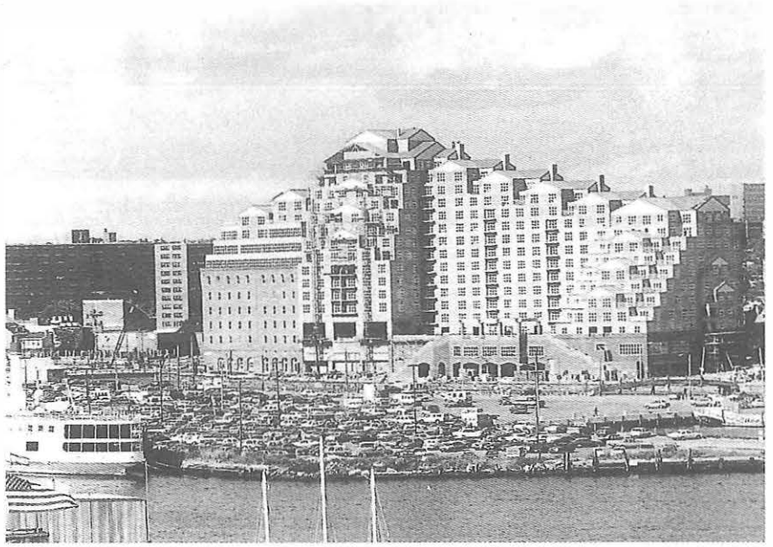


*Ilustración 8.7. El posmodernidad de Scarlett Place, con su almacén de grano conservado del siglo XIX en el extremo izquierdo y su intento de simular una aldea escalonada mediterránea, contrasta con la austera modernidad de Mies van der Rohe.*

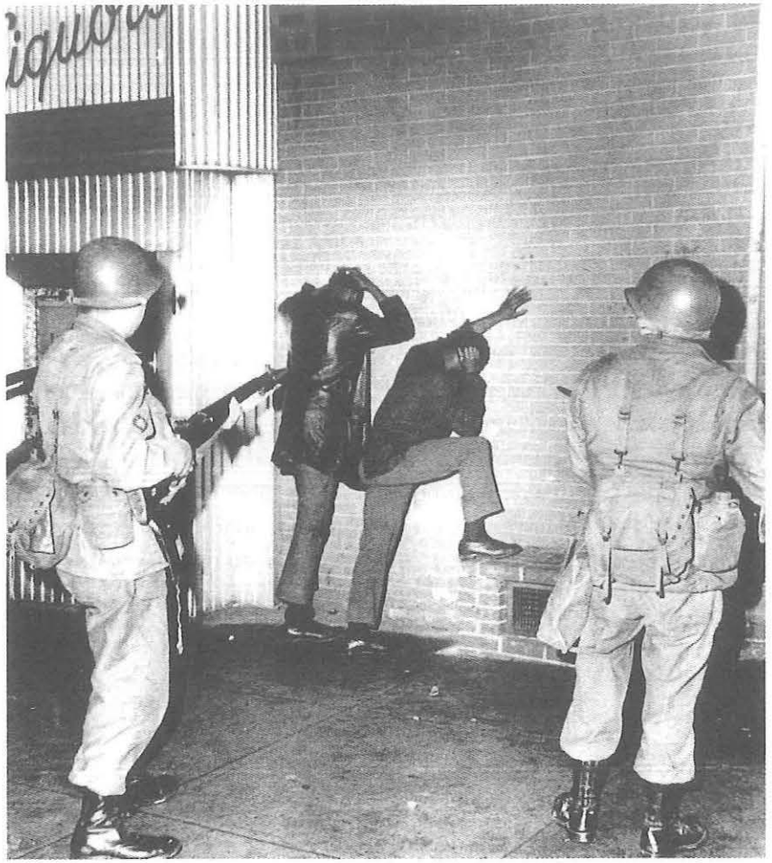


*Ilustración 8.8. Las revueltas de Baltimore en 1968, tras el asesinato del Dr. Martin Luther King, Jr., provocaron significativos daños materiales en varios barrios de la ciudad. Las revueltas sacaron a la luz de modo dramático las profundas tensiones raciales de la ciudad. Fue la primera vez desde la revueltas ferroviarias de 1877 que la Guardia Nacional fue llamada a Baltimore para imponer el poder estatal.* The Baltimore Sun, 1968.

coalición que se iba a formar era mucho más amplia que el Gran Comité de Baltimore. Incluía a líderes eclesiásticos y de los derechos civiles, preocupados por el hecho de que las revueltas generaran tanto dolor autoinfligido y por la reforma social para quienes participaban en las revueltas; académicos y profesionales, incluidos abogados residentes en el centro, conscientes de repente de las precarias condiciones en las que vivía la mayoría de la población de la ciudad; funcionarios municipales que durante mucho tiempo habían luchado por mejorar el sentimiento de comunidad; y directivos de las empresas radicadas en el centro, que veían sus inversiones amenazadas.



En este clima, empezó a tomar forma la idea de crear una feria urbana basada en las tradiciones de vecindad pero que celebrara un propósito común. En 1970, cuando se celebró por primera vez la feria, el temor a la violencia era elevado. Pero 340.000 personas la visitaron de manera pacífica durante el fin de semana que duró, demostrando que barrios y comunidades dispares podían unirse en torno a un proyecto común.

«Una ciudad renacida gracias a una feria de barrios», anunciaron los periódicos de Baltimore. Un informe publicado en 1981 por el Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano recomendaba la feria a otros gobiernos urbanos en estos términos: «Generada por la necesidad de detener el temor y el desuso de las áreas céntricas causados por la inquietud cívica de finales de la década de 1960, la Feria de la Ciudad de Baltimore fue creada por miembros del gobierno municipal que tomaron la idea de feria rural en la ciudad como manera de promover el desarrollo inmobiliario de áreas urbanas degradadas».

En 1973, asistieron a la feria casi dos millones de personas. Había abandonado su ubicación en el seguro corazón del Charles Center para trasladarse a un extremo del Inner Harbor. Al hacerlo, sugería un conjunto de usos completamente distintos que se podían dar a dicha zona. La feria urbana demostró que se podía atraer al centro de la ciudad a gran cantidad de personas sin que se produjera una revuelta. También ayudó a Baltimore a redescubrir la antigua fórmula romana de pan y circo como medio de enmascarar los problemas sociales y controlar el descontento.

La construcción del Inner Harbor es la historia de una continua erosión de los objetivos de la coalición que la puso en movimiento y su captura por las fuerzas más estrictas del comercialismo, el desarrollo inmobiliario y el poder financiero. Dos acontecimientos tuvieron especial importancia. El primero fue la elección de un alcalde tenaz y autoritario, William Donald Schaefer, en 1971.

Schaefer se había formado en la maquinaria política del Partido Demócrata de Baltimore, y tenía todo lo que un político de maquinaria debía tener. Creía firmemente en una alianza de la empresa y la actividad privada para proseguir el desarrollo de la ciudad, y en una elaborada y a menudo despiadada política de control social sobre los barrios de la ciudad. Ofender al alcalde era arriesgarse a ser objeto de represalias; mantenerse a su lado significaba mecenazgo y acceso a los servicios municipales.

El segundo acontecimiento fue la recesión de 1973-1975, que produjo una enorme oleada de cierres de fábricas y desindustrialización en la región de Baltimore. El desempleo se disparó. El pronóstico para el futuro económico de la ciudad era sombrío. En 1973, después de que el presidente Nixon anunciara que la crisis urbana había terminado, Baltimore se enfrentó al comienzo del fin de los programas federales a gran escala para ayudar a las ciudades a resolver sus problemas.

Los recortes presupuestarios en los años de Reagan fueron el punto de máxima retirada del gobierno federal de su compromiso de ayudar a las ciudades del país. La recesión de 1981-1983 –junto con la mayor competencia exterior de Japón, Europa Occidental y toda una serie de países de industrialización reciente– aumentó las dificultades de la ciudad. La lista de cierres de fábricas y de despidos era cada día más amenazadora. Estaba naciendo una nueva división internacional del trabajo, en la que las fábricas se trasladaban al exterior en busca de mano de obra más barata, mientras las industrias básicas estadounidenses, como el acero, quedaban relegadas detrás de Japón y Corea del Sur en los mercados mundiales. Baltimore tenía ahora que encontrar su camino en un mundo hostil y fuertemente competitivo.

**Cuadro 8.1. A dónde han ido a parar los puestos de trabajo**

| Empresa | Tipo de actividad | Número de puestos de trabajo perdidos |
|---|---|---|
| *Acme Markets | Cadena de alimentación | 1.200 |
| *Airco Welding | Revestimiento de cables | 150 |
| *Allied Chemical | Cromo | 145 |
| Bethlehem Steel | Acero | 7.000 |
| *Bethlehem Steel Shipyard | Reparación de barcos | 1.500 |
| *Brager-Gutman | Cadena de venta al por menor | 180 |
| *Cooks United | Hipermercados | 220 |
| Esskay | Envasado de carne | 240 |
| General Electric | Productos eléctricos | 550 |
| General Motors | Recambios automóviles | 247 |
| *Korvette's | Grandes almacenes | 350 |
| *Maryland Glass | Vidrio | 325 |
| *Maryland Shipping and Dry Dock | Reparación de buques | 1.500 |
| Max Rubins | Electrodomésticos | 225 |
| *Misty Harbor Raincoat | Prendas impermeables | 210 |
| *Pantry Pride | Cadena de alimentación | 4.000 |
| *Plus Discount Stores | Hipermercados | 150 |
| *Two Guys | Hipermercados | 500 |
| Vectra | Fibra e hilos | 600 |
| *Western Electric | Productos eléctricos | 3.500 |

La recesión de 1980-1983 produjo una fuerte oleada de pérdidas de puestos de trabajo en la región de Baltimore, como se ilustra en esta lista de despidos en establecimientos fabriles y de venta al por menor entre 1980 y 1985. La lista está adaptada de un gráfico publicado en *The Baltimore Sun* el 21 de marzo de 1985. Las empresas marcadas con asterisco han dejado de funcionar completamente.

El recurso al turismo, la creación de una imagen de Baltimore como lugar elegante para vivir, la promoción publicitaria del centro de la ciudad y de Harborplace (*punto 8* de la Ilustración 8.1) deben considerarse como una solución especial del alcalde Schaefer (y del GBC) a ese problema. Con la afluencia de las multitudes, fue fácil vender la feria urbana, primero añadiendo todo tipo de festivales étnicos, conciertos y espectáculos –por ejemplo, la visita de los «grandes veleros» en 1976, durante la celebración del bicentenario– para atraer a más gente aún al centro de la ciudad.



Después, habiendo demostrado que existía un mercado, el siguiente paso fue institucionalizar un circo comercial permanente mediante la construcción del Harborplace, el Maryland Science Center *(punto 9),* el Acuario Nacional *(punto 10),* el Centro de Convenciones *(punto 11),* una marina *(punto 12),* e innumerables hoteles, centros comerciales, y ciudadelas de ocio de todo tipo. La estrategia ni siquiera tuvo que meditarse conscientemente, porque constituía un intento perfectamente obvio.

Este ímpetu tuvo la virtud adicional de proyectar una nueva personalidad para la ciudad. El «sobaco del Este» había sido la imagen exterior de Baltimore en la década de 1960. Pero al transformar el espectáculo de entretenimiento en una imagen permanente, se hizo posible usarlo para atraer al capital promotor, a los servicios financieros y a las industrias del ocio, todos ellos sectores de gran crecimiento en la economía estadounidense durante las décadas de 1970 y 1980.

La imagen propia de Baltimore adquirió importancia. El alcalde, los medios de comunicación y los líderes cívicos se sumergieron en una orgía de promoción cívica que no admitía críticas. Cuando en un barrio de la ciudad durante mucho tiempo expuesto a los residuos químicos se publicó que se daban unas tasas de cáncer excesivas, el alcalde criticó a quienes efectuaron el informe por haber mancillado la imagen de la ciudad. Cuando una población empobrecida aprovechó una fuerte tormenta de nieve en 1978 para saquear las tiendas de la ciudad, el alcalde la acusó de provocar desempleo por haber dañado la imagen de la ciudad. Tanto se generalizó la campaña, que cuando alguien ideó el atractivo lema de «piensa en rosa», el alcalde hizo pintar de rosa las aceras del centro.

Este tipo de creación de imagen tuvo claras recompensas. El alcalde, nombrado por *Esquire* el mejor alcalde de Estados Unidos en 1984, parecía cada vez más el salvador de una ciudad, el mago que había hecho a la Ciudad Renacimiento emerger como el Ave Fénix de las cenizas de los enfrentamientos civiles acaecidos en la década de 1960. Presentado dos veces en la revista *Time,* el Inner Harbor de Baltimore empezó a adquirir reconocimiento nacional e incluso internacional como ejemplo de revitalización urbana. En noviembre de 1987, hasta el *Sunday Times* británico aprobó sin dudas la idea:

> A pesar del desempleo en alza, Baltimore convirtió osadamente su ruinoso puerto en un campo de juego. Los turistas significaban compras, alimentación y transporte, y esto a su vez supuso construcción, distribución y fabricación, lo cual condujo a más puestos de trabajo, más residentes, más actividad. La decadencia del viejo Baltimore se ralentizó, se frenó y se invirtió. El área del puerto es ahora una de las que más turistas atrae en Estados Unidos, y el desempleo urbano cae con rapidez.

Si las personas pudieran vivir sólo de imágenes, el pueblo de Baltimore habría sido verdaderamente rico.

Tras quince años como alcalde, Schaefer fue elegido gobernador en 1986. Sólo entonces se pudo contar libremente otro relato. *Baltimore 2000,* un informe encargado por la Fundación Goldseker en 1987, resumió a Baltimore de la siguiente manera:

> En los pasados veinticinco años, Baltimore ha perdido un quinto de su población, más de la mitad de su población blanca, y una proporción muy elevada pero difícil de calcular de su clase media, tanto blanca como negra. Ha perdido más del 10 por 100 de sus puestos de trabajo desde 1970, y los que conserva los ocupan cada vez más personas que residen fuera de la ciudad. En 1985, la renta media por unidad familiar en la ciudad ascendía a poco más de la mitad de la renta media en los condados circundantes, y las necesidades de servicios de sus pobres superaban con creces lo que la erosionada base fiscal de la ciudad podía soportar.

Había mucha «podredumbre por debajo del oropel», como expresó uno de los asesores que redactaron el informe. La profundidad de dicha podredumbre quizá se ilustre mejor por el rápido descenso de la categoría de la ciudad al quinto peor puesto del país, de acuerdo con un cálculo efectuado por el Congreso en 1984. Ocupaba casi el último puesto entre las quince ciudades más grandes del país en cuanto a proporción de personas de veinte a veinticinco años que habían terminado la educación secundaria, reflejo en parte del descenso de más del 15 por 100 del gasto municipal en educación entre 1974 y 1982.

El empobrecimiento en los barrios del núcleo urbano aumentó. «De los barrios de la ciudad oficialmente designados --escribió Marc Levine en un artículo publicado en *Urban Affairs*– 210 (el 75,8 por 100) experimentaron aumentos en el porcentaje de residentes que vivían por debajo de la línea de pobreza entre 1970 y 1980», mientras que casi el 90 por 100 de los barrios de la ciudad predominantemente afroamericanos vio aumentar sus índices de pobreza. Un estudio del *Baltimore Sun* sobre el barrio de Gay Street, escenario de algunas de las peores revueltas en 1966 y 1968, demostró que se habían producido pocos cambios en las condiciones de empobrecimiento entre 1966 y 1988. Pero los gastos municipales en servicios sociales para los pobres cayeron un asombroso 45 por 100 en términos reales entre 1974 y 1982.

Estos datos no se ven desde Federal Hill, pero dan vida a la imagen de riqueza y diversión que transmite el Inner Harbor. Y tampoco vemos las más de 40.000 familias que esperan pacientemente el acceso a una vivienda pública y las otras muchas que carecen de vivienda.

No podemos ver el 45 por 100 de la población mayor de dieciséis años que no entra o no puede entrar en el mercado de trabajo, la desesperada lucha de los hogares encabezados por mujeres, la cifra récord de embarazos entre adolescentes, los graves problemas de mortalidad infantil que sitúan a algunos barrios a la par que México o Venezuela, los problemas de ratas, las elevadas tasas de cáncer, y la reaparición de la tuberculosis y del saturnismo. Las condiciones de miseria absoluta que se viven en la ciudad no parecen de modo alguno haber sido mitigadas por toda esa masiva remodelación del centro.



El hecho de que la remodelación del centro no haya hecho mella sustancial en los problemas sociales y económicos de la ciudad es más impresionante si se tienen en cuenta las enormes subvenciones públicas. De acuerdo con un informe publicado por la Comisión Estadounidense para los Derechos Civiles *(US Civil Rights Commission)* en 1983, la primera fase de urbanización del Inner Harbor (que costó unos 270 millones de dólares) estuvo en más del 90 por 100 financiada con presupuesto público «bien en infraestructura, subvenciones a empresas o préstamos/subsidios». Pero la gestión del proyecto se mantuvo completamente en manos de las empresas privadas.

**Cuadro 8.2. Gay Street: Baltimore entonces y ahora**

| | *1966* | *1988* |
|---|---|---|
| *Porcentajes económicos* | | |
| Tasa de desempleo de adultos | 7 | 19 |
| Unidades domésticas perceptoras de prestaciones sociales | 28 | 30 |
| Unidades domésticas con ingresos inferiores a 10.000 dólares (de 1988) | 41 | 47 |
| Unidades domésticas con ingresos inferiores a 20.000 dólares (de 1988) | 16 | 18 |
| Adultos con educación secundaria | 10 | 49 |
| Unidades domésticas en las que al menos una persona tiene coche | 23 | 36 |
| Porcentaje de empleados como obreros | 43 | 8 |
| Porcentaje que realiza un trabajo en el sector setvicios | 1 | 30 |
| *Estructura de la unidad doméstica y de las familias* | | |
| Tamaño medio de la unidad doméstica | 2,9 | 1,9 |
| Porcentaje de adultos jubilados | 13 | 30 |
| Porcentaje de población con menos de 18 años | 45 | 34 |
| Porcentaje de unidades domésticas con niños que incluyen un varón adulto | 56 | 43 |
| Porcentaje de hogares unipersonales | 16 | 31 |
| Porcentaje de hogares con cinco personas o más | 30 | 12 |
| *El barrio* | | |
| «Buen» aspecto comúnmente más citado | gente | gente |
| Queja más común | vivienda | drogas y delincuencia |
| Porcentaje de residentes en alquiler | 85,0 | 78,0 |
| Porcentaje de adultos que llevan viviendo en el barrio más de 10 años | 48,0 | 60,0 |
| Porcentaje de los que piensan que el barrio está mejorando | n/r | 14,0 |

Estas estadísticas se publicaron en el *Baltimore Sun* el 4 de abril de 1988. Se recopilaron de encuestas encargadas por la Agencia de Renovación Urbana y de Vivienda de Baltimore en 1966 y por el *Baltimore Sun* en abril de 1988, y se reimprimen con su autorización.



*Ilustración 8.9. Un paseo por el muelle de Harborplace.*

¿Adónde fueron a parar los beneficios de toda esta inversión pública? No hay una respuesta fácil a esa pregunta, pero se pueden trazar conclusiones tentativas. En primer lugar, por el momento la mayoría de los proyectos de urbanización ha sido enormemente rentables para quienes se han hecho cargo de ellos, con unas cuantas excepciones señaladas, como la conversión de la antigua central eléctrica de la Baltimore Gas and Electric Company en el centro de ocio Six Flags Power Plant (*punto 13* en la Ilustración 8.1).

En segundo lugar, aunque no estén sometidos a unos impuestos tan escandalosamente bajos como a comienzos de la década de 1970, los flujos fiscales actuales difícilmente cubren los gastos públicos en el Inner Harbor. De hecho, un estudio interno reciente ha sugerido que Baltimore gasta 17 millones de dólares más al año en los servicios prestados al centro de la ciudad y al Inner Harbor de lo que recibe mediante la recaudación de impuestos.

En tercer lugar, ciertamente el renacimiento ha aportado puestos de trabajo a la ciudad, pero la mayoría están mal pagados (conserjes, personal hotelero, trabajadores de servicios). Quienes disfrutan de cargos directivos bien pagados, como los seis consejeros de T. Rowe Price (un dinámico fondo de dinero de Baltimore que creció rápidamente en la década de 1980) cada uno de los cuales gana más de 600.000 dólares al año, tienden a vivir en las afueras. Algunos directivos de nivel intermedio se quedan en la ciudad y crean una demanda de casas y pisos elitizados *[gentrified]*.

En cuarto lugar, quizá el más problemático, la remodelación urbana ciertamente ha aportado dinero a la ciudad mediante un rápido crecimiento de las actividades de congresos y turismo, pero no hay garantía de que el dinero se quede en Baltimore. Buena parte de él sale nuevamente, a modo de beneficios empresariales o bien de pagos por mercancías procedentes de Europa, Hong Kong, Corea del Sur, Japón, Inglaterra, o de otras partes. Gastar dinero en Benetton o en Laura Ashley no estimula la economía de Baltimore. Es difícil encontrar pruebas, pero el Inner Harbor puede funcionar meramente como puerto, un punto de transacción del dinero que fluye del resto del mundo y hacia el resto del mundo.



La elite urbana de Baltimore ha luchado por hacer una nueva ciudad. Incapaz de impedir la desindustrialización y la recesión, ha intentado crear una máquina de crecimiento rentable, centrada en el turismo, el ocio y el consumo conspicuo como antídoto para la caída de beneficios y el declive urbano. De manera limitada, la estrategia ha funcionado, aunque principalmente para dicha elite. Al situar a Baltimore en el mapa y crear una orgullosa imagen de lugar y comunidad, ha garantizado en cierta medida la conformidad política de la mayoría. Esto se puede medir por la reelección del alcalde Schaefer en 1979 y 1983, unas elecciones en las que los activistas de la comunidad perdieron por mucho frente a los políticos del aparato.

La estrecha alianza sector público/sector privado que se forjó entre el Ayuntamiento y el poder corporativo dominante ayudó a convertir a Baltimore en una ciudad empresarial que en un mundo altamente competitivo obtenía resultados bastante mejores que algunas de sus rivales, ciudades como Detroit, Newark, Cleveland o incluso Pittsburgh. Pero dichas victorias pueden resultar pírricas. El exceso de inversión en centros comerciales, instalaciones de ocio, edificios de apartamentos de lujo, espacio para oficinas, centros de convenciones, y estadios deportivos en todas las áreas urbanas de Estados Unidos augura problemas para algunas ciudades, y Baltimore tal vez sea una de ellas.

El fracaso del parque de atracciones de Six Flags Power Plant, situado en el Inner Harbor, y las dificultades halladas para vender apartamentos caros en Harbor Court *(punto 14)* son señales de advertencia. Y hay señales de que la ciudad está desvistiendo un santo para vestir a otros en las apuestas por la remodelación comercial del centro. James Rouse's Gallery *(punto 15),* un centro comercial de tres plantas ubicado en Harborplace, es un éxito, pero Hutzler's Palace *(punto 16),* situado a cuatro manzanas de distancia, en Howard Street, ha tenido que cerrar.

Varios lugares de diversión de otras ciudades (Norfolk, Toledo, Flint e incluso el South Street Seaport de Nueva York) están fuertemente endeudados. Houston, Dallas, Atlanta y Denver experimentaron un exceso de inversiones en hoteles y espacio para oficinas en la década de 1970, con consecuencias catastróficas para la salud financiera de los bancos y las sociedades de ahorro y crédito inmobiliario locales. No hay razón para creer que Baltimore sea inmune. Ya hay indicios de que la actividad turística se está ralentizando (de acuerdo con los datos proporcionados por la Oficina de Promo-

ción y Turismo de Baltimore), mientras que el empleo en servicios financieros recibió un buen varapalo tras el hundimiento del mercado de valores en octubre de 1987.

Además, hay un grave peligro social unido a la creación de una isla de riqueza y poder en medio de un mar de pobreza, privación de derechos y decadencia. Al igual que la feria de la ciudad, el Inner Harbor funciona como una máscara ultramoderna. Nos invita a participar en el espectáculo, a disfrutar de un circo festivo que celebra la unión de personas y mercancías. Como cualquier máscara, puede seducir y distraer de modos atrayentes, pero llega un momento en que deseamos descubrir qué hay detrás. Si la máscara se rompe o es violentamente rasgada, puede aparecer el terrible rostro del empobrecimiento de Baltimore.

## Los tesoros perdidos de la bahía de Chesapeake

Si volvemos la espalda al oropel de la ciudad y observamos el largo perímetro de la bahía de Chesapeake, veremos otro Baltimore menos glamoroso. El paisaje refleja el cambio del sector industrial al sector servicios, y la creciente influencia del capital extranjero en la economía de la ciudad.

Esto ha traído tiempos peores para los trabajadores de Baltimore. El empleo total en la región metropolitana ha permanecido prácticamente constante desde 1970, pero el salario medio ha descendido sustancialmente. El empleo ha cambiado radicalmente de los puestos de trabajo en la industria (muchos en sectores sindicalizados de remuneración relativamente elevada extendidos a lo largo de la bahía) a ocupaciones en el sector servicios (muchos trabajos inseguros y mal pagados, a menudo desempeñados por mujeres y concentrados en el centro de la ciudad). Cuando las rentas familiares han aumentado, se debe casi siempre a que se han incorporado más mujeres a la población activa.

Por ejemplo, al pie de Federal Hill, en la zona oriental, se ve el abandonado astillero de la Bethlehem Steel Corporation *(punto 17),* en otro tiempo un próspero elemento central de la industria de Baltimore que empleaba a unos 1.500 obreros, muchos de los cuales vivían en South Baltimore. El astillero se cerró en 1983, desbancado por la competencia exterior, en especial de Asia oriental, y la recesión mundial, a pesar de las concesiones salariales y las contraprestaciones de los trabajadores.

Para disgusto hasta de los elitizadores de South Baltimore, el astillero fue comprado por un promotor inmobiliario que propuso convertir el espacio en una marina, un astillero de reparaciones para barcos de recreo, un gran complejo de oficinas y comercio, y más de 1.500 apartamentos de lujo en dos torres de veintinueve plantas que taparían las vistas al puerto. La Coalición de Organizaciones de la Península [Coalition of Peninsula Organizations] protestó ruidosamente y obtuvo algunas concesiones, pero perdió la batalla por el suelo. En 1985 se aprobó una recalificación de usos industriales a usos residenciales y comerciales.



Pero los promotores quebraron, y la encarnación más reciente de aquel proyecto de 100 millones de dólares, Harbor Keys, está financiada por un consorcio de inversores de Singapur, Malasia, Hong Kong y Australia, todos con la intermediación del Bangkok Bank de Tailandia, que financió la compra de los terrenos. Esto significa que los puestos de trabajo perdidos en la zona por la competencia de Asia oriental permiten al capital extranjero volver y dominar Baltimore.

El cierre de la planta de sustancias químicas de Allied Chemical *(punto 18),* directamente en el Inner Harbor, es otra señal de la pérdida de capacidad industrial. Una franja gris que ofendía a la vista, era el último obstáculo a la continuidad de bloques de apartamentos y conversiones del lado norte del puerto, desde el centro de la ciudad hasta Fells Point y Canton. A los promotores inmobiliarios también les gustaría construir aquí si se pudiera encontrar una manera de retirar del subsuelo los cromados tóxicos.

La lista de cierres de fábricas y de pérdidas industriales aumenta a medida que recorremos la línea del puerto: la American Can Company en Fell Point *(punto 19),* 3.500 puestos de trabajo en 1984, y la enorme cantidad de almacenes abandonados y muelles oxidados que testifican el declive de Baltimore, antes poderoso puerto y ciudad fabril.

Incluso con los costosos proyectos de modernización recientemente asumidos con dólares de los contribuyentes, el puerto de Baltimore apenas es competitivo como gran puerto marítimo de la Costa Este. El precio pagado ha sido, sin embargo, contratos de trabajo más duros y empleo en rápido descenso para los trabajadores de Baltimore. La muerte de un piquete sindical en 1985, en una lucha por frenar el uso de trabajadores no sindicalizados, puede señalar la vuelta a una era de relaciones laborales más violentas. La Asociación Internacional de Estibadores, en otro tiempo poderosa voz del movimiento obrero de Baltimore, tiene ahora que equilibrar la lucha por mejorar los salarios y las condiciones de trabajo con las concesiones exigidas para conseguir que Baltimore siga siendo competitiva frente a Norfolk, Charleston y otros puertos. La dificultad de dragar la bahía y deshacerse de la tierra, el largo trecho que se debe recorrer por ésta y la canalización del sistema de los ríos Mississippi y Tennessee ponen también en peligro la viabilidad del puerto.

Deberíamos tener cuidado de no observar con romanticismo la época perdida de industria y comercio poderosos y de las fuertes tradiciones y la cultura laboral que alimentaron. Muchos de los sectores tradicionales (incluido el puerto antes de la introducción de los contenedores) eran gravosos y peligrosos. La división de la fuerza de trabajo entre varones blancos relativamente acomodados y mujeres y afroamericanos menos cualificados y con menor capacidad adquisitiva siempre ha sido un obstáculo para los esfuerzos de mejorar la situación de los trabajadores. Además, la economía estaba fuertemente implicada en la explotación de los recursos y de los trabajadores del

Tercer Mundo, y dependía en gran medida de los contratos de defensa. La azucarera de Domino Sugar nos recuerda, por ejemplo, la fuerte conexión entre Baltimore y La Habana, que hizo que los empresarios de Baltimore apoyaran a Fulgencio Batista contra Fidel Castro precisamente por el azúcar barato producido por los cortadores de caña cubanos mal pagados. La Revolución Cubana obligó a efectuar un cambio importante en el comercio de Baltimore. Es interesante que Domino Sugar haya sido vendida recientemente a una empresa británica (Tate and Lyle), lo cual ilustra nuevamente lo vulnerable que es la industria de Baltimore a las fuerzas internacionales.

Rusty Scupper, un restaurante situado a los pies de Federal Hill *(punto 21),* es otro recordatorio de los aspectos negativos del comercio internacional. Las protestas locales consiguieron que se retuviera la licencia de construcción del Rusty Scupper porque el promotor era una filial de Nestlé, una sociedad anónima suiza acusada a comienzos de la década de 1980 de la muerte de miles de niños en el Tercer Mundo debido a la comercialización de su fórmula de leche maternizada para sustituir al amamantamiento. El Rusty Scupper no abrió hasta que Nestlé aceptó cambiar sus prácticas ante la extensa protesta internacional.

Los contratos militares siempre han sido una fuente de empleo importante en la región de Baltimore. La siderurgia y la construcción naval fueron muy favorecidas en la Segunda Guerra Mundial, pero en años recientes los gastos militares se han centrado en materiales de más alta tecnología en los que Baltimore no está tan bien posicionada. Fue la pérdida de los contratos militares la que puso el último clavo en el ataúd del astillero Bethlehem.



*Ilustración 8.10. El Rusty Scupper Restaurant proporciona un primer plano a Scarlett Place.*



Algunas de las empresas más prósperas de la región, como Martin Marietta y Westinghouse, dependen fuertemente de los contratos de defensa. Este aspecto de la existencia de Baltimore no ha cambiado, a pesar de los esfuerzos realizados por los pacifistas locales para centrar la atención en el dispendio dedicado a dichos gastos con relación a las necesidades sociales de la ciudad. Sería posible, sostienen, convertir las industrias que producen instrumentos de muerte y destrucción en actividades que sirvan para fines más humanos y beneficiosos.

Para la mayoría de los visitantes, la dependencia que Baltimore tiene de la producción militar y su relación con la explotación de los trabajadores del Tercer Mundo son los aspectos menos visibles desde la atalaya de Federal Hill. Paseando por el Inner Harbor o subiendo a la cima de Federal Hill es muy probable que percibamos lo bonita que es la vista y que lo apreciemos como lugar de entretenimiento y diversión. Pero nos interese o no considerarlo, el paisaje del centro de la ciudad es un gran libro del tiempo y de la historia, que proclama en cristal, ladrillo y cemento quién sujeta las riendas del poder.

## Los bancos de Baltimore

Los bancos y las instituciones financieras dominan el perfil del centro. En Baltimore no hay enormes sedes sociales de multinacionales como las que se encuentran en Pittsburgh o Cincinnati, porque Baltimore es una ciudad fabril filial dirigida por financieros y no por industriales. Sólo una de las empresas industriales incluidas en el *ranking* Fortune 500 tiene su sede social aquí. Y así ha sido desde comienzos del siglo XX, cuando muchos industriales locales vendieron a los *trusts* y a los carteles que se estaban formando en aquel momento.

**Cuadro 8.3. El control bancario de Baltimore**

Hasta la reciente desregulación, unos cuantos bancos de Baltimore controlaban buena parte de la actividad económica de la región. La concentración del poder bancario, documentada en 1968 por el Informe Wright-Patman al Congreso, mostró las siguientes estadísticas.

| *Banco* | *Porcentaje de activos fiduciarios bancarios en la región*[a] | *Número de empresas en cuyas juntas de dirección ocupaban cargos los consejeros de los bancos* | *Número de empresas en las que los bancos poseían más del 5 por 100 del capital* |
|---|---|---|---|
| Mercantile Safe Deposit and Trust Company | 63,68 | 196 | 213 |
| Equitable Trust Company | 13,85 | 137 | 53 |
| Maryland National Bank | 13,51 | 86 | 13 |
| First National Bank of Maryland | 5,28 | 213 | 56 |
| Union Trust Company | 3,66 | 74 | 55 |

[a] Los activos fiduciarios bancarios son fondos de inversión, como dinero para pensiones, administrados por el banco en nombre de otros.

Bethlehem Steel, General Motors, Westinghouse y la ahora desaparecida Western Electric influyen poco en lo que ocurre en Baltimore, porque normalmente a las multinacionales con fábricas filiales les importan menos las consecuencias del cierre de la planta y están menos implicados en la educación local, las instalaciones culturales, etcétera. Al mismo tiempo, a los bancos y a las instituciones financieras locales les interesa mucho más el desarrollo inmobiliario que el empleo o la educación.

Históricamente, la gobernación de Baltimore ha estado fuertemente influida por un pequeño grupo de bancos locales. Todavía en 1968, un informe del Congreso consideraba a Baltimore una de las ciudades estadounidenses de organización más monopolística con respecto a su estructura financiera. El Maryland National Bank *(punto 22),* junto con la Mercantile Safe Deposit and Trust Company *(punto 23)* y el First National Bank *(punto 24),* decidían cómo debía ser la ciudad y quién debía dirigirla.

La lista de consejeros de estas instituciones compone la elite social de Baltimore. Incluye miembros de los medios de comunicación y de instituciones educativas (por ejemplo, la Universidad Johns Hopkins) y líderes de la vida cultural y empresarial de la ciudad. En el edificio del Maryland National Bank fue donde el alcalde Schaefer esperó los resultados de su última elección a la alcaldía.

Considérense, por lo tanto, los dos edificios que forman el pináculo del perfil de la ciudad. Una venerable y vieja institución de Baltimore, el Maryland National Bank, se sitúa en el centro; a su lado, como un dedo levantado, un edificio más moderno y de aspecto más imponente, el del Citibank *(punto 25),* un reciente intruso de fuera del Estado.

Principal financiador de la especulación y el auge inmobiliarios de la década de 1960, el Maryland National persistió en su falta de interés por la financiación de préstamos hipotecarios en los barrios del centro urbano de rentas bajas o moderadas, como ha demostrado un estudio reciente. La consecuencia ha sido la de promover el deterioro de las condiciones de la vivienda para los menos pudientes, y de esa forma abrir el camino a una mayor remodelación urbana y mayor elitización. Al mismo tiempo, el Maryland National usaba los depósitos de los residentes en Baltimore para invertir en Suráfrica. Sólo después de la intensa campaña de un grupo denominado Alianza de Maryland por la Inversión Responsable *[Maryland Alliance for Responsible Investment]* aceptó retirarse de Suráfrica y prometió 50 millones de dólares, en un periodo de cinco años, para financiar viviendas en el centro urbano.

El Citibank Building se empezó a comienzos de la década de 1980 con idea de convertirlo en la prestigiosa sede de la Merritt Commercial Savings and Loan Association, una institución financiera de rápido crecimiento que rivalizaba con otra sociedad de ahorro y crédito inmobiliario, Old Court, en la competencia por los depósitos y en la promoción de empresas espectaculares. Atrapado en las arenas movedizas de las fluctuaciones de los tipos de interés y de la recesión, el sector del ahorro y el crédito inmobiliario asegurado por el Estado de Maryland quebró a finales de la primavera de 1985, porque Merritt, Old Court y otras instituciones similares habían efectuado acuerdos turbios y realizado descabellados préstamos sin garantías colaterales.



La Maryland Deposit Insurance Corporation, que supuestamente debía garantizar los depósitos de los clientes, quebró, provocando una crisis en el gobierno del Estado que tardó dos años en resolverse. Los ahorradores no tenían acceso a sus fondos, y el extravagante filántropo Jeffrey Levitt, director de Old Court, acabó encarcelado por quitarles sus ahorros a millones de personas. Tanto Merritt como Old Court acabaron bajo el control de inspectores nombrados por el Estado. Merritt acabó vendida a Citibank, un banco de fuera del Estado que se apropió del edificio de Merritt para su propio uso y consiguió el acceso al mercado de Baltimore, durante mucho tiempo monopolizado por los bancos locales.

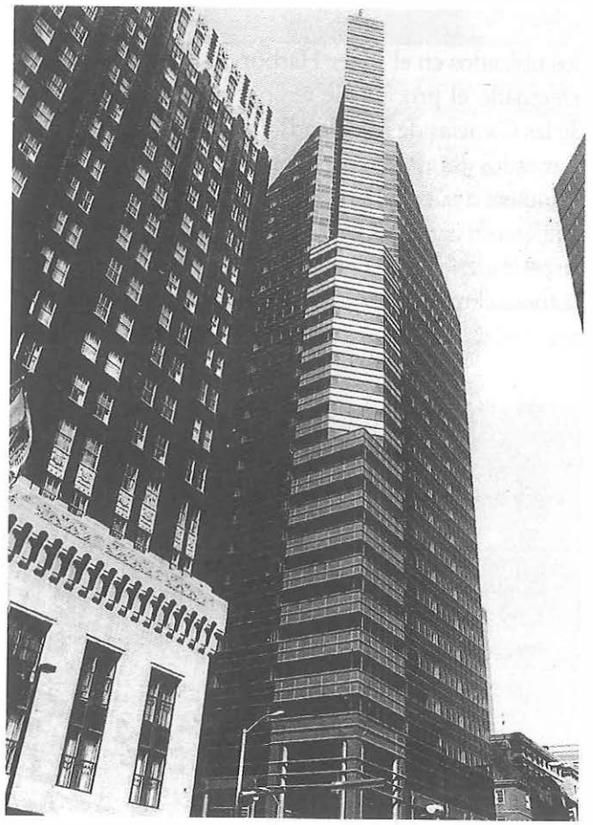


*Ilustración 8.11. Edificio del Citibank, antes Merritt Tower, sede del malhadado Merritt Commercial Savings and Loan, que se declaró en quiebra durante la crisis de las entidades de ahorro y crédito inmobiliario en 1985.*

Esta apertura del mercado financiero de Baltimore a los bancos de fuera del Estado marcó el fin del control local. En 1983, por ejemplo, el mayor banco de Irlanda adquirió una participación en First Maryland, el segundo banco del Estado, con activos por valor de 6.100 millones de dólares, y planea efectuar una absorción total. La ruptura del monopolio financiero local abre a Baltimore aún más a los vientos helados de la competencia por el capital monetario, que estos días recorre el mundo en un guiñar de ojos. Así, la economía local se vuelve mucho más vulnerable a los caprichos y a las inseguridades de la financiación internacional.

## La remodelación del Inner Harbor

### *Maryland Science Center*

Cuatro espacios ubicados en el Inner Harbor de Maryland pueden ayudar a explicar cómo se ha efectuado el proceso de remodelación urbana. El Maryland Science Center [Centro de las Ciencias de Maryland], inaugurado en 1976, fue uno de los primeros edificios planeados allí. Parece una fortaleza. No tiene entrada que mire hacia la comunidad, ni siquiera a la calle. El edificio se diseñó tras las revueltas de 1968, un momento en el que una sustanciosa población afroamericana habitaba la comunidad colindante de Sharp-Leadenhall. El diseño de tipo fortaleza es deliberado; está pensado para mantener fuera el malestar social y minimizar los daños materiales.



*Ilustración 8.12. Maryland Science Center, diseñado como una fortaleza, sin ventanas, protege el acceso sur al Inner Harbor de las potenciales revueltas de los residentes del barrio.*



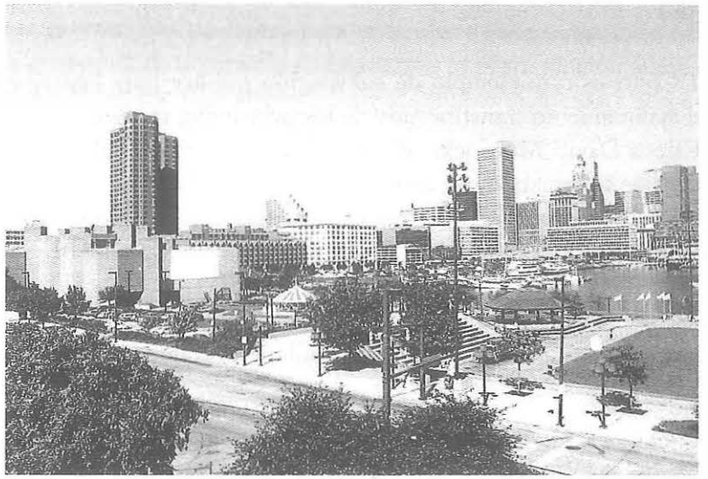


*Ilustración 8.13. El extremo occidental del Inner Harbor, con el Maryland Science Center a la izquierda, las torres de Harbor Court elevándose detrás, y el Hyatt-Regency Hotel a la derecha.*

El Maryland Science Center funciona como una especie de avanzadilla estratégica, ahora inutilizada por la elitización de South Baltimore, en el extremo sur del Inner Harbor. Otro ejemplo de edificación estratégica es el Martin Luther King Boulevard *(punto 26)*. Además de aliviar la congestión de tráfico en el centro, crea una línea de defensa fácilmente patrullable entre la masa de edificios del centro y las comunidades de West Baltimore, de rentas bajas y pobladas mayoritariamente de afroamericanos.

### *Hyatt-Regency Hotel*

El reluciente Hyatt-Regency Hotel *(punto 27)*, un edificio con fachada de cristal, valorado en 35 millones de dólares, se financió casi por completo mediante una subvención federal de 10 millones de dólares en forma de Subsidio para Acciones de Desarrollo Urbanístico, más préstamos garantizados por el Ayuntamiento. No asumieron ningún riesgo y acabaron con un hotel de 35 millones de dólares. Holiday Inn y otras cadenas hoteleras de la ciudad protestaron por considerar que el acuerdo no era equitativo. Dado que originalmente tales subsidios se establecieron para ayudar a los ayuntamientos a resolver los problemas de envejecimiento urbano, su desvío a este proyecto se justificó en función de los beneficios que se obtendrían con el aumento de la base imponible. Pero el beneficio y las subvenciones a los promotores fue enorme en comparación con los puestos de trabajo de baja remuneración en el sector servicios que creó y unas percepciones fiscales que apenas cubren los costes públicos.

*Harbor Court*

Harbor Court es otro ejemplo de subvención pública para beneficio privado. En 1984 el ayuntamiento transfirió uno de los principales terrenos urbanizables en la Costa Este a David Murdock, un promotor californiano. El alcalde Schaefer aceptó (mientras se tomaba unas ostras en Lexington Market, dicen algunos) vender el terreno con una pérdida neta de 500.000 dólares a cambio de la promesa de que Murdock ayudara a remodelar el distrito de tiendas pequeñas, ocupado predominantemente por negros, que rodea Lexington Market.

Murdock se hizo cargo de la propiedad, levantó un edificio de 85 millones de dólares y después vendió los apartamentos a millón de dólares cada uno, en una ciu-

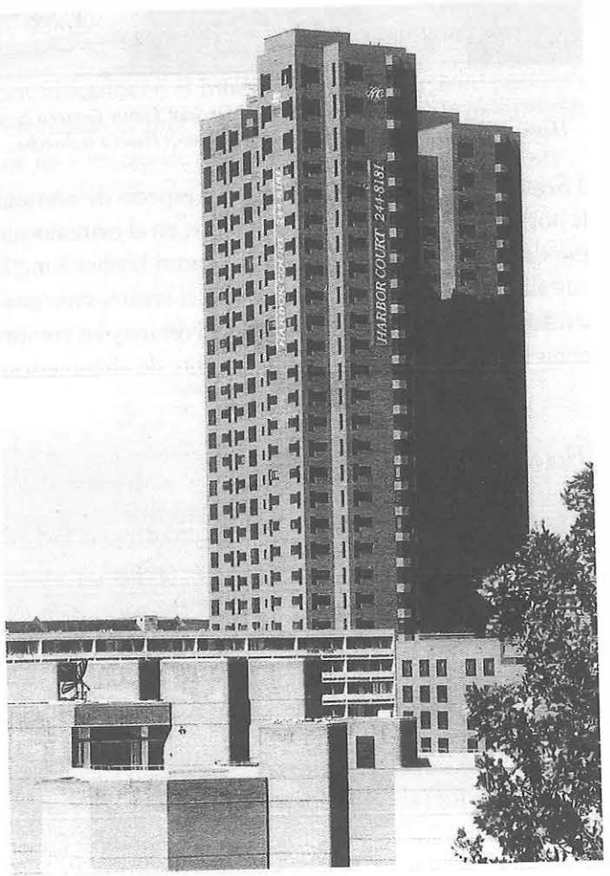



*Ilustración 8.14. Bloque de pisos de Harbor Court, 1988.*



dad con una enorme lista de espera para viviendas públicas. En 1986 Murdock se retiró de la propuesta de desarrollo de Lexington Mall sin sanción alguna, dejando la ciudad meramente con una supuesta base imponible mejorada y una torre horrible que tapa la vista.

*Los pabellones de Harborplace*

Los pabellones de Harborplace, construidos por James Rouse, fueron objeto de considerable controversia. A Rouse se le ofreció originalmente la opción de convertir en un pabellón la central eléctrica de la Baltimore Gas and Electric Company, situada en un extremo del puerto y abandonada desde hacía tiempo. Quería usar el terreno público de la estratégica esquina del Inner Harbor. El ayuntamiento aceptó, pero estaba obligado por ley a someter la propuesta de transmisión del terreno a referendo público. La oposición fue fuerte, especialmente por parte de los residentes de South Baltimore, que consideraban que la dársena y el acceso a ella caerían bajo control privado. También temían el impacto de la urbanización en esta tradicional comunidad de clase trabajadora, que llevaba mucho tiempo viviendo y trabajando en South Baltimore. Pero el referendo salió aprobado.

El proyecto de Rouse se inauguró en el verano de 1980 y fue un éxito comercial y popular instantáneo. Se convirtió en la joya de la corona del renacimiento de Baltimore, que supuestamente atraía a más visitantes que Disneylandia.

Se dice que la tasa de rentabilidad por metro cuadrado de espacio arrendado es una de las más elevadas de Estados Unidos, pero el beneficio fiscal para la ciudad es relativamente modesto, dados los gastos públicos que exige. Buena parte del atractivo y el encanto de Harborplace procede de quienes se juntan allí y proporcionan el espectáculo, la misma multitud que paga las mercancías y los servicios excesivamente caros que generan esos beneficios económicos fabulosos para la empresa privada.

*South Baltimore*

El Inner Harbor ha tenido un sustancial impacto en las áreas inmediatamente circundantes, como las calles de South Baltimore, situado detrás de Federal Hill. Un vistazo a la ladera occidental del monte muestra una comunidad sólidamente elitizada, con sus terrazas, fachadas de ladrillo recientemente limpiadas y ventanas con persianas. Los ubicuos faroles convertidos en símbolo de la nueva elite urbana que vive aquí avanzan calle a calle hacia South Baltimore.

Una iglesia de barrio afroamericana se ha convertido en apartamentos *(punto 28)*, al igual que Shofer Warehouse, un antiguo almacén *(punto 29)*. Los promotores lo llaman Paper Mill [Prensa de Papel] –un reflejo de su anterior uso–, quizá para hacer el precio por unidad, de 300.000 dólares o más, un poco más digerible. El precio de las viviendas se ha disparado desde los 10.000 dólares habituales a principios de la década de 1970 hasta superar con creces los 100.000 por una casa adosada reformada a finales de la de 1980.

La consecuencia ha sido aumentar la estimación de la base imponible local y las cargas fiscales sobre el patrimonio (de 300 a 2.000 dólares al año en algunos casos), expulsando a los pobres y abriendo el camino a especuladores y promotores. El desplazamiento de los residentes locales provocó resistencia, y la Coalición de Organizaciones de la Península lideró el camino en el intento de rescatar el barrio, a pesar de la oposición del (entonces) alcalde Schaefer. Pero al perderse el trabajo en los astilleros, South Baltimore se ha vuelto vulnerable a la afluencia de jóvenes profesionales que buscan un barrio seguro y cercano a los trabajos de oficinas del centro.

La influencia del Ayuntamiento en esa transformación se puede ver más claramente en su participación en la conversión en apartamentos de un instituto de secundaria, Southern High School *(punto 30)*, situado en el extremo suroccidental de Federal Hill Park. Ahora denominado Harbor View, este edificio es uno de los muchos monumentos a un sistema antidemocrático de gobierno municipal que ha per-



*Ilustración 8.15. La antigua Southern High School, convertida en los bloques de apartamentos de Harbor View con ayuda del «gobierno en la sombra» de los fideicomisarios de la ciudad.*





*Ilustración 8.16. Una iglesia de barrio, en otro tiempo lugar de oración para los afroamericanos de South Baltimore, ahora convertida en bloque de viviendas.*




*Ilustración 8.17. Shofer Warehouse, en otro tiempo prensa de papel, se ha convertido en bloque de viviendas.*

mitido que el control del Ayuntamiento sobre los gastos municipales sea sustituido por la formación de lo que acabó conociéndose como gobierno en la sombra.

En la década de 1970, el alcalde Schaefer nombró dos administradores para todos los préstamos y subvenciones federales a promotores privados. A medida que afluían los reintegros de los promotores, los administradores crearon un fondo de desarrollo urbanístico con 200 millones de dólares, completamente bajo el control del alcalde, que podía usarse como revulsivo para promover nuevas inversiones privadas. Uno de esos proyectos fue la conversión de la Southern High School por la Jolly Company, que actuó de promotora y constructora. La empresa no puso dinero propio, sino que obtuvo todo lo que necesitaba en préstamo del fondo de fideicomiso. Cuando la empresa no pagó los intereses del préstamo que había pedido para comprar el inmueble, el Ayuntamiento lo ejecutó. Pero la empresa siguió con el lucrativo negocio de convertir edificios al precio establecido por ella como promotora.

En última instancia, el Ayuntamiento consiguió vender los apartamentos sin perder demasiado, pero Jolly, la constructora, obtuvo grandes beneficios de la conversión a expensas del dinero público, de una operación sin riesgo. De hecho, los organismos encargados de la remodelación del centro de la ciudad y del Inner Harbor no tenían que responder más que ante sí mismos, a pesar de que estaban inundados de fondos públicos. En 1980, un periodista del *Baltimore Sun,* C. Frazier Smith, puso de manifiesto toda la estructura del gobierno en la sombra, incluidos varios

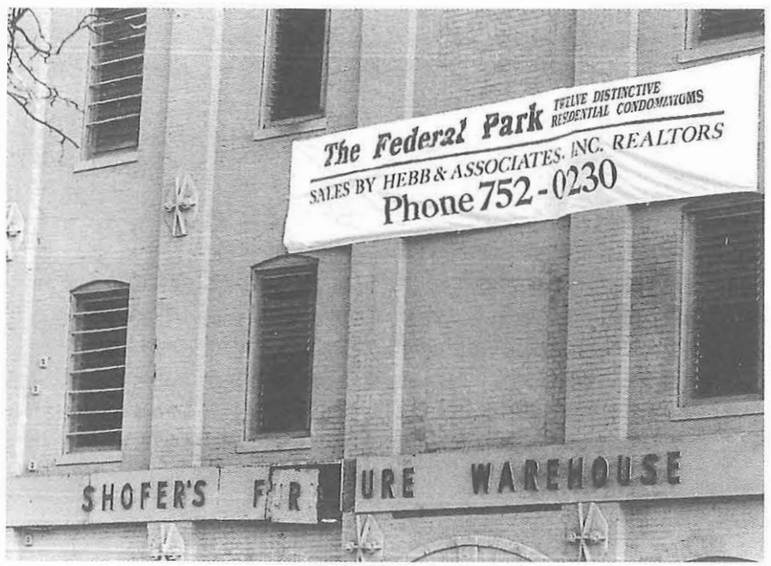



*Ilustración 8.18. Apartamentos de Federal Park, después de la conversión del almacén.*



organismos semipúblicos (la Charles Center Management Corporation fue la primera) que controlaban fondos públicos con fines en gran medida privados.

El problema, aceptaron muchos, no era la corrupción ordinaria sino el que se hubieran burlado los procedimientos de gobierno democrático y de responsabilidad pública por el uso del dinero público. El alcalde alegó, con cierta justificación, que el sistema de fideicomiso era la única manera de evitar el conservadurismo de los bancos de Baltimore. Suprimió el sistema de fideicomiso cuando la banca se volvió más abierta y competitiva, a mediados de la década de 1980, pero otras empresas semipúblicas, todavía no responsables ante el Ayuntamiento, no han sido tocadas y siguen siendo el centro vital de la denominada alianza sector público-sector privado de Baltimore.

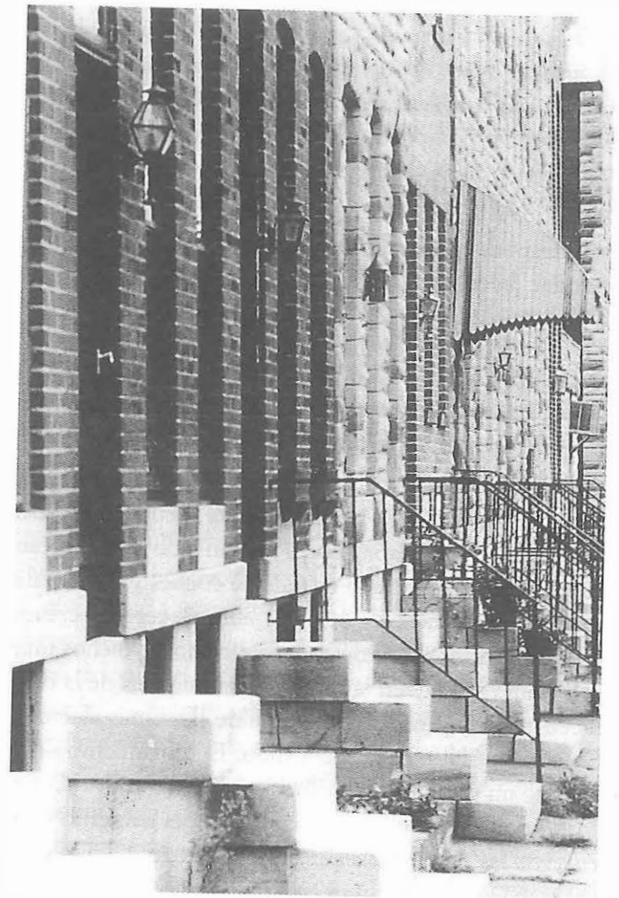


*Ilustración 8.19. Las lámparas de carruajes de los elitizadores, que avanzan hacia South Baltimore, situado detrás de Federal Hill, dejando las casas de falsa piedra como signo de su larga permanencia.*

# 9

# Particularismo militante y ambición planetaria: la política conceptual del lugar, el espacio y el entorno en la obra de Raymond Williams*

## La militancia local y la política de un proyecto de investigación

En 1988, poco después de asumir una plaza en Oxford, me vi implicado en un proyecto de investigación relativo al destino de la fábrica de coches de Rover en esa ciudad. Oxford, especialmente para los de fuera, parece normalmente una ciudad de torres de ensueño y grandeza universitaria; pero todavía en 1973 la fábrica de coches de Cowley, en el este de la ciudad, empleaba a 27.000 trabajadores, frente a los menos de 3.000 empleados en la universidad. La inserción de la fábrica de coches de Morris Motors en el tejido social medieval de la ciudad a comienzos del siglo XX había tenido enormes consecuencias sobre la vida política y económica del lugar, que seguía casi con exactitud la senda en tres fases hacia la conciencia socialista indicada en el *Manifiesto comunista.* Los trabajadores habían sido sistemáticamente masificados a lo largo de los años en torno a la fábrica de coches y sus instalaciones auxiliares; habían adquirido conciencia de sus propios intereses y creado instituciones (principalmente los sindicatos) para defender y promover dichos intereses. Durante la década de 1930 y nuevamente en la de 1960 y comienzos de la de 1970, la fábrica de coches fue el centro de algunas de las luchas de clase más violentas sobre el futuro de las relaciones industriales en Reino Unido. El movimiento de los trabajadores creó simultáneamente un poderoso instrumento político en forma de Partido Laborista local que acabó por asumir el control continuo del gobierno municipal después de 1980. Pero en 1988 las racionalizaciones y los recortes habían reducido la plantilla a unos 10.000 trabajadores, y en 1993 la habían disminuido a menos de 5.000

* Publicado por primera vez en *Social Text,* 1995.



(frente a los 7.000 aproximadamente que entonces trabajaban en la universidad). La amenaza de cierre total de la fábrica de coches nunca estuvo muy lejana.

A finales de 1993 se publicó en un libro sobre la historia de la Cowley, editado por Teresa Hayter y por mí y titulado *The Factory and the City. The Story of the Cowley Auto Workers in Oxford.* Derivó del trabajo de investigación efectuado para apoyar una campaña contra el cierre iniciada en 1988, cuando British Aerospace (BAe) adquirió la empresa de automoción Rover en uno de los acuerdos de privatización favoritos del gobierno de Thatcher. Inmediatamente se anunció el cierre parcial y la racionalización de la fábrica, y la perspectiva de cierre total acechaba. El valor de los terrenos en Oxford era alto y BAe, con el auge inmobiliario en plena avenida, adquirió en 1989 una empresa de promoción inmobiliaria especializada en la creación de parques empresariales (Arlington Securities). Se temía que el trabajo se trasladara a Longbridge (Birmingham) o, peor todavía, a un espacio rural y no sindicalizado de Swindon (donde Honda ya efectuaba acuerdos de coproducción con Rover), liberando el terreno de Oxford para una lucrativa racalificación urbanística que prácticamente no ofrecería perspectivas de empleo a una comunidad de varios miles de personas que había evolucionado a lo largo de muchos años de atender a la fábrica de coches.

Una reunión inicial para plantear la campaña contra el cierre atrajo a representantes de muchos sectores. Allí se acordó crear un grupo de investigación que informara sobre qué ocurría y cuáles podrían ser las consecuencias de cualquier movimiento de BAe para los trabajadores y para la economía de Oxford. Se creó el Oxford Motor Industry Research Project (Proyecto de Investigación sobre la Industria del Motor de Oxford – OMIRP) y yo acepté presidirlo. Poco después, los dirigentes sindicales de la fábrica retiraron su apoyo a la campaña y a la investigación y la mayoría de los laboristas del Ayuntamiento los siguieron. La investigación quedó reducida a un pequeño grupo de representantes sindicales disidentes y a un grupo de investigadores independientes, algunos de ellos pertenecientes a la Oxford Polytechnic (ahora Universidad Oxford Brookes) y a la Universidad de Oxford.

Por razones personales, yo no participé activamente en la campaña ni me involucré mucho en la investigación inicial. Sí ayudé a publicar los resultados y a movilizar recursos para el proyecto de investigación que los dirigentes sindicales y la mayoría del Partido Laborista intentaron parar activamente: no querían nada que «meciera el barco» en el transcurso de sus «delicadas negociaciones» con la BAe sobre le futuro de la fábrica y el futuro del lugar. Fortuitamente, el OMIRP sacó un panfleto, *Cowley Works,* en el preciso momento en que BAe anunciaba otra oleada de racionalizaciones que reduciría la plantilla a la mitad y liberaría la mitad del terreno para la recalificación urbanística. La historia de la planta junto con la historia de la lucha para lanzar una campaña y la dinámica del posterior informe están bien descritos en el libro.

Teresa Hayter, coordinadora del OMIRP, recibió en 1989 una beca de investigación de tres años en el St Peter's College para editar un libro sobre la historia de Cowley, la campaña fracasada y los problemas políticos de movilizar la resistencia contra las acciones arbitrarias del capital multinacional. El libro suponía la creación de un grupo de base amplia (que incluía tanto estudiosos como activistas políticos), en el que cada miembro escribiría los capítulos referentes a los temas con los que estaba más familiarizado. Los demás leían cada capítulo y los comentarios circulaban de uno a otro hasta alcanzar una versión definitiva. Yo acepté, en parte con el fin de hacerlo más atractivo a las posibles editoriales, coeditar el libro con Teresa Hayter. Esto suponía que, además del capítulo del que fui coautor, debía pasar mucho tiempo con Hayter editando, encargando nuevos segmentos para garantizar una cobertura total, y en general intentando hacer que el libro mantuviera una perspectiva general y atendiera al mismo tiempo a las partes.

El libro es un documento fascinante. Reúne posiciones radicalmente distintas, que varían desde el representante sindical anónimo y otros que habían trabajado en la fábrica o que residían desde hacía mucho tiempo en East Oxford, hasta profesores, planificadores e izquierdistas independientes. El lenguaje difiere drásticamente de un capítulo a otro. La voz activista que emana de la experiencia en la fábrica (lo que posteriormente denominaré, siguiendo a Raymond Williams, «particularismo militante») contrasta drásticamente con los juicios más abstractos de los académicos, por ejemplo, mientras que la perspectiva de la comunidad a menudo es muy distinta de la perspectiva de la línea de producción. La heterogeneidad de voces y estilos es uno de los principales puntos fuertes del libro.

Pronto quedó claro, sin embargo, que muchos de los colaboradores tenían perspectivas políticas e interpretaciones muy distintas. En un principio, se sortearon, en el sentido de que todos avanzaron con cuidado por un campo minado de diferencias para llegar al otro lado con un libro completo. Las dificultades surgieron con la conclusión. Originalmente yo propuse escribir dos conclusiones, una Hayter y otra yo, para que los lectores pudieran captar mejor las diferencias políticas y juzgar por sí mismos. Esto, sin embargo, fue rechazado. Así que me comprometí a redactar una conclusión basada en las diferentes ideas planteadas por diversos miembros del grupo. El borrador de la conclusión consiguió hacer explotar casi todas las minas que se habían sorteado al escribir el libro. La situación se volvió extremadamente tensa, difícil y a veces hostil entre Hayter y yo, y de alguna manera el grupo se polarizó en torno a nosotros.

En medio de estos intensos debates, recuerdo un almuerzo en St Peter's College en el que Hayter me retó a definir mis lealtades. Ella manifestó muy claramente las suyas. Estaba del lado de los representantes sindicales militantes de la fábrica, que no sólo se mantenían y trabajaban en las condiciones más asombrosas sino que lu-



chaban cada día por retirar el control a la dirección sindical reaccionaria, para así establecer una mejor base para el socialismo. Por contraste, yo le parecía un marxista intelectual e indeciso sin ninguna lealtad especial con nadie. ¿Dónde estaban entonces mis lealtades?

Fue una pregunta asombrosa y abrumadora, y he tenido que meditar mucho sobre ella desde entonces. En aquel momento recuerdo que respondí que aunque la lealtad a los empleados de la fábrica (y quizás a los trotskistas de tendencia socialista que formaban el núcleo de la oposición pero cuyas opiniones se encontraban en minoría) era importante, había muchas personas en East Oxford que habían sido despedidas o que no tenían perspectivas de empleo (por ejemplo, jóvenes alienados y descontentos, algunos de los cuales habían caído en la delincuencia y habían dejado tras sí la criminalización y la opresión para toda la comunidad) que merecían un tiempo igual. En todo momento, señalé, Hayter había visto con escepticismo mi interés por la política de la comunidad como fuerza paralela a la política en el lugar de trabajo. Pensaba además que había que prestar cierta consideración al futuro del socialismo en Oxford en un momento en que las solidaridades obreras que se habían construido en torno a la fábrica se estaban sencillamente debilitando e incluso corrían el riesgo de ser eliminadas. Esto suponía la búsqueda de una coalición de fuerzas más amplia, tanto para apoyar a los trabajadores de la fábrica como para perpetuar la causa socialista. También pensaba que sería desleal en general no poner una distancia crítica entre nosotros y lo que había ocurrido, para entender mejor por qué la campaña no había conseguido despegar. Hayter se negó a aprobar cualquier cosa que pareciera remotamente crítica con la estrategia del grupo que había intentado movilizar los sentimientos en torno a una campaña. Igualmente, rechazó cualquier perspectiva que no aceptara como base la lucha fundamental por el poder en la fábrica.

Pero había otros muchos tipos de cuestiones que nos dividían. El deterioro de las condiciones de trabajo en la fábrica, por ejemplo, hacía difícil manifestarse inequívocamente a favor de la conservación a largo plazo de lo que en realidad eran «trabajos basura», aunque a corto plazo fuese claramente imperativo defender esos puestos de trabajo porque no había alternativas razonables. La cuestión a este respecto no era subordinar las acciones a corto plazo a la trayectoria a largo plazo, sino señalar lo difícil que es avanzar en una trayectoria a largo plazo cuando las exigencias a corto plazo imponen algo completamente diferente. También me preocupaba la increíble sobrecapacidad de la industria automovilística en Reino Unido, y en Europa en general. Algo debía ceder en alguna parte, y teníamos que encontrar alguna manera de proteger los intereses de los trabajadores en general sin caer en la política reaccionaria del «nuevo realismo» que entonces paralizaba la política sindical oficial. ¿Pero en qué espacio debería calcularse esa generalidad? ¿Reino Uni-

do? ¿Europa? ¿El mundo? Me encontré alegando a favor de una perspectiva de ajustes en la capacidad de producción automovilística al menos a escala europea, pero cuando me presionaban me resultaba difícil justificar por qué me paraba en esa escala. Había también importantes cuestiones ecológicas que debían considerarse y que no sólo derivaban de la propia fábrica (el taller de pintura era una notoria fuente de contaminación), sino también de la naturaleza del producto. Hacer coches Rover para los ultrarricos y contribuir así a la degradación ecológica difícilmente parecía un objetivo socialista valioso a largo plazo. No debía eludirse la cuestión ecológica, consideré, a pesar de que estaba claro que los intereses de herencia burguesa de North Oxford probablemente la utilizarían para librarse completamente de la fábrica de coches si les dieran la oportunidad. Nuevamente, había que debatir explícitamente el problema del horizonte temporal y los intereses de clase en lugar de enterrarlo. Además, aunque de ninguna manera defendía el terrible comportamiento de BAe, sí consideraba importante señalar que la empresa había perdido aproximadamente un tercio de su valor bursátil en los primeros meses de 1992 y que sus esperanzas de hacer un buen negocio en el mercado inmobiliario habían disminuido seriamente con el desplome de dicho mercado en 1990. Esto planteaba dudas acerca de cómo establecer nuevas formas de control público o comunitario sobre la actividad empresarial (y en este caso el paso a la especulación inmobiliaria como alternativa a la producción) que no repitieran la amarga historia de la nacionalización (tales como las racionalizaciones desastrosas y el reordenamiento de las estructuras de trabajo ya sufridas por Rover, cuando era British Leyland en la década de 1970, por ejemplo).

Me parecía desleal para la concepción del socialismo como alternativa real no hablar de *todas* estas cuestiones en la conclusión del libro. No, me apresuré a añadir, con la idea de poder resolverlas, sino porque definían un terreno abierto a la discusión y el debate que, a mí al menos, me parecía derivar de los materiales reunidos en el libro. Dicha conclusión mantendría abiertas las alternativas y de esa forma ayudaría a los lectores a considerar opciones activas en una amplia gama de posibilidades y al mismo tiempo prestar una atención adecuada a las complejidades y dificultades. Pero Hayter consideraba, a pesar de estar parcialmente de acuerdo con la importancia de tales ideas a largo plazo, que sacar a colación asuntos de este tipo diluiría la lucha inmediata de conservar los puestos de trabajo en Cowley e impedir su traslado a un espacio rural no sindicalizado en Swindon. Sólo se podría atender a las cuestiones que yo deseaba plantear, sostenía ella, cuando los trabajadores y los representantes sindicales progresistas hubieran recuperado su fuerza y su poder en el lugar de trabajo.

Quedaba claro que yo operaba en un plano diferente y con diferentes tipos de abstracción. Pero el ímpetu de la campaña, la investigación y el libro no procedían



de mí. Surgió de la extraordinaria fuerza y el poder de una tradición de militancia sindical que emanaba de la fábrica. Esta tradición tenía su propia versión del internacionalismo y de las premisas de verdad universal, aunque se podía alegar que su captura y osificación por una retórica trotskista bastante estricta formaba parte del problema en tanta medida como el conflicto más fundamental entre la perspectiva de Hayter y la mía. Pero sería equivocado describir la discusión exclusivamente en términos sectarios. Porque siempre ha existido la cuestión de una política exclusivamente basada en la fábrica frente a una política más amplia. No podía abandonar mi propia lealtad a la creencia de que la política de una extensión aproblemática de un modelo prospectivo de transformación social total más allá de la fábrica está profundamente viciada. La opinión de que lo que está bien y es bueno para los sindicalistas militantes de la fábrica Cowley está bien y es bueno para la ciudad y, por extensión, para la sociedad en general es demasiado simplista. Es necesario desplegar otros niveles y tipos de abstracción si queremos que el socialismo rompa sus vínculos locales y se convierta en alternativa viable al capitalismo como modo de funcionamiento de las relaciones de producción y de las relaciones sociales. Pero hay algo igualmente problemático en la imposición de una política guiada por la abstracción a personas que durante muchos años han dado su vida y su trabajo de una manera particular y en un lugar determinado.

En consecuencia, ¿qué tipos de abstracción deberían desplegarse? ¿Y qué podría suponer el ser fiel a las abstracciones y no a las personas reales? Bajo estas cuestiones surgen otras. ¿Qué es lo que constituye una reivindicación privilegiada del conocimiento y cómo podemos juzgar, entender, adjudicar y quizá superar diferentes conocimientos interpretados en niveles de abstracción muy distintos y bajo condiciones materiales radicalmente diferentes?

## Raymond Williams y la política de la abstracción

Todas éstas son cuestiones que preocupaban a Raymond Williams, y que irrumpen una y otra vez en su obra; aunque, por razones que pronto se verán, están mucho mejor articuladas en sus novelas que en sus escritos sobre teoría cultural. Debería aclarar que no pretendo elevar a Williams a parangón de virtudes en estas cuestiones. De hecho, acepto las críticas de que cuanto más se acerca en sus teorías a lo que podríamos denominar «holismo cultural» –la opinión de que la cultura debe entenderse como un «modo de vida completo» y que las prácticas sociales deben interpretarse como «elementos indisolubles de un proceso material y social continuo»– más se acerca a una visión organicista del orden social –una «comunidad» caracterizada por cierta «estructura del sentimiento» como «modo de vida to-

tal»– que no puede sino excluir a los de fuera y en algunos aspectos oprimir también a los de dentro. Las intervenciones críticas de Said (1989) y Gilroy (1987) señalan firmemente la dificultad con respecto a los de fuera, de tal modo que el segundo acusa a Williams de complicidad con el colonialismo y el imperialismo metropolitanos por estar situado dentro de las «estructuras de sentimiento» asociadas con el respaldo de la clase trabajadora al imperio británico. Una opinión puramente organicista hace igualmente difícil examinar las múltiples fuerzas de opresión y dominio existentes en la configuración cultural. Se reconoce en general que Williams no es en ningún momento suficientemente sensible a las cuestiones de género, por ejemplo, (aunque, nuevamente, él sentía que manejaba con mucha más firmeza tales cuestiones en sus novelas que en su teoría). La crítica comprensiva y constructiva de Roman (1993) a algunas de las trampas en las que a veces parece caer Williams pone de manifiesto, desde una perspectiva feminista y racialmente más sensible, parte de los peligros así como de las oportunidades que Williams crea. No cabe duda, tampoco, de que la renuencia de Williams a abandonar la «experiencia vivida» lo lleva a aceptar, como ha señalado Hall (1989, p. 62), una «noción bastante empirista de la experiencia», como si no hubiera nada problemático en tomar la experiencia cotidiana como base directa para la interpretación teórica. La reticencia de Williams a este respecto ha llevado incluso a algunos críticos a concluir, erróneamente en mi opinión, que Williams no realizó ninguna contribución teórica, salvo dar a las ideas de Gramsci sobre la hegemonía un periodo de vida nuevo y algo más matizado (Snedeker, 1993). Pero surge en esto cierta paradoja, porque también es cierto que la influencia de Williams, a pesar de todos los supuestos defectos, «mantiene su fuerza en los estudios culturales contemporáneos, que hacen hincapié en las contrahegemonías de los movimientos feministas, del Tercer Mundo y de la clase trabajadora» (Snedeker, 1993, p. 113).

No intentaré aquí defender ni ofrecer una crítica sistemática a las controvertidas posiciones de Williams en los ámbitos de la política y la cultura (en las recopilaciones editadas por Eagleton, 1989, y Dworkin y Roman, 1993, se pueden encontrar análisis más extensos). Pero hay dos elementos cruciales referentes a su obra que pueden explicar por qué muchos de los que lo critican más enérgicamente se encuentran a menudo volviendo a las formulaciones hechas por él. El primero hace referencia al modo dialéctico en el que se formulan sus conceptos. Considérese, por ejemplo, el siguiente fragmento:

> En la mayoría de las descripciones y de los análisis, la cultura y la sociedad se expresan en un tiempo pasado habitual. El obstáculo más fuerte para el reconocimiento de la actividad cultural humana es esta conversión inmediata y regular de la experiencia en productos acabados. Lo que es defendible como procedimiento en la historia consciente, en la que dadas ciertas premisas se puede considerar que muchas acciones han terminado definitivamente, se proyecta habitualmente, no sólo sobre la sustancia siempre moviente del pasado, sino sobre la vida contemporánea, en la que las relaciones, las instituciones y las formaciones en las que seguimos activamente implicados se convierten, por este modo de proceder, en todos formados en lugar de procesos en formación y formativos. El análisis se centra entonces en las relaciones entre estas instituciones, formaciones y experiencias producidas, de forma que ahora, como en ese pasado producido, sólo existen las formas fijas explícitas, y la presencia viva está siempre, por definición, retrocediendo (Williams, 1977, pp. 128-129).



Williams no es inmune a la tendencia a producir concepciones alienadas que ejemplifican «todos formados» que dominan sobre «los procesos en formación y formativos». Pero ciertamente en este fragmento declara una fuerte preferencia por las interpretaciones dialécticas que dan prioridad a la comprensión de los procesos sobre las cosas, de forma que cualquier noción organicista de la comunidad, por ejemplo, está necesariamente atemperada por el conocimiento de los complicados flujos y procesos que la sostienen. Williams traza aquí un terreno de posibilidades teóricas en el que la reducción de las relaciones entre personas a relaciones entre conceptos se puede cuestionar continuamente, mientras que nuestro conocimiento de las relaciones, las instituciones y las formas puede mantenerse vivo al centrar la atención en los procesos que las producen, las sostienen o las disuelven.

El segundo aspecto es que la manera de «imbricación» *[embeddedness]* (como algunos sociólogos contemporáneos [como Granovetter, 1985] denominan a la acción política en lo que a los antropólogos les gusta denominar «cultura íntima» [Lomnitz-Adler, 1991]) es simultáneamente potenciadora y problemática. Pero también se deduce que las abstracciones a las que apelamos no pueden entenderse con independencia de aquello en lo que se integre la actividad política y teórica, y de aquello con lo que la vida social guarda intimidad. El estudio de algunas de las formulaciones de Williams puede ser extremadamente útil a este respecto, ya que usa y cuestiona sistemáticamente en toda su obra la idea de imbricación y de cultura íntima. A continuación, prestaré especial atención al modo en que Williams trata el medio ambiente, el espacio y el lugar como conceptos clave que ayudan a definir el significado de estas ideas.

## La novela como historia medioambiental

> Apoya tus dedos en esta piedra arenisca cubierta de líquenes. Con esta piedra y esta hierba, con esta tierra roja, este lugar fue recibido y hecho y rehecho. Sus generaciones son distintas, pero de repente todas están presentes.
>
> Williams, 1990, p. 2

Así acaba la declaración inicial de ambos volúmenes de la última e inconclusa novela de Williams, *People of the Black Mountains*. La narración empieza en el 23000 a.C y atraviesa periodos de enorme cambio medioambiental y social. El segundo relato, por ejemplo, está ambientado al borde de la gran capa de hielo que rodeaba las Montañas Negras de Gales en el 16000 a.C, el punto de máxima glaciación. Los episodios siguientes contemplan la llegada de la agricultura sedentaria, la escritura y otros momentos clave de transformación del entorno físico y social mediante la acción humana. Las primeras reconstrucciones se basan principalmente en la historia arqueológica, paleontológica y medioambiental (la lista de fuentes proporcionada al final del segundo volumen es verdaderamente extensa), mientras que los periodos posteriores se basan más en el trabajo de los historiadores económicos, sociales y culturales, haciendo que esta narración esté firmemente enraizada en las realidades materiales identificadas por la investigación en una amplia gama de disciplinas. En un episodio tras otro, se da vida imaginaria a la gente que atravesó ese lugar y luchó en él.

¿Por qué iba uno de los más eminentes pensadores socialistas británicos, en la última obra que emprendió, a escribir sobre la historia social y medioambiental de las Montañas Negras? Presumiblemente una respuesta parcial a esa pregunta radica en la insistencia de Williams en que los seres sociales nunca pueden escapar a su imbricación en el mundo de la naturaleza y que ninguna concepción de la acción política, en último término, podría permitirse abstracciones que no abarcasen ese hecho. El término «naturaleza» era, por consiguiente, clave para Williams (1983, p. 219), quizá «la palabra más compleja de la lengua», ya que la idea de ella «contiene, aunque a menudo pase desapercibida, una extraordinaria cantidad de historia humana [...] complicada y cambiante, como cambian otras ideas y experiencias» (Williams, 1980, p. 67). En consecuencia, una investigación de la historia medioambiental así como del cambio en las concepciones de la naturaleza proporcionaría un modo privilegiado y convincente de investigar y entender el cambio social y cultural. Williams interpreta lo social y lo medioambiental dialécticamente, como distintos lados de la misma moneda. Una firme atención al aspecto medioambiental pondría sin duda de relieve ciertos rasgos que de otra manera podrían perderse. Su materialismo y su realismo crítico siempre consideran que el trabajo (lo que él en otro lugar denomina el «medio de vida») –entendido ampliamente como una actividad culturalmente creativa y que permite vivir– es el proceso fundamental mediante el cual se constituyen nuestra relación con el mundo de la naturaleza y nuestro entendimiento del mismo. «En cuanto empezamos a hablar de hombres que mezclan su labor con la tierra, nos encontramos con todo un mundo de nuevas relaciones entre el hombre y la naturaleza, y separar la historia natural de la historia social se vuelve extremadamente problemático» (Williams, 1980, p. 76). Tal opinión



dialéctica y transformadora de cómo se conectan relaciones sociales concretas con nuevos modos de mezclar el trabajo y la tierra no es específica de Williams. Recuerda, por ejemplo, a las opiniones manifestadas por Marx y Engels de que «mientras existan los hombres, la historia de la naturaleza y la historia de los hombres estarán mutuamente condicionadas», porque «al actuar sobre el mundo externo y cambiarlo, cambiamos al mismo tiempo nuestra propia naturaleza» (Marx, 1967, p. 173). William Cronon (1983, pp. 13-14), el decano del movimiento contemporáneo a favor de crear una forma de historia específicamente medioambiental, plantea un argumento similar:

> Una historia ecológica empieza por asumir una relación dinámica y cambiante entre el medio ambiente y la cultura, tan capaz de producir contradicciones como continuidades. Además, supone que las interacciones de ambos son dialécticas. El medio ambiente puede inicialmente modelar la gama de opciones de las que las personas disponen en un momento dado pero a su vez, al responder a estas opciones, la cultura remodela el medio ambiente. El medio ambiente remodelado ofrece un nuevo conjunto de posibilidades de reproducción cultural, estableciendo así un nuevo ciclo de determinación mutua. Los cambios en la forma que las personas tienen de crear y recrear su medio de vida debe analizarse en función no sólo de los cambios experimentados en sus *relaciones sociales* sino también en las *ecológicas*.

Pero la historia medioambiental de las Montañas Negras no es algo que evolucione puramente en el lugar. La novela es también una historia de influencias migratorias y colonizaciones que oleada tras oleada sitúan a la historia de las Montañas Negras en una matriz de espacialidad, constituida por los flujos y los movimientos que laten en Europa y más allá de ella. La especificidad, o lo que Williams denomina con afecto la «dulzura del lugar», se construye mediante el desarrollo en ese lugar de las intervenciones y las influencias del exterior. Los tres temas del lugar, el espacio y el entorno están firmemente entretejidos en esta novela particular como elementos inseparables en los procesos complejos de la transformación social y medioambiental.

¿Pero por qué escoger la novela como vehículo para explorar estos temas? ¿Por qué no escribir directamente una historia medioambiental, o hacer descansar el contenido en los abundantes materiales en los que Williams se basa? Pienso que hay dos razones. La primera se especifica explícitamente una y otra vez en las novelas, mientras los personajes principales reflexionan sobre la naturaleza del conocimiento y sobre las interpretaciones que ellos sostienen. En *People of the Black Mountains* (vol. 1, pp. 10-12) encontramos a Glyn –la persona a través de la cual las voces y los relatos del pasado se vuelven históricamente presentes– buscando a su tío perdido

en las montañas, reflexionando así sobre las vastas bibliografías reunidas por diferentes disciplinas sobre el lugar:

> Pero los exámenes incorporados a estas disciplinas tenían sus propios puntos débiles [...] Reducían lo que estaban estudiando a un procedimiento interno; en los casos peores, lo reducían a material para una carrera adjunta. Si se estudiaban en serio las vidas y los lugares, se exigía por completo un poderoso apego a las vidas y a los lugares. La maqueta de poliestireno y sus equivalentes textuales y teóricos siguieron siendo diferentes del fondo que reconstruían y simulaban [...] En los libros y en los mapas que tenía en la biblioteca, o en la casa del valle, había una historia común que podía traducirse a cualquier parte, en una comunidad de pruebas e investigaciones racionales. Pero no tenía más que trasladarse a las montañas para que se afirmara un tipo distinto de mente: tercamente nativa y local, pero que iba más allá, hasta un flujo común y más amplio, donde el tacto y la respiración sustituían a los documentos y a los análisis; no la historia en cuanto narrativa sino las historias en cuanto vidas.

Se trata de un tema muy familiar en todas las novelas de Williams (y es interesante señalar que presagia el movimiento que se produjo dentro de la historia, pasando de la narrativa a la forma de relato). En *Border Country* encontramos de manera similar a Matthew Price, como Williams, educado en Cambridge e hijo de un guardavías de una comunidad rural galesa, pero ahora situado en la ficción como profesor de historia económica en la Universidad de Londres. Su obra sobre los movimientos de población en el Gales del siglo XIX ha llegado a un punto muerto. Los datos están, pero falta algo:

> Las técnicas que he aprendido tienen la solidez y la precisión de los cubos de hielo, mientras se mantiene una temperatura dada. Pero es una temperatura que no puedo mantener realmente: la puerta de la nevera no hace más que abrirse. Difícilmente se trata de un movimiento de población desde Glynmawr a Londres, sino de un cambio de sustancia, como debe de haber sido para ellos, cuando dejaron sus aldeas. Y las formas de medir esto no sólo están fuera de mi disciplina. Están en otra parte completamente distinta, que puedo *sentir pero no manejar, tocar pero no captar* (Williams, 1988a, p. 10; la cursiva es mía).

La implicación es suficientemente clara y se aplica con gran fuerza a la propia obra de Williams. Preocupado como siempre estuvo por las vidas vividas de las personas, la forma novelística le permite representar las cualidades diarias de esas vidas de maneras que no se pueden manejar o captar por otros medios. Por consiguiente, si bien por una parte Williams insistía en que sus novelas no deberían



considerarse aparte de su teorización cultural, también estaba dispuesto a admitir que algunos temas le resultaban más fáciles de explorar en ellas que en su obra teórica (Williams, 1989a, p. 319).

Pero pienso que existe otra razón para elegir la forma novelística. Él siempre quiere resaltar que las decisiones personales y particulares tomadas en condiciones dadas son la verdadera esencia del cambio histórico-geográfico. La novela no está sometida a límites como lo están otras formas de pensamiento más analíticas. Hay siempre opciones y posibilidades, tensiones y diferencias perpetuamente irresueltas, sutiles cambios en las estructuras de sentimiento, todos los cuales van a alterar las condiciones del debate y de la acción política, incluso bajo las condiciones más difíciles y calamitosas. Ésta es precisamente la razón por la que Williams admiraba el teatro de Brecht. Brecht, decía, descubrió:

> formas de promulgar verdaderas alternativas: no como en el drama tradicional, mediante la personificación de alternativas en personajes opuestos, sino mediante su personificación en una persona, que vive de una manera y luego de otra, y nos invita a sacar nuestras propias conclusiones (Williams, 1981, p. 157).

Esto significa, señala a continuación, que «no hay una resolución impuesta, la tensión está ahí hasta el final, y se nos invita a considerarla». Todos los personajes principales de Williams viven esa tensión. Los relatos de los habitantes de las Montañas Negras también tratan precisamente de eso. Políticamente, esto permite a Williams recordarnos de qué modo estas personas, en virtud de las decisiones que tomaron y de la manera en que vivieron su vida, están «todas históricamente presentes». Su objetivo es la atribución de poder en el presente, mediante la celebración de la fuerza y de la capacidad para sobrevivir. Pero no sólo eso:

> La crisis que me provocó la muerte de mi padre, que era socialista y guardavías –no he podido explicarle esto adecuadamente a la gente, quizá lo expliqué en parte en mi novela *Border Country*– era la sensación de una cierta derrota de *una idea de valor*. Quizá fuera una respuesta poco razonable. De acuerdo, murió, murió demasiado pronto, pero los hombres y las mujeres fallecen. Aunque al final fue muy difícil no verlo como una víctima. Supongo que fue este tipo de experiencia la que me devolvió a la novela histórica que ahora estoy escribiendo, *People of the Black Mountains,* acerca de los movimientos de la historia a lo largo de un extenso periodo, en un lugar particular de Gales. Y esta historia es un documento de [...] derrota, invasión, victimización y opresión. Cuando uno ve lo que les hicieron a las personas que físicamente son mis ancestros, siente que es casi increíble [...] Las derrotas se han producido una y otra vez, y lo que mi novela intenta explorar, por consiguiente, es sencillamente la condición de todo lo que consiguió

sobrevivir. No es una cuestión de mera respuesta patriótica: somos galeses, seguimos aquí. Es la infinita elasticidad, incluso el retorcimiento, con los que la gente ha conseguido resistir en condiciones profundamente desfavorables, y *la llamativa diversidad de creencias en las que han expresado su autonomía. Una sensación de valor que se ha abierto camino a través de diferentes tipos de opresión de diferentes formas [...] una personificación impregnada e indestructible pero también cambiante de las posibilidades de la vida común* (Williams, 1989a, pp. 321-322; la cursiva es mía).

La imbricación que Williams desea celebrar aquí es la capacidad de los seres humanos, en cuanto seres *sociales,* de perpetuar y alimentar en su vida diaria y en sus prácticas culturales la *posibilidad* de ese sentido del valor que busca un elemento común para la vida social incluso en medio de una asombrosa heterogeneidad de creencias. Pero el mantenimiento de dicha sensación de valor depende crucialmente de cierto tipo de relación interpersonal que normalmente se produce en lugares determinados.

## La dialéctica del espacio y del lugar

¿Qué construyó entonces la gente en las Montañas Negras? Era un lugar que estaba siendo «recibido y hecho y rehecho». ¿Pero qué significaba el «lugar» para Williams? No es ninguna de sus palabras clave (aunque «comunidad», a la que en general se da en su obra una connotación ligada al lugar, sí). No obstante:

> Una nueva teoría del socialismo debe implicar de manera fundamental el *lugar.* Recuérdese que el argumento era que el proletariado no tenía país, el factor que lo diferenciaba de las clases propietarias. Pero se ha demostrado que el lugar es un elemento crucial del proceso de establecimiento de lazos –en mayor medida para las clases trabajadoras que para las capitalistas– por la explosión de la economía internacional y los destructivos efectos de la desindustrialización sobre las viejas comunidades. Cuando el capital se ha trasladado, la importancia del lugar se revela con mayor claridad (Williams, 1989a, p. 242).

La imbricación de la acción política de la clase trabajadora se encuentra, de acuerdo con esta explicación, principalmente en el «lugar». En sus novelas, sin embargo, el significado del lugar se aclara especialmente, dado que es casi como si los procesos de creación y disolución de lugares –nuevamente una concepción muy dialéctica si la comparamos con la entidad formada de un lugar real– se convierten en agentes activos en la acción. Pero la constitución del lugar no puede abstraerse de los patrones



cambiantes de las relaciones espaciales. Esto se establece bien en *People of the Black Mountains* y fue, por supuesto, el principio rector que permitió a Williams construir el análisis literario increíblemente rico desplegado en *The Country and the City.* Pero esta relación material se presenta aún con mayor viveza en el episodio de la huelga en *Border Country:* la conciencia política en una comunidad aldeana galesa, atravesada por una línea férrea a lo largo de la cual fluyen mercancías e información, se transforma en virtud de su relación con la huelga de mineros de Gales del Sur, sólo para al final acabar siendo liquidada por las decisiones tomadas en Londres. En un ensayo sobre la huelga general de 1926, Williams (1989a, pp. 1065-1066) deja claro cómo tomó forma el episodio de *Border Country,* tras varias largas conversaciones con su padre. Después refleja la estructura del problema como sigue:

> Estos hombres de una estación situada en medio del campo eran trabajadores de la industria, sindicalistas, un pequeño grupo en medio de una economía primordialmente rural y agrícola. Todos ellos, como mi padre, mantenían aún vínculos con esa vida agrícola [...] Al mismo tiempo, por la mera existencia del ferrocarril, con los trenes que venían de las ciudades, de las fábricas, de los puertos, de las minas de carbón, y por la existencia del teléfono y el telégrafo, especialmente importantes para los guardavías, que mediante ellos mantenían una comunidad con otros guardavías en una amplia red social, hablando de otras cosas aparte de su trabajo con hombres a los que probablemente nunca vieran en persona pero a los que conocían muy bien por la voz, por sus opiniones y por sus relatos, formaban parte de una clase trabajadora industrial moderna.

La razón del episodio huelguístico es demostrar que se alcanza algo especial, en este caso la percepción de la conciencia de clase y la comprensión de la *posibilidad* (y esta palabra siempre acecha en los márgenes de todos los análisis de Williams) de que se dé una alternativa real. Pero a esta posibilidad se llega precisamente interiorizando en ese lugar y esa comunidad particulares los impulsos procedentes del exterior. Cómo se transformaron e interiorizaron esos impulsos externos es una «estructura de sentimiento» muy local y una parte crucial del relato. Algo muy especial ocurrió en el Glynmawer de ficción (la huelga, narra, había aumentado las perspectivas de mejora común «hasta una intensidad práctica extraordinaria» [Williams, 1988a, p. 153]) y en la Pandy real, dando al socialismo un significado de orden especialmente elevado, convirtiendo así la tragedia de su traición desde fuera en algo especialmente devastador.

Pero en todo esto se produce un flujo contrario. Tras el fracaso de la huelga, uno de sus líderes más dinámicos, Morgan Prosser, se dedica a los negocios hasta convertirse en el mayor empresario del valle, sólo para acabar siendo absorbido por el gran capital empresarial. Morgan dice:

> Este lugar está acabado, como lo estaba. Lo que importa de ahora en adelante no son los campos, ni las montañas, sino la carretera. No habrá aldea, en cuanto lugar en sí mismo. Existirá simplemente un nombre que uno atraviesa, casas a lo largo de la carretera. Y ahí viviréis, fíjate. Al lado de una carretera (Williams, 1988a, p. 242).

Aunque Morgan siempre profesa la voluntad de abandonar sus modos empresariales si se puede encontrar otra alternativa verdadera de mejora común, fomenta la incansable opinión de que la única opción es «instalarse» en el lugar y tomar lo que viene, o interiorizar lo que se pueda obtener de las fuerzas externas en acción y usarlas para su ventaja particular, personal o del lugar.

En *The Fight for Manod,* esta interiorización de los valores capitalistas ligada al lugar se hace aún más clara. Dice Peter Owen, el sociólogo radical atraído a ver lo que podría significar una nueva ciudad construida en el apartado y atrasado Manod, en Gales, «la historia real está allí en el maldito centro: el eje Birmingham-Dusseldorf, con sus oficinas en Londres, Bruselas, París, Roma». «Lo que siempre nos separa es este dinero de fuera», se queja Gwen, un residente local (Williams, 1988b, p. 140). A medida que sale a la luz el relato de la adquisición secreta de terrenos por una empresa, vemos que el capitalismo sin rostro ejerce en todos una influencia profundamente corruptora:

> Las empresas. Y después la distancia, la obviedad diaria de la distancia, entre ese camino de Manod, todos los problemas inmediatos de Gwen e Ivor y Trevor y Gethin y los demás: la distancia entre ellos y este registro mercantil, pero al mismo tiempo las relaciones son tan sólidas, están tan registradas. Las transacciones les llegan directamente. No sólo como fuerza externa sino como fuerza a la que se han unido, de la que ahora forman parte. Pero aun así una fuerza a la que no le interesa nada de ellos, que simplemente avanza como le parece (Williams, 1988b, p. 153).

Lo que sigue para Matthew es la amarga percepción de que: «Seguir lo que parecen nuestros intereses, como estos agricultores están haciendo en Manod, no va en contra [de este proceso] sino que forma parte de él; es su reproducción local» (Williams, 1988b, p. 153). Todo esto plantea agudos problemas de identidad política, dependiendo de la gama espacial en la que se consideren posible el pensamiento y la acción políticos:

> «Éste es Tom Meurig –dijo Peter–. Vive en Llanidloes o en Europa, no recuerdo exactamente.» Tom Meurig rió [...] «No puede decidir –dijo Peter– si proclamar una federación inmediata de los pueblos celtas, con pertenencia honoraria para los vascos, o si simplemente conquistar Europa, con este nuevo socialismo comunitario que han estado soñando en los montes.» «Uno de los dos –alegó Meurig– o la tercera posibilidad: llevar a uno de los nuestros al Consejo del Distrito» (Williams, 1988b, p. 133).



El humor de esa conversación oculta una increíble tensión. Resulta que la interiorización de estas fuerzas externas en Manod depende crucialmente de situar en el Consejo del Distrito un agricultor que disponga de conocimiento privilegiado de los planes tramados en otra parte. El lugar pertinente y la gama de acción política (así como la acción de la novela) no pueden resolverse fuera de una forma especialmente dialéctica de definir las lealtades con el lugar a través del espacio. Y dentro de tales lealtades siempre encontraremos una tensión peculiar entre la resistencia y la complicidad.

Williams intenta incorporar más directamente el «lugar» a la teorización socialista. La frase clave aquí es lo que él denomina «particularismo militante». Quiero prestar especial atención a esta idea, porque capta algo muy importante sobre la historia y las perspectivas del socialismo, al menos tal y como Williams las veía. Williams (1989a, pp. 249, 115) reflexiona lo siguiente:

> El carácter específico y extraordinario de la autoorganización de la clase trabajadora ha sido el intento de conectar de una manera muy especial las luchas particulares con una lucha general. Se ha propuesto, como movimiento, hacer real lo que a primera vista es la extraordinaria afirmación de que la defensa y el avance de ciertos intereses particulares, adecuadamente reunidos, constituyen de hecho el interés general.

Los ideales forjados a partir de la experiencia afirmativa de solidaridades en un lugar se generalizan y universalizan a modo de modelo de funcionamiento de una nueva forma de sociedad que beneficiará a toda la humanidad. A eso se refiere Williams con el «particularismo militante», que considera profundamente arraigado en la historia del socialismo progresista en Reino Unido así como en una «parte muy significativa de la historia de Gales». No es difícil generalizar el argumento, aún cuando el propio Williams era reacio a abandonar las particularidades y las especificidades de lugares reales como base fundamental para su pensamiento. Después de todo, los revolucionarios franceses proclamaron las doctrinas de «los derechos del hombre»; el movimiento obrero internacional proclamó la transición mundial al socialismo para beneficio de todos; el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos articuló una política de justicia racial universal; ciertas tendencias del feminismo y del movimiento ecologista contemporáneos proyectan su particularismo militante como base para una amplia reconstrucción social que nos beneficie, o incluso nos salve, a todos.

Williams parece sugerir que muchas formas de compromiso político, si no todas, tienen su base en un particularismo militante basado en estructuras de sentimiento específicas como las halladas en Cowley. Pero la dificultad es

que porque había empezado como local y afirmativa, suponiendo una ampliación sin problemas de su propia experiencia local y comunitaria a un movimiento mucho más general, siempre fue insuficientemente consciente de los obstáculos tan sistemáticos que se presentaban por el camino (Williams 1989a, p. 115).

Tales obstáculos sólo podían entenderse mediante abstracciones capaces de afrontar procesos inaccesibles para la experiencia local directa. Y ahí está el truco. El paso de las solidaridades tangibles entendidas como patrones de la vida social organizada en comunidades afectivas y conocibles a un conjunto más abstracto de concepciones que tengan alcance universal implica un paso de un nivel de abstracción –adscrito al lugar– a otro nivel de abstracciones capaz de atravesar el espacio. Y en ese paso, es inevitable que se pierda algo. «Y ahí entraba, necesariamente –señala Williams con tristeza– la política de la negación, la política de la diferenciación, la política del análisis abstracto. Y éstos, nos gustaran o no, eran ahora necesarios hasta para entender lo que estaba ocurriendo». Hasta el lenguaje cambia, pasando de palabras como «nuestra comunidad» y «nuestra gente» en las minas de carbón a «la clase trabajadora organizada», el «proletariado» y las «masas» de las metrópolis donde se debaten acaloradamente las abstracciones (Williams, 1989c, p. 293).

El paso de un mundo conceptual, de un nivel de abstracción a otro, puede poner en peligro la sensación de valor y de propósito común que cimienta el particularismo militante alcanzado en lugares específicos:

> El descubrimiento más triste fue encontrar que en mí mismo [...] se había producido la forma más crucial de imperialismo. Es decir, en la que partes de tu mente son ocupadas por un sistema de ideas, un sistema de sentimientos, que emanan realmente del centro de poder. En el fondo de tu mente, y en el fondo de la comunidad oprimida y privada, hay elementos reproducidos del pensamiento y del sentimiento del centro dominador [...] Si esa política negativa es la única política, entonces supone la victoria definitiva de un modo de pensar que me parece el producto supremo de la sociedad capitalista. Sea cual sea su denominación política, es un modo de pensamiento que realmente ha convertido las relaciones entre los hombres en relaciones entre cosas o relaciones entre conceptos (Williams, 1989a, p. 117).

Esta tensión entre los diferentes niveles y tipos de abstracción a los que los individuos apelan necesariamente para entender su relación con el mundo es particularmente vívida en sus novelas, a menudo interiorizadas en las emociones contrarias de los protagonistas. En *Border Country,* Matthew se lleva al mundo más amplio ese nombre dado por su padre, pero en Glynmawr siempre lo conocen por Will, el nombre que su madre deseaba. La dualidad de esa identidad –¿quién es él, Matthew o



Will?– está en perpetuo funcionamiento en toda la novela. Atrapado en esa dualidad, se hace casi imposible encontrar un lenguaje con el que hablar:

> Se formó en el desapego: el propio lenguaje, sistemáticamente abstracto y generalizador, lo apoyaba en esto. Y el desapego era real de otra manera. Se sentía, en esta casa, a un tiempo un hijo y un extraño. No podía hablar como ninguno de los dos; no podía realmente hablar como él mismo en absoluto, sino sólo con los términos que este patrón le ofrecía (Williams, 1988a, p. 83).

La tensión se registra incluso en el modo en el que se recuerda un paisaje conocido:

> Una cosa era llevar su imagen en la mente, como la llevaba, a todas partes, sin que pasara un día en el que no cerrara los ojos y lo volviera a ver, su paisaje único. Y otra era levantarse y mirar la realidad. No era menos hermosa; cada detalle de la tierra ofrecía su antigua emoción. Pero no estaba inmóvil, como lo había estado la imagen. Ya no era un paisaje o una vista, sino un valle que la gente usaba. Al mirar se dio cuenta de lo que había ocurrido al irse. El valle en cuanto paisaje había sido tomado, pero su obra olvidada. El visitante ve la belleza: el habitante, un *lugar* en el que trabaja y tiene amigos. Lejos, cerrando los ojos, había seguido viendo este valle, pero como lo ve el visitante, como lo ve la guía de viajes: este valle, en el que había transcurrido más de la mitad de su vida (Williams, 1988a, p. 75).

Esta distinción entre la «mirada del turista» y las vidas transcurridas en un lugar es vital para Williams. Las vidas vividas y la sensación de valor adjunta a ellas se integran en un entorno activamente moldeado y conseguido mediante el trabajo, el juego, y una amplia gama de prácticas culturales. Existe aquí una profunda continuidad entre el entorno medioambiental de *Border Country* y la historia medioambiental más explícita de *People of the Black Mountains*. Sólo al final de la primera puede Matthew/Will reunir, quizá reconciliar, las diferentes estructuras de sentimiento que surgen de la mente que se afirma caminando por las montañas y el conocimiento alcanzado mediante las «maquetas de poliestireno y sus equivalentes teóricos»: «ahora parece el final del exilio. No el retorno, sino el sentimiento de que termina el exilio. Porque la distancia se mide, y eso es lo que importa. Al medir la distancia, llegamos a casa» (Williams, 1988a, p. 351).

Una y otra vez brota en las novelas de Williams la misma dualidad. La batalla entre diferentes niveles de abstracción, entre particularidades de lugares específicamente interpretadas y las abstracciones necesarias para llevar esas interpretaciones a un ámbito mayor, la lucha por transformar el particularismo militante en algo más

sustancial en la escena mundial del capitalismo; todos estos elementos se convierten en las líneas centrales de contradicción y tensión que alimentan el guión de las novelas. *Loyalties* gira crucialmente en torno a dichas tensiones. Y en esa novela contemplamos una exploración mucho más profunda de ciertos dilemas que la que se capta en cualquiera de las obras teóricas.

## Cuestión de lealtades

La historia de *Loyalties* empieza con una reunión en 1936 entre mineros galeses y estudiantes de la Universidad de Cambridge, en una granja de Gales, para buscar medios comunes de lucha contra el fascismo en España. De esa reunión surge una relación breve y apasionada entre una muchacha galesa, Nesta, con asombrosos talentos artísticos, y Norman, un joven estudiante de Cambridge de clase alta. La cuestión de sus lugares específicos, tanto materialmente como en la estructura de la sociedad, surge de inmediato. Ella mantiene que el lugar, Danycapel, la ha convertido en lo que es; él acepta amablemente que entonces se debe de tratar de un buen lugar, pero enseguida la insta a no aferrarse a él. Ella se queda allí el resto de su vida –una mujer arraigada en un cierto lugar que la ha alimentado y al que ella sigue alimentando– mientras que él vuelve a un mundo más cosmopolita, internacionalista y aparentemente desarraigado, de intriga política internacional y de investigación científica. Aunque nunca vuelven a hablar tras sus breves encuentros iniciales, la novela gira en torno al mantenimiento de la tensión entre ellos, principalmente en la figura de Gwyn, el hijo nacido de la unión entre dos posiciones de clase y de sexo –una estrechamente ligada al lugar y la otra que se mueve más ampliamente por el espacio– dentro de una política supuestamente común definida en gran medida por el Partido Comunista. Gwyn, como Matthew Price en *Border Country,* interioriza la tensión: criado en el lugar donde vive Nesta, acaba yendo a estudiar a Cambridge, en parte por la insistencia de la hermana de Norman, que desempeña una crucial función de enlace, al alimentar una relación familiar con Gwyn de la que en general Norman se desentiende.

La política ligada al lugar que surge de la experiencia de solidaridades de clase y relaciones entre los sexos en Gales es radicalmente distinta de las concepciones más abstractas que sostienen los académicos y los líderes del partido. Debería señalarse que no se trata de una diferencia entre provincianismo y universalismo. El minero, Bert, que finalmente se casa con la madre de Gwyn y se convierte en su verdadero padre, lucha en España junto a otros trabajadores y estudiantes. Cuando el estudiante, que estaba cerca de Norman en Cambridge, muere en acción, Bert adquiere sus binoculares (¿un terreno de visión simbólico?) para entregárselos a Gwyn sólo en su lecho de muerte. Bert también combate en la Segunda Guerra



Mundial (catalogada como «la guerra suprema contra el fascismo») y sufre en Normandía una terrible herida que le desfigura permanentemente el rostro; Bert porta para siempre en el cuerpo las marcas de sus compromisos internacionalistas.

Norman, el padre biológico de Gwyn, mora en un mundo distinto y da una forma radicalmente diferente a las lealtades al Partido y a la causa. Quizá basado en Burgess, Maclean, Philby y Blunt (el grupo de Cambridge cuyos miembros se convirtieron en agente soviético durante la década de 1930), Norman está implicado en la entrega de conocimientos científicos a las potencias comunistas, sufriendo interrogatorios y perpetuas presiones mentales, adquiriendo cicatrices mentales internas cuando se angustia sobre si conservar, en un mundo de Guerra Fría en el que la conciencia podría dictar otro curso de acción, las lealtades contraídas en una era en la que éstas tenían sentido. Es interesante que Williams no condene a Norman, aunque el amargo juicio que Bert hace en su lecho de muerte se registra firmemente contra estos ««fugitivos de su clase» – «nos utilizaron [...] ahora sabemos que lo tuvimos que hacer solos». Gwyn se hace eco de esa opinión: Norman y los de su calaña eran los peores «porque implicaron en su traición a lo que debía haber sido la alternativa: su propio partido obrero, su socialismo».

Pero el airado enfrentamiento final de Gwyn con Norman (véase más adelante) es paralelo a un extraordinario arrebato dirigido por su madre contra Gwyn. La ocasión surge cuando ella le muestra dos esbozos que ha mantenido ocultos: uno del joven Norman, rubio y etéreo, y el otro del ya fallecido Bert, sacado tras su vuelta de la guerra, un retrato «terrible más allá de cualquier parecido, como si el rostro ya dañado estuviera siendo aún quebrado y destrozado». Gwyn se conmueve profundamente, pero sólo puede decir lo «intensamente hermoso» que es el segundo retrato:

> Ella se le quedó mirando furiosa. Su rostro y su cuerpo parecían retorcidos por un repentino dolor. Él se desconcertó porque nunca la había visto ni siquiera en un enfado ordinario. Había sido siempre tan contenida, calmada y agradable, siempre más joven de lo que realmente era, serena y ligeramente retraída.
>
> – ¡No es hermoso! –gritó con una voz terrible.
>
> – Mamá, por favor, yo no quería decir eso –se esforzó por decir Gwyn–.
>
> – ¿No entiendes nada? –gritó ella–. ¿No sabes nada? ¿No has aprendido nada?
>
> – Mamá, todo lo que yo quería decir...
>
> – ¡No es hermoso! –volvió a gritar ella–. ¡Es horrible! ¡Es destructivo! ¡Es carne humana rasgada y aplastada!
>
> – Sí. Sí en él. Pero la verdad, que tú vieras la verdad...
>
> – ¡Es horrible, es horrible! –gritó ella, ahora fuera de control (Williams, 1989c, pp. 347-348).

Este violento choque de sensibilidades, de «estructuras de sentimiento» como las llama Williams, lo dice todo. El problema aquí no es sólo el nivel de abstracción en el que se constituye la visión del mundo que se da en la política socialista, sino de las estructuras de sentimiento muy distintas que pueden ir unidas a esos diferentes niveles de abstracción. Gwyn ha adquirido la distancia necesaria para mirar el retrato de su padre como una obra de arte, como un acontecimiento estético, como un objeto de belleza precisamente porque puede captar y representar la fealdad de la desfiguración con un elemento de verdad elemental. Pero a Nesta no es la representación lo que le importa, sino lo que se está representando; el dolor absoluto de eso que siempre sigue siendo fundamental y elemental.

Las dificultades planteadas por la búsqueda de cualquier tipo de distancia crítica se ponen entonces más de manifiesto. En *Border Country,* por ejemplo, Matthew/Will decide subir a la montaña cercana, el Kestrel, y admirar la vista desde arriba. Mirando «el fragmento» en el que ha crecido, sabe que

> no sólo era un lugar, sino las personas, pero desde aquí era como si nadie viviera allí, nadie hubiera vivido nunca allí, y sin embargo, en su quietud, era un recuerdo de sí mismo [...] La montaña tenía esta capacidad de abstraer y aclarar, pero al final él no podía quedarse aquí: debía volver allá abajo, adonde vivía (Williams, 1988b, p. 293).

Y enseguida:

> En el camino de bajada las formas se desvanecían y las identidades ordinarias volvían. La voz de su mente se desvanecía y la voz ordinaria volvía. Como el viejo Blakely que preguntaba, clavando su vara en la hierba. ¿Qué vas a leer, Will? ¿Libros, señor? No, mejor no. Historia, señor. Historia del Kestrel, donde te sientas y ves moverse la memoria, por el ancho valle. Ésa era la sensación: observar, interpretar, intentar aclararlo. Sólo el viento estrechando los aires, y tanta vida en ti, decidir qué vas a ver y cómo lo vas a ver. Nunca por encima, observando. Descubrirás que lo que observas es a ti mismo (Williams, 1988b, p. 293).

El *nivel* de abstracción en el que operan diferentes representaciones es sólo parcialmente vital aquí, porque en estos intercambios hay en juego algo distinto que deriva del tipo de abstracción alcanzable dadas las diferentes maneras de adquirir conocimiento en el mundo. Y a este respecto se da una clara polarización en el argumento de Williams. Ingold (1993, p. 41), en un contexto muy distinto, considera que la oposición se da entre una visión que considera el mundo, o bien una esfera que nos abarca a todos, o bien un planeta al que podemos mirar:

> La local no es una aprehensión más limitada o más estrictamente enfocada que la mundial, sino que descansa en un modo completamente diferente de aprehensión, basado en un compromiso activo y perceptivo de los componentes del mundo habitado, en las actividades prácticas de la vida, y no en la observación desafecta, desinteresada de un mundo aparte. En la perspectiva local el mundo es una esfera [...] centrada en un lugar determinado. Desde este centro de experiencia, la atención de quienes viven allí profundiza cada vez más en el mundo, en busca de conocimiento y entendimiento.



Tanto Bert como Nesta parecen estar siempre extendiéndose desde su lugar centrado –Danycapel–, mientras que Norman siempre intenta entender el mundo de una manera más desafecta, de camino para llegar a sus compromisos políticos. Gwyn interioriza ambas perspectivas y está dividido por pensamientos y sentimientos opuestos. Pero, parece decir Williams, no podemos prescindir de ninguno de los dos tipos de abstracción, como no podemos prescindir de los modos de representación opuestos que necesariamente van unidos a ellos. Williams intenta definir una relación complementaria, incluso dialéctica, entre ambas visiones, aunque me parece evidente en qué lado de dicha oposición se siente más cómodo. Nunca deberíamos olvidar, insiste una y otra vez, la brutal fealdad de la realidad de la experiencia vivida por los oprimidos. No deberíamos estetizar o teorizar como dolores y pasiones sentidos estas realidades vividas fuera de la existencia. Hacerlo es disminuir o incluso perder la ira pura contra la injusticia y la explotación que tanto impulsa la lucha por el cambio social. La visión formulista de que «la verdad es belleza», por ejemplo, merece ser tratada con la ira con la que Nesta se impone.

La cuestión de las lealtades se define, entonces, por el nivel y el tipo de abstracción con los que se formulan las cuestiones políticas. En cuanto fuerza política afectiva y emotiva, las lealtades siempre van unidas a ciertas estructuras de sentimiento concretas. Los personajes más ricos de todas las novelas de Williams son precisamente los que interiorizan lealtades diferentes y opuestas a estructuras de sentimiento radicalmente distintas: Gwyn en *Loyalties* o Matthew Price en *Border Country* y Owen Price en *Second Generation*. Y no es accidental a este respecto que Williams acuda a la forma novelística para explorar los conflictos y las tensiones. La estrategia brechtiana está en todas partes clara, y no sólo sugiere que las tensiones nunca pueden resolverse sino también que nunca deberíamos esperar que se resuelvan. Al mantenerlas perpetuamente abiertas, mantenemos abierto un recurso primordial para el pensamiento creativo, y las prácticas necesarias para alcanzar el cambio social progresista.

Se trata de una formulación contundente de un problema que seguramente muchos de nosotros reconoceremos. Yo ciertamente lo reconozco no sólo como alguien que, como Williams, pasó de un colegio público inglés a la educación en Cambridge, sino también más inmediatamente en la refutada política del proyecto de Cowley. ¿Dónde estaban mis lealtades? Las advertencias de Williams son salu-

dables. La posibilidad de traición acecha, tanto en nuestra cabeza como en nuestras acciones, a medida que nos trasladamos de un nivel de abstracción a otro, o de un tipo de epistemología a otra. Probablemente los representantes sindicales disidentes de la fábrica de coches de Cowley dijeran palabras malsonantes de mí, como las que Bert dice de «los fugitivos de clase» en *Loyalties*. Es interesante que Hayter (aunque todavía más «fugitiva de clase» que yo) insertara en la conclusión las mismísimas palabras duras de un representante de la fábrica: «la traición es un proceso, no un acto individual, y no siempre es consciente». Aunque el comentario no iba dirigido a mí, bien podría haberse hecho a la luz de nuestras discusiones.

Pero traición es un término complejo además de amargo. Permítaseme volver por un momento al relato de ficción de *Loyalties*. He aquí cómo un conocido cercano de Norman lo defiende ante Gwyn:

> – Hay verdaderos actos de traición a grupos a los que uno pertenece. Pero no tienes más que mirar los cambios de alianza y hostilidad, los cambios internacionales y dentro de ellos las complejas alianzas y hostilidades de clase, para saber lo dinámica que se vuelve esta cantidad definible. Hay traidores dentro de una clase a una nación, y dentro de una nación a una clase. Quienes viven en tiempos de lealtades estables son más afortunados que lo fuimos nosotros.
>
> – No sólo en tiempos. En lugares –contestó Gwyn (Williams, 1989c, p. 317).

En cualquier caso, Norman participaba en una investigación científica que había tenido un ámbito de referencia completamente distinto. Esto suponía

> un conflicto dinámico en un campo altamente especializado. Era vital evitar que, mediante el desequilibrio, alcanzara esa fase excepcionalmente peligrosa en la que, por su propia lógica, superase las naciones y las clases y todas las lealtades que cualquiera de nosotros había conocido. Excepto quizá, al final, una simple lealtad a la especie humana (Williams, 1989c, pp. 317-319).

Nada de tal importancia estaba implicado en el caso Cowley, por supuesto. Aunque existe al final de *Loyalties* un giro menor que podría efectuar la conexión. Norman, al que se le permite jubilarse sin descrédito, ha comprado un bosque para salvarlo de la urbanización. Ante la acusación por parte de Gwyn de traición a su clase, de traición a «la moral de la existencia compartida» que subraya el particularismo militante de una comunidad como Danycapel, Norman contesta:

> «Insultas a lo que llamas mi clase, pero a lo que realmente estás insultando es al conocimiento y a la razón. Por la forma de ser de la sociedad, es aquí, entre nosotros, donde se generan las ideas. Así ha sido con el socialismo: tanto las buenas ideas como los errores. Pero hemos empezado a corregirlos, y esto es todo lo que puede hacerse. En razón y en conciencia, nuestro deber ahora no es algo llamado socialismo, es conservar y salvar la Tierra. Pero nada significativo para ninguno de ellos se genera entre lo que tú llamas tus paisanos. De hecho, ésa es, precisamente, su privación. Es también su deficiencia, y entonces qué me pides tú a mí. ¿Que sea leal a la ignorancia, a la miopía, al prejuicio, porque existen entre mis paisanos? ¿Que yo debería quedarme quieto y aceptar la destrucción de la Tierra porque mis paisanos están tomando parte en ella? ¿Y que debería hacerlo por un escrúpulo tradicional, que obligatoriamente debo heredar una deficiencia, una ignorancia común, porque los portadores hablan la misma lengua, habitan la misma isla amenazada? ¿Qué moral, realmente, propones tú en eso?».



La respuesta de Gwyn es realmente incisiva: «Lo que tú pensabas del comunismo, lo que tú piensas ahora de la naturaleza, no es más que una proyección de lo que te conviene. El hecho de que para otros cada creencia sea sustancial meramente te permitía engañarlos» (Williams, 1989c, p. 364).

Por supuesto, la discusión de *Loyalties* no se resuelve. Y pienso que el argumento de Williams es insistir en que nunca se resolverá. Las lealtades contraídas a una escala, en un lugar y en función de una estructura de sentimiento particular no se pueden transferir fácil o simplemente sin transformación o traslación a las lealtades necesarias para convertir al socialismo en un movimiento viable en otra parte o en general. Pero en el acto de traslación se pierde necesariamente algo importante, dejando atrás un residuo amargo de tensión siempre irresuelta.

## Lealtades, identidades y compromisos políticos

Aceptar esto conduce a varias reflexiones políticas incómodas. Permítaseme describirlas de la manera más cruda. La causa socialista en Reino Unido ha estado siempre fomentada por particularismos militantes como los descritos por Williams en Gales y los que yo encontré en Cowley. Podrían reunirse, creo, muchas pruebas históricas para respaldar este argumento. Un volumen reciente de artículos titulado *Fighting Back in Appalachia* (Fisher, 1993) documenta brillantemente la situación en Estados Unidos. Pero esos particularismos militantes –aún cuando pueden reunirse en un movimiento nacional, como lo han hecho en diversos momentos históricos del Partido Laborista británico– son en ciertos sentidos profundamente conservadores, porque descansan en la perpetuación de patrones de relaciones sociales y solidaridades –lealtades– comunitarias alcanzadas bajo un cierto tipo de orden social opresivo e indiferente. Aunque la propiedad pueda cambiar (mediante la na-

cionalización, por ejemplo), las minas y las cadenas de montaje deben seguir funcionando, porque éstas son las bases materiales de las formas de relación social y los mecanismos de solidaridad de clase integrados en lugares y comunidades determinados. La política socialista adquiere su aspecto conservador porque no puede fácilmente provocar la transformación radical y el derrocamiento de los antiguos modos de trabajo y de vida; debe en primera instancia intentar mantener las minas de carbón abiertas y las cadenas de montaje en movimiento a cualquier precio (véase la enmarañada política industrial de los sucesivos gobiernos laboristas británicos en las décadas de 1960 y 1970). ¿Debería lucharse en Cowley por mantener en funcionamiento los puestos de trabajo cada vez más opresivos de la fábrica de coches, o buscar trabajos distintos, mejores, más sanos y más satisfactorios en un sistema de producción distinto y ecológicamente más sensato? En un momento de debilidad y carente de alternativas, la lucha de Cowley se centró necesariamente en el primer objetivo, pero yo tenía la clara impresión de que incluso a largo plazo y bajo la mejor de las circunstancias siempre ocurriría lo mismo en el caso de los obreros fabriles, en el caso de los más fuertemente imbuidos del particularismo militante asociado con el trabajo en la fábrica.

Hay otra manera de expresarlo. ¿Pueden las identidades políticas y sociales forjadas bajo cierto tipo de orden industrial opresivo que opera en un lugar determinado sobrevivir al hundimiento o a la transformación radical de dicho orden? La respuesta inmediata que emitiré es «no» (y nuevamente se me ocurren muchas pruebas que se pueden aportar para respaldar dicha conclusión). Si es así, la perpetuación de esas identidades y lealtades políticas exige la perpetuación de las condiciones opresivas que dieron lugar a ellas. Los movimientos de la clase obrera pueden entonces intentar perpetuar o volver a las condiciones de opresión que los generaron, de la misma forma que mujeres que han adquirido su sentido de sí bajo condiciones de violencia masculina pueden volver a convivir una y otra vez con hombres violentos.

Ese paralelo es instructivo aquí. Es posible, como muchas feministas han sostenido y muchas mujeres han demostrado, romper el patrón, salir de la dependencia. Los movimientos de la clase trabajadora pueden mantener de manera similar un impulso revolucionario y al mismo tiempo asumir nuevas identidades bajo condiciones de trabajo y de vida transformadas. Pero es un proceso largo y duro que necesita mucho trabajo y cuidado. Williams reconoce explícitamente esta dificultad en el análisis que hace de la cuestión ecológica:

> No sirve de nada decirles a los mineros de Gales del Sur que todo lo que los rodea es un desastre ecológico. Ya lo saben. Viven en él. Llevan generaciones viviendo en él. Lo llevan en los pulmones [...] Pero no puedes decir sin más a personas que han dedicado su vida y su comunidad a cierto tipo de producción que todo eso tiene que cambiar. No puedes decirles sin más: salid de las industrias perjudiciales, salid de las industrias peligrosas, hagamos algo mejor. Todo tendrá que hacerse mediante negociación, mediante una negociación equitativa, y habrá que mantenerla ininterrumpidamente a lo largo del camino (Williams, 1989a, p. 220).



La preocupación al final de esa senda de negociación es que los partidos y los gobiernos socialistas sólo consigan debilitar las identidades y las lealtades sociales y políticas que proporcionan el semillero de su propia base (nuevamente, se pueden presentar muchas pruebas de tal hipótesis en Europa occidental desde la Segunda Guerra Mundial). Se podría sostener que el socialismo siempre supone la negación de las condiciones materiales de su propia identidad política. Pero se da el caso de que el capitalismo ha tomado fortuitamente en los pasados veinte años una senda hacia la eliminación de muchos de los particularismos militantes que tradicionalmente han supuesto la base de la política socialista: se han cerrado las minas, se han recortado o cerrado las cadenas de montaje, los astilleros se han quedado en silencio. De esa manera, o bien asumimos la posición que Hayter me manifestó –que el futuro del socialismo en Oxford dependía del resultado de una lucha para conseguir que el empleo masivo en la producción automovilística volviera a Cowley (una opinión que yo no podía aceptar)– o bien tenemos que buscar nuevas combinaciones de viejas y nuevas formas de particularismo militante para cimentar una versión de política socialista muy diferente. No veo más opción que la segunda senda, por muy difícil y problemática que pueda ser. Esto no supone abandonar la política de clase en los «nuevos movimientos sociales», sino explorar diferentes formas de alianzas que puedan reconstituir y renovar la política de clase. Dicho pragmáticamente, la política de clase en Oxford podía sobrevivir al cierre total de la fábrica de Cowley, pero sólo asegurándose una nueva base.

En todo esto hay aún otra dimensión más, relacionada con la cuestión de la escala espacial y el horizonte temporal. Con respecto a la primera, Neil Smith (1992, pp. 72-73) ha comentado recientemente que no hemos conseguido franquear las diferentes escalas espaciales de teorización social y acción política, ni relacionar dichas escalas. Resalta lo que a mí me parece una confusión fundamental en las interpretaciones contemporáneas del socialismo, derivada de «un silencio general sobre la cuestión de la escala»:

> La teoría de la escala geográfica –más correctamente la teoría de la producción de escala geográfica– está terriblemente subdesarrollada. En efecto, no hay teoría social de la escala geográfica, por no hablar de una teoría materialista histórica. Y, sin embargo, influye enormemente en toda nuestra interpretación geográfica de la vida material. ¿Fue la repre-

sión brutal de la plaza de Tiananmen un acontecimiento local, regional o nacional, o fue un acontecimiento internacional? Podríamos razonablemente asumir que fue los cuatro, lo cual refuerza inmediatamente la conclusión de que la vida social se construye y opera en una especie de espacio jerárquico anidado, no en un mosaico. ¿Cómo concebimos críticamente estas diversas escalas anidadas? ¿Cómo las arbitramos y nos trasladamos de una a otra?

El capitalismo en cuanto sistema social no sólo ha conseguido sortear sino a menudo manipular activamente tales dilemas de escala en sus formas de lucha de clases. Esto es especialmente cierto de su propensión a alcanzar un desarrollo sectorial y geográfico desigual para provocar una competitividad divisiva entre lugares definidos a diferentes escalas. ¿Pero dónde empieza y termina el «espacio»? ¿Y existe una escala más allá de la cual el «particularismo militante» se vuelve imposible de cimentar, y mucho menos de sostener? El problema para la política socialista es encontrar modos de responder a tales cuestiones, no con un sentido definitivo, sino precisamente definiendo modos de comunicación y de traslación entre diferentes tipos y niveles de abstracción.

## Sobre las conclusiones

Acepté que Hayter escribiera la conclusión a *The Factory and the City*. El libro, después de todo, era en gran medida resultado de sus esfuerzos. El resultado es un tanto extraño. En general, afirmaciones «obreristas» que se centran exclusivamente en la lucha por recuperar el control radical en la fábrica se ven mejoradas aquí y allí por cuestiones de sobrecapacidad, participación de la comunidad y medio ambiente. El efecto es extraño porque no llega, en mi opinión, a una tensión interiorizada identificable o productiva. Me parece una lástima. Porque había la oportunidad de no buscar el cierre de un argumento sino de usar los materiales del libro para reflejar lo ocurrido y aprender de ello, para abrir un terreno de discusión y debate. No puedo sino contrastar nuestro esfuerzo con la conclusión mucho más meditada –en gran medida centrada en la tensión entre las perspectivas marxistas de clase y fabriles por una parte y las perspectivas comunitarias neopopulistas por otra– proporcionada por Stephen Fisher en *Fighting Back in Appalachia,* una colección editada sobre los incidentes de lucha y conflicto en los Apalaches que tiene muchos paralelos en cuanto a las múltiples voces que incorpora. Nuestro fracaso ayuda a explicar, pienso, por qué Williams recurría a la forma novelística para explorar ciertos dilemas. El cierre que a menudo parecemos impelidos a buscar en una investigación cultural o económico-política puede mantenerse con más facilidad perpetuamente abierto a reflexión en forma de novela, aun cuando, como le sucede a Matthew Price, se hace posible cierta reconciliación en cuanto «se mide la distancia». Las dobles conclusiones del libro de Cowley habrían ayudado en parte a mantener los temas abiertos y las tensiones vivas, al mismo tiempo que pondrían de manifiesto la cuestión de los diferentes niveles y tipos de abstracción.



En vista de todo esto, me sorprendió bastante leer la novela de Williams, *Second Generation,* algo después de terminar el libro de Cowley. Esta novela se publicó en 1964 y está ambientada en el Oxford de esa época. Gira en torno a las tensiones entre un socialismo universitario por una parte y la impugnada política de la fábrica por otra. El primer párrafo establece el escenario del problema de la política socialista en una ciudad dividida:

> Si te paras, hoy, en medio de Town Road, puedes mirar hacia ambos lados: al oeste las agujas y las torres de la catedral y las facultades; al este las explanadas y los galpones de la fábrica de automóviles. Ves mundos diferentes, pero no hay una frontera entre ellos; solamente el movimiento y el tráfico de una única ciudad (Williams, 1988c, p. 9).

Kate Owen, organizadora local del Partido Laborista y esposa de un líder sindical de la fábrica, está dividida entre la lealtad a la familia y la comunidad, y la libertad sexual que la llama desde el otro lado de la divisoria de clase dentro de un socialismo universitario. Peter Owen, su hijo, está igualmente atrapado en medio. Está realizando el doctorado en sociología industrial en una facultad de Oxford, en medio de la violenta lucha obrera que agota a su padre. Todos los temas que Williams desarrolla en otras partes en referencia a los tipos de conocimientos que se pueden adquirir y mantener se desarrollan aquí ricamente, incluidas las interrelaciones entre sexos y clases dentro de las «estructuras de sentimiento» que se incorporan a la política socialista.

Pero es interesante que muchos de los temas sustanciales que surgieron en el trabajo sobre el proyecto de Cowley surjan de hecho, sin resolución, en *Second Generation*. Si yo la hubiera leído antes, y no después, de unirme a la investigación de Cowley, creo que mi enfoque habría sido distinto. Por una parte, habría insistido más firmemente en la estrategia brechtiana de mantener las conclusiones abiertas. Pero por otra habría tenido mucho más en cuenta la advertencia hecha por Williams (1989, p. 220) de que «todo tendrá que hacerse mediante negociación, negociación equitativa, y tendrá que mantenerla ininterrumpidamente a lo largo del camino».

## Evaluaciones y posibilidades

Las tres palabras *espacio, lugar* y *medio ambiente* abarcan buena parte de lo que hacen los geógrafos. Su significado ha sido objeto de discusión dentro de la geo-

grafía a lo largo de los años, en feroces debates (particularmente en la revista radical *Antipode*) respecto, por ejemplo, a cómo y por qué se podría decir que las localidades y los lugares son importantes y cómo contemplar adecuadamente las relaciones entre lugar y espacio (véase, por ejemplo, Agnew y Duncan, 1989; Cooke, 1990; Massey, 1991; Pred, 1984; Smiter, 1987; Swyngedouw, 1989, 1992a). Y en el transcurso de este debate, la cuestión del nivel de abstracción y de la escala ha surgido una y otra vez (véanse Cox y Mair, 1989; Cooke, 1989; Duncan y Savage, 1989; Horvath y Gibson, 1984; Merrifield, 1993; Swyngedouw, 1992b; y Smith, 1990, 1992). Pero los geógrafos no son los únicos que abordan tales temas. En años recientes, los significados atribuibles a espacio, lugar y naturaleza se han convertido en tema crucial de debate en la teoría social, cultural y literaria (véase, por ejemplo, Carter, Donald y Squires, 1993), un debate en el que ciertamente han participado los geógrafos (véase Bird *et al.,* 1993; Gregory y Urry, 1985; Keith y Pile, 1993). Este tipo de preocupaciones e intereses han sido impelidos en parte por la cuestión de las relaciones entre lo que parece ser una cultura capitalista planetaria emergente por un lado, y la reafirmación de todo tipo de «particularismos militantes», tanto reaccionarios como potencialmente progresistas, basados en lugares particulares, por otro, unidos a una amenaza aparentemente seria de degradación medioambiental mundial. Pero las preocupaciones también han sido producidas en parte por una tradición floreciente de estudios culturales que Raymond Williams ayudó a definir, con su hincapié en las estructuras de sentimiento, los valores, la inserción, la diferencia y las particularidades de los discursos contrahegemónicos y las relaciones sociales establecidas por grupos opuestos.

Williams meditó ampliamente sobre las cuestiones de espacio, lugar y entorno, y evidentemente le preocupaba cómo podrían introducirse tanto en su teoría cultural como en sus opiniones acerca de cómo debería construirse el socialismo. Las transformaciones sociales del espacio, el lugar y el entorno no son ni neutrales ni inocentes con respecto a las prácticas de dominación y control. De hecho, son decisiones marco fundamentales, repletas de múltiples posibilidades, que rigen las condiciones (a menudo opresivas) de cómo se puede vivir la vida (véase, en particular, la recopilación de Keith y Pile, 1993, a este respecto). Tales temas no pueden, por lo tanto, dejarse sin abordar en las luchas por la liberación. Además, tales luchas deben interiorizar cierta reflexividad, si no una tensión irresoluble, respecto a los niveles y a los tipos de abstracción que necesariamente deben abarcar como parte de sus herramientas de trabajo para la acción práctica.

El hecho de que Williams manifieste sus acuerdos y sus preocupaciones por el espacio, el lugar y el entorno principalmente en sus novelas sugiere, sin embargo, una cierta duda por su parte, si no una dificultad directa para introducir este aparato conceptual tripartito en el núcleo de la teoría cultural. La conclusión no es, sin embargo, que el espacio, el lugar y el entorno no se puedan incorporar a la teoría social y cultural, sino que las prácticas de teorización deben abrirse a las posibilidades y los dilemas que dicha incorporación exige. Al tratar a Williams en su palabra, y ver sus novelas y su teoría cultural crítica como aspectos complementarios de un campo de trabajo unificado, lo encontramos abriendo un terreno de teorización mucho más profundo de lo que podrían alcanzar jamás muchos altos teóricos de la cultura contemporánea que pasan por alto tales dimensiones. La teoría no puede interpretarse como un puro logro de abstracción; más importante, la práctica teórica debe construirse como una dialéctica continua del particularismo militante de vidas vividas, por una parte, y la lucha por alcanzar una distancia crítica y un desapego suficientes, por la otra. A este respecto, la problemática que Williams define es a buen seguro por sí misma suficientemente universal para aportar sus propias recompensas. La búsqueda de una incorporación materialista y firmemente cimentada del lugar, el espacio y el entorno a la teoría cultural y social, frente a una incorporación metafórica y puramente idealista, se mantiene. Y las apuestas son altas. La vuelta de la teoría al mundo de la práctica política diaria a través de un espacio abigarrado y jerárquicamente estructurado de variación social y ecológica puede entonces convertirse en el objetivo y en la recompensa de un tipo determinado de práctica teórica.

Uno de los capítulos más conmovedores de *Fighting Back in Appalachia* se titula «Singing Across Dark Spaces» [Cantando por lugares oscuros]. Es un relato personal de Jim Sessions y Fran Ansley sobre la toma sindical/comunitaria de la Planta 3 de Moss en Pittston durante la terrible huelga de la minería del carbón en 1989 en los Apalaches, una toma que resultó crucial para resolver la huelga en condiciones mucho más aceptables para los mineros. Jim Sessions, que estuvo dentro de la planta durante la toma como «testigo no afiliado» y Fran Ansley, que permaneció en el exterior, registraron sus experiencias diarias. El segundo escribió, tras dos días de ocupación, «hay momentos de trascendencia capaces de enseñarnos, de hacernos *sentir* las posibilidades que residen en nosotros, en los que nos rodean, y en los grupos de los que formamos o podemos formar parte» (Fisher, 1993, p. 217). Los teóricos también podemos aprender a cantar en espacios oscuros de conflicto social y cultural cada vez más violento y enconado. Pero sólo si nos abrimos a las posibilidades creadas por Williams.

# 10 Ciudad y justicia: los movimientos sociales en la ciudad*

La historia de las ciudades y del pensamiento sobre las mismas ha estado marcada periódicamente por un intenso interés por la función transformadora de los movimientos sociales urbanos y de la acción comunal. Dichos movimientos se interpretan de diferentes maneras, sin embargo, dependiendo de las condiciones históricas y geográficas. El reformismo cristiano que culminó en los argumentos de control social planteados por Robert Park y la Escuela de Chicago de Sociología Urbana (creada durante los años de entreguerras en Estados Unidos y exportada a todo el mundo en el periodo de posguerra como método indiscutible para los sociólogos urbanos) contrasta, por ejemplo, con el modelo pluralista de gobernación urbana mediante «grupos de intereses» planteado por Robert Dahl, y con las interpretaciones más radicales y revolucionarias alcanzadas (principalmente en Europa y América Latina) durante las décadas de 1960 y 1970 (que culminaron en la obra magna de Castells, *La ciudad y las masas*).

En sus encarnaciones más recientes, el interés se ha centrado diversamente en los ideales de ciudadanía (Douglass y Friedmann, 1998), en la función de las identidades religiosas y étnicas (comunalismo) o en el comunitarismo político laico, en la evidente creencia de que los recursos reales del cambio urbano (sin importar si proyectan una luz positiva o negativa) radican (o deberían radicar) en la sociedad civil más que en las esferas «oficiales» del aparato estatal (véase Sandercock, 1998). En algunos casos y lugares, la pérdida de confianza en el aparato estatal y en los partidos políticos ha provocado la fusión del pensamiento político en torno a ideales de acción social, basada en las personas, como principal medio para humanizar, mejorar y transformar o en algunos casos incluso revolucionar la calidad de la vida urbana. Una fe profunda y duradera en esta senda hacia el cambio social apuntala incluso la más penetrante de las estrategias de cambio urbano, la denominada «alianza sector público-sector privado».

No es mi intención realizar aquí una intensiva revisión crítica o comparativa de esta extensa bibliografía. Pero lo que me parece curioso es la manera en que las interpretaciones académicas, intelectuales y políticas del activismo de base han decaído, fluido y divergido sin una relación clara u obvia de las propias actividades reales. Aunque la intensidad y las formas de éstas varían, la atención que se les presta en la teoría urbana varía de acuerdo con otra lógica. Sólo en momentos de intensa turbulencia o alteración tienden ambas corrientes a fluir juntas. Pero incluso entonces, acontecimientos como el malestar de Los Angeles, los levantamientos de Yakarta, la violencia entre comunidades en India o Sri Lanka, las revueltas en los suburbios de París y Lyon o incluso los extraordinarios acontecimientos de Praga y Berlín que pusieron fin a la Guerra Fría toman con demasiada frecuencia por sorpresa a los teóricos urbanos. O, por el contrario, observadores atentos de la vida urbana se sorprenden perpetuamente por las extrañas formas y manifestaciones de la política localizada en los escenarios que se molestan en estudiar con detalle (véase, por ejemplo, Seabrook, 1996).

Un punto de partida tosco pero fértil para entender las raíces de esta disyunción radica en el flujo y reflujo del *sentido de posibilidad* y el *deseo* de cambio en círculos políticos e intelectuales (a menudo expresados a modo de sueños utópicos o formas de ciudad alternativas) por una parte, y la necesidad de identificar agentes políticos –como un proletariado o los movimientos sociales urbanos– capaces de realizar dichos sueños, por otra. La relación dialéctica entre estas dos corrientes de pensamiento y acción es por supuesto importante. La afluencia masiva de estudiantes y activistas creyentes a los barrios de Chicago y París a finales de la década de 1960 y 1970 sirvió indudablemente para infundir ambiciones políticas mundiales a los movimientos sociales locales. La posterior retirada de dichos movimientos a lo que los idealistas interpretaron como un localismo bastante innoble y egoísta (que degeneró en lo que muchos considerarían una reaccionaria política del «a mí no», o incluso una política comunal activamente excluyente) desempeñaron una función importante en la posterior desilusión política y el abandono del utopismo de izquierdas que siguieron. Por otra parte, los interesados por movilizar el poder –por ejemplo, el renacimiento hindú– lo han hecho en gran medida organizando y orquestando los movimientos comunales en ámbitos urbanos determinados, impe-

* Presentado en el congreso sobre ciudades modelo celebrado en Singapur en abril de 1999 y publicado por la Autoridad para la Remodelación Urbana de Singapur en las actas del congreso, *Model Cities: Urban Best Practices in 2000;* la versión revisada que se publica aquí se presentó en el congreso sobre «El hombre y la ciudad: hacia un desarrollo más humano y sostenible», celebrado en Nápoles en septiembre de 2000.

liendo un giro completamente distinto a transformaciones urbanas que a la izquierda laica le parecerían saludables.

Pero este último ejemplo difícilmente parece un ejemplo simple de un afloramiento de sentimientos de base. Existe mucha orquestación desde arriba. Y esto suscita entonces la cuestión de la eficacia de las actividades de base en sí mismas para cambiar algo que no sean sus propias condiciones inmediatas. Los escépticos, armados de mucha información histórica y geográfica comparativa, podrían concluir razonablemente que, abandonados a su sino, tales movimientos no equivalen más que a perturbaciones menores en las corrientes más profundas de cambio socio-ecológico. Pero hasta el analista más escéptico se vería obligado a preguntarse por qué una y otra vez políticos y teóricos sociales recurren a los movimientos de base locales como especie de semillero del cual pueden surgir grandes cambios sociales. ¿Hay, entonces, una manera más general de entender el papel de los movimientos sociales urbanos, que supere las interpretaciones meramente episódicas y particulares? Aquí exploro un marco teórico provisional para responder a dicha pregunta.

## El particularismo militante y la política de las colectividades

La tesis del particularismo militante a la que me adhiero firmemente (véase Harvey, 1996; 2000) sostiene que todas las políticas (no importa de qué tipo ni si su objetivo es local, urbano, regional, nacional o planetario) tienen su origen en el desarrollo colectivo de una visión política determinada, por parte de personas determinadas, en lugares y momentos determinados. Supongo que hay una corriente de fermento de base presente en todos los lugares y localidades, aunque sus intereses, objetivos y formas organizativas son normalmente fragmentarios, múltiples y de intensidad variada. La única pregunta interesante bajo esta formulación es cómo y cuándo se vuelven dichos particularismos suficientemente coherentes internamente, y en última medida integrados o metamorfoseados en una política más amplia.

Las políticas colectivas de base fluyen a menudo, por supuesto, por canales restringidos y predecibles. Como tales, a menudo pasan desapercibidas precisamente porque parecen tratar más de una situación normal que de un cambio social. En Estados Unidos, por ejemplo, son las asociaciones de propietarios de viviendas, dedicadas a proteger el valor de los inmuebles, los privilegios y los estilos de vida, las que dominan en la escena urbana/suburbana (Davis, 1990). La violencia y la ira con que se recibe cualquier amenaza contra los derechos y los valores de la propiedad individualizada –ya sea por parte del Estado o incluso de agentes de acumulación de capital como los promotores inmobiliarios– son una fuerza política poderosa. Impregna las instituciones religiosas (sospecho que en Estados Unidos cimenta buena parte del trabajo de la Coalición Cristiana, por ejemplo) así como buena parte de lo que se hace pasar por política activa a escala local, estatal y federal.

Más que promoverla, dichos movimientos colectivos impiden la búsqueda de alternativas (sin importar que sean ecológicamente sensatas o socialmente justas). Tienden a conservar el sistema existente, e incluso profundizan sus contradicciones internas en el plano ecológico, político y económico. Por ejemplo, el separatismo suburbano en Estados Unidos –basado en antagonismos de clase y raciales– aumenta la dependencia del coche, genera gases invernadero, disminuye la calidad del aire y fomenta el uso despilfarrador del suelo, los combustibles fósiles y otros recursos agrícolas y minerales. El particularismo militante funciona aquí como fuerza conservadora aparentemente inamovible que garantiza el mantenimiento del orden existente. Incluso cuando tal política adopta un disfraz democrático o radical, tiende a utilizar prácticas excluyentes y autoritarias. Etzioni (1997), uno de los principales partidarios del nuevo comunitarismo en Estados Unidos (un movimiento que en gran medida se presenta a sí mismo como progresista y contrario a los valores mercantiles), respalda activamente el principio de comunidades cerradas, excluyentes y valladas. Las instituciones colectivas también pueden acabar mejorando meramente la fuerza competitiva de los territorios en el juego de grandes apuestas que supone el desarrollo geográfico desigual del capitalismo, como Putnam (1993) se propone demostrar en el caso de patrones de desarrollo económico opuestos en Italia. Para los ricos, por consiguiente, la «comunidad» significa a menudo garantizar y aumentar los privilegios ya obtenidos. Para los marginados, significa demasiado a menudo «controlar su propio barrio pobre». Las desigualdades se multiplican en lugar de disminuir. Lo que parece un procedimiento justo, produce consecuencias injustas (una manifestación del antiguo adagio de que «nada hay más desigual que dar igual trato a los desiguales»).

Cito estos ejemplos porque niveles elevados de activismo local señalan a menudo fuertes obstáculos a las formas progresistas y más justas de cambio social. En Estados Unidos, los reformadores interesados incluso por objetivos tan levemente transgresores como el «crecimiento inteligente» y la conservación de recursos tienen que enfrentarse o eludir a fuertes poderes comunitarios si quieren avanzar lo más mínimo en las políticas que preconizan. El intento de aumentar la equiparación del bienestar mediante la reorganización espacial se enfrenta a formidables obstáculos localistas. Pero el particularismo militante no es *inherentemente* conservador. Hay muchos casos que demuestran que no siempre ni necesariamente es así. Los movimientos milicianos o neofascistas de la derecha (una forma fascinante de política insurgente), el movimiento hacia el comunalismo religioso, las formas activas de particularismo militante que conducen a la violencia intercomunal y a la limpieza

étnica, ilustran cómo las formas insurgentes de la política pueden conectar con movimientos de base. Aunque estos ejemplos podrían tacharse de reaccionarios, la izquierda también dispone de su propio panteón de ejemplos (la Comuna de París, el ataque al Palacio de Invierno en San Petersburgo, etcétera). Estas pruebas sugieren que la política insurgente y transformadora se mezcla constantemente con las movilizaciones locales. Entender cómo se construyen o se pueden construir las solidaridades locales y las cohesiones políticas (en especial en los indisciplinados escenarios urbanos de hoy) es esencial para pensar cómo podrían hacerse realidad las propuestas de cambio social (especialmente las que emanan de círculos ideológicos, políticos e intelectuales).

Todos los movimientos políticos tienen que enfrentarse de alguna manera, por lo tanto, a la cuestión de «localidad» y «comunidad». Y en algunos casos, como el recurso al comunitarismo (o incluso a una forma de comunalismo inspirada por creencias religiosas o ecológicas), dichos conceptos se han vuelto más fundacionales que instrumentales en la búsqueda de formas alternativas de cambio social. Articular el lugar y evaluar la importancia del particularismo militante –la reunión de individuos en patrones de solidaridad locales– dentro de un marco político más amplio se convierte, como han señalado muchos observadores, en una tarea crucial para la teoría y la práctica urbanas.

La «comunidad» debe, sin embargo, considerarse como un proceso de reunión, no como un objeto. Es por consiguiente importante entender los procesos que producen, sostienen y disuelven los patrones contingentes de solidaridad que radican en la base de este «objeto» que denominamos «comunidad». Pero es también importante reconocer las cualidades «objetuales» de lo que se crea. La dialéctica de la relación «proceso-objeto» (véase Harvey, 1996, capítulo 2) se pasa por alto o se olvida con demasiada frecuencia en los estudios urbanos. Merece cuidadosa atención el modo exacto en que una estructura de algo llamado comunidad se precipita fuera del proceso social. Se da, por ejemplo, la lucha tangible para definir sus límites y su alcance (a veces incluso su territorio específico) y sus normas y condicionamientos para la participación y la pertenencia (tan cruciales para la formación de identidad). La lucha social por crear y sostener sus instituciones (mediante redes sociales y fuerzas colectivas como las iglesias y otras instituciones religiosas, los sindicatos, las organizaciones vecinales, los gobiernos locales, y similares) es a menudo implacable. Tales luchas modelan simultáneamente la comunidad, la percepción de cuál es la forma de vivir adecuada, y las identidades de quienes se encuentran dentro de su esfera de influencia. Precisamente dentro de estas luchas debemos buscar indicios y posibilidades de formas insurgentes de cambio y el intento de alcanzar una justicia social y medioambiental.

Pero la reconstrucción y la reimaginación de la «comunidad» sólo funcionan en direcciones más generales si conectan y se integran en una política de base más amplia que se enfrente de una manera u otra a la situación imperante. La cristalización de una forma relativamente permanente y coherente de organización local, aunque insuficiente, es una condición necesaria para acciones políticas más amplias. Esto significa que deben establecerse sistemas de autoridad, formación de consenso y «reglas de pertenencia», y que éstos se vuelven inevitablemente excluyentes en ciertos aspectos e incluso controlan los procesos sociales que cimentaron en un principio las solidaridades. La dialéctica entre un flujo libre de procesos implicados en la imaginación y en la construcción de algo denominado «comunidad», por un lado, y la permanencia impasible de una presencia política institucionalizada, por otro, radica en el contradictorio núcleo de aquello en lo que se basa el particularismo militante.



Esto apunta a una conclusión singular e importante: aunque la comunidad «en sí misma» tiene significado como parte de una política más amplia, la comunidad «para sí misma» degenera casi invariablemente en exclusiones y fragmentaciones regresivas. Existe entonces el peligro de que el objeto institucionalizado que denominamos comunidad sofoque los procesos vivos que la hicieron nacer. Las organizaciones de comunidad pueden volverse huecas en el núcleo y susceptibles de experimentar un colapso fácil y casi instantáneo cuando son puestas en tela de juicio, o de ser fácilmente manipuladas por fuerzas políticas externas. Para funcionar como agentes de cambio significativos, por lo tanto, dichos movimientos deben mantenerse fuertemente alimentados por procesos de formación y reafirmación de la solidaridad. Pero uno de los principales medios por los que una comunidad puede mantenerse viva para sus partes constitutivas y resistir el efecto mortal de convertirse en algo «para sí mismo» es estar integrada en procesos más amplios de cambio social. Los movimientos particularistas militantes deben alargarse en el espacio y en el tiempo para formar procesos político-económicos más amplios o, como las asociaciones de propietarios de casas, insertarse en un proceso de cambio histórico-geográfico más integrado y de base más amplia. El particularismo militante y las solidaridades locales deben entenderse, por lo tanto, como *mediadores* cruciales entre cada persona y una política más general. Su vitalidad e influencia depende crucialmente de cómo desempeñen esa función mediadora. Entender su emplazamiento de esta manera, localiza su importancia en función de las relaciones establecidas hacia dentro con los individuos que las componen y hacia fuera con el mundo más amplio de la política económica.

## La dialéctica de la particularidad y la universalidad

Considérese primeramente la relación dialéctica entre los movimientos de base y los procesos sociales más generales. El problema crítico de la enorme gama existente de luchas localizadas y particularistas es trascender la particularidad y alcanzar

una concepción más global, si no universal, de la política. Para los movimientos de oposición (opuestos a aquellos fundamentalmente dedicados a reforzar la situación existente) esto significa definir una alternativa a ese sistema social que es la fuente de sus dificultades. Los movimientos de base sólo adquieren interés para el teórico o el partidario del cambio social en la medida en que trasciendan a dichas particularidades. Luego es importante entender cómo se puede dar esa trascendencia.

Hay mucho que aprender a este respecto del estudio del registro histórico y geográfico de los movimientos de base en general y de los movimientos sociales urbanos en particular, así como de las declaraciones sintéticas a las que llegan estudiosos como Raymond Williams (que acuñó la expresión «particularismo militante» y ayudó mucho a desentrañar su problemática) o Manuel Castells. Pero yo busco una forma más general y teórica de situar el problema.

La dialéctica es aquí útil. Enseña que siempre existe la universalidad *en relación* con la particularidad: no pueden separarse una de la otra aunque sean momentos distintivos de nuestras operaciones conceptuales y de nuestros compromisos prácticos. La idea de justicia social, por ejemplo, adquiere universalidad mediante un proceso de abstracción de ejemplos y circunstancias particulares; pero, una vez establecida como principio o norma aceptados, vuelve a hacerse particular al actualizarse mediante acciones particulares en circunstancias particulares. Pero la orquestación de este proceso depende de instituciones mediadoras (por ejemplo, la lengua, las leyes y las costumbres en territorios dados y entre grupos sociales específicos). Estas instituciones mediadoras «traducen» entre particularidades y universales, y (como el Tribunal Supremo estadounidense) se convierten en guardianes de los principios universales y árbitros de su aplicación. También se convierten en centros de poder por derecho propio. Es, en general, la estructura establecida bajo el capitalismo, en la que el Estado y todas sus instituciones son fundamentales como «comités ejecutivos» de los intereses sistémicos del capitalismo. El capitalismo está repleto de mecanismos para pasar de la forma particular (incluso personal) a la universal y viceversa de un modo dinámico e iterativo. Históricamente, por supuesto, el principal mediador ha sido el Estado-nación y todas sus instituciones, incluidas las que gestionan la circulación del dinero. Y, como ya he indicado, la comunidad y los movimientos de base también desempeñan esa función mediadora. Pero esta línea de análisis apunta una conclusión singular. Ningún orden social puede evadir la cuestión de los universales. La crítica «radical» contemporánea al universalismo está tristemente extraviada. Debería centrarse, por el contrario, en las instituciones de poder específicas que traducen entre particularidad y universalidad, en lugar de atacar al universalismo en sí. Claramente, dichas instituciones favorecen ciertas particularidades (como los derechos de los propietarios de los medios de producción) sobre otras (como los derechos de los productores directos) y promueven un tipo



específico de universal. Pero existe otra dificultad. El movimiento de la particularidad a la universalidad implica una «traducción» de lo concreto a lo abstracto. Dado que la abstracción conlleva una violencia, siempre existe en política una tensión entre la particularidad y la universalidad. Puede considerarse una tensión creativa o, más a menudo, una fuerza destructiva e inmovilizadora en la que instituciones mediadoras inflexibles acaban dominando las particularidades en nombre de un principio universal.

Pero siempre existe una tensión creativa dentro de la dialéctica de particularidad-universalidad que es difícil reprimir, en especial bajo un sistema social como el capitalismo, que exige el cambio como condición para su propia supervivencia. En tales condiciones, las instituciones mediadoras no pueden permitirse la osificación. Lo que emerge es una configuración óptima de permanencia suficiente de las formas institucionales y espaciales (por ejemplo, gobernación urbana e infraestructuras físicas) para proporcionar seguridad y continuidad, unidas a una negociación dinámica entre las particularidades y los universales para obligar a las instituciones mediadoras y a sus estructuras espaciales asociadas a ser lo más abiertas posible. A veces, el capitalismo ha funcionado de esa manera (considérese, por ejemplo, de qué manera se reinterpreta la ley para afrontar nuevas condiciones socioeconómicas y cómo se han construido las nuevas estructuras espaciales y espacialidades).

Cualquier alternativa, para tener éxito, debe seguir el ejemplo del capitalismo a este respecto. Debe encontrar formas de negociar entre la seguridad transmitida por las instituciones y las formas espaciales fijas, por un lado, y la necesidad de ser abierto y flexible en relación con las nuevas posibilidades socio espaciales, por otro. Ese proceso exige que los movimientos de base sean parte integrante de cualquier proceso de negociación de futuras trayectorias de desarrollo. Sin ellos, los universales se mantendrán vacíos y remotos en el mejor de los casos, y se convertirán en imposición autoritaria en el peor. Permitir que funcione la dialéctica entre las bases y las autoridades mediadoras se convierte en una estrategia fundamental para buscar el cambio social de cualquier tipo (incluido el exigido para mantener en movimiento la dinámica capitalista). Si no existieran los movimientos de base, las estructuras de poder de orden más elevado tendrían que inventarlos, darles forma e implantarlos (como a menudo ha ocurrido cuando los partidos políticos crearon organizaciones de vecinos o las instituciones religiosas colonizaron espacios mediante las conversiones y la formación de congregaciones). La dialéctica entre particularidad y universalidad es un vago pretexto para las relaciones entre diferentes fuentes de poder: locales y más generales. Y a menudo es una relación sesgada la que contemplamos, en el sentido de que el poder no está necesariamente distribuido de manera uniforme en las diferentes escalas. La política de base se convierte en centro de interés cuando empieza a asumir sus propias competencias (mediante su

propio esfuerzo o, como en las actuales circunstancias, más por defecto) en lugar de simplemente derivarlas instrumentalmente de un poder de orden más elevado, como el Estado-nación.

## Instituciones y mediaciones

La creación de instituciones que puedan mediar la dialéctica entre particularidad y universalidad es, por consiguiente, de importancia fundamental. Muchas de estas instituciones se convierten en centros de formación del discurso dominante además de centros para el ejercicio del poder. En las áreas metropolitanas, las oficinas de economía, las comisiones presupuestarias, las comisiones de redes viarias y transportes, los departamentos de obras públicas, una amplia gama de organizaciones no gubernamentales y cívicas, así como individuos poderosos con intereses particulares, participan activamente en el gobierno urbano y operan en efecto como mediadores entre los intereses particulares localizados y las relaciones sociales y político-económicas mundiales.

A menudo tales instituciones se organizan territorialmente y definen una esfera de acción en una escala espacial determinada. Las instituciones intermedias toman normalmente el particularismo militante activo en el nivel de base local y lo usan o lo traducen, tanto teóricamente como en lo referente a la acción material, para construir un orden espacial factible que facilite ciertos procesos sociales que operan en una escala espacial muy distinta (por ejemplo, la de la metrópolis en su totalidad). En el proceso, formulan necesariamente principios universales (tales como la zonificación jurídicamente vinculante y los controles del uso de terrenos o, de manera más informal, las políticas de crecimiento inteligente, las filosofías en pro de la alianza sector público/sector privado o el empresarialismo urbano) como guías para la acción. Es necesario tomar decisiones, por supuesto, y la autoridad y el poder arbitrarios están invariablemente implicados en el proceso. Los principios universales (de, pongamos, planeamiento y control urbano y de organización de los vecindarios) pueden imponerse desde arriba. Si la organización en la base está fragmentada, mal articulada y parcialmente instrumentalizada por un poder superior, ese poder no tiene dificultades para imponerse. Pero existe entonces el peligro de vaciar de contenido las instituciones locales, por la desaparición gradual de los procesos de formación de solidaridad en su base.

Ninguna institución mediadora, sin embargo, surge de la nada o está situada fuera de la dialéctica proceso-objeto del proceso social considerado en su totalidad. En consecuencia, lo que identificamos son capas de instituciones mediadoras, a menudo organizadas en una jerarquía aproximada, que operan como centros de transmisión a través



de los cuales fluyen desigualmente los procesos sociales. Los gobiernos metropolitanos, que operan en una compleja relación de movimientos de base, por ejemplo, pueden verse obligados a competir económicamente entre sí por inversiones o por el apoyo de una autoridad más elevada (tales como el Estado-nación u organismos internacionales como el Banco Mundial o la Unión Europea). El gobierno metropolitano «se precipita hacia fuera» como capa institucional específica caracterizada por las formas de organización corporativas y los modos de conducta empresariales. Puede entonces actuar predominantemente como mediador para imponer a los movimientos de base una lógica derivada, pongamos, de la globalización competitiva. Que éste haya sido predominantemente el caso en tiempos recientes no significa, sin embargo, que el gobierno metropolitano no pueda organizarse también como fuerza opositora, no acatadora, en relación con, digamos, las fuerzas del mercado neoliberales. Puede servir de «protector» de las localidades frente a los estragos del neoliberalismo o, en casos como el de Porto Alegre (véase Abers, 1998), convertirse en semillero activo de alternativas de base.

Se deducen entonces dos conclusiones. La primera, que el contexto en el que se han de estudiar los movimientos sociales locales está creado por una fluida pero altamente compleja interacción entre procesos e instituciones que operan en una variedad de escalas espaciales muy diferentes (tales como la nacional, la regional, la metropolitana y la local). Si, como creo que es el caso, contamos con un conocimiento muy pobre de cómo funcionan las relaciones y los procesos en esas escalas diferentes, ello significa que tenemos un contexto muy pobre en el que situar nuestro conocimiento y nuestra interpretación de la dinámica de los movimientos militantes particularistas. Existe entonces el peligro de que éstos sean fetichizados como forma de salvación política o rechazados por carecer totalmente de importancia en relación con poderes e influencias que operan en una escala totalmente diferente (por ejemplo, nacional o planetaria). En segundo lugar, dado que todos los principios universales se filtran por estas múltiples escalas y capas de discursos institucionalizados, la dialéctica de la universalidad y la particularidad puede volverse refractaria, distorsionada o incluso completamente opaca. Estas dos conclusiones difícilmente resultan asombrosas en sí, pero lo sorprendente es con qué facilidad se deja de pensar en ellas en nuestros marcos analíticos.

La formulación de principios universales –como la justicia social y medioambiental– es en consecuencia tensa y frecuentemente impugnada (como lógicamente se debería esperar) pero aduciendo fundamentos que no siempre se entienden bien. Esta condición se refleja frecuentemente en discusiones que se dan dentro de la teoría del planeamiento así como dentro de la extraordinaria diversidad de formulaciones disponibles en referencia a la función de los movimientos sociales en la vida urbana. Nuevamente, no podemos esperar resumir, mucho menos resolver, esos conflictos aquí. Pero hay una dificultad especial a la que sí quiero prestar cierta

atención. Hace referencia a cómo se pueden introducir los múltiples particularismos militantes en una especie de relación constructiva mutua.

## Las traducciones

La heterogeneidad fragmentada de los movimientos de base requiere un lenguaje común, un discurso politizado y coherente, si no quiere anexarse a un movimiento más amplio de impacto más universal. Por supuesto, éste es el ámbito en el que, como Foucault ha señalado repetidamente, normalmente los discursos de poder, vinculados a instituciones mediadoras específicas (como el aparato estatal o, de modo más informal, dentro del mundo de la educación, de la religión, de la producción de conocimientos y de los medios de comunicación) desempeñan su función abrumadoramente disciplinaria y autoritaria. La hegemonía se convierte en el centro de la lucha política. Imponer concepciones del mundo y así limitar la capacidad para construir alternativas es siempre una tarea fundamental de las instituciones de poder dominantes (considérese cuánto y con qué profundidad ha penetrado la ideología del individualismo y el liberalismo del libre mercado en tiempos recientes).

Mas para que las alianzas de base se conviertan en fuerza política alternativa (como hacen periódicamente), hay que afrontar el problema de cómo construir un discurso hegemónico alternativo a partir de múltiples particularismos militantes. El dictador benévolo que desea adquirir un aura mínima de legitimidad y consentimiento debe igualmente negociar un lenguaje mediante el cual gobernar porque, como advierte Italo Calvino, el único medio de comunicación que ningún emperador –no importa lo poderoso que sea– no puede controlar es el lenguaje en sí. Y en este punto es donde la cuestión de la traducción sale a primer plano como medio de codificar una agenda política común.

Para James Boyd-White (1990, pp. 257-264), la traducción significa

> afrontar discontinuidades insalvables entre textos, entre lenguas y entre personas. Como tal tiene una dimensión ética e intelectual. Reconoce al otro –el creador del texto original– como centro de significado diferente de uno mismo. Requiere que uno descubra el valor de la lengua del otro y los límites de la propia. La buena traducción no procede en consecuencia mediante los motivos de dominio y adquisición, sino mediante el respeto. Es una palabra que hace referencia a un conjunto de prácticas por las cuales aprendemos a vivir con la diferencia, con la fluidez de la cultura y con la inestabilidad del yo.
>
> No deberíamos sentir que el respeto por el otro nos obliga a borrarnos a nosotros mismos, o a nuestra cultura, como si allí radicara todo el valor y aquí ninguno. De la misma forma que las tradiciones del otro tienen derecho al respeto, a pesar de lo extrañas que nos resulten, y a veces a pesar de sus inhumanidades, también nuestra propia tradición tiene derecho al respeto. Nuestra tarea es ser específicamente nosotros mismos en un mundo de otros: crear un marco que incluya el yo y el otro, en el que ninguno de ellos domine, en una imagen de la igualdad fundamental.



Esto suena, por supuesto, un tanto utópico y no es difícil encontrarle problemas, como tan brillantemente hizo Said en *Orientalismo* (1979), ya que el poder que detenta el traductor (normalmente varón y burgués) para representar al «otro» de una determinada manera que los sujetos dominados (orientales, negros, mujeres y similares) se vean obligados a interiorizar y aceptar. De modo realmente sutil, la traducción puede alterar los significados y los mensajes políticos (a veces incluso sin saberlo) y de esa forma alterar toda la dinámica de las creencias y la acción política. Benedict Anderson (1998) muestra, por ejemplo, cómo la traducción al inglés de la obra del poeta nacional filipino ejecutado José Rizal (originalmente escrita en español a finales del siglo XIX, antes de la ocupación estadounidense) destruye una parte tan importante del significado original que introduce una inmensa distancia entre el concepto fundador de identidad nacional y sus manifestaciones contemporáneas.

Tales interpretaciones históricas proporcionan en sí mismo una protección contra las represiones y las distorsiones representativas registradas por muchos escritores feministas y poscoloniales. Además, como señala White, «intentar "traducir" es experimentar un fracaso a un tiempo radical y feliz: radical, porque cuestiona la percepción que tenemos de nosotros mismos, de nuestra lengua, de los otros; feliz, porque nos libera momentáneamente de la prisión de nuestras formas de pensar y de ser». El acto de la traducción nos ofrece un momento liberador además de una posibilidad represiva.

La importancia de la traducción se hace incluso más obvia en los escenarios multiculturales (y cada vez más fragmentados lingüísticamente) que ahora prevalecen en muchas de las mayores áreas metropolitanas del mundo. Porque la traducción ofrece un modo de crear entendimientos comunes sin borrar las diferencias. Y hay dos razones atractivas para avanzar en esta dirección. En primer lugar, como señala Zeldin (1994, p. 16), sabemos mucho sobre qué divide a las personas, pero bastante poco sobre lo que tenemos en común (los universales que nos unen como especie). En segundo lugar, sin la traducción y sin la construcción de un lenguaje común, se hace imposible colectivizar la acción de base. Armados con un lenguaje común que respeta las diferencias, los movimientos de base pueden unirse para reimaginar y reconstruir su mundo social. La traducción es el trabajo difícil que hay que realizar para llevar el particularismo militante y el activismo de base a un terreno más amplio de lucha y movilizar las fuerzas de base para un propósito más elevado.

La traducción, sin embargo, no implica meramente explorar los elementos comunes radicados en las diversas estructuras de sentimiento que caracterizan la esencia de las relaciones sociales y de la pertenencia social, porque el lenguaje es en sí mismo un sistema de capas múltiples en el que influyen poderosas abstracciones. Tenemos acceso, por ejemplo, a un importante legado histórico de principios universales: libertad, justicia, recompensas a los esfuerzos creativos, sensibilidad a las necesidades, y otros. Y parte de la función de la traducción es dar un significado tangible a dichas abstracciones (tales como la justicia medioambiental o social, los derechos humanos, la libertad y la compasión) en ámbitos concretos y, al hacerlo, reafirmar la importancia, el poder y el significado de tales principios universales. Los principios y las verdades universales no se mantienen por sí solos; no se mantienen y no pueden mantenerse fuera de nosotros como principios abstractos y absolutos que descienden de un éter de moral para regular los asuntos humanos en todos los tiempos y lugares. Nuevamente, vemos que los procesos de traducción y conversión dependen de prácticas institucionalizadas e instituciones mediadoras (tales como la educación, la religión, los medios de comunicación, las leyes, los gobiernos, etcétera). Pero que también, en último término, ningún principio universal se mantiene si no está relacionado con los individuos y las personas que actúan como portadores conscientes de dichos principios. Y en este punto nos vemos obligados a reflexionar sobre los procesos que alimentan primeramente el particularismo militante y los movimientos de base.

## Lo personal es político

Si miramos desde el otro extremo del telescopio analítico, vemos el particularismo militante y el activismo de base como una especie determinada de expresión colectiva de las necesidades, los anhelos y los deseos personales e individuales. En este nivel percibimos el funcionamiento de un tipo diferente de dialéctica que ayuda a entender sus limitaciones y potencialidades.

El punto de partida es entender de qué forma lo personal siempre es político. Al cambiar nuestro mundo nos cambiamos a nosotros mismos. No podemos hablar, por lo tanto, de cambio social sin estar dispuestos al mismo tiempo a cambiarnos a nosotros mismos, tanto mental como físicamente. A la inversa, no podemos cambiarnos a nosotros mismos sin cambiar nuestro mundo. Esa relación no es fácil de tratar. Encontramos todo tipo de consecuencias inescindibles de nuestras acciones. Y asumir luchas contra un poder externo mejor organizado en una escala superior (como el aparato estatal) es una tarea de tales proporciones que resulta desalentadora en sí misma.



Pero hay un problema más sutil que afrontar. A Foucault (1984), por ejemplo, le preocupaba que el «fascismo que reina en nuestra cabeza» sea mucho más insidioso que todo lo construido fuera. Y es importante entender qué podría haber querido decir con eso y cómo se relaciona con las capacidades y las limitaciones del activismo de base.

Considérese entonces la cuestión de «la persona» como el momento irreducible para cimentar todas las políticas y la acción social. Esa persona no es una entidad absoluta e inmutable, fija en cemento, sino en ciertos aspectos un ser social abierto a la influencia y al control. Una concepción relacional de la persona, por ejemplo, resalta nuestra porosidad en relación con el mundo. Pero entonces plantea la cuestión clave. ¿Modela la colectividad a la persona o la persona a la colectividad? Esta dialéctica merece cierta atención.

En Estados Unidos, por tomar el caso con el que estoy más familiarizado, la propiedad privada y la herencia, el intercambio mercantil, la mercantilización y la monetarización, la organización de la seguridad económica y el poder social, priman a la propiedad privada personalizada investida en el yo (considerado con una entidad definida, un individuo no poroso), así como en la casa, el terreno, el dinero, los medios de producción y similares, como las formas socioespaciales elementales de la vida política y económica. La organización de la producción y del consumo fragua en nosotros divisiones de trabajo y de función y crea personas profesionalizadas (el planificador, el profesor y el poeta así como el proletario, todos los cuales, como señalan Marx y Engels en el *Manifiesto comunista,* «han perdido su halo» y se convierten de una manera u otra en agentes pagados por el poder burgués). Vivimos, de acuerdo con este argumento, en un mundo social que nos convierte a todos en fragmentos de personas con determinados apegos, habilidades y capacidades; integradas en esas poderosas y dinámicas estructuras que denominamos «modo de producción». Además, las feroces espaciotemporalidades de la vida diaria contemporánea –provocadas por tecnologías que hacen hincapié en la velocidad y en la rápida reducción de la fricción de la distancia y de los tiempos de circulación– impiden que el tiempo imagine o cree alternativas distintas de las forzadas irreflexivamente sobre nosotros cuando nos apresuramos a desempeñar nuestras respectivas tareas profesionales en nombre del progreso tecnológico y de la infinita acumulación de capital. La organización material de la producción, del intercambio y del consumo descansa en nociones específicas de derechos y obligaciones, a las que refuerza, y afecta a nuestros sentimientos de alienación y subordinación, a nuestras concepciones de poder e impotencia. Incluso sendas de expresión propia aparentemente nuevas (el multiculturalismo es uno de los ejemplos recientes más importantes) están cautivas de las fuerzas de acumulación de capital y del mercado (por ejemplo, el amor a la naturaleza se equipara al ecoturismo, la etnicidad se reduce a una cuestión de restaurantes o mercancías auténticas para el mercado).

La consecuencia neta es limitar nuestra visión de lo posible. Nuestra «posicionalidad» o «situación» en cuanto seres es un constructo social, de igual manera que el modo de producción es una creación social. Y esta «posicionalidad» define quién o qué somos (al menos por ahora). «El punto desde el que miramos» dentro de ese proceso proporciona buena parte del material para nuestra conciencia y nuestro imaginario. Del fondo de nuestra experiencia situada sacamos ciertas conclusiones respecto a las posibilidades, y en esa relación radica una limitación: no podemos ver más allá del horizonte dictado en general por el lugar en el que ya estamos.

Hasta Adam Smith consideraba que «los conocimientos de la mayoría de los hombres están necesariamente formados por sus empleos ordinarios» y que «la uniformidad de la vida (del trabajador) corrompe de manera natural el ánimo de su mente». Aunque esto fuera sólo parcialmente cierto –y estoy seguro de que así es– resalta que la lucha por pensar alternativas –y pensar y actuar de manera distinta– se enfrenta inevitablemente a las circunstancias de una vida diaria localizada, a la conciencia que deriva de dicha vida, y a la manera en que se construye la persona política. ¿De dónde podrá proceder entonces el coraje de nuestra mente? La inserción de las personas en colectividades mayores (tales como el barrio o la comunidad) se convierte en un problema precisamente porque las normas de conducta y de pertenencia que definen las solidaridades sociales operan como restricciones que, como nuestros empleos ordinarios, pueden con igual facilidad tener el efecto de limitar el coraje de nuestra mente en lugar de liberarla para que adopte estilos de acción más radicales. Los feroces controles sociales impuestos por las asociaciones de propietarios de viviendas, que toleran muy poca desviación de las normas sociales interiorizadas en general, aceptadas e incluso bien recibidas por la mayoría de los residentes, es un caso aplicable. Es difícil no concluir, como Paul Knox (1994, en contra de Foucault), que tales asociaciones constituyen «una red de regímenes de servidumbre que regulan el uso de la tierra y median los asuntos de la comunidad en lo que a menudo equivale a una forma de fascismo comprimido».

Pero todos nosotros podemos individualmente desear la diferencia, pensar en ella y soñar con ella. Y disponemos de una gama amplia de recursos de crítica a partir de los cuales generar visiones alternativas respecto a qué es posible. Los planes utópicos, por ejemplo, imaginan por lo general sistemas completamente distintos de derechos de propiedad, soluciones de vida y trabajo, todos manifiestos como formas espaciales y ritmos temporales completamente distintos. Esta reorganización propuesta (incluidas sus relaciones sociales, formas de trabajo reproductivo, sus tecnologías, sus formas de provisión social) posibilita una conciencia radicalmente distinta (de las relaciones sociales, de las relaciones entre los sexos, de la relación con la naturaleza, según sea el caso) junto con la expresión de derechos, deberes y obligaciones completamente distintos, basados en formas de vida colectivas. «De



dónde lo aprendemos» puede ser tan importante como «desde dónde miramos». Las comunidades y los barrios son ámbitos clave dentro de los cuales se producen las exploraciones, tanto en lo referente al aprendizaje y la construcción de nuevos imaginarios de la vida social como de sus realizaciones tangibles mediante prácticas materiales y sociales. La tensión entre el conformismo y la desviación es patente en la geografía histórica de la vida comunitaria.

Pero las desviaciones que forman ese rico semillero de cambio social, y que a menudo se enfrentan a la situación dada dentro de los intersticios de la vida urbana, tampoco carecen de contradicciones internas. Una cosa son las uniones y las asociaciones voluntarias para realizar sueños comunes, y otra la presión y la fuerza sociales que a menudo se producen a medida que se forman las solidaridades, y que pueden a veces convertirse en coerciones a medida que los liderazgos carismáticos y jerárquicos forjan estructuras de poder, influencia y control que pueden centralizarse enormemente dentro de las comunidades. Y cuando tales estructuras se integran profundamente en la ciudad, tienen su propio efecto fragmentador cuando los líderes locales (aunque no estén directamente comprados por instancias superiores), dependiendo crucialmente de dónde sitúen su sentido de la identidad, se niegan a fusionar o subfusionar sus intereses particulares en el marco de un movimiento más amplio. Estados Unidos está lleno de activismo comunitario precisamente de este tipo, cuyo efecto es combinar una política militante de base con una camisa de fuerza de restricciones autoimpuestas respecto a las transformaciones sociales más amplias. También aquí los fascismos que reinan en nuestra cabeza así como en nuestras prácticas políticas merman la capacidad de los movimientos de base para alterar radicalmente el mundo.

Observar las cosas desde este micronivel nos enseña, sin embargo, lo difícil que será el trabajo práctico de llegar desde donde estamos a cualquier otro sitio. Para empezar, la relación circular de cómo cambiarnos a nosotros mismos cambiando el mundo puede en el mejor de los casos ponerse lenta pero persistentemente en movimiento como proyecto para alterar las fuerzas que componen la persona política. Esto no se puede producir como una ruptura revolucionaria radical (aunque los acontecimientos traumáticos y los resquebrajamientos sociales –crisis económicas, levantamientos, guerras– han abierto a menudo una senda a concepciones radicalmente distintas). Es necesaria la perspectiva de una revolución larga. Para construir dicha revolución hace falta una especie de colectivización del impulso y del deseo de cambio. Nadie puede efectuarlo solo. Y hay muchos pensadores, armados con recursos de, por ejemplo, tradiciones políticas o utópicas, que pueden actuar de agentes subversivos, quintacolumnistas dentro de los movimientos de base, a pesar de todas sus limitaciones, tienen los pies firmemente plantados en la senda hacia posibilidades alternativas.

No podemos presumir que *todo* lo personal contribuye a la *buena* política. Y tampoco es posible aceptar la tesis preferida por algunos movimientos alternativos radicales (como la ecología radical y algunas áreas del feminismo) de que las transformaciones de las actitudes y los comportamientos personales son suficientes (en lugar de simplemente necesarios) para que se produzca el cambio social. Aunque el cambio social puede empezar y terminar en lo personal, hay mucho más en juego que el crecimiento personal individualizado o las manifestaciones de compromiso personal. Al reflexionar sobre cómo se forman las solidaridades locales, es por supuesto vital dejar espacio para lo íntimo y lo personal (un espacio en el que pueden florecer tanto la duda, la ira, la ansiedad y la desesperación como la certidumbre, el altruismo, la esperanza y el júbilo). Y al reunir a personas en patrones de solidaridades sociales y políticas, hay tantas trampas y recovecos como caminos abiertos al cambio.

No obstante, la construcción de solidaridades locales y la definición de las colectividades y las afinidades locales es un medio crucial por el que la persona se vuelve más ampliamente política. La negociación que siempre radica en el fondo del particularismo militante y el activismo de base se da, por lo tanto, entre personas políticas que buscan cambiarse unas a otras y al mundo además de a sí mismas. ¿Pero en qué pretenden cambiarse a sí mismas y por qué? Aquí es donde hay que desarrollar la perspectiva de toda «revolución larga» que se produzca en la larga historia de la urbanización.

## Ser especie en la ciudad

El sociólogo urbano Robert Park (1967, p. 3) escribió en una ocasión (en un pasaje que recuerda las observaciones de Marx sobre el proceso de trabajo):

> la ciudad y el entorno urbano representan el intento más coherente y, en conjunto, más logrado del ser humano de rehacer más a su gusto el mundo en el que vive. Pero si la ciudad es el mundo creado por el hombre, es el mundo en el que a partir de entonces está condenado a vivir. Así, indirectamente, y sin una percepción clara de la naturaleza de su tarea, al hacer la ciudad el hombre se ha rehecho a sí mismo.

Muchas especies, como señala Lewontin (1982, p. 162), se adaptan al entorno que alteran y de esa forma dan comienzo a un largo proceso evolutivo de transformaciones dialécticas de sí mismas y de otros. Los seres humanos se han mostrado especialmente adeptos a tal proceso, y la idea de que «el hombre se hace a sí mismo» (por usar el viejo título de Gordon Childe) también ha tenido una historia larga y fértil.



Nos transformamos mediante la transformación de nuestro mundo (como insistía Marx). Transformamos la capacidad y las fuerzas de nuestra especie mediante las innovaciones culturales, tecnológicas, políticas y sociales que han tenido amplias ramificaciones en los tipos de entornos a los que después tenemos que adaptarnos. Y cada vez más es el entorno definido por la urbanización el que se convierte en el medio central en el que ocurre este proceso adaptativo y transformador.

Aunque es convincente sostener que a largo plazo se da cierta coevolución dialéctica entre las características biológicas y las formas culturales de los humanos, la explosión de soluciones y prácticas culturales en los últimos siglos no ha dejado tiempo para la adaptación biológica. No obstante, del carácter de nuestra especie derivan posibilidades y restricciones básicas. En otra parte las he considerado bajo los epígrafes de (1) competencia y lucha por la existencia, (2) diversificación y diferenciación, (3) colaboración, cooperación y ayuda mutua, (4) transformaciones medioambientales (por ejemplo, urbanización), (5) producción y reconfiguración del espacio, y (6) la transformación de las temporalidades (véase Harvey, 2000, p. 209). Si éstas forman un repertorio básico de capacidades y fuerzas, entonces la cuestión a largo plazo es cómo movilizar una mezcla particular de ellas para modelar formas urbanas alternativas, con consecuencias más humanas para la vida social. Después de todo, las ciudades son empresas colaborativas a gran escala que incorporan procesos competitivos, diversificaciones (divisiones del trabajo, divisiones en función de los estilos de vida y los valores), la producción de entornos construidos, de temporalidades divergentes y de espacios.

¿Podemos aspirar razonablemente a intervenir conscientemente en este proceso de «rehacernos a nosotros mismos» mediante la urbanización, incluso, quizá, adquirir una «percepción clara de la naturaleza de esta (nuestra) tarea»? En este punto es donde vuelven a entrar en la imagen los elementos comunes y los valores universales, porque sin análisis y debate sobre ellos, no nos quedan más que los efectos acumulativos de las microacciones, las contingencias y el azar como elementos fundamentales para la evolución humana. De esa manera, la consideración de «ser especie en la ciudad» parece tan importante para el argumento como cualquier análisis sobre cómo podría lo personal ser político. De hecho, la dialéctica entre particularidad y universalidad parece aquí fundamental para los asuntos humanos.

## La dialéctica de la base

¿Puede, en consecuencia, esta exploración teórica y un tanto abstracta aplicarse para entender las limitaciones y posibilidades de los movimientos de base y el particularismo militante en relación con procesos urbanos más amplios?

Para empezar, de inmediato se hace evidente que los movimientos sociales urbanos interiorizan los efectos (políticos, económicos e ideológicos) del contexto social más amplio (incluido el ser especie) del que forman parte, y que su carácter depende fuertemente de esta interiorización. Pero los movimientos no son simples mediadores neutrales entre, pongamos, lo personal por una parte y las fuerzas político-económicas e ideológicas más amplias (tales como las incluidas, por ejemplo, en la globalización o a algún proyecto de desarrollo nacionalista) por otra. Mediante este posicionamiento es como debemos interpretar buena parte de la compleja geografía histórica de dichos movimientos en relación con corrientes más amplias de cambio, y entender sus futuras potencialidades.

Desde la perspectiva teórica que he creado, es completamente posible entender los movimientos sociales urbanos como reflexiones predominantemente sociopolíticas, si no constructos manifiestos, de una política más amplia o incluso de imperativos biológicos. Esto implica mecanismos para procurar a los líderes de base bienes tangibles (materiales y psíquicos) que puedan traspasarse en forma de beneficios personales a suficientes elementos de la población como para garantizar la adhesión a una política colectiva. Hay, de hecho, muchas versiones de esto. La política de la «maquinaria política» de muchas ciudades estadounidenses –un sistema de gobierno muy calumniado que a menudo funcionaba bien para los inmigrantes, los pobres e incluso para ciertos elementos empresariales (convirtiendo el Chicago del alcalde Daley en la década de 1960 en «la ciudad que funcionaba»)– es una versión predominantemente política de ello. Aunque no se hace referencia a ella como «movimiento social urbano», forma, por así decirlo, un extremo polar de la acción colectiva localizada en la esfera urbana. Carece abiertamente de ese aspecto de autonomía y voluntarismo que más a menudo se usa para caracterizar los movimientos sociales urbanos, pero hay en cualquier caso fuertes argumentos teóricos para cuestionar los ideales de voluntarismo y autonomía como valores vitales más en general. Las asociaciones de propietarios de viviendas en Estados Unidos no están orquestadas políticamente desde arriba, pero en su aceptación del modo predominante de economía de mercado caracterizado por el individualismo por una parte, y los intereses de clase, raciales o étnicos por otra, caen exactamente en una línea ideológica políticamente tan represiva y homogeneizadora como cualquier sistema político pudiera construir. Y lo mismo se podría decir de buena parte de la estructuración de los espacios urbanos que se produce mediante la fuerza de la etnia, la religión o las formas culturales. Calificar los movimientos comunales religiosos de autónomos y voluntaristas parece exagerar mucho, del mismo modo que los enclaves étnicos organizados (como los barrios chinos que caracterizan a muchas ciudades occidentales) difícilmente se pueden separar de las actividades diaspóricas de las elites empresariales de base étnica que usan tales enclaves con fines más generales.



La cuestión fundamental que esto señala es determinar las relaciones reales interiorizadas en *todos* estos movimientos sociales urbanos de cualquier índole (y por muy autónomos o voluntaristas que puedan afirmar que son o incluso que parezcan ser). Sólo mediante tales determinaciones es posible entender lealtades y potencialidades más amplias para la acción política a escalas espaciales tanto locales como más generales. El verdadero «cómo» de la interiorización es de interés más que pasajero, sin embargo, porque define modos tanto directos como sutiles de que una relativa autonomía y formas de asociación relativamente voluntaristas puedan formar parte de un proceso de construcción del poder político. Ya he aludido al problema de las formas comunitarias de organización que se vuelven huecas y, por consiguiente, vulnerables, y éste es exactamente el punto en el que el «cómo» de la interiorización de influencias y fuerzas externas se convierte en indicador de niveles, puntos fuertes y persistencia de las solidaridades locales.

Hago hincapié en la importancia de estas relaciones externas para los movimientos sociales urbanos, porque éstos florecen más y con mayores consecuencias si se alimentan de recursos más amplios (políticos, económicos, ideológicos, religiosos, étnicos, culturales). Sin tales formas de alimentación (a menudo estructuradas por las ONG u otras formas de organización tales como la religión o las estructuras de afinidad étnica) se desintegran o desvanecen con rapidez. Pero poner tales estructuras/recursos al frente como condición a largo plazo para la supervivencia de tales movimientos también indica algo sobre sus cualidades potencialmente insurgentes. En resumen, si surgen organizaciones locales y no encuentran un campo de recursos más amplio del que alimentarse, tienen que crear dicho campo de recursos mediante una política insurgente de base amplia, o bien hacer que los poderes existentes las admitan mediante la pura fuerza y la influencia (del modo que el movimiento por los Derechos Civiles en Estados Unidos a comienzos de la década de 1960 obligó a la Administración pública federal primero y a la estatal después a adoptar modalidades de apoyo a sus acciones y programas).

Aunque pueda parecer que todo esto propone un punto de vista un tanto amargo o incluso negativo de los movimientos sociales urbanos y del particularismo militante como fuentes de cambio social o incluso de vida urbana, quiero sugerir que ponerlos adecuadamente en contexto de este modo proporciona un medio para evaluar sus extraordinarias ventajas y su importancia como agentes mediadores en el proceso urbano. Para empezar, garantizar la vitalidad de dichos movimientos se convierte en elemento crucial de participación política más en general, y la vitalidad no puede garantizarse mediante formas de gobierno represivas y jerárquicamente estructuradas. Si el Partido de los Trabajadores en Porto Alegre busca una participación política y económica más activa de las poblaciones marginadas, debe establecer estructuras (como el proceso de participación presupuestaria) para garantizar una autonomía

relativa y la vitalidad en las bases, y aprender por sí mismo a adaptarse a aquello que son las bases. Las relaciones dialécticas de este tipo son vitales para la construcción de cualquier tipo de democracia viable en los ámbitos urbanos contemporáneos. Todavía más importante es el modo en el que los problemas generales (de desarrollo económico, calidades del entorno y de vida) se reconocen en los ámbitos de base y se convierten en asuntos políticamente percibidos que hay que abordar necesariamente mediante una política más amplia. Interiorizar a escala local las fuerzas externas implica con frecuencia intensas contradicciones que exigen soluciones a escala local que a su vez presionan a los poderes externos para que cambien su modo de actuar (considérese el caso clásico de los promotores capitalistas a los que se resisten intensamente los residentes burgueses). Las cuestiones de justicia medioambiental, de discriminación en los mercados del suelo y de la vivienda, de violencia policial discriminatoria, de integración social y educación, han surgido de esta manera y se han propagado por círculos cada vez más amplios a partir de las necesidades sentidas por individuos dispuestos y capaces de dar expresión a esas necesidades mediante modos de acción colectiva en ámbitos locales. La manera en la que lo personal se vuelve político y se traduce nuevamente en ámbitos políticos más amplios es, en último término, tan importante como la interiorización de poderes más amplios en los movimientos locales colectivos.

Lo esencial es ver los movimientos sociales urbanos como mediadores, y el particularismo militante como traducción de lo personal a un terreno político más amplio. Simple y llanamente, los procedimientos y el gobierno democráticos en general, así como en ámbitos urbanos, ya se basan y seguirán basándose en el futuro predecible en instituciones mediadoras de acción local y en la formación de solidaridades locales. El que dichas instituciones mediadoras desempeñen una función positiva o negativa en relación con la democratización del gobierno urbano es algo que, por supuesto, aún está por ver. Pero las fuerzas político-económicas más amplias corren un riesgo si pasan por alto esta dimensión de la acción humana. Las instituciones locales vaciadas de contenido suponen una amenaza aún mayor que un particularismo militante caracterizado por la autonomía relativa y por una vitalidad carismática que busca reformas a escala más amplia. La dialéctica de los movimientos de base y los poderes del particularismo militante son fuerzas vibrantes en la vida urbana en particular y en la vida sociopolítica en general.



# 11

# Identidades cartográficas: los conocimientos geográficos bajo la globalización*

## Observaciones preliminares

El proceso político-económico generalizado que en años recientes hemos dado en llamar «globalización» depende fuertemente de la acumulación de ciertos tipos de conocimientos geográficos (de hecho ha dependido desde su mismo comienzo, que data de mucho antes de 1492, en el caso del capitalismo occidental). La continuación del desarrollo de este sistema político-económico influirá indudablemente en la Geografía en cuanto disciplina específica así como en la geografía en cuanto modo específico de conocimiento que impregna el pensamiento social y las prácticas políticas. De manera recíproca, las interpretaciones geográficas pueden afectar a futuras trayectorias de desarrollo político-económico (mediante, por ejemplo, el reconocimiento de las restricciones medioambientales, la detección de nuevos recursos y oportunidades comerciales o la búsqueda de formas más justas de desarrollo geográfico desigual). Una geografía crítica podría llegar a poner en duda las formas contemporáneas de poder político-económico, marcadas por el hiperdesarrollo, las crecientes desigualdades sociales y las múltiples señales de grave degradación medioambiental.

Lo que me interesa es observar esta relación dialéctica entre el cambio político-económico y socio-ecológico por una parte, y los conocimientos geográficos por la otra. Empiezo con tres observaciones básicas.

---

* Presentado primeramente en el congreso «Ciencias Sociales en el Milenio» patrocinado por la Universidad Baptista de Hong Kong en junio de 2000; la versión revisada, publicada aquí, se presentó en el 29 Congreso Geográfico Internacional de Seúl en agosto de 2000.

En primer lugar, aunque la historia de esta relación dialéctica es un área de investigación fascinante (como, por ejemplo, la relación existente entre los conocimientos geográficos, la formación del Estado, la colonización, las operaciones militares, la geopolítica y la perpetua búsqueda de ventajas comerciales y económicas), en este artículo pasaré en buena medida por alto cualquier análisis explícito de este registro histórico. No obstante, reconozco que este legado del pasado pesa fuertemente en los conocimientos geográficos contemporáneos, y que cualquier intento amplio de transformarlos debe, en algún punto, afrontar las particularidades de los logros pasados.

En segundo lugar, uso la palabra «conocimientos» en plural porque me parece peligroso suponer que existe una forma establecida de entender o un campo unificado de conocimiento llamado «geografía» incluso dentro de la especialidad académica. Una «disciplina que varía desde la paleoecología y la morfología de los desiertos hasta la geografía posmoderna y homosexual» tiene obviamente un problema de identidad. La suposición de que existe una definición «esencialista» aún por descubrir sobre el tema de la geografía, sus métodos y su «punto de vista» debe ponerse en duda, aunque hace mucho tiempo que nadie se atreve a escribir un libro tan lleno de confianza como *Nature of Geography* de Hartshorne.

Esta posición estratégica adquiere mayor importancia en relación con mi tercer argumento: hay una diferencia significativa entre los conocimientos geográficos sostenidos (a menudo de manera instrumental) en diferentes escenarios institucionales (por ejemplo, aparatos estatales, el Banco Mundial, el Pentágono y la CIA, el Vaticano, los medios de comunicación, el público en general, las ONG, el sector turístico, las empresas multinacionales, las instituciones financieras, etcétera) y la geografía enseñada y estudiada en los departamentos que funcionan bajo dicho nombre. La tensión entre la Geografía como disciplina específica y la geografía como forma de reunir, usar y entender cierta información en una variedad de ámbitos institucionales es importante. Los conocimientos geográficos de este segundo tipo están ampliamente dispersos entre la sociedad. Merecen ser entendidos por sí mismos (por ejemplo, cómo el sector turístico o la televisión por cable han creado y promovido un cierto sentido geográfico en la sociedad). Diferentes instituciones, además, crean una demanda de diferentes tipos de conocimientos geográficos (al sector turístico no le interesa resaltar la geografía de la tensión social). Si la geografía académica no cubre o no puede cubrir estas demandas diversas, seguramente alguien lo hará.

De estos comentarios preliminares deduzco algunas conclusiones inmediatas:

1. Necesitamos estudios generales en escenarios históricos y geográficos comparativos para entender mejor cómo se produce la relación dialéctica entre las formas de conocimiento geográfico y el desarrollo socioeconómico y ecológico.



2. Necesitamos estudios cuidadosos sobre cómo se formula, usa y aplica la geografía en cuanto modo de interpretación en diferentes ámbitos institucionales (por ejemplo, el ejército, Greenpeace, el aparato estatal, empresas multinacionales, etcétera).
3. Debemos estudiar mejor los vínculos existentes entre los discursos geográficos que emanan de instituciones particulares y la forma en la que se crean y enseñan los conocimientos institucionales tanto dentro como fuera de la disciplina específica de la Geografía.
4. Necesitamos considerar detenidamente qué principios podrían regir la aplicación «adecuada» de conocimientos geográficos «sensatos» en ámbitos específicos. A este respecto, la disciplina de la geografía tiene una función potencial de considerable importancia, como árbitro y juez de cuáles son usos adecuados de los conocimientos geográficos propiamente formulados.

## El cosmopolitismo y su geografía

En un artículo publicado recientemente en *Public Culture,* observé cómo se están movilizando ahora las alegaciones sobre la gobernación, la gestión y la actividad reguladora mundiales a través de ideales de «cosmopolitismo». Escritores como David Held han sostenido con elocuencia que tal perspectiva cosmopolita es esencial para la evolución de las instituciones democráticas de gobernación mundial que regulan el neoliberalismo. ¿Pero qué tipo de conocimiento geográfico se presupone en dicho argumento?

Nussbaum, uno de los principales partidarios del ideal cosmopolita en Estados Unidos, se queja de que «Estados Unidos es incapaz de observarse a sí mismo a través de la lente del otro y, en consecuencia, [es] igualmente ignorante de sí mismo» precisamente porque la población es «asombrosamente ignorante del resto del mundo». Para establecer un diálogo mundial adecuado, continúa,

> necesitamos no sólo el conocimiento de la geografía y la ecología de otros países –algo que ya supondría una gran revisión de nuestro programa de estudios–, sino también saber mucho sobre su gente, de forma que al hablar con ellos seamos capaces de respetar sus tradiciones e intereses. La educación cosmopolita proporcionaría el trasfondo necesario para esta deliberación.

El cosmopolitismo sin un conocimiento «sensato» y «adecuado» de la geografía y la antropología es, da a entender ella, un ideal vacío.

Al hacer esta afirmación, Nussbaum sigue nada menos que a una figura como Kant, a cuyos argumentos fundamentales sobre la ética cosmopolita se apela fre-

cuentemente en la bibliografía general. Kant reconocía que los estudios geográficos y antropológicos eran «condiciones previas necesarias» para el descubrimiento y la aplicación de cualquier otra forma de conocimiento, incluida la ética cosmopolita. Nussbaum (junto con todos los demás que escriben sobre cosmopolitismo) dejan sin especificar la naturaleza del conocimiento geográfico necesario. Pero Kant dio su curso de Geografía no menos que cuarenta y nueve veces (fue el segundo curso más importante que él enseñó). Un estudio de la Geografía de Kant revela un problema serio. Porque la explicación que da no sólo es asistemática e incoherente (en marcado contraste con el rigor de las obras filosóficas), sino también perjudicial en extremo. La «humanidad –dice– alcanza su mayor perfección con la raza blanca. Los indios amarillos tienen algo menos de talento. Los negros son muy inferiores y algunos de los pueblos de América están muy por debajo de ellos». Los hotentotes son sucios y se les huele desde lejos, los javaneses son ladrones, maquinadores y serviles, a veces llenos de ira y otras cobardes y atemorizados, los samoyedos son tímidos, perezosos y supersticiosos, las mujeres birmanas llevan ropas indecentes y les gusta quedarse preñadas de europeos... y continúa de esta guisa.

Este tipo de conocimiento geográfico resulta profundamente incoherente con la ética universal y los principios cosmopolitas de Kant. Inmediatamente plantea el problema: qué ocurre cuando los ideales éticos universales se insertan como principios de gobernación mundial en un mundo en el que algunos son considerados inferiores y de otros se piensa que son indolentes, malolientes o simplemente indignos de confianza. O bien los hotentotes malolientes, los samoyedos perezosos, los javaneses ladrones y las birmanas indecentes tienen que reformarse por consideración al código ético universal (eliminando así todo tipo de diferencia geográfica), o bien los principios geográficos operan en diferentes condiciones geográficas como un código intensamente discriminatorio disfrazado de bien universal.

Lo que se percibe de manera tan drástica en Kant tiene, por desgracia, ramificaciones generalizadas en la política contemporánea. Si, como es el caso, el conocimiento geográfico en la vida y la opinión públicas de, por ejemplo, Estados Unidos es tan carente de calidad o adolece de una calidad tan llena de prejuicios como los retratados por Kant, a Estados Unidos le resultará muy fácil retratarse como el portador de los principios universales de justicia, democracia y bondad, y al mismo tiempo operar en la práctica de una manera intensamente discriminatoria. La forma fácil en la que se pueden «demonizar» en la opinión pública ciertos espacios de la economía planetaria (Cuba, China, Libia, Irán, Iraq, por no decir nada del «imperio del mal» de la ex Unión Soviética, por usar la expresión favorita de Ronald Reagan) ilustra demasiado bien que ciertos conocimientos geográficos se movilizan con fines políticos, al tiempo que sostienen la creencia de que Estados Unidos es el portador de la ética mundial.



¿Qué tipo de conocimiento geográfico es entonces adecuado para una ética cosmopolita? La cuestión es tan profunda como amplia. Pero hay abundantes indicios de lo significativa que podría resultar la relación. Una encuesta realizada recientemente en Estados Unidos demostró que cuanto más sabían las personas sobre las condiciones y las circunstancias de vida en determinado país, menores eran las probabilidades de que apoyaran las intervenciones militares o las sanciones económicas del gobierno estadounidense. Al contrario, se deduce que ciertos tipos de poder económico y político podrían tener un interés especial por mantener a la masa de la población en un estado crónico de ignorancia geográfica (o al menos no sentir el impulso de curar los actuales estados de ignorancia). Los conocimientos geográficos sesgados o «vacíos», deliberadamente creados y mantenidos, proporcionan una licencia para perseguir intereses particulares en nombre del bien y la razón universales.

El cosmopolitismo privado de especificidad geográfica sigue siendo una razón abstracta y alienada, responsable, cuando baja a la tierra, de producir todo tipo de consecuencias inesperadas y a veces explosivamente malignas (que pueden hacer que poblaciones enteras se levanten contra los principios universales que se espera que acepten). Una fuerte dosis de ilustración geográfica es, por lo tanto, un requisito previo para cualquier ejercicio razonado del control planetario. ¿Pero qué tipo de conocimiento geográfico podría incluirse aquí? Los geógrafos tienden a recelar de los ideales cosmopolitas (en parte por buenas razones). Pero la geografía no inspirada por una visión cosmopolita se convierte en un asunto de mera descripción o en una herramienta pasiva de los poderes existentes (militares, administrativos, económicos). Liberar la dialéctica entre el cosmopolitismo y la geografía parece un prerrequisito fundamental para alcanzar un orden socio-ecológico más justo y cuerdo para el siglo XXI. ¿Cómo pueden los conocimientos geográficos reconstituirse para cubrir las necesidades de la gobernación planetaria democrática, inspirada por una ética cosmopolita de, por ejemplo, justicia, equidad y razón?

Son grandes preguntas, pero es esencial contemplarlas no sólo desde el punto de vista estricto de la Geografía en cuanto disciplina, sino más importante, desde el punto de vista de la influencia de los conocimientos geográficos (sin importar dónde se produzcan) en la trayectoria futura del orden socio-ecológico mundial y sus patrones asociados de poder socioeconómico. ¿Entonces, qué conocimientos geográficos tenemos disponibles en la actualidad mientras contemplamos esa cuestión?

## Ámbitos de producción de los conocimientos geográficos

Los geógrafos profesionales, como los economistas, los sociólogos y los especialistas en ciencias políticas, generan periódicamente sus propios conjuntos de datos y

producen nueva información para alimentar sus investigaciones. Pero buena parte de su trabajo descansa en análisis de datos, información y perspectivas elaborados en otras partes. Dentro de la Geografía hay, curiosamente, muy poco reconocimiento formal de que los conocimientos geográficos reunidos en diferentes ámbitos institucionales varían de acuerdo con las necesidades, las culturas y las normas institucionales específicas. Si la Geografía en cuanto disciplina aspira a ser juez y árbitro de la aplicación adecuada de conocimientos geográficos sensatos, uno de los primeros pasos que debe dar es el de proporcionar principios para evaluar la producción de conocimientos geográficos en diferentes escenarios institucionales. Muchos geógrafos se unen a instituciones externas. Pero a menudo esto se considera un asunto privado o personal. Rara vez nos sentamos a reflexionar sobre las consecuencias de tales vinculaciones para la disciplina en su conjunto. Considérense, por ejemplo, algunos de los principales ámbitos de producción de conocimientos geográficos y cómo varía la calidad de dichos conocimientos de un ámbito a otro.

*El aparato estatal*

Con su interés por la gobernabilidad, la administración, la tributación, el planeamiento y el control social, el aparato estatal se ha ido estableciendo permanentemente desde el siglo XVIII en adelante como ámbito primordial para la recopilación y el análisis de información geográfica. El proceso de formación estatal dependía, y sigue dependiendo, de la creación de ciertos tipos de interpretaciones geográficas (desde la cartografía de límites hasta el cultivo de un sentimiento de identidad nacional dentro de dichos límites). Durante los pasados dos siglos, el Estado ha sido quizá *el* ámbito fundamental de producción de los conocimientos geográficos necesarios para la creación, el mantenimiento y la ampliación de sus competencias. La gobernabilidad descansa, sin embargo, en un cierto conjunto de preceptos referentes a la individualidad y la objetividad (individualización, cómputo y localización –de ahí la importancia de la cartografía– son operaciones fundamentales en todo, desde los censos a la administración de la seguridad social). Los «datos concretos» se generan mediante una diversidad de medios y se analizan en consecuencia. Además, los diferentes departamentos del aparato estatal desarrollan experiencias especializadas en, pongamos, agricultura, silvicultura, transportes, pesca, industria, y otras áreas. En la medida en que el Estado en sí está organizado jerárquicamente, produce en general conocimientos geográficos de diferentes escalas espaciales (local, regional, nacional). La consecuencia es la fragmentación de los conocimientos geográficos que se mantienen en el aparato estatal, a pesar de preservar cierta actitud hegemónica (de objetividad y «factualidad») respecto a cómo se recopila, ana-



liza e interpreta la información. El Estado, mediante los mecanismos de planificación, instituye igualmente programas normativos para la producción de nuevas configuraciones geográficas, y al hacerlo se convierte en uno de los principales ámbitos para orquestar la producción de espacio, la definición de la territorialidad, la distribución geográfica de la población, la actividad económica, los servicios sociales, la riqueza y el bienestar. Mediante su influencia en la educación, el Estado puede producir activamente identidades nacionales y locales como medio para garantizar su poder. Cuando los geógrafos se sitúan dentro de estos marcos de producción de conocimiento geográfico se convierten, a veces sin reconocerlo, en agentes tácitos del poder estatal. Al mismo tiempo, los intereses de Estados particulares conducen a tipos específicos de conocimientos geográficos (produciendo «escuelas nacionales» de geografía identificables) relacionados, de manera interesante, con situaciones geográficas y geopolíticas. La «geografía oculta» de los conocimientos geográficos raramente se ha abordado, excepto de manera elíptica y ocasional.

*El poder militar*

Aunque lógicamente forma parte del aparato estatal, el poder militar merece categoría aparte, porque en este campo es más obvia la conexión entre los conocimientos geográficos privilegiados y el ansia de poder. A menudo el conocimiento geográfico se mantiene aquí en secreto. El acceso a él es una cuestión de seguridad nacional. Disponer de buenos mapas o de un buen sistema de información geográfica es crucial para alcanzar la superioridad militar, mientras que interpretarlos mal (como en el bombardeo de la embajada china en Belgrado en 1999) puede tener graves consecuencias. La relación entre los conocimientos geográficos y el ejército siempre ha sido extremadamente fuerte (se retrotrae a los romanos, si no antes). Las convenciones y las normas anexas a las necesidades militares afectan a la naturaleza del conocimiento geográfico producido. Las perspectivas de ingeniería, como la evaluación de las condiciones del terreno que afectan al movimiento de vehículos, tienden a ser prioritarias sobre la evaluación de las condiciones culturales de la población, por ejemplo. Sólo cuando se trata de diseñar programas de contrainsurgencia o de control de civiles encontramos normalmente una apelación a las interpretaciones antropológicas o de geografía humana.

*Las instituciones supranacionales*

Se han convertido cada vez más en fuentes importantes de nuevos conocimientos geográficos, en especial desde 1950. El Banco Mundial, el Programa de Nacio-

nes Unidas para el Desarrollo, la OIT, la OMS, la OMC, la UNESCO, la FAO y otras organizaciones similares forman un ámbito enorme y en rápido crecimiento para la producción de una variedad de conocimientos geográficos (a menudo especializados en temas tales como la salud, la agricultura, el trabajo y el medio ambiente mundiales). Las tradiciones de gobernabilidad iniciadas en el aparato estatal tienden a pervivir en estas instituciones, dando cierta objetividad e individualidad a las formas de los datos y a los marcos de análisis. La principal consecuencia es producir una información cualitativamente similar a la recopilada dentro del aparato estatal pero a escala supranacional y planetaria. Otras instituciones supranacionales como la Unión Europea y la OCDE adoptan una perspectiva menos planetaria, pero no obstante también sirven de ámbitos clave para la producción de conocimientos geográficos particulares a esa escala geográfica. Un vistazo rápido, por ejemplo, a los informes del Banco Mundial muestra que las estructuras del conocimiento geográfico dentro del banco han cambiado significativamente a lo largo del tiempo, a medida que arraigaban diferentes direcciones políticas (la información medioambiental es ahora mucho más destacada, mientras que el interés por la descentralización y las instituciones de la sociedad civil como vehículos para promover el desarrollo económico ha introducido una sensibilidad mucho mayor hacia las culturas y las condiciones geográficas locales en dichos informes). Esta observación se puede generalizar: los conocimientos geográficos producidos en escenarios institucionales pueden cambiar y cambian significativamente a lo largo del tiempo.

*Las organizaciones no gubernamentales*

En décadas recientes han proliferado las ONG, complicando la producción de conocimientos geográficos sobre la sociedad civil en general, en parte porque los objetivos de dichas organizaciones varían enormemente. Organizaciones como OXFAM o CARE incorporan enormes cantidades de conocimiento geográfico, al igual que grupos en pro de los derechos humanos como Amnistía Internacional, grupos ecologistas como World Wildlife Fund o Greenpeace, y la enorme gama de organizaciones dedicadas a temas específicos (violencia, la situación de mujeres y niños, educación, pobreza, salud, refugiados, etcétera). Aunque pueda parecer inadecuado en algunos aspectos, pienso que deberíamos incluir también en este apartado a la enorme gama de organizaciones religiosas (desde la Iglesia católica a los grupos islámicos, hindúes y protestantes), organizaciones comunitarias y étnicas (por ejemplo, diásporas de diferentes tipos), y partidos políticos. Todos ellos constituyen elementos de la sociedad civil que contribuyen a la gobernación, y todos ellos producen conocimientos geográficos de maneras determinadas (la Iglesia católica, por



ejemplo, no sólo fue precursora de las formas de administración territoriales en la Alta Edad Media, sino que también ha desarrollado desde entonces fuertes estrategias geopolíticas de proselitismo y control social). En la medida en que dichas organizacio nes pretendan unirse al Estado o a organizaciones internacionales, deben obligatoriamente producir conocimientos geográficos que sean ampliamente compatibles con los mantenidos en estas instituciones más dominantes, simplemente con fines de discusión y negociación.

*Los intereses empresariales y comerciales*

Tienen sus propios modos de reunir y analizar el conocimiento geográfico para sus propios fines. El enorme negocio de la asesoría (a veces interna pero principalmente externa) funciona hoy con particular fuerza, ya que los intereses empresariales y comerciales piden la opinión de expertos en posibilidades de comercialización, preferencias de ubicación, disponibilidad de recursos (tanto naturales como humanos), restricciones medioambientales, seguridad de la inversión, clima empresarial, comodidades para el personal, y otros. Por lo mismo, tales instituciones producen una amplia gama de conocimientos geográficos sometidos a cierto estilo de análisis geográfico (desde el análisis de la propiedad inmobiliaria hasta información sobre investigación de mercados o la calificación de bonos estatales o pasando por el control remoto de campos de cultivo como ayuda especulativa en los mercados de futuros agrícolas).

*Los sectores de los medios de comunicación, del ocio y del turismo*

Estos sectores son una fuente prolífica de conocimientos geográficos. A este respecto, sin embargo, nos interesa principalmente la proyección de imágenes y representaciones a un público en general, y los efectos predominantes de esas imágenes y representaciones en la población sometida a ellas. El impacto es primordialmente estético y emotivo más que «objetivo». La selectividad anexa a la elección de imágenes es a menudo problemática. Las exigencias comerciales introducen un sesgo hacia lo inmediato, lo espectacular, lo estéticamente aceptable y el pensamiento asociativo (la sexualidad, la naturaleza y la autenticidad del producto, por ejemplo). Pero la variación de imágenes y representaciones dentro de los sectores de la comunicación, del ocio y del turismo es enorme, y forma un campo enormemente problemático pero influyente dentro del cual los conocimientos geográficos se modelan y remodelan de múltiples maneras. No es difícil ver de qué maneras se

proporciona una información errónea en este campo, ni tampoco que en él, sobre todo, desempeñan una función vital los principios geográficos que fomentan una capacidad amplia y popular de evaluación y juicio sobre la naturaleza de los conocimientos geográficos que se elaboran y presentan.

*Instituciones educativas y de investigación*

Generan mucha información geográfica específica de su disciplina. Economistas, sociólogos, antropólogos y especialistas en ciencias políticas producen y modifican información de contenido geográfico y a menudo adaptan ese contenido a los fines de su propia disciplina. Quienes trabajan en modelos de circulación general de la atmósfera, turbulencia en estuarios, biodiversidad, historia medioambiental, difusión de enfermedades, epidemiología, asistencia sanitaria, la interpretación de novelas, o la historia de la etnicidad o de las formas culturales necesitan recopilar conocimientos geográficos de un tipo específico, al que los geógrafos pueden apelar o contribuir. Los conocimientos geográficos se encuentran en todo el sistema educativo e investigador, resultando pertinente que dichos conocimientos se difundan ampliamente en lugar de circunscribirse a un marco disciplinario unificado. Esto se puede percibir en la disciplina de la Geografía bien como amenaza o bien como una maravillosa oportunidad para entablar un diálogo constructivo sobre el uso adecuado de conocimientos geográficos sensatos en muchas esferas de trabajo específicas.

Los conocimientos geográficos institucionalizados como los que he mencionado son especialmente importantes para la Geografía en cuanto disciplina académica. Pero hay tipos mucho más amplios y generales de conocimiento geográfico integrados en el lenguaje, los modos de vida locales, la simbiosis local alcanzada entre naturaleza, economía y cultura, las mitologías locales y las diversas prácticas y formas culturales, las prescripciones de sentido común y las tradiciones sociolingüísticas dinámicas. Abundan los conocimientos geográficos especializados (desde el conocimiento urbano del taxista hasta el conocimiento particular del ornitólogo aficionado o de los anticuarios locales). Los conocimientos locales, por ejemplo, equivalen con frecuencia a descripciones geográficas relativamente completas, aunque estructuradas desde una cierta perspectiva localista. Las identidades locales y regionales, por el contrario, se construyen (como el Estado-nación) en torno a la formación y la articulación de ciertos tipos de interpretaciones geográficas (a menudo fuertemente teñidas de sentimientos ecologistas). Los geógrafos (junto con los antropólogos) han prestado tradicionalmente mucha atención a estas «estructuras de sentimiento» y a estos modos de vida localizados y, al hacerlo, han ayudado con frecuencia a poner de manifiesto el conflicto entre los conocimientos institucionalizados dirigidos a la gobernabilidad y los conocimientos localizados que guían las lealtades afectivas y las identidades socio-ambientales. Si presto poca atención aquí a estas formas tradicionales de conocimiento geográfico no se debe en absoluto a falta de respeto hacia ellas o hacia su importancia. Tradicionalmente han proporcionado, y siguen proporcionado, la espina dorsal del argumento a favor de una disciplina de una geografía (humana) auténticamente independiente. Pero insistir en estas perspectivas y conocimientos como base excluyente sobre la que ejercer el juicio geográfico es aislar la disciplina de sus potencialidades mucho más amplias.

¿Qué conclusiones se pueden sacar, entonces? Ante todo, me parece extraño que diversos análisis sobre la naturaleza de la geografía presten tan escasa atención crítica o reflexiva a las formas en que los diferentes conocimientos geográficos generados en una gama tan amplia de bases institucionales fluyen por nuestra propia estructura disciplinaria. Hace años que Foucault nos enseñó que el conocimiento/el poder/las instituciones se encierran en modos determinados de gubernamentalidad, pero pocos se han preocupado de dirigir ese foco a la disciplina de la Geografía. No han tenido en cuenta la otra observación clave de Foucault sobre la importancia de la disciplina, la vigilancia y el castigo para el funcionamiento de todas las instituciones (desde la cárcel y la fábrica hasta el Banco Mundial, la universidad e incluso disciplinas –el doble significado de esta palabra debería alertarnos sobre el problema– individuales). Hay excepciones a este comentario. La relación entre el conocimiento geográfico y el imperio ha sido un importante tema de investigación en años recientes, pero las relaciones con la construcción del Estado, el aparato militar, las operaciones secretas, las estrategias multinacionales e incluso instituciones que constituyen un blanco fácil, como el Banco Mundial y el World Wildlife Fund, se pasan en general por alto como tema de análisis crítico y de comentario, incluso a pesar de que algunos grupos de interés o determinados individuos dentro de la disciplina de la Geografía buscan ávidamente relacionarse con estas instituciones y a veces colaboran estrechamente con ellas.

Además, es interesante examinar la posibilidad de articular los conflictos como conflictos entre interpretaciones geográficas. Cuando, por ejemplo, Greenpeace ataca los proyectos de empresas multinacionales o del Banco Mundial, lo hace a menudo proporcionando descripciones geográficas totalmente distintas (resaltando las comunidades bióticas, las historias y las herencias culturales, los modos de vida específicos) a las especificaciones técnicas establecidas, pongamos, en los informes del Banco Mundial o de las empresas. De manera similar, cuando Oxfam criticó la política del Departamento de Estado estadounidense en Centroamérica en la década de 1980, lo hizo en parte describiendo una situación geográfica socio-ambiental muy distinta de las gruesas líneas geopolíticas ofrecidas por el Departamento de Estado. A menudo, se persuade políticamente al público mediante la educación geográfica.

Pero los estudios particulares sobre estos temas, por útiles que puedan ser, no surten efecto. Porque lo que tenemos que reconocer es que la Geografía en cuanto disciplina está situada en la confluencia de una amplia gama de discursos geográficos, elaborados en ámbitos institucionales muy diferentes, con normas de funcionamiento a menudo aparentemente incomparables (y algunos dirían que incomunicables). Buena parte de la confusión respecto a qué podría ser la Geografía en general descansa en las diferentes lealtades que los individuos o grupos que la practican pueden tener hacia las instituciones externas, sus culturas y sus modos de pensamiento dominantes (el aparato estatal, las ONG, la «comunidad científica», etcétera). La incapacidad para encontrar un lenguaje común mediante el cual comunicarse entre los innumerables subgrupos que normalmente comprenden un departamento de geografía (en el que las «dos culturas» de la ciencia y las humanidades forman una importante divisoria), se origina en parte en estas lealtades múltiples. De ahí, sospecho, la renuencia a contemplar la idea de que la geografía puede tener una «naturaleza», una «esencia» o una misión básica en cuanto disciplina, y la reducción de la mayor parte de la historiografía sobre la disciplina en años recientes a un relato de tendencias divergentes y diferentes escuelas de pensamiento (en el que la idea poco convincente de David Livingstone de mantener «conversaciones» continuadas es el tema unificador más intrépido avanzado hasta la fecha).

Deberíamos, creo, contemplar la confluencia de estos discursos divergentes dentro de la disciplina de la Geografía como una oportunidad y una ventaja, y no como una fuente de desconcierto y confusión. ¿Dónde podría ser más fácil afrontar directamente la existencia, por ejemplo, de las «dos culturas» de la ciencia y las humanidades, y en qué otro ámbito sería tan fácil no sólo establecer conversaciones significativas sino también explorar cómo traducir entre conocimientos aparentemente incompatibles o radicalmente divergentes, e incluso cómo integrarlos? No sostengo que sea un trabajo fácil, porque sería generar falsas ilusiones. Pero es una zona de trabajo interesante que por derecho propio vale la pena abordar, no en busca del santo grial de un campo unificado de la Geografía (con una «esencia» bien definida) sino como medio para explorar la manera de establecer unidades (principios y argumentos generales) sin violentar las diferencias que la dividen.

Además, la presencia extraordinariamente difusa de los conocimientos geográficos a través de las diferentes disciplinas y su dispersión por muchas instituciones importantes proporcionan una red ya dispuesta para la difusión de «*sólidas*» ideas geográficas, elaboradas dentro de la disciplina. En lugar de que la Geografía refracte débilmente los discursos institucionalizados (más o menos como sierva de instituciones dominantes o superiores, incluidas otras disciplinas de estudio a las que con demasiada facilidad nos sentimos inferiores), seguramente será posible imaginar la Geografía como una disciplina que envía a los estudiosos y a múltiples



ámbitos institucionales firmes impulsos innovadores basados en el trabajo colectivo que producen los geógrafos.

Esto nos deja una misión más clara. La geografía no sobrevivirá como disciplina, y tampoco pienso de debiera sobrevivir, a no ser que desarrolle *sólidas* ideas geográficas que expresen algunas de las *unidades* que encontramos en los discursos altamente diferenciados que convergen en nuestro marco disciplinario. Las ideas sólidas serán escuchadas y suscitarán respeto en otras partes. Y esas ideas sólidas deben nacer de la experiencia obtenida mediante el posicionamiento específico de nuestra disciplina como punto convergente de múltiples conocimientos geográficos. ¿Cómo podemos, entonces, reflexionar sobre los conocimientos geográficos que poseemos para identificar tales ideas sólidas? Además, en el esquema cósmico de las cosas, ¿serán tales ideas sólidas útiles y productivas para guiar los cambios socio-ecológicos, de manera que contribuyan a que los humanos se emancipen de las carencias, la necesidad, el sufrimiento y las diversas formas de alienación y represión que en la actualidad nos rodean? Éstas son las grandes preguntas a las que necesitamos encontrar respuesta.

## Las estructuras de los conocimientos geográficos

Considérense ahora los componentes estructurales comunes de los conocimientos geográficos. Esto quizá no revele automáticamente las ideas sólidas, pero puede ayudar a identificar las unidades (si las hay) que subyacen a conocimientos geográficos enormemente diversos, y sugerir focos en torno a los cuales pueden agruparse las ideas sólidas. Sobresalen cuatro elementos estructurales.

### *Identificaciones cartográficas*

La confección de mapas y la cartografía han constituido elementos fundamentales en la historia de la Geografía. Los mapas también han sido, y siguen siendo, creados y usados en una gama extraordinariamente amplia de ámbitos institucionales y disciplinarios y para diversos fines. En la era burguesa, por ejemplo, la preocupación por la precisión en la navegación y por la definición de los derechos territoriales (tanto privados como colectivos) hizo que la confección de mapas y la investigación catastral se convirtieran en herramientas básicas para conjugar el arte del geógrafo con el ejercicio del poder político y económico. El ejercicio del poder militar y la confección de mapas han ido de la mano. En la era imperialista, se sentaron las bases cartográficas para la imposición de las formas capitalistas de derechos territoriales en áreas del mundo (África, América, Australasia y buena parte de

Asia) que previamente habían carecido de ellos. Las definiciones cartográficas de soberanía (formación de Estados), ayudaron a la formación de Estados y al ejercicio de las competencias estatales. La cartografía sentó las bases jurídicas para los privilegios clasistas de propiedad de la tierra y el derecho a la apropiación de los frutos tanto de la naturaleza como del trabajo dentro de espacios bien definidos. También abrió la posibilidad de organizar «racionalmente» el espacio para la acumulación de capital, de dividir el espacio con fines de administración eficiente o con el objetivo de mejorar la salud y el bienestar de la población (el sueño de la Ilustración incorporado a la planificación racional del bienestar humano).

La cartografía trata de localizar, identificar y delimitar fenómenos y, por consiguiente, de situar acontecimientos, procesos y objetos dentro de un marco espacial coherente. Impone orden espacial a los fenómenos. En su manifestación contemporánea, depende fuertemente de la lógica cartesiana en la que se supone que la *res extensa* es muy distinta del ámbito de la mente y el pensamiento, y susceptible de una descripción plena dentro de un conjunto de coordenadas (una red o retícula). La innovación de mapas temáticos, sinópticos e icónicos amplió la gama de lo que se podía representar cartográficamente en aspectos importantes (los gráficos sinópticos en meteorología y climatología se convierten en herramientas de análisis básicas, por ejemplo). Se pueden encontrar operaciones cartográficas en todos los ámbitos de estudio, al mismo tiempo que son fundamentales para el trabajo de muchas instituciones (el Estado, el ejército, el sistema jurídico, etc.). A menudo ahora la información se almacena digitalmente y los SIG (sistemas de información geográfica) constituyen una poderosa herramienta de almacenamiento automatizado, análisis y presentación instantánea de datos e información en una forma espacial ordenada.

Hay, por supuesto, una extensa bibliografía sobre las limitaciones de las operaciones cartográficas y muchos materiales evaluativos sobre los usos y abusos de los mapas, los SIG, y similares. Su despliegue con fines propagandísticos es bien conocido, y su función como herramientas de gobernación, poder y dominación se ha retratado muy bien en diferentes escenarios (en especial, el de la administración imperial). La historia de la cartografía se está escribiendo también ahora desde una amplia perspectiva comparativa, revelando mucho sobre las diferencias culturales y temporales en la interpretación de la posición humana en el mundo. La evaluación y la historiografía de las formas cartográficas están muy avanzadas por los geógrafos, los historiadores, los antropólogos y una amplia gama de expertos en otras disciplinas.

La cartografía es, sencillamente, uno de los pilares estructurales de todas las formas de conocimiento geográfico. Dado su papel fundamental en la Geografía así como en otros escenarios institucionales, proporciona un punto de convergencia temática desde el cual derivar ideas «sólidas» sobre la función de los conocimientos geográficos.



Pero hay mucho más que decir respecto a este tema. La localización, el posicionamiento, la individualización, la identificación y la delimitación son operaciones que influyen de manera clave en la formación de subjetividades personales y políticas. El concepto que tenemos de nosotros mismos (tanto individual como colectivamente) está ampliamente definido por nuestra posición en la sociedad y en el mundo. Este posicionamiento se da con o sin un mapa formal del tipo generalmente aceptado. Hay mapas mentales o cognitivos (quizá incluso sistemas cartográficos completos) integrados en nuestra conciencia, los cuales no se prestan con facilidad a ser representados en una red o retícula cartesiana. Los mapas mentales de los niños, de los hombres y de las mujeres, de los dementes, de los seguidores de diferentes culturas o religiones, de las clases sociales o de toda la población, varían como es lógico enormemente. La intersección de procedimientos formales de creación de mapas con este sentido de quiénes somos y cómo podemos situarnos a nosotros mismos dista mucho de ser inocente. Las huellas de una nueva conciencia cartográfica son patentes en la poesía (por ejemplo Shakespeare y los denominados «poetas metafísicos» despliegan con gran eficacia el imaginario cartográfico) y en la literatura (incluso antes de que Daniel Defoe y otros autores concedieran a la exploración cartográfica un posición central en sus estructuras narrativas). El efecto de leer tal literatura es el de vernos a nosotros mismos en una posición diferente, dentro de un mapa del mundo distinto. La bibliografía sobre esta «conciencia cartográfica» de los mapas «mentales» y «cognitivos» está ahora creciendo a pasos agigantados, lo que sugiere un campo de investigación emergente que relaciona la temática de la geografía con buena parte de la teoría cultural y literaria (así como con la antropología y la psicología). Cómo se experimenta y se practica, por ejemplo, la vida urbana es algo muy relacionado con cómo formamos y reformamos los mapas mentales de la ciudad.

Claramente las dificultades de comunicación entre estas modalidades cartográficas diferentes son considerables, si imaginamos situar a un experto en técnicas de SIG junto a un crítico literario interesado por la conciencia geográfica desplegada por Beowulf o Rabelais. La cartografía en cuanto apoyo estructural básico de todas las formas de conocimiento geográfico se compone de muchos hilos entretejidos. Investigar sus intersecciones no sólo proporciona interesantes retos, sino también importantes claves sobre el modo en el que las subjetividades políticas, personales y psicológicas son sensibles a los esfuerzos cartográficos, y sobre cómo el cambio del mapa del mundo no sólo puede variar nuestro modo de pensar sobre éste sino también nuestros comportamientos sociales y nuestro sentido del bienestar (al igual que a menudo se ha dicho que la representación de la Tierra como una esfera vista desde el espacio exterior afecta a nuestra manera de pensar sobre los problemas del planeta e incluso sobre la propia globalización). En algunas de estas manifestacio-

nes, o en todas, la cartografía proporciona un pilar central para la totalidad de las formas de conocimiento geográfico, y como tal merece una extensa consideración.

*La medida del espacio-tiempo*

Tradicionalmente los mapas han adoptado la forma de representaciones espaciales bidimensionales. Descansan, por lo tanto, sobre una cierta concepción del espacio y sobre la capacidad para ordenar y localizar posiciones, objetos y acontecimientos en ese espacio a través de mediciones precisas. Las matemáticas de las proyecciones cartográficas (que representan una esfera en una superficie plana) tienen en sí una historia interesante. Primeramente se idearon en este contexto nuevas formas de geometría (Gauss inventó una geometría esférica mientras realizaba una investigación cartográfica en Hanover, proporcionando casualmente el primer cálculo fundamentado de la circunferencia de la Tierra).

Las formas de representar, entender y modelar el espacio aparecen como un elemento común de todas las formas de conocimiento geográfico. También a este respecto encontramos un elemento común, una unidad, dentro de la cual existe todo un mundo de diferencia. ¿Cómo conceptúan, interpretan y representan el espacio los diferentes conocimientos geográficos que convergen en nosotros?

Muchos geógrafos afirman ahora que el «espacio» es el concepto fundamental, privilegiado e incluso definitorio de su disciplina. Esta afirmación me parece exagerada y potencialmente engañosa. La mayoría de las ciencias físicas (la física y la cosmología en particular) y de ingeniería tienen una larga historia de tratamiento del concepto de espacio (y de espacio-tiempo) y éste ha sido igualmente objeto de reflexión extensa en la filosofía, la literatura, la antropología y muchas de las ciencias sociales. Por lo tanto, si bien el concepto de espacio puede ser fundamental en la disciplina de la Geografía, se recibe en parte, como la cartografía, a modo de vectores de múltiples discursos sobre el espacio, muchos de los cuales manan de otra parte, a pesar de converger en la disciplina. Decir esto no implica que no haya nada nuevo que descubrir o pensar sobre el espacio (o el espacio-tiempo) dentro de la Geografía, o que no haya una tradición autóctona a la que podamos apelar. De hecho, la convergencia reciente de múltiples discursos sobre el espacio y el espacio-tiempo dentro de la Geografía la convierte en un punto clave a partir del cual han surgido ideas «sólidas». A este respecto, está claro que la disciplina hace algo más que simplemente refractar y reflejar lo que ha obtenido de manera derivada de otras partes.

En la medida en la que el tiempo, el espacio y la materia (o el proceso) son categorías ontológicas fundamentales para nuestra comprensión del mundo, la Geografía interioriza dentro de sí la misma problemática que otras disciplinas. Se plantean cuestiones sobre las concepciones absolutas, relativas y relacionales del espacio (y del tiempo), al igual que la cuestión de si el tiempo puede o no separarse significativamente del espacio. En mi opinión, el «espacio-tiempo» o la «espacio-temporalidad» es la categoría pertinente. Esto implica bastante adecuadamente que «toda la geografía es geografía histórica», con independencia de dónde se busque. La importancia de esta concepción dinámica del ordenamiento espacial y de la forma espacial quedará clara en breve. Sin ella, los conocimientos geográficos tienden a convertirse en estructuras de pensamiento e interpretación muertas e inamovibles, cuando su manifestación más interesante surge invariablemente de observarlas (o incluso ponerlas) en movimiento.

Las estructuras espaciales pueden, desde luego, desglosarse en nodos, redes, superficies y flujos, y es posible apelar a los poderes de las representaciones geométricas como medios eficaces de modelar esas estructuras. La colaboración que desde hace tiempo mantienen Chorley y Haggett entre las ciencias sociales y las ciencias físicas ilustra la fuerza del pensamiento analógico con respecto a las formas espaciales. Y sigue existiendo una enorme cantidad de problemas comunes (tanto técnicos como representativos) interesantes. Por ejemplo, la cuestión de integrar una interpretación de procesos que operan en escalas muy diferentes (tanto temporales como espaciales) es un dilema frecuente en la investigación en muchas áreas. La cuestión de cómo interpretar la escala es tan importante para crear modelos sobre cambio climático y análisis ecológico como para interpretar la economía política del desarrollo geográfico desigual. El elemento común en este problema es llamativo, y sorprende encontrar tan poco trabajo de colaboración respecto a cómo manejarlo.

Armados con la caja de herramientas adecuada, podemos establecer marcos descriptivos comunes y procedimientos de creación de modelos para observar todo tipo de flujos en el espacio, ya sean de mercancías, bienes, ideas, energía, o *inputs* ecológicos. La difusión de formas culturales, enfermedades, biotas, ideas, hábitos de consumo, modas; las redes de comunicaciones, transferencias de energía, flujos hidrológicos, relaciones sociales, contactos académicos; los nodos de poder centralizado, de sistemas urbanos, de innovación y de toma de decisiones; las superficies de temperatura, el potencial de evapotranspiración, de población y potencial de renta; todos estos elementos de estructura espacial se convierten en parte integrante de nuestra comprensión de cómo se distribuyen los fenómenos y cómo funcionan los procesos a través del espacio y a lo largo del tiempo.

Pero en todo ello se da una tendencia a interpretar que los procesos (no importa que sean físicos, ecológicos, sociales o político-económicos) se verifican dentro de un marco espacial fijo (espacio absoluto). Es igualmente importante considerar el propio marco espacial como algo maleable y variable (relativo y relacional), un campo de ordenamiento espacial activamente producido que cambia a veces de mane-

ra rápida y a veces muy lenta a lo largo del tiempo. El espacio debe considerarse dinámico y en movimiento, un momento activo (no un marco pasivo) en la constitución de la vida física, ecológica, social y político-económica.

El espacio, como la cartografía, es tanto un constructo mental como material. Esto no sólo en el sentido de que los sistemas de medición y los constructos matemáticos (geometría y cálculo) que se usan para representar la especialidad son producto del pensamiento humano. El imaginario espacial y temporal, la construcción de mundos alternativos posibles (por usar la famosa formulación de Leibniz) y las percepciones del espacio y del tiempo que recorren la conciencia y que se presentan en obras de arte, poesía, novelas, películas y formas multimedia, todos ellos proporcionan una enorme gama de significados metafóricos con los que es posible explorar conectividades y analogías ocultas. Los denominados espacio y tiempo «mentales» o «imaginarios» son terrenos ricos en los que trabajar para entender las subjetividades personales y políticas, y sus consecuencias cuando se materializan en forma de acción humana en el espacio y en el tiempo.

Los intentos de abordar estos aspectos dinámicos de la espacialidad –en general bajo la rúbrica de la «construcción social» o la «producción» de espacio– son ahora legión. Toda la historia de la acumulación de capital que, como hace tiempo observó Marx, ha integrado en sí una tendencia histórica al aniquilamiento del espacio mediante el tiempo, señala un proceso evolutivo en el que la metrología y las medidas pertinentes del espacio y del tiempo han cambiado significativamente. La aceleración del tiempo de rotación y las reducciones de la fricción de la distancia han supuesto que ahora la espaciotemporalidad deba comprenderse de manera completamente distinta a como operaba, por ejemplo, en la Grecia clásica, la China de la dinastía Ming o la Europa medieval. Cualquier búsqueda de alternativa a la globalización neoliberal debe buscar un tipo distinto de espaciotemporalidad.

También aquí encontramos un campo que exige reflexión general tanto dentro como fuera de la disciplina de la Geografía. Es éste un campo de trabajo geográfico específico en el que se generan ideas «sólidas», aunque se difundan relativamente mal a muchas otras disciplinas y a una variedad de ámbitos institucionales de producción de conocimiento.

### *Lugar/región/territorio*

La «región» es posiblemente el concepto geográfico más atrincherado. Dentro de la disciplina ha resultado ser el menos flexible, principalmente por su función central en las definiciones esencialistas del tema, que se basan exclusivamente en el estudio de la corología o de la diferenciación regional. Términos como «localidad», «territorio» y sobre todo «lugar» han sustituido a menudo al de «región» en los discursos geográficos, tanto dentro como fuera de la disciplina. Las extensas bibliografías sobre «lo local y lo planetario», sobre «desterritorialización y reterritorialización», y sobre el significado cambiante del término «lugar» bajo condiciones de hipermovilidad por el espacio, atestiguan la energía del tema y la diversidad de aparatos conceptuales con la que se enfoca.



La idea fundamental es que hay un espacio contiguo que posee el carácter de una «entidad» definida por cualidades especiales. A veces los límites están claramente demarcados (como ocurre en los territorios administrativos), pero en otros casos se mantienen ambiguos o incluso se dejan sin considerar (muchas ideas de «lugar» no abordan en absoluto la actividad de delimitar dónde empieza y termina un lugar). A veces la región se define en función de cualidades homogéneas (por ejemplo, uso de la tierra, composición de los suelos, formas geológicas) y a veces en función de relaciones coherentes entre elementos diversos (por ejemplo, regiones funcionales urbanas). A veces la región se define desde una perspectiva completamente materialista (cualidades físicas del terreno, régimen climatológico, entornos construidos, límites tangibles), pero otras depende de ideas, lealtades, un sentimiento de pertenencia, estructuras de sentimiento, modos de vida, recuerdos e historia, comunidad imaginada y similares. En ambos casos es importante reconocer que las regiones se «hacen» o «construyen» tanto en la imaginación como de forma material, y que aun siendo como entidades, las regiones cristalizan como forma distintiva de una mezcla de procesos materiales, sociales y mentales. Los enfoques de lugar/regionalidad/territorio son enormemente diversos, con independencia de dónde se encuentren.

El problema de la escala también entra en liza, exteriorizando a menudo una jerarquía de clasificaciones que empieza con el vecindario, la localidad y el lugar y continúa con la región, el territorio, el Estado-nación y el planeta. La región se convierte, por lo tanto, en territorialización en una determinada escala geográfica. La escala no es un problema específico del aspecto social del tema. La delimitación de los ecosistemas, su integración en sistemas de orden mayor (jerarquías de sistemas) y los modos en que procesos importantes en una escala ceden su lugar a otros en otra, hacen que toda la cuestión de la definición territorial «apropiada» sea tan crucial dentro de la investigación ecológica como en otros ámbitos.

Sea cual sea el procedimiento o la metodología, en cuanto el espacio continuo se divide en regiones distintivas de cualquier tipo, las imágenes que nos formamos de la información geográfica y las operaciones que se nos permite realizar sobre la misma se multiplican enormemente. Los estudios comparativos sobre la diferenciación geográfica y el desarrollo geográfico desigual se vuelven mucho más factibles.

Además, como las poblaciones humanas se organizan con frecuencia territorialmente, la regionalidad se convierte en un elemento tan fundamental para la forma-

ción de conciencia e identidad y para la subjetividad política como la imaginación cartográfica y la percepción del espacio-tiempo. Aparte de los casos obvios de formación de los Estados-nación y de los movimientos a favor de la autonomía regional (muy destacados en años recientes a pesar de las fuerzas de la globalización, o quizá debido a ellas), los procesos generales de articulación política que surgen por doquier, desde la potenciación de la comunidad a la política de «no en mi patio trasero», transforman el mundo en complejas diferenciaciones regionales, relaciones interregionales y rivalidades.

Las luchas geopolíticas entre territorios y regiones han sido, por lo tanto, de considerable importancia en las interpretaciones geográficas. La división del mundo en esferas de influencia específicas por parte de las principales potencias capitalistas a finales del siglo XIX, por ejemplo, suscitó serios problemas geopolíticos. La lucha por controlar el acceso a las materias primas, al suministro de mano de obra y a los mercados fue una lucha por el control del territorio. Geógrafos como Friedrich Ratzel y sir Halford Mackinder afrontaron directamente la cuestión del ordenamiento político del espacio y sus consecuencias, pero lo hicieron desde el punto de vista de la supervivencia, el control y el dominio. Pretendían definir estrategias geográficas útiles en el contexto de las luchas políticas, económicas y geográficas entre las principales potencias capitalistas, o contra los pueblos que se resistían a las incursiones del imperio o de la dominación neocolonial. Esta línea de trabajo alcanzó su nadir con Karl Haushofer, el geopolítico alemán, que respaldó activamente y ayudó a dar forma a las pretensiones expansionistas nazis. Pero el pensamiento geopolítico sigue siendo fundamental en la era contemporánea, en especial en los pentágonos de poder militar y entre quienes se dedican a la política exterior. Por la fuerza de las circunstancias históricas, todos los movimientos de liberación nacional deben definirse también geopolíticamente si quieren tener éxito, convirtiendo la geografía de la liberación en luchas geopolíticas.

Pero no son sólo las interacciones entre entidades geográficas las que hay que tratar de manera dinámica. Los procesos de formación de regiones fluyen perpetuamente a medida que los procesos sociales y naturales reconfiguran la superficie de la Tierra y sus cualidades espacialmente distribuidas. Nuevas regiones urbanas se forman rápidamente a medida que el crecimiento urbano se acelera, el cambio climático modifica las condiciones bióticas, los regímenes hidrológicos, etcétera. Las poblaciones cambian sus percepciones y sus lealtades, reinventan tradiciones y declaran nuevas formaciones regionales o transforman radicalmente los antiguos atributos cualitativos. Al igual que sucede con el espacio-tiempo y la imaginación cartográfica, las dinámicas del proceso son con mucho las más interesantes.

La regionalidad, la dinámica del lugar y del espacio, la relación entre lo local y lo planetario fluyen, convirtiendo el desarrollo geográfico desigual de las condiciones físicas, bióticas, sociales, culturales y político-económicas del planeta en el pilar clave de todas las formas de conocimiento geográfico.



### *Las cualidades medioambientales y la relación con la naturaleza*

Todas las sociedades desarrollan medios para evaluar, apreciar, representar y vivir dentro del entorno (tanto natural como de construcción humana, teniendo en cuenta que las distinciones entre esos dos aspectos son decididamente porosas, si no cada vez más insignificantes) que las rodea. Los conocimientos locales referentes a los usos de diversos procesos y objetos, la apreciación de las cualidades de la fauna y la flora locales (conocimientos indígenas de los recursos), de las cambiantes condiciones meteorológicas y climáticas, de los tipos de suelo, de los riesgos naturales, la construcción de significados simbólicos y el desarrollo de capacidades para representar y «leer» el paisaje y sus signos adecuadamente; estos conocimientos han sido fundamentales para la supervivencia humana desde tiempos inmemoriales. La naturaleza de tales conocimientos varía enormemente, dependiendo de las tecnologías, las formas sociales, las creencias y las prácticas culturales, todas las cuales constituyen ejemplos de cierta visión de la relación de la vida humana con la vida y la naturaleza en general.

La cuestión de cómo entienden y cómo deberían entender las gentes la relación con el entorno y la naturaleza forma el cuarto pilar de todas las formas de conocimiento geográfico. Pero, como sucede con los demás apoyos estructurales, el tema no es específico de la Geografía, sino que tiene una amplia presencia en todo tipo de ámbitos institucionales. La interpretación que se le ha dado en el seno de la Geografía ha estado fuertemente influida por estas necesidades institucionales externas.

En la era burguesa, por ejemplo, la creación del mercado mundial supuso «la exploración de la Tierra en todas direcciones» para descubrir las «nuevas cualidades útiles de las cosas» y la promoción del «intercambio universal de los productos de todos los climas y territorios ajenos» (Marx, 1973, p. 409). El mundo se entendió, en consecuencia, como un conjunto espacialmente diversificado de recursos «naturales» que esperan ser descubiertos, explotados y transformados en sistemas de producción de diversos tipos. La geografía comercial reflejaba esta tendencia. Trabajando en la tradición de la filosofía natural pero con las empresas comerciales omnipresentes como telón de fondo de su obra, geógrafos como Alexander von Humboldt se dispusieron a dar una descripción sistemática de la superficie terrestre como depositaria de valores de uso, como el campo dinámico dentro del cual se daban los procesos naturales que podían aprovecharse para la acción humana. La descripción precisa de entornos físicos y bióticos, de regímenes climáticos, edafo-

lógicos e hidrológicos, de complejos de recursos y posibilidades, en gran medida con fines utilitarios, ha sido un elemento central del esfuerzo geográfico desde entonces. Este tipo de geografía siempre ha sido profundamente materialista, pero a menudo de manera insensata y ahistórica.

Una observación atenta de las variaciones geográficas del estilo de vida, de las formas de economía y de la reproducción social también ha formado parte de la práctica del geógrafo desde que el capitalismo mercantil empezó a considerar dicho conocimiento esencial para sus prácticas. Esta tradición degeneró (particularmente en la geografía comercial de finales del siglo XIX) en la mera recopilación de «recursos humanos» abiertos a una explotación rentable mediante el intercambio desigual o forzoso, la imposición de sistemas de trabajo asalariados, la redistribución de la oferta de mano de obra mediante la migración forzosa (por ejemplo, el trabajo de aprendizaje), y la manipulación sutil de las economías y de las estructuras de poder autóctonas para extraer excedentes. Los conocimientos geográficos se vieron profundamente afectados por las prácticas imperiales y coloniales, unidas a la exploración de las oportunidades comerciales y de los mercados. La objetificación y la explotación de la naturaleza bajo el capitalismo fueron unidas a la objetificación y la explotación de los pueblos. Muchas formas de conocimiento geográfico fueron cómplices de esa política.

La dialéctica del cambio socio-ambiental puede, sin embargo, experimentar muchos cambios y entenderse desde una variedad de perspectivas. La larga historia del determinismo medioambiental, una doctrina que periódicamente retorna bajo una variedad de formas (como por ejemplo en la obra reciente de economistas como Jeffrey Sachs y una amplia gama de autores populares como David Landes y Jared Diamond), proporciona un ángulo de pensamiento que se enfrenta al humanismo triunfalista que subyace en las denominadas doctrinas «posibilistas» del desarrollo económico y el cambio. La resurrección de los discursos ambientalistas, incluso dentro de los confines de una gran institución como el Banco Mundial (en el que la cuestión de si «la geografía es destino» se ha debatido seriamente en años recientes) plantea interesantes retos, ya que es un estilo de pensamiento hace tiempo suprimido o abandonado dentro de la Geografía como disciplina. No haría falta mucho para resucitar el argumento e invocar como prueba en el debate la experiencia histórica de la Geografía al respecto.

La postura más favorecida dentro de la Geografía atañe a las influencias antropogénicas en «el cambio de la faz de la Tierra» (por usar uno de los títulos preferidos), reconociendo la extensa influencia del asentamiento y la acción de los humanos en todos los aspectos, desde la morfología del paisaje y la transformación del hábitat hasta el cambio climático. En lugar de ver a la humanidad como un mero «objeto» de las fuerzas evolutivas, se ha tendido a considerarnos «sujetos» que



transformamos activamente los entornos en los que vivimos, con todo tipo de consecuencias esperadas e inesperadas (para nosotros así como para el entorno biótico y el físico).

Deberíamos disponernos a meditar sobre este tema de modo mucho más dialéctico, considerando arbitraria la distinción sujeto-objeto, y entendiendo que al cambiar el mundo nos cambiamos a nosotros mismos, y que no podemos cambiarnos o cambiar nuestra sociedad sin transformar nuestra condición medioambiental, a veces de manera drástica y radical. Los proyectos sociales y políticos siempre son ecológicos y medioambientales. La fluidez de esa idea está restringida, sin embargo, por las formas en las que cristalizan rasgos relativamente permanentes que sirven de barreras a nuevos cambios. El capitalismo, por ejemplo, crea en cierto momento de la historia un entorno físico y social relativamente fijo y adaptado a sus necesidades, sólo para tener que afrontar la dura tarea de eliminar esas condiciones medioambientales (por ejemplo los patrones de extracción de recursos, las redes de transporte y la forma de las ciudades) en un momento posterior para dar espacio a una nueva acumulación de capital. Por el contrario, las transformaciones medioambientales (ya se llegue a ellas mediante la acción humana o se produzcan debido a las fuerzas dinámicas que siempre están en funcionamiento dentro del entorno en general) limitan las transformaciones socioeconómicas (por ejemplo, las centrales nucleares, una vez construidas, exigen cierto tipo de ciencia y organización para ser gestionadas a lo largo del horizonte temporal de su existencia, de la misma forma que los riesgos medioambientales exigen enormes formas organizativas para evitar sus consecuencias destructivas).

La cuestión medioambiental (al igual que la del espacio y la de la región) adquiere mucho más interés cuando se reconoce como proceso dinámico y se trata como un problema dialéctico y no puramente analítico. Los geógrafos ya han contribuido mucho a un asunto que impregna el pensamiento y las prácticas en una amplia gama de escenarios institucionales distintos.

## La geografía entre las disciplinas

Los cuatro elementos estructurales que se encuentran en todas las formas de conocimiento geográfico componen apoyos estructurales para un campo de actividad metodológicamente unificado que se llama «Geografía». Se pueden plantear diversos argumentos respecto al posicionamiento de este campo dentro de las disciplinas.

El trabajo en este campo no se limita a la disciplina de la Geografía. Un especialista en teoría literaria que estudie, pongamos, las obras de Wordsworth, podría examinar su poesía sobre un fondo cartográfico de la divisoria ciudad-campo, podría

prestar una atención pormenorizada a las conceptualizaciones del espacio y del tiempo que simbolizan un modo distintivo de vida, de pensamiento y de subjetividad personal, podría observar de cerca las cualidades medioambientales y el retrato de la relación con la naturaleza y, por último, podría examinar de qué modo la poesía ayudó a producir la idea de «los Lagos» como región específica elidida en la creación de un sector turístico (basado en los escritos de la «Guía de Viajes» de Wordsworth) que a su vez ayudó a producir una regionalidad específica en esa área.

Es posible imaginar a los paleoecólogos, los geomorfólogos, los sedimentólogos, los geógrafos económicos, los historiadores culturales y los sociólogos rurales dando pasos similares en el diseño de su investigación. «Pensar como un geógrafo» supone, pues, entender, en cada una de estas operaciones, cómo se pueden utilizar y entretejer los cuatro pilares estructurales de los conocimientos geográficos en ejemplos y escenarios específicos para producir conocimientos que profundicen en las condiciones y en los procesos de cambio socioecológicos. Hay profundas similitudes y elementos comunes en cómo se estructuran conocimientos geográficos aparentemente dispares, y seguramente vale la pena examinar con más cuidado cómo funciona dicha estructura.

Pero lo que dicho examen precisa es un modo de «pensar como geógrafo» profundamente distinto de algunos de los intereses tradicionales manifestados dentro de la Geografía como disciplina, ya que el problema de ésta ha sido su búsqueda de una «esencia» y de una «naturaleza» exclusivamente definidas que la aparten claramente de todas las demás disciplinas de las ciencias sociales y naturales. Dando por sentadas definiciones esencialistas de otras materias como la biología y la economía, lo mejor que la Geografía puede hacer es reivindicar una categoría «híbrida», para mantenerse como un modelo de síntesis de orden más elevado (una esperanza que parece fútil) o apartarse y caer en reivindicaciones «excepcionalistas». Éstas se pueden basar en las peculiaridades de pensamiento que derivan de la contemplación profunda de regiones y relaciones espaciales, prestando especial atención a la aparente resistencia de la información geográfica a la teoría general (*ergo* la idea de que las leyes generales y las declaraciones universales son imposibles en geografía).

Pero hay un modo de pensamiento completamente distinto, que evita las definiciones y los significados esencialistas y que parece mucho más adecuado para nuestras actuales circunstancias. El razonamiento analógico busca conexiones e inte-rrelaciones, propone metáforas y unidades subyacentes dentro de fenómenos aparentemente dispares, busca analogías que iluminen los fenómenos en un área mediante el examen de otra. Sobre todo, busca traducciones entre diferentes modos de pensamiento (que a menudo emanan de instituciones muy distintas). Es profundamente abierto y evita todas las guerras territoriales y las exclusiones que tipifican un mundo dominado por categorías esencialistas y puristas. El momento en la historia de



la geografía que fue especialmente fértil a este respecto fue el dirigido por la colaboración de R. Chorley y P. Haggett para producir obras colectivas como *Models in Geography*. En el fondo de esa empresa radica la razón analógica opuesta a las definiciones esencialistas antes buscadas, por ejemplo, por Hartshorne en *The Nature of Geography*. Lo impresionante de la actual situación es la incidencia generalizada de la razón analógica. Los temas espaciales, por ejemplo, impregnan la teoría literaria y social. Por supuesto, hay todo tipo de peligros vinculados al uso más descontrolado de analogías, metáforas y traducciones. Las analogías orgánicas del Estado-nación en la obra de Ratzel conectaban con el expansionismo nazi entendido como una lucha cuasidarwiniana por el «espacio vital» para la nación. Algunas de las metáforas espaciales y cartográficas desplegadas hoy en la teoría literaria son desenfrenadamente inadecuadas. Parte de nuestra tarea especializada es situar tales transferencias de pensamiento y sentimiento en terreno razonablemente sólido.

Sin embargo ahora parece el momento en el que los geógrafos están fenomenalmente situados para constituirse en una fuerza rectora fundamental dentro de las redes de conocimiento que se están creando mediante el llamamiento generalizado a la razón analógica en todas las esferas de actividad académica. Mas para que los geógrafos aprovechen este posicionamiento, es necesario que abandonen actitudes esencialistas (cuyos efectos negativos se observan con demasiada claridad en otras esferas de conocimiento como el multiculturalismo, los nacionalismos o los estudios de género). No hay, insisto, una «naturaleza» de la Geografía que se deba encontrar. La búsqueda de dicha esencia está profundamente equivocada o es incluso contraproducente (en especial cuando los individuos o grupos piensan que la han encontrado). Pero el «pensar como geógrafo» está en todas partes. Aprender a pensar «con sensatez» y «adecuadamente» como geógrafo es un atributo profundamente importante del mundo actual. Aquí es donde debe funcionar el campo metodológico unificado de la geografía. Como el ejemplo del cosmopolitismo de Kant y su lóbrega tradición muestran fácilmente, no aprender «a pensar adecuadamente como geógrafo», a entretejer los cuatro pilares estructurales de los conocimientos geográficos en un sistema de sabiduría geográfica, tiene efectos negativos duraderos sobre las perspectivas colectivas de cambio socio-ecológico emancipador.

## Los proyectos políticos

Hasta el científico más objetivista y de aspecto más neutral reconocerá que el contexto amplio de la actividad científica y del aprendizaje está más relacionado con la emancipación humana de las carencias y las necesidades; y que la mejora del entendimiento humano es una condición necesaria para mejorar la sociedad (ya sea

de manera material o inmaterial). La reivindicación de objetividad y neutralidad siempre es una reivindicación circunscrita (perteneciente a ciertos aspectos limitados y cuidadosamente definidos de la empresa general del aprendizaje).

La supuesta neutralidad de los conocimientos geográficos ha demostrado en el mejor de los casos ser una ficción engañosa, y en el peor un completo fraude. Los conocimientos geográficos siempre tienen un fuerte contenido ideológico interiorizado. En sus formas científicas (y predominantemente positivistas), los fenómenos naturales y sociales se presentan objetivamente como cosas, sujetas a manipulación, gestión y explotación por parte de las fuerzas dominantes del capital y del Estado. En sus encarnaciones más artísticas, humanistas y estéticas, los conocimientos geográficos proyectan y articulan esperanzas y temores individuales y colectivos, al tiempo que se proponen representar las condiciones materiales y las relaciones sociales con la veracidad histórica que merecen. Aunque aspira a la interpretación universal de la diversidad de la vida sobre la Tierra, la Geografía ha cultivado a menudo perspectivas localistas y etnocéntricas de esa diversidad. Con frecuencia ha estado, y sigue estando, cautiva de intereses especiales y, por lo tanto, ha constituido un arma formidable, aunque a menudo encubierta, en la lucha política y social. Ha sido un vehículo activo para la transmisión de doctrinas de superioridad racial, cultural, sexual o nacional. La retórica de la Guerra Fría, los temores al «orientalismo» o a cualquier «otro» demoníaco que amenaza el orden existente han sido generalizados y persuasivos en relación con la acción política. La información geográfica se puede presentar de tal modo que aproveche los temores y alimente la hostilidad (el abuso de la cartografía merece especial atención a este respecto). Las «realidades» que la geografía presentaba como «realidades de la naturaleza» se han usado para justificar el imperialismo, el neocolonialismo, el expansionismo y las estrategias de dominio geopolítico.

Muchas formas de conocimiento geográfico se han contaminado por su relación con los fines instrumentales para los que fueron diseñadas y los marcos institucionales ante los que tenían que rendir responsabilidades. Pero esto no quiere decir que sean inútiles o carentes de importancia, ni que estén demasiado contaminadas como para acercarse a ellas (no en mayor medida que podríamos rechazar los usos de tecnologías específicas porque fueron inventadas con propósitos de dominio militar y destrucción). El problema, tanto dentro como fuera de la Geografía, es tomar estas formas de conocimiento variadas, apreciar las circunstancias de su origen, evaluarlas por lo que son y, en lo posible, transformarlas o traducirlas (con la ayuda de la razón analógica) a códigos diferentes, en los que pudieran desempeñar funciones muy distintas.

Los conocimientos geográficos se pueden movilizar con fines humanistas. Las preocupaciones por el uso inadecuado de los recursos naturales y humanos, las degradaciones medioambientales y las distribuciones espaciales ineficaces o injustas



(de población, industria, servicios de transporte, complejos ecológicos, y demás) han llevado a muchos a considerar la cuestión de las configuraciones «racionales» de las distribuciones y de las formas geográficas. Este aspecto de la práctica geográfica, que emergió con las primeras investigaciones geológicas, edafológicas y de uso del territorio, ha aumentado notablemente en los pasados cincuenta años, a medida que el Estado se veía obligado a intervenir de manera más activa en los asuntos humanos. Incluso el Estado neoliberal ha mantenido dichas prácticas, aunque a menudo con diferentes fines en perspectiva. El conocimiento positivo de las distribuciones reales (la recopilación, la codificación y la presentación de información) y las teorías normativas de localización y optimización han resultado útiles en la gestión medioambiental y en el planeamiento urbano y regional. Estas técnicas suponían la aceptación de una definición de racionalidad específicamente capitalista, conectada con la acumulación de capital y el control social. Pero dicho modo de pensamiento también ha abierto la posibilidad de planificar la utilización eficiente de los entornos y del espacio de acuerdo con definiciones de racionalidad alternativas y múltiples.

Los conocimientos geográficos poseen una *potencialidad* no realizada de expresar esperanzas y aspiraciones además de temores, de buscar interpretaciones universales basadas en el respeto y el interés mutuos, y de articular bases más firmes para la cooperación humana en un mundo marcado por fuertes diferencias geográficas. La construcción de conocimientos geográficos con un espíritu de libertad y respeto por los demás como, por ejemplo, en la destacable obra de Reclus, abre la posibilidad de crear formas alternativas de práctica geográfica, vinculadas a los principios de respeto y ventaja mutuos y no a la política de la explotación. Los conocimientos geográficos pueden convertirse en vehículos para expresar visiones utópicas y planes prácticos para la creación de geografías alternativas. Pueden infundir en los proyectos cosmopolitas, basados en ideas de justicia, tolerancia y razón, interpretaciones geográficas que no nieguen automáticamente dichas afirmaciones universales valiosas. Pueden servir de vehículo para articular las aspiraciones legítimas y con frecuencia opuestas de poblaciones diversas, y de esa manera integrarse en políticas alternativas, ya sea mediante ONG, partidos políticos o movimientos sociales. Pueden proporcionar medios eficaces de movilizar el conocimiento del mundo para esos fines emancipadores a los que tradicionalmente ha aspirado todo aprendizaje y toda la ciencia.

Los conocimientos geográficos ocupan una posición central en todas las formas de acción y lucha política. Su fuerza aumenta por el hecho de ser considerados tan obvios y banales como para ser indignos de consideración explícita, y mucho menos de una atención cuidadosa. El error contrario a la ignorancia geográfica de la que Nussbaum, por ejemplo, se queja es insistir en que deberíamos saberlo todo

sobre todas partes, que cada uno de nosotros puede convertirse en un diccionario geográfico ambulante. Esa imposibilidad conduce rápidamente a la conclusión de que no hay más solución al problema que la que ya existe. Pero una geografía crítica busca una senda alternativa. Busca los principios y los mecanismos de la producción de conocimiento geográfico, y se esfuerza por entender cómo se constituyen los conocimientos geográficos y cómo se utilizan en la acción política. Usa esta comprensión para preguntar cómo y cuándo se despliegan diferentes formas de conocimiento geográfico y en qué tipo de acción política. Reconoce, en resumen, las conexiones dinámicas entre los poderes políticos y los conocimientos geográficos de diferentes tipos. Al entender que a menudo hay algo maligno en los detalles geográficos, ofrece un mejor medio para contrarrestar a los poderes dominantes (del modo que Greenpeace, por ejemplo, se enfrenta al Banco Mundial ofreciendo una interpretación geográfica completamente distinta de lo que significa, pongamos, la inserción de una gran presa en un entorno determinado). Pero aparte de eso, una geografía crítica también reconoce que la política emancipadora depende crucialmente de la capacidad para articular en la teoría y en la práctica alternativas geográficas. La Geografía tal y como la conocemos fue el hijo bastardo del pensamiento ilustrado. Se mantuvo oculta o, como en el caso de Kant, se convirtió en el lado oscuro de lo que supuestamente debía ser la Ilustración. Es hora de sacarla activamente a la luz del día, legitimarla y volver a captar sus posibilidades emancipadoras. Ésa es, seguramente, la más sólida de las «ideas sólidas» que la geografía crítica puede articular en este momento difícil de nuestra historia.



# SEGUNDA PARTE
## *La producción capitalista de espacio*

# 12

# La geografía de la acumulación capitalista: reconstrucción de la teoría marxiana*

La dimensión espacial de la teoría marxiana sobre la acumulación bajo el modo de producción capitalista se ha mantenido mucho tiempo olvidada. Esto es, en parte, responsabilidad de Marx, ya que sus escritos sobre el tema son fragmentarios y a menudo sólo están esbozados. Pero un cuidadoso estudio de su obra revela que Marx reconocía que la acumulación de capital se produce en un contexto geográfico y que a su vez produce tipos específicos de estructuras geográficas. Marx ofrece además un novedoso enfoque de la teoría de la localización (en el que las dinámicas son el centro de las cosas) y demuestra que es posible relacionar, teóricamente, los procesos generales de crecimiento económico con la comprensión explícita de una estructura emergente de relaciones espaciales. Y se entrevé asimismo que este análisis de la localización proporciona, si bien de manera limitada, un vínculo crucial entre la teoría de Marx sobre la acumulación y su teoría sobre el imperialismo, un vínculo que muchos han buscado pero que hasta ahora nadie ha encontrado con certidumbre, en parte, sostengo, porque se ha pasado por alto el factor mediador de la teoría de Marx sobre la localización.

En este artículo intentaré demostrar que la teoría de la acumulación se relaciona con una comprensión de la estructura espacial, y que el tipo específico de análisis de la localización creado por Marx proporciona el eslabón perdido entre la teoría de la acumulación y la teoría del imperialismo.

---

* Publicado por primera vez en *Antipode,* 1975.

## La teoría de la acumulación

La teoría marxiana del crecimiento en el capitalismo sitúa la acumulación de capital en el centro de las cosas. La acumulación es el motor que mueve el crecimiento bajo el modo de producción capitalista. El sistema capitalista es, por consiguiente, fuertemente dinámico y expansivo; forma una fuerza permanentemente revolucionaria que de manera continua y constante remodela el mundo en el que vivimos. El estado estacionario de simple reproducción es, para Marx, lógicamente incompatible con la perpetuación del modo de producción capitalista. «La misión histórica de la burguesía» se expresa en la fórmula de «la acumulación por la acumulación, la producción por la producción» (1967, vol. 1, p. 595). Pero esta misión histórica no deriva de la codicia inherente del capitalista; surge, por el contrario, de fuerzas completamente ajenas a la voluntad individual del capitalista:

> El capitalista sólo es respetable como capital personificado. Como tal, comparte con el avaro la pasión por la riqueza en cuanto riqueza. Pero lo que en el avaro constituye mera idiosincrasia, se debe, en el capitalista, al mecanismo social, del que no es más que una rueda. Además, el desarrollo de la producción capitalista hace que sea constantemente necesario seguir aumentando la cantidad de capital invertida en una empresa industrial determinada, y la competencia hace que cada capitalista siente las leyes inmanentes de la producción capitalista como leyes coercitivas externas. Lo obliga a seguir ampliando constantemente su capital, para conservarlo, pero no puede ampliarlo si no es por medio de la acumulación progresiva (Marx, 1967, vol. 1, p. 592).

El crecimiento económico bajo el capitalismo es, como normalmente lo califica Marx, un proceso de contradicciones internas que frecuentemente estalla en forma de crisis. El crecimiento armonioso o equilibrado en el capitalismo es, en opinión de Marx, puramente accidental debido a la naturaleza espontánea y caótica de la producción de mercancías bajo el capitalismo competitivo (1967, vol. 2, p. 495). Los análisis que Marx efectuó de este sistema de producción de mercancías lo llevaron a considerar que había innumerables posibilidades de que se produjeran crisis, así como ciertas tendencias inherentes dentro del capitalismo que inevitablemente producirían graves tensiones dentro del proceso de acumulación. Entenderemos más fácilmente estas tensiones si reconocemos que el progreso de la acumulación presupone y depende de lo siguiente:

1. La existencia de un excedente de trabajo, un ejército industrial de reserva que pueda alimentar la expansión de la producción. Deben existir, por lo tanto, mecanismos que aumenten la oferta de fuerza de trabajo, por ejemplo, estimulando el crecimiento de la población, generando corrientes migratorias, atrayendo «elementos latentes» –fuerza de trabajo empleada en situaciones no capitalistas, mujeres, niños, etcétera– a la población activa, o creando desempleo mediante la aplicación de innovaciones que ahorren trabajo.
2. La existencia en el mercado de las cantidades de medios de producción necesarias –máquinas, materias primas, infraestructuras físicas, y similares– u oportunidades para conseguirlas, que permitan la expansión de la producción al reinvertir el capital.
3. La existencia de un mercado que absorba las crecientes cantidades de mercancías producidas. Si no se pueden encontrar usos para los bienes o si no existe una demanda efectiva (necesidad respaldada por la capacidad de pagar), las condiciones para la acumulación capitalista desaparecen.



En cada uno de estos aspectos el progreso de la acumulación puede encontrar un serio obstáculo que, una vez alcanzado, probablemente precipite una crisis de algún tipo. Dado que, en las economías capitalistas desarrolladas, la oferta de fuerza de trabajo, la oferta de medios de producción y de infraestructuras necesarias, y la estructura de la demanda se «producen» bajo el modo de producción capitalista, Marx concluye que el capitalismo tiende activamente a producir algunos de los obstáculos a su propio desarrollo. Esto significa que en el sistema de acumulación capitalista las crisis son endémicas.

Las crisis pueden manifestarse de diversas maneras, que dependen, sin embargo, de las condiciones de circulación y producción del momento. Entenderemos mejor cómo se verifica esto examinando, brevemente, explorando el análisis de Marx sobre la producción, la distribución, el consumo y la reinversión en fases separadas (o «momentos») dentro de la totalidad de los procesos de producción capitalista. Marx sostiene, por ejemplo, que:

> No sólo es la producción inmediatamente consumo y el consumo inmediatamente producción, no sólo es la producción un medio para el consumo y el consumo un objetivo de la producción [...] sino que también, cada uno de ellos [...] crea al otro al completarse y se crea a sí mismo en el otro (Marx, 1973, p. 93).

Si la producción y el consumo están de manera necesaria dialécticamente integrados uno en otro dentro de la producción como totalidad, se deduce que las crisis que surgen de los obstáculos estructurales a la acumulación pueden manifestarse en cada una de las fases de la circulación y la producción de valor.

Considérese, por ejemplo, una crisis de realización típica que surge porque la acumulación por la acumulación supone, inevitablemente, la «tendencia a producir

sin tener en cuenta los límites del mercado» (Marx, 1969b, p. 522). Los capitalistas tienden constantemente a ampliar la masa y el valor total de las mercancías en el mercado al mismo tiempo que intentan maximizar sus beneficios manteniendo los salarios bajos, lo cual restringe la capacidad de compra de las masas (Marx, 1969b, p. 492; 1967, vol. 3, p. 484). Existe aquí una contradicción que produce periódicamente una crisis de realización: una masa de mercancías en el mercado sin compradores a la vista. Esta superproducción es sólo relativa, por supuesto, y no tiene nada que ver con las necesidades humanas absolutas; «sólo está relacionada con la demanda afectada por la capacidad de pago» (Marx, 1969b, p. 506). La superproducción absoluta en relación con los deseos y las necesidades humanas es, en opinión de Marx, imposible bajo el capitalismo.

Pero tal superproducción relativa puede aparecer también a modo de subconsumo o a modo de superproducción de capital (un excedente de capital). Marx considera estas formas como manifestaciones del mismo problema básico de sobreacumulación (Marx, 1969b, pp. 497-499). El hecho de que exista un exceso de capital en relación con las posibilidades de emplear ese capital significa que ha habido una superproducción de capital (en forma de superproducción de mercancías) en una fase precedente y que los capitalistas están invirtiendo en exceso y subconsumiendo el excedente en la fase actual. En todos estos casos, la superproducción

> está específicamente condicionada por la ley general de la producción de capital: producir hasta el límite establecido por las fuerzas productivas, es decir, explotar la cantidad máxima de trabajo con una cantidad dada de capital, sin consideración alguna a los límites reales del mercado o a las necesidades respaldadas por la capacidad de pago (Marx, 1969b, pp. 534-535).

La misma ley general produce, periódicamente, una

> plétora de capital [que] deriva de las mismas causas que las que provocan una superpoblación relativa, y es, por consiguiente, un fenómeno que suplementa a éste, aunque ambos se sitúan en polos opuestos: el capital desempleado en un extremo, y la población trabajadora desempleada en el otro (Marx, 1967, vol. 3, p. 251).

Las diversas manifestaciones de crisis del sistema capitalista –desempleo y subempleo crónicos, excedentes de capital y falta de oportunidades de inversión, caída de las tasas de beneficio, falta de demanda efectiva en el mercado, etcétera– pueden derivar, por lo tanto, de la tendencia básica a la sobreacumulación. Dado que no hay otras fuerzas equilibradoras activas dentro de la anarquía competitiva del sistema económico capitalista, las crisis tienen una función importante: aplican un cierto orden y racionalidad al desarrollo



económico capitalista. Esto no quiere decir que sean en sí mismas ordenadas o lógicas; simplemente crean las condiciones que provocan cierta racionalización arbitraria del sistema de producción capitalista. Esta racionalización extrae un coste social y tiene sus consecuencias humanas trágicas en forma de quiebras, colapso financiero, devaluación forzosa de los activos de capital y los ahorros personales, inflación, creciente concentración del poder político y económico en unas cuantas manos, caída de los salarios reales y desempleo. Las correcciones periódicas forzosas del curso de la acumulación de capital pueden fácilmente descontrolarse, sin embargo, y provocar luchas de clase, movimientos revolucionarios y el caos que típicamente proporciona campo de cultivo para el fascismo. La reacción social a la crisis puede afectar a la manera de resolverla, de modo que no existe necesariamente un resultado exclusivo a este proceso de racionalización forzosa. Todo lo que tiene que ocurrir para que el sistema capitalista se sostenga es que se creen las condiciones adecuadas para renovar la acumulación.

Las crisis periódicas deben en general tener el efecto de ampliar la capacidad productiva y renovar las condiciones para una nueva acumulación. Podemos imaginar que cada crisis hace avanzar el proceso de acumulación hacia un nuevo plano superior. Este «nuevo plano» mostrará probablemente ciertas características combinadas de los siguientes tipos:

1. La productividad de los trabajadores mejorará mucho mediante el empleo de maquinaria y equipamiento más avanzados, mientras que el equipamiento de capital fijo más antiguo se habrá abaratado mucho, durante el transcurso de la crisis, debido a la devaluación forzosa.
2. El coste del trabajo se reducirá mucho, debido a la generalización del desempleo durante la crisis y, en consecuencia, se puede obtener un mayor excedente para una nueva acumulación.
3. El capital excedente que carecía de oportunidades de inversión en la crisis será atraído a nuevas líneas de producción de elevada rentabilidad.
4. Un aumento de la demanda efectiva para los productos –al principio en la industria de bienes de capital pero más tarde en el consumo final– despejará fácilmente el mercado de todos los bienes producidos.

Quizá sea útil retomar el último elemento y considerar cómo se puede construir un nuevo plano de demanda efectiva, que pueda aumentar la capacidad de absorber productos. El análisis sugiere que se puede establecer a partir de una compleja mezcla de cuatro elementos superpuestos:

1. La penetración del capital en nuevas esferas de actividad (1) organizando las formas de actividad preexistentes conforme a los métodos capitalistas (por

ejemplo, la transformación de la agricultura de subsistencia campesina en agricultura empresarial), o (2) ampliando los puntos de intercambio dentro del sistema de producción y diversificando la división del trabajo (surgen nuevos negocios especializados que se ocupan de algún aspecto de la producción que en otro tiempo se efectuaba dentro de la misma fábrica o empresa).

2. Crear nuevos deseos y necesidades sociales, desarrollando líneas de productos completamente nuevas (los automóviles y los aparatos electrónicos son excelentes ejemplos del siglo XX) y organizar el consumo de modo que se vuelva «racional» respecto al proceso de acumulación (la demanda de viviendas de calidad por parte de la clase trabajadora puede, por ejemplo, introducirse en un programa de vivienda pública que sirve para estabilizar la economía y ampliar la demanda de ciertos tipos de productos para la construcción).
3. Facilitar y fomentar la expansión de la población a un ritmo consecuente con la acumulación a largo plazo (obviamente no se trata de una solución a corto plazo pero parece existir una firme justificación para el comentario hecho por Marx [Marx, 1969b, p. 47; y véase Marx, 1973, pp. 764, 771] de que «una población creciente resulta la base de la acumulación como proceso continuo» desde el punto de vista de la ampliación de la oferta de trabajo y de mercado para los productos).
4. Expandirse geográficamente hacia nuevas regiones, aumentar el comercio exterior, exportar capital y en general expandirse hasta crear lo que Marx denominaba «el mercado mundial».

En cada uno de estos aspectos, o mediante una combinación de ellos, el capitalismo puede crear nuevo espacio para la acumulación. Los primeros tres apartados pueden observarse realmente como una cuestión de *intensificación* de la actividad social, de los mercados, y de las personas situadas en una estructura espacial determinada. El último apartado nos lleva, por supuesto, al tema de la organización espacial y de la expansión geográfica como producto necesario del proceso de acumulación. A continuación consideraremos este último aspecto aislado de los demás. Pero es crucial comprender que en la práctica existen diversas compensaciones entre la intensificación y la expansión espacial: una tasa elevada de crecimiento de la población y la fácil creación de nuevos deseos y necesidades sociales dentro de un país pueden hacer innecesarias la exportación de capital y una expansión del comercio exterior para ampliar la acumulación. Cuanto más se dificulta la intensificación, más importancia adquiere la expansión geográfica para sostener la acumulación de capital. Teniendo esto en cuenta, procederemos a examinar cómo se relaciona la teoría de la acumulación con la producción de estructuras espaciales.



## Las relaciones del transporte, la integración espacial y la «aniquilación del espacio por el tiempo»

Empezaremos con la propuesta de que la «circulación de capital realiza el valor, mientras que el trabajo vivo crea valor» (Marx, 1973, p. 543). La circulación tiene dos aspectos; el movimiento físico real de las mercancías desde el punto de producción al punto de consumo, y los costes reales o implícitos derivados del tiempo empleado y de las mediaciones sociales (la cadena de mayoristas, minoristas, operaciones bancarias, y demás) que son necesarias para que la mercancía producida llegue a su usuario definitivo. Marx considera lo primero parte integrante del proceso de producción y, por lo tanto, productor de valor (Marx, 1967, vol. 2; Marx, 1973, pp. 533-534). Los segundos se consideran costes de circulación necesarios que, sin embargo, no producen valor; deben considerarse, por lo tanto, deducciones necesarias del plusvalor, porque el capitalismo tiene que pagar por ellos.

El sector del transporte y de las comunicaciones, que «vende cambio de localización» (Marx, 1967, vol. 2, p. 52), es directamente productivo de valor porque, «económicamente considerada, la condición espacial, el traslado del producto al mercado, pertenece al proceso de producción en sí. El producto sólo está verdaderamente terminado cuando se encuentra en el mercado» (Marx, 1973, pp. 533-534). Sin embargo, los medios de transporte y de comunicación, al estar compuestos casi completamente por capital fijo, se rigen por unas leyes de realización peculiares (Marx, 1973, p. 523), leyes que derivan del hecho de que el transporte se produce y se consume simultáneamente en el momento de su uso. Aunque el sector del transporte es *potencialmente* una fuente de plusvalor, hay buenas razones para que el capital no se dedique a producirlo sino bajo ciertas circunstancias favorables. A menudo el Estado es, por consiguiente, muy activo en esta esfera de producción (Marx, 1973, pp. 531-533).

El coste del transporte «es importante en la medida en que la expansión del mercado y la intercambiabilidad del producto están relacionadas con él» (Marx, 1973, p. 534). Los precios, tanto de las materias primas como de los productos acabados, son sensibles a los costes del transporte; y la capacidad de importar materias primas desde largas distancia y de enviar el producto acabado a un mercado distante está obviamente afectada por estos costes. Los costes de circulación «pueden reducirse mediante la mejora, el abaratamiento y el aumento de la rapidez del transporte» (Marx, 1967, vol. 2, p. 142). Un subproducto de esto es el abaratamiento de muchos elementos de capital constante (*inputs* de materias primas) y la ampliación del mercado geográfico. Observado desde el punto de vista de la producción en su totalidad, «la reducción de los costes de circulación real [en el espacio] corresponde al desarrollo de las fuerzas de producción por parte del capital» (Marx, 1973, pp. 533-534).

Situadas en el contexto de la acumulación en general, las mejoras del transporte y de la comunicación se consideran inevitables y necesarias. «La revolución de los modos de producción de la industria y la agricultura hizo necesaria una revolución [...] en los medios de comunicación y de transporte» que «se adaptaron gradualmente a los modos de producción de la industria mecánica, mediante la creación de un sistema de vapores fluviales, ferrocarriles, vapores oceánicos y telégrafos» (Marx, 1967, vol. 1, p. 384). El imperativo de acumular implica, en consecuencia, el imperativo de superar obstáculos espaciales:

> Cuanto más descansa la producción en el valor de cambio, y por lo tanto en el de intercambio, más importancia adquieren las condiciones físicas de intercambio –los medios de comunicación y transporte– para los costes de circulación. Por su naturaleza, el capital supera todos los obstáculos espaciales. Así, la creación de las condiciones físicas de intercambio [...] se convierte en una necesidad extraordinaria para él (Marx, 1973, p. 524).

El modo de producción capitalista promueve la producción de formas baratas y rápidas de comunicación y transporte para que «el producto directo pueda realizarse en mercados distantes en cantidades masivas» al mismo tiempo que puedan abrirse nuevas «esferas de realización para el trabajo, dirigidas por el capital». La reducción de los costes de realización y circulación ayuda a crear, por consiguiente, nuevo espacio para la acumulación de capital. Dicho de otro modo, la acumulación de capital está avocada a ser geográficamente expansiva, y a serlo mediante reducciones progresivas de los gastos en comunicación y transporte.

La apertura de mercados más distantes, de nuevas fuentes de materias primas y de nuevas oportunidades de empleo de los trabajadores bajo las relaciones sociales del capitalismo, sin embargo, aumenta el tiempo de rotación del capital a no ser que se produzcan mejoras en la velocidad de circulación que lo compensen. El tiempo de rotación de un capital dado es igual al tiempo de producción más el tiempo de circulación (Marx, 1967, vol. 2, p. 248). Cuanto mayor sea el tiempo de rotación de un capital dado, menor es su rendimiento anual de plusvalor. Los mercados más distantes inmovilizan el capital en el proceso de circulación durante periodos de tiempo mayores y, por consiguiente, tienen la consecuencia de *reducir* la realización del plusvalor de un capital determinado. Por lo mismo, cualquier reducción del tiempo de rotación aumenta la producción de excedente y fortalece el proceso de acumulación. Acelerar «la velocidad de circulación del capital» contribuye al proceso de acumulación. Bajo estas condiciones, «hasta la distancia espacial se reduce al tiempo: lo importante no es la distancia del mercado en el espacio, sino la velocidad [...] con la que se puede llegar a él» (Marx, 1973, p. 538). Hay, por consiguiente, un fuerte incentivo para reducir el tiempo de circulación a un mínimo, porque hacerlo es minimizar «el periodo ambulante» de las mercancías (Marx, 1967, vol. 2, p. 249). Del imperativo de acumular emana, por consiguiente, una doble necesidad de reducir el coste y el tiempo implicado en el movimiento:

> Mientras que por una parte el capital debe esforzarse por derribar cualquier obstáculo espacial a las relaciones comerciales, es decir, al intercambio, y conquistar toda la Tierra para su mercado, por otra lucha por aniquilar este espacio mediante el tiempo [...] Cuanto más desarrollado es el capital [...] más se esfuerza simultáneamente por alcanzar una extensión aún mayor del mercado y por conseguir una aniquilación mayor del espacio mediante el tiempo (Marx, 1973, p. 539).

El comercio a larga distancia, debido a que separa la producción y la realización por un largo intervalo de tiempo, puede seguir caracterizándose por un largo periodo de rotación y una falta de continuidad en el empleo del capital. Este tipo de comercio, y «el comercio ultramarino en general» forma, por lo tanto, «una de las bases materiales, [...] una de las fuentes del sistema de crédito» (Marx, 1967, vol. 2, pp. 251-252). En los *Grundrisse* (1973, p. 535) Marx desarrolla su argumento con mucha más amplitud:

> Está claro [...] que la circulación parece un proceso esencial del capital. El proceso de producción no puede empezar de nuevo antes de transformar la mercancía en dinero. La *continuidad constante* de este proceso, la transición libre y fluida del valor de una forma a otra, o de una fase del proceso a la siguiente, se presenta como condición fundamental de la producción basada en el capital, en mucha mayor medida que en las anteriores formas de producción. [Pero] si bien esta continuidad se hace necesaria, sus fases están separadas en el tiempo y en el espacio [...] De esa forma parece cuestión de fortuna [...] que su condición esencial, la continuidad de los diferentes procesos que constituyen su proceso total, se produzca de hecho. La suspensión de este elemento fortuito por parte del propio capital es el *crédito*.

Al establecer una continuidad donde antes no existía, el sistema crediticio permite una ampliación geográfica del mercado. La necesidad de eliminar el espacio mediante el tiempo puede compensarse en parte mediante la aparición de un sistema de crédito.

La necesidad de minimizar los costes de circulación así como los tiempos de rotación promueve la aglomeración de la producción en unos cuantos centros urbanos de gran tamaño que se convierten, de hecho, en talleres de producción capitalista (Marx, 1967, vol. 1, p. 352; Marx, 1973, p. 587). La «aniquilación del espacio

mediante el tiempo» se alcanza aquí a través de la ubicación «racional» de las actividades entre sí, en particular para minimizar los costes de movimiento de los productos intermedios. «Junto con esta concentración de masas de hombres y capital así acelerado en ciertos puntos, se da la concentración de estas masas de capital en manos de unos pocos» (Marx, 1967, vol. 2, p. 250). La capacidad para ahorrar en gastos de circulación depende, sin embargo, de la naturaleza de las relaciones de transporte establecidas, y aquí parece haber una tendencia dinámica hacia la concentración. Las mejoras en los medios de transporte tienden

> hacia la dirección del mercado ya existente, es decir, hacia los grandes centros de producción y población, hacia los puertos de exportación, etcétera [...] Estas instalaciones de tráfico especialmente grandes y la aceleración resultante de la rotación del capital [...] dan lugar a una concentración más rápida de los medios de producción y de los mercados (Marx, 1967, vol. 2, p. 250).

Esta tendencia a la aglomeración en grandes centros urbanos puede ser disminuida o potenciada por circunstancias especiales. Por una parte, «la división territorial del trabajo [...] limita los sectores de producción especiales a distritos especiales de un país» (Marx, 1967, vol. 1, p. 353). Por otra, «todos los sectores de producción que por la naturaleza de su producto dependen principalmente del consumo local, como las fábricas de cerveza, se [...] desarrollan en mayor medida en los principales centros de población» (Marx, 1967, vol. 2, p. 251).

La racionalización geográfica de los procesos de producción depende en parte de la cambiante estructura de las instalaciones de transporte, de la demanda de materias primas y de comercialización por parte de la industria, y de la tendencia inherente del propio capital a la aglomeración y a la concentración. Esto último requería, sin embargo, una innovación tecnológica para sostenerse. De ahí la importancia de la máquina de vapor que «permitió que la producción se concentrara en las ciudades» y que «fue de aplicación universal y, en términos relativos, estaba poco afectada en su elección de residencia por las circunstancias locales» (Marx, 1967, vol. 1, p. 378).

Las innovaciones de este tipo, que, relativamente hablando, liberan a la producción de las fuentes de poder locales y permiten la concentración de la producción en grandes aglomeraciones urbanas, alcanzan el mismo propósito que esas innovaciones de transporte que sirven para aniquilar el espacio mediante el tiempo. Tanto la expansión geográfica como la concentración geográfica se consideran producto de la misma lucha por crear nuevas oportunidades de acumular capital. En general, parece que el imperativo de acumular produce la concentración de la producción y del capital, al mismo tiempo que crea una expansión del mercado para la realización. En consecuencia, «los flujos espaciales» aumentan notablemente, mientras que «el mercado se expande espacialmente, y la periferia en relación con el centro [...] está circunscrita por un radio en expansión constante» (Marx, 1972, p. 288). De la tensión entre la concentración y la expansión geográfica, es inevitable que surja una relación centro-periferia. Examinaremos ciertos aspectos de esta relación en el apartado dedicado al comercio exterior.



Dado que la estructura de los medios de transporte no permanece constante, encontramos «un cambio y una reubicación de los lugares de producción y de los mercados como resultado de los cambios en sus posiciones relativas causados por la transformación de los medios de transporte» (Marx, 1967, vol. 2, p. 250). Estas transformaciones alteran «las distancias relativas entre los lugares de producción y los mercados cada vez más amplios» y en consecuencia provocan «el deterioro de los viejos centros de producción y el ascenso de otros nuevos» (Marx, 1967, vol. 2, p. 249).

La emergencia de una estructura espacial específica con el ascenso del capitalismo no es un proceso libre de contradicciones. Para superar los obstáculos espaciales y «aniquilar el espacio mediante el tiempo», se crean estructuras espaciales que acaban por convertirse ellas mismas en obstáculos para la nueva acumulación. Estas estructuras espaciales se expresan, por supuesto, en la forma fija e inamovible de los medios de transporte, la fábrica y otros medios de producción y consumo que no se pueden mover sin ser destruidos. Una vez materializado, el modo de producción del capital «establece en sí su residencia en el territorio y las presuposiciones aparentemente sólidas dadas por la naturaleza [que aparecen] en sí en la propiedad terrateniente que se presentan meramente postuladas por la industria» (Marx, 1973, p. 740). De esa forma el capital pasa a representarse en forma de paisaje físico creado a su propia imagen, creado como valores de uso para potenciar la acumulación progresiva de capital en una escala creciente. El paisaje geográfico que el capital fijo e inmóvil comprende es a un tiempo la gloria coronada del anterior desarrollo del capital y una prisión que inhibe un mayor progreso de la acumulación, porque la misma construcción de este paisaje es antitética a la «destrucción de los obstáculos espaciales» y en último término incluso a la «aniquilación del espacio mediante el tiempo».

Esta contradicción es característica de la creciente dependencia que el capitalismo experimenta de todo tipo de capital fijo. Con el «capital fijo el valor queda aprisionado en un valor de uso específico» (Marx, 1973, p. 728) mientras que, si el resto de los factores no varía, el grado de fijación depende de la durabilidad (Marx, 1967, vol. 2, p. 160). El aumento necesario del uso de capital inmovilizado fijo que implica el imperativo de acumular impone a su vez otro imperativo:

> El valor del capital fijo sólo se reproduce únicamente en la medida en que se usa en el proceso de producción. Con el desuso pierde su valor, sin que su valor pase al pro-

ducto. De ahí que cuanto mayor sea la escala en la que se desarrolla el capital fijo [...] más se convierten la continuidad del proceso de producción o el constante flujo de reproducción en una condición externamente atractiva para el modo de producción basado en el capital (Marx, 1973, p. 703).

El desarrollo capitalista tiene que negociar una senda estrechísima entre conservar el valor de anteriores inversiones de capital en el entorno construido y destruir estas inversiones para abrir nuevo espacio por la acumulación (respecto a un ejemplo específico, véase Harvey, 1975b). Como consecuencia, podemos esperar ser testigos de una lucha perpetua en la que el capitalismo construye un paisaje físico adecuado para su propia condición en un momento determinado del tiempo, sólo para tener que destruirlo, normalmente en el transcurso de una crisis, en un momento posterior del mismo. Las crisis temporales de la inversión en capital fijo, a menudo expresadas como «ondas largas» en el desarrollo económico (véase, por ejemplo, Kuznets, 1961; Thomas, 1973) se expresan por consiguiente, en general, como remodelaciones periódicas del entorno geográfico para adaptarlo a las necesidades de la nueva acumulación.

Esta contradicción tiene otra dimensión. En parte, el impulso de superar los obstáculos espaciales y de aniquilar el espacio mediante el tiempo está diseñado para contrarrestar lo que a Marx le parecía una tendencia generalizada del capitalismo a la caída de la tasa de beneficio. La creación de entornos construidos al servicio del capitalismo supone «un crecimiento de esa porción de la riqueza social que, en lugar de servir como medio de producción directo, se invierte en medios de transporte y de comunicación y en el capital fijo y circulante necesario para su funcionamiento» (Marx, 1967, vol. 2, p. 251). La inversión en medios de transporte aumentará inevitablemente la composición orgánica del capital social que tiende a generar una caída en la tasa de beneficio. Nuevamente, el desarrollo capitalista tiene que negociar al límite entre estas dos tendencias contradictorias.

La teoría de la localización de Marx no es mucho más específica de lo aquí descrito (aunque hay otros muchos aspectos interesantes en el análisis de la inversión en capital fijo e inmovilizado, pero que no puedo considerar aquí). La virtud de estos análisis fragmentarios no radica en su complejidad sino, por el contrario, en la forma en que pueden integrarse estrechamente en los conocimientos fundamentales sobre la producción de valor y sobre la dinámica de la acumulación. En esto, el planteamiento marxiano es fundamentalmente distinto del análisis económico burgués sobre los fenómenos de la localización. Este último especifica normalmente una configuración óptima bajo un conjunto de condiciones concreto, y presenta un análisis de equilibrio estático parcial. Las dinámicas se consideran al final del análisis, normalmente como reparo, y nunca van mucho más allá de la estática comparativa. En consecuencia, se reconoce en general que la teoría burguesa de la localización no ha conseguido desarrollar una representación dinámica satisfactoria de sí misma. La teoría marxiana, por el contrario, comienza con la dinámica de la acumulación e intenta derivar de este análisis ciertas necesidades con respecto a las estructuras geográficas. El paisaje que el capitalismo crea también se contempla como ámbito de contradicción y tensión, no como expresión de un equilibrio armonioso. Y las crisis de las inversiones en capital fijo se consideran en muchos aspectos sinónimas de la transformación dialéctica del espacio geográfico. El contraste entre ambas actitudes teóricas es importante. Sugiere que ambas teorías se ocupan realmente de aspectos completamente distintos. El análisis situacional burgués sólo es adecuado como expresión de las configuraciones óptimas bajo condiciones establecidas. La teoría marxiana nos enseña a relacionar, teóricamente, la acumulación y la transformación de las estructuras espaciales y en último término, por supuesto, nos proporciona la explicación teórica y material que nos permitirá entender las relaciones recíprocas entre la geografía y la historia.

## Comercio exterior

Marx considera el comercio exterior desde dos puntos de vista completamente distintos: en primer lugar, como atributo del modo de producción capitalista, y en segundo lugar, como fenómeno histórico que relaciona una formación social capitalista en evolución con las sociedades precapitalistas y que genera diversas formas sociales intermedias (como las colonias, las economías de plantación, las economías dependientes y demás).

En su análisis del modo de producción capitalista, Marx hace invariablemente abstracción de las cuestiones de comercio exterior (Marx, 1967, vol. 1, p. 581). Admite, por supuesto, que «la producción capitalista no existe en absoluto sin el comercio exterior», pero sugiere que la consideración de éste sirve meramente para «confundir sin aportar elementos nuevos al problema [de la acumulación] o a su solución» (Marx, 1967, vol. 2, p. 470). También acepta que el comercio exterior puede contrarrestar la tendencia a una disminución de la tasa de beneficio, porque abarata los elementos del capital constante así como las necesidades, y de ese modo permite aumentar el plusvalor susceptible de apropiación. Pero dado que esto aumenta la tasa de acumulación, solamente acelera la caída de la tasa de beneficio a largo plazo (Marx, 1967, vol. 3, p. 237). El aumento del comercio exterior, que inevitablemente surge con la expansión de la acumulación, meramente «transfiere las contradicciones a una esfera más amplia y les da mayor flexibilidad» (Marx, 167, vol. 2, p. 408).

La mayoría de los comentarios de Marx sobre comercio exterior se refieren a éste como un fenómeno histórico y, por lo tanto, son periféricos respecto al objetivo fundamental que él se ha trazado en *El capital*. El comercio exterior se trata como condición previa para la acumulación capitalista y como consecuencia de la expansión del mercado. Dado que las consecuencias en una determinada fase se convierten en condiciones previas de la siguiente, el desarrollo del comercio exterior y las formaciones sociales capitalistas se consideran íntegramente relacionados. También surgen «factores especiales» en relación con el comercio exterior que pueden confundir, ocultar y distorsionar las cosas. No es que se niegue la importancia de tales factores para las situaciones históricas reales; sencillamente no se consideran cruciales para entender la lógica interna del modo de producción capitalista.

Los análisis teóricos e históricos se entrecruzan en ciertos puntos, sin embargo. Algunas de las afirmaciones de Marx sobre el comercio exterior se pueden considerar ampliaciones lógicas de sus opiniones teóricas respecto a cómo el proceso de acumulación genera relaciones de transporte y estructuras de localización. Estas perspectivas se proyectan normalmente en una estructura preexistente de Estados-nación, territorios con distintas capacidades productivas naturales y sistemas de producción no capitalistas.

Marx reconoce, por ejemplo, que «la productividad del trabajo está afectada por las condiciones físicas» (Marx, 1967, vol. 1, p. 512). En agricultura, espera rendimientos desiguales del capital invertido debido a diferencias de fertilidad y de ubicación relativa (Marx, 1967, vol. 3, p. 650). Las diferencias naturales forman, por lo tanto, «una base física para la división social del trabajo» (Marx, 1967, vol. 1, p. 514), aunque sólo ofrecen posibilidades (y de hecho modificables), porque en última instancia la productividad del trabajo «no es un don de la Naturaleza sino de una historia que abarca miles de siglos» (Marx, 1967, vol. 1, p. 512).

La producción y la circulación capitalistas tienden a transformar estas posibilidades en un sistema geográfico de producción e intercambio integrado y adecuado a los fines de la acumulación capitalista. En el proceso, ciertos países pueden establecer un monopolio sobre la producción de determinadas mercancías (Marx, 1967, vol. 3, p. 119), mientras que las relaciones centro-periferia se producirán a escala planetaria:

> Surge una nueva división internacional del trabajo, una división adaptada a los requisitos de los principales centros de la industria moderna, y que convierte parte del planeta en campo de producción principalmente agrícola, para suministrar a la otra parte del planeta que se mantiene principalmente como campo industrial (Marx, 1967, vol. 1, p. 451).

Los capitalistas de los países avanzados también pueden obtener una tasa de beneficio más elevada vendiendo sus bienes por encima de su valor, en competencia



con «las mercancías producidas en otros países con inferiores medios de producción [...] de la misma manera que un fabricante explota un nuevo invento antes de que éste se generalice» (Marx, 1967, vol. 3, p. 238). Las ventajas productivas relativas producen un aumento de beneficios, y si se perpetúan en forma de «abismo tecnológico» permanente se deduce (aunque Marx no llegó aparentemente a este argumento) que las regiones ricas en tecnología siempre tienen capacidad para obtener, dentro de una línea de producción dada, mayores beneficios que las regiones pobres en tecnología.

El sistema de crédito internacional influye de manera vital en la creación del mercado mundial y en la forma que adopta su estructura.

> Todo el sistema de crédito [...] descansa sobre la necesidad de expandirse y superar los obstáculos a la circulación y a la esfera de intercambio. Esto se percibe de manera más llamativa, clásicamente, en las relaciones entre pueblos que en las relaciones entre individuos. Así, por ejemplo, los ingleses [se ven] forzados a prestar a países extranjeros para tenerlos como clientes (Marx, 1973, p. 416; y véase Marx, 1972, p. 122).

La exportación de capitales –un tema ampliado por Lenin (1963, pp. 715-719) que lo considera crucial para la teoría del imperialismo como fase superior del capitalismo– puede, desde el punto de vista de Marx, proporcionar oportunidades temporales de capital excedente. Pero la exportación de capitales puede adoptar formas distintas, como en breve veremos, y asumirse por diferentes razones.

El impulso general de superar todos los obstáculos espaciales produce diversos resultados en relación con las formas no capitalistas de producción y de organización social:

> Cuando un pueblo industrial, que produce sobre la base del capital, como el inglés, por ejemplo, intercambia con los chinos, y absorbe valor [...] al atraer a éstos a la esfera de circulación del capital, inmediatamente vemos que los chinos no necesitan, por lo tanto, producir como capitalistas (Marx, 1973, p. 729).

La interacción de los modos de producción capitalista y no capitalistas dentro de la esfera de circulación crea fuertes interdependencias. La circulación del valor dentro del sistema capitalista acaba dependiendo de la continua aportación de productos y dinero de sociedades no capitalistas; «en esta medida, el modo de producción capitalista depende de los modos de producción situados fuera de su propia fase de desarrollo» (Marx, 1967, vol. 2, p. 110). Es éste un tema que Rosa Luxemburg desarrolla con gran profundidad en *La acumulación del capital*: sostiene, en efecto, que el nuevo espacio para la acumulación que el capitalismo debe definir sólo puede darse

en forma de sociedades capitalistas que proporcionen mercados inexplorados que absorban la tendencia perpetua a la superproducción de mercancías bajo el capitalismo. En su opinión, cuando esas sociedades se introducen en la red capitalista, la acumulación debe cesar.

Marx también sostenía que el capitalismo tiene una tendencia histórica a destruir y absorber los modos de producción no capitalistas, ya que los usa para crear nuevo espacio para la acumulación de capital. Inicialmente, la mera penetración de la forma monetaria tiene una influencia destructiva: «donde está el dinero no está la comunidad, tiene que disolver la comunidad» y «atraer a nuevos continentes al metabolismo de la circulación» (Marx, 1973, pp. 224-225). En las primeras fases, el capital se acumula a partir de este «metabolismo de la circulación»; de hecho, dicha acumulación es una premisa histórica para el desarrollo de la producción capitalista. Las ciudades acumulan valores de uso y de ahí los valores de uso del campo, mientras que el capital del comerciante, como forma históricamente anterior de organización del capital del productor

> se apropia de una porción abrumadora del producto excedente, en parte como mediador entre las mercancías que todavía se producen sustancialmente por su valor de uso [...] y en parte porque bajo dichos modos de producción anteriores los principales propietarios del producto excedente con los que trataba el comerciante, a saber, el esclavista, el señor feudal y el Estado (por ejemplo, el déspota oriental) representan la riqueza consumidora y el lujo que el comerciante intenta atrapar [...] El capital del comerciante, cuando mantiene una posición de dominio, supone en todas partes un sistema de robo, de forma que su desarrollo entre las naciones comerciantes de tiempos antiguos y modernos está siempre directamente relacionado con el saqueo, la piratería, el secuestro, la esclavitud y la conquista colonial [...] El desarrollo del capital mercantil da lugar en todas partes a la tendencia a producir valores de intercambio [...] El comercio, por lo tanto, tiene una influencia más o menos disolvente en toda la organización productiva que encuentra a mano y cuyas distintas formas se practican principalmente con miras al valor de uso (Marx, 1967, vol. 3, pp. 331-332).

Las formas resultantes que emergen de tales alteraciones dependen, sin embargo, de la forma de sociedad preexistente y de la extensión de la penetración capitalista. Una consecuencia, por ejemplo, es crear en la sociedad no capitalista escaseces que antes no existían. De esa forma lo necesario se transforma en lujo y esto

> determina todo el patrón social de las naciones atrasadas [...] que están asociadas con un mercado mundial basado en la producción capitalista. Independientemente de lo grande que sea el producto excedente que (los productores no capitalistas) extraen del plustrabajo de sus esclavos en la forma simple de algodón o grano, pueden asumir este trabajo simple e indiferenciado porque el comercio exterior les permite convertir estos productos simples en cualquier tipo de valor de uso (Marx, 1972, p. 243).



La creación de «subdesarrollo» mediante una penetración capitalista que transforma las sociedades no capitalistas de organizaciones relativamente autosuficientes para la producción de valores de uso en unidades especializadas y dependientes que producen valores de cambio, es un tema explorado por escritores contemporáneos como Baran (1957) y Frank (1969). El segundo, por ejemplo, acuña la expresión «el desarrollo del subdesarrollo» para llamar la atención sobre los tipos de procesos que Marx tenía en mente.

Estas formas de dependencia sólo son posibles *después* de que la producción capitalista hubiera pasado a dominar el capital mercantil, de manera que al final éste sirva básicamente para los fines del primero. Entonces encontramos que

> el abaratamiento de los artículos producidos por la maquinaria, y la mejora de los medios de transporte y de comunicación proporcionan las armas para conquistar mercados extranjeros. Al arruinar la producción artesanal en otros países, la maquinaria los convierte forzosamente en campos de suministro de materias primas. De esta forma, la India fue obligada a producir algodón, lana, cáñamo, yute e índigo para Gran Bretaña (Marx, 1967, vol. 1, p. 451).

La manera en que se produce dicha transformación es interesante, e India proporciona un buen ejemplo. Originalmente campo de «explotación directa» –la apropiación directa de los valores de uso– India se transformó después de 1815 en mercado para los productos textiles británicos:

> Pero, cuanto más dependientes se volvían del mercado indio, más necesidad sentían los intereses industriales de crear nuevas fuerzas productivas en India, después de haber arruinado la industria nativa. No puedes seguir inundando un país con tus manufacturas, a no ser que le permitas darte algún producto a cambio (Marx y Engels, 1972, p. 52).

En este caso, la exportación de capitales sirvió a un fin diferente del mero préstamo de dinero para financiar importaciones de fabricantes. El capital se exportaba a India para promover la producción de mercancías que pudieran, mediante el comercio exterior, proporcionar los medios para pagar los bienes que se estaban importando de Gran Bretaña. Ésta tenía que aumentar en India la producción de mercancías susceptible de intercambio si quería conservar a aquella como un mercado importante.

El mismo tipo de lógica, funcionando bajo condiciones muy diferentes, se aplica al desarrollo de colonias de asentamiento. Marx insiste aquí en establecer una distinción:

> Hay colonias propiamente dichas, como Estados Unidos, Australia, etc. En ellas los colonos agrícolas, aunque traen consigo una mayor o menor cantidad de capital de la madre patria, no son en su mayoría *capitalistas* y no emprenden una producción *capitalista*. Son más o menos campesinos que trabajan por su cuenta y cuyo objetivo principal, en primer lugar, es producir su propio sustento [...] En el segundo tipo de colonias –plantaciones– donde las especulaciones comerciales figuran desde el comienzo y la producción está pensada para el mercado mundial, existe el modo capitalista de producción, aunque sólo en el sentido formal, ya que la esclavitud de los negros impide el trabajo libre asalariado, que es la base de la producción capitalista. Pero la empresa en la que se usan los esclavos está dirigida por capitalistas (Marx, 1969b, pp. 302-303).

Las colonias del segundo tipo mantienen la perspectiva de obtener beneficios elevados debido a las elevadas tasas de explotación, el precio más bajo de los productos necesarios y, normalmente, una mayor productividad natural. El capital puede penetrar en dichas colonias y en el proceso reducir los beneficios extraordinarios, al tiempo que la tasa media de beneficio aumenta (Marx, 1969b, pp. 436-437). Existe aquí sin duda una inducción a la exportación de capital:

> El capital no se envía al extranjero porque no pudiera absolutamente aplicarse en el propio país, sino porque en un país extranjero se puede emplear con una mayor tasa de beneficio (Marx, 1967, vol. 3, p. 256).

Con la movilidad completa, por supuesto, la tasa de beneficio acabará por igualarse, aunque a una tasa media superior que la de antes. Las colonias de este segundo tipo, sin embargo, siguen siendo ventajosas, porque permiten la importación de materias primas baratas a partir de una tasa de explotación más elevada (que supone, por cierto, determinadas inmovilizaciones de la fuerza de trabajo, tales como la impuesta por la esclavitud).

Las colonias del primer tipo mantienen una relación muy diferente con el modo de producción capitalista:

> En ellas, sin embargo, el régimen capitalista entra en todas partes en colisión con la resistencia del productor que, en cuanto propietario de sus propias condiciones de trabajo, emplea ese trabajo para enriquecerse a sí mismo, y no al capitalista. La contradicción de estos dos sistemas económicos diametralmente opuestos se manifiesta aquí de manera práctica en la lucha entre ellos. Cuando el capitalista tiene tras sí el poder de la madre patria, intenta apartar de su camino por la fuerza los modos de producción y apropiación basados en el trabajo independiente del productor (Marx, 1967, vol. 1, p. 765).



Las colonias compuestas de pequeños productores independientes, que comercian cierto excedente en el mercado, se caracterizan en general por la escasez de trabajo y una elevada tasa salarial que no resulta atractiva para la forma de explotación capitalista (esto se da particularmente en caso de que exista una abundancia de terreno libre para el asentamiento). La producción de mercancías no existe en el sentido capitalista completo. Las formas coloniales de este tipo pueden ser, por lo tanto, tan resistentes a la penetración del modo de producción capitalista como las sociedades no capitalistas establecidas desde hace más tiempo. Pero dado que dichas colonias no capitalistas se crean mediante derivados de población excedente y pequeñas cantidades de capital de los centros de acumulación, y dado que también forman mercados para la producción capitalista, deben considerarse resultado de la acumulación pasada y condición previa para una nueva acumulación de capital. Estados Unidos antes de la Guerra Civil, por ejemplo, proporcionó un mercado importante y en gran medida no capitalista para la realización de mercancías producidas bajo relaciones sociales capitalistas en Gran Bretaña.

El estado definitivo de la penetración capitalista es el que se da al organizar la producción siguiendo el método capitalista. En 1867, Marx señaló que Estados Unidos se estaba transformando de sistema de producción independiente y en buena medida no capitalista en un nuevo centro de acumulación de capital. «La producción capitalista avanza allí a pasos agigantados, a pesar de que el descenso de los salarios y la dependencia del trabajador asalariado aún distan mucho de alcanzar el nivel europeo» (Marx, 1967, vol. 1, p. 773). Marx esperaba una transformación similar en India:

> Cuando se ha introducido la maquinaria en la locomoción de un país que posee hierro y carbón, es imposible apartarlo de su fabricación. No se puede mantener una red de ferrocarriles en un país inmenso sin introducir todos aquellos procesos industriales necesarios para cubrir las necesidades inmediatas y actuales de la locomoción ferroviaria, y a partir de las cuales debe crecer la aplicación de la maquinaria a aquellas ramas de la industria que no están inmediatamente relacionadas con los ferrocarriles. El sistema ferroviario se convertirá pues, en India, en el verdadero precursor de la industria moderna [...] (que) disolverá las divisiones hereditarias del trabajo, sobre las que se asientan las castas indias, esos decisivos impedimentos para el progreso indio y el poder indio [...] El periodo burgués de la historia tiene que crear la base material del nuevo mundo [...] La industria y el comercio burgueses crean estas condiciones materiales de

un nuevo mundo, del mismo modo que las revoluciones geológicas han creado la superficie de la Tierra (Marx y Engels, 1972, pp. 85-87).

Dicha transformación no se produjo en India pero sí en Estados Unidos. La predicción incorrecta en el caso indio no resta en absoluto validez a la teoría marxiana de la acumulación bajo el modo de producción capitalista. Todo lo que la teoría dice es que el capitalismo está abocado a expandirse mediante una intensificación de las relaciones en los centros de producción capitalista y una ampliación geográfica de dichas relaciones en el espacio. La teoría no pretende predecir con exactitud dónde, cuándo y cómo se van a producir dichas intensificaciones; éstas constituyen el tema de análisis históricos concretos. El hecho de que Marx no predijera correctamente en el caso de India fue un error de análisis histórico, no de teoría.

Pero sucede que hay también buenas razones *teóricas* para creer que el sistema de *producción* capitalista no podía y no puede adquirir un alcance universal. Para que se verifique tal tipo de hipótesis debe igualarse la tasa de beneficio, mediante la competencia, a escala planetaria. En primer lugar, por supuesto, hay que superar todo tipo de obstáculos antes de que se pudiera producir dicha igualación de las tasas de beneficios. Tendríamos que suponer la completa movilidad del capital y del trabajo (Marx, 1967, vol. 3, p. 196) y disposiciones institucionales adecuadas (libre comercio, sistema de dinero y crédito universales, «la abolición de todas las leyes que impiden a los trabajadores trasladarse de una esfera de la producción a otra y de una localidad a otra», etcétera). Bajo el capitalismo, siempre hay tendencias que empujan en esa dirección. Por ejemplo:

> es sólo el comercio exterior, la ampliación del mercado a un mercado mundial, lo que hace que el dinero se convierta en dinero mundial y el trabajo abstracto en trabajo social. La riqueza abstracta, el valor y el dinero, y por consiguiente el trabajo abstracto, evolucionan en la medida en que el trabajo concreto se convierte en la totalidad de los diferentes modos de trabajo que abarcan el mercado mundial. La producción capitalista descansa en el valor o en la transformación en trabajo social del trabajo personificado en el producto. Pero esto sólo es posible debido al comercio exterior y al mercado mundial. Esto es a un tiempo condición previa y resultado de la producción capitalista (Marx, 1972, p. 253).

El capitalismo tiende, por lo tanto, a establecer un conjunto universal de valores, basados en el «trabajo social abstracto» definido a escala planetaria y la exportación de capitales, del mismo modo, a igualar la tasa de beneficios también a escala planetaria. Un proceso de acumulación supone la tendencia a la penetración de las relaciones sociales capitalistas en todos los aspectos de producción e intercambio en todo el mundo.



Pero las diferentes composiciones orgánicas del capital entre países, las diferentes productividades del trabajo de acuerdo con las diferencias naturales, la diferente definición de las «necesidades» de acuerdo con la situación natural y cultural, significan que estas igualaciones no irán acompañadas de una igualación en la tasa de explotación entre países (Marx, 1967, vol. 3, pp. 150-151). De ahí se deduce que «el país favorecido recupera más trabajo a cambio de menos trabajo, aunque esta diferencia, este exceso se lo embolsa, como en cualquier intercambio entre capital y trabajo, una clase determinada» (Marx, 1967, vol. 3, p. 238). Marx señala entonces:

> La ley del valor experimenta a este respecto una modificación esencial. La relación entre las jornadas laborales de diferentes países puede ser similar a la existente entre trabajo cualificado complejo y trabajo simple no cualificado dentro de un país. En este caso el país más rico explota al pobre, incluso en aquellos casos en los que el segundo obtiene beneficios con el intercambio (Marx, 1972, pp. 105-106).

Éstos son los tipos de «factores especiales» que hacen del comercio exterior un tema muy complejo, que generan ciertas peculiaridades en las condiciones de comercio entre las sociedades desarrolladas y las subdesarrolladas (Marx, 1972, pp. 474-475) y que impiden una «equiparación de valores por el tiempo de trabajo e incluso la equiparación de precios de coste por una tasa general de beneficio» entre diferentes países (Marx, 1972, p. 201). Estos tipos de factores los aborda Emmanuel (1972) en el análisis que hace del imperialismo como «intercambio desigual».

Estas complejidades no derivan del hecho de que el desarrollo capitalista no supere los obstáculos sociales y culturales a su penetración (aunque dichos obstáculos pueden ser extremadamente resistentes). Derivan, por el contrario, del inherente carácter contradictorio, y por lo tanto imperfecto, del propio modo de producción capitalista. Deben interpretarse, entonces, como manifestaciones globales de las contradicciones internas del capitalismo. Y subrayando todas estas manifestaciones se encuentra el hecho de que en última instancia el capitalismo se convierte en el mayor obstáculo a su propio desarrollo. Consideremos cómo se manifiesta esto en la escena mundial.

El capitalismo sólo puede escapar de sus propias contradicciones expandiéndose. La expansión es simultáneamente *intensificación* (de los deseos y las necesidades sociales, del total de la población, etcétera) y *expansión geográfica*. Para que el capitalismo sobreviva, debe existir o hay que crear nuevo espacio para la acumulación. Si el modo de producción capitalista dominara en todos los aspectos, en todas las esferas y en todas las partes del mundo, quedaría poco espacio, o ninguno, para mantener la acumulación (el crecimiento de la población y la creación de nuevos deseos y necesidades sociales serían las únicas opciones). Mucho antes de que se al-

canzara tal situación, el proceso de acumulación se ralentizaría. El estancamiento sería una realidad que se vería acompañada por toda una gama de problemas económicos y sociales. Los controles internos dentro del modo de producción capitalista empezarían a sentirse en especial en la esfera de la competencia:

> Mientras el capital es débil, sigue apoyándose en las muletas de modos de producción pasados, o de aquellos que se agotarán con su ascenso. Tan pronto como se siente fuerte, arroja las muletas y se mueve de acuerdo con sus propias leyes. Tan pronto como empieza a percibirse a sí mismo y a ser consciente de sí mismo como obstáculo para el desarrollo, intenta refugiarse en formas que, restringiendo la libre competencia, parecen hacer más perfecto el control por parte del capital, pero que al mismo tiempo son heraldos de la disolución de éste y del modo de producción que se basa en él (Marx, 1973, p. 651).

## Comentarios sobre la teoría del imperialismo

Marx no llegó a proponer una teoría del imperialismo. En sus comentarios sobre las relaciones de transporte, la teoría de la localización y el comercio exterior indica claramente, sin embargo, que tiene en mente una especie de teoría general de la acumulación de capital en una escala geográfica que se expande y se intensifica. En los dos apartados anteriores ya hemos esbozado algunas de las principales características de esa teoría general, en la medida en que Marx la articuló.

La teoría del imperialismo que ha emergido después de Marx contribuye obviamente a comprender esa teoría general y, en consecuencia, a entender de qué manera crea el capitalismo nuevo espacio para la acumulación. El problema es, sin embargo, que no hay una teoría del imperialismo, sino toda una serie de representaciones del tema: marxista, neomarxista, keynesiana, neoclásica, etcétera. Y hay innumerables divergencias y diferencias dentro de cada escuela (Barratt Brown, 1974, proporciona una visión general). Me limitaré a hacer algunos comentarios generales.

El problema para marxistas y neomarxistas, se sostiene en general, es derivar de Marx una teoría del imperialismo. Y en general se acepta que nadie ha conseguido hacerlo todavía, aunque muchos lo han intentado. Hay una explicación muy sencilla a esta situación. Marx elaboró una teoría de la acumulación para un modo de producción capitalista en estado «puro», sin referencia a ninguna situación histórica particular. Sobre esta base, como hemos visto, demuestra que necesariamente la intensificación y la expansión son concomitantes a la acumulación. La teoría del imperialismo, como normalmente se concibe en la bibliografía es, por el contrario, una teoría de la historia. Debe usarse para explicar la evolución histórica de las formaciones sociales capitalistas en el escenario mundial. Debe abordar de qué manera se relacionan entre



sí las fuerzas en conflicto y los intereses de clase en situaciones históricas específicas, determinar los resultados mediante sus interacciones y de ese modo establecer las condiciones previas para la siguiente fase en la evolución de las formaciones sociales capitalistas. Marx nunca elaboró dicha teoría histórica, aunque hay pruebas de que tenía intención de hacerlo en libros no escritos sobre el Estado, el comercio exterior y el mercado mundial (Marx y Engels, 1955, pp. 112-113).

Está claro que la teoría de Marx sobre el modo de producción capitalista no puede usarse directamente como base para derivar una teoría históricamente específica del imperialismo. Pero, como hemos visto en el apartado anterior sobre comercio exterior, las interpretaciones teóricas de Marx se entrecruzan con los análisis históricos en ciertos puntos. Y la influencia mediadora crucial, que la mayoría de los escritores sobre el imperialismo pasan por alto, es la tendencia necesaria a superar los obstáculos espaciales y aniquilar el espacio mediante el tiempo, tendencias que Marx deriva directamente de la teoría de la acumulación. Las teorías marxianas sobre las relaciones de transporte, sobre la localización y sobre la expansión de las esferas de realización mediante la concentración geográfica –en resumen, la teoría general de la acumulación en una escala geográfica que se expande e intensifica– comprenden de hecho la propia teoría de Marx sobre el imperialismo (aunque él no la denominó así). Dado que la mayoría de los escritores pasan por alto esta teoría general integrada en Marx, parecería que esto nos proporciona el eslabón perdido entre la teoría de la acumulación y las diversas teorías del imperialismo planteadas desde entonces.

Pero ni siquiera en esto podemos sacar deducciones directas. La teoría general de Marx nos habla de la necesidad de expandirse e intensificarse geográficamente. Pero no nos dice con exactitud cómo, cuándo o dónde. Observando la intersección de estos argumentos generales con análisis históricos concretos, normalmente podremos identificar la lógica subyacente dictada por nior de la acumulación del capital. La lógica subyacente no es, sin embargo, la única que determina los resultados, y de hecho no puede serlo, ya que éstos deben entenderse en función del equilibrio de fuerzas –económicas, sociales, políticas, ideológicas, competitivas, jurídicas, militares, etc.– mediante las cuales los grupos y las clases adquieren conciencia de la lógica subyacente contradictoria y buscan «combatirla» mediante sus acciones para alcanzar alguna solución (véase Marx, 1970, p. 21). Especificar las relaciones entre la teoría marxiana de la acumulación y la teoría del imperialismo como se interpreta normalmente plantea, por consiguiente, una doble dificultad. Tenemos que especificar cómo se relaciona la «lógica interna» del modo de producción capitalista, concebido de manera abstracta, con las realidades concretas, las formas fenoménicas, del proceso histórico. Y también tenemos que tener en cuenta la influencia mediadora de las estructuras políticas, ideológicas, militares, etc.

que, aunque deben en general organizarse de manera coherente con el curso de la acumulación de capital, no están exclusivamente determinadas por él.

De hecho, la mayoría de los análisis sobre el imperialismo parten del análisis de situaciones históricas reales. Esto es así especialmente en la obra de los escritores del Tercer Mundo, como Fanon (1967), Amin (1973) y Frank (1969), cuyo punto de partida es la experiencia de dominación y explotación por parte de los países capitalistas avanzados. Esta experiencia se proyecta después sobre el marco marxiano para entender la explotación en general. La consecuencia es una variedad de representaciones de la teoría marxiana del imperialismo. Cada representación puede ser adecuada a su propio lugar y momento, pero cada una acaba acudiendo para sostenerse sólo a una o dos facetas de la propia teoría de la acumulación del capital elaborada por Marx. Por implicación, y a veces de manera muy explícita, se sugiere que las demás facetas de la teoría de la acumulación de Marx carecen de importancia o son incorrectas.

Luxemburg (1968) es un excelente ejemplo. Empieza su análisis con una crítica concentrada en los esquemas de reproducción de Marx incluidos en el volumen II de *El capital* y, reaccionando muy firmemente contra la idea allí implícita de que la acumulación capitalista puede mantenerse a perpetuidad, intenta demostrar que Marx no había demostrado de dónde había de proceder la demanda efectiva de mercancías para poder sostener la acumulación. La propia solución de Luxemburg es que la demanda efectiva debe encontrarse fuera del sistema capitalista, en las formaciones económicas precapitalistas. El imperialismo debe explicarse como «la expresión política de la acumulación de capital en su lucha competitiva por la parte del entorno no capitalista que aún permanece abierta» (Luxemburg, 1968, p. 446). Como prueba, Luxemburg aduce descripciones de la penetración violenta en sociedades no capitalistas, tales como China, por parte de capitalistas en busca de mercados así como descripciones de las diversas rivalidades imperialistas entre las potencias capitalistas del mundo.

El argumento de Luxemburg es, en muchos aspectos, atractivo y brillante, pero su análisis equivale a un desarrollo parcial de Marx. La objeción no es que esté equivocada; de hecho, ya hemos visto que el desarrollo capitalista puede hacerse contingente de otros modos de producción, que la penetración y la alteración de las sociedades no capitalistas conllevan el imperativo de «derribar los obstáculos espaciales» y «que se puede recurrir fácilmente a la violencia, haciendo uso del poder estatal». La objeción es que Luxemburg ve las consecuencias del imperativo de acumular *exclusivamente* en estos términos. Pasa por alto los demás medios por los cuales el capitalismo puede crear nuevo espacio para la acumulación.

Interpretado como un tratado teórico sobre lo que tiene que ocurrir si los demás medios para crear nuevo espacio de acumulación se paralizan, el trabajo de Luxemburg es una exposición brillante. Interpretado como documentación sobre cómo subyace la lógica de la acumulación capitalista a la penetración y a la alteración de las sociedades no capitalistas, el trabajo es atractivo. Pero interpretado como deducción de la necesidad del imperialismo a partir de una corrección de los errores cometidos por Marx al especificar la reproducción capitalista, el trabajo de Luxemburg es erróneo y desacertado. Esta crítica no significa, sin embargo, que los procesos sobre los que Luxemburg llama la atención no puedan convertirse, en una fase determinada de la historia capitalista, en elementos vitales para la perpetuación del orden capitalista. El que sea o no sea así depende, sin embargo, de la capacidad del sistema capitalista para crear nuevo espacio de acumulación por otros medios.

La representación del imperialismo en las obras de Baran (1957) y Frank (1969) puede considerarse de manera similar. Claramente implicada en la teoría de la localización de Marx se encuentra la aparición de una estructura general de relaciones centro-periferia en la producción y el intercambio, mientras que la eliminación de los obstáculos espaciales al intercambio puede provocar dependencia y «transformar lo necesario en lujo» para la economía recientemente introducida en el metabolismo del intercambio. Este tipo de relaciones se examinan detalladamente en la obra de Baran y Frank y se pueden integrar con relativa facilidad en el marco marxiano cuando la lógica de la acumulación se proyecta en una situación histórica concreta. Baran y Frank constituyen, por lo tanto, convincentes bases teóricas cuando afirman que el atraso y el subdesarrollo pueden y deben producirse y perpetuarse mediante la penetración de las relaciones sociales capitalistas en las economías no capitalistas. Quizá también se basen firmemente en los hechos cuando dicen que ésta es la relación general que existe entre el Tercer Mundo y los centros de acumulación metropolitanos. Pero, como ocurre con la obra de Luxemburg, el análisis tiene que considerarse un desarrollo parcial de la teoría de la acumulación de Marx. Sería erróneo y descabellado considerar esta evolución como una corrección o una derivación única de Marx. Se puede crear nuevo espacio de acumulación mediante una variedad de estratagemas en situaciones históricas reales. El que sea o no posible establecer una estructura distinta a la explorada por Baran y Frank *no* depende de la teoría sino de las posibilidades contenidas en situaciones históricas reales.

La contribución de Lenin a la teoría marxista del imperialismo es, por supuesto, fundamental. Y en algunos aspectos es la más interesante, tanto con respecto a su contenido como a su método. Lenin no intentó derivar de Marx la teoría. Consideró el fenómeno del imperialismo como algo que debe revelarse mediante el análisis materialista histórico. Específicamente, le interesaba explicar la guerra de 1914-1918 como una guerra imperialista «cuyo objetivo era la división del mundo, para la partición y la repartición de colonias y de esferas de influencia del capital financiero, etc.» (Lenin, 1963, p. 673). El método es, por consiguiente, histórico, y Lenin usa

el término «imperialismo» para describir las características generales de la forma fenoménica asumida por el capitalismo durante una fase determinada de su desarrollo, específicamente, a finales del siglo XIX y principios del XX. A este respecto se basa profundamente en la obra de un no marxista, Hobson (1938). Pero Lenin también intenta descubrir «la esencia económica del imperialismo» y relacionar la interpretación de la apariencia fenoménica del imperialismo con las enseñanzas teóricas de Marx sobre la naturaleza del modo de producción capitalista.

La apariencia fenoménica del capitalismo en la fase imperialista de su desarrollo se resume en función de cinco características básicas:

> (1) la concentración de la producción y del capital se ha desarrollado hasta una fase tan elevada que ha creado monopolios que influyen decisivamente en la vida económica; (2) la fusión del capital bancario con el capital industrial, y la creación, basándose en este «capital financiero», de una oligarquía financiera; (3) la exportación de capital frente a la exportación de mercancías adquiere excepcional importancia; (4) la formación de asociaciones monopolísticas internacionales que se reparten el mundo entre ellas, y (5) la división territorial entre las grandes potencias capitalistas se ha completado (Lenin, 1963, p. 737).

La tendencia a la concentración y a la centralización del capital es, en el análisis de Marx, esencial para el proceso general de acumulación (Marx, 1967, vol. 1, cap. 25). La concentración física de la producción hasta alcanzar economías de escala en un sentido locacional también va unida, en la teoría de Marx, a una creciente centralización del capital. Lenin también basa la lógica de la exportación de capital en la teoría de Marx. Refuta el argumento de que el capitalismo pueda llegar a alcanzar un desarrollo igual en todas las esferas de producción o aliviar la miseria de la masa de trabajadores:

> Si el capitalismo consiguiera hacer esto, no sería capitalismo; pero el desarrollo desigual y el paupérrimo nivel de existencia de las masas son condiciones fundamentales e inevitables, y constituyen las premisas de este modo de producción. Mientras el capitalismo siga siendo lo que es, el capital excedente no se utilizará con el fin de aumentar el nivel de vida de las masas en un país dado, porque esto significaría una disminución de los beneficios de los capitalistas, sino con el fin de aumentar los beneficios mediante la exportación de capital al extranjero, a países atrasados. En estos países atrasados los beneficios son normalmente elevados, porque el capital es escaso, el precio de la tierra es relativamente bajo, los salarios son bajos, las materias primas son baratas [...] La exportación de capital influye y acelera enormemente el desarrollo del capitalismo en los países a los que es exportado. Aunque, por consiguiente, la exportación de capital tal vez



> tienda en cierta medida a detener el desarrollo en los países exportadores de capital, sólo puede hacerlo expandiendo y profundizando un mayor desarrollo del capitalismo en el mundo (Lenin, 1963, pp. 716-718).

Lenin resalta aquí algunas de las posibilidades contenidas en la teoría marxiana de la acumulación capitalista cuando se proyecta en una situación histórica real. Claramente, no excluye el desarrollo de la producción capitalista en nuevos centros, aunque el reparto del mundo en esferas de influencia, con centros de acumulación y esferas de realización, se considera una racionalización «gestionada», alcanzada por el capitalismo financiero mediante manipulaciones políticas, del inevitable desarrollo desigual del capitalismo. Pero Lenin también sostiene que el imperialismo «puede y debe definirse de manera distinta si tenemos en cuenta no sólo los conceptos básicos y puramente económicos [...], sino también el lugar histórico de esta fase del capitalismo en relación con el capitalismo en general, o la relación entre el imperialismo y las dos principales tendencias del movimiento de la clase trabajadora» (1963, p. 737). Así el imperialismo tiene el efecto de «exportar» a las áreas periféricas parte de las tensiones creadas por la lucha de clases en los centros de acumulación. Los «superbeneficios» de la explotación imperialista «permiten sobornar a los líderes laborales y al estrato más elevado de la aristocracia obrera. Y eso es exactamente lo que los países capitalistas "avanzados" están haciendo» (1963, p. 677). Este último aspecto del imperialismo debe considerarse un resultado conjunto del inevitable desarrollo desigual del capitalismo a escala mundial y del correspondiente desarrollo desigual de la lucha de clases. El capital se moviliza para escapar a las consecuencias de la lucha de clases librada en un lugar o en un momento particular, o bien repatría los superbeneficios para comprar a su fuerza de trabajo local con mejoras materiales. En ambos casos debe producirse una expansión geográfica del desarrollo.

Lenin mezcla el análisis histórico concreto, basado en los principios del materialismo histórico, con percepciones fundamentales de la teoría de Marx. Una evaluación de la teoría de Lenin debe descansar, por consiguiente, en la evaluación de su precisión histórica y en la valoración crítica de la manera en la que la teoría marxiana se entrecruza con los materiales históricos. En el primer aspecto hay fundamentos para pensar que el inspirarse en Hobson y Hilferding llevó a Lenin a cometer varios errores de hecho. En el segundo, Lenin, como la mayoría de los escritores sobre imperialismo, desarrolla la teoría general de Marx de manera parcial más que general. En consecuencia, la conexión con la teoría de la acumulación capitalista queda parcialmente oculta a la vista.

El problema de la teoría marxista del imperialismo es que se ha convertido en una teoría «en sí misma», separada de la teoría de la acumulación de Marx. Como consecuencia, la discusión sobre qué es el imperialismo ha degenerado en una discusión so-

bre cuál de los diversos principios opuestos debería usarse para definirlo. ¿El desarrollo de los mercados exteriores? ¿La obtención de materias primas más baratas? ¿La búsqueda de una fuerza de trabajo más dócil y fácil de explotar? ¿Se trata de acumulación primitiva a expensas de las sociedades no capitalistas? ¿Implica engañar mediante el intercambio? ¿Es necesaria la exportación de capital para establecer nuevos centros de acumulación industrial? ¿Es la concentración de plusvalor relativo en una base localizada? ¿Es la manifestación del poder de monopolio, expresada mediante la organización política de un sistema de Estados-nación? ¿Funciona el capital financiero cooptando a las empresas multinacionales y a la Administración pública? ¿Es simplemente la división internacional del trabajo? ¿Es una combinación particular de algunos de los elementos anteriores? Bajo la teoría general de Marx, todo lo anterior es posible y nada debe excluirse. La tarea del análisis histórico meticuloso es, por consiguiente, descubrir cuál de estas manifestaciones domina en una fase particular de desarrollo de las formaciones sociales capitalistas. La teoría general de Marx no pretende de predecir formas y manifestaciones determinadas. Todo lo que hace es indicar el imperativo subyacente, contenido en el sistema capitalista, de acumular capital y de hacerlo, necesariamente, en una escala geográfica que se expande e intensifica.

Esto no quiere decir que sea imposible efectuar un análisis teórico de estas manifestaciones diversas en relación con la acumulación de capital. De hecho, se puede hacer mucho a este respecto. Y podemos también lanzar una apuesta. La supervivencia del capitalismo se basa en que continúe la capacidad para acumular, *por el medio más fácil*. La senda de la acumulación capitalista avanzará *hacia donde la resistencia sea más débil*. La tarea de los análisis históricos y teóricos es detectar estos puntos de menor resistencia, de mayor debilidad. Lenin aconsejó en su momento a todos los movimientos revolucionarios que buscaran el eslabón más débil del capitalismo. Irónicamente, el capitalismo consigue, mediante el sistema de ensayo y error y la presión permanente, descubrir el eslabón más débil en las fuerzas que se oponen a la acumulación continuada y, explotando dichos eslabones, abrir nuevos terrenos para que la burguesía ejerza su misión histórica: la acumulación de capital.

## La teoría marxiana de la acumulación de capital en una escala geográfica en expansión contemplada en su conjunto

La teoría marxiana de la acumulación de capital en una escala geográfica en expansión es muy compleja. Hemos rebuscado en los escritos de Marx para intentar descubrir algunos de sus componentes básicos, pero para apreciarlos adecuadamente deben observarse tanto en relación mutua como con los diversos modelos que Marx diseñó para entender la producción capitalista, el intercambio y la realización



como totalidad. En un pasaje espléndido de los *Grundrisse* (1973, pp. 407-410), Marx proporciona una especie de «esbozo de conjunto» de su teoría general:

> La creación por parte del capital del *plusvalor absoluto* [...] depende de una expansión, específicamente una expansión constante, de la esfera de circulación [...] El prerrequisito para que se dé una producción basada en el capital es, por consiguiente, *la producción de una esfera de circulación constantemente ampliada*. De ahí que, al igual que el capital tiene, por un lado, tendencia a crear continuamente más trabajo excedente, también tenga la tendencia complementaria a crear más puntos de intercambio.

A partir de tal planteamiento, por supuesto, podemos deducir «la tendencia a crear el mercado mundial [que] viene directamente dada en el concepto del propio capital», y la necesidad, al menos inicialmente, de «subyugar cada momento de la producción al intercambio, y de suspender la producción de valores de uso directo que no entran en el intercambio». Marx afirma a continuación que

> la producción de *plusvalor relativo* [...] exige la producción de nuevo consumo; exige que el círculo de consumo dentro de la circulación se amplíe como lo hizo previamente el círculo productivo. En primer lugar, la expansión cuantitativa del consumo existente; en segundo lugar, la creación de nuevas necesidades mediante la propagación de las existentes a un círculo más amplio; tercero, la producción de *nuevas* necesidades y el descubrimiento y la creación de nuevos valores de uso.

Como resultado de estas tendencias expansivas, el capitalismo crea

> un sistema de explotación general de las cualidades naturales y humanas [...] De ahí la gran influencia civilizadora del capital; su producción de una fase de la sociedad en comparación con la cual las anteriores parecen meras *evoluciones locales* de la sociedad e *idolatría de la naturaleza*. Por primera vez, la naturaleza se convierte en un puro objeto para la humanidad, puramente una cuestión de utilidad [...] De acuerdo con esta tendencia, el capital supera los obstáculos y los prejuicios nacionales tanto como la adoración a la naturaleza, y también todas las satisfacciones tradicionales, confinadas, incrustadas de las necesidades presentes, y las reproducciones de las antiguas formas de vida. Es destructivo con todo esto, y lo revoluciona constantemente, derribando los obstáculos que limitan el desarrollo de las fuerzas de producción, la ampliación de las necesidades, el desarrollo de todos los aspectos de la producción, y la explotación y el intercambio de fuerzas naturales y mentales [...]
>
> Pero [...] dado que todos esos obstáculos contradicen su carácter, su producción se mueve entre contradicciones que constantemente se superan pero que también se plan-

tean constantemente. Además, la universalidad por la que irresistiblemente pugna encuentra obstáculos en su propia naturaleza que, en cierta fase de su desarrollo, permitirán que se reconozca a sí mismo como el mayor obstáculo a esta tendencia, y por consiguiente conducirán a su propia suspensión.

El esbozo de Marx no incorpora todos los elementos que hemos especificado en este artículo, pero sí transmite el sentimiento de lo que tenía en mente al elaborar una teoría de la acumulación en una escala geográfica en expansión. Claramente, el impulso de acumular se sitúa en el centro de la teoría. Este impulso se expresa principalmente en el proceso de producción mediante la creación de plusvalor absoluto y relativo. Pero la creación de valor es contingente a la capacidad para realizarlo mediante la circulación. La no realización del valor supone, de manera bastante simple, la negación del valor creado potencialmente en la producción. Así, si la esfera de circulación no se amplía, la acumulación se paraliza. Marx nunca se cansa de resaltar que el capital no es una cosa ni un conjunto de instituciones; es un proceso de circulación entre la producción y la realización. Este proceso, que debe expandirse, debe acumular, remodela constantemente el proceso de trabajo y las relaciones sociales dentro de la producción, porque cambia constantemente las dimensiones y las formas de la circulación. Marx nos ayuda a entender teóricamente estos procesos. Pero en última instancia tenemos que ampliar esta teoría a situaciones existentes en la estructura de las relaciones sociales capitalistas en este punto de la historia. Tenemos que forzar una intersección entre las abstracciones teóricas, por una parte, y las investigaciones materialistas de las configuraciones históricas concretas por otra. Tal intersección es necesaria para construir y reconstruir en su totalidad la teoría de la acumulación de Marx en una escala geográfica en expansión. De hecho tenemos que inferir la teoría del imperialismo de la teoría marxiana de la acumulación. Pero para hacerlo tenemos que avanzar cuidadosamente por los pasos intermedios. En el propio pensamiento de Marx parece que los pasos intermedios cruciales abarcan una teoría de la localización y un análisis de la inversión fija e inmovilizada; la creación necesaria de un paisaje geográfico para facilitar la acumulación mediante la producción y la circulación. Pero los pasos de la teoría de la acumulación a la teoría del imperialismo, o más en general, a una teoría de la historia, no son simples derivaciones mecánicas, porque por esta senda tenemos que alcanzar también la transformación de lo general a lo concreto que comprendió el dinamismo central de la obra inacabada de Marx. Tenemos que aprender, en resumen, a completar el proyecto que Marx subraya al comienzo del volumen III de *El capital:* tenemos que hallar una interpretación sintética de los procesos de producción y circulación bajo el capitalismo relacionados con la historia capitalista y «así acercarnos gradualmente a la forma en que aparecen sobre la superficie de la sociedad».



# 13 La teoría marxiana del Estado*

## Comentarios introductorios

El artículo de Larry Wolf (1976) suscita una variedad de preguntas sobre la función del Estado en relación con el desarrollo económico capitalista. Algunas de las cuestiones son prácticas, y hacen referencia exactamente a cómo y de qué manera podemos anticipar la intervención del Estado en la economía estadounidense durante los próximos años. Como en la década de 1930, otra época de problemas económicos, se está considerando activamente la posibilidad de centralizar la planificación económica nacional (junto con un retorno más brutal a las «fuerzas puras del mercado») como medio para racionalizar un orden económico que obviamente se ha desequilibrado y, quizá, se acerca peligrosamente –cuán peligrosamente es algo que probablemente nunca sepamos– a la total desarticulación. Con mucha razón, Wolf considera que el avance hacia la planificación económica nacional crea nuevas oportunidades así como nuevos problemas para la izquierda radical. También con acierto, sostiene que la manera en que se efectúe el movimiento influirá sobre los resultados. Pero la cuestión es quizá más compleja aún. Dada la actual estructura de poder, no soy tan optimista como él respecto a los posibles resultados. Siento que estuviera presenciando la reposición de una cansada película de la década de 1930, con reminiscencias de la de 1890, a medida que objetivos tales como la «justicia social» y la «conservación» se convierten gradualmente en objetivos de eficacia y racionalidad de mercado, teñidos de no poco socialismo para los ricos, apoyo económico para las grandes empresas e instituciones financieras en apuros. En cada una de estas dos épocas precedentes, el soplo de polí-

* Publicada por primera vez en *Antipode,* 1976.

tica económica nacional se mezcló rápidamente con la tendencia a racionalizar el sistema de mercado para crear los mismos problemas que debía eliminar en un plano superior, y de forma más concentrada a largo plazo.

Algunas de las preguntas planteadas por Wolf son teóricas, sin embargo, y hacen referencia a la formulación de un marco conceptual adecuado para estudiar el intervencionismo del Estado en general. En medio de estos comentarios, Wolf critica a los «marxistas dogmáticos» y a quienes les gustaría reducir el Estado a una mera «forma superestructural», a una mera manifestación de «la estructura económica». Aunque estas opiniones no son desconocidas entre los marxistas, tengo la clara impresión de que normalmente son producto de la imaginación de los estudiosos burgueses, concebidos para desanimar a quienes intentan entender a Marx en toda su complejidad. Así encontramos que frecuentemente se retrata a Marx representando a hombres y mujeres dominados por el cálculo económico racional, cuando el argumento exacto de Marx era que es el modo de producción capitalista el que nos impone dicha racionalidad, *contra* toda evidencia de cómo son realmente los seres humanos. Vemos a Marx retratado como un determinista económico, cuando en realidad el planteamiento de Marx era que el ámbito de la libertad empieza allí donde termina el ámbito de la necesidad, y que sólo mediante la lucha, política y personal, podemos alcanzar ese control de nuestra existencia social y física que nos proporcionará dicha libertad. Y lo mismo ocurre con el análisis del Estado. Este artículo (extraído de un libro que parece necesitar un tiempo interminable para acabarse) intenta ordenar algunas de las cuestiones referentes a la concepción del Estado en la sociedad capitalista. El artículo es de naturaleza abstracta, por lo cual me disculpo, en especial ante aquellos que prefieren análisis «con los pies en el suelo» o exposiciones contundentes. Pero creo que las cuestiones prácticas a las que Wolf alude sólo pueden entenderse sobre un fondo conceptual y teórico adecuado. Además, la teoría tiene que ser suficientemente firme como para ayudarnos a entender el comportamiento del Estado bajo una variada gama de circunstancias económicas, sociales y políticas; en otras palabras, la teoría tiene que ayudarnos en España, Francia, Reino Unido, Suecia, Argentina, Chile, Portugal, etcétera, al igual que en Estados Unidos. Por esta razón, hace falta recurrir a un modo de análisis bastante abstracto y dejar que las investigaciones concretas aborden la cuestión de cómo funciona la teoría en situaciones históricas dadas. Todo lo que puedo decir es que la declaración teórica que sigue me ha sido útil en mis estudios sobre el proceso de urbanización en Gran Bretaña y en Estados Unidos, y que también me ha sido útil como medio para pensar en las perspectivas de la acción estatal en el actual estado del desarrollo capitalista. Lo ofrezco con la esperanza de que otros puedan encontrarlo también útil y como refutación y comentario parciales a las afirmaciones de Wolf sobre la teoría marxista del Estado en general.



## La teoría marxiana del Estado

Marx tenía intención de escribir un tratado especial sobre el Estado, pero ni siquiera llegó a comenzar el proyecto. Sus opiniones al respecto están esparcidas por sus obras y, con ayuda de los escritos más voluminosos de Engels, es posible reconstruir, como por ejemplo ha hecho Chang (1931), una versión de la teoría marxiana del Estado. Aparte de la feroz defensa por parte de Lenin (edición de 1949) de lo que podría llamarse una postura marxista «ortodoxa», y de los perceptivos análisis de Gramsci (1971), pocos marxistas prestaron atención al tema hasta hace poco, cuando las obras de Miliband (1969), Poulantzas (1973; 1975; 1976), Offe (1973), Altvater (1973), O'Connor (1973), Laclau (1975) y otros, han puesto la cuestión del Estado nuevamente en la vanguardia del análisis marxista. Estas contribuciones han sido reseñadas recientemente por Gold, Lo y Wright (1975). Hacía tiempo que se necesitaba esta recuperación del interés por el Estado. Apenas hay ningún aspecto de la producción y el consumo que no esté profundamente afectado, de manera directa o indirecta, por las políticas estatales. Pero sería incorrecto sostener que hasta recientemente el Estado no se ha convertido en pivote central para el funcionamiento de la sociedad capitalista. Siempre ha estado ahí, solo que sus formas y modos de funcionamiento han ido cambiando a medida que el capitalismo maduraba. En este artículo intentaré sentar una base teórica para entender la función del Estado en las sociedades capitalistas y demostrar que el Estado debe, por necesidad, desempeñar ciertas tareas básicas mínimas para respaldar un modo de producción capitalista.

En su mayoría, los primeros escritos de Marx sobre el Estado están dirigidos específicamente a refutar el idealismo filosófico de Hegel mediante la elaboración de una interpretación materialista del Estado como «la expresión activa, consciente y oficial [de] la actual estructura de la sociedad» (Marx y Engels, 1974, vol. 3 (1975), p. 199). Esta interpretación materialista del Estado se amplía en *La ideología alemana* (Marx y Engels, 1970, pp. 53-54) a la concepción general en la que el Estado se considera «una forma independiente» que emerge de «una contradicción entre el interés del individuo y el de la comunidad». Esta contradicción «se basa siempre» en la estructura social y en especial «en las clases, ya determinadas por la división del trabajo [...] y de las cuales una domina a todas las demás». De esto se deduce «que todas las luchas que acaecen dentro del Estado [...] son meramente las formas ilusorias en las que se libran las verdaderas luchas entre las diferentes clases». Engels resumió muchos años después este punto de vista sobre el Estado en un pasaje citado a menudo (que a Lenin le parecía fundamental para la ortodoxia marxista):

> Por consiguiente, el Estado no es en absoluto un poder impuesto a la sociedad desde fuera; y tampoco es «la realidad de la idea moral», «la imagen y la realidad de la ra-

zón», como sostiene Hegel. Por el contrario, es producto de la sociedad en una fase determinada de desarrollo; es la admisión de que esta sociedad se ha involucrado en una autocontradicción irresoluble y está dividida por antagonismos irreconciliables que es incapaz de exorcizar. Pero para que estos antagonismos, clases con intereses económicos opuestos, no se consuman a sí mismos y a la sociedad en luchas infructuosas, se ha hecho necesario un poder, en apariencia situado por encima de la sociedad, que modere el conflicto y lo mantenga dentro de los límites del «orden»; y este poder, derivado de la sociedad, pero situado por encima de ella y cada vez más alejado de ella, es el Estado (Engels, 1941, p. 155).

La contradicción entre intereses particulares y comunitarios da lugar, necesariamente, al Estado. Pero precisamente porque el Estado debe asumir una existencia «independiente» para garantizar el interés común, se convierte en ámbito de un «poder ajeno» por medio del cual se puede dominar a individuos y grupos (Marx y Engels, 1970, p. 54). De la misma forma que el trabajador o la trabajadora, mediante el trabajo, crean el capital como instrumento para su propio dominio, también los seres humanos crean, en forma de Estado, un instrumento para su propio dominio (cfr. Ollman, 1971, p. 216). Estos instrumentos de dominio diversos –en particular las leyes, el poder de imponer impuestos y el poder de ejercer coerción– pueden transformarse mediante la lucha política en instrumentos para la dominación de clase. Engels resume sucintamente la opinión de Marx:

> Como el Estado surgió de la necesidad de mantener bajo control los antagonismos de clase, pero también en lo más intenso de la lucha entre las clases, normalmente es el Estado de la clase económicamente dominante y más poderosa, que por estos medios se convierte también en la clase políticamente dominante, y así adquiere nuevos medios para subyugar y explotar a las clases oprimidas. El Estado antiguo era, ante todo, el Estado de los propietarios de esclavos para contener a los esclavos, al igual que el feudal era el órgano de la nobleza para contener a los siervos campesinos, y el Estado representativo moderno es el instrumento que el capital utiliza para explotar al trabajo asalariado. Se producen, sin embargo, periodos excepcionales en los que las fuerzas de las clases en conflicto están tan igualadas que el poder estatal, como aparente mediador, adquiere momentáneamente una cierta independencia con relación a ambas (Engels, 1941, p. 157).

El uso del Estado como instrumento de dominio de clase crea otra contradicción: la clase dominante tiene que ejercer el poder en su propio interés de clase, y al mismo tiempo sostener que sus acciones se efectúan para el bien de todos (Marx y Engels, 1970, p. 106). Esta contradicción puede resolverse, en parte, empleando



dos estrategias. En primer lugar, los encargados de expresar la voluntad dominante y las instituciones mediante las cuales se expresa dicha voluntad deben *parecer* independientes y autónomos en su funcionamiento. Por consiguiente, los dirigentes estatales tienen que «presentarse como órganos de la sociedad situados *por encima de* la sociedad [...] Representantes de un poder que los aleja de la sociedad, es necesario darles prestigio mediante decretos especiales que los invisten de una santidad y una inviolabilidad peculiares». En consecuencia, hasta «el policía de graduación más baja» tiene una «autoridad» de la que carecen otros miembros de la sociedad. Investir de tal «autoridad independiente» a quienes ejercen cargos estatales plantea otro problema. Tenemos que explicar por qué el poder estatal puede tener toda la apariencia de autonomía respecto a las clases dominantes, al tiempo que expresa la unidad del poder de clase de dichas clases (cfr. Poulantzas, 1973, p. 281). La cuestión de la «autonomía relativa» del Estado ha sido en consecuencia tema de intenso debate entre los marxistas.

La segunda estrategia para resolver la contradicción se basa en la relación entre la ideología y el Estado. Específicamente, los intereses de clase pueden transformarse en «el interés general ilusorio» siempre que la clase dominante consiga universalizar sus ideas como las «ideas imperantes». Que probablemente éste sea el caso se deduce del mismo proceso de dominación de clase:

> Cada nueva clase que ocupa el lugar de una clase dominante anterior se ve obligada, meramente para cumplir su objetivo, a presentar sus intereses como el interés común de todos los miembros de la sociedad [...], tiene que dar a sus ideas la forma de la universalidad, y presentarlas como las únicas racionales y universalmente válidas. La clase que hace una revolución aparece desde el comienzo [...] no como una clase sino como representante de toda la sociedad (Marx y Engels, 1970, pp. 65-66).

Marx y Engels sostenían en general que la clase dominante

> rige también como pensadora, como productora de ideas, y regula la producción y la distribución de las ideas de su época: así sus ideas son las ideas dominantes que rigen en la época (Marx y Engels, 1970, p. 65).

Pero para que estas ideas dominantes sean aceptadas como representación del «interés común» tienen que presentarse como idealizaciones abstractas, como verdades universales para todos los tiempos. En consecuencia, estas ideas tienen que presentarse como si tuvieran una existencia autónoma propia. Las ideas de «justicia», «derecho», «libertad» se presentan como si tuvieran un significado independiente de cualquier interés de clase. La relación entre las ideas dominantes y la cla-

se dominante se oculta mediante una separación y una idealización que, a su vez, tienen el potencial de crear una nueva contradicción. Una vez universalizada la moral como «verdad absoluta», por ejemplo, es posible que el Estado, e incluso todo el modo de producción, sean considerados inmorales (véase Marx y Engels, 1974, vol. 3 (1975), p. 108). Por la misma razón, si el Estado puede ser representado como una idealización abstracta del interés común, puede en sí mismo convertirse en encarnación abstracta de un principio «moral» (tanto el nacionalismo como el patriotismo o el fascismo apelan en cierta medida a esto). Las relaciones entre la formación de una ideología dominante, la definición del «interés común ilusorio» en forma de Estado y los intereses muy específicos de la clase o las clases dominantes son tan sutiles como complejas. Pero, hasta hace poco, y con la notable excepción de las profundas reflexiones de Gramsci, las verdaderas relaciones se han mantenido tan ininteligibles para el análisis como lo son en la vida diaria. Podemos revelar más fácilmente el fundamento de estas relaciones, sin embargo, analizando la relación entre el Estado y el funcionamiento del modo de producción capitalista.

*La teoría del Estado en relación con la teoría del modo de producción capitalista*

El famoso apotegma marxista de que «el poder ejecutivo del Estado moderno no es más que el consejo de administración para gestionar los asuntos comunes de toda la burguesía» (Marx y Engels, 1952, p. 44) estaba pensado de hecho como respuesta polémica a la ilusoria afirmación generalizada de que el Estado expresaba los intereses comunes de todos. Difícilmente resulta satisfactorio, sin embargo, como base para entender las verdaderas relaciones entre el Estado y el capitalismo. Podemos empezar por construir tal comprensión elemental demostrando que el Estado debe necesariamente cubrir ciertas funciones básicas para que el capitalismo se reproduzca como sistema dinámico.

Las relaciones sociales de intercambio y el valor de cambio que radican en el fondo del modo de producción capitalista suponen:

1. Los conceptos de «sujeto jurídico» o de «individuo» (Marx, 1973, pp. 243-246), liberados de todos sus vínculos de dependencia personal (tales como los característicos de la esclavitud o de la era feudal) y aparentemente «libres» de «colisionar entre sí y efectuar intercambios dentro de esta libertad» (Marx, 1973, pp. 163-164).
2. Un sistema de derechos de propiedad que garantice que los individuos sólo pueden alcanzar el control de los valores de uso mediante la propiedad o el intercambio.



3. Un criterio común de valor en el intercambio (la objetivación de lo que es el dinero) de manera que sólo se implica el intercambio de equivalentes, lo cual significa que los individuos se aproximan unos a otros en el mercado esencialmente como iguales en lo que a la medida del intercambio se refiere (Marx, 1973, p. 241). El dinero es, en resumen, el gran nivelador.
4. Una condición de dependencia recíproca en el intercambio (frente a la dependencia personal) que resulta del hecho de que «la producción de cada individuo depende de la producción [...] y del consumo de todos los demás» (Marx, 1973, pp. 156 y 242-245). Las condiciones de «libre individualidad e igualdad» están por consiguiente «determinadas socialmente»; pueden alcanzarse «sólo dentro de las condiciones establecidas por la sociedad y con los medios proporcionados por la sociedad; por lo tanto [están] abocadas a la reproducción de estas condiciones y medios» (Marx, 1973, p. 156). De aquí surge la separación entre los intereses privados y las necesidades sociales, ya que éstas aparecen a modo de «poder ajeno» (el Estado) sobre el individuo.

Marx saca una conclusión fundamental de estas propuestas:

> De esa forma no sólo se respetan la igualdad y la libertad en el intercambio basado en el intercambio de valores sino que, además, el intercambio de valores de cambio es la base real productora de toda la igualdad y la libertad. En cuanto ideas puras, son meramente expresión idealizada de esta base; al desarrollarse en relaciones jurídicas, políticas y sociales, es meramente esta base elevada a un poder más elevado (Marx, 1973, p. 245).

Las relaciones de intercambio integradas en el modo de producción capitalista dan lugar, por lo tanto, a nociones específicas relativas «al individuo», a «la libertad», a «la igualdad», a «los derechos», a «la justicia» y a demás conceptos similares. Marx observó que tales conceptos proporcionan generalmente las proclamas ideológicas de todas las revoluciones burguesas, y criticó constantemente a quienes pretendían formular la política revolucionaria de la clase trabajadora en términos de «justicia eterna» e «igualdad de derechos», por ser conceptos que reflejan las relaciones sociales burguesas de intercambio (véase, por ejemplo, *Crítica del programa de Gotha* [Marx, 1938]). Los conceptos de este tipo, sin embargo, no son meras herramientas ideológicas, ya que conectan con el Estado, al integrarse formalmente en el sistema jurídico burgués. El Estado capitalista debe, necesariamente, respaldar y hacer respetar un sistema jurídico que personifica los conceptos de la propiedad, el individuo, la igualdad, la libertad y los derechos que corresponden a las relaciones sociales de intercambio bajo el capitalismo.

La paradoja básica que Marx intenta revelar en *El capital* es cómo un sistema de intercambio de mercancías basado en la libertad y la igualdad puede dar un resul-

tado caracterizado por «la desigualdad y la falta de libertad» (Marx, 1973, p. 249; Marx, 1967, vol. 1, cap. 5 y p. 684). La explicación radica, por supuesto, en el carácter clasista de las relaciones de producción capitalistas, derivado de un largo proceso histórico en el que la fuerza de trabajo se desligó del control de los medios de producción, que se convirtieron entonces en reserva exclusiva de la clase capitalista. Una vez creadas, estas relaciones de producción y de acumulación deben necesariamente fomentarse, sostenerse y aplicarse mediante el uso del poder estatal. Los derechos a la propiedad privada de las mercancías que se intercambian deben ser garantizados de modo que «nadie se haga por la fuerza con la propiedad de otro» y de forma que «cada uno se desprenda voluntariamente de su propiedad» (Marx, 1973, p. 243). La fuerza de trabajo es una mercancía, lo cual significa que es también una forma de propiedad privada sobre la que el trabajador tiene derechos de enajenación exclusivos. El dinero proporciona el vehículo para la acumulación; permite al individuo llevar «su poder social, así como su vínculo con la sociedad, en el bolsillo» (Marx, 1973, p. 157). El capital no es nada más, por supuesto, que dinero dedicado nuevamente a la producción y a la circulación para que produzca más dinero. Para que el dinero represente valores reales, es necesario el mismo tipo de regulación estatal para la oferta de dinero y el crédito. Además, para que la tasa de beneficio se iguale, tanto el capital como el trabajo deben ser altamente móviles, lo que significa que el Estado debe eliminar activamente los obstáculos a la movilidad cuando sea necesario. En general, el Estado, en particular el sistema jurídico, desempeña una función fundamental como sostén y garante de estas relaciones básicas. La garantía de los derechos a la propiedad privada de los medios de producción y de la fuerza de trabajo, la ejecución de los contratos, la protección de los mecanismos de acumulación, la eliminación de los obstáculos a la movilidad del capital y del trabajo y la estabilización del sistema monetario (mediante el banco central, por ejemplo) entran en el radio de acción del Estado. En todos estos aspectos, el Estado capitalista se convierte en «la forma de organización que el burgués adopta necesariamente con fines internos y externos, para garantía mutua de su propiedad y de sus intereses» (Marx y Engels, 1970, p. 80). El Estado capitalista no puede ser más que un instrumento de dominación de clase, porque está organizado para sostener la relación básica existente entre el capital y el trabajo. Si fuera de otro modo, el capitalismo no podría sostenerse durante mucho tiempo. Y debido a que el capital es fundamentalmente antagónico al trabajo, Marx considera que el Estado burgués es *necesariamente* el vehículo por medio del cual la clase burguesa ejerce la violencia sobre el trabajo. El corolario es, por supuesto, que para alcanzar la sociedad sin clases es necesario destruir el Estado burgués.

La producción y el intercambio capitalistas son inherentemente «anárquicos». Los individuos, cada uno en busca de sus propios intereses privados, no pueden tener en cuenta en sus acciones «el interés común», ni siquiera en el seno de la clase capitalista. Así, el Estado capitalista tiene que servir también de vehículo por el cual se expresan los intereses de clase de los capitalistas en todos los ámbitos de la producción, la circulación y el intercambio. Desempeña una importante función en la regulación de la competencia, de la explotación del trabajo (mediante la legislación sobre el salario mínimo y el máximo de horas de trabajo, por ejemplo), y en general en la tarea de crear un suelo bajo los procesos de explotación y acumulación capitalista. El Estado debe asimismo desempeñar la importante función de proporcionar los «bienes públicos» y las infraestructuras sociales y físicas que constituyen prerrequisitos básicos para la producción y el intercambio capitalista pero que ningún capitalista consideraría posible suministrar obteniendo además un beneficio. E inevitablemente el Estado participa en la gestión de las crisis y ayuda a contrarrestar la tendencia de la tasa de beneficio a descender. La intervención estatal es necesaria en todos estos aspectos porque un sistema basado en el propio interés individual y en la competencia no puede expresar de otro modo un interés de clase colectivo.

Podemos llevar este tipo de análisis un paso más allá. En la teoría marxiana de la distribución, el excedente adquirido mediante la producción capitalista se divide entre el beneficio industrial, el interés para el capital financiero, y la renta para los propietarios de tierras. La homogeneidad dentro de la clase capitalista se descompone en fracciones de capital potencialmente en conflicto entre sí. Otras fragmentaciones –entre el capital mercantil y el capital industrial, por ejemplo– pueden surgir a partir de las divisiones de función existentes dentro del sistema capitalista globalmente considerado. Estas fragmentaciones provocan conflictos de intereses en el seno de la clase capitalista. Son de esperar, por lo tanto, dentro de la clase capitalista luchas entre facciones, que periódicamente pueden volverse muy destructivas. El Estado se convierte a este respecto en árbitro entre estos intereses en conflicto, no siendo necesariamente neutral porque bajo ciertas circunstancias una fracción del capital puede hacerse con él.

Hasta ahora hemos demostrado que el análisis efectuado por Marx sobre el modo de producción capitalista puede trazarse paso a paso mediante una derivación teórica de ciertas funciones mínimas que ha de cumplir el Estado: debe conservar la igualdad y la libertad de intercambio, debe proteger los derechos de propiedad y obligar al cumplimiento de los contratos, conservar la movilidad, regular los aspectos «anarquistas» y destructivos de la competencia capitalista, y arbitrar los conflictos de interés entre fracciones del capital para el «bien común» del capital en su totalidad. Hablando estrictamente, no podemos avanzar mucho más en la deducción de una teoría del Estado capitalista. Pero es útil considerar otros dos puntos generales respecto al Estado bajo el capitalismo, a pesar de que nos apartemos de la deducción teórica.

En primer lugar, es fácil ver que una forma determinada de Estado –lo que podemos denominar la democracia social burguesa– está especialmente bien equipada para cubrir las exigencias formales del modo de producción capitalista. Personifica una firme defensa ideológica y jurídica de la igualdad, la movilidad y la libertad de los individuos, al tiempo que protege fuertemente los derechos de propiedad y la relación básica entre el capital y el trabajo. Una economía capitalista de intercambio mercantil prospera peculiarmente con una libertad de dos filos, que incluye la libertad de conciencia, de expresión y empleo al mismo tiempo que incorpora la libertad para explotar, para obtener beneficio privado a expensas de lo público y para monopolizar los medios de producción. El compromiso de la democracia burguesa con la libertad es de hecho simultáneamente un compromiso con todos estos tipos distintos de libertad (cfr. Polanyi, 1968, p. 74). Además, bajo la democracia burguesa la separación entre los intereses privados y las necesidades públicas representadas por el Estado se alcanza normalmente mediante una separación entre el poder económico y el político. Los derechos de propiedad privada forman la base del poder económico, pero bajo el sufragio universal los privilegios de la propiedad privada son sustituidos por la fórmula de una persona un voto, que supone la base inmediata del poder político. En estas condiciones, las relaciones entre los intereses de clase económicamente concebidos y el Estado en cuanto entidad política se oscurecen especialmente, lo cual, por supuesto, es ventajoso, porque entonces al Estado le resulta mucho más fácil mantener la apariencia de árbitro neutral entre todos los intereses en liza. En estas condiciones, además, la riqueza tiene que emplear su poder indirectamente. Engels sostenía:

> Esto lo hace de dos maneras: mediante la simple corrupción de cargos públicos, de lo que Estados Unidos es un ejemplo clásico, y mediante una alianza entre el gobierno y el mercado de valores (Engels, 1941, p. 1570).

Los mecanismos para la dominación de clase del Estado democrático burgués son, como señalan Gramsci (1971) y Miliband (1969), algo más penetrantes y sutiles. Además, la fragmentación del propio Estado en instituciones separadas –Miliband (1969, p. 50) enumera, por ejemplo, el gobierno, la burocracia administrativa, la policía militar, el poder judicial, el gobierno subcentral y las asambleas parlamentarias– dificultan especialmente que una fracción del capital obtenga el control completo de todos los instrumentos de dominación de clase (aunque la existencia de un ejército y una fuerza policial permanentes abre el camino a la dictadura militar). La separación formal de poderes entre ejecutivo, legislativo y judicial introducida en la constitución estadounidense, por ejemplo, se diseñó específicamente como un sistema de controles y equilibrios para evitar la concentración de poder político en manos de cualquier subgrupo. Dicha estructura garantiza que el Estado



pueda actuar como árbitro efectivo entre los diversos intereses fraccionales dentro de la clase capitalista (a este respecto, la teoría del pluralismo político capta un aspecto de la verdad acerca de las estructuras políticas burguesas).

La consideración de las relaciones entre el poder económico y el político nos conduce a un segundo punto que Gramsci ha ayudado mucho a elucidar. La clase dominante tiene que ejercer su hegemonía sobre el Estado mediante un sistema político que sólo puede controlar indirectamente. En el contexto de la democracia burguesa, esto tiene consecuencias importantes. Para conservar su hegemonía en la esfera política, la clase dominante puede hacer concesiones que no sean de su interés económico inmediato. Gramsci sostiene, sin embargo, que «tampoco cabe duda de que dichos sacrificios y tal compromiso no puede tocar lo esencial». De esa manera llega a la siguiente concepción básica:

> El grupo dominante está coordinado en concreto con los intereses generales de los grupos subordinados, y la vida del Estado se concibe como un proceso continuo de formación y reemplazo de equilibrios inestables (en el plano jurídico) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados; equilibrios en los que prevalecen los intereses del grupo dominante, pero sólo hasta cierto punto, es decir, deteniéndose ante los intereses económicos restringidamente corporativos (Gramsci, 1971, p. 182).

La democracia burguesa sólo puede sobrevivir con el consentimiento de la mayoría de los gobernados, al tiempo que debe expresar un interés específico de la clase dominante. Esta contradicción sólo se puede resolver si el Estado se implica activamente en la obtención del consentimiento de las clases subordinadas. La ideología proporciona un canal importante, y el poder estatal se usa en consecuencia para influir en la educación y controlar directa o indirectamente el flujo de ideas y de información. La relación entre la ideología de la clase capitalista y la de los administradores y burócratas también adquiere una gran importancia (Miliband, 1969). Y todavía lo es más que el Estado pueda interiorizar en sí mismo mecanismos políticos que reflejen la lucha de clases entre el capital y el trabajo. Por consiguiente, una función clave es organizar y proporcionar ciertos beneficios y garantías al trabajo (nivel de vida y condiciones de trabajo mínimos, por ejemplo) que tal vez no sean, estrictamente hablando, de interés económico directo para la clase capitalista. A cambio, el Estado recibe la fidelidad general de las clases subordinadas. Y, debemos señalar entre paréntesis, el poder estatal puede usarse entonces para controlar la organización del consumo, lo cual resulta ventajoso para la clase capitalista a largo plazo, porque estabiliza el mercado y la acumulación. Las políticas que apoyan simultáneamente la ideología dominante y proporcionan beneficios materiales son doblemente apropiadas, por supuesto. Podemos considerar las políticas estatales que estimulan

la propiedad de vivienda por parte de la clase trabajadora, por ejemplo, simultáneamente ideológicas (el principio de los derechos de propiedad privada alcanza respaldo generalizado) y económicas (se proporcionan criterios mínimos de cobijo y se abre un nuevo mercado para la producción capitalista).

Bajo estas condiciones, las relaciones entre el Estado y la lucha de clases se vuelven un tanto ambiguas; ciertamente es inadecuado, por lo tanto, considerar al Estado capitalista como nada más que una enorme conspiración capitalista para la explotación de los trabajadores. Además, como señala Gramsci (1971, p. 182), «las relaciones internacionales se entremezclan con estas relaciones internas de los Estados-nación, creando combinaciones nuevas, únicas e históricamente concretas». En este contexto, el papel del Estado en relación con el imperialismo adquiere gran importancia. En respuesta al poder organizado del trabajo dentro de sus fronteras, un Estado-nación determinado puede pretender exportar los peores elementos de la explotación capitalista mediante la dominación imperialista de otros países. La dominación imperialista tiene además otras funciones: facilitar la exportación de capitales, conservar los mercados, mantener el acceso a un ejército industrial de reserva, y otras. Por estos medios, el Estado-nación consigue comprar la fidelidad de elementos de la clase trabajadora dentro de sus fronteras a expensas de los trabajadores de los países dependientes, al mismo tiempo que obtiene apoyo ideológico al propagar las ideas de orgullo nacional, imperio y chauvinismo que normalmente acompañan a las políticas imperiales (cfr. Lenin, 1949).

Estrictamente hablando, estas últimas observaciones son aplicables a una comprensión de la historia concreta del Estado, y de la democracia social burguesa en particular, en el contexto de las formaciones sociales capitalistas. Pero los análisis teóricos y concretos tienen que integrarse en algún punto, y la relación entre el intercambio y la producción bajo el capitalismo, por un lado, y las características generales del sistema político que denominamos democracia burguesa, por otro, parece un excelente punto para empezar dicha integración. La ventaja de un enfoque puramente teórico del Estado bajo el modo de producción capitalista es que nos ayuda a distinguir, como indica Gramsci, entre lo «orgánico» (necesario) y lo «coyuntural» (accidental) en la forma particular asumida por el Estado en una situación histórica determinada. Y hay claramente un sentido en el que el modo de producción capitalista y la democracia burguesa son orgánicos entre sí, en lugar de estar sólo coyunturalmente relacionados. En sus orígenes, al menos, las relaciones entre ambos no son tan misteriosas como ahora parecen. La teoría política de Locke, por ejemplo, que radica en el fondo de la constitución estadounidense y que proporciona un amplio fundamento ideológico para la mayoría de las formas modernas de democracia social burguesa, se erige sobre una estructura económica definida, como brillantemente ha demostrado MacPherson (1962). No tenemos que ahondar excesivamente en Locke para percibir la naturaleza de esta



base económica: encontramos, por ejemplo, los rasgos de una teoría del valor trabajo, el principio concreto de que sólo el trabajador o la trabajadora tiene derecho a vender su fuerza de trabajo, una defensa de los derechos de propiedad acompañada del imperativo moral de usar los productos del trabajo con fines productivos e incluso el reconocimiento de que es el dinero el que permite que el hipotético «estado natural» de igualdad teorizado por Locke se transforme en una desigualdad moralmente justificable a través de la acumulación. Marx (1969a, pp. 365-367) consideraba muy específicamente las teorías políticas de Locke un reflejo ideológico y político de las necesidades evidentes de una sociedad capitalista en ciernes. Locke

> fue en todos los aspectos paladín de la nueva burguesía, poniéndose del lado de los industriales contra la clase trabajadora y contra los pobres, del lado de los comerciantes frente a los usureros al viejo estilo, del lado de la aristocracia financiera frente a los gobiernos endeudados, e incluso demostró en uno de sus libros que el modo de pensar burgués era el normal para los seres humanos (Marx, 1972, p. 592).

En la medida en que la teoría política de Locke proporcionó la ideología para la democracia burguesa y fue incorporado a las formas superestructurales del Estado capitalista, el Estado burgués es paladín exactamente de esos mismos intereses. Aunque el capitalismo puede sobrevivir muy bien bajo una variedad de formas políticas institucionales, parece que la democracia burguesa es un producto específico de las relaciones económicas presupuestas en este modo de producción particular.

### *El Estado en la sociedad capitalista*

Hasta ahora hemos considerado el Estado en abstracto, haciendo referencia al modo de producción capitalista en particular. Aunque es útil considerar de tal manera al Estado, es peligroso proyectar directamente dicha interpretación en análisis históricos concretos. El peligro radica en la tendencia a presentar el Estado como una entidad autónoma mística y olvidar las complejidades y las sutilezas de su participación en otras facetas de la sociedad. En la *Crítica del programa de Gotha* (1938, pp. 17-18), Marx se queja del «desenfrenado mal uso» que el programa hace de las palabras «Estado actual». Marx sostiene que dicha concepción es una mera «ficción», porque el Estado «del imperio pruso-germano es diferente del que existe en Suiza, y distinto en Inglaterra del que encontramos en Estados Unidos». Llega a señalar, sin embargo, que

> Los diferentes Estados de los distintos países civilizados, a pesar de su múltiple diversidad de formas, tienen en común que se basan en la sociedad burguesa moderna, se

halle ésta más o menos desarrollada desde el punto de vista capitalista. Tienen además, por lo tanto, ciertas características esenciales en común. En este sentido, se puede hablar del «Estado actual», en contraste con el futuro, en el que habrá desaparecido su actual raíz, la sociedad burguesa.

En este último sentido es como hemos considerado hasta el momento el Estado en relación con el capitalismo. Pero a medida que avanzamos, como diría Marx, de lo abstracto y general a lo concreto y particular, también tenemos que adaptar nuestro modo de pensar y nuestro análisis. Incluso teóricamente es importante reconocer que

> el Estado no es una cosa [...] no existe como tal. Lo que «el Estado» representa es una serie de instituciones determinadas que, juntas, constituyen su realidad, y que interactúan como partes de lo que se podría denominar el sistema estatal (Miliband, 1969, p. 46).

Estrictamente hablando, Miliband es incorrecto en esta designación. El Estado debería considerarse, como el capital, una *relación* (Ollman, 1971, cap. 30) o un *proceso:* en este caso, un proceso de ejercicio del poder a través de ciertos acuerdos institucionales. Es, por ejemplo, la aplicación de la ley lo que tiene verdadera importancia material, no la estructura de la ley propiamente dicha. Pero Miliband tiene razón cuando sostiene que el Estado es mucho más que el ejercicio del poder por parte de un gobierno, y que tiene que incluir todas las sendas que permiten ejercer el poder. En esto, la estructura particular de las instituciones es importante (aunque no primordial). Y es útil tener alguna manera de categorizar estas «instituciones estatales», aunque sólo sea para llamar la atención sobre los diversos canales de ejercicio del poder: el poder judicial, el poder ejecutivo del gobierno, la Administración y la burocracia, el poder legislativo, el ejército y la policía, y demás instituciones, forman diversos componentes dentro de este sistema. Y la fragmentación puede aumentar con la existencia de gobiernos centrales frente a gobiernos locales, el surgimiento de rivalidades departamentales y de estructuras jerárquicas dentro de la burocracia, etc., que no dejan de cumplir determinadas funciones. Muchos de estos rasgos pueden ser puramente coyunturales, pero el efecto neto de la fragmentación de las instituciones es probablemente facilitar que se alcance «la formación y la sustitución de equilibrios inestables» entre fracciones del capital y entre los dominantes y los dominados. Difícilmente resulta sorprendente, por lo tanto, encontrar especialistas contemporáneos en ciencias políticas que centran la atención en los procesos de intercambio en el seno de las burocracias, entre las burocracias y el poder legislativo, al mismo tiempo que consideran adecuado analizar la acción colectiva y la vida política en función de la racionalidad del mercado.



Lo que se debe resaltar aquí, por supuesto, es que el Estado tal y como normalmente nos referimos a él es una categoría abstracta, adecuada tal vez para generalizar sobre la colectividad de procesos mediante los cuales se ejerce el poder y para considerarlo colectivamente dentro de la totalidad de una formación social. Pero el Estado no es una categoría adecuada para describir los procesos reales mediante los cuales se ejerce el poder. Apelar a la categoría de «el Estado» como «fuerza impulsora» en el transcurso de un análisis histórico concreto es, en resumen, incurrir en una mistificación.

La concepción del Estado como forma superestructural que tiene su base en un modo de producción determinado (en este caso el capitalismo) es perfectamente adecuada para los fines del análisis teórico, pero tal concepción es singularmente inadecuada cuando se proyecta ingenuamente en el estudio de la historia de sociedades capitalistas concretas. El Estado burgués no surgió como reflejo automático del crecimiento de las relaciones sociales capitalistas. Fue necesario construir trabajosamente las instituciones estatales, y en cada paso del camino el poder podía ejercerse, y se ejercía, a través de ellas para ayudar a crear las mismas relaciones que las instituciones estatales debían reflejar en último término. Claramente Marx no consideraba el Estado como un elemento pasivo en la historia. Las instrumentalidades del Estado (algunas de las cuales eran de origen feudal) se usaron con grandes resultados en el desarrollo temprano del capitalismo. El poder estatal se usó para liberar al capital industrial de los tipos de interés usurarios (Marx, 1972, pp. 468-469), para proporcionar muchos de los «prerrequisitos necesarios» en forma de capital fijo en el entorno construido: muelles, puertos, sistemas de transporte y demás (Marx, 1967, vol. 2: p. 233; Marx, 1973, pp. 530-533), para proporcionar mecanismos para la concentración de riqueza mediante la forma mercantil del imperialismo (Marx, 1967, vol. 1, cap. 31; y vol. 3, cap. 20). Y el poder estatal se usó de manera indiscriminada y en muchos casos brutal para crear la relación básica entre el capital y el trabajo. La acumulación primitiva, la separación inicial entre los trabajadores y los medios de producción y la tierra, se consiguió por la fuerza o a través de la violencia legalizada del Estado mediante, por ejemplo, las leyes de cercamiento en Inglaterra (Marx, 1967, vol. 1, cap. 28). Las leyes laborales y diversas formas de represión institucional obligaron al trabajo desposeído a entrar en la población activa y ayudaron a imponer la disciplina laboral necesaria para el capitalismo (Marx, 1967, vol. 1, p. 271). Incluso sectores completos de producción se organizaron mediante el ejercicio del poder estatal en las primeras fases del desarrollo capitalista (éste fue el caso en la Alemania del siglo XIX, y está ejemplificado por el caso brasileño en los tiempos actuales).

Leyendo a Marx, es muy difícil imaginar el nacimiento del capitalismo sin el ejercicio del poder estatal y sin la creación de instituciones estatales que prepararon el

terreno para la aparición de relaciones sociales capitalistas totalmente desarrolladas. Pero tanto nos atrae la imagen de una estructura económica y una superestructura que meramente refleja la primera, que tendemos a pensar que el Estado desempeña una función exclusivamente pasiva en relación con la historia capitalista. La celebrada afirmación incluida en la *Contribución a la crítica de la economía política* (Marx, 1970, p. 21) de que «los cambios en los cimientos económicos conducen antes o después a la transformación de toda la inmensa superestructura» parece especialmente confusa si se toma literalmente y se aplica al Estado en relación con la historia capitalista. Pero incluso en este pasaje, Marx replica rápidamente que es en los ámbitos «jurídico, político, religioso, artístico o filosófico» donde «los hombres adquieren conciencia del conflicto y luchan contra él». La «estructura económica» y la superestructura nacen simultáneamente y no secuencialmente; se da entre ellas una interacción dialéctica. Se nos ha llevado a pensar también equivocadamente que el intervencionismo estatal es exclusivamente un fenómeno del capitalismo tardío (algunos dirían decadente). El «capitalismo estatal» estuvo de hecho muy extendido en los primeros años de las formaciones sociales capitalistas. Una vez maduro el capitalismo, por supuesto, y una vez creadas todas las instituciones estatales necesarias, redactadas las leyes, establecidas mediante jurisprudencia las interpretaciones de la ley, la cuestión del Estado parece desvanecerse en un segundo plano simplemente porque las relaciones sociales burguesas se han fundido con él. De hecho, quizá se avance hacia la privatización de las funciones públicas, pero conviene no olvidar que el movimiento hacia el *laissez-faire* siempre ha sido más teórico que real, ya que meramente ha equivalido a la insistencia en que se debía permitir que ciertas funciones del mercado operaran con libertad. Era muy fácil exigir el «libre comercio» en el Reino Unido del siglo XIX, cuando ese país era el centro de la acumulación de capital y poseía capacidad industrial para dominar el mercado mundial. Pero incluso en la cúspide del *laissez-faire,* cualquier oposición a la relación básica capital-trabajo se topaba rápidamente con la coerción y la represión, como pronto descubrió el movimiento sindical británico en los años de la agitación cartista. Bien puede ser, por supuesto, que el Estado haya cambiado de funciones con el crecimiento y la maduración del capitalismo. Pero la idea de que el capitalismo ha funcionado alguna vez sin la implicación cercana y fuerte del Estado es un mito que merece ser corregido.

El ascenso del capitalismo estuvo acompañado, y en algunos aspectos precedido, por la creación y la transformación de las instituciones y las funciones estatales para que cubrieran las necesidades específicas del mismo. El Estado burgués emergió de la transformación del Estado feudal. Las formas del Estado feudal variaban enormemente y, dado que fueron, en efecto, la materia prima a partir de la cual se modelaron los Estados burgueses, han dejado su huella en las formas estatales con-



temporáneas. Hay, por supuesto, excepciones importantes. Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda no tenían sociedad feudal que superar (aunque se transplantaron algunas instituciones feudales) y estos Estados difieren muy sustancialmente de Europa (donde existían diversas formas de Estado feudal) y América Latina (donde el asentamiento español y portugués implantó una curiosa forma híbrida de capitalismo feudal). La estructura feudal de Europa presentaba diferencias sustanciales. El poder del «Estado» campesino en Suecia y el poder del capital agrícola y mercantil en Inglaterra después de la Disolución dieron a ambos países un zócalo de poder político mucho más amplio de lo que era posible, pongamos, en España o en Prusia. Y el proceso de transformación en sí difería marcadamente de un lugar a otro. El violento proceso de transformación en Francia eliminó de hecho a la aristocracia feudal. El lento proceso de transformación en Inglaterra tras la guerra civil tuvo como resultado la constante integración de la aristocracia y de los terratenientes primero en la agricultura capitalista y después, durante el siglo XIX, en la estructura de poder industrial. En ambos casos, el carácter de la transición ha dejado una impronta indeleble en la posterior modalidad de vida política. Las diferencias políticas existentes entre estos países deben comprenderse sobre el telón de fondo de estas experiencias históricas, que son muy distintas entre sí, y de las tradiciones culturales y políticas a las que han dado lugar. Tenemos que entender también que las instituciones del Estado y las relaciones que se expresan mediante estas instituciones se encuentran en un proceso constante de remodelación y reestructuración. En algunos de sus estudios históricos, especialmente en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Marx nos proporciona ejemplos reales de cómo opera este proceso. Seguramente estamos obligados a entender este aspecto del Estado de la misma manera. Pero en medio de las complejidades, los sucesos accidentales, las interacciones fluidas e inestables que rodean la vida política, jurídica, administrativa y burocrática, no podemos permitirnos perder de vista las conclusiones esenciales de Marx. De una forma u otra, el Estado capitalista tiene que ejercer sus funciones básicas. Si dejara de hacerlo, o bien habría que reformarlo o bien el capitalismo debería dejar paso a otro método de organizar la producción material y la vida cotidiana.

Quizá sea útil concluir este análisis planteando tres preguntas no resueltas; cuestiones que probablemente se resolverán tanto mediante las investigaciones materiales de la historia como mediante el análisis teórico.

1. ¿En qué medida los diversos aspectos y usos instrumentales del poder estatal proporcionan al Estado una función relativamente autónoma en relación con la senda del desarrollo capitalista, y en qué grado pueden los dirigentes estatales actuar como árbitros puramente neutrales o incluso interesados tanto en

los conflictos existentes entre las clases como en los conflictos que surgen en el seno de una misma clase? Estas cuestiones han constituido el centro de buena parte del trabajo reciente de Poulantzas.

2. ¿En qué medida puede el Estado capitalista variar sus formas y estructuras para dar la apariencia de una diferenciación sustancial entre las naciones capitalistas y al mismo tiempo cumplir la función básica de sostener la sociedad capitalista y garantizar la reproducción de dicha sociedad? En otras palabras, qué variedad de instituciones es posible, dada la premisa de que existe un propósito subyacente básico en la acción estatal.
3. ¿Qué estructuras y que funciones dentro del Estado son «orgánicas» del modo de producción capitalista y, por consiguiente, básicas para la supervivencia de las formaciones sociales capitalistas, y cuáles son, en expresión de Gramsci, puramente coyunturales?

Estas cuestiones están relacionadas entre sí y se sitúan en el centro de cualquier interpretación de cómo puede usarse y se usa el poder estatal en una sociedad que sigue siendo básicamente capitalista aunque modifique y cambie constantemente sus formas institucionales.



# 14

# La solución espacial: Hegel, Von Thünen y Marx*

A menudo me he preguntado por qué el primer volumen de *El capital* de Marx termina con un capítulo sobre «la teoría moderna de la colonización». La ubicación de dicho capítulo parece, a primera vista, muy extraña. Plantea toda la cuestión del comercio y el asentamiento exterior y colonial en una obra que, en su mayor parte, teoriza sobre el capitalismo como sistema económico cerrado[1]. Además, oscurece lo que a muchos les parecería una culminación más «natural» del argumento planteado por Marx en el penúltimo capítulo. En él Marx anuncia, con gran floritura retórica, la «expropiación de unos cuantos usurpadores por las masas populares» (Marx, 1967, pp. 762-763). ¿Por qué no terminar entonces el volumen con esta apasionada llamada a las armas, que tan profundamente recuerda al *Manifiesto comunista*? ¿Por qué incluir un capítulo sobre un tema en apariencia completamente nuevo?

También me ha intrigado el desdén con el que Marx trata a Von Thünen. Éste, admite Marx, planteó la «pregunta correcta»: «¿cómo ha podido pasar el trabajador de ser dueño del capital –siendo su creador– a ser su esclavo?» Pero da una respuesta, en opinión de Marx, «simplemente infantil» (Marx, 1967, p. 621). ¿A qué se debe entonces ese fácil rechazo?

En este artículo demostraré que el capítulo sobre la colonización explica por qué Marx consideraba tan infantil la solución de Von Thünen. Sostendré también que tanto Marx como Von Thünen respondían a un reto lanzado en los *Principios de la filosofía del derecho* de Hegel. El tratamiento que Marx da a la colonización y a la

---

* Publicado por primera vez en *Antipode*, 1981.

[1] En ocasiones, Marx explica en detalle lo que por lo demás es una premisa explícitamente tácita. Véase, por ejemplo, *El capital* (1967, vol. 1, p. 581).

doctrina sobre el salario de frontera ofrecida por Von Thünen constituye sus respuestas respectivas a un problema que Hegel dejó abierto: la utilidad de la expansión geográfica y el dominio territorial, del colonialismo y del imperialismo, para la estabilización del capitalismo. Dado que este problema sigue con nosotros, parece importante volver a las formulaciones iniciales del mismo.

## Hegel

*Principios de la filosofía del derecho* de Hegel es una obra rica y extraordinaria. En unos cuantos párrafos agudos y sorprendentes de la exposición, Hegel sienta las bases de una teoría económica sobre el imperialismo capitalista. Consideremos primero cómo llegó a dicha concepción.

El objeto clave de *Principios de la filosofía del derecho* es proporcionar una interpretación del derecho, la moral y diversos aspectos de la vida ética como «expresiones objetivas e institucionales del espíritu» (Hegel, 1967; Avineri, 1972, p. 132). Hegel interpreta la *familia* como una esfera de la vida ética dominada por el altruismo particular y personal. La *sociedad civil,* por su parte, es una esfera de «egoísmo universal» en la que cada individuo intenta usar a los demás como medio para sus propios fines. Ésta es, sobre todo, la esfera de la competencia de mercado, la división social del trabajo y la «interdependencia universal» tal y como se describe en la economía política. La evidente tensión entre la familia y la sociedad civil –entre las esferas pública y privada de la vida social– sólo puede resolverse, en opinión de Hegel, mediante la adquisición de una conciencia universalista por parte de todos y la expresión objetiva de dicha tendencia mediante las instituciones del *Estado moderno.* El Estado *racional,* afirma Hegel, puede trascender a las dualidades de la vida privada y pública, y así restaurar la unidad quebrada de la existencia humana mediante la síntesis de las funciones del «homme» y el «*citoyen*» que Rousseau había considerado inevitablemente divididas entre sí dentro del complejo tejido de la sociedad burguesa[2].

Hegel procede, por supuesto, a la manera grandiosa de la filosofía especulativa. Empieza con abstracciones generales a las que se llega idealmente, no con un estudio detallado de cómo funcionan las instituciones sociales y políticas reales. Su aparato conceptual no tiene necesariamente, en consecuencia, un fundamento material, mientras que las proposiciones subsiguientes derivan rigurosamente de una lógica dialéctica aplicada de manera drástica en las mejores tradiciones del idealismo filosófico. La intención de *Principios de la filosofía del derecho,* sin embargo, es acercar las abstracciones a la realidad, proporcionar a la lógica del autor un «cuerpo político». El método de investigación es, a este respecto, exactamente el contrario al de Marx, que intentaba, mediante la investigación material histórica, poner de manifiesto «la lógica del propio cuerpo político» (O'Malley, 1970). La política derivada por Hegel parece muy conservadora porque las instituciones del «Estado racional moderno» que él describe recuerdan inquietantemente a la Prusia de su propio tiempo. Pero la obra está recorrida asimismo por un hilo de crítica radical que le confiere una intrigante ambigüedad.

[2] Sobre la relación entre el pensamiento de Rousseau y el de Hegel, véase Pelczynski, 1962.



Los pasajes de *Principios de la filosofía del derecho* que nos conciernen directamente son aquellos en los que Hegel describe las contradicciones inherentes a la sociedad civil burguesa. Aunque profundamente afectado por los escritos de los economistas políticos británicos –en especial Steuart y Adam Smith (Plant, 1977)– Hegel rechaza la idea de que la «mano invisible» del mercado pueda controlar maravillosamente el egoísmo y la codicia universales en beneficio de todos. Después de todo, Hegel malamente estaba en posición de proclamar las virtudes del libre mercado en una Prusia que se aferraba con tenacidad a las políticas mercantilistas administradas por un Estado centralizado y fuerte. Para mantenerse dentro de los límites circunscritos por dicha política, Hegel se ve obligado a explicar por qué las coordinaciones propiciadas por el mercado son defectuosas, por qué generan contradicciones en lugar de la armonía social proclamada por Adam Smith. La principal dificultad surge, afirma Hegel, porque el trabajo como mediador activo entre «el hombre y la naturaleza» es necesariamente la fuente suprema de toda riqueza; la teoría del valor del trabajo es correcta. Pero el trabajo privado se vuelve social a través de un sistema de mercado basado en el egoísmo y la avaricia universales, mientras que el beneficio implica necesariamente la apropiación del producto del trabajo de otro. Además, la lógica de la búsqueda del beneficio supone una compulsión hacia la transformación perpetua de las necesidades sociales –cada uno intenta crear una nueva necesidad en el otro– lo cual implica la expansión perpetua tanto de la producción como del consumo. Esta dinámica produce contradicciones tan manifiestas que la sociedad civil, abandonada a sus propios mecanismos y sin la intervención del Estado racional moderno, avanzará con seguridad hacia el borde de la catástrofe total. El intervencionismo del Estado está completamente justificado.

Pero observemos un poco más de cerca las contradicciones que se forman en una sociedad civil bajo condiciones de búsqueda de beneficios e intercambio de libre mercado. Hegel se concentra en la creciente acumulación de la riqueza en un extremo y la creciente masa de pobres en el otro como fulcro de la turbación social. He aquí cómo presenta su argumento:

> Cuando la sociedad civil está en un estado de actividad sin trabas, se dedica a expandir internamente la población y la industria. El amasamiento de riqueza se intensifica mediante la generalización (a) de la vinculación de los hombres por sus necesidades,

y (b) los métodos para preparar y distribuir los medios de satisfacer estas necesidades, porque a partir de este proceso de generalización es como se obtienen los mayores beneficios. Ése es un lado de la imagen. El otro es la subdivisión y la restricción de determinados empleos. Esto tiene como resultado la dependencia y la ansiedad de la clase ligada a ese tipo de trabajo (Hegel, 1967, pp. 149-150).

La expansión de la producción coincide, por consiguiente, con un descenso en el nivel de vida de la masa de población situada por debajo de «un cierto nivel de subsistencia» y su privación relativa hasta el punto en el que dicha masa no puede «sentir y disfrutar de las libertades más amplias y en especial de los beneficios intelectuales de la sociedad civil». La «concentración de riqueza en manos de unos pocos» se asocia a «la creación de una escoria indigente». En un contundente añadido al texto original, Hegel comenta a continuación:

> La pobreza en sí no convierte a los hombres en escoria [...] Contra la naturaleza el hombre no puede reclamar ningún derecho, pero en cuanto se establece la sociedad, la pobreza adopta de inmediato una forma de mal causado por una clase a otra. La cuestión importante de cómo se puede abolir la pobreza es una de las más perturbadoras que agitan a la sociedad moderna (Hegel, 1967, p. 277).

Hegel considera dos soluciones a esta cuestión «perturbadora». Explora las perspectivas de evitar caer en desórdenes sociales aciagos cobrando impuestos a los ricos para ayudar a los pobres, ayudando a los pobres a salir de la beneficencia pública o proporcionándoles nuevas oportunidades de trabajo. Pero concluye que tales soluciones meramente exacerbarían el problema. Por ejemplo, la creación de nuevos puestos de trabajo aumentaría el volumen de producción cuando «el mal consiste precisamente en un exceso de producción y en la falta de un número proporcionado de consumidores que a su vez sean productores». Por razones de este tipo, «queda claro que a pesar de un exceso de riqueza la sociedad civil no es suficientemente rica, es decir, sus propios recursos son insuficientes para controlar la pobreza excesiva y la creación de una muchedumbre pobrísima».

Y de esa forma Hegel se ve obligado a considerar un segundo conjunto de soluciones. La «dialéctica interna», sostiene, impulsa a la sociedad civil a «salir de sus propios límites y buscar mercados, y por consiguiente los medios de subsistencia necesarios, en otros territorios en los que escasean los bienes que ha producido en exceso, o que en general están retrasados en la industria». Debe también fundar colonias, y de ese modo permitir que parte de su población «vuelva a la vida familiar en una nueva tierra» al mismo tiempo que también «se proporciona una nueva demanda y campo para su industria» (Hegel, 1967, pp. 150-152).



El imperialismo y el colonialismo se interpretan aquí como soluciones necesarias a las contradicciones internas que inevitablemente asedian a cualquier sociedad civil «madura». Hegel es bastante explícito en que la acumulación creciente de riqueza en un extremo y la formación de una «muchedumbre pobrísima» atrapada en las profundidades de la miseria y la desesperación en el otro, sientan las bases para la inestabilidad social y la guerra de clases que, de acuerdo con su análisis, no pueden ser apaciguadas mediante una transformación *interna* del funcionamiento de la sociedad civil. La sobreproducción y el subconsumo, provocados por desequilibrios en la distribución de la renta, debilitan igualmente la coherencia interna de la empresa industrial. La sociedad civil se ve obligada a buscar una transformación *externa* mediante la expansión geográfica porque su «dialéctica interna» crea contradicciones que no admiten solución interna.

Habiendo esbozado, en unos cuantos párrafos breves y asombrosos, la posibilidad de dar una solución «imperialista» a las contradicciones siempre crecientes de la sociedad civil, Hegel abandona el tema con igual precipitación. Nos deja en la oscuridad respecto a si el imperialismo y el colonialismo podrían estabilizar la sociedad civil mediante la eliminación de la pobreza y del malestar social, bien a corto o a largo plazo. Por el contrario, pasa a efectuar un análisis detallado del Estado en cuanto «concreción de la Idea ética»[3]. Esto parece dar a entender que ve la trascendencia de la sociedad civil por medio del Estado moderno –una transformación interna– como la única solución viable. Pero en ninguna parte explica cómo se pueden superar en el Estado moderno los problemas de pobreza y de creciente polarización en la distribución de la riqueza y de la renta. ¿Se supone que debemos creer, entonces, que esos problemas particulares pueden solucionarse mediante el imperialismo? El texto es enormemente ambiguo. Ésta es, señala Avineri, «la única vez que Hegel plantea en su sistema un problema y lo deja abierto» (Avineri, 1972, p. 154; Hirschman, 1976, pp. 1-8).

¿Puede la sociedad civil salvarse de sus contradicciones internas (y de la disolución final) mediante una transformación *interior*: el logro del Estado moderno como la «concreción de la Idea ética»? ¿O la salvación radica en una «solución espacial»: una transformación *exterior* mediante el imperialismo, el colonialismo y la expansión geográfica? Éstas son las peliagudas cuestiones que Hegel deja abiertas.

## Von Thünen

*Principios sobre la filosofía del derecho* de Hegel se publicó en 1821 (con añadidos en 1833). Von Thünen presentó el primer borrador de *El Estado aislado res-*

[3] Un breve estudio de transición sobre la gran empresa lleva a Hegel de considerar el colonialismo a la teoría del Estado; Hegel, 1967, pp. 152-155.

*pecto a la agricultura y a la economía nacional* en 1818-1819, lo revisó extensamente en 1824 y lo publicó en 1826[4]. Aunque el concepto de «el Estado aislado» ciertamente se basa en la tradición del idealismo especulativo y filosófico, no hay indicios de influencia hegeliana directa en la primera obra publicada por Von Thünen. El autor combina un «constructo ideal» –el Estado aislado– con una estrecha observación empírica, y proporciona una fascinante explicación del ordenamiento espacial de la producción agrícola. Desde entonces esta explicación se ha canonizado en la tradición de la geografía, la economía y la ciencia regional como uno de los primeros intentos sistemáticos de formular una teoría coherente de la localización y de la organización social del espacio[5].

Von Thünen confesó ya en 1826 que había abandonado sus «opiniones heredadas, que eran las de las clases propietarias», y se había dejado poseer por una perspectiva completamente nueva. No se atrevía a publicar estas nuevas opiniones, dijo, por temor a ser tachado de «fanático o incluso de revolucionario» (Dempsey, 1960). Posteriormente, sin embargo, centró su atención en los principios morales y económicos que determinaban el salario *natural* y, por lo tanto, el *salario justo* del trabajador. Sus opiniones a este respecto vieron por fin la luz en 1850, el año de su muerte, como segunda parte de *El Estado aislado*. Aunque el objeto de investigación de Von Thünen experimenta un profundo cambio, las dos partes de *El Estado aislado* presentan algunas continuidades. Se conserva el constructo ideal del Estado aislado, por ejemplo, pero en la segunda parte se usa como herramienta para investigar cómo se puede mantener la estabilidad, la continuidad y la armonía en una sociedad civil cada vez más amenazada por los trastornos sociales derivados del aumento de los antagonismos de clase y la pobreza de masas.

Aunque no hace referencia a Hegel, los intereses de Von Thünen en la segunda parte de *El Estado aislado* son casi idénticos a los expresados en el apartado de *Principios sobre la filosofía del derecho* dedicado a las contradicciones internas de la sociedad civil. Como Hegel, Von Thünen rechaza que la mano invisible del mercado pueda controlar el egoísmo universal en beneficio de todos. Indica un inevitable deterioro en la condición de la sociedad civil y una falta de medidas para solucionarlo[6]. También explora las transformaciones internas y externas como medio para reconciliar las contradicciones inherentes a la sociedad civil. Y el lenguaje y el aparato conceptual son muy hegelianos. Los paralelismos se acercan demasiado para ser accidentales.

[4] Véanse las introducciones de Hall (1966) y Dempsey (1960).

[5] Véase Isard (1956) y Chisholm (1962). También me he basado ampliamente en Barnbrock (1976).

[6] «El interés propio –dice– no ha encontrado contrapeso en el conocimiento del deber y de la verdad». Véase Dempsey (1960), pp. 218-220.



Dada la estatura de Hegel en la vida intelectual alemana durante las décadas de 1820 y 1830, es muy improbable que Von Thünen desconociera sus argumentos.

Las preocupaciones de Von Thünen también reflejan directamente la complicada situación social de Europa antes de las revoluciones de 1848. Ya en 1842, se confesó profundamente preocupado por «las opiniones y las enseñanzas de los comunistas» que no se conformaban «con pedir para el obrero un salario *natural* sino que inmediatamente empiezan con esperanzas quiméricas y exigencias irrazonables» tales como «la distribución de la propiedad y la igualdad de la renta». Vio en tales opiniones los primeros signos de «una lucha incipiente» que en última instancia podía «provocar devastación y barbarie en toda Europa». Las exageraciones de los comunistas, temía, inspirarían a la multitud, «se harán más populares y arraigarán en la mente del pueblo, en especial si esas opiniones las proponen escritores habilidosos aunque carentes de principios» (Dempsey, 1960, p. 219). Y todo esto se escribió seis años antes de que el *Manifiesto comunista* irrumpiera en la escena europea.

Von Thünen no consideraba que estuviera «en el plan del espíritu del mundo» que «todo el avance en el desarrollo de la humanidad sólo deba realizarse después de numerosos contratiempos y obtenerse a cambio de la sangre y la miseria de muchas generaciones». Pero «es uno de los resultados desalentadores de la historia que por norma un error no se supere mediante la verdad, o la justicia, ni mediante la razón y el derecho, sino con otra injusticia». El mal de principio en este caso surgía porque los bajos salarios y la pobreza demoledora –la desgracia de la masa del pueblo– no tenían una clara justificación moral y, por consiguiente, podían abonar el terreno para el descontento social. Las doctrinas del salario de subsistencia o de la oferta y la demanda meramente reproducían la realidad y no proporcionaban respuesta a la pregunta crucial: «¿es el bajo salario que el obrero común recibe casi en todas partes un salario *natural,* o está causado por la explotación que el obrero no puede evitar?». Era imprescindible descubrir cuál constituía el salario *natural* o *justo,* porque sólo en función de esa idea podrían definirse los derechos, los deberes y las obligaciones de la burguesía. «En la percepción de la verdad y del derecho y en el control del egoísmo, en el que los privilegiados ceden voluntariamente lo que poseen injustamente, radican los medios para llevar pacífica y felizmente a la humanidad a un mayor desarrollo y a objetivos más elevados». «La tarea elevada y sublime de la ciencia» era descubrir y hacer conocer estas verdades «no por medio de la experiencia o del transcurso de la historia, sino mediante la propia razón» (Dempsey, 1960, pp. 217-220).

Von Thünen capta la contradicción fundamental de la sociedad civil con mayor precisión que Hegel. La «fuente del mal», sostiene, radica «en separar al trabajador de lo que produce». Esto significa que dos factores de producción –el capital y el trabajo– que deben cooperar para producir algo, existen en relación antagónica entre sí. «En este interés opuesto radica, por consiguiente, la razón de que el proleta-

riado y los propietarios se opongan perpetuamente entre sí como enemigos naturales y de que sea imposible su reconciliación mientras no se elimine su división de intereses.» Los salarios bajos, explica, «tienen su origen en el hecho de que los capitalistas y los terratenientes toman una parte muy elevada de lo que los obreros producen». Además, los cambios tecnológicos no mejoran en absoluto la situación del obrero: «en nuestra presente organización social el trabajador no estará afectado por ello; su situación permanece como estaba, y todo aumento de renta irá a parar a los empresarios, los capitalistas y los terratenientes». Si la organización social, se lamenta Von Thünen, hubiera concedido a los trabajadores tan sólo la quinta parte de los beneficios obtenidos con la mejora de la productividad,

> el júbilo y la satisfacción se habrían extendido por cientos de familias, los disturbios y la violencia con los que los trabajadores obtuvieron una subida de salario en la primavera de 1848 no se habrían producido, y el sutil vínculo patriarcal que en el pasado existía entre los amos y quienes se encontraban a su cargo no se habría destruido (Dempsey, 1960, p. 327).

¿Cómo podía, entonces, restaurarse este vínculo patriarcal y reconciliarse estos intereses opuestos? ¿Podía llegarse a una forma de organización social en la que se garantizase una distribución justa del producto social entre el capital y el trabajo, que también diera al obrero oportunidades de educación y mejora? Las respuestas a estas cuestiones dependían, en opinión de Von Thünen, de que primero se respondiera una sola pregunta fundamental: ¿cuál es la *porción justa,* natural, del trabajo en el producto que el trabajo crea?

La solución de Von Thünen se contiene en la doctrina del *salario de frontera.* «En la frontera de la llanura cultivada del Estado Aislado, donde se puede disponer de terreno gratuito en cantidades ilimitadas, ni la arbitrariedad de los capitalistas ni la competencia de los trabajadores ni la magnitud de los medios de subsistencia necesarios determinan la cantidad de los salarios, sino que éstos se miden con la vara del propio producto de trabajo». Para «impedir que se establezca una colonia» por los trabajadores cercanos a la frontera e «inducirlos a seguir trabajando para su antiguo amo a cambio de salarios, los salarios más el interés que obtengan del préstamo del capital que habría sido necesario para establecer su propia colonia debe ser igual al producto del trabajo que puede producir la familia de un trabajador en tal colonia». De esta manera, «los salarios y el interés que se forman en la frontera del Estado Aislado establecen la norma para todo el Estado». Tras una debida y cuidadosa consideración de las relaciones implicadas, Von Thünen concluye que el salario natural en todo el Estado Aislado se fijaba mediante la fórmula $\sqrt{ap}$, en la que $a$ corresponde a las necesidades de subsistencia esenciales del trabajador y $p$ al producto de su trabajo (Dempsey, 1960, capítulos 14-15).



Éste es el salario de equilibrio en el que la producción total, la acumulación de capital y la tasa salarial se maximizan simultáneamente. Es el salario en el que «trabajadores y capitalistas tienen un interés mutuo por aumentar la producción». Es el salario en el que se disipará la lucha de clases y se alcanzará la armonía social. La «barrera que ha existido hasta ahora entre las dos clases se eliminará», porque el salario natural da al obrero acceso suficiente a la educación y oportunidades de mejora personal para permitir que los más dotados de talento, los más ahorradores y los más enérgicos de ellos se conviertan en capitalistas. Es el salario en el que «desaparecerán todas estas condiciones perniciosas que enferman la situación social de Europa»[7]. Bendecido con tales propiedades mágicas, no es extraño que Von Thünen considerara la fórmula $\sqrt{ap}$ como su logro más señalado, que debía inscribirse como epitafio en su tumba.

Del argumento de von Thünen nos interesan dos aspectos. En primer lugar, su concepción del capital y de las condiciones sociales que determinan la formación de éste. En segundo lugar, su apelación a los procesos de colonización y expansión espacial como medio para justificar el argumento relativo al salario de equilibrio. Tomemos cada uno por separado.

Von Thünen define el capital como *cosas,* «herramientas útiles» producidas por el trabajo humano que aumentan la eficacia del trabajo humano (Dempsey, 1960, pp. 245, 251). El capital existe, por consiguiente, sin presuponer una relación de clase entre capitalistas y trabajadores. En «la situación original» todos trabajan, pero hay dos tipos de trabajo: el utilizado para producir herramientas (capital) y el utilizado para satisfacer las necesidades de subsistencia. Los trabajadores más frugales y eficaces pueden producir un producto excedente en forma de herramientas y, por medio del aumento de eficacia que las herramientas proporcionan, producir excedentes aún mayores. Éstos se pueden prestar a otros que estarán dispuestos a ceder, a cambio, una porción del producto excedente que las herramientas que toman prestadas ayudan a generar. Aquí radica el origen del interés. Von Thünen deduce entonces uno de sus teoremas más importantes: «el ingreso que la totalidad del capital da al prestarlo está determinado por el uso de la última unidad de capital» (Dempsey, 1960, p. 257). Este teorema atrajo la atención de Alfred Marshall, que lo consideró el verdadero cimiento de la teoría de la productividad marginal del capital[8]. Pero Von Thünen toma una dirección que a Marshall le resultaba inaceptable. En la situación original, los trabajadores que producían la subsistencia podrían «pasarse con igual facilidad a la pro-

[7] *Ibid.,* pp. 221 y 327. Véase también la introducción de Dempsey, p. 177.

[8] Marshall (1949), p. viii. Véase también Whitaker (1975), pp. 248-149, que duda de si Marshall realmente estaba convencido cuando escribió que «mis propias obligaciones hacia Thünen son mayores que hacia cualquier otro escritor excepto Adam Smith y Ricardo».

ducción de capital si el trabajo aplicado a la producción de capital recibiera un salario mayor que el trabajo aplicado a los empleos alternativos disponibles». La transferencia de trabajadores continuaría «hasta alcanzar un equilibrio: es decir, hasta que ambos tipos de trabajo se paguen igual» (Dempsey, 1960, p. 263).

La libre movilidad del trabajo es condición esencial para alcanzar el equilibrio. La propiedad privada y la regulación estatal parecen poner obstáculos a dicha movilidad. Pero la propiedad privada sólo surge, sostiene Von Thünen, bajo condiciones de escasez de recursos (tierra) en relación con el crecimiento poblacional. Los salarios sólo pueden caer hasta «un punto en el que resulta más ventajoso emigrar a un país menos fértil [...] en el que hay todavía suelo gratis, y allí labrar el suelo con ayuda de capital gratuito adquirido e importado». La barrera de la propiedad privada es puesta a prueba por la tierra obtenida gratis en la frontera. Los Estados-nación planteaban una dificultad más seria. Un Estado verdaderamente ético –y en esto Von Thünen parece basarse directamente en Hegel para contradecirlo– no se consideraría «el centro de la Tierra y a las otras naciones meras herramientas para (su) propio beneficio», porque hacerlo sería permanecer en una «situación tensa» con relación al «espíritu del mundo». Permitiría, por lo tanto, la movilidad libre del capital y del trabajo, una situación «tan natural que podemos considerar que la expansión de la humanidad mediante la migración por todo el planeta está de acuerdo con el plan concebido para el mundo» (Dempsey, 1960, pp. 267-269).

La existencia de una frontera libremente accesible y abierta parece necesaria para el logro de un salario de equilibrio. Esta frontera proporciona un «laboratorio» (el imaginario científico no es accidental) para «determinar la relación entre los salarios y el interés». La oposición entre capital y trabajo es imposible allí porque todo el trabajo revierte a su situación original de producir herramientas (capital) o bienes de subsistencia (Dempsey, 1960, p. 251). De hecho Von Thünen inviste a esta idea de la frontera de un significado histórico tangible. En Norteamérica

> hay suelo fértil disponible de una enormidad inmensa que puede obtenerse por poco o por nada de dinero [...] sólo la distancia del mercado puede poner límites a la expansión de la cultura. Pero estos límites se apartan aún más mediante el tráfico de barcos de vapor por los ríos y la construcción de canales y vías férreas. Allí el $\sqrt{ap}$ del salario es de hecho alcanzable, y de hecho se ha conseguido, porque en Estados Unidos encontramos una relación entre el salario y el tipo de interés correspondiente a la fórmula que hemos desarrollado para el suelo fértil. Como resultado de estas relaciones entre trabajadores y capitalistas encontramos en Norteamérica un bienestar general que crece a pasos agigantados. No existe una burda división entre los diversos órdenes sociales. Incluso en las clases más bajas se encuentran el aprendizaje elemental, la lectura, la escritura y la aritmética diseminados de manera más general que en Europa (Dempsey, 1960, p. 328).



Esta situación –un «estado paradisíaco» lo denomina Von Thünen– está amenazada por la creciente densidad de población. Además, no es directamente realizable en Europa, donde no se podría disponer de tierra gratuita, no ocupada por los terratenientes. ¿Cómo puede alcanzarse el equilibrio salarial en ausencia de una frontera real? El artificio teórico del Estado aislado viene al rescate como medio para determinar el salario justo incluso bajo condiciones de frontera cerrada. Von Thünen puede así apartarse de la solución imperialista y concentrarse por el contrario en esa transformación interna de la sociedad civil que volverá a capturar el paraíso perdido y elevar a los seres humanos «a su estado espiritual». Imagina una reconstrucción social que transforme la violencia de la guerra de clases en la pacífica armonía social de cooperación entre el capital y el trabajo. El reparto de los beneficios es la forma organizativa, el salario natural (determinado apelando a la teoría del salario de frontera) es el objetivo, y el medio es «el desarrollo más elevado de las capacidades intelectuales y [...] la subordinación de la pasión al dominio de la razón» (Dempsey, 1960, p. 328).

Pero persiste una cuestión incómoda. El capital, originalmente concebido como las herramientas útiles producidas por un tipo de trabajo determinado, se ha convertido en una relación de clase. Si la pasión debe ceder el paso a la razón, debe encontrarse una justificación moral y económica a la evidente subordinación de los trabajadores asalariados en cuanto clase a quienes son meramente propietarios de los productos del pasado «trabajo muerto». Tenemos que entender cómo y por qué los trabajadores pasaron en principio «del estado de libertad al de necesidad» y entender por qué dicha transición fue necesaria para la recuperación definitiva del paraíso en la Tierra. De lo contrario «parece incomprensible que el hombre pudiera situarse bajo el dominio de su propio producto, el capital, y quedar subordinado a él» (Dempsey, 1960, p. 335). Ésta era, por supuesto, la cuestión que a Marx le parecía tan pertinente.

La respuesta de Von Thünen, que a Marx le parecía tan infantil, descansa en una versión de lo que ahora conocemos como la «teoría del capital humano»[9]. La diferenciación original entre capital y trabajo dependía sencillamente de la frugalidad y la eficacia de algunos trabajadores respecto a otros. En las actuales circunstancias, Von Thünen considera que el trabajo de «un hombre libre no le cuesta al capitalista más que el mantenimiento y el interés sobre el capital que cuesta la crianza del trabajador». Aunque «algo repugnante» a primera vista, esta opinión nos permite ver que cuanto más personifiquen los trabajadores al capital en sí mismos y en sus hijos, mayores se vuelven los salarios y más fácilmente pueden penetrar el límite po-

[9] Dempsey (1960), pp. 143-149. Dempsey analiza la idea en su introducción. Se puede hallar una declaración moderna en Becker (1975).

roso, principalmente fijado por la educación, entre capitalistas y obreros. De este modo, los propios trabajadores pueden elevarse del sufrimiento a la libertad y la autoridad. Pero es improbable que lo hagan por sí solos. Sin la disciplina impuesta por el capital, los trabajadores «en lugar de usar su excedente para criar mejor a sus hijos, caerían en la indolencia y la holgazanería» (Dempsey, 1960, p. 337).

Por esta razón, «es necesaria la compulsión que el dominio del capital impone a los hombres para conducirlos a un destino más elevado, y por ello éste no precisa seguir pareciendo un azote sino el instructor de la humanidad». El vínculo patriarcal, tan apreciado por Von Thünen, encuentra su justificación. «El capital –proclama tranquilamente– domina al hombre, pero de un modo maravilloso» (Dempsey, 1960, p. 336). Impele al trabajador hacia la libertad y es, por consiguiente, una manifestación de la ley divina, parte integrante del plan del espíritu del mundo, reflejo de la mano de Dios. El mal que parecía raíz de la miseria de la mayor parte de la humanidad –al separar al trabajador del producto del trabajo– se convierte en el medio para promover ese estado más elevado de libertad, ese estado paradisíaco en la Tierra, congruente con la voluntad divina (Dempsey, 1960, p. 340).

Von Thünen es menos ambiguo que Hegel. La armonía social puede alcanzarse directamente allí donde la frontera permanece abierta y la movilidad del trabajo y el capital esté garantizada. Una imagen un tanto idealizada de Norteamérica se usa para ilustrar el argumento. Donde la frontera está cerrada, como en Europa, la creciente inquietud social debe contrarrestarse mediante una transformación interna de la sociedad civil. La interpretación proporcionada por una ciencia económica en la que la frontera se trata ideal y analíticamente alisa el camino[10]. La aplicación de principios marginalistas conduce a una adecuada apreciación de lo que constituye el salario justo. Los derechos y deberes adjuntos a la función desempeñada por el capitalista y por el trabajador pueden entonces definirse. El mito de la justicia de la frontera puede ser interiorizado en el marco del Estado moderno por los individuos *racionales* (y se hace definitivamente énfasis en un cierto tipo de racionalidad). De ese modo Von Thünen legitima y justifica la perpetuación de las relaciones de clase y la conservación de ese «vínculo patriarcal» por el que los capitalistas pueden cumplir su obligación con el trabajador (planes de reparto de beneficios, educación y disciplina impuesta desde fuera para formar el «capital humano»)[11]. Intereses antagónicos y enfrentados acabarán armonizándose por dichos medios. La voluntad

[10] El imaginario de la frontera se conserva firmemente en las ciencias económicas burguesas en expresiones como «la frontera de precios de los factores» y similares.

[11] Dempsey incluye una copia del testamento de Von Thünen y lo defiende de aquellos críticos que consideraban gravemente defectuoso el plan concreto de reparto de beneficios incluso de acuerdo con los propios principios de Von Thünen (véanse las pp. 48; 363-367).



de Dios, el plan del espíritu del mundo, puede realizarse aquí en la Tierra mediante la intervención humana. Siempre, es decir, que los seres humanos adquieran la conciencia universal de la economía marginalista.

## Marx

La relación entre el pensamiento de Hegel y Marx ha sido objeto de un inmenso y continuo debate. Que yo sepa, la relación entre Von Thünen y Marx no se ha considerado digna de comentarios. Pero una comparación demuestra que los tres tienen mucho en común. Consideran el trabajo humano fundamental y ven la alienación entre el trabajo y su producto como fuente de males que se deben superar. Se centran en los antagonismos de clase y adoptan un punto de vista común contra la tesis central de la economía política inglesa: la doctrina de que la mano invisible del mercado armoniza automáticamente intereses opuestos y controla el egoísmo individual para ventaja de todos. Los tres introducen la idea de las transformaciones internas y externas como medio para restaurar la estabilidad social y de eludir las crisis capitalistas. Por consiguiente, las fuertes diferencias existentes entre ellos se dan en un marco de cuestiones y premisas comunes.

En un Epílogo a *El capital* escrito en 1873, Marx señala que había aceptado a Hegel casi treinta años antes. Casi con seguridad hace referencia a su *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel,* probablemente escrita en 1843. Ésta es, por lo tanto, una obra fundamental, justificadamente vista como la fuente de la que brotó «todo el programa de investigación y escritura que ocupó a Marx el resto de su vida» (●'Malley, 1970, p. xiv).

En ella, de manera un tanto sorprendente, Marx pasa por alto los pasajes en los que Hegel tan asombrosamente describe las contradicciones internas de la sociedad civil y su potencial resolución mediante el imperialismo. Se centra por el contrario en la teoría hegeliana del Estado moderno para demostrar que la solución de Hegel es «pura mistificación» útil sólo «para transfigurar y glorificar la situación existente». Marx no abandona la dialéctica, sin embargo. Meramente busca, como dice más tarde, «darle la vuelta» a la dialéctica de Hegel y aportarle una base material. De esta forma Marx esperaba captar el «movimiento fluido» de la historia y alcanzar así una representación precisa de la «existencia momentánea» y la «naturaleza efímera» de «toda forma social históricamente desarrollada». Ésta, para Marx, era la esencia de los modos «críticos y revolucionarios» del pensamiento dialéctico (Marx, 1967, vol. 1, p. 19).

El inmenso edificio de pensamiento y elaborado aparato conceptual que Marx desarrolló en el transcurso de una prolífica vida dedicada a la investigación, la escri-

tura y el activismo político, es imposible de resumir. Pero buena parte de lo que hizo puede interpretarse, superficialmente al menos, como respuestas a las cuestiones planteadas por Hegel o como transformaciones de las mismas. Hegel, como observó Engels, estaba poseído por un «excepcional sentido histórico»: «aunque empleó una forma abstracta e idealista, el desarrollo de sus ideas avanza siempre en paralelo con el desarrollo de la historia mundial [...] fue el primero en intentar demostrar que existe una evolución, una coherencia intrínseca en la historia» y «esta concepción innovadora de la historia fue el prerrequisito teórico directo de la nueva perspectiva materialista». Marx era, afirma Engels, «el único que podía abordar la tarea de extraer de la lógica hegeliana el núcleo que contenía los verdaderos descubrimientos de Hegel»[12]. Y así Marx transforma las cualidades ocultas y misteriosas del «espíritu del mundo» de Hegel en las materialidades mundanas del mercado mundial. De ese modo las cuestiones sociales se transplantan del ámbito de la contemplación filosófica al de la práctica económica y política. La oposición entre el trabajo concreto (la producción real de valores de uso) y el trabajo abstracto (las cualidades sociales del trabajo que proporcionan mercancías acordes en el intercambio) refleja, en el esquema económico-político de Marx, la oposición entre lo público y lo privado en la concepción política de sociedad civil de Hegel (y de Rousseau). Y si la conciencia filosófica y el reconocimiento del Estado como materialización de la Idea ética es la solución para Hegel, para Marx la potencialidad real de emancipación radica en el proletariado, esa clase que por virtud de su experiencia del sufrimiento universal podría verdaderamente reivindicar una conciencia universal[13].

Muchas de éstas y otras ideas clave se abordan por primera vez en la *Contribución a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel,* lo cual hace todavía más extraña la ausencia de cualquier comentario de la idea hegeliana de la «dialéctica interna» que conduce a la sociedad civil a buscar soluciones coloniales e imperialistas. Evidentemente Marx tenía intención de ampliar su crítica en esta dirección. Pero no llegó a hacerlo. O así parece.

Hay un sentido, sin embargo, en el que *El capital* puede interpretarse como una transformación efectiva y una representación materialista de parte del argumento idealista de Hegel. El tema de la creciente polarización entre las clases sociales es, después de todo, patente en *El capital.* En la «ley general de la acumulación capitalista», Marx demuestra que la consecuencia necesaria de los procesos reales que funcionan bajo el capitalismo es la reproducción de «la relación del capital en una escala progresiva,

[12] K. Marx y F. Engels, *Collected Works,* (1974), vol. 16 (1980), p. 474. La «Introducción» (1970) de O'Malley nos ofrece una buena visión general sobre este tema.

[13] Estas ideas las explica Marx con gran eficacia en *Contributions to a Critique of Hegel's «Philosophy of Right»,* reimpreso en O'Malley (1970).



más capitalistas en este extremo, más trabajadores asalariados en aquél». Además, estos procesos también producen un «excedente relativo de población», un «ejército de reserva» de desempleados «liberados» principalmente mediante el cambio tecnológico y organizativo. Este ejército de reserva ayuda a hacer descender las tasas salariales y a controlar los movimientos de la clase trabajadora y es, por consiguiente, una «importante palanca» para provocar una mayor acumulación. El efecto neto, como explica Marx, invocando un imaginario que recuerda profundamente a Hegel, es que la «acumulación de riqueza en un extremo es, por lo tanto, al mismo tiempo, acumulación de miseria, agonía de dificultades, esclavitud, ignorancia, brutalidad, degradación mental en el polo opuesto, es decir, en el lado de la clase que produce su propio producto en forma de capital» (Marx, 1967, vol. 1, cap. 25).

Marx ha remodelado claramente el argumento idealista de Hegel en términos teóricos materialistas. También refuta a Malthus y demuestra que bajo el capitalismo la pobreza y el excedente relativo de población surgen independientemente de la tasa de crecimiento de la población, y aclara algunas de las cuestiones que habían preocupado a Von Thünen: por qué, por ejemplo, la suerte del trabajador se deteriora a pesar del uso de la maquinaria[14]. La observación esencial es que el aumento de la polarización entre el capital y el trabajo y el progresivo empobrecimiento relativo de la clase trabajadora deben interpretarse fundamentalmente como el producto inevitable de fuerzas identificables que actúan dentro de un modo de producción determinado y alcanzado históricamente que se conoce como capitalismo.

Pero la especificación de la «ley general» de Marx descansa en la capacidad de los capitalistas para controlar la demanda y la oferta de fuerza de trabajo. Esta «doble acción» del capital infringe las leyes de la oferta y de la demanda que por lo demás la burguesía acostumbra a considerar «sagradas y eternas». Marx acepta tácitamente las críticas de Von Thünen al funcionamiento de dichas leyes en los mercados de trabajo, pero lleva el argumento a una conclusión radicalmente distinta. Los capitalistas deben controlar la oferta de trabajo, crear excedentes de trabajo de hecho, bien mediante la movilización de reservas de trabajo «latentes» (mujeres y niños, campesinos expulsados de sus tierras, etc.) o mediante la creación de desempleo inducido tecnológicamente. Cualquier amenaza a dicho control, señala Marx, se ve contrarrestada «por medios coactivos y por la interferencia estatal». En particular, los capitalistas deben esforzarse por controlar los procesos de colonización que dan a los trabajadores acceso libre a tierra gratuita en alguna frontera (Marx, 1967, p. 640), lo cual nos lleva nuevamente a la cuestión de cómo interpretar la colonización en relación con la inestable «dialéctica interna» del capitalismo.

[14] La polémica de Marx contra Malthus se expresa plenamente en K. Marx, *Theories of Surplus Value* (1972, pp. 13-68). Véase también Harvey (1977b).

El propósito del último capítulo sobre la colonización es demostrar que, mediante las políticas que promovía en las colonias, la burguesía contradecía sus propios mitos respecto al origen y a la naturaleza del capital. En los estudios burgueses, y el de Von Thünen era típico, el capital (una cosa) tenía su origen en el ejercicio fructífero de la propia capacidad del productor para trabajar, mientras que la fuerza de trabajo surgía como un contrato social, libremente firmado, entre quienes producían capital mediante la frugalidad y la diligencia y quienes preferían no hacerlo. «Esta hermosa fantasía», truena Marx, «se quiebra» en las colonias. Mientras el trabajador pueda «acumular para sí mismo –y esto puede hacerlo mientras siga siendo poseedor de los medios de producción– la acumulación capitalista y el modo de producción capitalista son imposibles». El capital no es un producto físico sino una *relación social.* Descansa en la «aniquilación de la propiedad privada ganada por uno mismo; en otras palabras, en la expropiación al trabajador». Históricamente esta expropiación «se ha escrito en los anales de la humanidad con letras de sangre y fuego», y Marx cita capítulo, verso y a la duquesa de Sutherland para demostrar su argumento. La misma verdad, sin embargo, se expresa en las políticas territoriales seguidas en las colonias, como las de Wakefield, donde los poderes de la propiedad privada y del Estado debían usarse para *excluir* a los trabajadores del acceso fácil a tierra gratuita para conservar una base de trabajadores asalariados para la explotación capitalista. Así la burguesía se vio forzada a reconocer en las colonias lo que intentaba ocultar en su país: que el trabajo asalariado se basa en apartar por la fuerza al trabajador del control sobre los medios de producción (Marx, 1967, cap. 32).

Marx se enfrenta aquí al idealismo de frontera de Von Thünen (tanto en cuanto a sus orígenes pasados como a sus posibilidades actuales) con un materialismo histórico inflexible, y opone la concepción del capital como relación social a la visión fetichista del capital como cosa, quedando de manifiesto el «infantilismo» de las propuestas de Von Thünen. La abolición de la pobreza, del desempleo y de los excedentes de trabajo eliminaría la base social para una mayor acumulación de capital. Fingir que la pobreza puede abolirse sin romper el «vínculo patriarcal» entre el capital y el trabajo es, en opinión de Marx, una ilusión vana, un cruel engaño. La insistencia en que el capital puede dominar al trabajo de una «manera maravillosa» es burda apología. Lo máximo que podían lograr los planes de reparto de beneficios como el promovido por Von Thünen era una ocasional relajación de la tensión de la «cadena de oro» que vincula al capital con el trabajo, y eso sólo para un grupo privilegiado de trabajadores[15].

No es difícil inferir la naturaleza de las objeciones de Marx a los giros apologéticos de Von Thünen, pero su postura respecto a Hegel es más evasiva. Ciertos aspectos encajan con bastante facilidad. Si, por ejemplo, los trabajadores pueden volver a una vida verdaderamente inalienada mediante la migración a alguna frontera (como fantaseaba Hegel), el control capitalista sobre la oferta de trabajo se debilita. Dicha forma de expansión puede ser ventajosa para el trabajo pero no logra proporcionar solución a los problemas del capitalismo. Los nuevos mercados y los nuevos campos para la industria que Hegel consideraba vitales sólo podían alcanzarse mediante la recreación de las relaciones capitalistas de propiedad privada y mediante el poder de apropiarse del trabajo de otros. Se reproduce así la condición fundamental que dio origen al problema: la alienación del trabajo. El capítulo dedicado por Marx a la colonización parece descartar la posibilidad de una solución espacial permanente. Puede verse, por lo tanto, como un colofón al penúltimo capítulo, en el que se pide la expropiación de los expropiadores como única solución válida a las dificultades sociales planteadas por el capitalismo. Marx cierra con firmeza la puerta que Hegel dejó parcialmente abierta.

Pero la puerta no se quedará cerrada. La «dialéctica interna» de Hegel experimenta sucesivas representaciones en el texto de Marx. Y en cada punto se puede plantear de nuevo legítimamente la cuestión de la solución espacial a las contradicciones del capitalismo. El capítulo sobre la colonización puede bastar para el primer volumen de *El capital,* en el que Marx se concentra exclusivamente en las cuestiones de la producción. ¿Pero qué decir del tercer volumen, en el que Marx demuestra que los requisitos de la producción entran en conflicto con los de la circulación para producir crisis de desequilibrio en la acumulación? La polarización adopta entonces la forma de «capital desempleado en un extremo y población trabajadora desempleada en el otro». ¿Puede la formación de dichas crisis contenerse mediante la expansión geográfica? Marx no descarta la posibilidad de que a corto plazo el comercio exterior pueda contrarrestar la tendencia al descenso de la tasa de beneficio (Marx, 1967, pp. 237-259). ¿Pero cuánto dura el corto plazo? Y si se extiende a lo largo de muchas generaciones, ¿qué le ocurre a la teoría de Marx y a su práctica política asociada de buscar las transformaciones revolucionarias en el corazón de la sociedad civil?

Marx es exasperantemente asistemático e impreciso al tratar dichas cuestiones. Ha resultado, por lo tanto, muy difícil integrar la teoría sobre la dinámica de la acumulación y sus contradicciones internas a largo plazo, especificada para un sistema cerrado, con las cuestiones del imperialismo, el colonialismo, el desarrollo geográfico desigual, el intercambio desigual y otros problemas similares. Marx no era inconsciente de tales cuestiones, pero sus comentarios están esparcidos por todas partes. Tenemos que construir un marco para sintetizar sus diversos comentarios sobre la fuerza de la solución espacial.

Para hacerlo es necesaria una firme interpretación de la opinión de Marx sobre la «dialéctica interna» del capitalismo en las crisis. Éste no es un tema falto de con-

[15] Marx no hace estas críticas directas, pero no es difícil inferirlas.

troversia, porque abundan las interpretaciones opuestas de la teoría marxiana de la crisis[16]. Trabajaré con una versión muy simplificada en la que los capitalistas individuales, encerrados en la lucha de clases y coaccionados por la competencia intracapitalista, se ven obligados a realizar ajustes tecnológicos que destruyen el potencial de acumulación equilibrada y, por consiguiente, amenazan la reproducción tanto de la clase capitalista como de la clase trabajadora. El producto final de dicho proceso es una situación de *sobreacumulación* de capital, definida como el exceso de capital en relación con las oportunidades de emplear dicho capital de manera rentable. Este exceso de capital puede darse en forma de excedente de mercancías, de dinero, de capacidad productiva y conduce también a un excedente de fuerza de trabajo (desempleo o subempleo generalizados). La única solución eficaz a dichas crisis, en ausencia de solución espacial, es la *devaluación* del capital, en cuanto dinero (mediante la inflación), en cuanto mercancías (mediante excesos de oferta en el mercado y caída de precios), en cuanto capacidad productiva (mediante fábricas y equipo, infraestructuras físicas y demás ociosos o infrautilizados, que acaban en la quiebra), y la devaluación de la fuerza de trabajo (mediante la caída de los niveles de vida reales del trabajador).

Ahora tenemos que considerar cómo se pueden remediar la sobreacumulación y la devaluación mediante alguna forma de expansión geográfica. Los comentarios de Marx sobre dicha perspectiva pueden reunirse bajo tres apartados principales.

### *Mercados exteriores y subconsumo*

Si el capital sobreacumulado en Reino Unido se presta como medio de pago a Argentina para que compre las mercancías producidas en exceso en Reino Unido, el alivio de la sobreacumulación es, como mínimo, de corta duración. Seguir dicha estrategia es suponer que las crisis del capitalismo, que siempre se manifiestan parcialmente como falta de demanda efectiva, son atribuibles por completo al subconsumo. Marx rechaza la versión geográfica de esto con tanta firmeza como la versión original (Bleaney, 1976). Todo lo que ocurre, sugiere, es que los efectos de la sobreacumulación se extienden en el espacio durante la fase de expansión promovida por el crédito. El hundimiento, cuando se produce, desencadena una intrincada secuencia de acontecimientos debido a las brechas existentes entre el desequilibro comercial y el equilibrio de pago entre regiones. Describe de la siguiente manera una secuencia típica:

[16] En Harvey (1982) se ofrece una versión completa de la teoría.



> La crisis puede estallar primero en Inglaterra, el país que avanza la mayor parte del crédito y recibe menos, porque el equilibrio de pagos [...] que debe establecerse de inmediato, es *desfavorable,* aun a pesar de que el equilibrio general del comercio sea *favorable* [...] La quiebra en Inglaterra, iniciada y acompañada por una sangría de oro, establece el equilibrio de pagos de Inglaterra [...] Ahora le llega el turno a algún otro país [...]
>
> El equilibrio de pagos es en tiempos de crisis desfavorable a todas las naciones [...] pero siempre afecta a un país tras otro, como en una descarga de disparos [...] Queda entonces claro que todas estas naciones ha sobreexportado simultáneamente (y, por lo tanto, sobreproducido) y sobreimportado (y, por lo tanto, comercializado en exceso), que los precios estaban inflados en todas ellas, y el crédito excesivamente extendido. Y el mismo derrumbamiento se produce en cada una de ellas.

Los costes de la devaluación se devuelven entonces a la región inicial:

> Primero, despachando al exterior metales preciosos; después vendiendo las mercancías consignadas a precios bajos; exportando mercancías para liquidarlas u obtener adelantos de dinero por ellas en el interior; aumentando los tipos de interés, recuperando el crédito, depreciando los activos financieros, enajenando los activos extranjeros, atrayendo capital exterior para la inversión en estos activos depreciados, y finalmente la quiebra, que salda una enormidad de deudas (Marx, 1967, pp. 491-492, 517).

La secuencia resulta tristemente conocida. Es evidente que las crisis del capitalismo carecen de solución espacial a este respecto.

Una posibilidad más intrigante surge con respecto al comercio con formaciones sociales no capitalistas. De hecho pueden surgir circunstancias que hacen el desarrollo del capitalismo «dependiente de modos de producción que radican fuera de su propia fase de desarrollo». El grado de alivio proporcionado por esto depende de la naturaleza de la sociedad no capitalista y de su capacidad para integrarse en el sistema capitalista y absorber el exceso de capital. Pero las crisis sólo se pueden controlar si los países no capitalistas «consumen y producen a un ritmo conveniente para los países con producción capitalista»[17]. ¿Y cómo puede garantizarse eso si no es mediante alguna forma de dominación política y económica? E incluso entonces la resolución no puede ser más que temporal. «No puedes seguir inundan-

[17] Marx (1967), vol. 2, p. 110; vol. 3, p. 257. Las dificultades que surgen se han ilustrado con abundancia recientemente en los problemas de los bancos occidentales que buscaron en Polonia salidas rentables al excedente de capital.

do un país con tus manufacturas –dice Marx– a no ser que le permitas darte algún producto a cambio». De ahí que, «cuanto más dependía el interés industrial [británico] del mercado indio, más necesidad sentía de crear nuevas capacidades productivas en India» (Marx y Engels, 1972). Lo cual plantea un nuevo conjunto de problemas.

*La exportación de capital para la producción*

El capital excedente puede prestarse al extranjero para crear nuevas fuerzas productivas en nuevas regiones. La promesa de tasas de beneficio más elevadas proporciona un incentivo «natural» a dicho flujo; y el incremento, si se alcanza, aumenta la tasa media de beneficio en la totalidad del sistema. Las crisis se resuelven temporalmente. «Temporalmente» porque el aumento de los beneficios supone un aumento de la masa de capital que busca un empleo rentable y la tendencia a la sobreacumulación se exacerba, pero ahora en una escala geográfica expandida (Marx, 1967, pp. 237, 256; Marx, 1969b, pp. 436-437). La única salida es una aceleración continua en la creación de nuevas fuerzas productivas. De esto podemos deducir que en el capitalismo existe una impulsión a crear el mercado mundial, a intensificar el volumen de intercambio, a producir nuevas necesidades y nuevos tipos de productos, a implantar nuevas fuerzas productivas en nuevas regiones y a situar todo el trabajo, de todas partes, bajo el dominio del capital. Podemos de hecho interpretar la geografía del capitalismo como el producto de dicho imperativo. Pero la «dialéctica interna» del capitalismo garantiza que dicho proceso «se mueva entre contradicciones constantemente superadas pero también constantemente reproducidas» (Marx, 1973, p. 410). Las crisis son fases de intensa racionalización en la transformación y en la expansión geográficas. La dialéctica interna de la sociedad civil se calma y se reproduce perpetuamente mediante el recurso constante a la solución espacial.

Hay, supuestamente, límites a dicho proceso. ¿Durante cuánto tiempo puede sostenerse la expansión continua antes de que las crisis geográficamente localizadas o las «crisis cambiantes» (que revierten o cambian radicalmente la dirección de los flujos de capital) puedan fundirse y convertirse en crisis planetarias? ¿Y cuáles son las dificultades internas inherentes a dicho proceso?

Cuando una sociedad civil determinada crea nuevas fuerzas productivas en otras partes para absorber su capital sobreacumulado, establece un centro de acumulación rival que, en algún momento del futuro, deberá buscar también una solución espacial para resolver sus problemas. Marx pensó que veía el primer paso en ese sentido cuando los británicos exportaban capital a India (Marx y Engels, 1972, pp. 85-87). Pero la transición que Marx preveía allí se vio bloqueada por una mezcla de resistencia interna a la penetración capitalista y de la introducción de políticas imperialistas por parte de los británicos, las cuales estaban, en general, específicamente destinadas a impedir el ascenso de India como competidor. Inmediatamente podemos distinguir el siguiente dilema. Si, por cualquier razón, se bloquean las «transformaciones externas» completas, se bloquea también la capacidad del país de procedencia para deshacerse de más capital sobreacumulado. Se niega la solución espacial y en el país de procedencia se produce la crisis. El crecimiento sin restricciones del capitalismo en nuevas regiones es una necesidad absoluta para la supervivencia del capitalismo. Éstos son campos en los que el exceso de capitales sobreacumulados puede con mucha facilidad absorberse de maneras que crean nuevas aperturas de mercado y nuevas oportunidades de inversión rentable. Pero encontramos enseguida otro tipo de dificultad. Las nuevas fuerzas productivas de las nuevas regiones suponen una amenaza competitiva para el país iniciador. La sobreacumulación de capital en nuevas regiones exige una solución espacial, quizá incluso a expensas del capital de las regiones viejas. De esa manera, Estados Unidos absorbió mucho más exceso de capital británico que India, pero por la misma razón se convirtió en el gran competidor del Reino Unido en el mercado mundial. Alemania Occidental y Japón absorbieron de manera similar mucho más excedente de capital estadounidense que todo el «Tercer Mundo» después de 1945, y de la misma forma se convirtieron posteriormente en los principales centros de competencia para la hegemonía económica estadounidense dentro del capitalismo mundial.

De todos modos, es probable que aparezca la devaluación. El país iniciador se enfrenta a una situación sin salida. El desarrollo sin restricciones del capitalismo en nuevas regiones debido a las exportaciones de capital provoca la devaluación en la región de origen mediante la competencia internacional. El desarrollo restringido en el exterior limita la competencia internacional pero bloquea el dinamismo que crea oportunidades para la exportación rentable del capital: el capital sobreacumulado no puede escapar y se devalúa internamente. No es de extrañar, entonces, que las políticas de las grandes potencias imperialistas hayan vacilado entre el libre comercio de «puertas abiertas» y la autarquía dentro de un imperio comercial cerrado[18].

No obstante, dentro de estas restricciones generales existen todo tipo de opciones. La expansión geográfica y la intensificación del capitalismo es una larguísima revolución efectuada a lo largo de muchos años. Si bien las crisis locales, regionales y cambiantes son el alimento normal para el funcionamiento de este proceso, la formación de una crisis verdaderamente mundial del capitalismo depende del agotamiento de las posibilidades de nueva transformación revolucionaria de acuerdo con

[18] Véase, por ejemplo, Gardner (1971).

las premisas capitalistas. Y eso no depende de la capacidad para propagar nuevas fuerzas productivas por la faz de la Tierra, sino de la oferta de nueva fuerza de trabajo. Lo cual nos devuelve a la cuestión de la acumulación primitiva.

*La expansión del proletariado mediante la acumulación primitiva*

«El aumento de la población», escribió Marx, es una «condición necesaria» para que «la acumulación se convierta en un proceso continuo y sostenido» (Marx, 1973, pp. 608, 764, 771; Marx, 1969b, p. 47). Posteriormente Marx modifica esta opinión para hacer referencia al crecimiento de la población «liberada» del control de los medios de producción, es decir, el crecimiento de la fuerza de trabajo asalariada, incluido el ejército industrial de reserva. Cuanto más rápido sea el crecimiento en estos conjuntos, más probabilidad tendrán las crisis de parecer pausas dentro de una trayectoria de expansión total[19]. ¿De dónde procede entonces esta expansión de la población explotable? Marx divide el excedente relativo de población en tres estratos: latente, flotante y estancado. Limitemos nuestra atención a las dos primeras categorías. La movilización de los elementos latentes supone bien la acumulación primitiva (apartar a campesinos, artesanos, autónomos e incluso algunos capitalistas del control sobre sus medios de producción) o la sustitución del trabajo individual por el de la familia (el empleo de mujeres y niños). Se puede producir una oferta flotante mediante cualquier combinación de producción decreciente de mercancías e innovaciones tecnológicas que ahorren trabajo. Tomados en el contexto del crecimiento natural de la población (que tampoco es inmune a la influencia de la dinámica del capitalismo), estos mecanismos deben proporcionar nuevos suministros de fuerza de trabajo para alimentar la acumulación por la acumulación[20].

Marx no somete estos procesos a un análisis detallado, y tampoco aborda sistemáticamente los aspectos espaciales. Pero el flujo de su lógica señala claramente ciertas conclusiones. *Dentro de* una sociedad civil determinada, contemplada como un sistema cerrado, la acumulación se acelerará hasta que se absorban la totalidad de los elementos latentes y se alcancen todos los límites al crecimiento natural de la población. Así, cada vez se hacen más necesarias las poblaciones flotantes como fuente de ejército industrial de reserva. Del problema y la confusión de la acumulación primitiva y la destrucción de las relaciones familiares precapitalistas, la sociedad pasa al trauma del desempleo inducido tecnológicamente. Con toda probabilidad ambos procesos serán un foco de intensas luchas de clases, aunque de tipo completamente distinto. Pero el segundo es más problemático para el capitalismo que el primero. El cambio tecnológico rápido y descontrolado suscita la sobreacumulación y, en último término, el desempleo tanto de capital como de trabajo. Aunque quizá no sean conscientes de ello, para los capitalistas supone una ventaja sistémica el explotar las reservas de trabajo latente y no las de trabajo flotante. Cuanto más dependan de éstas, más graves serán probablemente las crisis de devaluación.

En la medida en la que permite acceder a las reservas de trabajo latentes, la expansión geográfica puede de hecho servir para mitigar las crisis de devaluación. Esto supone cierta forma de acumulación primitiva en el exterior (mediante la penetración de las relaciones de propiedad capitalistas, las formas monetarias, la imposición de controles estatales y jurídicos, etcétera). Los excedentes de trabajo así creado forman un campo de acción para el capital sobreacumulado. La forma exacta del proceso de trabajo y de las relaciones sociales alcanzadas puede variar enormemente de acuerdo con las condiciones iniciales y el tipo de lucha de clases puesto en movimiento. Marx reconoció parte de la variación. Las colonias de plantación, dirigidas por los capitalistas sobre la base del trabajo esclavo o de servidumbre, podrían integrarse formalmente en el capitalismo sin basarse en el trabajo asalariado libre. Los modos de explotación en las sociedades campesinas tradicionales también podrían convertirse en una inclusión formal, no real, del trabajo bajo el capital. La conversión de los poderes estatales en una forma de capitalismo estatal abre otras posibilidades. En general, Marx no prestó mucha atención a la increíble diversidad de las posibles formas de transición que surgen a medida que se movilizan las reservas de trabajo latentes mediante la acumulación primitiva en poblaciones indígenas de formaciones sociales no capitalistas[21]. Hace descansar el contenido en un argumento central: la importancia crucial de los excedentes de trabajo en la búsqueda de una «solución espacial» a las contradicciones internas del capitalismo.

Los excedentes de trabajo también se pueden importar del exterior. De ahí derivaba, para Marx, la importancia de Irlanda para el capitalismo inglés. La acumulación capitalista en la primera proporcionaba a éste excedentes de trabajo y así ayudaba a debilitar la fuerza organizada de los trabajadores ingleses (Marx y Engels, 1955, pp. 228-233; 235-238). No hace falta pormenorizar los múltiples paralelismos existentes en el mundo contemporáneo. Pero a este respecto encontramos una ten-

[19] Este aspecto del argumento de Marx se trata con mayor profundidad en Sweezy (1942), pp. 222-226; y Morishima y Catephores (1978), cap. 5.

[20] Curiosamente, Marx acepta la mayoría de las ideas de que las influencias económicas afectan al crecimiento de la población, con la observación adicional de que los trabajadores no tenían más opción que «acumular» la única fuente de riqueza de la que disponían, su fuerza de trabajo. Véase Marx (1967), vol. 1, p. 643.

[21] La exposición de Marx en *Grundrisse* (1973, pp. 459-511) es muy útil a este respecto.

sión muy interesante. La importación de excedentes de trabajo debe descansar, en ausencia de esclavitud, en la libre movilidad geográfica del trabajador. Pero si se concede ese privilegio a los excedentes de trabajo en el exterior, es difícil negárselo a las reservas flotantes generadas en el interior. Ante el desempleo, las reservas flotantes pueden emigrar, en especial si hay tierra gratuita disponible en alguna frontera. Marx coincide con Hegel y Von Thünen en que la situación del trabajador claramente mejoraría mediante la migración libre a una frontera. De hecho, normalmente atribuye los salarios y las condiciones de trabajo mejores en Estados Unidos a la existencia de una frontera relativamente abierta. Pero se diferencia de ellos en que tal condición le parece contraria a los intereses reales de la acumulación.

La importancia de ese último capítulo sobre la colonización adquiere ahora doble fuerza. La acumulación primitiva en la frontera es tan vital como la acumulación primitiva y el desempleo tecnológicamente inducido en el país de origen. Las condiciones internas y externas de la lucha de clases están inextricablemente entremezcladas. He aquí cómo describe Marx la relación en el caso de las colonias fundadas mediante la libre migración de los trabajadores:

> En todas partes el régimen capitalista entra en colisión con la resistencia del productor que, como propietario de sus propias condiciones de trabajo, emplea ese trabajo para enriquecerse a sí mismo, en lugar de enriquecer al capitalista. La contradicción de estos dos sistemas económicos diametralmente opuestos se manifiesta aquí de manera práctica en la lucha entre ellos. Cuando el capitalista tiene el respaldo del poder de su país de origen, intenta eliminar de su camino por la fuerza los modos de producción y apropiación basados en el trabajo independiente del productor (Marx, 1967, p. 765).

La búsqueda de la «solución espacial» suscita nuevas formas de lucha de clases, ejemplificadas por los innumerables movimientos populistas y radicales que surgen entre los colonos de las regiones de frontera. De hecho, en este caso no es difícil detallar un marco teórico sencillo para captar la dinámica central de la denominada «economía atlántica» en el siglo XIX (Thomas, 1973). La absorción de reservas latentes en el interior conduce a la creación de reservas flotantes mediante el cambio tecnológico. Dichas reservas flotantes son atraídas a cualquier frontera abierta. Del mismo modo, la dependencia de reservas flotantes exacerba los problemas de sobreacumulación y devaluación en el interior. Así también el capital es atraído a una frontera abierta. El capital y la fuerza de trabajo desempleados –rasgo primordial de la interpretación que Marx daba a las crisis– son atraídos a la frontera. Pero para promover la acumulación de capital, los trabajadores que se han trasladado a la frontera en busca de una existencia inalienada deben volver a ser captados como trabajadores asalariados. Necesariamente en la frontera se reafirman la acumulación



capitalista y nuevas formas de lucha de clases. Eso es lo que verdaderamente señala el último capítulo de Marx, dedicado a la colonización.

El argumento general se mantiene. Aunque la rápida expansión de la fuerza de trabajo asalariada (mediante la acumulación primitiva, la migración de las reservas de trabajo flotantes, etc.) puede moderar las tendencias a la formación de crisis a corto plazo, las relaciones sociales que impelen la dialéctica interna del capitalismo se recrean meramente en una escala geográfica más amplia. Bajo tales circunstancias, las contradicciones internas del capitalismo no disponen de una «solución espacial» a largo plazo.

## Reflexiones y alarmas

Reflexionemos sobre estos escritos desde el punto de vista de la historia de las ideas en su contexto económico y político. Von Thünen cambia de la consideración explícita de la organización espacial en sus primeros trabajos a posteriores formulaciones profundamente aespaciales. Aunque sostiene que el «Estado verdaderamente ético» no debería poner obstáculos a la movilidad geográfica del capital y del trabajo, se enfrenta a las realidades del intervencionismo estatal y el mercantilismo de Prusia expresados en un contexto de incipiente nacionalismo alemán. Como Hegel antes que él, se ve por consiguiente obligado a buscar una transformación interna que mitigue el conflicto de clases y la polarización social dentro de los confines de una sociedad civil determinada y de esa forma la frontera se convierte en una frontera analítica de precios de los factores, calibrada de acuerdo con la productividad marginal de los diferentes factores de producción dentro de una economía cerrada. La verdadera lección que sacaron de esto Marshall y los posteriores economistas neoclásicos es que la ciencia económica podía buscar y detallar los principios de la armonía social sin apelar a la economía política de la solución espacial. La ciencia económica, como más tarde se quejaría Walter Isard, abandonó a partir de entonces toda consideración seria del espacio y aceptó la sentencia de Marshall de que «la influencia del tiempo» es «más fundamental que la del espacio» (Isard, 1956, p. 24). Pero el dejar de considerar la solución espacial también fue crucial para desmantelar la economía política tradicional. Las relaciones espaciales se convirtieron en reserva exclusiva de la teoría política, que separó toda relación directa con las realidades diarias de la circulación del capital y sus contradicciones, e introdujo una teoría organicista del Estado (atrapado en una lucha por la supervivencia, el *lebensraum* necesario, etcétera) y las doctrinas asociadas de destino manifiesto, la carga soportada por el hombre blanco, la superioridad racista y demás conceptos similares.

En consecuencia, en el pensamiento burgués de finales del siglo XIX se perdió la relación entre la política y la economía así como entre las transformaciones internas y externas, curiosamente en el preciso momento histórico en el que la carrera profesional de figuras tan diversas como Joseph Chamberlain en Reino Unido, Jules Ferry en Francia y Theodore Roosevelt en Estados Unidos proporcionaban un testimonio viviente de las unidades subyacentes (Julien *et al.,* 1949). Todos ellos, desesperadamente preocupados por apagar los fuegos de la lucha de clases, acudieron a la política del imperialismo a medida que alcanzaban los límites de la reforma social interna. Así, pues, en el preciso momento en el que las relaciones entre las transformaciones internas y externas se encontraban en una aguda tensión la ideología burguesa enmascaró el significado de la relación insistiendo en la separación entre la teoría económica y la política. Correspondió al submundo furtivo de escritores burgueses disidentes como Hobson y Mark Twain, y a los marxistas, el intento de conservar la unidad de la economía política como herramienta para interpretar una historia profundamente problemática.

Paradójicamente, sin embargo, los marxistas no podían encontrar dicho consuelo en Marx (ciertamente no en *El capital*), porque Marx, a pesar de ser absolutamente consciente de la unidad subyacente de los asuntos políticos y los económicos así como de la dinámica planetaria del capitalismo, excluyó la consideración específica de la solución espacial basándose en que integrar en la teoría las cuestiones del comercio exterior, de la expansión geográfica y demás, meramente complicaba las cosas sin añadir necesariamente nada nuevo. Una y otra vez intenta, como en el capítulo sobre la «Colonización», cerrar la puerta a una posibilidad que Hegel había dejado abierta. Hay suficientes comentarios secundarios en su obra (algunos de los cuales hemos citado ya) para indicar que no siempre estaba satisfecho con tal cierre, pero en un mundo en el que reinaba segura la «Pax Britannica» de Palmerston, y situado como él estaba en el centro del capitalismo del *laissez-faire* con todas sus adulaciones ideológicas, Marx tenía poco incentivo para ir más allá de representar la solución espacial como simplemente otra violenta proyección de las contradicciones del capitalismo en la escena mundial. Su preocupación suprema, y su contribución en *El capital,* fue la de revelar la naturaleza de la dialéctica *interna* del capitalismo.

Las terribles realidades de las rivalidades interimperialistas de finales del siglo XIX, la lucha por la autarquía en imperios comerciales cerrados, el hundimiento de la «Pax Britannica» y el giro aparentemente inevitable hacia la guerra mundial, todo ello unido a la creciente militancia de los trabajadores en los países capitalistas avanzados, obligaron a los marxistas a afrontar directamente las relaciones dinámicas entre las transformaciones internas y externas. Bujarin, Lenin, Luxemburg y otros autores abordaron un análisis explícito del imperialismo (Bujarin, 1972; Lenin, 1963, vol. 1, pp. 667-768;



Luxemburg, 1968). Los marxistas, avanzando en sentido exactamente opuesto a la corriente predominante de los teóricos burgueses, lucharon por sacar su teoría del molde aespacial en el que Marx la había introducido, y de esa forma intentaron preservar el análisis político-económico adecuado a su tiempo. Al hacerlo, crearon un nuevo imaginario dentro de la tradición marxista, un imaginario que unifica drásticamente los temas de la explotación capitalista y la solución espacial. Los centros explotan a las periferias, la metrópolis explota a su área circundante, el Primer Mundo subyuga y explota despiadadamente al Tercero, etcétera. La lucha de clases *dentro de* una sociedad civil determinada se reconstituye en forma de lucha de las formaciones sociales periféricas contra una fuente central de opresión. El campo se revuelve contra la ciudad, la periferia contra el centro, el Tercer Mundo contra el Primero. Tan poderoso es este imaginario espacial que amenaza en ocasiones con devorar y prácticamente sustituir a la interpretación de la dialéctica interna del capitalismo que tan cuidadosamente forjó Marx. Y ello ciertamente debilita cualquier versión simple de las esperanzas de Marx para el internacionalismo proletario basado en una conciencia universalista nacida de la universalidad del sufrimiento de la clase trabajadora.

La puerta que tan proféticamente abrió Hegel continúa abierta. Atravesarla es aceptar que la tensión entre las transformaciones internas y externas es el centro del interés teórico. Un profundo estudio de dicha tensión cubre el vacío entre la teoría marxiana de la acumulación (expuesta, en su mayor parte, en términos puramente temporales) y la visión que Lenin presentó de la geografía histórica del imperialismo capitalista. Una reconstrucción de los escritos periféricos de Marx sobre la solución espacial indica, sin embargo, que apreciaba las potencialidades y las limitaciones de dicha solución con mucha mayor profundidad de lo que muchos le atribuyen. Por la misma razón, una lectura atenta de Lenin (que no he intentado aquí) sugiere que su teoría del imperialismo está mucho más profundamente enraizada en la teoría marxiana de la acumulación de lo que parece a simple vista[22]. No se trata simplemente de que ambos acepten que las contradicciones del capitalismo no pueden, a largo plazo, apaciguarse recurriendo al imperialismo. Resulta que ambos coinciden ampliamente en cuanto a los procesos que relacionan las transformaciones internas y externas, aunque Lenin añade una percepción crucial de la que

[22] La plena derivación de la teoría de Lenin a partir de Marx requiere muchos pasos que no puedo seguir aquí. En primer lugar y ante todo debemos proporcionar una base material a las fuerzas que, ante la movilidad geográfica del capital y de la fuerza de trabajo, producen y sostienen las alianzas de clase dentro de una sociedad civil territorialmente delimitada. Yo intento dar este paso en Harvey (1982), cap. 13. El segundo paso es demostrar en qué medida dichas alianzas de clase, aunque fundamentalmente inestables, pueden cristalizar en torno a las configuraciones relativamente rígidas del poder político y militar ejercido mediante el aparato estatal. Este segundo paso ha sido objeto de una inmensa y continua controversia dentro de la bibliografía marxista dedicada a la teoría del Estado.

Marx carece, una percepción que fácilmente puede injertarse en la teoría de Marx con implicaciones muy alarmantes.

La rápida y fácil negación por parte de Marx de la eficacia de cualquier solución espacial a las contradicciones internas del capitalismo le permite concentrar su atención en los procesos fundamentales de la formación de crisis. La teoría de la sobreacumulación-devaluación revela el grado de locura, el intenso poder destructivo, implícito en el modo de producción capitalista. Bajo la fachada de la racionalidad del mercado, y frente a sus capacidades creativas para revolucionar las fuerzas productivas, la burguesía resulta ser «la clase dominante más violentamente destructiva de la historia»[23]. En el punto álgido de las crisis, los capitalistas desatan unos sobre otros la violencia de la acumulación primitiva, destruyen enormes cantidades de capital, se devoran y liquidan mutuamente en esa «guerra de todos contra todos» que Hobbes había observado mucho antes como característica inherente al capitalismo de mercado. Lo que Marx no prevé en ningún lado, pero Lenin resalta, es la conversión de este proceso en luchas económicas, políticas y militares entre Estados-nación. En momentos de devaluación salvaje, la búsqueda de solución espacial se convierte en rivalidades interimperialistas sobre quién debe soportar el impacto de la devaluación. La exportación del desempleo, de la inflación, de la capacidad productiva ociosa, convierte las opciones en un juego sucio. Las guerras comerciales, la competencia desleal, los aranceles y los cupos, las restricciones al flujo de capitales y al comercio exterior, las guerras de tipos de interés, las políticas de inmigración, la conquista colonial, el sometimiento y la dominación de economías tributarias, la reorganización forzosa de la división del trabajo dentro de los imperios económicos y, por último, la destrucción física y la devaluación forzosa del capital de la nación rival mediante la guerra, son algunas de las opciones disponibles.

Después de todo, dos veces en el siglo XX el mundo se ha hundido en la guerra mundial a través de las rivalidades interimperialistas. Dos veces, en el espacio de una generación, el mundo experimentó la devaluación masiva del capital mediante la destrucción física y el consumo supremo de fuerza de trabajo en forma de carne de cañón. Nunca ha resultado fácil explicar esta historia basándose en una teoría que apele a la relación de clase entre el capital y el trabajo como fulcro en torno al cual gira la historia capitalista. La reacia referencia de Marx a la cuestión planteada por Hegel nos lleva al borde de dicha interpretación. La inserción de las ideas de Lenin en las representaciones de Marx nos cuenta una historia más completa.

¿Quién tiene razón, entonces? Si tenemos que creer a Von Thünen, no hay nada inherente al capitalismo que dicte una aceleración de la polarización de clase, del conflicto o de la guerra interimperialista. La burguesía, armada con una conciencia adecuada

[23] La frase original es de Berman (1982), p. 100.



de sus deberes y obligaciones, así como de sus derechos, se halla en condiciones de conducir a la humanidad a pastos más civilizados, un verdadero Edén de los derechos del hombre, de pacífica armonía social. Y si ello no se materializa, deberá atribuirse simplemente a las fragilidades de la naturaleza humana, a los fallos morales del espíritu, a que no se capta y aplica el plan divino para el mundo. El capitalismo, para Marx, es mucho más problemático que todo esto. Constituye una fuerza permanentemente revolucionaria, que barre con todos los modos de vida anteriores, liberando fuerzas inauditas para ampliar la productividad del trabajo social. Pero también contiene en sí mismo las semillas de su propia negación, semillas que crecen y finalmente rompen los mismos cimientos en los que arraigan. Las crisis son inherentes al capitalismo. En tales momentos, la irracionalidad y el terrible poder destructivo inherentes al modo de producción capitalista quedan más claros: capital desempleado en un extremo y fuerza de trabajo desempleada en el otro. El recurso a la solución espacial enmascara parcialmente, sin embargo, la irracionalidad del capitalismo, porque nos permite atribuir la devaluación mediante la destrucción física, mediante la guerra mundial, a errores puramente políticos. Una teoría marxiana sobre las relaciones internas y externas adecuadamente constituida elimina dicha ilusión y pone al desnudo las raíces de la formación de crisis en su aspecto nacional e internacional, en su dimensión geográfica.

La cuestión de quién tiene o no razón es de importancia inmensa e inmediata. Si la teoría marxiana de la solución espacial es correcta, la perpetuación del capitalismo en el siglo XX se ha comprado a costa de la muerte, el caos y la destrucción sembrados en dos guerras mundiales. Pero cada guerra se ha librado con armas de destrucción cada vez más avanzadas. Hemos sido testigos de un aumento de la fuerza destructiva que supera con creces al crecimiento de la fuerza productiva que la burguesía debe crear también como condición para su supervivencia. Seguramente nuestra situación actual nos hará pensar. Ahora que las tendencias del capitalismo a las crisis se desatan nuevamente, las rivalidades interimperialistas se agudizan y la amenaza de la autarquía dentro de imperios comerciales cerrados acecha. La lucha por exportar la devaluación se pone de manifiesto y la beligerancia domina el tono del discurso político en todos los ámbitos. Y con esto llega nuevamente la amenaza de guerra mundial, esta vez librada con armas de un poder destructivo tan inmenso y demencial que ni siquiera los más aptos podrán sobrevivir. El mensaje que hace tiempo Marx intentó hacernos comprender parece más urgente que nunca:

> La destrucción violenta del capital no mediante relaciones externas a él, sino por el contrario como condición de su autoconservación, es la forma más llamativa en que se nos aconseja que debe desaparecer y dejar espacio a un estado de producción social más elevado (Marx, 1973, pp. 749-750).

# 15 La geopolítica del capitalismo*

Deseo analizar las consecuencias geopolíticas de vivir bajo el modo de producción capitalista. Presentaré mis argumentos desde el punto de vista teórico, pero espero que su importancia histórica sea suficientemente evidente en sí misma como para fomentar el debate y, quizá, la acción política en una materia de profunda e imperiosa urgencia.

## Las características fundamentales de un modo de producción capitalista

La expresión «modo de producción» es controvertida, pero con miras a mi argumento puedo dar una interpretación relativamente sencilla de ella. Podemos, pienso, estar todos razonablemente de acuerdo en que la reproducción de la vida cotidiana depende de la producción de mercancías realizadas mediante un sistema de circulación de capital que tiene la búsqueda del beneficio como su objetivo directo y socialmente aceptado. La circulación del capital se puede considerar un proceso continuo en el que el dinero se usa para comprar mercancías (fuerza de trabajo y medios de producción tales como materias primas, maquinaria, *inputs* energéticos, etc.) con el fin de combinarlas en la producción para fabricar una nueva mercancía que pueda venderse por el desembolso del dinero inicial más un beneficio. Esquemáticamente, esto se puede representar como un sistema de circulación del siguiente tipo:

$$M - C \begin{cases} LP \\ \quad \ldots P \ldots \\ MP \end{cases} C' - M + \Delta m, \text{ etc.}$$

* Publicado por primera vez en *Spatial Structures*, 1985.



La teoría que sigue se basa en un análisis de dicho proceso de circulación. También supondré una forma atomista de sociedad de mercado competitivo en la que muchos agentes económicos adoptan esta forma de circulación. Las desviaciones de este supuesto, excepto en condiciones que más tarde se especificarán, no afectan de manera alguna a la lógica de mi argumento. No pretendo dar a entender, sin embargo, que todo lo que ocurre bajo el capitalismo pueda reducirse a una manifestación directa o incluso indirecta de circulación del capital. Algunas mercancías se producen e intercambian sin apelar a los incentivos del beneficio, y se dan innumerables transacciones entre agentes económicos que existen fuera de la circulación del capital, pero insisto en que la supervivencia del capitalismo se basa en la continua vitalidad de esta forma de circulación. Si se viniera abajo, por ejemplo, porque ya no se pudieran obtener beneficios, la reproducción de la vida diaria tal y como ahora la conocemos se disolvería en el caos. Además, insistiré también en que una fuente constante de preocupación bajo el capitalismo es la creación de infraestructuras sociales y físicas que respaldan la circulación del capital. Nuevamente, esto no significa que yo interprete que todos esos fenómenos son estrictamente funcionales para la circulación del capital. Pero el sistema jurídico, el financiero, el educativo y el administrativo estatal, junto con los entornos construidos, el transporte y los sistemas urbanos, por mencionar sólo unos cuantos de los sistemas clave que tengo en mente, tienen que alinearse en general en apoyo de la circulación del capital para que la vida cotidiana se reproduzca eficazmente.

Un análisis profundo y riguroso de la circulación de capital revela diversas características fundamentales. Ésta fue, por supuesto, la tarea analítica que Marx se impuso en *El capital,* y yo seguiré la línea de pensamiento establecida por él. Dado que he explorado, analizado y en cierta medida ampliado los resultados de Marx en otra parte (Harvey, 1982), me siento libre de resumir sin ofrecer pruebas y justificaciones detalladas. A riesgo de simplificación excesiva, reduciré las características fundamentales de la circulación del capital a los diez puntos que necesito para fundamentar mi argumento.

1. La continuidad de la circulación del capital se basa en una continua expansión del valor de las mercancías producidas. Esto se debe a que el valor de las mercancías producidas al final de la secuencia (C') es mayor que el valor de las mercancías absorbidas en la producción (C). Es este incremento de valor el que se capta en la forma monetaria del beneficio ($\Delta m$). Una economía capitalista «sana» es, por lo tanto, aquella que disfruta de una tasa de crecimiento positiva. Cuanto más nos acerquemos a una fase estacionaria (por no hablar del descenso de hecho), más enferma se juzga que está la economía. Esto se traduce en una ideología del crecimiento («el crecimiento es bueno») sin importar las consecuencias medioambientales, humanas o geopolíticas.

2. El crecimiento se alcanza mediante la aplicación de trabajo vivo a la producción. Ciertamente, algunos capitalistas pueden obtener beneficios de comprar barato y vender caro, pero al hacerlo su beneficio es la pérdida de otro. Las redistribuciones del poder social mediante el intercambio desigual pueden ser importantes para el ascenso y las posteriores reorganizaciones del capitalismo (por ejemplo, la concentración inicial de riqueza mediante el intercambio mercantil y la posterior centralización del capital en empresas gigantescas). Pero la redistribución no es una base adecuada para la circulación continua del capital. Una economía capitalista sana es aquella en la que todos los capitalistas obtienen beneficios positivos. Y esto exige que en la producción se añada valor real. El trabajo vivo (frente al «trabajo muerto» personificado y pagado en otras mercancías) es, por lo tanto, la fuente exclusiva de valor real añadido en la producción.
3. El beneficio tiene su origen en la explotación del trabajo vivo en la producción. El término «explotación» puede privarse de sus connotaciones más emotivas. Denota una condición moral en la que el trabajo vivo es tratado como un «factor» de producción reificado, y una condición técnica en la que es posible que el trabajo cree más en la producción de lo que obtiene mediante el intercambio de su fuerza de trabajo en cuanto mercancía. De ahí no se deduce que el trabajador reciba lo menos posible. Surgen situaciones en las que el trabajador obtiene más al mismo tiempo que aumenta también la diferencia entre lo que el trabajo obtiene y lo que crea en la producción. Dicho de otro modo, el aumento del nivel de vida material para el trabajador no es necesariamente incompatible con el aumento de la tasa de explotación.
4. Se desprende de ello que la circulación de capital se basa en una relación de clase. El de «clase» es también un término cargado de connotaciones, pero puedo darle aquí un significado restringido y muy sencillo. La circulación de capital supone la compra y la venta de fuerza de trabajo como mercancía. La separación entre compradores y vendedores abre una relación de clase entre ellos: quienes compran derechos a la fuerza de trabajo para obtener un beneficio (los capitalistas) y quienes venden derechos a la fuerza de trabajo para vivir (los trabajadores) existen en extremos opuestos de esta divisoria comprador-vendedor. La división de las funciones de clase que esto implica no es exhaustiva de todas las relaciones de clase posibles o incluso importantes en el capitalismo. Y la compra y la venta de fuerza de trabajo tampoco está restringida al ámbito de la circulación de capital. Pero sin la relación capital-trabajo expresada mediante la compra y la venta de fuerza de trabajo no podría haber explotación, ni beneficio, ni circulación de capital. Dado que todos estos son fundamentales para la producción de mercancías y la reproducción social, también se puede argumentar que la relación de clase entre el capital y el trabajo es la relación social más fundamental dentro del complejo tejido de la sociedad burguesa.



5. Esta relación de clase implica oposición, antagonismo y lucha. Hay dos cuestiones relacionadas en juego: cuánto tienen que pagar los capitalistas para obtener los derechos de utilización de la fuerza de trabajo y qué comprenden exactamente esos derechos. Los enfrentamientos por la tasa salarial y las condiciones de trabajo (la duración de la jornada laboral, la intensidad del trabajo, el control sobre el proceso de trabajo, la perpetuación de las destrezas, etcétera) son en consecuencia endémicos en la circulación del capital. Hay, por supuesto, otras fuentes innumerables de tensión, conflicto y enfrentamiento, de las cuales no todas se pueden reducir directa o indirectamente a una manifestación del antagonismo capital-trabajo. Pero la lucha de clases entre el capital y el trabajo es tan fundamental que infecta de hecho todos los demás aspectos de la vida burguesa.
6. Necesariamente, el modo de producción capitalista es tecnológicamente dinámico. El impulso de crear revoluciones perpetuas en la productividad social del trabajo radica, en un principio, en las fuerzas gemelas de la competencia intercapitalista y la lucha de clases. Los cambios tecnológicos y organizativos dan ventajas a ciertos capitalistas sobre sus rivales y ayudan a garantizar un beneficio en el mercado. Proporcionan un arma (no siempre usada con éxito absoluto) para controlar la intensidad del trabajo y para disminuir la fuerza de los trabajadores en la producción, mediante la sustitución de destrezas monopolizables. También permiten a los capitalistas influir sobre la oferta de fuerza de trabajo (y en consecuencia sobre la tasa salarial) mediante la creación de desempleo tecnológicamente inducido. Los cambios en una esfera precisan de cambios paralelos en otra, y provocan reverberaciones masivas en todo el tejido de la sociedad burguesa (en especial en la esfera militar). El dinamismo tecnológico parece entonces perpetuarse a sí mismo, no siendo de extrañar que la ideología del progreso y de su inevitabilidad arraigue profundamente en la vida y en la cultura burguesas.
7. Por lo general el cambio tecnológico y organizativo exige inversión de capital y fuerza de trabajo. Esta verdad sencilla oculta poderosas implicaciones. Deben encontrarse medios para producir y reproducir excedentes de capital y trabajo que alimenten el dinamismo tecnológico tan necesario para la supervivencia del capitalismo.
8. La circulación del capital es inestable. Personifica contradicciones fuertes y perjudiciales que lo hacen tender crónicamente a las crisis. La teoría de la formación de crisis bajo el capitalismo es compleja y controvertida en sus deta-

lles, pero la consideración de los siete puntos anteriores refleja una contradicción básica. El sistema tiene que expandirse mediante la aplicación de trabajo vivo a la producción, mientras que la principal senda del cambio tecnológico es suplantar al trabajo vivo, el verdadero agente de la expansión, en la producción. El crecimiento y el progreso tecnológico, características necesarias de la circulación del capital, son antagónicos entre sí. El antagonismo subyacente explota periódicamente en forma de crisis totales de acumulación, de alteraciones completas del proceso de circulación del capital.

9. La crisis se manifiesta en general como una situación en la que los excedentes de capital y trabajo que el capitalismo necesita para sobrevivir ya no pueden absorberse. A este estado lo denomino *sobreacumulación*. El excedente de capital y el excedente de fuerza de trabajo existen uno junto a otro sin que en apariencia haya una manera de reunir a ambos para que desempeñen tareas socialmente útiles. La irracionalidad que acecha en el fondo de un modo de producción supuestamente racional aflora a la vista de todos. Es el tipo de irracionalidad, con enorme capacidad productiva inutilizada y elevado desempleo, en la que la mayoría de las economías occidentales se han hundido estos años pasados.
10. Los excedentes que no se pueden absorber se devalúan, a veces incluso se destruyen físicamente. El capital puede devaluarse en forma de dinero (mediante la inflación o el impago de deudas), en forma de mercancías (existencias no vendidas, ventas por debajo del precio de coste, desperdicio físico), o en forma de capacidad productiva (instalaciones productivas inutilizadas o infrautilizadas). La renta real de los trabajadores, su nivel de vida, su seguridad o incluso sus posibilidades de vivir (esperanza de vida, mortalidad infantil, etcétera) disminuyen seriamente, en especial para aquellos arrojados a las filas del desempleo. Las infraestructuras físicas y sociales que sirven de apoyo crucial a la circulación del capital y a la reproducción de la fuerza de trabajo también pueden descuidarse. Las crisis de devaluación envían profundas ondas sísmicas a todos los aspectos de la sociedad capitalista y generan a menudo agudas tensiones sociales y políticas, de cuyo fermento pueden surgir nuevas formas e ideologías políticas.

Yo sostengo que las crisis en el capitalismo son inevitables, sin importar qué medidas se tomen para mitigarlas. La tensión entre el crecimiento y el progreso tecnológico es demasiado poderosa para ser contenida en los confines de la circulación del capital. Sin embargo, el ingenio humano y la acción política pueden alterar el ritmo, la extensión espacial y la forma de manifestación de las crisis. A continuación examinaremos algunas de estas posibilidades. El ingenio y la acción política también pueden convertir las crisis en momentos catalizadores aunque traumáticos en el progreso humano, en lugar de permitir que se disuelvan en la barbarie, testimonio de la fragilidad y la futilidad de todas las aspiraciones ilustradas de los humanos. Aprovechar el momento de la crisis como oportunidad para realizar un cambio revolucionario creativo exige, sin embargo, un profundo conocimiento de cómo las crisis se forman y evolucionan.



## Los excedentes de capital y de fuerza de trabajo: el eje del desarrollo capitalista

La geografía histórica del capitalismo puede observarse mejor desde el punto de vista del triple imperativo de la producción, la movilización y la absorción de excedentes de capital y fuerza de trabajo. Sin la previa creación y movilización de dichos excedentes, ni siquiera podría empezar la circulación de capital y tampoco podría sostenerse la expansión. Por otra parte, la continua producción de potenciales excedentes de capital en forma de beneficio, unida a las revoluciones tecnológicas que arrojan a las personas de su puesto de trabajo, plantean igualmente de manera perpetua el problema de cómo absorber dichos excedentes sin devaluación. La probabilidad de crisis surge perpetuamente dentro de esta tensión entre la necesidad de producir y la necesidad de absorber los excedentes de capital y de fuerza de trabajo.

La acumulación originaria descansaba, de acuerdo con Marx, en la expropiación violenta de los medios de producción que situaba los excedentes de capital en manos de unos pocos mientras los muchos se veían obligados a convertirse en trabajadores asalariados para vivir. La migración de la fuerza de trabajo excedente del campo a la ciudad, la concentración urbana de la riqueza por parte de los comerciantes (que saqueaban el mundo mediante el intercambio injusto) y de los usureros (que debilitaban la propiedad de terrenos y la convertían en riqueza monetaria) junto con la extracción de un producto excedente del campo para beneficio de la ciudad, facilitó la concentración social y geográfica de los excedentes. Lo importante, sin embargo, es reconocer que los excedentes de capital y de fuerza de trabajo pueden generarse *fuera* de la circulación del capital y movilizarse a través de diversos procesos de acumulación primitiva y concentración geográfica.

Los excedentes necesarios pueden también producirse *dentro* del proceso de circulación del capital. Es posible convertir el beneficio en capital. De hecho, una condición necesaria para la realización del beneficio en el presente es la conversión de parte del beneficio pasado en nueva inversión de capital. Sólo de esta forma puede sostenerse la expansión necesaria de la que depende la supervivencia del capitalismo (Harvey, 1982, cap. 3). La producción de excedentes de fuerza de trabajo plan-

tea un problema más profundo. El desempleo se puede crear mediante el cambio tecnológico, pero el mantenimiento de un fondo constante de trabajadores excedentes mediante dicho mecanismo significa que las crisis provocadas por la tensión entre el cambio tecnológico y el crecimiento serían frecuentes y profundas. La acumulación primitiva, la movilización de reservas «latentes» (mujeres y niños, trabajadores de sectores no capitalistas) y el crecimiento de la población proporcionan fuentes alternativas de fuerza de trabajo excedente. En una sociedad puramente capitalista, parece que una tasa positiva de crecimiento de la población es a largo plazo la base más segura para una acumulación relativamente aproblemática, aunque a corto plazo también puede bastar, por ejemplo, el movimiento masivo de mujeres a la población activa (Harvey, 1982, cap. 6). Pero aquí encontramos un problema, porque la reproducción de la fuerza de trabajo no está bajo el control directo del capitalista. Éste puede pagar un salario social suficiente para reproducir la fuerza de trabajo, incluso para mejorar sus cualidades. Puede crear todo tipo de medios sociales para intentar influir en que los trabajadores tengan o no tengan hijos. Pero la respuesta de los trabajadores no está garantizada. La fuerza de trabajo no es, por lo tanto, una mercancía como cualquier otra. No se puede predecir por adelantado cómo concuerda la dinámica de la acumulación con el crecimiento poblacional, y toda la relación de la circulación del capital con la reproducción de la fuerza de trabajo sigue siendo un problema espinoso y quizá irresoluble.

Los excedentes de capital y de fuerza de trabajo, independientemente de cómo se produzcan, deben ser absorbidos. En condiciones normales, podríamos esperar que la afición capitalista por la acumulación se encargara de ello, si bien con fuertes ritmos cíclicos y discontinuidades ocasionalmente incómodas. Hay dos circunstancias generales en las que no se da este caso, y ambas son merecedoras de análisis. En primer lugar, la existencia de fuertes desproporciones en el ratio existente entre excedentes de capital y excedentes de fuerza de trabajo pueden hacer que uno u otro se devalúen. En segundo lugar, durante las crisis, los excedentes de capital y de fuerza de trabajo que se producen no pueden ser absorbidos y ambos se devalúan.

Los procesos por los cuales se producen excedentes de capital y de fuerza de trabajo no garantizan que éstos se puedan reunir en el tiempo y en el espacio en las proporciones correctas para ser absorbidos en un proceso dado de circulación del capital. En cierto grado, las tecnologías integradas en la circulación del capital pueden ajustarse para acomodar dichas diferencias, aunque a menudo a costa de una reestructuración radical. La libre movilidad geográfica de excedentes desigualmente distribuidos también puede ayudar. No obstante, surgen e incluso persisten situaciones en las que no se pueden absorber los excedentes de un determinado tipo porque no hay excedentes del otro en las cantidades y con las cualidades necesarias. O el capi-



tal o la fuerza de trabajo se devalúan, pero no ambos. En la medida en que la relación de poder dominante favorece al capital, la situación probablemente más persistente será la de escasez de capital y excedentes de fuerza de trabajo, con toda la devastación social que supone la devaluación de la fuerza de trabajo.

La situación que más me interesa, sin embargo, es aquella en la que coexisten excedentes desempleados tanto de capital como de fuerza de trabajo. Ésta es la situación que se produce durante las crisis en las que periódica e inevitablemente cae el capitalismo, porque su dinámica tecnológica disminuye su capacidad para sostener el crecimiento. Entonces, tanto el capital como la fuerza de trabajo se devalúan. ¿No hay manera de evitar este rotundo desastre social, económico y quizá incluso político? Plantear esa cuestión es preguntar, de hecho, si hay formas de absorber productivamente los excedentes abriendo nuevos conductos y sendas para la circulación del capital. Sostendré a continuación que los desplazamientos espaciales y temporales ofrecen amplias oportunidades para absorber los excedentes, aunque con drásticas consecuencias para la dinámica de la acumulación. Después demostraré que ninguna de dichas estrategias ofrece una solución permanente a las contradicciones internas del capitalismo, pero que el recurso a cualquiera de ellas (o a ambas) altera fundamentalmente la manera en que se expresan las crisis.

## El desplazamiento temporal mediante las inversiones a largo plazo

La circulación del capital debe completarse en un cierto intervalo de tiempo. Es lo que yo denomino «el tiempo de rotación socialmente necesario»: el tiempo medio necesario para hacer circular el capital a la tasa media de beneficio bajo condiciones normales de producción y circulación. Los capitalistas que hacen circular su capital con mayor rapidez que la media social obtienen un exceso de beneficios. Quienes no alcanzan la media sufren una devaluación relativa de su capital. Por lo tanto, la competencia genera presiones para acelerar los tiempos de rotación mediante el cambio tecnológico y organizativo. Asimismo, las condiciones anormales de devaluación se señalan normalmente mediante una desaceleración general (hablamos de una economía «lenta», con existencias acumuladas sin vender, etc.).

Pero parte del capital circula necesariamente a un ritmo mucho más lento, como sucede con el capital fijo (la maquinaria, la planta física y las infraestructuras) y con el fondo de consumo (productos de consumo duraderos, vivienda, etcétera). La producción de ciencia y tecnología, y la provisión de infraestructuras sociales de educación, sanidad, servicios sociales, sistema judicial, Administración pública, aplicación de la ley y protección militar, definen áreas en las que el tiempo de ges-

tación de proyectos es normalmente largo y el rendimiento de los beneficios (si existe) se extiende a lo largo de muchos años. Las inversiones de este tipo dependen de la creación previa de excedentes de capital y de fuerza de trabajo en relación con las necesidades de consumo actuales, pero nos encontramos la feliz circunstancia de que dichos excedentes se generan continuamente dentro del proceso de circulación del capital. ¿Qué mejor forma de absorberlos que convertirlos en proyectos a largo plazo en la formación de infraestructuras físicas y sociales? De hecho, la inversión en ciencia y tecnología y en la habituación de los trabajadores (mediante la educación o la represión) a ritmos de trabajo más intensivos, así como en nueva maquinaria, transporte y sistemas de comunicaciones, sistemas de información, nuevas instalaciones de distribución y similares, puede ayudar a promover tiempos totales de rotación más rápidos. Parte de la circulación del capital se ralentiza para promover la aceleración de los tiempos de rotación del resto.

Existe a este respecto la posibilidad de que se produzca un equilibrio dinámico en el cual se absorban los excedentes en la creación de infraestructuras físicas y sociales que faciliten la creación de más excedentes. Creo que dicha forma «espiral» explica en gran medida esas fases de desarrollo capitalista en las que el crecimiento interno parece autosostenido. También casi con seguridad estará marcada por enormes transformaciones en las estructuras de empleo, porque la creciente productividad de la producción básica se alcanza mediante la creciente absorción de excedentes en la producción y el mantenimiento de infraestructuras sociales y físicas.

Pero llega un punto en el que la espiral encuentra obstáculos insuperables. Entonces es interrumpida normalmente por una crisis en la que la fuerza de trabajo y el capital desplegados en todas partes se ven sometidos a la devaluación. Ahora tengo que demostrar cómo y por qué dichas interrupciones son inevitables. Para ello, debo primero explicar que los excedentes cambian de hecho de la producción y el consumo corrientes a las inversiones a largo plazo en infraestructuras físicas y sociales.

Considérese en primer lugar la reasignación de fuerza de trabajo. Existen graves problemas de fricción, porque los zapateros sobrantes no pueden convertirse al instante en científicos y sería de hecho un peón caminero muy inteligente aquel que pudiera incorporarse fácilmente al sector de la enseñanza si lo dictan las condiciones. La fuerza de trabajo no es cualitativamente homogénea, y los excedentes de un tipo no pueden normalmente ser absorbidos en otra parte. La transformación de las estructuras de empleo y ocupacionales es inevitablemente lenta, y esto puede en sí mismo poner a prueba la persistencia de cualquier forma de desarrollo en espiral.

La reasignación de capital excedente plantea igualmente problemas. El excedente puede darse en forma de dinero, de mercancías o de capacidad productiva.



Si existe en forma de valores de uso particulares (zapatos y camisas) o de capacidad productiva (tornos y hormas) no puede convertirse directamente en un ferrocarril o en un nuevo servicio educativo. Debe primero convertirse en dinero. Esto presenta el primer obstáculo que debe superarse, porque la sobreacumulación define un estado en el que la conversión fácil de una forma de capital a otra, y a la monetaria en particular, se ha hecho imposible. El crédito puede superar este obstáculo pero no lo hace inequívocamente. ¿Por qué no iba ese crédito a usarse para crear aún más excedentes del mismo tipo? ¿Por qué iba a ser atraído a la inversión a largo plazo cuando cada capitalista es profundamente consciente de la necesidad de adaptarse a los dictados del tiempo de rotación socialmente necesario? He aquí el segundo escollo que se debe superar. La respuesta a él es tan antigua como el propio capitalismo. Radica en la creación de «capital ficticio»: bonos, hipotecas, valores y acciones, deuda estatal y otros activos financieros (Harvey, 1982, caps. 9 y 10). Lo que hace el capital ficticio es convertir un proceso de circulación prolongado (el capital invertido en un ferrocarril, por ejemplo) en una tasa de rendimiento anualizada. Esto lo consigue facilitando la compraventa diaria de derechos sobre una porción del producto del trabajo futuro. A veces la tasa es fija (bonos) o variable, de acuerdo con lo que el trabajo produzca realmente cada año (acciones), pero se mide en términos exactamente comparables a la tasa de beneficio sobre el tiempo de rotación socialmente necesario en la producción corriente.

Mediante el uso del crédito y del capital ficticio, el capital excedente puede fluir de una esfera a otra. Cuando, por ejemplo, el rendimiento anualizado de cierto capital ficticio (acciones ferroviarias, deuda estatal, etc.) supera la tasa de beneficio en la producción corriente, se da un incentivo para que el capital pase de usos presentes a usos futuros. Es improbable que el cambio sea fácil, sin embargo, debido a la «pesadez» de muchas de las inversiones implicadas (ferrocarriles, hospitales, etc.) y a los diferentes periodos de funcionamiento requeridos para hacer que un proyecto resulte operativo. Además, la naturaleza de muchas de las inversiones –usos públicos y la dificultad de cobrar directamente por su uso– excluye a menudo la acción por parte de capitalistas individuales, de forma que es necesario crear nuevas formas organizativas especiales (agrupación de empresas, empresas estatales o semipúblicas) para crear ferrocarriles, puertos, universidades, centros científicos, educativos e infraestructuras similares. Los mercados de capitales también deben estar organizados para poder definir señales de mercado claras respecto a las diferencias en la tasa de rendimiento anualizada. Y, por último, las cualidades ficticias de las inversiones ligadas al producto del trabajo que tendrá lugar en el futuro introducen fuertes elementos de riesgo, incertidumbre, criterio humano y previsión.

En este mundo intrincado, en el que miles de inversores toman decisiones respecto a cómo desplegar mejor su capital dentro de un sistema financiero en el que

los futuros sobre productos se contratan junto a la deuda pública y empresarial, las hipotecas inmobiliarias, los títulos y las acciones, etcétera, el equilibrio dinámico entre los procesos de circulación a corto y a largo plazo podrían alcanzarse mediante la pura casualidad. Acechan en este mundo todo tipo de trampas e innumerables oportunidades de cometer errores de cálculo, que sumados son susceptibles de configurar un desequilibrio salvaje. El crédito y el capital ficticio pueden ser la poción mágica para hacer instantáneamente convertibles todos los capitales, pero, en realidad, constituyen una mezcla volátil, capaz de arder de manera casi instantánea en los fuegos de la formación de la crisis. Sin embargo, no podemos definir así la *necesidad* de las crisis, ya que se trata tan sólo de innumerables posibilidades que todavía podrían mantenerse controladas, en principio al menos, mediante oscilaciones compensatorias. La necesidad de las crisis debe establecerse de otro modo.

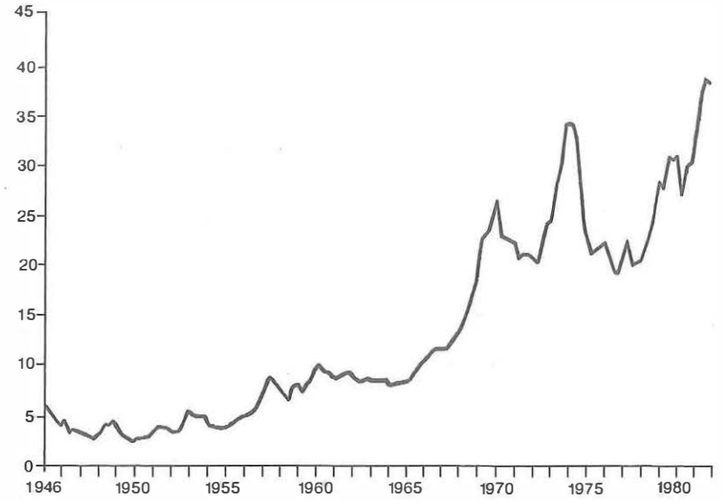
Considérese, entonces, el equilibrio dinámico en su fase menos conflictiva y más sencilla. El crédito equivalente a los valores de uso excedentes (mercancías y capacidad productiva) se añade al capital monetario excedente derivado de la producción corriente e invertido en forma de capital ficticio en proyectos a largo plazo. La fuerza de trabajo excedente encuentra entonces trabajo. La demanda añadida de bienes salariales y medios de producción se equipara a los valores de uso excedentes en la producción corriente. Las existencias disminuyen y la capacidad de utilización aumenta. Los precios y los beneficios se recuperan, la reinversión en producción corriente se reanuda y se generan nuevos excedentes de capital y de fuerza de trabajo que serán absorbidos una vez más mediante formación de capital ficticio y nueva inversión en proyectos a largo plazo. Dicho proceso puede continuar claramente *ad infinitum* siempre que no exista límite al volumen de formación de capital ficticio.

El capital ficticio, sin embargo, es un derecho sobre el trabajo futuro. Para que su valor se realice, el trabajo futuro debe desplegarse de manera que garantice una tasa de rentabilidad sobre la inversión inicial. Lo que ocurre, en efecto, es que los problemas actuales se absorben contrayendo futuras obligaciones. En la medida en que el problema es absorbido y no eliminado, el equilibrio dinámico supone un continuo desplazamiento temporal mediante la aceleración de la formación de capital ficticio. El volumen de endeudamiento aumenta y el trabajo futuro está crecientemente aprisionado en un marco de obligaciones contractuales (véase el cuadro 15.1). En algún momento habrá que saldar las deudas. El cuándo depende del tiempo de rotación del capital desplegado en las infraestructuras físicas y sociales determinadas. Pero acelerar la formación de capital ficticio –el verdadero núcleo de la espiral del desarrollo– supone que cada vez hay que dedicar más trabajo vivo de la producción corriente a amortizar obligaciones pasadas.



**Cuadro 15.1. Endeudamiento en el capitalismo avanzado, 1946-1980**

[en el eje vertical:] Pagos netos de intereses como % de la renta de capital




Surgen entonces dos posibilidades de formación de las crisis. En la primera, el capital sobreacumulado almacenado en infraestructuras físicas y sociales se realiza mediante un crecimiento activo de la producción corriente (facilitado en parte por la mejora de las infraestructuras). Después, sin embargo, el capital sobreacumulado fluye nuevamente del almacenamiento para combinarse con el exceso de capital existente en la producción corriente y crear fondos cada vez mayores de capital excedente. La capacidad de formación de nuevo capital ficticio es bloqueada bien por las restricciones de trabajo o de recursos, o bien por la circulación de capital en las infraestructuras existentes que no pueden ser alteradas antes de que su vida haya finalizado, so pena de sufrir una devaluación. Se produce entonces una crisis general en la que los excedentes de todas partes se ven sometidos a devaluación. En la segunda, el capital almacenado en infraestructuras físicas y sociales no se realiza y se devalúa. La crisis parece entonces provocada por el diferencial de productividad (y quizá por la escasez de capital y de trabajo) entre la producción corriente y el volumen de deudas contraídas. La devaluación se centra entonces en las deudas. Éstas pueden devaluarse socialmente mediante la monetarización (inflación) o individualmente mediante el impago de obligaciones contraídas a título privado.

A largo plazo, las crisis no pueden evitarse. ¿Pero cuánto dura el largo plazo? Ampliando la tendencia a sobreacumular hasta un futuro lejano, tal vez sea posible evitar las crisis durante muchos años. Pero cuanto más tiempo se eviten las crisis,

mayor será la cantidad de capital ficticio, más se intensificará el problema de la sobreacumulación en forma reprimida, y más profunda será la crisis final. Pero el «final» no tiene una fecha estricta. Incluso en medio de la crisis es posible reestructurar y ampliar las deudas para evitar el pleno impacto aquí y ahora.

La forma de la crisis también puede cambiar. Por ejemplo, la absorción de excedentes de capital y de fuerza de trabajo en rachas de construcción ferroviaria y urbanística especulativa, tan típicas del siglo XIX, produjo crisis periódicas de sobreacumulación de dichos activos. El momento de las crisis estaba en gran medida dictado por los tiempos de rotación típicos de dichos proyectos. El capital ficticio (valores y acciones ferroviarios, deudas de constructores) se devaluaba, las deudas se dejaban sin pagar, las empresas quebraban y los trabajadores eran despedidos. Aunque cada vez más intolerable desde el punto de vista del capital y del trabajo, este sistema tenía la virtud de dejar atrás el valor de uso del activo y al mismo tiempo eliminar de manera vigorosa e inequívoca el capital sobreacumulado. Por el contrario, la masiva absorción de excedentes mediante la acción estatal (construcción de autopistas, sanidad, educación) tan característica del periodo posterior a 1945, junto con el apoyo público al endeudamiento privado, han puesto recientemente el acento en la deuda avalada por el Estado. El ciclo de construcción prácticamente ha desaparecido y las restricciones tradicionales a la formación de capital ficticio se han eliminado mediante la acción estatal que suscribió de hecho un extenso auge económico que duró toda una generación. El Estado podía monetarizar la deuda acuñando más dinero. Pero esto produjo inflación, una forma de crisis que se forma lentamente y extiende la devaluación por toda la sociedad. El problema, por supuesto, es que cualquier ataque a la inflación revela el problema crónico de la deuda y cualquier ataque a ésta revela que la productividad no ha seguido el ritmo de la acelerada formación de deuda (¿cómo podría hacerlo?). El resultado final es la conversión de una crisis inflacionaria en una deflación más convencional en la que la devaluación tiene que ser administrada por el Estado.

Aunque no es mi intención dotar a este argumento teórico de verosimilitud histórica, no creo que fuera difícil hacerlo. El auge de posguerra, por ejemplo, estuvo en parte alimentado por la formación acelerada de capital ficticio y el aumento de la deuda avalada por el poder estatal. El efecto ha sido el de crear tal fuerza acumulada de devaluación que es difícil comprender cómo hará el capitalismo para salir de ella. Ahora vemos cómo se descuidan el capital y la fuerza de trabajo, que se están devaluando en la producción, la inversión y el mantenimiento de infraestructuras sociales y físicas, y el impago de parte de la deuda (normalmente mediante la reestructuración y la ampliación, como ha ocurrido con la ciudad de Nueva York, México, Brasil, Polonia y otros). Y la política estatal está atrapada entre la Escila de la inflación acelerada y el Caribdis de la devaluación salvaje. Acecha la perspectiva



de que podamos pagar el auge de 1945-1969 con el estancamiento y la depresión hasta finales de siglo. No podemos, sin embargo, ampliar mucho más el debate sin explorar la dimensión espacial.

## Teorización de la geografía histórica del capitalismo

La cuestión que debemos resolver ahora es si las dificultades internas del capitalismo pueden resolverse mediante la expansión o la reestructuración geográficas. ¿Hay, en resumen, una «solución espacial» a las contradicciones internas del capitalismo? La exportación de excedentes de fuerza de trabajo y de capital parece, después de todo, una forma bastante fácil de evitar la devaluación. A este respecto existen todo tipo de posibilidades para evitar las crisis, sostener la acumulación y modificar la lucha de clases mediante cambios y reestructuraciones geográficos. Pero mi conclusión es que las crisis adquieren un alcance más planetario y al mismo tiempo los conflictos geopolíticos se convierten en parte del proceso de formación y resolución de las crisis.

La senda hacia esta conclusión está plagada de todo tipo de dificultades. La cuestión del espacio y de la geografía es un hijastro tristemente descuidado en *toda* la teoría social; en parte, sospecho, porque su incorporación tiene un efecto abrumador sobre las proposiciones fundamentales de *cualquier* corpus de teoría social. Los microeconomistas que trabajan con una teoría de la competencia perfecta encuentran monopolios espaciales, los macroeconomistas encuentran tantas economías como bancos centrales y un peculiar flujo de relaciones de intercambio entre ellas, y los marxistas que buscan relaciones de clase encuentran barrios, comunidades, regiones y naciones. Marx, Marshall, Weber y Durkheim tienen en común que dan prioridad al tiempo y a la historia sobre el espacio y la geografía, y si en algún momento se ocupan de éstos, tienden a considerarlos como el contexto o el ámbito estable, aproblemático, de la acción histórica. Las relaciones espaciales y las estructuras geográficas cambiantes se acomodan mediante ajustes *ad hoc,* redefiniciones impuestas externamente de regiones y territorios dentro de los cuales y entre los cuales tiene lugar el flujo perpetuo del proceso social. La manera en la que se producen en principio las relaciones espaciales y las configuraciones geográficas pasa desapercibida, en su mayor parte, sin ser objeto de comentario alguno.

Hay algo extremadamente insatisfactorio en todo esto. Ante todo, acecha la desconfianza y muchas teorías del imperialismo afirman que la supervivencia del capitalismo en el siglo XX se ha asegurado exclusivamente mediante la transformación de las relaciones espaciales y el surgimiento de estructuras geográficas específicas (como las de centro y periferia, Primer Mundo y Tercer Mundo). Los «ciclos de in-

novación» que otros, impresionados por Schumpeter, consideran tan fundamentales para la absorción de los excedentes de capital y de fuerza de trabajo a lo largo del tiempo han estado a menudo muy relacionados con la transformación del espacio: ferrocarriles y barcos de vapor, la industria automotriz, el espacio aéreo y las telecomunicaciones. La sociedad anónima multinacional, con su capacidad para mover capital y tecnología rápidamente de un lugar a otro, de aprovechar diferentes recursos, mercados de trabajo y de consumo, y oportunidades de beneficio y al mismo tiempo para organizar su propia división territorial del trabajo, deriva buena parte de su poder de la capacidad de controlar el espacio y usar las diferencias geográficas de una manera que no estaba al alcance de la empresa familiar. En cualquier caso, las implicaciones de las drásticas transformaciones aparejadas a la geografía de la producción, el consumo y el intercambio en la historia del capitalismo son en sí mismas, con toda seguridad, dignas de estudio.

Afrontar directamente esa tarea podría ayudar a sanar cismas divisivos y dañinos presentes en la tradición marxista. El propio Marx esbozó con audacia la teoría de que la historia capitalista está propulsada por la explotación de una clase por parte de la otra. Lenin, por su parte, dio lugar a una tradición diferente en la que la explotación de la población de un lugar por la de otro (la periferia por el centro, el Tercer Mundo por el Primero) asume la escena central. Las dos retóricas de explotación coexisten incómodamente, y la relación entre ellas sigue siendo oscura. La base teórica del marxismo-leninismo se muestra por ello ambigua, dando lugar a intensísimos debates sobre el derecho a la autodeterminación nacional, la cuestión nacional, las perspectivas del socialismo en un solo país, el universalismo de la lucha de clases y otras similares.

A buen seguro, caricaturizo en cierta medida el pensamiento de Marx y Lenin para resaltar un problema fundamental. Con frecuencia Marx admite en sus escritos la importancia del lugar y del espacio. La oposición de campo y ciudad, la importancia de la división territorial del trabajo, la concentración de las fuerzas productivas en aglomeraciones urbanas, las diferencias geográficas en el valor de la fuerza de trabajo e incluso en el funcionamiento de la ley del valor, la importancia de reducir los obstáculos espaciales mediante innovaciones en los transportes y las comunicaciones, están presentes en sus obras (Harvey, 1975, 1982). E históricamente tiene que admitir que la transición al capitalismo (y la perspectiva del socialismo) difiere de un lugar a otro incluso en Europa Occidental (por no hablar de Rusia y Asia). La política de la cuestión irlandesa también lo obligó a afrontar la divergencia regional y cultural como algo fundamental para librar la lucha de clases. Pero nada de esto está realmente integrado en unas formulaciones teóricas convincentes con respecto al tiempo pero poco sólidas con respecto al espacio. Excluye la variación geográfica por considerarla una «complicación innecesaria». Su visión y



su teoría política están, considero, debilitadas por no haber incluido una dimensión sistemática y específicamente geográfica y espacial en su razonamiento.

A primera vista éste es el vacío que Lenin, quien abiertamente se inspira en Marx, parece llenar; pero al hacerlo se ve obligado a introducir las dimensiones geográficas y espaciales en sus argumentos cuando estudia los orígenes del capitalismo en Rusia y analiza las rivalidades interimperialistas que culminarán en la Primera Guerra Mundial. Pero resulta que las modificaciones son ajustes *ad hoc,* que dicen tan sólo que el capitalismo experimenta su propio curso específico de desarrollo dependiendo de las condiciones que se den en uno u otro territorio y que la dinámica fundamental del capitalismo lleva a las principales potencias capitalistas a luchas y enfrentamientos geopolíticos. Para introducir las interpretaciones marxianas en un marco geopolítico, Lenin presentó el concepto de Estado que, hasta hoy, sigue siendo el concepto fundamental por el que se expresa la territorialidad. Pero al hacerlo, dio por sentada la cuestión de cómo o por qué la circulación del capital y el despliegue de la fuerza de trabajo debía tener una orientación nacional y no planetaria, y de por qué los intereses de capitalistas o trabajadores debían o incluso podían expresarse como intereses nacionales. Lenin dio expresión geográfica a la dinámica del capitalismo a expensas de reabrir la cuestión histórica de la relación entre la sociedad civil y el Estado.

No acepto la idea de que las relaciones espaciales y la estructura geográfica puedan reducirse a una teoría del Estado o que para reconstruir la geografía histórica del capitalismo sea necesaria una teorización previa sobre el ascenso del Estado capitalista. Nuestra tarea, por el contrario, es desarrollar una teoría general de las relaciones espaciales y el desarrollo geográfico bajo el capitalismo que pueda, entre otras cosas, explicar la importancia y la evolución de las funciones estatales (locales, regionales, nacionales y supranacionales), el desarrollo geográfico desigual, las desigualdades interregionales, el imperialismo, el progreso y las formas de urbanización, etcétera. Sólo de esta forma podremos entender cómo se modelan y remodelan las configuraciones territoriales y las alianzas de clase, cómo pierden o ganan los territorios poder económico, político y militar, cuáles son los límites externos a la autonomía estatal interna (incluida la transición al socialismo), o cómo puede el poder estatal, una vez constituido, convertirse en sí mismo en obstáculo para una acumulación de capital sin obstrucciones, o en un centro estratégico desde el cual se puedan librar las luchas de clase o interimperialistas.

Debemos teorizar la geografía histórica del capitalismo, utilizando como método de investigación el materialismo histórico-geográfico. Fácil de decir pero difícil de hacer. Para empezar, encontramos una increíble variedad de entornos físicos y bióticos en toda la superficie terrestre, muchos de los cuales han sido sustancialmente modificados por siglos de acción humana. La diversidad de esa acción ha producido un variado paisaje geográfico en el que han arraigado profundas diferenciaciones cultura-

les y socioestructurales. Tal diferenciación geográfica particularista puede englobarse en la circulación del capital, pero en absoluto puede ser aplastada totalmente bajo el tacón homogeneizador de ésta. Contemplado en abstracto, el espacio también posee propiedades más complejas y particularistas que el tiempo. Es posible invertir el camino y avanzar en múltiples direcciones en el espacio, mientras que el tiempo simplemente pasa y es irreversible. La métrica del espacio también es más difícil de homogeneizar. El tiempo o el coste del movimiento por el espacio no encajan necesariamente entre sí, y ambos proporcionan métricas distintas a la simple distancia física. Comparados con esto, el cronómetro y el calendario son asombrosamente sencillos. El espacio geográfico es siempre el ámbito de lo concreto y lo particular. ¿Es posible elaborar una teoría de lo concreto y de lo específico en el contexto de las determinaciones universales y abstractas de la teoría marxiana de la acumulación capitalista? Ésta es la cuestión fundamental que hay que resolver.

## La producción de la organización espacial

Marx no estaba necesariamente equivocado al dar prioridad al tiempo sobre el espacio. El objetivo de aquellos relacionados con la circulación del capital debe ser, después de todo, controlar el *tiempo* del trabajo excedente y convertirlo en beneficio dentro del *tiempo de rotación socialmente necesario*. En consecuencia, desde el punto de vista de la circulación del capital, el espacio aparece en primer lugar como una mera incomodidad, un obstáculo que hay que superar. El capitalismo, concluye Marx con notable perspicacia, se caracteriza necesariamente por un esfuerzo perpetuo de superar todos los obstáculos espaciales y «aniquilar el espacio mediante el tiempo» (Marx, 1973, p. 539). Pero resulta que estos objetivos sólo se pueden alcanzar mediante la producción de configuraciones espaciales fijas e inmóviles (sistemas de transporte y demás). En el segundo caso, por lo tanto, encontramos la contradicción: la organización espacial es necesaria para superar el espacio. La tarea de la teoría espacial en el contexto del capitalismo es la de establecer representaciones dinámicas de cómo se expresa dicha contradicción a través de las transformaciones histórico-geográficas.

El punto de partida de dicha teoría debe radicar en la interacción entre las posibilidades de transportes y de comunicaciones, por una parte, y las decisiones de ubicación por la otra. Marx, por ejemplo, era firmemente partidario de la idea de que la capacidad de superar los obstáculos espaciales y aniquilar el espacio mediante el tiempo a través de la inversión y la innovación en sistemas de transporte y comunicaciones corresponde a las fuerzas productivas del capitalismo. Señalo de pasada que G. A. Cohen enumera el espacio pero no la capacidad de superarlo en



su por lo demás definitiva lista de fuerzas productivas (Marx, 1973, pp. 533-534; Cohen, 1978). El impulso de revolucionar las fuerzas productivas es tan fuerte en este terreno como en cualquier otro. La historia del capitalismo ha estado marcada, en consecuencia, por drásticas reducciones en el coste o en el tiempo del movimiento junto con mejoras en la continuidad del flujo. Las relaciones espaciales están, por lo tanto, constantemente sometidas a transformación. Otras formas de cambio tecnológico pueden alcanzar el mismo objetivo, pero por una ruta distinta. Hay abundantes ejemplos contemporáneos de cambios que liberan la producción de la dependencia de destrezas de trabajo, materias primas, productos intermedios, fuentes de energía, etc. localizadas. Al aumentar la gama de sustituciones posibles en un proceso de producción dado, los capitalistas pueden liberarse cada vez más de restricciones geográficas determinadas.

Pero dado que siempre existe alguna restricción espacial tecnológicamente definida, se mantiene la cuestión de qué ocurre dentro de los confines de dichas restricciones. Obviamente, para que la producción salga adelante el capital y la fuerza de trabajo deben reunirse en un punto particular del espacio. La fábrica es el punto de confluencia, mientras que la forma industrial de urbanización puede verse como una respuesta capitalista específica a la necesidad de minimizar el coste y el tiempo de movimiento bajo condiciones de relación intersectorial, una división social del trabajo dada y la necesidad de acceso a la oferta de trabajo y a los mercados de consumo finales. Algunos capitalistas, por medio de sus decisiones de localización determinadas, modelan la geografía de la producción, dándole configuraciones espaciales específicas.

El resultado de dichos procesos es una tendencia a lo que denominaré *coherencia estructurada* de la producción y el consumo dentro de un espacio dado. Esta coherencia estructurada, como señala Aydalot, abarca las formas y las tecnologías de producción (pautas de relaciones intersectoriales de uso de recursos, formas de organización, tamaño de la empresa), las tecnologías, las cantidades, y las cualidades del consumo (el nivel y el estilo de vida de los trabajadores y de la burguesía), los patrones de demanda y oferta de trabajo (jerarquías de destrezas de trabajo y procesos de reproducción social para garantizar la oferta de las mismas) y de infraestructuras físicas y sociales (a los que nos referiremos a continuación) (Aydalot, 1976). El territorio en el que prevalece esta coherencia estructurada se define en general como el espacio en el que el capital puede circular sin que el coste y el tiempo de movimiento excedan los límites del beneficio impuestos por el tiempo de rotación socialmente necesario. Una definición alternativa sería la del espacio en el que prevalece un mercado de trabajo relativamente coherente (el espacio en el que la fuerza de trabajo puede sustituirse a diario –con un rango de desplazamiento definido por el coste y el tiempo del movimiento diario de los trabajadores– es un principio

de desagregación espacial muy importante bajo el capitalismo). La coherencia territorial se hace aún más marcada cuando está formalmente representada por el Estado. Las políticas que regulan el proceso de trabajo, la organización del trabajo, el nivel de vida de los trabajadores (políticas de seguridad social y similares), la regulación y la remuneración adecuadas del capital, etcétera, son aplicables a todo el territorio. La coherencia se refuerza informalmente, aunque con fuerza similar, mediante la persistencia o la creación de culturas y conciencias nacionales, regionales o locales (incluidas las tradiciones de lucha de clases) que dan un significado físico más profundo a las perspectivas territoriales.

Existen, por lo tanto, procesos operativos que definen los *espacios regionales* dentro de los cuales la producción y el consumo, la oferta y la demanda (de mercancías y de fuerza de trabajo), la producción y la realización, la lucha de clases y la acumulación, la cultura y el estilo de vida se unen como una especie de coherencia estructurada en una totalidad de fuerzas productivas y relaciones sociales.

Existen también, sin embargo, procesos que socavan esta coherencia inherentes a las características primordiales del capitalismo determinadas al comienzo de este artículo. En primer lugar, la acumulación y la expansión, junto con la necesidad de producir y absorber los excedentes de fuerza de trabajo y de capital, hacen que en el interior de una región se acumulen presiones que se extienden al exterior (por ejemplo, la exportación de capitales) o que tienen un efecto de atracción hacia el interior (por ejemplo, la inmigración). En segundo lugar, revoluciones tecnológicas que liberan a la producción y al consumo de las restricciones espaciales, junto con la mejora en la capacidad de superar las barreras espaciales y de aniquilar el espacio mediante el tiempo, hacen que los límites de una región se vuelvan altamente porosos e inestables. La especialización territorial y los vínculos interregionales aumentan con la creciente facilidad de integración espacial. En tercer lugar, la lucha de clases dentro de un territorio puede forzar a los capitalistas o a los trabajadores a buscar en otra parte las condiciones más propicias para su respectiva supervivencia. Finalmente, las revoluciones de las formas de organización capitalista (el ascenso del capital financiero, las sociedades anónimas multinacionales, la fabricación en plantas filiales, etcétera) permiten un mayor control sobre espacios progresivamente mayores por parte de los capitalistas asociados.

Dichas fuerzas tienden a socavar cualquier coherencia estructural dentro de un territorio. Pueden hacer más hincapié en la división internacional que en la división localmente integrada e inducir que la interdependencia interregional sea más significativa que la coherencia regionalmente definida. Pueden hacer que los límites territoriales sean inadecuados y forzar su modificación. Pueden incluso debilitar el poder local o del Estado-nación mediante la producción de una crisis presupuestaria cuya solución exija un ataque respaldado por el Estado a los niveles de vida de



los trabajadores, a las jerarquías tradicionales de la fuerza de trabajo o al poder de los capitalistas locales frente a los multinacionales. La conciencia y la cultura regionales pueden de igual manera debilitarse y transformarse en pálidas sombras de lo que eran.

Ante fuerzas tan poderosas, la persistencia de cualquier tipo de coherencia regional estructurada resulta sorprendente. Se debe en parte a las peculiares necesidades de infraestructuras para mejorar las movilidades espaciales del capital y de la fuerza de trabajo. Dado que las mejoras de este tipo se consideran, como es lógico, amenazas eminentes para la coherencia regional, evidentemente tenemos entre manos una paradoja que merece mayor explicación.

Considérese, en primer lugar, la movilidad del capital. Ésta, como he demostrado en otra parte, debe primero desagregarse en la movilidad de los diferentes tipos de capital (Harvey, 1982, cap. 12). El coste y el tiempo de movimiento del dinero en estos días de avanzados sistemas de crédito y telecomunicaciones son fenomenalmente bajos. En este ámbito es donde mejor podemos ver el estado de perfección alcanzado por el capitalismo en la aniquilación del espacio mediante el tiempo. El coste y el tiempo empleados para trasladar mercancías también ha ido disminuyendo en el pasado siglo y medio, hasta el punto de que los costes de transporte ya sólo son importantes en las decisiones de ubicación de unas cuantas industrias. La movilidad geográfica de la capacidad de producción, por otra parte, se enfrenta a mayores limitaciones. Cuanto más depende un sector del capital fijo e inmovilizado de vida relativamente duradera, más dificultades tiene para moverse sin experimentar devaluación. Estas capacidades diferentes de movilidad geográfica de los distintos estados del capital dentro del proceso total de circulación del capital introducen todo tipo de tensiones *inherentes a* ese proceso de circulación en el espacio.

Las dejaré a un lado por el momento para pasar al punto fundamental. Cada forma de movilidad geográfica del capital requiere infraestructuras espaciales fijas y seguras para poder funcionar con eficacia. La increíble capacidad de mover el dinero por todo el mundo, tan característica de la era contemporánea, no sólo exige un sistema de telecomunicaciones bien organizado sino, como mínimo, un respaldo seguro al sistema de crédito por parte de instituciones estatales, financieras y jurídicas. Se ponen así de manifiesto la territorialidad del dinero y la importancia del poder estatal para garantizar la calidad del dinero dentro de su territorio. De igual manera, la capacidad para mover mercancías depende de la construcción de un sistema de transporte avanzado, eficaz y estable respaldado por todo un conjunto de infraestructuras sociales y físicas (desde servicios jurídicos hasta almacenes) que faciliten y garanticen el intercambio. La producción, por su parte, no sólo usa el capital fijo e inmovilizado directamente empleado por ella, sino que también depende de toda una matriz de servicios físicos y sociales (desde alcantarillas a científicos) que deben

estar disponibles *in situ*. De ello se deduce que los productores pueden mejorar su capacidad de moverse en la medida en que otros agentes (principalmente el Estado) se responsabilicen de partes cada vez mayores de los costes infraestructurales fijos e inmovilizados. La creciente movilidad del capital de producción en las pasadas dos décadas ha derivado exactamente de tales estrategias.

Considérese ahora la movilidad política de la fuerza de trabajo. Predominan a este respecto todo tipo de contracorrientes complejas que no obstante nos llevan a un resultado básico similar. Desde el punto de vista del proceso de desarrollo capitalista, la libre movilidad geográfica de la fuerza de trabajo y su fácil adaptación a la cambiante circulación del capital en el espacio parece una condición necesaria. Por otra parte, los capitalistas individuales prefieren claramente una fuerza de trabajo estable y fiable y una oferta de trabajo cautiva (con adecuados excedentes de fuerza de trabajo que garanticen al capitalista el control sobre el proceso de trabajo y las tasas salariales). Con este fin, pueden respaldar activamente los procesos básicos de reproducción social (educación, religión, asistencia sanitaria, servicios sociales, incluso seguridad social) destinados a la producción y conservación de una determinada cantidad y calidad de la fuerza de trabajo en un territorio dado. Pueden respaldar las acciones estatales que restringen la libre movilidad de la fuerza de trabajo. Los trabajadores, por su parte, se enfrentan a un dilema similar. Si no pueden huir por completo del sistema de salarios, presumiblemente se moverán para mejorar sus salarios reales, sus condiciones de trabajo, etcétera. La ironía a este respecto es que el proceso de desarrollo capitalista se basa exactamente en dicho comportamiento para coordinar la demanda y la oferta de fuerza de trabajo en el espacio. Pero por otra parte, los trabajadores también pueden mejorar su situación si se quedan en un lugar, se organizan colectivamente y luchan por alcanzar una vida mejor. Con este fin, pueden crear sus propias infraestructuras sociales y físicas (o aceptar las promovidas por la burguesía), luchar por controlar el aparato estatal y de esa forma aumentar su capacidad para mejorar su vida. Y en la medida en que tengan éxito, también pueden respaldar medidas que restrinjan la movilidad geográfica de la fuerza de trabajo (la inmigración en particular). La tensión entre la libre movilidad geográfica y los procesos de reproducción organizados dentro de un territorio limitado existe para los capitalistas y los trabajadores por igual. Y la solución de esa tensión para cualquiera de ellos depende crucialmente del estado de la lucha de clases. La huida del capital (y el consiguiente debilitamiento de la coherencia territorial y del poder estatal) es una respuesta típica a las victorias de la clase trabajadora en un territorio, al igual que la movilidad individual de los trabajadores para escapar a las formas más crueles de explotación capitalista. De nuevo dejaré por el momento dichas tensiones a un lado para llegar a mi argumento inmediato: nada de esto puede ocurrir de manera completamente ajena a las infraestructuras sociales y



físicas inmovilizadas que hacen falta para garantizar la reproducción de una fuerza de trabajo en cierta cantidad y con una determinada calidad.

Podemos ahora deducir una conclusión fundamental. La capacidad del capital y de la fuerza de trabajo para moverse con rapidez y a bajo coste de un lugar a otro depende de la creación de infraestructuras físicas, seguras y en gran medida inmovilizadas. La capacidad para superar el espacio se basa en la producción de espacio. Las infraestructuras necesarias absorben, sin embargo, capital y fuerza de trabajo en su producción y mantenimiento. Nos aproximamos aquí al núcleo de la paradoja. Una porción del capital y de la fuerza de trabajo totales debe ser inmovilizada en el espacio, congelada en su lugar, para facilitar una mayor libertad de movimiento al resto. Pero también se puede invertir por completo al argumento, porque la viabilidad del capital y del trabajo invertidos a la producción y al mantenimiento de dichas infraestructuras sólo puede asegurarse si el capital restante circula por sendas espaciales durante un lapso temporal concordante con el patrón geográfico y la duración de dichas dedicaciones. Si no se cumple esta condición –por ejemplo, si se genera insuficiente tráfico para hacer que el ferrocarril sea rentable, o si no se expande la producción después de una enorme inversión en educación– el capital y el trabajo invertidos se devalúan. Los cambios geográficos en la circulación de capital y en el despliegue de la fuerza de trabajo pueden tener sobre las infraestructuras físicas y sociales un impacto tan destructivo, aunque geográficamente específico, como los trastornos temporales descritos anteriormente.

Permítaseme ahora resumir el argumento. La coherencia regional estructurada hacia la que tienden la circulación del capital y el intercambio de fuerza de trabajo bajo restricciones espaciales tecnológicamente determinadas tiende a su vez a ser debilitada por las poderosas fuerzas de la acumulación y la sobreacumulación, el cambio tecnológico y la lucha de clases. La capacidad debilitadora depende, sin embargo, de las movilidades geográficas del capital y de la fuerza de trabajo; y éstas dependen, a su vez, de la creación de infraestructuras fijas e inmovilizadas cuya permanencia relativa en el paisaje del capitalismo refuerza la coherencia regional estructurada que está siendo debilitada. Pero entonces la viabilidad de las infraestructuras se pone a su vez en riesgo mediante la acción de las movilidades geográficas que éstas facilitan.

El resultado sólo puede ser una inestabilidad crónica en las configuraciones regionales y espaciales, una tensión dentro de la geografía de la acumulación entre la fijeza y el movimiento, entre la creciente capacidad para superar el espacio y las estructuras espaciales inmovilizadas que hacen falta para dicho fin. Deseo resaltar que esta inestabilidad es algo que ninguna cantidad de intervencionismo puede curar (de hecho, tiene el hábito de generar todo tipo de consecuencias inesperadas a partir de políticas estatales aparentemente racionales). El desarrollo capitalista debe avanzar por el filo de navaja entre conservar el valor de compromisos asumidos en determinado lugar en el

pasado, o devaluarlos para abrir nuevo espacio a la acumulación. El capitalismo lucha perpetuamente, en consecuencia, por crear un paisaje social y físico a su propia imagen y exigencia, para sus propias necesidades en un momento determinado en el tiempo, sólo para ciertamente debilitar, desestabilizar e incluso destruir ese paisaje en un momento posterior en el tiempo. Las contradicciones internas del capitalismo se expresan mediante la remodelación y recreación continua de paisajes geográficos. Éste es el son al que la geografía histórica del capitalismo debe bailar incesantemente.

## La formación de alianzas de clase regionales y la inestabilidad de las mismas

Todos los agentes económicos (individuos, organizaciones, instituciones) toman decisiones sobre la circulación de su capital o el despliegue de su fuerza de trabajo en un contexto marcado por una profunda tensión entre separarse e irse adonde la tasa de remuneración sea más elevada, o quedarse, apegados a compromisos pasados para recuperar valores ya materializados. La manera de solucionar esta tensión entre la inmovilidad y el movimiento es fundamental para nuestra teoría. Es el puente conceptual que nos permite, si lo construimos adecuadamente, integrar la historia de la dinámica capitalista ofrecida por Marx con la geografía de la dinámica capitalista presentada por Lenin.

Lo que intentaré demostrar es que las alianzas de clase regionales, imprecisamente establecidas en un territorio y por lo general (aunque no de manera exclusiva o única) organizadas a través del Estado, son una respuesta necesaria e inevitable a la necesidad de defender unos valores ya materializados y una coherencia regional estructurada ya conseguida. La alianza también puede promover activamente condiciones favorables para la nueva acumulación en su región. Pero demostraré también que dichas alianzas son irremediablemente inestables. No pueden contener las fuerzas fundamentales que componen las crisis mientras interiorizan divisiones entre clases y entre facciones potencialmente explosivas. Sus límites son también muy porosos y están sujetos a modificación.

Diferentes facciones de capital y trabajo tienen diferentes intereses dentro de un territorio, dependiendo de la naturaleza de los activos que controlen y de los privilegios con los que cuenten. Algunas son más fáciles de atraer que otras a una alianza de clase regional. Los propietarios de tierras y de inmuebles, los promotores y los constructores, quienes poseen deuda hipotecaria y los funcionarios estatales son quienes más pueden beneficiarse. Los sectores de producción que no pueden moverse con facilidad (debido al capital fijo que emplean o a otras restricciones espaciales) tenderán a apoyar una alianza y a dejarse tentar o a verse obligados a comprar la paz y las destrezas del trabajo local negociando los salarios y las condiciones de trabajo. Las facciones de trabajadores que mediante la lucha o debido a la escasez han conseguido crear islas de privilegio en un mar de explotación también se unirán con seguridad a la causa de la alianza para conservar sus ventajas. Si un acuerdo local entre el capital y el trabajo es útil para la acumulación y para el nivel de vida de los trabajadores (algo que puede darse durante un tiempo), tal vez lo apoye la mayoría de las facciones de la burguesía y de la clase trabajadora. Y la alianza tampoco es, quiero resaltar, de carácter puramente defensivo. La experiencia demuestra que una economía regional organizada con eficacia (esa coherencia estructurada a la que ya hemos hecho referencia), repleta de infraestructuras sociales y físicas adecuadas, puede ser beneficiosa para la mayoría. El fortalecimiento comunitario y regional se convierte en parte importante del juego, ya que todos los elementos de la alianza intentan captar y contener la totalidad de los beneficios que pueden obtenerse de canalizar los flujos de capital y de fuerza de trabajo al territorio que se encuentra bajo su control. La lucha por la solidaridad comunitaria, regional o nacional como ideología subyacente a la alianza puede respaldar, reconstituir y en algunos casos (como creo que puede demostrarse respecto a Estados Unidos) crear activamente culturas y tradiciones locales y regionales. La conclusión es ineludible: si las estructuras regionales y las alianzas de clase no existieran ya, los procesos que funcionan en el capitalismo las crearían necesariamente.

Adelanto esta propuesta independientemente de cualquier apelación al concepto de Estado, porque deseo resaltar que el impulso hacia la formación y la disolución del Estado bajo el capitalismo debe entenderse en el contexto de las fuerzas que contribuyen a la formación y a la disolución de alianzas de clase regionales. El Estado es diferente, sin embargo, de otros agentes en diversos aspectos. En primer lugar, su personal tiene como objetivo el territorio y la integridad del territorio en un grado no característico de otros agentes. En segundo lugar, debido a su autoridad, puede dar forma y cohesión más firmes a las alianzas de clase regionales mediante las instituciones de la ley, la gobernación, la participación política y la negociación, la represión y el poder militar. En tercer lugar, puede imponer límites relativamente firmes a bordes geográficos de otro modo porosos e inestables. Por último, debido a sus competencias fiscales y al control de la política presupuestaria y monetaria, puede promover y sostener activamente esa coherencia regional estructurada de la producción y el consumo a la que el capitalismo tiende en todo caso, y asumir las inversiones en infraestructura que los capitalistas individuales no podrían abordar. También puede convertirse en agente central para la promoción de la ideología nacionalista. Por todas estas razones, el Estado es clave para la expresión de la tendencia a formar alianzas de clase regionales, y añade su propia lógica específica a este proceso subyacente fundamental.

El resultado final es una alianza de clase regional que normalmente se basa en el aparato de poder estatal, estimula el fortalecimiento comunitario y se esfuerza por propiciar la solidaridad comunitaria o nacional como medio para promover y defender una amalgama de diversos intereses de clase y de facción dentro de un territorio. La competencia espacial entre localidades, ciudades, regiones y naciones adquiere un nuevo significado a medida que cada alianza regional intenta captar y retener beneficios en competencia con otras. Los procesos mundiales de lucha de clases parecen disolverse ante nuestros ojos en una variedad de conflictos interregionales. Lenin se confirma.

Pero los procesos tan bien descritos por Marx menoscaban la estabilidad de cualquier alianza de clase regional. La acumulación y la sobreacumulación, la lucha de clases y el cambio tecnológico desestabilizan y transforman las alianzas regionales del mismo modo que afectan a todas las configuraciones espaciales fijas. Incluso los aliados más sólidos de una alianza regional pueden sentirse tentados a abandonarla, hasta en el mejor de los tiempos; y en el peor de los tiempos, el comportamiento individual se vuelve muy impredecible. La competencia fuerza a todos los agentes económicos a mantenerse alerta en busca de la principal oportunidad para realizar un cambio geográfico que les conceda ventaja sobre sus rivales. La inestabilidad se produce en parte porque los individuos no tienen el lujo de saber con exactitud qué harán sus rivales. Problemas similares surgen en el ámbito de la lucha de clases. Aunque el capital y el trabajo puedan establecer una alianza en algunas cuestiones (obstáculos a importaciones baratas, por ejemplo) u optar por una fórmula conciliatoria en otras (los procedimientos de negociación colectiva, por ejemplo), el antagonismo entre ellos nunca puede desaparecer por completo. Y cuando la lucha de clases se agudiza, la alianza se vuelve cada vez más frágil. Algunas facciones del capital pueden sentirse tentadas a huir completamente de la región o a atacar al poder de los trabajadores mediante amenazas de irse o de abrir vías a las importaciones baratas o a trabajadores inmigrantes que cobren salarios bajos, por ejemplo. Dichas amenazas tal vez se ganen el antagonismo de otras facciones del capital que no pueden escapar tan fácilmente a los compromisos locales. Financieros, productores, comerciantes, terratenientes, etc. no están necesariamente de acuerdo entre sí. Y el trabajo, que en un momento adoptó políticas conciliadoras para consolidar su posición en la alianza de clases, puede sentirse tentado a resucitar exigencias más revolucionarias. Las condiciones para la ruptura y la desintegración de la alianza regional siempre están presentes. Al final, la dinámica del capitalismo tiende a resquebrajar las mismas alianzas que inicialmente promueve. Las tensiones se vuelven especialmente fuertes en condiciones de crisis. Entonces parece que la única manera de mantener intacta la alianza es buscar una solución externa a los problemas de la región.



## La búsqueda de la «solución espacial»

Volvamos ahora a la cuestión inicial, adecuadamente modificada para tener en cuenta las condiciones geográficas generales bajo las cuales se produce la acumulación. Ante una «dialéctica interna» que tiende al desequilibrio, ¿puede una alianza regional mantener su cohesión y evitar la sobreacumulación y la devaluación mediante la expansión y la reestructuración geográficas? ¿Es posible enajenar y remunerar los excedentes de capital y de fuerza de trabajo estableciendo relaciones externas con otras regiones?

Una expansión del comercio exterior de poco o nada sirve para resolver el problema. Las mercancías excedentes se venden y pronto se recibe su equivalente en valor en forma de otras mercancías. Esto no sirve para aliviar una situación de excedente general. Si, sin embargo, el comercio se financia mediante crédito (o el país afectado está dispuesto a mantener indefinidamente una balanza comercial negativa) las cosas parecen muy distintas. Una región puede prestar capital monetario excedente a otra y de esa manera financiar la compra de sus propias mercancías excedentes, garantizando así el pleno empleo de su capacidad productiva y de su fuerza de trabajo. Esta combinación de desplazamiento temporal y espacial puede funcionar bien, a menudo durante extensos periodos de tiempo, hasta que vencen las deudas. La única manera de poder pagarlas es ampliando las importaciones de mercancías, lo cual sólo sirve para exacerbar el problema de la sobreacumulación en el interior. De lo contrario, las deudas no pueden pagarse y el dinero prestado se pierde.

La fuerza de trabajo excedente puede enviarse al extranjero a fundar colonias. Esta solución plantea dos problemas. En primer lugar, si el trabajo puede trasladarse libremente a una existencia no alienada en cualquier frontera, se pierde el control del capitalista sobre la oferta de trabajo interna y se debilita una condición importante para la perpetuación del capitalismo. En segundo lugar, la exportación de la fuerza de trabajo sobrante no ayuda al capital excedente que queda atrás, a no ser que éste sea absorbido mediante una demanda creciente desde las colonias. Pero entonces la colonia debe producir mercancías para pagar los bienes que compra. Y eso significa más excedentes de mercancías y de capital a largo plazo.

La exportación de capital que no va acompañada de fuerza de trabajo o el flujo inverso de fuerza de trabajo sin capital pueden tener un efecto paliativo temporal y escaso en la tendencia a la sobreacumulación. El beneficio se produce porque la rápida expansión de la oferta de trabajo forma, como ya hemos visto en este artículo, una base más segura para la acumulación relativamente aproblemática de lo que se daría en condiciones de bajo crecimiento de la población. Se movilizan entonces procesos de acumulación primitiva fuera de la región como medio para gestionar y controlar la oferta de fuerza de trabajo en relación con el capital disponible dentro de la región.

De ese modo disminuye el impulso de crear excedentes de trabajo dentro de la región mediante procesos internos a la circulación del capital. El efecto es «escaso» desde el punto de vista de la mayoría de los trabajadores, aunque para los grupos privilegiados de una alianza regional los efectos pueden ser positivos, porque en el interior puede mantenerse un pleno empleo relativo. Dichos grupos privilegiados pueden respaldar los programas de inmigración temporal controlada y el neocolonialismo externo como cuestión de interés propio inmediato. Pero a largo plazo, el aumento de las tasas de explotación y de expansión produce cada vez más capital. De manera que por importantes que sean los procesos de acumulación primitiva en el exterior, no proporcionarán una solución permanente al problema, aunque no haya un límite a la población disponible y no encuentren resistencia alguna.

Si, sin embargo, el exceso de capital y de fuerza de trabajo se utiliza para crear nueva capacidad productiva en nuevas áreas, los excedentes se absorberán durante periodos mucho más largos. La inversión en infraestructuras básicas, como hemos visto, opera a largo plazo, mientras que la expansión continua de toda una nueva economía capitalista regional crea una demanda continua y creciente de excedentes de capital y fuerza de trabajo producidos en el interior. El único problema de esta solución es que la nueva economía regional tiende a alcanzar su propia coherencia estructurada interna, a modelar su propia alianza de clases para promover y proteger sus intereses, y está en sí misma destinada a volverse expansiva, tecnológicamente dinámica, acosada por la lucha de clases e inherentemente inestable. Empieza también a producir excedentes de capital y de fuerza de trabajo que cada vez resultan más difíciles de absorber. También ella se ve obligada a largo plazo a buscar su propia «solución espacial». Al hacerlo, se encuentra inevitablemente en competencia con el país de origen en el mercado mundial y, si gana, puede provocar la devaluación en la economía de origen mediante la competencia internacional. Por tomar un ejemplo obvio, en el siglo XIX, enormes cantidades de capital excedente y de fuerza de trabajo fueron desviados de Gran Bretaña a Estados Unidos, pero al final fue Estados Unidos el que derrotó a Gran Bretaña en el mercado mundial.

Para evitar dicha eventualidad, el país de origen debe imponer a la nueva región formas de desarrollo dependientes. La economía subordinada sólo produce entonces lo que el país de origen quiere y en las cantidades que éste necesita. El libre desarrollo de un nuevo capitalismo regional se mantiene bajo vigilancia; y sea cual sea la alianza de clase regional que surja, el país de origen la mantiene firmemente bajo control. Pero el territorio dependiente no puede entonces expandirse con suficiente rapidez como para absorber los excedentes originados en el país inicial. La exportación de capital pronto cae en una mera relación comercial que no puede hacer nada por aliviar los problemas de sobreacumulación subyacentes. Así India, bajo el dominio británico desde el comienzo, no supuso un reto competitivo para la industria británica, pero por la misma



razón fue un campo de absorción de excedentes mucho menos significativo que, por ejemplo, Estados Unidos. El mismo principio se manifestó después de la Segunda Guerra Mundial. Los excedentes estadounidenses encontraron mucha más acomodación en Europa Occidental y Japón que en el Tercer Mundo, pero fueron aquellos los que plantearon el mayor reto competitivo para Estados Unidos en los mercados mundiales.

Hay, evidentemente, un callejón sin salida del siguiente tipo: para que la nueva región absorba los excedentes, debe permitírsele evolucionar libremente hacia una economía plenamente capitalista que acabará por producir sus propios excedentes y de ese modo entablar una competencia internacional con la base original. Si la nueva región se desarrolla de manera restringida y dependiente, la tasa de expansión no será suficientemente rápida para absorber los excedentes cada vez mayores de la economía original. Se produce la devaluación: a no ser, por supuesto, que se puedan abrir nuevas regiones al crecimiento. El efecto, sin embargo, como hace tiempo observaron Marx y Lenin, es extender las contradicciones del capitalismo a esferas cada vez más amplias y darles una amplitud de funcionamiento cada vez mayor.

Pero, *nota bene,* el capitalismo puede abrir un considerable espacio de respiro para su propia supervivencia acudiendo a la «solución espacial», en especial cuando se combina con desplazamientos temporales como los descritos antes. Es como si, habiendo intentado aniquilar el espacio mediante el tiempo, el capitalismo comprara tiempo para sí mismo a partir del espacio que conquista. Así, aunque podamos seguir afirmando que las crisis no pueden evitarse a largo plazo, tenemos que aceptar que el largo plazo puede durar mucho. Pero el largo plazo también debe estar salpicado de lo que antes he denominado intensas «crisis de desplazamiento», momentos catastróficos que remodelan toda la geografía de la acumulación de capital, descomponen las estructuras espaciales rígidas y las alianzas de clase regionales, incluso debilitan el poder de las formaciones estatales y las reconstituyen en una nueva configuración geográfica capaz de acomodar mejor la poderosa dinámica expansionista, conflictiva y tecnológica de un flujo de capitales inquieto y cambiante (Harvey, 1978; 1982, cap. 13). Pero perpetuamente surge la cuestión de qué ocurre cuando, por cualquier razón, la «solución espacial» se frustra y las deudas contraídas en el desplazamiento temporal deben saldarse.

La exclusión de cualquier solución espacial permite a Marx concentrar su atención en los procesos fundamentales de la formación de las crisis. La teoría de la sobreacumulación-devaluación revela el intenso poder destructivo que acecha bajo la fachada de progreso tecnológico y racionalidad del mercado que presenta el capitalismo. En el transcurso de una crisis, se devalúan y destruyen enormes cantidades de capital, los trabajadores y su fuerza de trabajo sufren un destino parecido, y los capitalistas se devoran y liquidan mutuamente en esa «guerra de todos contra todos» que constituye el sello definitivo del modo de producción capitalista.

Lo que Marx no anticipa en ninguna parte pero Lenin destaca es la conversión de este proceso en una lucha económica, política y militar entre Estados-nación. Hemos planteado ahora una propuesta más general. Ante los inexorables procesos de formación de crisis, la búsqueda de una solución espacial convierte la amenaza de devaluación en una lucha entre alianzas regionales inestables sobre quién debe soportar el embate de la crisis. Ante la perspectiva de dividirse en mil pedazos en guerra, puede consolidarse una alianza regional que dirija sus tendencias destructivas hacia el exterior. La exportación del desempleo, de la inflación y de la capacidad productiva ociosa convierte las opciones en un juego sucio. Guerras comerciales, competencia desleal, aranceles y cupos, restricciones al flujo de capitales y al cambio exterior, guerras de tipos de interés, políticas de inmigración, conquista colonial, subyugación y dominio de economías tributarias, reorganización forzosa de la división territorial del trabajo dentro de los imperios económicos (incluso empresariales) y, finalmente, la destrucción física y la devaluación forzosa alcanzadas mediante el enfrentamiento militar y la guerra, pueden incluirse como parte integrante de los procesos de formación y resolución de las crisis. La búsqueda de la «solución espacial» adopta un giro perniciosamente competitivo y quizá incluso violento.

## La geopolítica del capitalismo

El año 1980 dio inicio a una década difícil y peligrosa en la geografía histórica del capitalismo. En 1983, el desempleo se había disparado por encima del 10 por 100 en la mayoría de los países industriales (con la notable excepción de Japón) y la capacidad productiva inutilizada y las existencias no vendidas habían aumentado a niveles inauditos. La tensión inflacionaria de finales de la década de 1960 y la estanflación de la de 1970 parecen, vistas en retrospectiva, meros preludios de una crisis clásica de devaluación del capital y de la fuerza de trabajo bajo condiciones de sobreacumulación desenfrenada.

La división interregional e internacional del trabajo está ahora en vías de racionalización y reconstrucción mediante una mezcla de fuertes procesos de cambio tecnológico y movilidad geográfica del capital. Los anteriores patrones de coherencia regional están siendo descabalados, mientras las tradicionales alianzas de clase regionales se desintegran o se consolidan forzosamente en un intento de proyectar la devaluación hacia el exterior. Los nuevos diferenciales geográficos de productividad que han surgido generan a su vez drásticas transformaciones de los patrones y de los flujos de dinero mundiales y regionales, creando condiciones de inestabilidad monetaria crónica a escala nacional e internacional. Las incertidumbres geográficas hacen que los horizontes temporales se acorten, exacerbando así un problema de deuda (privada y pública, local, nacional e internacional) ya grave, acumulada a lo largo de muchos años de rápida y, en retrospectiva, excesiva formación de capital ficticio. La capacidad de absorber excedentes de capital y fuerza de trabajo mediante el desplazamiento temporal y geográfico, al menos bajo las condiciones generales establecidas en el periodo inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial, parece haber desaparecido. La única solución congruente con esas condiciones es que el déficit enjugue la quiebra y la quiebra pague los déficit.

Aparte de una expectativa tan irreal, sólo podemos esperar una creciente oleada de devaluación que desbarate las alianzas de clase regionales y enturbie las relaciones entre ellas. Abundan las respuestas proteccionistas de todo tipo (no sólo a escala nacional y ni mucho menos limitadas a aranceles y otros mecanismos convencionales). Se efectúan movimientos resueltos para exportar la devaluación a otras regiones. La industria siderúrgica estadounidense en alianza con los sindicatos, por tomar un ejemplo reciente, fuerza las restricciones a importaciones más baratas de Europa y Japón, que a su vez restringen las importaciones de Brasil y Corea del Sur. Pero después la siderúrgica estadounidense cede a la tentación y decide importar acero en láminas británico, más barato, provocando por igual las críticas de sus competidores y de los sindicatos, que la acusan de socavar el interés nacional y de exportar puestos de trabajo a cambio de un ligero beneficio comercial.

Mediante miles de procesos de este tipo, se producen cambios regionales e internacionales en el poder político y económico, que las políticas de los distintos gobiernos parecen impotentes para prevenir recurriendo a métodos normales. De hecho, las políticas nacionales e internacionales pierden la coherencia que pudieran haber tenido. Los planes para mejorar la competitividad de la industria dentro de una alianza regional suponen acelerar los cambios tecnológicos que en el interior apartan al trabajo vivo de la producción y al mismo tiempo exportan el desempleo al exterior. Las políticas diseñadas para exportar la devaluación al Tercer Mundo no sólo desencadenan revueltas en São Paulo y Santiago, sino que ponen en peligro la enorme deuda de dichos países. Dicha deuda, que en un caso clásico de desplazamiento geográfico y temporal combinado, aumentó de poco más de 20.000 millones de dólares a casi 200.000 millones en el caso de los tres países más endeudados (Brasil, México y Argentina) entre 1972 y 1983, parece ahora en buena medida incobrable. Los diez bancos más importantes de Estados Unidos, que poseen casi 40.000 millones de dólares de esa deuda, se enfrentan a la ruina financiera en caso de impago. ¿En tales circunstancias tiene la Reserva Federal otra opción que relajar la oferta de dinero en Estados Unidos, rescatar a los bancos, y volver a encender las fuerzas internas y externas de la inflación? Y en cualquier caso, la única manera de que se pueda pagar la deuda es ampliando las importaciones del Tercer Mundo, lo cual significa, en un momento de devaluación general, importar desempleo a Estados Unidos.

Si los abrumados por el déficit avalan la quiebra, ¿cómo puede la quiebra saldar los déficits sin profundizar los problemas de los afectados por el déficit?

Los realineamientos y los conflictos geopolíticos parecen inevitables en tales condiciones. Hasta la OTAN, el elemento geopolítico fundamental del capitalismo de posguerra, está amenazada por las rivalidades económicas internas y la desafección. El Pentágono tal vez intente fomentar la solidaridad de la OTAN, pero es igualmente probable que la Reserva Federal la debilite al adoptar políticas monetarias consideradas adecuadas para controlar la inflación pero que también provocan niveles inaceptables de devaluación en Europa Occidental. Las políticas dirigidas abiertamente por Estados Unidos contra el bloque soviético afectan negativamente a países, como Alemania Occidental, que buscaron salidas al capital excedente en el comercio Este-Oeste (altercados sobre el crédito a la Unión Soviética, el gasoducto y la deuda polaca son casos recientes a este respecto). Algunos gobiernos de Europa Occidental intentan obtener otra ronda de solución espacial mediante la exportación de crecimiento capitalista descontrolado al Tercer Mundo (como se proponía en el Informe Brandt). Prevén un realineamiento geopolítico de Europa Occidental con las regiones más dinámicas del Tercer Mundo y, al hacerlo, tropiezan con Estados Unidos que, por ejemplo, sigue interpretando que la Doctrina Monroe significa el derecho al dominio neocolonial (en nombre del antisovietismo y del anticomunismo) de buena parte de América Latina. Los japoneses, percibidos correctamente como la principal amenaza competitiva para la hegemonía comercial de Estados Unidos y Europa Occidental, han creado un tipo especial de economía capitalista altamente dinámica y expansionista pero también inflexible a la baja, con poca capacidad de absorber la devaluación del capital o de la fuerza de trabajo. Los japoneses aspiran temerosamente a consolidar su control en mercados del Tercer Mundo mientras fortalecen su incursión en el mundo industrializado. Mientras tanto, Estados Unidos olvida por fin Pearl Harbour y en una apuesta por reducir su propia carga defensiva y su déficit presupuestario fomenta el rearme de Japón, en donde en todo caso el militarismo está resurgiendo de manera silenciosa.

Las premisas aparentemente sólidas sobre las que se construyó el auge de posguerra se han disuelto en el aire. Adiós al dólar fuerte y estable como eje del sistema monetario internacional (Breton Woods). Adiós, también, a los espacios abiertos al capital excedente mediante la reconstrucción de las economías devastadas por la guerra (el Plan Marshall) y al compromiso de ampliar el comercio mundial mediante la eliminación de obstáculos al intercambio de mercancías (GATT) y al flujo de capitales. La creciente competencia internacional e interregional y la aceleración del cambio tecnológico debilitan la dinámica expansionista y hacen entrar en barrena toda la economía mundial. La «desintegración de Occidente» como tan gráficamente lo describe Mary Kaldor, avanza a buen ritmo (Kaldor, 1978). ¿Puede detenerse la desintegración, evitarse la depresión, la revolución, la guerra (o una combinación de las tres)?



En tales condiciones, sólo podemos contemplar con nerviosismo la historia económica y diplomática de la década de 1930, ese torturado preludio a una guerra intercapitalista planetaria que cambió más la geografía histórica del mundo que cualquier otra secuencia de acontecimientos en la historia. ¿Puede eso repetirse? Y, de ser así, ¿por qué? Las analogías puras quizá nunca satisfagan, pero pueden provocar un análisis y una reflexión serios. En primer lugar, deberíamos señalar la rapidez con la que cambiaron los alineamientos geopolíticos y económicos ante el caos económico. Aunque en la década de 1920 se dieron muchos signos que delataban la fragilidad (hiperinflación en Alemania, rugiente desempleo en Gran Bretaña, ampulosidad especulativa en Estados Unidos) la principal brecha geopolítica en el mundo era desde luego la existente entre la Unión Soviética y las potencias capitalistas. Pero en 1933 el mundo capitalista se había dividido en muchos campos hostiles: los británicos se refugiaban tras la Preferencia de la Commonwealth, los japoneses dentro de la «esfera de coprosperidad» apropiada por la fuerza, y los alemanes a punto de embarcarse en una política de *Lebensraum* mediante el dominio político, económico y en último término militar. Sólo Estados Unidos intentó en vano (por propio interés) sostener la política de «puertas abiertas» en un mundo en el que las alianzas de clases regionales (con fuerte respaldo de la clase trabajadora en su mayoría) se encerraban cada vez más, política y militarmente, dentro de imperios comerciales cerrados. Pero si la fuerte dinámica expansionista que culmina en sobreacumulación se mantiene tan inexorablemente como la hemos descrito, la alianza de clase regional se enfrenta a la funesta opción entre la depresión y (quizá) la revolución en el interior o el enfrentamiento militar en el exterior (la forma suprema de «solución espacial»).

En segundo lugar, a pesar del intenso dramatismo de la política del *New Deal* en Estados Unidos o de la construcción de *Autobahnen* [autopistas] en la Alemania fascista, no hay muchas pruebas de que dichas transformaciones internas de la sociedad civil resolvieran de manera alguna las contradicciones internas del capitalismo. El desempleo seguía aumentando fuertemente en Estados Unidos en vísperas de su entrada en la guerra, y en 1939 se había producido poca o ninguna recuperación del comercio mundial o de la reinversión, aparte de la directamente creada por los gastos públicos. Entonces, como ahora, la necesidad de responsabilidad presupuestaria bloqueaba los planes mejor establecidos para absorber los excedentes de capital y de fuerza de trabajo. Fue de hecho la Segunda Guerra Mundial la que produjo el pleno empleo y la reinversión, pero lo hizo en condiciones en las que enormes cantidades de capital fueron físicamente destruidas y muchos trabajadores desempleados consumidos a modo de carne de cañón. Y fue precisamente la desigualdad geográfica de esa destrucción la que abrió en el periodo de posguerra nuevos espacios para la absorción del capital excedente estadounidense al amparo de esa benévola «solución espacial» conocida como Plan Marshall.

En tercer lugar, las transformaciones internas forjadas en la década de 1930 palidecen hasta la insignificancia si se comparan con la drástica reconstrucción institucional y geopolítica surgida de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial. Por insistencia de Estados Unidos (convertida ya en la potencia hegemónica mundial), prevalecieron las «puertas abiertas», reforzadas por diversas instituciones supranacionales (tales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional) bajo el control efectivo estadounidense y un acuerdo monetario internacional que de hecho convertía a este país en el banquero del mundo. La disolución de los imperios comerciales cerrados (los británicos fueron obligados a desmantelar la preferencia de la Commonwealth a cambio del préstamo especial durante la guerra) y la descolonización generaron numerosos Estados independientes pero económicamente impotentes en todo el Tercer Mundo (del mismo modo que habían surgido nuevos Estados en Europa después de la Primera Guerra Mundial). Todo se ordenó para evitar la aparición de bloques de poder rivales dentro del mundo capitalista y para facilitar la internacionalización del capital (principalmente estadounidense) en condiciones de movilidad geográfica bastante restringida de la fuerza de trabajo. La cooptación y la represión, en el interior y en el extranjero, se convirtieron en temas políticos dominantes para mantener el mundo abierto a la circulación del capital. Con este fin se forjaron nuevas alianzas y se establecieron nuevos cimientos para la cohesión de alianzas de clase regionales dentro de un marco internacional. Y, por supuesto, la amenaza soviética y el anticomunismo se convirtieron en la herramienta ideológica fundamental para garantizar la solidaridad de alianzas de clase regionales potencialmente competitivas. En la medida en que esta ideología necesitaba una base material, el enfrentamiento geopolítico con la Unión Soviética y el bloque comunista se hizo fundamental para la supervivencia del capitalismo, independientemente de las políticas o de la acción soviéticas.

Éste es el marco geopolítico relativamente estable en el que se produjo el auge de posguerra, el cual se halla amenazado por el propio éxito de esa dinámica. La sobreacumulación y la devaluación, como empezamos señalando, se manifiestan en todas partes y la cohesión interna del mundo capitalista en su conjunto, así como de las alianzas de clase regionales en él existentes, amenazan con disolverse en un caos de fuerzas competitivas y enfrentadas. ¿Hay, *puede* haber, alguna forma de prevenir dicha desintegración y sus incontables horrores asociados?

## Réquiem a modo de conclusión

El argumento teórico que he establecido aquí es, sostengo, tan fundamental para elucidar los problemas de nuestro presente como para interpretar la geografía histórica del capitalismo. Si tengo razón, y me apresuro a añadir que espero estar extre-



madamente equivocado y que la historia u otros me demuestren pronto que lo estoy, la perpetuación del capitalismo en el siglo XX se ha comprado a costa de la muerte, el caos y la destrucción sembrados en dos guerras mundiales, que se han librado con armas de destrucción cada vez más perfeccionadas. Ciertamente la era burguesa ha sido testigo de un aumento de la fuerza destructiva superior al crecimiento de la fuerza productiva tan esencial para la supervivencia del capitalismo. El que éste necesitara también el uso de esa fuerza destructiva parece una locura. Pero los ideólogos del capitalismo no vierten lágrimas sino que, como Schumpeter, cantan himnos de alabanza a lo que denominan la «destrucción creativa» a través de la cual el capitalismo transforma drásticamente el mundo, aunque a buen seguro nuestras dificultades actuales nos darán razones para pensar. A medida que se agotan las soluciones temporales y geográficas a la dialéctica interna de la sobreacumulación, vuelven a desatarse las tendencias del capitalismo a las crisis, se agudizan las rivalidades interimperialistas y acecha la amenaza de la autarquía dentro de imperios comerciales cerrados. La lucha por exportar la devaluación dentro de un orden mundial en desintegración sale a primer plano, y la beligerancia domina el tono del discurso político. Con esto vuelve la amenaza de la guerra planetaria, esta vez librada con armas de poder destructivo tan inmenso y demencial que ni siquiera los más dotados podrían sobrevivir. El mensaje que hace mucho anotó Marx en ese cuaderno que se convirtió en los *Grundrisse* nos advierte con más urgencia que nunca:

> La destrucción violenta del capital no mediante relaciones externas a él sino, por el contrario, como condición de su autoconservación, es la forma más asombrosa de aconsejar que debe desaparecer y dejar espacio para un estado de producción social más elevado (Marx, 1973, pp. 749-750).

El capitalismo no inventó la guerra del mismo modo que no inventó la escritura, el conocimiento, la ciencia ni el arte. No todas las guerras, ni siquiera en la época contemporánea, pueden considerarse verdaderamente guerras capitalistas. Y la guerra no desaparecerá necesariamente de la escena humana con la desaparición del capitalismo. Pero lo que nuestra teoría pide firmemente es que veamos la sustitución del modo de producción capitalista, ese proceso de circulación expansionista y tecnológicamente dinámico que empezamos examinando, como condición necesaria para la supervivencia humana. Es, sostengo, una tarea que debería constituir el centro inmediato de cualquier átomo de nuestra atención colectiva.

# 16

# De la gestión al empresarialismo: la transformación de la gobernanza urbana en el capitalismo tardío*

Un elemento central de mi interés académico en estas dos décadas ha sido descubrir la importancia de la urbanización en el cambio social, especialmente bajo condiciones de acumulación y relaciones sociales capitalistas (Harvey, 1973; 1982; 1985a; 1985b; 1989a). Este proyecto ha necesitado una investigación más profunda sobre la manera en que el capitalismo produce una geografía histórica específica. Cuando el paisaje físico y social de la urbanización se modela de acuerdo con criterios específicamente capitalistas, se ponen restricciones a futuras sendas de desarrollo capitalista. Esto supone que, aunque estén modelados por la lógica de la circulación y la acumulación del capital, los procesos urbanos bajo el capitalismo modelan a su vez las condiciones y las circunstancias de la acumulación del capital en puntos posteriores del tiempo y del espacio. Dicho de otra forma, los capitalistas, como todos los demás, pueden luchar por hacer su propia geografía histórica pero, también como todos los demás, no lo hacen bajo circunstancias históricas y geográficas de su propia elección individual, ni siquiera aunque hayan desempeñado una función colectiva tan importante e incluso determinante en la conformación de dichas circunstancias. Esta doble relación de reciprocidad y dominio (en la que los capitalistas, como los trabajadores, se encuentran dominados y constreñidos por sus propias creaciones) puede captarse mejor teóricamente utilizando métodos dialécticos. Desde este punto de vista intento comprender mejor ese proceso de formación de ciudades que es a un tiempo producto y condición de los continuos procesos sociales de transformación en la fase más reciente del desarrollo capitalista.

* Publicado por primera vez en *Geografiska Annaler,* 1989.



El análisis del papel que la urbanización desempeña en la dinámica social no es, por supuesto, nada nuevo. Periódicamente, el tema se convierte en centro de importantes debates, aunque con frecuencia referentes a circunstancias históricas determinadas en las que, por una razón u otra, la importancia de la urbanización y de las ciudades parece especialmente destacada. Desde hace tiempo se discute la influencia de la formación de ciudades en el ascenso de la civilización, al igual que la función de la ciudad en la Grecia y la Roma clásicas. La importancia de las ciudades para la transición del feudalismo al capitalismo es un campo de continua controversia, que ha provocado bibliografía notable y reveladora a lo largo de los años. De igual manera, ahora se puede aportar una amplia gama de pruebas relacionadas con la importancia de la urbanización para el desarrollo industrial, cultural y político del siglo XIX, así como para la posterior expansión de las relaciones sociales capitalistas a países menos desarrollados (que ahora soportan algunas de las ciudades con mayor crecimiento del mundo).

Con demasiada frecuencia, sin embargo, el estudio de la urbanización se separa del estudio del cambio social y del desarrollo económico, como si de alguna manera se pudiera considerar una escena secundaria o un subproducto pasivo de cambios sociales más importantes y fundamentales. Las sucesivas revoluciones de la tecnología, las relaciones espaciales, las relaciones sociales, los hábitos de los consumidores, los estilos de vida y demás que han caracterizado la historia capitalista pueden, se sugiere a veces, entenderse sin investigar en profundidad las raíces y la naturaleza del proceso urbano. Cierto que este juicio se hace en general tácitamente, por medio de pecados de omisión más que de comisión, pero el sesgo antiurbano en los estudios sobre el cambio macroeconómico y macrosocial es suficientemente persistente como para producir incomodidad. Por eso parece importante investigar la influencia que el proceso urbano podría tener en la reestructuración completamente radical que se da en las distribuciones geográficas de la actividad humana y en la dinámica político-económica del desarrollo geográfico desigual en tiempos más recientes.

## El cambio al empresarialismo en la gobernanza urbana

El coloquio organizado en Orleans en 1985 reunió a académicos, empresarios y políticos de ocho grandes ciudades pertenecientes a siete países capitalistas avanzados (Bouinot, 1987), los cuales tenían por tarea explorar las líneas de acción abiertas a los gobiernos urbanos ante la extendida erosión de la base económica y presupuestaria de muchas grandes ciudades del mundo capitalista avanzado. El coloquio mostró un fuerte consenso: que los gobiernos urbanos tenían que ser mucho más innova-

dores y emprendedores, dispuestos a explorar todo tipo de sendas mediante las cuales aliviar sus estrecheces y así garantizar un mejor futuro para sus poblaciones. El único ámbito de desacuerdo fue cuál sería el mejor modo de lograrlo. ¿Debían los gobiernos urbanos apoyar la creación de nuevas empresas, o incluso participar directamente en dicha creación? Siendo así, ¿de qué tipo? ¿Debían luchar por preservar o incluso absorber las fuentes de empleo amenazadas? Siendo así, ¿cuáles? ¿O deberían limitarse simplemente a proporcionar infraestructuras, espacios, reclamos fiscales y atracciones culturales y sociales que apuntalaran las antiguas formas de actividad económica y atrajeran a otras nuevas?

Cito este caso porque es sintomático de una reorientación de las actitudes hacia la gobernanza urbana que ha tenido lugar durante las pasadas dos décadas en los países capitalistas avanzados. Dicho de manera sencilla, el enfoque «gestor» tan típico de la década de 1960 ha ido dando lugar a formas de acción emprendedoras y «empresarialistas» en las décadas de 1970 y 1980. En años recientes en particular, parece haber emergido en todo el mundo capitalista avanzado el consenso general en que para las ciudades será ventajoso adoptar una actitud empresarial respecto al desarrollo económico. Lo notable es que dicho consenso parece superar fronteras nacionales e incluso ideologías y partidos políticos.

Tanto Boddy (1984) como Cochrane (1987) concuerdan, por ejemplo, en que desde comienzos de la década de 1970 las autoridades locales británicas «se han implicado cada vez más directamente en una actividad de desarrollo económico relacionada con la producción y la inversión», mientras que Rees y Lambert (1985, p. 179) muestran que «el crecimiento de las iniciativas de gobierno locales en el campo económico fue positivamente fomentado por sucesivas Administraciones centrales durante la década de 1970» para complementar los intentos efectuados por el gobierno central de mejorar la eficacia, las capacidades competitivas y la rentabilidad de la industria británica. David Blunkett, líder del Consejo Laborista de Sheffield desde hace varios años, ha puesto recientemente el sello de aprobación a cierto tipo de empresarialismo urbano:

> Desde comienzos de la década de 1970, a medida que el pleno empleo dejaba de ser una de las principales prioridades del gobierno, los ayuntamientos empezaron a asumir el reto. Apoyaron a las pequeñas empresas; establecieron vínculos más estrechos entre el sector público y el privado; promovieron las áreas locales para atraer nuevas líneas de actividad empresarial. Estaban adaptando la función económica tradicional del gobierno local británico, que ofrecía incentivos en forma de subvenciones, préstamos sin interés, e infraestructura públicamente subvencionada, y no pedía una implicación recíproca con la comunidad, para atraer empresas industriales y comerciales que buscaran sitios adecuados para invertir y comerciar [...] Hoy, como en el pasado, el gobierno local puede ofrecer su propia marca de empresarialidad y de empresa al afrontar el enorme cambio económico y social provocado por la tecnología y la reestructuración industrial (Blunkett y Jackson, 1987, pp. 108-142).



En Estados Unidos, donde la promoción de la ciudad y el empresarialismo son desde hace tiempo una de las principales características de los sistemas urbanos (véase Elkin, 1987), la reducción del flujo de las transferencias federales y de los ingresos fiscales locales después de 1972 (año en que Nixon declaró terminada la crisis urbana, señalando que el gobierno federal ya no tenía recursos presupuestarios para contribuir a su solución) llevó al renacimiento de la autopromoción *[boosterism]*, hasta el punto de que Robert Goodman (1979) llegó a aclamar a los gobiernos de los Estados y locales como «los últimos empresarios». En la actualidad una extensa bibliografía hace referencia a que el nuevo empresarialismo urbano se ha convertido en el centro de la formulación política urbana y de las estrategias de crecimiento urbano en Estados Unidos (véase Judd y Ready, 1986; Peterson, 1981; Leitner, 1989).

El cambio al empresarialismo no ha sido en absoluto completo. Muchos gobiernos locales británicos no han respondido a las nuevas presiones y posibilidades, al menos hasta hace relativamente poco, mientras que ciudades como Nueva Orleans en Estados Unidos siguen protegidas por el gobierno federal y dependen fundamentalmente de las políticas de redistribución para su supervivencia. La historia de sus resultados, que todavía ha de ser adecuadamente contada, está obviamente trufada de tantos éxitos como fracasos y rodeada de no poca controversia respecto a qué puede considerarse realmente un «éxito» (una cuestión sobre la que volveré más adelante). No obstante, bajo toda esta diversidad, el cambio de la dirección urbana en pos de algún tipo de empresarialismo sigue siendo un tema persistente y recurrente desde comienzos de la década de 1970. Tanto las razones como las consecuencias de dicho cambio merecen cierta atención.

Se acepta en general, por supuesto, que el cambio tiene algo que ver con las dificultades que han acuciado a las economías capitalistas desde la recesión de 1973. La desindustrialización, el desempleo generalizado y aparentemente «estructural», la austeridad presupuestaria tanto a escala nacional como local, todo ello unido a una creciente marea de neoconservadurismo y a una apelación mucho más fuerte (aunque a menudo más en teoría que en la práctica) a la racionalidad del mercado y a la privatización, proporcionan el telón de fondo para entender por qué tantos gobiernos urbanos, a menudo de tendencias políticas muy distintas y armados de competencias jurídicas y políticas muy diferentes, han tomado en general una dirección similar. El mayor hincapié en la acción local para combatir estos males también parece estar relacionado con la decreciente capacidad del Estado-nación para

controlar los flujos multinacionales de dinero, de modo que la inversión adopta cada vez más la forma de una negociación entre el capital financiero internacional y poderes locales que hacen lo posible por maximizar el atractivo del espacio local como cebo para el desarrollo capitalista. De igual modo, el ascenso del empresarialismo urbano puede haber influido de manera importante en la transición general de la dinámica capitalista desde un régimen de acumulación de capital fordista-keynesiano a un régimen de «acumulación flexible» (Gertler, 1988; Harvey, 1989b; Sayer, 1989; Schoenberger, 1988; Scott, 1988; Swyngedouw, 1986, ofrecen una elaboración y una reflexión crítica sobre este concepto controvertido). La transformación de la gobernanza urbana durante estas dos últimas décadas ha tenido, en mi opinión, orígenes y consecuencias sustancialmente macroeconómicos. Y, aunque Jane Jacobs (1984) tenga razón sólo a medias cuando afirma que la ciudad es una unidad importante para entender cómo se crea la riqueza de las naciones, el cambio de la gestión urbana al empresarialismo urbano podría tener consecuencias de gran alcance para las futuras perspectivas de crecimiento.

Si, por ejemplo, el empresarialismo urbano (en el sentido más amplio) está integrado en un marco de competencia interurbana de suma cero por los recursos, los puestos de trabajo y el capital, hasta los socialistas municipales más resueltos y vanguardistas se verán, al final, aceptando el juego capitalista y actuando de agentes disciplinarios para los mismos procesos a los que intentan resistirse. Éste es exactamente el problema que ha perseguido a los municipios laboristas británicos (véase el excelente estudio de Rees y Lambert, 1985), que tenían que desarrollar, por una parte, proyectos que pudieran «producir resultados directamente relacionados con las necesidades de los trabajadores de forma que aumenten las cualificaciones del trabajo en lugar de descualificarlo» (Murray, 1983), mientras que, por otra, debían reconocer que en buena medida ese esfuerzo se perdería si la región urbana no garantizaba unas ventajas competitivas relativas. Dadas las circunstancias adecuadas, sin embargo, el empresarialismo urbano e incluso la competencia interurbana pueden abrir el camino a un patrón de desarrollo que no sea de suma cero. Este tipo de actividad ha influido realmente mucho en el desarrollo capitalista del pasado. Y no se sabe aún si podría conducir a transiciones progresistas y socialistas en el futuro.

## Cuestiones conceptuales

En esta investigación no hay dificultades conceptuales dignas de una mención inicial. Ante todo, la combinación de la reificación de las ciudades con un lenguaje que considera el proceso urbano como un aspecto activo, no pasivo, del desarrollo político-económico supone agudos peligros, ya que sugiere que las «ciudades» son



agentes activos cuando, en realidad, son meras cosas. La urbanización debería considerarse, por el contrario, un proceso social de base espacial en el que una amplia gama de actores diferentes, con objetivos y programas completamente distintos, se interrelacionan mediante una configuración determinada de prácticas espaciales entrelazadas. En una sociedad clasista como el capitalismo, estas prácticas espaciales adquieren un firme contenido de clase, lo cual no quiere decir que todas las prácticas espaciales puedan interpretarse de este modo. De hecho, como han demostrado muchos investigadores, las prácticas espaciales pueden adquirir y adquieren contenidos de género, raciales y burocrático-administrativos (por enumerar sólo unas cuantas posibilidades importantes). Pero en el capitalismo el vector hegemónico sigue siendo la amplia gama de prácticas de clase relacionadas con la circulación del capital, con la reproducción de la fuerza de trabajo y de las relaciones de clase, y con la necesidad de controlar la fuerza de trabajo.

Lo difícil es encontrar una forma de proceder capaz de analizar específicamente la relación existente entre *proceso* y *objeto* que no sea ella misma víctima de una reificación innecesaria. El conjunto de procesos sociales espacialmente fundados que yo denomino urbanización produce innumerables dispositivos: una forma construida, espacios producidos y sistemas de recursos de cualidades específicas, organizados en una configuración espacial específica. La posterior acción social debe tener en cuenta estos mecanismos, dado que muchos procesos sociales (tales como el traslado diario al trabajo) acaban físicamente canalizados por ellos. La urbanización también provoca ciertos sistemas políticos y administrativos, disposiciones sociales, formas jurídicas, jerarquías de poder, etc. También éstos dan a una «ciudad» cualidades objetificadas que pueden dominar las prácticas cotidianas y limitar los cursos de acción subsiguientes. Y, por último, la conciencia de los habitantes urbanos se ve afectada por el entorno de experiencia, del que surgen percepciones, interpretaciones simbólicas y aspiraciones. En todos estos aspectos se produce una tensión perpetua entre la forma y el proceso, entre el objeto y el sujeto, entre la actividad y la cosa. Es tan absurdo negar la importancia y el poder de las objetificaciones, la capacidad de las cosas que creamos para volver a nosotros convertidas en otras tantas formas de dominación, como lo es atribuir a tales cosas la capacidad de la acción social.

Dado el dinamismo característico del capitalismo, encontramos que estas «cosas» están siempre en curso de transformación, que las actividades superan constantemente los límites de las formas fijas, que las cualidades objetificadas de lo urbano son crónicamente inestables. Tan universal es esta condición capitalista, que la concepción de lo urbano y de «la ciudad» se vuelve igualmente inestable, no por un fallo conceptual de la definición, sino precisamente porque el concepto tiene en sí mismo que reflejar las relaciones cambiantes entre forma y proceso, entre activi-

dad y cosa, entre sujetos y objetos. Por consiguiente, cuando hablamos de la transición de la gestión urbana al empresarialismo urbano que ha tenido lugar en las pasadas dos décadas, tenemos que tener en cuenta los efectos reflexivos de dicho cambio, mediante los impactos tanto en las instituciones urbanas como en los entornos urbanos construidos.

El ámbito de las prácticas espaciales, desafortunadamente, ha cambiado en años recientes, dificultando aún más cualquier definición firme de lo urbano como ámbito espacial específico. Por una parte, somos testigos de la mayor fragmentación del espacio social urbano en barrios, comunidades y una multitud de microentornos urbanos, mientras que por otra el teletrabajo y el transporte rápido privan de sentido al concepto de ciudad como unidad física firmemente cerrada o incluso como ámbito administrativo coherentemente organizado. La «megalópolis» de la década de 1960 ha experimentado una fragmentación y una dispersión aún mayores, en especial en Estados Unidos, a medida que la desconcentración urbana aumenta de ritmo para producir una forma de «ciudad expandida». Pero la base espacial persiste de alguna *forma*, con significados y efectos específicos. La producción de nuevos patrones y estructuras ecológicos dentro de una forma de ciudad extendida es importante para el modo de organizar la producción, el intercambio y el consumo, de establecer las relaciones sociales, de ejercer el poder (económico y político) y de alcanzar la integración espacial de la acción social. Me apresuro a añadir que la presentación de la problemática urbana en tales términos ecológicos no presupone de manera alguna explicaciones ecológicas. Simplemente insiste en que los patrones ecológicos son importantes para la organización y la acción sociales. El cambio hacia el empresarialismo en la gobernanza urbana debe examinarse, por lo tanto, en una variedad de escalas espaciales: vecindario y comunidad locales, centro de la ciudad y periferia, región metropolitana, región, Estado-nación y demás unidades espaciales.

Es igualmente importante especificar quién utiliza un método empresarial y respecto a qué. Quiero insistir aquí en que la «gobernanza» urbana hace referencia a mucho más que el «gobierno» urbano. Es desafortunado que buena parte de la bibliografía (en especial británica) se concentre tanto en el segundo, cuando tan a menudo el verdadero poder para reorganizar la vida urbana radica en otra parte, o al menos en una coalición más amplia de fuerzas dentro de las cuales el gobierno y la administración urbanos sólo desempeñan una función facilitadora y de coordinación. El poder para organizar el espacio deriva de todo un complejo de fuerzas movilizadas por diversos agentes sociales. Es un proceso conflictivo, que acentúa este carácter en los espacios ecológicos de densidad social enormemente variada. Dentro de una región metropolitana globalmente considerada, tenemos que observar la formación de políticas de coalición, la formación de alianzas de clase como base



para cualquier tipo de empresarialismo urbano. Por supuesto, la autopromoción de la ciudad ha sido a menudo prerrogativa de la cámara de comercio local, de algunos financieros, industriales y comerciantes cabales de la localidad, o de alguna «mesa redonda» de líderes empresariales y promotores inmobiliarios. Éstos se unen frecuentemente para formar el poder rector en la política de la «maquinaria de crecimiento» (Molotch, 1976). Las instituciones educativas y religiosas, los diferentes agentes de gobierno (desde el ejército hasta las altas esferas de la investigación o de la Administración), las organizaciones laborales locales (los sectores de la construcción en particular) así como los partidos políticos, los movimientos sociales y los aparatos estatales locales (que son múltiples y a menudo bastante heterogéneos) también pueden influir en la promoción local, aunque a menudo con objetivos muy distintos.

La formación de coaliciones y alianzas es una tarea tan delicada y difícil que se abre el camino para que la visión, la tenacidad y la capacidad de una persona (como un alcalde carismático, un administrador municipal inteligente, o un líder empresarial adinerado) pueda dejar su impronta particular en la naturaleza y la dirección del empresarialismo urbano, quizá para modelarlo, incluso, con fines políticos específicos. Mientras que en Baltimore fue una figura pública como el alcalde Schaefer quien desempeñó el papel principal, en ciudades como Halifax o Gateshead en Reino Unido han sido empresarios privados quienes han tomado las riendas de tal. En otros casos, ha sido una mezcla más intrincada de personalidades e instituciones la que ha organizado un proyecto determinado.

No planteo estos problemas porque sean insuperables o insolubles –se resuelven a diario dentro de las prácticas de la urbanización capitalista–, sino porque tenemos que atender a su modo de resolución práctica con un cuidado y una seriedad imprescindibles. Plantearé, sin embargo, tres afirmaciones amplias que sé que son ciertas respecto a una ciudad como Baltimore (el estudio práctico que sustenta buena parte del argumento que presento aquí) y que tal vez sean aplicables más en general.

En primer lugar, el nuevo empresarialismo tiene, como elemento central, la idea de «alianza sector público-sector privado» en la que la promoción local tradicional se integra con el uso de los poderes gubernamentales locales para intentar atraer fuentes de financiación externas, nuevas inversiones directas, o nuevas fuentes de empleo. El coloquio de Orleans (Borinot, 1987) estuvo lleno de referencias a la importancia de la alianza entre lo público y lo privado y fue precisamente, después de todo, el objetivo de las reformas gubernamentales acometidas en Reino Unido durante la década de 1970 el de facilitar su formación (o, al final, superar la resistencia local estableciendo las corporaciones de desarrollo urbano). En Estados Unidos, la tradición de alianzas entre el sector público y el privado, aplicadas localmente y respaldadas por la Administración federal, se desvaneció en la década de 1960,

cuando los gobiernos urbanos lucharon por recuperar el control social de poblaciones agitadas mediante redistribuciones de la renta real (mejora de la vivienda, la educación, la atención sanitaria, etc., todo ello dirigido a los pobres) tras la ola de conflictividad urbana. La función del Estado local como facilitador de los intereses estratégicos del desarrollo capitalista (en lugar de la función de estabilizador de la sociedad capitalista) disminuyó. El mismo desdén hacia el desarrollo capitalista se ha señalado en Reino Unido:

> Los primeros años de la década de 1970 fue un periodo de resistencia al cambio: grupos de protesta contra las autopistas, acción comunitaria contra la eliminación de barrios marginados, opositores a la remodelación de los centros urbanos. Se sacrificaron los intereses estratégicos y empresariales ante las presiones comunitarias locales. Se podría pensar, sin embargo, que avanzamos hacia un periodo diferente en el que la fuerza empresarial se hace dominante (Davies, 1980, p. 23; citado en Ball, 1983, pp. 270-271).

En Baltimore se puede fechar con exactitud el punto de transición. Un referendo aprobado por un estrecho margen en 1978, tras una vigorosa y beligerante campaña política, sancionó el uso de terreno municipal para el desarrollo privado que acabó convertido en el espectacular y próspero Harborplace. Desde entonces, la política de alianza entre el sector público y el privado consiguió un mandato popular y una presencia subterránea efectiva en casi todo lo referente a la gobernanza urbana (véase Berkowitz, 1984; Levine, 1987; Lyall, 1982; Stoker, 1986).

En segundo lugar, la actividad de esa alianza sector público-sector privado es empresarial precisamente porque es de ejecución y diseño especulativos y, por lo tanto, está perseguida por las dificultades y los peligros adjuntos al desarrollo especulativo, en contraste con el desarrollo racionalmente planeado y coordinado. En muchos casos, esto significa que el sector público asume el riesgo y el sector privado obtiene los beneficios, aunque hay suficientes ejemplos en los que éste no es el caso (piénsese, por ejemplo, en el riesgo privado asumido en el desarrollo del Metrocentre de Gateshead) como para hacer que la generalización absoluta sea peligrosa. Pero sospecho que es la característica de la absorción de riesgos por parte del sector público local (en lugar de nacional o federal) la que distingue la fase actual del empresarialismo urbano de las fases anteriores de promoción de la ciudad en las que el capital privado parecía en general mucho menos reacio al riesgo.

En tercer lugar, el empresarialismo se centra mucho más de cerca en la economía política del lugar, no del territorio. Por la segunda entiendo el tipo de proyectos económicos (vivienda, educación, etcétera) diseñados principalmente para mejorar las condiciones de vida y de trabajo dentro de una jurisdicción determinada. La construcción de lugar (un nuevo centro cívico, un parque industrial) o la mejo-



ra de las condiciones dentro de un lugar (intervención, por ejemplo, en los mercados de trabajo locales mediante planes de reciclaje profesional o presión a la baja sobre los salarios locales), por otra parte, puede tener impactos mayores o menores que el territorio específico en el que se localizan dichos proyectos. La mejora de la imagen de ciudades como Baltimore, Liverpool, Glasgow o Halifax mediante la construcción de centros culturales, comerciales, de ocio o de oficinas puede proyectar una sombra igualmente beneficiosa sobre toda la región metropolitana. Dichos proyectos pueden adquirir significado en la escala metropolitana de la acción público-privada y permitir la formación de coaliciones que superen los tipos de rivalidades ciudad-periferia que persiguieron a las regiones metropolitanas en la fase de gestión. Por otra parte, un desarrollo inmobiliario similar en la ciudad de Nueva York –Southstreet Seaport– construye un lugar que sólo tiene impactos locales, sin alcanzar ninguna influencia metropolitana, y genera una coalición de fuerzas constituida básicamente por financieros y promotores urbanísticos locales.

La construcción de tales lugares puede, por supuesto, considerarse un medio para aportar beneficios a poblaciones de una jurisdicción determinada, y de hecho ésta es la principal reivindicación hecha en el discurso público organizado para apoyarlos. Pero en su mayor parte su forma es tal que todos los beneficios son indirectos y pueden tener un alcance potencialmente mayor o menor que la jurisdicción en la que se ubican. Este tipo de proyectos específicos para un lugar también suelen convertirse en tal centro de atención pública y política que desvían la preocupación e incluso los recursos de los problemas más amplios que posiblemente afecten a la región o al territorio en su totalidad.

El nuevo empresarialismo urbano descansa normalmente, por tanto, en una alianza entre el sector público y el privado centrada en la inversión y en el desarrollo económico con la construcción especulativa de lugar como objetivo político y económico inmediato (aunque ni mucho menos exclusivo), y no en la mejora de las condiciones dentro de un territorio determinado.

## Estrategias alternativas de gobernanza urbana

Hay, como he argumentado en otras partes (Harvey, 1989a: cap. 1), cuatro opciones básicas de empresarialismo urbano. Cada una merece consideración aparte, a pesar de que es la combinación de ellas la que proporciona la clave de los recientes y rápidos cambios que se han producido en el desarrollo desigual de los sistemas urbanos en el mundo capitalista avanzado.

En primer lugar, la competencia dentro de la división internacional del trabajo supone la posibilidad de explotación de determinadas ventajas para la producción de

mercancías y servicios. Algunas ventajas derivan de la base de recursos (el petróleo que permitió a Texas prosperar en la década de 1970) o de la ubicación (por ejemplo, el fácil acceso a la pujanza del comercio con los países de la costa del Pacífico en el caso de las ciudades californianas). Pero otras se crean mediante inversiones públicas y privadas en las infraestructuras físicas y sociales que fortalecen la base económica de la región metropolitana como exportadora de bienes y servicios. Las intervenciones directas para estimular la aplicación de nuevas tecnologías, la creación de nuevos productos, o la aportación de capital riesgo para nuevas empresas (que pueden incluso ser de propiedad o gestión cooperativa) tal vez sean también significativas, mientras que es posible reducir los costes locales mediante subvenciones (deducciones fiscales, crédito barato, aprovisionamiento de espacio). En la actualidad apenas se produce ningún desarrollo urbanístico de gran escala sin que el gobierno local (o la coalición más amplia de las fuerzas que constituyen la gobernanza local) ofrezca un paquete sustancial de ayudas y asistencia como incentivo. La competitividad internacional también depende de la calidad, la cantidad y el coste de la oferta de trabajo local. Los costes locales pueden controlarse fácilmente cuando la negociación colectiva local sustituye a la nacional, y cuando los gobiernos y otras grandes instituciones locales, como hospitales y universidades, abren el camino con reducciones de los salarios reales y las prestaciones (en Baltimore fue típica una serie de luchas por los salarios y las prestaciones en el sector público e institucional durante la década de 1970). La fuerza de trabajo de calidad adecuada, aunque sea cara, puede constituir un potente imán para el nuevo desarrollo económico, de forma que la inversión en fuerzas de trabajo de formación y destrezas elevadas, preparadas para los nuevos procesos de trabajo y las nuevas necesidades gestoras, podría ser bien recompensada. Se da también, por último, un problema de economías de aglomeración en las regiones metropolitanas. A menudo la producción de bienes y servicios no depende de decisiones aisladas de unidades económicas (como la decisión de las grandes multinacionales de instalar una fábrica en una ciudad, a menudo con efectos indirectos locales muy reducidos), sino de que pueden generarse economías reuniendo diversas actividades dentro de un espacio de interacción restringido para facilitar sistemas de producción altamente eficaces e interactivos (véase Scott, 1988). Desde este punto de vista, las grandes regiones metropolitanas como Nueva York, Los Angeles, Londres y Chicago plantean ventajas claras que los costes de la congestión no consiguen eliminar. Pero, como ilustra el caso de Bolonia (véase Gundle, 1986) y la emergencia del nuevo desarrollo industrial en Emilia Romagna, una cuidadosa atención a la mezcla industrial y mercantil respaldada por una fuerte acción estatal local (dirigida por los comunistas en este caso), puede promover un fuerte crecimiento de nuevos distritos y configuraciones industriales, basado en las economías de aglomeración y en la organización eficiente.



En la segunda opción, la región urbana puede también intentar mejorar su posición competitiva con respecto a la división espacial del consumo. No se trata sólo de intentar atraer el dinero a una región urbana mediante el turismo o las atracciones para los jubilados. El estilo consumista de la urbanización después de 1950 promovió una base cada vez más amplia para la participación en el consumo de masas. Aunque la recesión, el desempleo y el elevado coste del crédito han reducido esa posibilidad para importantes capas de la población, existe aún mucho poder de consumo (buena parte fomentado por el crédito). La competencia por dicho de consumo se vuelve más frenética a medida que los consumidores que poseen el dinero tienen oportunidad de ser mucho más selectivos. Las inversiones para atraer al dólar consumidor han crecido paradójicamente a buen ritmo como respuesta a la recesión generalizada. Se centran cada vez más en la calidad de vida. La elitización, la innovación cultural y la mejora física del entorno urbano (incluido el cambio a estilos arquitectónicos y de diseño urbano posmodernos), las atracciones para los consumidores (estadios deportivos, centros comerciales y de convenciones, paseos marítimos, restaurantes exóticos) y ocio (la organización de espectáculos urbanos temporales y permanentes), se han convertido en facetas destacadas de las estrategias de regeneración urbana. Sobre todo, la ciudad tiene que parecer un lugar innovador, interesante, creativo y seguro para visitar o en el que vivir, jugar y consumir. Baltimore, con su triste reputación de «sobaco de la costa este» a comienzos de la década de 1970, ha ampliado, por ejemplo, su empleo en el sector turístico que ha pasado de menos de mil a quince mil puestos en menos de dos décadas de masiva remodelación urbana. Más recientemente, trece ciudades industriales británicas con problemas (Leeds, Bradford, Manchester, Liverpool, Newcastle y Stoke-on-Trent entre ellas) han efectuado un esfuerzo de promoción conjunto para captar una mayor porción del negocio turístico del país. He aquí la información que publica *The Guardian* (9 de mayo de 1987) sobre esta empresa afortunada:

> Aparte de generar renta y crear puestos de trabajo en áreas de desempleo aparentemente terminal, el turismo también tiene un significativo beneficio indirecto al mejorar el entorno más en general. Los remozamientos y las instalaciones diseñados para atraer más turistas también mejoran la calidad de vida de quienes viven allí, incluso atrayendo nuevas empresas. Aunque los activos específicos de cada una de las ciudades son obviamente variados, todas ellas son capaces de ofrecer una serie de recordatorios estructurales de lo que en un principio las hizo grandes. Comparten, en otras palabras, un ingrediente comercializable denominado herencia industrial y/o marítima.

Festivales y acontecimientos culturales se convierten igualmente en foco de actividades de inversión. «Las artes crean un clima de optimismo –la cultura del "pue-

de hacerse"– necesario para desarrollar la cultura de empresa», dice la introducción de un reciente informe del Consejo de las Artes de Gran Bretaña, añadiendo que las actividades culturales y las artes pueden ayudar a romper la espiral descendente de estancamiento económico en ciudades del interior y ayudar a las personas «a creer en sí mismas y en su comunidad» (véase Bianchini, 1991). El espectáculo y la exhibición se convierten en símbolos de la comunidad dinámica, tanto en Roma o Bolonia controladas por los comunistas como en Baltimore, Glasgow y Liverpool. De esa forma, una región urbana puede esperar aglutinarse y sobrevivir como ámbito de solidaridad comunitaria y al mismo tiempo explorar la opción de explotar el consumo conspicuo en un entorno de recesión cada vez más amplio.

En tercer lugar, el empresarialismo también ha estado fuertemente marcado por una feroz lucha por la adquisición de funciones clave de control y de mando en las altas finanzas, el gobierno o la recopilación y el procesado de información (incluidos los medios de comunicación). Las funciones de este tipo necesitan una aportación de infraestructuras determinada y a menudo cara. La eficacia y la centralidad dentro de una red de comunicaciones mundial son vitales en sectores en los que se necesita una interacción personal entre los principales encargados de la toma de decisiones. Esto supone fuertes inversiones en transporte y comunicaciones (aeropuertos y telepuertos, por ejemplo) y la provisión de un adecuado espacio de oficinas, equipado con los enlaces internos y externos necesarios para minimizar los tiempos y los costes de las transacciones. Reunir una amplia gama de servicios de apoyo, en especial aquellos que permiten reunir y procesar información con rapidez o efectuar una consulta rápida con «expertos», exige otros tipos de inversiones, mientras que las habilidades específicas requeridas por dichas actividades dan preferencia a las regiones metropolitanas con ciertos tipos de enseñanza educativa (escuelas de gestión empresarial y de derecho, sectores de producción de altas tecnologías, conocimientos de los medios de comunicación, y similares). La competencia interurbana en este ámbito es muy cara y especialmente dura, porque se trata de un campo en el que las economías de aglomeración mantienen la supremacía, siendo particularmente difícil de romper el poder de monopolio de los centros establecidos como Nueva York, Chicago, Londres y Los Angeles. Pero dado que las funciones de mando han sido un sector de gran crecimiento en estas dos décadas pasadas (el empleo en el sector financiero y de los seguros se ha duplicado en Reino Unido en menos de una década), intentar alcanzarlas se está convirtiendo cada vez más en la senda dorada a la supervivencia urbana. La consecuencia, por supuesto, es que parezca como si la ciudad del futuro fuera a ser una ciudad de puras funciones de mando y de control, una ciudad de la información, postindustrial, en la que la exportación de servicios (financieros, informativos, de producción de conocimientos) se convierta en la base económica de la supervivencia urbana.



En cuarto lugar, el filo competitivo con respecto a las redistribuciones de excedentes mediante las Administraciones centrales (o, en Estados Unidos, de los Estados) sigue siendo de tremenda importancia, ya que es en cierto modo un mito que las Administraciones centrales no estén redistribuyendo en la medida en que lo hacían. Los canales han cambiado, de modo que tanto en Reino Unido (tómese el caso de Bristol) como en Estados Unidos (tómese el caso de Long Beach-San Diego) son los contratos del ejército y del Departamento de Defensa los que proporcionan el sostén para la prosperidad urbana, en parte debido a la enorme cantidad de dinero que suponen, pero también por el tipo de empleo y los efectos que pueden tener en los denominados sectores de «las altas tecnologías» (Markusen, 1986). E incluso aunque se hayan hecho todos los esfuerzos por reducir el flujo de ayudas de la Administración central a muchas regiones urbanas, hay muchos sectores de la economía (salud y educación, por ejemplo) e incluso economías metropolitanas completas (véase el estudio realizado por Smith y Keller en 1983 sobre Nueva Orleans) en los que dicho recorte ha sido sencillamente imposible. Las alianzas de la clase dominante urbana han tenido muchas oportunidades, por lo tanto, de explotar los mecanismos redistributivos como medio para la supervivencia urbana.

Estas cuatro estrategias no son mutuamente excluyentes y la suerte desigual de las regiones metropolitanas ha dependido de la naturaleza de las coaliciones que han formado, de la mezcla y la oportunidad de las estrategias empresariales, los recursos determinados (naturales, humanos, de ubicación) con los que la región metropolitana puede trabajar, y de la fuerza de la competencia. El crecimiento desigual, no obstante, también es resultado del sinergismo que hace que un tipo de estrategia facilite otro. Por ejemplo, el crecimiento de la megalópolis de Los Angeles-San Diego-Long Beach-Orange County parece haber estado fomentado por los efectos de la interacción que se producen entre las fuertes redistribuciones gubernamentales a los sectores de la defensa y una rápida acumulación de las funciones de mando y control que ha estimulado las actividades relacionadas con el consumo hasta el punto de que se ha producido una considerable recuperación de ciertos tipos de manufacturas. Por otro lado, hay pocos indicios de que el fuerte crecimiento de la actividad relacionada con el consumo en Baltimore haya ayudado mucho al crecimiento de otras funciones excepto, quizá, la proliferación relativamente ligera de servicios bancarios y financieros. Pero hay también indicios de que la red de ciudades y regiones urbanas de, pongamos, los Estados del sur de Estados Unidos y del sur de Inglaterra ha generado un sinergismo colectivo más fuerte del que se ha producido en sus respectivos homólogos del norte. Noyelle y Stanback (1984) sugieren además que la posición y la función dentro de la jerarquía urbana han influido de manera importante en la creación de patrones urbanos de fortuna y desgracia. Los efectos de transmisión entre ciudades y dentro de la jerarquía urbana deben tam-

bién tenerse en cuenta en el patrón urbano de fortuna y desgracia durante la transición de la gestión al empresarialismo en la gobernanza urbana.

El empresarialismo urbano supone, sin embargo, cierto nivel de competencia interurbana. Abordamos aquí una fuerza que pone claras limitaciones a la capacidad de ciertos proyectos específicos para transformar muchas ciudades determinadas. De hecho, en la medida en que gane fuerza, la competencia interurbana funcionará casi con toda seguridad como una «fuerza coercitiva externa» para acercar a determinadas ciudades a la disciplina y la lógica del desarrollo capitalista. Incluso puede obligar a reproducir de manera serial y repetitiva ciertos patrones de desarrollo (como la reproducción en serie de «centros mundiales del comercio» o de nuevos centros culturales y de ocio, de desarrollo costero, de centros comerciales posmodernos, etcétera). Las pruebas de la reproducción en serie de formas similares de remodelación urbana son muy claras, y las razones que la provocan son dignas de señalar.

Con la disminución de los costes de transporte y la consecuente reducción de las barreras espaciales al movimiento de mercancías, personas, dinero e información, la importancia de las cualidades del lugar ha aumentado, y el vigor de la competencia interurbana por el desarrollo capitalista (inversión, puestos de trabajo, turismo, etcétera) se ha fortalecido considerablemente. Considérese, en primer lugar, el tema desde el punto de vista del capital multinacional altamente móvil. Con la reducción de las barreras espaciales, la distancia hasta el mercado o hasta las materias primas ha perdido importancia para las decisiones de ubicación. Los elementos monopolísticos de la competencia espacial, tan esenciales para el funcionamiento de la teoría löschiana, desaparecen. Artículos pesados y baratos (como la cerveza y el agua mineral) que antes se producían localmente se comercializan ahora a distancias tan grandes que conceptos tales como el «alcance de una mercancía» pierden sentido. Por otra parte, la capacidad del capital para elegir la ubicación resalta la importancia de las condiciones de producción determinadas que se dan en un lugar determinado. Pequeñas diferencias en la oferta de trabajo (cantidades y cualidades), de infraestructuras y recursos, de regulación y fiscalidad públicas, adquieren mucha más importancia que cuando los elevados costes del transporte creaban monopolios «naturales» de la producción local en los mercados locales. Por la misma razón, el capital multinacional tiene ahora capacidad para organizar sus respuestas ante las variaciones en el gusto del mercado altamente localizadas, mediante la producción en pequeños lotes y especializada, diseñada para satisfacer los nichos de mercado locales. En un mundo más competitivo –como el que prevalece desde que en 1973 se vino abajo el auge de posguerra– las presiones coercitivas fuerzan al capital multinacional a ser mucho más selectivo y sensible a las pequeñas variaciones existentes entre lugares, en lo que se refiere a las posibilidades de producción y de consumo.



Considérese el tema, en segunda instancia, desde el punto de vista de los lugares que van a mejorar o perder su vitalidad económica si no ofrecen a las empresas las condiciones necesarias para acudir a la ciudad o permanecer en ella. La reducción de las barreras espaciales ha hecho que la competencia entre localidades, países y regiones urbanas por el capital de desarrollo se agudice aún más. La gobernanza urbana se ha orientado así mucho más a proporcionar un «buen clima empresarial» y a crear todo tipo de atractivos para el capital. El aumento del empresarialismo ha sido un resultado parcial de este proceso, desde luego, pero a este respecto observamos el aumento de éste desde otro punto de vista, precisamente porque el intento de procurarse capital de inversión limita la innovación a una senda muy estrecha, construida en torno a un paquete favorable al desarrollo capitalista y todo lo que ello implica. La tarea de la gobernanza urbana es, en resumen, la de atraer a su espacio unos flujos altamente móviles y flexibles de producción, financiación y consumo. Las cualidades especulativas de las inversiones urbanas derivan sencillamente de la incapacidad para predecir exactamente qué paquete tendrá éxito y cuál no en un mundo de considerable inestabilidad y volatilidad económicas.

Es fácil concebir, por lo tanto, todo tipo de espirales ascendentes y descendentes de crecimiento y decadencia urbanos bajo condiciones de fuerte empresarialismo urbano y competencia interurbana. Las respuestas innovadoras y competitivas de muchas alianzas de las clases urbanas dominantes han generado más incertidumbre, no menos, y al final han hecho que el sistema urbano sea más, no menos, vulnerable a las incertidumbres del cambio rápido.

## Las implicaciones macroeconómicas de la competencia interurbana

Las implicaciones macroeconómicas y locales del empresarialismo urbano y el aumento de la competencia interurbana merecen cierta atención. Es especialmente útil relacionar estos fenómenos con algunos de los cambios y tendencias generales observados en el funcionamiento de las economías capitalistas desde que la primera gran recesión de posguerra, la de 1973, provocó una variedad de ajustes aparentemente profundos en las sendas del desarrollo capitalista.

Ante todo, la competencia interurbana y el empresarialismo urbano han abierto los espacios urbanos de los países capitalistas avanzados a nuevos patrones de desarrollo de todo tipo, incluso aunque el efecto neto haya sido la reproducción en serie de parques científicos, elitización urbana, centros mundiales del comercio, centros culturales y de ocio, enormes centros comerciales con accesorios posmodernos, y demás desarrollos similares. La enorme atención prestada a la producción de un buen clima empresarial local ha resaltado la importancia de la localidad como ám-

bito de regulación de la aportación de infraestructuras, de las relaciones laborales, de los controles medioambientales e incluso de la política fiscal ante el capital internacional (véase Swyngedouw, 1989). La absorción del riesgo por parte del sector público, y en particular la importancia dada a la participación de éste en la aportación de infraestructuras, ha significado que el coste del cambio de ubicación haya disminuido desde el punto de vista del capital multinacional, haciéndolo geográficamente más móvil, no menos. En cualquier caso, más que disminuirla, el nuevo empresarialismo urbano aumenta la flexibilidad geográfica con la que las empresas multinacionales pueden abordar sus estrategias de localización. En la medida en que la localidad se convierte en ámbito de regulación de las relaciones laborales, también contribuye a aumentar la flexibilidad de las estrategias de gestión en los mercados de trabajo geográficamente segmentados. La negociación local, frente a la nacional, es desde hace tiempo un rasgo de las relaciones laborales en Estados Unidos, pero la tendencia al establecimiento de acuerdos locales ha sido notable en muchos países capitalistas avanzados durante las pasadas dos décadas.

No hay, en resumen, en el empresarialismo urbano nada que se oponga a la tesis de que desde comienzos de la década de 1970 se ha producido un cierto cambio macroeconómico en la forma y el estilo del desarrollo capitalista. De hecho, se puede afirmar convincentemente (véase Harvey, 1989a, cap. 8) que el cambio de la política urbana y el paso al empresarialismo han facilitado de manera importante la transición de los sistemas de producción fordistas respaldados por el Estado del bienestar keynesiano, bastante rígidos en lo que a ubicación se refiere, a una forma de acumulación flexible más basada en el mercado y geográficamente mucho más abierta. Se puede afirmar asimismo (véase Harvey, 1989a y 1989b) que la tendencia del diseño, de las formas culturales y del estilo de vida a alejarse de la modernidad urbana para acercarse a la posmodernidad también está relacionada con el empresarialismo urbano. A continuación ilustraré cómo y por qué podrían surgir dichas conexiones.

Considérense, en primer lugar, las consecuencias distributivas generales del empresarialismo urbano. Buena parte de la cacareada «alianza sector público-sector privado» en Estados Unidos, por ejemplo, equivale a una subvención a consumidores ricos, multinacionales y poderosas elites dirigentes para que permanezcan en la ciudad, a expensas del consumo colectivo local para la clase trabajadora y los pobres. El aumento general de los problemas de empobrecimiento y pérdida de influencia, incluida la producción de una «clase marginada» *[underclass]* (por usar el lenguaje de Wilson, 1987) ha sido indiscutiblemente documentado en muchas de las grandes ciudades estadounidenses. Levine, por ejemplo, proporciona abundantes detalles en el caso de Baltimore, en un escenario en el que se reivindican los beneficios que proporcionará la alianza entre el sector público y el privado. Boddy (1984) informa igualmente de que los planteamientos de la que él denomina «corriente dominante» (frente a la socialista) respecto al desarrollo local en Reino Unido han sido «dirigidos por la propiedad, orientados a las empresas y al mercado, y han presentado un carácter competitivo, teniendo como objetivo principal el desarrollo económico, no el empleo, y dando preferencia a las pequeñas empresas». Dado que el principal objetivo ha sido el de «estimular o atraer a la empresa privada mediante la creación de condiciones previas para la inversión rentable», el gobierno local «ha acabado de hecho apuntalando a la empresa privada, y asumiendo parte de los costes de producción». Por otro lado, como el capital tiende a ser más, no menos, móvil hoy en día, es de creer que probablemente aumentarán las subvenciones locales concedidas a éste, mientras veremos disminuir la aportación local a los más desfavorecidos lo cual producirá una mayor polarización en la distribución social de la renta real.



En muchos casos, los tipos de puestos de trabajo creados militarán igualmente contra cualquier cambio progresista en la distribución de la renta, ya que la relevancia otorgada a las pequeñas empresas y a la subcontratación puede incluso fomentar directamente el «sector informal» como fundamento para la supervivencia urbana. El crecimiento de las actividades de producción informal en muchas ciudades, en especial en Estados Unidos (Sassen-Koob, 1988), ha sido un rasgo marcado de las últimas dos décadas y se considera cada vez más un mal necesario o un sector de crecimiento dinámico capaz de reintroducir cierto grado de actividad industrial en centros urbanos por lo demás decadentes. Por la misma razón, las actividades de servicios y las funciones gestoras que se consolidan en las regiones urbanas tienden a ser puestos de trabajo de salario bajo (a menudo ocupados exclusivamente por mujeres) o cargos muy bien remunerados en el extremo superior del espectro gestor. En consecuencia, el empresarialismo urbano contribuye a aumentar las disparidades de riqueza y renta así como a ese aumento del empobrecimiento urbano que se ha observado incluso en aquellas ciudades (como Nueva York) que han experimentado un fuerte crecimiento. Ha sido, por supuesto, exactamente este resultado el que los municipios laboristas británicos (así como algunos de los gobiernos urbanos más progresistas de Estados Unidos) se han esforzado por evitar, no estando en absoluto claro, sin embargo, que ni siquiera el gobierno urbano más progresista pueda evitar tal resultado, dado que se halla integrado en la lógica del desarrollo espacial capitalista, en virtud de la cual la competencia no parece funcionar como una mano invisible beneficiosa, sino como ley coercitiva externa que provoca el mínimo común denominador de responsabilidad social y aportación social dentro de un sistema urbano competitivamente organizado.

Muchas de las innovaciones y de las inversiones diseñadas para hacer que determinadas ciudades resulten más atractivas como centros culturales y de consumo han sido imitadas rápidamente en otras partes, haciendo así que cualquier ventaja competitiva dentro del sistema de ciudades sea efímera. ¿Cuántos centros de convenciones, estadios

deportivos, Disneylandias, puertos deportivos y centros comerciales espectaculares con éxito puede haber? A menudo el éxito es poco duradero o se hace debatible debido a las innovaciones paralelas o alternativas que surgen en otras partes. Las coaliciones locales no tienen más opción, dadas las coercitivas leyes de la competencia, que mantenerse por delante en la partida, engendrando así innovaciones drásticas en el estilo de vida, las formas culturales, las mezclas de productos y servicios, incluso las formas institucionales y políticas, si quieren sobrevivir. El resultado es un remolino estimulante aunque a menudo destructivo de innovaciones culturales, políticas, de producción y de consumo de base urbana. A este respecto podemos identificar una relación vital aunque subterránea entre el ascenso del empresarialismo urbano y la tendencia posmoderna a diseñar fragmentos urbanos en lugar de efectuar un planeamiento urbano integral, a optar por lo efímero y el eclecticismo de la moda y del estilo en lugar de apostar por valores duraderos, a preferir la cita y la ficción en lugar de la invención y la función, y, por último, a primar el medio sobre el mensaje y la imagen sobre la sustancia.

En Estados Unidos, donde el empresarialismo urbano ha sido especialmente vigoroso, el resultado ha sido la inestabilidad del sistema urbano. Houston, Dallas y Denver, ciudades en auge en la década de 1970, se disolvieron repentinamente después de 1980 en una ciénaga de exceso de inversión de capital que llevó a todo un conjunto de instituciones financieras al borde de la quiebra, o incluso a la quiebra real. Silicon Valley, en otro tiempo la maravilla de nuevos productos y nuevos trabajos de alta tecnología, perdió repentinamente su brillo, pero Nueva York, al borde de la quiebra en 1975, renació en la década de 1980 con la inmensa vitalidad de sus servicios financieros y su funciones de mando, sólo para ver nuevamente su futuro amenazado por la oleada de despidos y fusiones que racionalizaron el sector de los servicios financieros tras el hundimiento del mercado bursátil en octubre de 1987. San Francisco, la niña mimada del comercio con los países del Pacífico, se encontró repentinamente con un exceso de espacio para oficinas a comienzos de la década de 1980, aunque se recuperó casi de inmediato. Nueva Orleans, ya en dificultades como perceptora de las transferencias redistributivas de la Administración federal, patrocinó una desastrosa Feria Mundial que la hundió todavía más en el fango, mientras que Vancouver, ya próspera, organizó una Exposición Mundial notablemente exitosa. Los giros de la fortuna y la desgracia urbanas desde comienzos de la década de 1970 han sido verdaderamente notables, y el fortalecimiento del empresarialismo urbano y de la competencia interurbana ha influido mucho en ellos.

Ha habido, no obstante, otro efecto más sutil que merece consideración. El empresarialismo urbano fomenta el desarrollo de las actividades y las empresas dotadas de mayor capacidad *localizada* para aumentar el valor de las propiedades, la base impositiva, la circulación local de los ingresos, y (más a menudo como consecuencia esperada de la lista anterior) el crecimiento del empleo. Dado que la creciente movilidad geográfica y



las tecnologías rápidamente cambiantes han provocado que muchas formas de producción de mercancías resulten altamente sospechosas, también la producción de esos tipos de servicios que (1) están altamente localizados y (2) se caracterizan por un tiempo de rotación rápido o incluso instantáneo parece la base más estable del esfuerzo empresarial urbano. La importancia concedida al turismo, a la producción y al consumo de espectáculos, y a la promoción de acontecimientos efímeros dentro de un entorno local dado parecen ser las soluciones preferidas para las economías urbanas en dificultades. Las inversiones urbanas de este tipo pueden aportar soluciones rápidas aunque efímeras a los problemas urbanos, aunque a menudo sean altamente especulativas. La preparación para los Juegos Olímpicos, por ejemplo, es un ejercicio caro que puede compensar, o no. Muchas ciudades estadounidenses (Buffalo, por ejemplo), han invertido en enormes instalaciones deportivas con la esperanza de albergar un equipo importante de la liga de béisbol, y Baltimore planea igualmente construir un nuevo estadio para intentar recuperar un equipo de fútbol americano que se trasladó hace unos años a un estadio mejor en Indianápolis (ésta es la versión estadounidense contemporánea de las prácticas efectuadas por las culturas cargo de Papúa-Nueva Guinea de construir una pista de aterrizaje con la esperanza de atraer a tierra a un reactor). Proyectos especulativos de este tipo forman parte de un problema macroeconómico más general. Dicho claramente, los centros comerciales financiados a crédito, los estadios deportivos y otras facetas del alto consumo generalizado son proyectos de alto riesgo que pueden fácilmente caer cuando vienen malos tiempos, y así exacerbar, como ilustra espectacularmente el «exceso de centros comerciales en Estados Unidos» (Green, 1988), los problemas de sobreacumulación y sobreinversión a los que fácilmente tiende el capitalismo. La inestabilidad que domina el sistema financiero estadounidense (obligando a emplear unos 100.000 millones de dólares de dinero público para estabilizar el sector del ahorro e hipotecario) se debe en parte a los créditos fallidos en los sectores de la energía, la agricultura y el desarrollo inmobiliario urbano. Muchos de los «mercados de festival» que parecían hace sólo una década «la lámpara de Aladino para ciudades con problemas», se leía hace poco en *The Baltimore Sun* (20 de agosto de 1987), se han topado ahora con enormes dificultades. Los proyectos de Richmond, Virginia Flint, Michigan y Toledo, Ohio, gestionados por Enterprise Development Co. de Rouse, están perdiendo millones de dólares, e incluso el South Street Seaport de Nueva York y el Riverwalk de Nueva Orleans se encuentran en graves dificultades económicas. La ruinosa competencia interurbana en todas esas dimensiones tiene todas las probabilidades de convertirse en un barrizal de endeudamiento.

Aun a pesar de los malos resultados económicos, sin embargo, las inversiones en este tipo de proyectos parecen ejercer una atracción social y política. Ante todo, la venta de la ciudad como ubicación para la actividad depende ampliamente de la creación de un imaginario urbano atractivo. Los líderes municipales pueden considerar el

desarrollo espectacular como un «artículo vendido con pérdidas» para atraer otras formas de desarrollo. Parte de lo que hemos visto en estas dos últimas décadas es el intento de construir un imaginario físico y social de las ciudades adecuado a ese fin competitivo. La producción de una imagen urbana de este tipo también tiene consecuencias políticas y sociales internas. Ayuda a contrarrestar el sentimiento de alienación y anomia que Simmel detectó hace tiempo como un rasgo problemático de la vida en la ciudad moderna. Lo hace en especial cuando un terreno urbano está abierto a la exhibición, a la moda y a la «presentación del yo» en un entorno de espectáculo y juego. Si todos, desde artistas punk y raperos hasta los «yuppies» y la alta burguesía, pueden participar en la producción de una imagen urbana mediante su producción de espacio social, todos pueden al menos experimentar cierto sentimiento de pertenencia a ese lugar. La producción orquestada de una imagen urbana también puede ayudar, si tiene éxito, a crear un sentimiento de solidaridad social, orgullo civil y lealtad al lugar, e incluso permitir que la imagen urbana proporcione un refugio mental en un mundo que el capital trata cada vez más como carente de lugares. El empresarialismo urbano (frente a la gestión burocrática, mucho más anónima) se mezcla aquí con la búsqueda de una identidad local y, como tal, abre una gama de mecanismos de control social. Pan y circo era la famosa fórmula romana que ahora se reinventa y revitaliza, mientras que la ideología de la localidad, el lugar y la comunidad se vuelve fundamental para la retórica política de la gobernanza urbana, que se concentra en la idea de unidad en la defensa contra un mundo hostil y amenazador de comercio internacional y competencia creciente.

La reconstrucción radical de la imagen de Baltimore mediante el desarrollo de la línea de costa y del puerto fluvial es un buen ejemplo. La remodelación puso a Baltimore en el mapa de un nuevo modo, le valió a la ciudad el título de «ciudad del renacimiento» y la situó en la portada de la revista *Time,* librándola de su imagen de monotonía y empobrecimiento. Parecía una ciudad dinámica y con empuje, dispuesta a acomodar al capital exterior y a fomentar la afluencia de capital y de la gente «adecuada». No importa que la realidad sea de creciente empobrecimiento y deterioro urbano general; que una profunda investigación local basada en entrevistas a líderes comunitarios, cívicos y empresariales detectara mucha «podredumbre por debajo del brillo» (Szanton, 1986); que un informe efectuado por el Congreso en 1984 describiera a la ciudad como una de las «más necesitadas» de Estados Unidos, y que un profundo estudio efectuado por Levine (1987) sobre el renacimiento demostrara una y otra vez lo parciales y limitadas que eran las ventajas así como que la ciudad en su conjunto estaba acelerando su decadencia en lugar de invertirla. La imagen de prosperidad oculta todo eso, enmascara las dificultades subyacentes y proyecta un imaginario de éxito que se extiende al plano internacional, de modo que el periódico británico *Sunday Times* (29 de noviembre de 1987) pueda informar, sin asomo de crítica, que



> Baltimore, a pesar del creciente desempleo, convirtió audazmente su abandonado puerto en una zona de recreo. Los turistas supusieron compras, restaurantes y transportes, esto a su vez supuso construcción, distribución, manufacturas, lo cual produjo más puestos de trabajo, más residentes y más actividad. La decadencia de la vieja Baltimore se hizo más lenta, se paró y después retrocedió. El área del puerto es ahora una de las mayores atracciones turísticas de Estados Unidos, mientras el desempleo urbano disminuye con rapidez.

Pero también está claro que poner a Baltimore en el mapa de este modo, dándole un mayor sentimiento de lugar y de identidad local, ha conseguido consolidar políticamente la capacidad de influencia de la alianza sector público-sector privado que dio ser al proyecto. Ha atraído a Baltimore dinero del desarrollo inmobiliario (aunque es difícil decir si ha traído más del que se ha llevado, dada la absorción del riesgo por parte del sector público). También ha conferido a la población en general un sentimiento de identidad ligada al lugar. El circo tiene éxito aunque falte el pan. El triunfo de la imagen sobre la sustancia es completo.

## Perspectivas críticas del giro empresarial en la gobernanza urbana bajo condiciones de competencia interurbana

Recientemente se ha producido un gran debate sobre la «autonomía relativa» del Estado local en relación con la dinámica de la acumulación de capital. El giro al empresarialismo en la gobernanza urbana parece sugerir una considerable autonomía de la acción local. La noción de empresarialismo urbano, como la he presentado aquí, no supone en modo alguno que el Estado local o la alianza de clases más general que constituye la gobernanza urbana sea de manera automática (o incluso en la famosa «última instancia») cautiva en exclusiva de los intereses de clase capitalistas, o que sus decisiones estén prefiguradas directamente en términos que reflejen las exigencias de la acumulación de capital. En la superficie, al menos, esto parece hacer que mi explicación sea incoherente con la versión marxista de la teoría del Estado local avanzada por, pongamos, Cockburn (1977), y realmente distinta de otros escritores no marxistas y neomarxistas como Mollenkopf (1983), Logan y Molotch (1987), Gurr y King (1987) y Smith (1988). La consideración de la competencia interurbana, sin embargo, indica de qué modo el empresarialismo urbano aparentemente autónomo puede reconciliarse con las exigencias contradictorias de la acumulación continua de capital y al mismo tiempo garantizar la reproducción de las relaciones sociales capitalistas en escalas cada vez más amplias y a niveles cada vez más profundos.

Marx avanzó la convincente proposición de que la competencia es inevitablemente la «portadora» de todas las relaciones sociales capitalistas en cualquier so-

ciedad en la que la circulación del capital sea una fuerza hegemónica. Las leyes coercitivas de la competencia fuerzan a los agentes individuales o colectivos (empresas capitalistas, instituciones financieras, Estados, ciudades) a establecer ciertas configuraciones de actividades que en sí mismas constituyen la dinámica capitalista. Pero el «forzamiento» se produce después de la acción, no antes. El desarrollo capitalista siempre es especulativo; de hecho, toda la historia del capitalismo puede interpretarse mejor como una serie completa de estallidos especulativos minúsculos y a veces grandiosos, acumulados unos sobre otros histórica y geográficamente. No existe, por ejemplo, una prefiguración exacta de cómo se adaptarán y comportarán las empresas ante la competencia del mercado. Cada una busca su propio método de supervivencia sin saber de antemano si va a funcionar o no. Sólo después del acontecimiento se afirma la «mano invisible» (expresión de Adam Smith) del mercado como «necesidad *a posteriori* impuesta por la naturaleza, que controla el capricho anárquico de los productores» (Marx, 1967, p. 336).

La gobernanza urbana es, de manera similar y con toda probabilidad, igualmente, si no más, anárquica y caprichosa. Pero se puede esperar también que tal «capricho anárquico» sea regulado a posteriori por la competencia interurbana. La competencia por inversiones y puestos de trabajo, en especial bajo condiciones de desempleo generalizado, reestructuración industrial y en una fase de rápido cambio hacia patrones más flexibles y geográficamente móviles de acumulación de capital, generará presumiblemente todo tipo de fermentos concernientes a cómo captar y estimular mejor el desarrollo bajo determinadas condiciones locales. Cada coalición buscará su versión específica de lo que Jessop (1983) denomina «estrategias de acumulación y proyectos hegemónicos». Desde el punto de vista de la acumulación de capital a largo plazo, es esencial que se exploren diferentes sendas y diferentes conjuntos de esfuerzos políticos, sociales y empresariales. Sólo de esta forma es posible que un sistema social dinámico y revolucionario, como el capitalismo, descubra nuevos modos y formas de regulación social y política adaptados a las nuevas formas y vías de acumulación del capital. Si esto es lo que se entiende por la «autonomía relativa» del Estado local, no hay nada en él que convierta en principio al empresarialismo urbano en algo distinto de la «economía relativa» que todas las empresas e instituciones capitalistas poseen al explorar diferentes vías hacia la acumulación de capital. La autonomía relativa entendida de este modo es perfectamente congruente con la teoría general de la acumulación de capital que yo suscribo (Harvey, 1982), y de hecho es parte integrante de ella. La dificultad teórica surge, sin embargo, como en tantas cuestiones de este tipo, porque la teoría marxiana y no marxiana trata el argumento de la autonomía relativa como si se pudiera considerar ajeno a la capacidad de control de las relaciones espaciales y como si la competencia interurbana y espacial fuera inexistente o irrelevante.



A la vista de este argumento, parecería que es la actitud gestora bajo condiciones de competencia interurbana débil la que haría la gobernanza urbana menos coherente con las reglas de la acumulación de capital. La consideración de ese argumento requiere, sin embargo, un análisis más amplio de las relaciones del Estado del bienestar y del keynesianismo nacional (en el que se integra la acción del Estado local) con la acumulación de capital durante las décadas de 1950 y 1960. Éste no es lugar para abordar dicho análisis, pero es importante reconocer que el argumento de la autonomía relativa del Estado local surgió a partir del Estado del bienestar y el compromiso keynesiano. Reconocer esto como interludio particular, sin embargo, ayuda a entender por qué la promoción de la ciudad y el empresarialismo urbano son tradiciones tan antiguas y tan demostradas en la geografía histórica del capitalismo (empezando, por supuesto, con la Liga Hanseática y las ciudades Estado italianas). La recuperación y el fortalecimiento de esa tradición y la recuperación de la competencia interurbana en las pasadas dos décadas sugiere que la gobernanza urbana no sólo no se ha alejado de las exigencias desnudas de la acumulación de capital, sino que se ha acercado a ellas. Dicho cambio precisaba una reconstrucción radical de las relaciones entre el Estado central y el local, y que las actividades estatales locales se liberaran del Estado del bienestar y del compromiso keynesiano (ambos objeto de muchos ataques en las pasadas dos décadas). Y no hace falta decir que en muchos países capitalistas avanzados se han dado en años recientes firmes indicios de agitación en este ámbito.

Desde este punto de vista se hace posible construir una perspectiva crítica sobre la versión contemporánea del empresarialismo urbano. Ante todo, el análisis debería centrarse en el contraste existente entre el vigor superficial de muchos de los proyectos para regenerar las decadentes economías urbanas y las tendencias subyacentes en la condición urbana. Debería reconocer que tras la máscara de muchos proyectos que obtienen buenos resultados se ocultan algunos problemas sociales y económicos graves, y que en muchas ciudades estos problemas están adoptando una forma geográfica, a modo de ciudad dual, con regeneración del centro urbano y un mar circundante de empobrecimiento creciente. Una perspectiva crítica debería centrarse asimismo en algunas de las consecuencias macroeconómicas peligrosas, muchas de las cuales parecen ineludibles dada la coerción ejercida mediante la competencia interurbana. Esta última incluye impactos regresivos sobre la distribución de la renta, volatilidad dentro de la red urbana, y efimeridad de los beneficios que muchos proyectos proporcionan. La concentración en el espectáculo y la imagen, y no en el fondo de los problemas económicos y sociales, puede también resultar nociva a largo plazo, aunque también se puedan obtener fácilmente beneficios políticos.

Todo esto, sin embargo, también ofrece un lado positivo que merece atención. La idea de la ciudad como corporación colectiva, dentro de la cual puede operar la toma de decisiones democráticas, tiene una larga historia en el panteón de las doctrinas y las

prácticas progresistas (la Comuna de París es, por supuesto, el paradigma en la historia socialista). Ha habido intentos recientes de recuperar dicha visión corporativa tanto en la teoría (véase Frug, 1980) como en la práctica (véase Blunkett y Jackson, 1987). Aunque ciertos tipos de empresarialismo urbano se pueden calificar obviamente de puramente capitalistas en cuanto a su método, intención y resultado, también es útil reconocer que muchos de los problemas de la acción empresarial colectiva no tienen su origen en la autopromoción de la ciudad del tipo que sea, ni siquiera en quién domina, en particular, las alianzas de clase urbanas que se forman o en los proyectos que estas elites diseñan, porque es la competencia interurbana desencadenada en el marco general del desarrollo geográfico capitalista desigual la que parece que posibilita que los «malos» proyectos expulsen a los «buenos», y la que hace que coaliciones de fuerzas de clase bien intencionadas y beneficiosas se vean obligadas a ser suficientemente «realistas» y «pragmáticas» como para que se sientan constreñidas a jugar con las normas de la acumulación capitalista y a dejar de lado los objetivos de cubrir las necesidades locales y maximizar el bienestar social. Pero ni siquiera en este sentido está claro que la mera competencia interurbana sea la contradicción fundamental que debemos abordar. Debería considerarse, por el contrario, una condición que actúa como «portadora» (por usar la expresión de Marx) de las relaciones sociales más generales de cualquier modo de producción dentro del cual se integra esa competencia. El socialismo en una ciudad no es, por supuesto, un proyecto factible ni siquiera bajo las mejores circunstancias, pero las ciudades son importantes bases de poder desde las que trabajar. El problema es diseñar una estrategia geopolítica de relación interurbana que mitigue la competencia interurbana y aleje los horizontes políticos de la localidad para acercarlos a un desafío más generalizable al desarrollo capitalista desigual. Los movimientos obreros, por ejemplo, han demostrado ser históricamente muy capaces de controlar la política de lugar, pero siempre se han mantenido vulnerables a la disciplina de las relaciones espaciales y al control más firme del espacio (tanto militar como económicamente) por una burguesía cada vez más internacionalizada. Bajo tales condiciones, la trayectoria asumida con el ascenso del empresarialismo urbano estos años pasados sirve para sostener y profundizar las relaciones capitalistas de desarrollo geográfico desigual y, por consiguiente, afecta de modo interesante a la trayectoria general del desarrollo capitalista. Sin embargo, una perspectiva crítica del empresarialismo urbano no sólo muestra sus impactos negativos sino también su capacidad de transformación en un corporativismo urbano progresista, armado con una aguda percepción geopolítica de cómo construir alianzas y vínculos interespaciales que mitiguen la dinámica hegemónica de la acumulación capitalista para dominar la geografía histórica de la vida social, o incluso para enfrentarse a dicha dinámica.



# 17 La geografía del poder de clase*

Es imperativo volver a encender las pasiones políticas que suscitó el *Manifiesto comunista.* Es un documento extraordinario, lleno de perspicacia, rico en significados y cuajado de posibilidades políticas. Aunque no tenemos derecho, como Marx y Engels escribieron en el prefacio de la edición alemana de 1872, a alterar algo que se ha convertido en un documento histórico clave, no sólo tenemos el derecho sino también la obligación de interpretarlo a la luz de la experiencia histórico-geográfica y de las condiciones contemporáneas. «*La aplicación práctica de los principios* –escribieron Marx y Engels en dicho prefacio– *dependerá,* como el propio *Manifiesto* establece, *en todas partes y en todo momento, de las condiciones históricas existentes en ese momento*». Esta frase en cursiva delinea precisamente nuestra actual tarea.

La acumulación de capital siempre ha sido un asunto profundamente geográfico. Sin las posibilidades inherentes a la expansión geográfica, a la reorganización espacial y al desarrollo geográfico desigual, hace mucho tiempo que el capitalismo habría dejado de funcionar como sistema económico y político. Este recurso permanente a «una solución espacial» para las contradicciones internas del capitalismo (más notablemente registradas como sobreacumulación de capital dentro de un área geográfica determinada) junto con la inserción desigual de diferentes territorios y formaciones sociales en el mercado mundial capitalista han creado una geografía histórica mundial de acumulación de capital cuyo carácter debe entenderse bien. La conceptualización del problema efectuada por Marx y Engels en el *Manifiesto comunista* merece cierto comentario, porque aquí es donde se unió el movimiento comunista –con representantes de muchos países– para intentar definir un programa revolu-

* Publicado por primera vez en *Socialist Register,* 1998.

cionario útil en medio de una considerable diferenciación geográfica. Esta diferenciación es tan importante hoy como siempre lo ha sido, y los puntos débiles, así como las virtudes, del *Manifiesto* deben abordarse y analizarse en el enfoque dado a este problema.

## La solución espacial en Hegel y Marx

En *La filosofía del derecho,* Hegel presentaba el imperialismo y el colonialismo como posibles soluciones a las contradicciones internas de lo que él consideraba una sociedad civil «madura» (Hegel, 1967, pp. 150-152). La creciente acumulación de riqueza en un extremo y la formación de una «muchedumbre mísera», atrapada en las profundidades de la pobreza y la desesperación, en el otro, establecen el escenario para la inestabilidad social y la guerra de clases, las cuales no se pueden curar mediante la transformación interna (tal como una redistribución de riqueza de los ricos a los pobres). De esa forma, la «dialéctica interna» lleva a la sociedad civil a «ampliar sus propios límites y buscar mercados, y con ellos los medios de subsistencia que precisa, en otras tierras que carecen de las mercancías que ella ha producido en exceso, o que tienen en general una industria atrasada». Debe también fundar colonias y así permitir que parte de su población «vuelva a una vida familiar en una nueva tierra» al mismo tiempo que se «proporciona a sí misma nueva demanda y un campo para su industria», todo ello fomentado por una «pasión por el beneficio» que inevitablemente supone riesgo, de modo que la industria, «en lugar de permanecer arraigada al suelo y al círculo limitado de vida civil con sus placeres y deseos [...] abraza el elemento del flujo, el peligro y la destrucción».

Tras esbozar, en unos cuantos párrafos asombrosos, las posibilidades de una solución imperialista y colonial a las contradicciones internas cada vez más intensas de la sociedad civil, Hegel cambia repentinamente de tema. Nos deja en la oscuridad acerca de si el capitalismo podría estabilizarse apelando a una especie de «solución espacial» ya fuera a corto o largo plazo. Por el contrario, pasa a centrar su atención en el concepto del Estado como actualización de la idea ética. Se podría considerar que esto implica que la trascendencia a las contradicciones de la sociedad civil por parte del Estado moderno –una transformación interna– es posible y deseable. Pero Hegel no explica en ninguna parte cómo podrían superarse de hecho los problemas de la pobreza y de la creciente polarización en la distribución de la riqueza. ¿Se supone que debemos creer, entonces, que estos problemas determinados pueden solucionarse con el imperialismo? El texto es ambiguo. Ésta es, señala Avineri, «la única vez en su sistema que Hegel plantea un problema y lo deja abierto» (Avineri, 1972, p. 132).



Se puede debatir infinitamente en qué medida influyó Hegel en las posteriores preocupaciones de Marx. Ciertamente Engels creía que Marx era «el único capaz de asumir el trabajo de extraer de la lógica hegeliana el núcleo que contiene los verdaderos descubrimientos de Hegel». El lenguaje que Marx usa para describir la ley general de la acumulación capitalista, por ejemplo, guarda una extraña semejanza con el de Hegel[1]. Es incluso posible interpretar que el Libro 1 de *El capital* es un argumento estrechamente orquestado, respaldado por muchas pruebas históricas y materiales, que demuestra que las propuestas avanzadas por Hegel de manera tan poco precisa, sin un respaldo lógico o probatorio, eran indudablemente correctas[2]. En opinión de Marx, las contradicciones internas descritas por Hegel no sólo eran inevitables sino que no disponían de más solución interna que la revolución proletaria. Y ésta era, por supuesto, la conclusión que Marx quería imponer no sólo a los hegelianos sino a todos los demás. Pero para hacer que el argumento se implantara, también tenía que tener en cuenta la cuestión que Hegel había suscitado y dejado abierta.

Visto así, adquiere sentido otro rasgo presente en la estructura del argumento de *El capital*. El último capítulo del libro hace referencia a la cuestión de la colonización. Parece, a primera vista, un extraño reparo a una obra que, en el capítulo anterior, anuncia la expropiación a los expropiadores y el toque de difuntos de la burguesía con una retórica que recuerda a la del *Manifiesto comunista*. Pero a la luz del argumento de Hegel el capítulo adquiere especial importancia.

Marx intenta primeramente demostrar que la burguesía contradice sus propios mitos respecto al origen y a la naturaleza del capital mediante las políticas que fomenta en las colonias. En las exposiciones burguesas (el caso paradigmático es la de Locke), el capital (una cosa) se origina en el fructífero ejercicio de la propia capacidad del productor para trabajar, mientras que la fuerza de trabajo como mercancía

[1] Compárese el argumento dado por Hegel en *La filosofía del derecho* de acuerdo con el cual «cuando el nivel de vida de una gran masa de población cae por debajo de un cierto nivel de subsistencia –un nivel regulado automáticamente como el necesario para un miembro de la sociedad [...]– el resultado es la creación de una ralea de pobres. Al mismo tiempo, esto trae consigo, en el otro extremo de la escala social, condiciones que facilitan enormemente la concentración de riqueza desproporcionada en unas cuantas manos», y la conclusión a la que llega Marx en el volumen 1 de *El capital*, de que «a medida de se acumula el capital, la situación del trabajador, sea alto o bajo su salario, debe empeorar [...] Convierte la acumulación de miseria en una condición necesaria, correspondiente a la acumulación de riqueza. La acumulación de riqueza en un extremo es, por consiguiente, al mismo tiempo acumulación de miseria, tormento del trabajo, esclavitud, ignorancia y embrutecimiento y degradación en el extremo opuesto, es decir, el de la clase que produce su propio producto como capital». El parecido entre ambos textos es asombroso.

[2] En Harvey (1982), cap. 13; y Harvey (1981) se pueden encontrar más detalles sobre este argumento.

surge mediante un contrato social libremente firmado entre quienes producen un excedente de capital mediante la frugalidad y la diligencia y quienes prefieren no hacerlo. «Esta completa fantasía» truena Marx, queda «destrozada» en las colonias. Siempre que el trabajador consiga «acumular para sí mismo –y esto podrá hacerlo mientras siga siendo propietario de los medios de producción– la acumulación capitalista y el modo de producción capitalista son imposibles». El capital no es una cosa física, sino una relación social. Descansa sobre «la aniquilación de la propiedad privada personal, en otras palabras, la expropiación del trabajador». Históricamente, esta expropiación se «escribió en los anales de la humanidad con letras de sangre y fuego», y Marx cita literalmente a la duquesa de Sutherland para demostrar su argumento. La misma verdad se expresa, sin embargo, en las políticas territoriales coloniales, tales como las de Wakefield en Australia, en las que se usaron los poderes de la propiedad privada y del Estado para excluir a los trabajadores del acceso fácil a tierra gratuita, para conservar un fondo de trabajadores asalariados para la explotación capitalista. Así se vio la burguesía obligada a reconocer en su programa de colonización lo que intentaba ocultar en su propio país: que el trabajo asalariado y el capital se basan en apartar por la fuerza al trabajador de los medios de producción (Marx, 1967). Éste es el secreto de la acumulación de capital «primitiva» u «original».

La relación de todo esto con la cuestión que Hegel dejó abierta debe explicarse. Si los trabajadores pueden volver a una existencia genuinamente inalienada mediante la migración al extranjero o a una región fronteriza, el control capitalista sobre la fuerza de trabajo se debilita. Tal forma de expansión puede ser ventajosa para los trabajadores pero no ofrecería solución a las contradicciones internas del capitalismo. Los nuevos mercados y los nuevos sectores para la industria que Hegel consideró vitales sólo podían alcanzarse mediante la recreación de las relaciones capitalistas de propiedad privada y la capacidad asociada para apropiarse del trabajo de otros. De ese modo, las condiciones fundamentales que en un principio provocaron el problema –alienación del trabajo– se reproducen. El capítulo dedicado por Marx a la colonización parece cerrar la posibilidad de que se dé una «solución espacial» a las contradicciones internas del capitalismo. Evidentemente, Marx se sintió obligado a cerrar en *El capital* la puerta que Hegel había dejado parcialmente abierta y consolidar su llamada a la revolución total, negando que la colonización fuera, a largo plazo, una solución viable a las contradicciones internas del capital.

Pero la puerta no permanece cerrada. La «dialéctica interna» de Hegel experimenta sucesivas representaciones en la obra de Marx, y en cada una se puede plantear de nuevo legítimamente la cuestión de la solución espacial a las contradicciones del capitalismo. El capítulo sobre la colonización tal vez sea suficiente para el primer volumen de *El capital,* donde Marx se centra exclusivamente en las cuestiones de la producción. ¿Pero qué decir del tercer volumen, en el que Marx demuestra que los requisitos de la producción entran en conflicto con los de la circulación y acaban produciendo crisis de sobreacumulación? La polarización adopta entonces la forma de «capital desempleado en un extremo y población desempleada en el otro», con la consecuente devaluación de ambos. ¿Puede la formación de dichas crisis contenerse mediante expansiones y reestructuraciones geográficas? Marx no descarta la posibilidad de que el comercio exterior y el crecimiento de mercados externos, la exportación de capital para la producción, y la expansión del proletariado mediante acumulación primitiva en otros territorios, puedan contrarrestar la caída de la tasa de beneficios a corto plazo. ¿Pero cuánto dura el corto plazo? Y la posibilidad de que se extienda a lo largo de muchas generaciones (como hacía ver Rosa Luxemburg en su teoría del imperialismo), ¿cómo influye en la teoría de Marx y su práctica política asociada de buscar aquí y ahora las transformaciones revolucionarias en el seno de la sociedad civil?



## La dimensión espacial del *Manifiesto comunista*

Muchos de estos problemas surgen en el *Manifiesto comunista*[3]. El enfoque dado por Marx y Engels al problema del desarrollo geográfico desigual y la solución espacial es en algunos aspectos profundamente ambiguo. Por una parte, las cuestiones relativas a la urbanización, la transformación geográfica y la «globalización» ocupan un lugar destacado en el argumento, pero por otro, las potenciales ramificaciones de las reestructuraciones geográficas tienden a perderse en un modo retórico que en último término prima al tiempo y a la historia sobre el espacio y la geografía.

La primera frase del *Manifiesto comunista* sitúa el argumento en Europa, y es a esa identidad transnacional y a sus clases trabajadoras a quienes van dirigidas sus tesis. Esto refleja el hecho de que los «comunistas de diversas nacionalidades» (el francés, el alemán, el italiano, el flamenco y el danés, además del inglés, son los idiomas previstos para la publicación del documento) se reunieron en Londres para formular un programa de la clase trabajadora. El documento es, por consiguiente, más eurocéntrico que internacional. Pero la importancia del trasfondo mundial no se olvida. Los cambios revolucionarios que llevaron a la burguesía al poder estaban relacionados con «el descubrimiento de América, el paso del Cabo de Hornos» y la apertura del comercio con las colonias y con los mercados de las Indias Orientales y de China. El ascenso de la burguesía está, desde el principio del argumento, íntimamente relacionado con sus actividades y sus estrategias geográficas:

[3] Todas las citas son de Marx y Engels, *Manifesto of the Communist Party,* Moscú, Editorial Progreso, 1952.

La industria moderna ha establecido el mercado mundial, para el cual el descubrimiento de América allanó el camino. Este mercado ha dado un inmenso desarrollo al comercio, a la navegación, a las comunicaciones por tierra. A su vez, este desarrollo ha provocado la expansión de la industria; en la misma proporción en que se expandieron la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles y se desarrolló la burguesía, aumentó su capital, lo cual hizo que dejara en segundo plano a todas las clases heredadas de la Edad Media.

Por estos medios geográficos, la burguesía eludió y suprimió a los poderes feudales ligados al lugar. También por estos medios, la burguesía convirtió al Estado (con sus competencias militares, organizativas y fiscales) en el ejecutivo de sus propias ambiciones. Y, una vez en el poder, la burguesía prosiguió con su misión revolucionaria en parte mediante las transformaciones geográficas internas y externas. Internamente, la creación de grandes ciudades y la rápida urbanización llevaron a los núcleos urbanos a predominar sobre el campo (rescatando simultáneamente a éste de la «idiocia» de la vida rural y reduciendo al campesinado a clase subalterna). La urbanización concentra en el espacio las fuerzas productivas y la fuerza de trabajo, transformando poblaciones dispersas y sistemas de derechos de propiedad descentralizados en enormes concentraciones de poder político y económico. Las «fuerzas de la Naturaleza» quedan sometidas al control humano: «la maquinaria, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, los ferrocarriles, los telégrafos eléctricos, el desbrozo de continentes enteros para el cultivo, la canalización de los ríos, las poblaciones completas expulsadas del terreno [...]».

Pero esta concentración de los proletarios en fábricas y en ciudades los hace adquirir conciencia de sus intereses comunes. Sobre esta base, empiezan a crear instituciones, como los sindicatos, para articular sus reivindicaciones. Además, los sistemas de comunicación modernos ponen «en contacto a los trabajadores de distintas localidades» permitiendo así que «las numerosas luchas locales, todas del mismo carácter» se centralicen en «una lucha nacional entre clases». Al extenderse por encima de las fronteras, este proceso priva a los trabajadores de «todo vestigio de carácter nacional», ya que todos y cada uno de ellos están sometidos a las normas unificadas del capital. La organización de la lucha de la clase trabajadora se concentra y difumina en el espacio de un modo que refleja las acciones del capital.

Marx amplía esta idea en un pasaje tan famoso que solemos leerlo por encima en lugar de reflexionar sobre él con el cuidado que merece:

> La necesidad de ampliar constantemente el mercado persigue a la burguesía de toda la superficie terrestre. Debe instalarse en todas partes, establecer conexiones en todas partes [...] Mediante su explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo en todos los países [...] Todas las viejas industrias nacionales han sido destruidas o están siendo destruidas a diario. Son desbancadas por nuevas industrias cuya introducción se convierte en cuestión de vida o muerte para todas la naciones civilizadas, por industrias que ya no utilizan materias primas indígenas sino materias primas traídas de las zonas más remotas; industrias cuyos productos no sólo se consumen en el país sino en cualquier extremo del mundo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas por la producción del país, encontramos nuevas necesidades, que requieren para su satisfacción los productos de tierras y climas distantes. En lugar de la reclusión y la autosuficiencia locales y nacionales de antaño, tenemos intercambios en todas direcciones, interdependencia universal de naciones. Y al igual que en la material, también en la producción intelectual. Las creaciones intelectuales de cada nación se convierten en propiedad común. La unilateralidad y la intolerancia nacionales se hacen cada vez más imposibles, y de las numerosas literaturas nacionales y locales surge una literatura mundial [...].



Si ésta no es una descripción convincente de la «globalización» tal y como ahora la conocemos, es difícil imaginar cuál podría serlo. Los vestigios del argumento hegeliano de la «solución espacial» se pueden apreciar en todas partes. Pero Marx y Engels añaden algo:

> La burguesía [...] atrae a todas las naciones, hasta a las más bárbaras, a la civilización, los precios baratos de sus mercancías son la artillería pesada con la que derriba todas las murallas chinas, con la que obliga a capitular el odio intensamente obstinado que los bárbaros sienten hacia los extranjeros. Obliga a todas las naciones, bajo pena de extinción, a adoptar el modo de producción burgués; las obliga a introducir en su seno lo que ella denomina civilización, es decir, a volverse burguesas. En una palabra, crea un mundo a su imagen.

El tema de la «misión civilizadora» de la burguesía se anuncia aquí (si bien con un toque de ironía). Pero se da a entender que existe un cierto límite al poder de la solución espacial. Si la misión geográfica de la burguesía es reproducir las relaciones de clase y de producción a una escala geográfica progresivamente creciente, las bases de las contradicciones internas de la revolución capitalista así como las de la revolución socialista se expanden también geográficamente. La conquista de nuevos mercados abre el camino a «crisis más extensas y más destructivas» al tiempo que «disminuye los medios para prevenirlas». La lucha de clases se vuelve planetaria. Marx y Engels enuncian, por lo tanto, el imperativo de «proletarios del mundo, uníos» como condición necesaria para la revolución anticapitalista y prosocialista.

## Reconsideración de la geografía del *Manifiesto comunista*

El elemento geográfico del *Manifiesto comunista* se ha pasado por alto, en buena medida, en posteriores comentarios. Cuando ha sido el centro de atención, a menudo se ha tratado como algo aproblemático en relación con la acción política. Esto sugiere una respuesta doble en nuestra observación del argumento. En primer lugar, es vital reconocer (como tan claramente lo hace el *Manifiesto comunista*) de qué formas los reordenamientos y las reestructuraciones geográficos, las estrategias espaciales y los elementos geopolíticos, los desarrollos geográficos desiguales, etcétera, son aspectos vitales para la acumulación de capital, tanto desde el punto de vista histórico como en la actualidad. Es igualmente vital reconocer (de maneras que el *Manifiesto comunista* tiende a minimizar), que la lucha de clases se manifiesta de manera distinta en este terreno altamente variado y que el impulso hacia el socialismo debe tener en cuenta estas realidades geográficas. Pero, en segundo lugar, es igualmente importante reconsiderar la explicación («esbozo» tal vez sea una palabra más adecuada) dada en el *Manifiesto comunista* para desarrollar una interpretación más compleja, precisa y políticamente útil sobre por qué las dimensiones geográficas de la acumulación de capital y la lucha de clases son tan fundamentales en la perpetuación del poder burgués y en la supresión de los derechos y las aspiraciones de los trabajadores, no sólo en lugares particulares sino también globalmente.

A continuación consideraré la primera respuesta como algo «dado», aunque soy perfectamente consciente de que es necesario reafirmarla una y otra vez dentro de un movimiento que no ha asumido algunas de sus implicaciones básicas, y mucho menos todas ellas. Aunque Lefebvre quizá exagere un poco, pienso que vale la pena recordar su afirmación de que el capitalismo ha sobrevivido hasta el siglo XX por un solo medio: «ocupando espacio, produciendo espacio» (Lefebvre, 1976). ¡Qué irónico que se dijera lo mismo a finales del siglo XXI!

Mi principal interés en este artículo es, por lo tanto, reconsiderar la explicación dada en el *Manifiesto comunista*. Esto exige, tácita o explícitamente, una contrateoría no hegeliana del desarrollo espacio-temporal de la acumulación de capital y la lucha de clases (Meszaros, 1995; Harvey, 1996). Desde dicha perspectiva, aislaré seis aspectos del *Manifiesto comunista* para efectuar un comentario crítico.

En primer lugar, la división del mundo en naciones «civilizadas» y «bárbaras» es, como mínimo, anacrónica por no decir directamente censurable, aunque se excuse por ser típica de su época. Además, el modelo centro-periferia de acumulación de capital que la acompaña es como mínimo una simplificación excesiva y en último extremo engañosa. Sugiere que el capital se originara en un lugar (Inglaterra o Europa) y después se difunde hacia el exterior para abarcar al resto del mundo. La adopción de esta actitud parece derivar de una aceptación poco crítica de la teleología de



Hegel: en caso de que llegue a considerarse el espacio, será como receptor pasivo de un proceso teleológico que empieza desde el centro y fluye hacia fuera para llenar todo el planeta. Dejando a un lado todo el problema de dónde surgió exactamente el capitalismo y si surgió en un solo lugar o emergió simultáneamente en entornos geográficamente específicos (un campo de disensión entre especialistas que no muestra signos de llegar a un consenso) el posterior desarrollo de un capitalismo que, a finales del siglo XVIII al menos, había llegado a concentrar sus formas de desarrollo más libres en Europa en general, y en Gran Bretaña en particular, no puede ser englobado por dicho modo de pensar difusionista. Aunque hay algunos ejemplos en los que el capital se difundió desde el centro a la periferia (por ejemplo, la exportación de capital excedente desde Europa a Argentina o Australia a finales del siglo XIX), dicha explicación es incongruente con lo que ocurrió en Japón después de la restauración Meiji o lo que está ocurriendo ahora cuando primero Corea del Sur y después China se embarcan en una forma de acumulación primitiva interna e introducen su fuerza de trabajo y sus productos en los mercados mundiales.

La geografía de la acumulación del capital merece un tratamiento mucho más fundado teóricamente que el esbozo difusionista proporcionado en el *Manifiesto comunista*. El problema no radica propiamente en la forma esquemática de la explicación, sino en la ausencia de una teoría del desarrollo geográfico desigual (que a menudo implica una acumulación primitiva desigual) útil para reflejar la dinámica de la formación de la clase trabajadora y la lucha de clases en todo el espacio europeo, y mucho menos a escala mundial. Creo también que se debe efectuar un análisis más profundo de la dialéctica espacio/lugar en el desarrollo capitalista (Harvey, 1996). ¿Cómo evolucionan los lugares, las regiones y los territorios dadas unas relaciones espaciales cambiantes? Hemos observado que los juegos de poder geopolíticos, por ejemplo, se interconectan con la posición de mercado en una estructura cambiante de relaciones espaciales que, a su vez, privilegia ciertas localizaciones y territorios para la acumulación capitalista. También es interesante señalar que aquellas burguesías nacionales que no pudieron usar fácilmente los poderes espaciales para eludir al feudalismo acabaron en fascismo (Alemania, Italia y España vienen al caso). Dado que éstos son argumentos muy abstractos, intentaré concretarlos a continuación.

Para empezar, el planeta nunca ha sido un campo de juego nivelado en el que la acumulación de capital pudiera realizar su destino. Era, y sigue siendo, una superficie intensamente variada, ecológica, política, social y culturalmente diferenciada. Los flujos de capital encontraron algunos terrenos más fáciles de ocupar que otros en las diferentes fases de desarrollo. Y en el encuentro con el mercado capitalista mundial, algunas formaciones sociales se adaptaron a insertarse dinámicamente en las formas capitalistas de intercambio de mercado y otras no, por una amplia gama de razones y con efectos sumamente importantes. La acumulación primitiva u «originaria» pue-

Recons[illegible]

El [illegible]asivo de llenar
[illegible]ente
me[illegible]os
d[illegible]

[illegible]en diferentes lugares y momentos, aunque facilitada por el [illegible]ercado que cada vez más reúne al planeta en una unidad [illegible]ónde se produce esa acumulación primitiva depende de [illegible]so aunque las consecuencias sean mundiales. En la ac[illegible] Japón la creencia, por ejemplo, de que el éxito comer[illegible]pués de 1960 se debió en parte a la actitud no competitiva y a [illegible]ina después de la Revolución de 1949, y que la inserción contem[illegible]a potencia china en el mercado capitalista mundial constituye una ame[illegible] para Japón como economía productora no rentista. Una contingencia de este tipo, no la teleología, influye mucho en la historia capitalista mundial. Además, la globalidad de la acumulación del capital plantea el problema de una fuerza burguesa dispersa que puede hacerse mucho más difícil de manejar desde el punto de vista geopolítico, precisamente por sus múltiples emplazamientos. El propio Marx se preocupó posteriormente por esta posibilidad política. En 1858 escribió (en un pasaje al que Meszaros da la debida importancia [1996, p. xii]):

> La cuestión difícil para nosotros es ésta: la revolución en el continente es inminente y su carácter será inmediatamente socialista; no será *necesariamente aplastada* en esta *pequeña esquina del mundo,* ya que en un ámbito mucho mayor la evolución de la sociedad burguesa sigue *siendo ascendente.*

Es aleccionador reflexionar sobre el número de revoluciones socialistas en todo el mundo que han sido rodeadas y aplastadas con éxito por las estrategias políticas de un poder burgués ascendente.

En segundo lugar, el *Manifiesto comunista* resalta adecuadamente la importancia fundamental de reducir los obstáculos espaciales mediante innovaciones e inversiones en el transporte y en las comunicaciones para aumentar y mantener del poder burgués. Además, el argumento indica que se trata de un proceso en curso, todavía no culminado. A este respecto, el *Manifiesto comunista* es extremadamente profético. «La aniquilación del espacio mediante el tiempo», como posteriormente lo denominó Marx, (adoptando una expresión bastante común a comienzos del siglo XIX, cuando la gente se ajustaba a las consecuencias revolucionarias del ferrocarril y del telégrafo) está profundamente integrada en la lógica de la acumulación de capital, implicando como implica las continuas, si bien a menudo entrecortadas, transformaciones de las relaciones espaciales que han caracterizado la geografía histórica de la era burguesa (desde las autopistas de peaje al ciberespacio). Estas transformaciones debilitan las cualidades absolutas del espacio (a menudo asociadas con el feudalismo) y hacen hincapié en la relatividad de las relaciones espaciales y de las ventajas locales, convirtiendo así la doctrina ricardiana de la ventaja comercial relativa en una cuestión no estable sino altamente dinámica. Además, las sendas espaciales de los flujos de mercancías deben trazarse en relación con los flujos de capital, la fuerza de trabajo, la ventaja militar, las transferencias de tecnología, los flujos de información, y demás. A este respecto, al menos, el *Manifiesto comunista* no era erróneo sino poco elaborado, y fue poco apreciado en sus declaraciones proféticas.



En tercer lugar, quizá una de las mayores ausencias del *Manifiesto comunista* sea su falta de atención a la organización territorial del mundo en general y del capitalismo en particular. Si, por ejemplo, el Estado era necesario como «brazo ejecutivo de la burguesía», tenía que estar territorialmente definido, organizado y administrado. Aunque en el Tratado de Westfalia, en 1648, se estableció el derecho de los Estados soberanos a la coexistencia como norma europea (específicamente vacilante), la extensión general de ese principio por todo el mundo necesitó varios siglos para tomar forma, e incluso ahora es dudoso que se haya alcanzado por completo. El siglo XIX fue el gran periodo de las definiciones territoriales (la mayoría de las fronteras del mundo se establecieron entre 1870 y 1925 y la mayoría fueron trazadas sólo por los británicos y los franceses, siendo el reparto de África en 1885 el ejemplo más espectacular). Pero la formación y la consolidación estatal va un paso más allá de la definición territorial y ha demostrado ser un asunto interminable y a menudo inestable (en especial, por ejemplo, en África). Podría muy bien sostenerse que sólo a partir de 1945 la descolonización acercó la formación de Estados en todo el mundo al modelo altamente simplificado que el *Manifiesto comunista* prevé. Además, el relativismo introducido por las revoluciones del transporte y de las comunicaciones, junto a la dinámica desigual de la lucha de clases y a la dotación desigual de recursos, hacen que las configuraciones territoriales no puedan mantenerse estables durante mucho tiempo. Hay en esto mucho espacio para la contingencia (incluidas las fases de reorganización y redefinición territorial), socavando así la teleología bastante simplista que deriva de Hegel pero que puede aún encontrarse en algunas versiones de ideas comunistas y capitalistas sobre lo que necesariamente deparará el futuro.

En cuarto lugar, el Estado es, por supuesto, sólo una de las instituciones mediadoras que influyen en la dinámica de la acumulación y de la lucha de clases en todo el mundo. Al dinero y a las finanzas hay que asignarles un lugar de honor. A este respecto, hay algunas cuestiones intrigantes sobre las que el *Manifiesto comunista* no dice nada; en parte, sospecho, porque sus autores no habían hecho aún sus descubrimientos esenciales sobre las relaciones dialécticas entre el dinero, la producción, el intercambio de mercancías, la distribución y la producción (tal y comos éstos se conceptualizan, por ejemplo, en la Introducción de los *Grundrisse*). Hay dos modos de contemplar esto (y aquí, la cuestión del dinero me parece emblemática y fundamental). Por una parte, podemos interpretar el dinero mundial como una re-

de darse, y se ha dado, en diferentes lugares y momentos, aunque facilitada por el contacto con la red de mercado que cada vez más reúne al planeta en una unidad económica. Pero cómo y dónde se produce esa acumulación primitiva depende de las condiciones locales, incluso aunque las consecuencias sean mundiales. En la actualidad se ha extendido en Japón la creencia, por ejemplo, de que el éxito comercial de dicho país después de 1960 se debió en parte a la actitud no competitiva y a la retirada de China después de la Revolución de 1949, y que la inserción contemporánea de la potencia china en el mercado capitalista mundial constituye una amenaza para Japón como economía productora no rentista. Una contingencia de este tipo, no la teleología, influye mucho en la historia capitalista mundial. Además, la globalidad de la acumulación del capital plantea el problema de una fuerza burguesa dispersa que puede hacerse mucho más difícil de manejar desde el punto de vista geopolítico, precisamente por sus múltiples emplazamientos. El propio Marx se preocupó posteriormente por esta posibilidad política. En 1858 escribió (en un pasaje al que Meszaros da la debida importancia [1996, p. xii]):

> La cuestión difícil para nosotros es ésta: la revolución en el continente es inminente y su carácter será inmediatamente socialista; no será *necesariamente aplastada* en esta *pequeña esquina del mundo,* ya que en un ámbito mucho mayor la evolución de la sociedad burguesa sigue *siendo ascendente.*

Es aleccionador reflexionar sobre el número de revoluciones socialistas en todo el mundo que han sido rodeadas y aplastadas con éxito por las estrategias políticas de un poder burgués ascendente.

En segundo lugar, el *Manifiesto comunista* resalta adecuadamente la importancia fundamental de reducir los obstáculos espaciales mediante innovaciones e inversiones en el transporte y en las comunicaciones para aumentar y mantener del poder burgués. Además, el argumento indica que se trata de un proceso en curso, todavía no culminado. A este respecto, el *Manifiesto comunista* es extremadamente profético. «La aniquilación del espacio mediante el tiempo», como posteriormente lo denominó Marx, (adoptando una expresión bastante común a comienzos del siglo XIX, cuando la gente se ajustaba a las consecuencias revolucionarias del ferrocarril y del telégrafo) está profundamente integrada en la lógica de la acumulación de capital, implicando como implica las continuas, si bien a menudo entrecortadas, transformaciones de las relaciones espaciales que han caracterizado la geografía histórica de la era burguesa (desde las autopistas de peaje al ciberespacio). Estas transformaciones debilitan las cualidades absolutas del espacio (a menudo asociadas con el feudalismo) y hacen hincapié en la relatividad de las relaciones espaciales y de las ventajas locales, convirtiendo así la doctrina ricardiana de la ventaja comercial relativa en una cuestión no estable sino altamente dinámica. Además, las sendas espaciales de los flujos de mercancías deben trazarse en relación con los flujos de capital, la fuerza de trabajo, la ventaja militar, las transferencias de tecnología, los flujos de información, y demás. A este respecto, al menos, el *Manifiesto comunista* no era erróneo sino poco elaborado, y fue poco apreciado en sus declaraciones proféticas.



En tercer lugar, quizá una de las mayores ausencias del *Manifiesto comunista* sea su falta de atención a la organización territorial del mundo en general y del capitalismo en particular. Si, por ejemplo, el Estado era necesario como «brazo ejecutivo de la burguesía», tenía que estar territorialmente definido, organizado y administrado. Aunque en el Tratado de Westfalia, en 1648, se estableció el derecho de los Estados soberanos a la coexistencia como norma europea (específicamente vacilante), la extensión general de ese principio por todo el mundo necesitó varios siglos para tomar forma, e incluso ahora es dudoso que se haya alcanzado por completo. El siglo XIX fue el gran periodo de las definiciones territoriales (la mayoría de las fronteras del mundo se establecieron entre 1870 y 1925 y la mayoría fueron trazadas sólo por los británicos y los franceses, siendo el reparto de África en 1885 el ejemplo más espectacular). Pero la formación y la consolidación estatal va un paso más allá de la definición territorial y ha demostrado ser un asunto interminable y a menudo inestable (en especial, por ejemplo, en África). Podría muy bien sostenerse que sólo a partir de 1945 la descolonización acercó la formación de Estados en todo el mundo al modelo altamente simplificado que el *Manifiesto comunista* prevé. Además, el relativismo introducido por las revoluciones del transporte y de las comunicaciones, junto a la dinámica desigual de la lucha de clases y a la dotación desigual de recursos, hacen que las configuraciones territoriales no puedan mantenerse estables durante mucho tiempo. Hay en esto mucho espacio para la contingencia (incluidas las fases de reorganización y redefinición territorial), socavando así la teleología bastante simplista que deriva de Hegel pero que puede aún encontrarse en algunas versiones de ideas comunistas y capitalistas sobre lo que necesariamente deparará el futuro.

En cuarto lugar, el Estado es, por supuesto, sólo una de las instituciones mediadoras que influyen en la dinámica de la acumulación y de la lucha de clases en todo el mundo. Al dinero y a las finanzas hay que asignarles un lugar de honor. A este respecto, hay algunas cuestiones intrigantes sobre las que el *Manifiesto comunista* no dice nada; en parte, sospecho, porque sus autores no habían hecho aún sus descubrimientos esenciales sobre las relaciones dialécticas entre el dinero, la producción, el intercambio de mercancías, la distribución y la producción (tal y comos éstos se conceptualizan, por ejemplo, en la Introducción de los *Grundrisse*). Hay dos modos de contemplar esto (y aquí, la cuestión del dinero me parece emblemática y fundamental). Por una parte, podemos interpretar el dinero mundial como una re-

presentación universal de valor con la que los territorios se relacionan (mediante sus propias monedas) y a la que los productores capitalistas se adaptan cuando buscan cierta medición de su comportamiento y su rentabilidad. Se trata de un punto de vista muy funcionalista y adialéctico. Invita a pensar que el valor se sostuviera como una abstracción etérea sobre las actividades de los individuos y de las naciones (ésta es, por cierto, la concepción dominante en la ideología neoclásica contemporánea de la globalización). En *El capital,* Marx considera el dinero mundial de otro modo, como representación de valor que surge de la relación dialéctica entre la especificidad de las actividades materiales (trabajo concreto), asumidas en lugares y momentos determinados, y la universalidad de los valores (trabajo abstracto) alcanzada como intercambio de mercancías tan extendido y generalizado como para ser un acto social normal. Pero las instituciones median entre la especificidad y la universalidad para dar cierto aspecto de orden y permanencia a lo que por lo demás es un ámbito cambiante. Los bancos centrales, las instituciones financieras, los sistemas de intercambio, las monedas locales respaldadas por el Estado y demás instituciones similares se convierten entonces en poderosos mediadores entre la universalidad del dinero en el mercado mundial y la especificidad de los trabajos concretos realizados aquí y ahora a nuestro alrededor. Dichas instituciones mediadoras están también sometidas a cambio a medida que, por ejemplo, las potencias cambian yenes por marcos alemanes y luego por dólares, para comenzar de nuevo el ciclo, o que surgen nuevas instituciones (como el FMI y el Banco Mundial después de 1945) para asumir funciones mediadoras. El argumento aquí es que siempre hay una relación problemática entre las condiciones locales y específicas, por una parte, y la universalidad de los valores alcanzados en el mercado mundial, por la otra; y que esta relación interna está mediada por estructuras institucionales que en sí mismas adquieren cierto tipo de poder independiente. Estas instituciones mediadoras tienen a menudo una base territorial y están sesgadas en aspectos importantes. Son claves para determinar qué labores concretas y qué relaciones de clase surgirán en un lugar determinado, y a veces pueden incluso dictar patrones de desarrollo geográfico desigual mediante su control sobre los *pools* y flujos de capital. Dada la importancia de la banca y del sistema financiero europeos en la década de 1840 (los Rothschild fueron actores destacados en los acontecimientos de 1848, por ejemplo) y las teorías políticas y económicas de los saint-simonianos con respecto al poder de los capitales asociados para cambiar el mundo, sorprende la ausencia de análisis sobre las instituciones mediadoras del dinero y de las finanzas. Posteriores formulaciones (no sólo las de Marx sino también de Lenin, Hilferding y otros muchos) pueden haber ayudado a rectificarlo, pero el trato episódico y contingente dado a la función del capital financiero y monetario en la organización de la dinámica geográfica de la acumulación de capital puede haber sido uno de los legados involuntarios del *Manifiesto comunista* (entre Hilferding y comienzos de 1970 apenas se escribió nada sobre el tema).



En quinto lugar, el argumento de que la revolución burguesa sometió el campo a la ciudad y los territorios con un estado inferior de desarrollo a aquellos que gozaban de uno más avanzado, y que los procesos de industrialización y rápida urbanización sembraron las semillas para una política de mayor unidad de la clase trabajadora, es nuevamente extremadamente profético al menos en un sentido. Reducido a su formulación más sencilla, dice que la producción de organización espacial no es neutral con respecto a la lucha de clases. Y ése es un principio vital, independientemente de lo críticos que podamos ser con respecto al esbozo que de esta dinámica se hace en el *Manifiesto comunista.* El análisis ofrecido es el siguiente:

> El proletariado atraviesa varias fases de desarrollo. Con su nacimiento empieza la lucha contra la burguesía. Al principio la contienda la libran trabajadores individuales, después la plantilla de una fábrica, después la categoría de un oficio, de una localidad, contra el burgués específico que los explota. En esta fase los trabajadores siguen formando una masa incoherente esparcida por el país, y dividida por su competencia mutua. Si en alguna parte se unen para formar cuerpos más compactos no es todavía consecuencia de su propia unión activa sino de la unión de la burguesía [...] Pero con el desarrollo de la industria, el proletariado no sólo aumenta de número; se concentra en masas mayores, su fuerza crece, y siente más esa fuerza [...] las colisiones entre trabajadores individuales y burgueses individuales adoptan cada vez más el carácter de colisiones entre dos clases. A partir de entonces los trabajadores empiezan a formar combinaciones (sindicatos) [...] Esta unión (de los trabajadores) se ve fomentada por la mejora de los medios de comunicación producidos por la industria moderna que ponen en contacto a los trabajadores de diferentes localidades. No faltaba más que este contacto para centralizar las numerosas luchas locales, todas del mismo carácter, en una lucha nacional entre clases [...].

Durante buena parte del siglo XIX, esta explicación capta una senda suficientemente común de desarrollo de la lucha de clases. Y hay en el siglo XX muchos ejemplos en los que se pueden discernir trayectorias similares (la industrialización de Corea del Sur es paradigmática). Pero una cosa es decir que éste es un esbozo descriptivo útil y otra muy distinta sostener que son fases necesarias por las que debe pasar la lucha de clases para llegar a la construcción del socialismo. Pero si se interpreta, como yo he sugerido, como una atractiva declaración de no neutralidad de la organización espacial en la dinámica de la lucha de clases, se deduce que la burguesía puede también desarrollar sus propias estrategias espaciales de dispersión, de divide y vencerás, de interferencias geográficas al ascenso de las fuerzas de clase que tan claramente alteran su existencia. A los pasajes ya citados se añade la siguiente

advertencia: «esta organización de los proletarios en una clase, y por consiguiente en un partido político, es continuamente desbaratada por la competencia entre los propios trabajadores». Y hay muchos ejemplos de estrategias burguesas para alcanzar dicho objetivo. Desde la dispersión de la fabricación de los centros a las afueras en las ciudades estadounidenses de finales del siglo XIX para evitar un poder proletario concentrado, hasta el actual ataque al poder de los sindicatos mediante la dispersión y la fragmentación de los procesos de producción en el espacio (en buena parte, por supuesto, a los denominados países en vías de desarrollo, donde la organización de la clase trabajadora es más débil) ha demostrado ser un arma poderosa en la lucha de la burguesía por aumentar su poder. La estimulación activa de la competencia espacial entre trabajadores ha constituido igualmente una ventaja capitalista, por no hablar del problema del localismo y el nacionalismo dentro de los movimientos obreros (la postura de la Segunda Internacional en la Primera Guerra Mundial fue el caso más espectacular). En general, considero justo decir que los movimientos de los trabajadores han tenido más éxito en controlar el poder en lugares y territorios que en controlar las espacialidades, con el resultado de que la clase capitalista ha usado su mayor capacidad de maniobra espacial para derrotar a las revoluciones proletarias/socialistas ligadas a un lugar (véase la preocupación de Marx en 1858 arriba citada). El reciente ataque geográfico e ideológico a las formas de poder de la clase trabajadora mediante la «globalización» corrobora firmemente esta tesis. Aunque nada de esto es incongruente con el planteamiento básico del análisis elaborado en el *Manifiesto comunista* sí es, por supuesto, muy distinto del esbozo real de la dinámica de lucha de clases establecida como modelo de escenario para el desarrollo del socialismo en el contexto europeo.

En sexto lugar, esto nos conduce a uno de los elementos más problemáticos del legado del *Manifiesto comunista*. Hace referencia a la homogeneización del «trabajador» y de las «fuerzas de trabajo» en un terreno geográfico enormemente variado como base adecuada para acometer las luchas contra las fuerzas del capital. Aunque el lema «proletarios de todos los países, uníos» todavía esté en vigor (adecuadamente modificado para librarlo de su presuposición sexista) como la única respuesta adecuada a las estrategias globalizadoras de la acumulación de capital, el modo de llegar a dicha respuesta y de conceptualizarla merece un análisis crítico. Un elemento central del argumento es la creencia de que la industria y el trabajo asalariado modernos, impuestos por los capitalistas («lo mismo en Inglaterra que en Francia, en Estados Unidos que en Alemania»), han privado a los trabajadores de «todo vestigio de carácter nacional». Como resultado:

> Los trabajadores no tienen país. No podemos quitarles lo que no tienen. Dado que el proletariado debe ante todo adquirir la supremacía política, debe ascender hasta convertirse en la principal clase de la nación, debe constituirse él mismo en nación, es, hasta ahora, en sí mismo nacional, aunque no en el sentido burgués de la palabra.
>
> Las diferencias y los antagonismos nacionales entre pueblos se van desvaneciendo día a día, debido al desarrollo de la burguesía, a la libertad de comercio, al mercado mundial, a la uniformidad en el modo de producción y en las condiciones de vida correspondientes al mismo.
>
> La supremacía del proletariado los hará desvanecerse con rapidez aún mayor. La acción unida, al menos de los principales países civilizados, es una de las primeras condiciones para la emancipación del proletariado.
>
> En la misma medida en que se pone fin a la explotación de un individuo por otro, también se pondrá fin a la explotación de una nación por otra. En la misma medida en que se desvanezca el antagonismo entre las clases dentro de la nación, también desaparecerá la hostilidad entre naciones.

La visión que lo guía es noble, pero incuestionablemente hay aquí mucha vana ilusión. En el mejor de los casos, el *Manifiesto comunista* admite ligeramente que las medidas sociales que se deberán tomar cuando los socialistas lleguen al poder «serán diferentes en diferentes países». También señala que surgen problemas en la traducción de ideas políticas de un contexto a otro: los alemanes tomaron las ideas francesas y las adaptaron a sus propias circunstancias, menos desarrolladas, creando un socialismo alemán que Marx criticó enormemente en la Parte III del *Manifiesto comunista*. En el mundo práctico de la política, por lo tanto, hay cierta sensibilidad a las distintas condiciones materiales y circunstancias locales. Y en el último apartado del *Manifiesto comunista* se presta atención a las diferentes condiciones políticas en Francia, Suiza, Polonia y Alemania. De ellas, Marx y Engels deducen que la tarea de los comunistas es dar unidad a estas causas, definir los elementos comunes dentro de las diferencias y hacer un movimiento en el que los trabajadores del mundo puedan unirse. Pero al hacerlo, se confía excesivamente en que la fuerza del capital que desarraiga y destruye las lealtades y los vínculos locales prepare el camino.

Pienso que hay dos modos de interpretar esto. Por un lado, el *Manifiesto comunista* insiste, correctamente desde mi punto de vista, en que el único modo de resistir al capitalismo y luchar por el socialismo es una lucha global en la que la formación de clase trabajadora planetaria, quizá alcanzada dando un paso adecuado de los intereses locales a los nacionales y de ahí a los mundiales, adquiera suficiente poder y presencia para cumplir sus propias potencialidades históricas[4]. En este

[4] En otra parte he intentado adaptar el concepto de «particularismo militante» de Raymond Williams para captar este proceso y sus inevitables contradicciones: véase Harvey, 1996, cap. 1, incluido ahora en este libro.

caso, la tarea del movimiento comunista es la de encontrar modos, contra toda probabilidad, de reunir adecuadamente todos los movimientos altamente diferenciados y a menudo locales en una especie de comunidad de objetivos. La segunda interpretación es más mecanicista. Ve la eliminación automática de las diferencias y las diferenciaciones nacionales mediante el avance burgués, la deslocalización y la desnacionalización de las poblaciones trabajadoras y, por lo tanto, de sus aspiraciones y movimientos políticos. La tarea del movimiento comunista es preparar y acelerar el punto final de esta revolución burguesa, educar a la clase trabajadora sobre la verdadera naturaleza de su situación y organizar, sobre dicha base, su potencial revolucionario para construir una alternativa. Dicha lectura mecanicista es, en mi opinión, incorrecta aunque se le puede encontrar una base sustancial en el propio *Manifiesto comunista.*

La dificultad central radica en la premisa de que la industria y la mercantilización capitalista homogeneizarán a la población trabajadora. Esto es cierto, por supuesto, en un sentido innegable, pero lo que no aprecia es de qué forma el capitalismo diferencia simultáneamente, a veces alimentando antiguas distinciones culturales, relaciones entre sexos, predilecciones étnicas y creencias religiosas. Y lo hace no sólo mediante el desarrollo de la estrategia burguesa explícita del divide y vencerás, sino también convirtiendo el principio de la elección de mercado en un mecanismo para la diferenciación de grupo. El resultado es la implantación de todo tipo de divisiones de clase, sexistas y sociales en el paisaje geográfico del capitalismo. Divisiones como las que se dan entre las ciudades y sus zonas circundantes, entre regiones así como entre naciones no pueden considerarse residuos de un orden antiguo. No se eliminan automáticamente. Se producen activamente mediante los poderes diferenciadores de la acumulación de capital y las estructuras de mercado. Las lealtades ligadas al lugar proliferan, y en algunos aspectos se fortalecen, en lugar de desintegrarse mediante los mecanismos de lucha de clases y por intermediación del capital y el trabajo que trabajan para ellos mismos. La lucha de clase se disuelve con demasiada facilidad en toda una serie de intereses comunitarios geográficamente fragmentados, fácilmente absorbidos por los poderes burgueses o explotados por los mecanismos de penetración del mercado neoliberal.

En el *Manifiesto comunista* se subestima de manera potencialmente peligrosa la capacidad del capital para fragmentar, dividir y diferenciar, para absorber, transformar e incluso exacerbar antiguas divisiones culturales, para producir diferenciaciones espaciales, para movilizar geopolíticamente, dentro de la homogeneización general alcanzada en todo el trabajo asalariado y en el intercambio de mercado. Y se subestima igualmente el hecho de que el trabajo se movilice mediante formas de organización territoriales, construyendo de paso lealtades con el lugar. La dialéctica entre los aspectos comunes y la diferencia no ha funcionado (si alguna vez pudo



hacerlo) en el modo en que se esbozaba en el *Manifiesto comunista,* aunque su lógica subyacente y su llamamiento a la unión sean correctos.

## «¡Proletarios de todos los países, uníos!»

El Banco Mundial calcula que la fuerza de trabajo mundial se duplicó entre 1966 y 1995 (ahora se estima que asciende a 2.500 millones de trabajadores). Pero

> los más de mil millones de personas que viven con un dólar o menos al día dependen [...] de compensaciones penosamente bajas por un trabajo duro. En muchos países, los trabajadores carecen de representación y trabajan en condiciones insalubres, peligrosas o humillantes. Además, hay aproximadamente 120 millones de subempleados en todo el mundo y otros muchos millones que han perdido la esperanza de encontrar trabajo (Banco Mundial, 1995, p. 9).

Esta condición se da en un momento de rápido crecimiento de los niveles medios de productividad por trabajador (de la que también se dice que desde 1965 se ha duplicado en todo el mundo) y un crecimiento rápido del comercio mundial potenciado en parte por la reducción de los costes del movimiento pero también por una oleada de liberalización del comercio y drásticos aumentos de los flujos internacionales de inversiones directas. Estas últimas ayudaron a establecer sistemas de producción trasnacionalmente integrados y en gran parte organizados mediante el comercio intraempresarial. Como resultado,

> el número de trabajadores empleados en sectores de exportación e importación que compiten entre sí ha crecido significativamente. En este sentido, por lo tanto, podría decirse que los mercados de trabajo de todo el mundo se están volviendo más interrelacionados [...] Algunos observadores ven en estas evoluciones la aparición de un mercado de trabajo mundial en el que «el mundo se ha convertido en un enorme bazar en el que los países venden su fuerza de trabajo en competencia entre sí, ofreciendo los precios más bajos para hacer negocio» [...] El principal miedo es que la intensificación de la competencia mundial genere presión para bajar los precios y las condiciones de trabajo en todo el mundo (Oficina Internacional del Trabajo, 1996, p. 2).

Este proceso de interrelación cada vez mayor se ha intensificado por «la creciente participación en la economía mundial de populosos países en vías de desarrollo como China, India e Indonesia». Con respecto a China, por ejemplo, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo informa:

> El porcentaje de manufacturas con un uso intensivo de trabajo en las exportaciones locales aumentó del 36 al 74 por 100 entre 1975 y 1990 [...] Entre 1985 y 1993, el empleo en el sector textil aumentó un 20 por 100, en las prendas de vestir y en las fibras un 43 por 100, en los productos plásticos un 51 por 100. China es ahora un gran exportador de productos con utilización intensiva del trabajo a muchos países industriales [...] A pesar de su dinámica creación de puestos de trabajo, China sigue enfrentándose a un enorme problema de empleo. Las reformas económicas han liberado una «población flotante» de unos 80 millones de personas, la mayoría de las cuales siguen buscando trabajo. La Comisión Estatal de Planificación calcula que unos 20 millones de trabajadores serán despedidos de empresas estatales en los próximos cinco años y que otros 120 millones abandonarán las áreas rurales con la esperanza de encontrar trabajo en las ciudades. El crecimiento económico basado en un uso intensivo del trabajo necesitará mantenerse a un ritmo rápido para que todas estas personas puedan encontrar trabajo (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1996, p. 94).

Cito este ejemplo para ilustrar los masivos movimientos hacia la constitución de una fuerza de trabajo mundial que se han producido y están en camino. Y China no es la única. La industria de prendas textiles orientada a la exportación apenas existía en Bangladesh hace veinte años, pero ahora emplea a más de un millón de trabajadores (el 80 por 100 de los cuales son mujeres y la mitad de ellas se amontonan en Daka). Ciudades como Yakarta, Bangkok y Bombay, informa Seabrook, se han convertido en mecas para la formación de clase trabajadora trasnacional, fuertemente feminizada, en condiciones de pobreza, violencia, contaminación y una feroz represión (Seabrook, 1996, cap. 6).

Difícilmente puede sorprender que la inserción de esta masa proletarizada en las redes de comercio mundiales se haya asociado con amplias convulsiones y agitaciones sociales, así como con condiciones estructurales cambiantes, tales como las crecientes desigualdades entre regiones (que dejaron al África subsahariana muy atrás, mientras Asia oriental y suroriental avanzaba bruscamente hacia delante) así como entre las clases. Respecto a éstas, «entre 1960 y 1991 la porción de la renta mundial detentada por el 20 por 100 más rico aumentó del 70 al 85 por 100, mientras que la de los más pobres descendió del 2,3 al 1,4 por 100». En 1991, «más del 85 por 100 de la población mundial recibió sólo el 15 por 100 de la renta global» y «el valor neto de las 385 personas más ricas, los que poseen miles de millones de dólares, es igual a la renta combinada del 45 por 100 más pobre de la población mundial, 2.300 millones de personas» (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1996, p. 13). Esta polarización es sencillamente pasmosa y deja vacía la extraordinaria afirmación hecha por el Banco Mundial de que la integración internacional, junto con el liberalismo de libre mercado y los bajos niveles de interferencia estatal (condiciones extraña y erróneamente atribuidas a los regímenes políticos represivos de Taiwán, Corea del Sur y Singapur), son el mejor modo de proporcionar crecimiento y aumentar el nivel de vida de los trabajadores (Banco Mundial, 1996, p. 3).



Sobre este trasfondo se hace más fácil evaluar la fuerza de los relatos reunidos por Seabrook:

> Indonesia, en nombre del sistema de libre mercado, promueve las más burdas transgresiones de los derechos humanos, y socava el derecho a subsistir de aquellos en cuyo trabajo descansa su ventaja competitiva. Las unidades pequeñas y medianas que subcontratan con las multinacionales son localizaciones precisas en las que el sonido del martilleo, los toques y el golpeteo del metal procede de las forjas en las que se fabrican las cadenas para la esclavitud industrial [...]

Muchas multinacionales subcontratan aquí: Levi Strauss, Nike, Reebok. Muchos de los subcontratistas son propiedad de surcoreanos. Todos tienden a los bajos salarios y a una gestión brutal. Nike y Levis emiten un código de conducta en cuanto a criterios de inversión; pero en realidad, bajo el sistema de licitación siempre se atienen al coste de producción más bajo [...] Algunos subcontratistas se trasladan de Yakarta a otras ciudades más pequeñas, donde los trabajadores son aún menos capaces de unirse para mejorar sus condiciones (Seabrook, 1996, pp. 103-105).

O, en un plano más personal, el relato ofrecido por una trabajadora y su hermana:

> Por lo regular nos insultan sin más. Cuando el jefe se enfada, nos llama a las mujeres perras, cerdas, putas, y todo tenemos que soportarlo con paciencia y sin reaccionar [...] Trabajamos desde las siete de la mañana hasta las tres (por un salario inferior a 2 dólares al día), pero a menudo tenemos que hacer horas extras forzosas, a veces –en especial si hay un pedido urgente que entregar– hasta las nueve. Por muy cansadas que estemos, no nos dejan irnos a casa. A lo mejor nos dan 200 rupias más (10 centavos de dólar) [...] Vamos a pie a la fábrica desde donde vivimos. Dentro hace mucho calor. El edificio tiene techo de metal, y no hay mucho espacio para todos los trabajadores. Estamos muy apretujados. Hay más de 200 personas trabajando allí, la mayoría mujeres, pero sólo un baño para toda la fábrica [...] cuando llegamos a casa del trabajo no nos queda energía para hacer nada más que comer y dormir (Seabrook, 1996).

La casa es una sola habitación, de dos metros por tres, que cuesta 16 dólares al mes; llenar dos latas de agua cuesta casi 10 centavos y comer, al menos 1,5 dólares diarios.

En *El capital,* Marx recoge la historia de la sombrerera Mary Anne Walkley, de veinte años, que a menudo trabajaba treinta horas sin descansar (aunque reanima-

da con ocasionales suministros de jerez, oporto y café) hasta que, tras un periodo especialmente duro, necesario para preparar «los magníficos vestidos para las nobles damas invitadas al baile organizado en honor de la recientemente importada princesa de Gales», murió, de acuerdo con el testimonio del médico, «debido a largas horas de trabajo en un taller atestado y un dormitorio demasiado pequeño y mal ventilado». Compárese esto con la crónica actual de las condiciones de trabajo en las fábricas de Nike en Vietnam:

> (El Sr. Nguyen) descubrió que el trato dado por los gerentes de las fábricas en Vietnam (normalmente de nacionalidad coreana o taiwanesa) es una «fuente constante de humillación», que el maltrato verbal y el acoso sexual son frecuentes y que a menudo se usa el «castigo corporal». Descubrió que se imponen enormes cantidades forzosas de horas extras a los trabajadores vietnamitas. «Es común», escribió en su informe, «que durante los turnos se desmayen varios trabajadores por el agotamiento, el calor y la mala alimentación.» Nos dijeron que varios trabajadores incluso tosían sangre antes de desmayarse. En lugar de suprimir las condiciones abusivas en las fábricas, Nike ha recurrido a una elaborada campaña internacional de relaciones públicas para dar la apariencia de que se preocupa por sus trabajadores. Pero todas las relaciones públicas no cambiarán el hecho de que un trabajador a tiempo completo que gana 1,60 dólares al día pasará hambre buena parte del tiempo si tres comidas muy sencillas cuestan 2,10 dólares (Herbert, 1997).

Las condiciones materiales que provocaron la indignación moral que invade el *Manifiesto comunista* no han desaparecido. Están personificadas en todo, desde las zapatillas de Nike a los productos de Disney, las prendas de Gap o los productos de Liz Claiborne. Y, como en el siglo XIX, parte de la respuesta ha sido la ira de la clase media reformista respaldada por el poder de los movimientos obreros para regular el trabajo en las fábricas en las que imperan condiciones de superexplotación y para desarrollar un código de «prácticas de trabajo justas», quizá certificadas por una «etiqueta de trabajo justo» en los productos que compramos (Goodman, 1996; Greenhouse, 1997a, 1997b).

La situación reflejada en el *Manifiesto comunista,* por lo tanto, no ha cambiado radicalmente en el fondo. El proletariado mundial es mucho más amplio que nunca, y el imperativo de que los trabajadores del mundo se unan es mucho mayor que nunca. Pero los obstáculos a dicha unidad son mucho mayores de lo que lo eran en el ya complicado contexto europeo de 1848. La fuerza de trabajo está ahora mucho más dispersa geográficamente, más estratificada racialmente y fragmentada en el plano lingüístico, y es mucho más heterogénea culturalmente, más diversa desde el punto de vista étnico y religioso. La consecuencia es que se diferencian de modo radical los



modos de resistencia al capitalismo y las definiciones de alternativas. Y aunque es cierto que han mejorado muchísimo los medios de comunicación y las oportunidades de traducción, esto no significa mucho para los mil millones de trabajadores aproximadamente que viven con menos de un dólar al día y poseen historias culturales, literaturas y conocimientos muy distintos (en comparación con los financieros internacionales y las multinacionales que los usan todo el tiempo). Los diferenciales (tanto geográficos como sociales) de salario y de prestaciones sociales dentro de la clase trabajadora mundial son igualmente mayores de lo que siempre han sido. La diferencia política y económica entre, por ejemplo, los trabajadores más ricos de Alemania y Estados Unidos y los trabajadores asalariados más pobres de Indonesia y Malí es mucho mayor que entre la denominada aristocracia europea del trabajo y sus homólogos no cualificados en el siglo XIX. Esto significa que un cierto segmento de la clase trabajadora (en general, aunque no exclusivamente, de los países capitalistas avanzados y que a menudo posee la voz política más poderosa) tiene mucho que perder además de sus cadenas. Y aunque las mujeres siempre han sido un componente importante de la fuerza de trabajo en los primeros años del desarrollo capitalista, su participación se ha generalizado mucho, al tiempo que se ha concentrado en ciertas categorías ocupacionales (normalmente denominadas «no cualificadas»), planteando en la política de la clase trabajadora agudas cuestiones de género que demasiado a menudo se han ocultado bajo la alfombra en el pasado.

Las variaciones ecológicas, con sus consecuencias asociadas (guerras por los recursos, injusticia medioambiental, efectos diferenciales de la degradación medioambiental) también han adquirido más importancia en la búsqueda de una calidad de vida adecuada además de una atención sanitaria rudimentaria. A este respecto, tampoco existe un campo de juego nivelado en el que se pueda desarrollar de manera equilibrada la lucha de clases, porque la relación con la naturaleza es en sí una determinación cultural que puede influir en la posibilidad de construir cualquier alternativa al capitalismo, al mismo tiempo que proporciona una base para la crítica radical de las actitudes puramente utilitarias e instrumentales integradas en la acumulación capitalista y en la explotación del mundo natural. Cómo configurar lo medioambiental con lo económico, lo político con lo cultural, se vuelve mucho más difícil a escala mundial, donde sencillamente no es aplicable la suposición de homogeneidad de valores y aspiraciones en todo el mundo.

Las poblaciones mundiales también se han movido. La inundación de movimientos migratorios parece imposible de frenar. Las fronteras estatales son menos porosas para las personas y para el trabajo que para el capital, pero lo siguen siendo suficientemente como para permitir un flujo constante de inmigrantes ilegales. La inmigración es una cuestión muy significativa en todo el mundo (incluido dentro del movimiento laboral). Organizar a los trabajadores en una situación de con-

siderable diversidad étnica, racial, religiosa y cultural debida a los movimientos migratorios plantea problemas específicos que al movimiento socialista nunca le ha resultado fácil abordar y mucho menos resolver. Europa, por ejemplo, tiene ahora que enfrentarse a todas las dificultades con las que desde hace tanto tiempo ha tenido que bregar Estados Unidos.

La urbanización también se ha acelerado, produciendo una gran revolución ecológica, política, económica y social en la organización espacial de la población del mundo. La proporción de población mundial que vive en ciudades se ha duplicado en treinta años, provocando enormes concentraciones espaciales de población en una escala hasta ahora inconcebible. Ha resultado mucho más fácil organizar la lucha de clases, digamos, en pequeñas poblaciones de la zona minera del sur de Gales, o incluso en ciudades industriales relativamente homogéneas como el Manchester del siglo XIX (con una población de menos de un millón de habitantes, aunque dividida entre trabajadores ingleses e irlandeses), que organizar la lucha de clases (o incluso desarrollar las instituciones de una democracia representativa) en las contemporáneas São Paulo, El Cairo, Lagos, Los Angeles, Shanghai, Bombay y otras megalópolis actuales, cuyas poblaciones combinadas, dispersas y a menudo desarticuladas, se acercan a la marca de los veinte millones de habitantes, o incluso la superan.

El movimiento socialista tiene que aceptar estas extraordinarias transformaciones geográficas y elaborar tácticas para abordarlas. Esto no diluye la importancia del grito de unión final del *Manifiesto comunista.* Las condiciones a las que ahora nos enfrentamos hacen esa llamada más imperativa que nunca. Pero tampoco podemos hacer nuestra historia o nuestra geografía bajo las condiciones geográficas o históricas elegidas por nosotros. Una lectura geográfica del *Manifiesto comunista* resalta la no neutralidad de las estructuras y los poderes espaciales en la intrincada dinámica espacial de la lucha de clases. Revela que la burguesía adquirió sus poderes frente a todos los modos de producción precedentes movilizando el control del espacio como una fuerza productiva peculiar de ella. Demuestra que la burguesía ha ampliado y protegido continuamente su poder por el mismo mecanismo, deduciéndose, por lo tanto, que mientras el movimiento de la clase trabajadora no aprenda a afrontar ese poder burgués para producir espacio y dominarlo, siempre jugará desde una posición de debilidad, no de fortaleza. De igual modo, mientras el movimiento no acepte las condiciones geográficas y las diversidades de su propia existencia, será incapaz de definir, articular y luchar por una verdadera alternativa socialista a la dominación capitalista.

Las implicaciones de dicho argumento son múltiples, y el *Manifiesto comunista* ya incluye algunas claves respecto a la estrategia. Adecuadamente enriquecidas, pueden llevarnos a terrenos de lucha más ricos. Es importante aceptar, por ejemplo,



que el punto de arranque de la lucha de clases radica en la particularidad del cuerpo de trabajo, con figuras como Mary Anne Walkley y los miles de millones de otros cuya existencia diaria está modelada mediante una relación a menudo traumática y conflictiva con la dinámica de la acumulación de capital. El cuerpo de trabajo es, por lo tanto, un ámbito de resistencia que alcanza una dimensión política mediante la capacidad política de los individuos para actuar como agentes morales. Tratar las cuestiones de esta forma no es volver a un individualismo endémico sino insistir, como hace el *Manifiesto comunista,* en que la universalidad de la lucha de clases se origina con la particularidad de la persona, y que la política de clase debe revertir a esa persona de maneras significativas. La alienación del individuo es, por lo tanto, un punto de comienzo importante para la política, y es esa alienación la que debe superarse.

Pero, y éste es por supuesto un mensaje crucial del *Manifiesto comunista,* esa alienación sólo podrá solucionarse mediante la lucha colectiva, y eso significa construir un movimiento que se extienda en el espacio y en el tiempo de tal forma que afronte las cualidades universales y transnacionales de la acumulación de capital. Es necesario encontrar formas de conectar el microespacio del cuerpo con el macroespacio de lo que ahora se denomina «globalización». El *Manifiesto comunista* sugiere que esto puede hacerse vinculando lo personal con lo local, lo regional, lo nacional y en último término lo internacional. Existe una jerarquía de las escalas espaciales en la que se debe construir la política de clase. Pero «la teoría de la producción de escala geográfica», como observa Smith, «está terriblemente subdesarrollada» y tenemos que aprender aún, en especial con respecto a la formación de una clase trabajadora mundial y a la política del cuerpo, cómo «arbitrar y traducir» entre diferentes escalas espaciales (Smith, 1992). Éste es un agudo problema que hay que afrontar y resolver si queremos revivir la política de clase trabajadora. Doy sólo tres ejemplos.

El punto de comienzo tradicional de la lucha de clases ha sido un espacio determinado –la fábrica– y a partir de ahí la organización de clase se ha ampliado a movimientos sindicales, partidos políticos y demás organizaciones. ¿Pero qué ocurre si las fábricas desaparecen o se vuelven tan móviles como para dificultar, si no imposibilitar, la organización permanente? ¿Y qué ocurre cuando buena parte de la fuerza de trabajo se vuelve temporal o casual? Bajo tales condiciones, la organización de los trabajadores a la manera tradicional pierde su base geográfica y su poder disminuye de manera acorde. Es necesario crear modelos de organización alternativos. En Baltimore, por ejemplo, la campaña por un salario vital (unida bajo el eje de una organización llamada Baltimoreans United in Leadership Development –BUILD– [Baltimoreanos Unidos en el Desarrollo de Liderazgo]) apela a una posible estrategia que funciona a escala metropolitana –el movimiento se da en toda la ciudad– y tiene un

objetivo que afecta directamente al nivel salarial básico de toda el área metropolitana: todos (tanto trabajadores temporales como permanentes) deben recibir un salario vital de al menos 7,70 dólares por hora más prestaciones. Para alcanzar este objetivo, instituciones de la comunidad (en especial las iglesias), organizaciones activistas, grupos estudiantiles así como todo el respaldo sindical que se pueda obtener, se combinan con el objetivo de sindicalizar a los trabajadores temporales y a aquellos incluidos en programas públicos de trabajo, tomando como blanco a las instituciones inamovibles del espacio metropolitano (administración pública, incluidas subcontratas, universidades, hospitales y demás). Se crea en el espacio metropolitano un movimiento que funciona fuera de los modelos tradicionales de organización de los trabajadores, pero de un modo que aborda las nuevas situaciones[5]. La estrategia empleada por el BUILD de insertar una política de escala metropolitana en la ecuación de la lucha de clases es un ejemplo interesante de cómo cambiar un sentido de la escala espacial para contrarrestar la táctica espacial que el capital utiliza.

Considérese otro ejemplo. La gobernabilidad del capitalismo contemporáneo ha supuesto la construcción de importantes autoridades supranacionales como el TLCN y la Unión Europea. Indudablemente, dichas construcciones –el Tratado de Maastricht es un caso paradigmático– son pro capitalistas. ¿Cómo debería responder la izquierda? Es importante analizar las divisiones a este respecto (en Europa el debate dentro de la izquierda es intenso), pero con demasiada frecuencia la respuesta es un argumento excesivamente simplista que sigue las siguientes líneas: «Dado que el TLCN y Maastricht son pro capitalistas, nos enfrentamos a ellos defendiendo al Estado nación contra el gobierno supranacional». El argumento aquí esbozado sugiere una respuesta completamente distinta. La izquierda debe aprender a luchar contra el capital en *ambas* escalas espaciales simultáneamente, pero al hacerlo, debe aprender también a coordinar políticas potencialmente contradictorias de la propia izquierda en diferentes escalas espaciales, porque a menudo sucede en los sistemas espaciales jerárquicos (y los problemas ecológicos plantean normalmente este dilema) que lo que tiene sentido político en una escala no lo tiene en otra (la racionalización, pongamos, de la producción automovilística en Europa puede significar cierres de fábricas en Oxford o Turín). Retirarse al Estado-nación como ámbito estratégico exclusivo de organización y lucha de clases es cortejar al fracaso (así como coquetear con el nacionalismo, con todo lo que ello supone). Esto no quiere decir que el Estado nación haya perdido importancia; de hecho es más importante que nunca. Pero la elección de escala espacial no es «o/o» sino «tanto/como», aun cuando lo segundo suponga afrontar graves contradicciones. Esto significa que el movimiento sindical estadounidense debería dedicar tanto esfuerzo a la organización interfronteriza (en especial con respecto a México) como a luchar contra el TLCN, y que los movimientos sindicales europeos deberían prestar tanta atención a conseguir poder e influencia en Bruselas y en Estrasburgo como cada uno de ellos lo hacen en su propia capital nacional.

[5] Dos estudios sobre el funcionamiento del BUILD son Cooper (1997) y Harvey (1998).



Trasladarse al plano internacional plantea dilemas y problemas similares. Es interesante señalar que si bien el internacionalismo de la lucha de los trabajadores planea como una necesidad obvia y latente sobre buena parte del movimiento de los trabajadores, se enfrenta a serias dificultades de organización. Nuevamente, esto lo atribuyo en parte a que no se afrontan los dilemas de las luchas integradoras en diferentes escalas espaciales. Existen ejemplos de tales integraciones en otros ámbitos. Los movimientos sobre los derechos humanos, el medio ambiente y la situación de las mujeres ilustran de qué manera se puede construir una política (y algunas de las trampas de dicha política) para comunicar la microescala del cuerpo y de lo personal, por un lado, con la macroescala de lo mundial y de lo político-económico por otro. Nada análogo a la Conferencia de Río sobre medio ambiente o a la Conferencia de Pekín sobre las mujeres se ha producido para afrontar las situaciones mundiales de los trabajadores. Apenas hemos empezado a plantear conceptos tales como «formación de la clase trabajadora mundial» o incluso a analizar lo que podrían significar. Buena parte de la defensa de la dignidad humana ante la degradación y la violencia del trabajo en todo el mundo ha sido articulada por las iglesias y no mediante la organización de los trabajadores directamente (la capacidad de las iglesias para trabajar en diferentes escalas espaciales proporciona una serie de modelos de organización política de los que el movimiento socialista bien podría obtener lecciones importantes). Como en el caso del BUILD a escala local, las alianzas entre organizaciones laborales y muchas otras instituciones de la sociedad civil parecen ahora cruciales en la articulación de la política socialista a escala internacional. Muchas de las campañas orquestadas en Estados Unidos, por ejemplo, contra las fábricas en las que se explotan a los trabajadores en cualquier parte del mundo, en versiones generales o particulares (como las operaciones de Disney en Haití y de Nike en el sureste asiático) se organizan de manera bastante eficaz mediante esas alianzas. El argumento a este respecto es que no se está haciendo nada o que no existen instituciones (la revitalización de la OIT podría ser una iniciativa interesante para empezar). Pero la reconstrucción de un internacionalismo socialista después de 1989 no ha sido una tarea fácil, a pesar de que la caída del Muro abrió nuevas oportunidades para explorar ese internacionalismo sin necesidad de defender el tramo final de la Revolución Bolchevique contra la política depredadora de las potencias capitalistas[6].

[6] El *Socialist Register* de 1994 examina muchos de estos problemas en profundidad y las diferentes contribuciones reflejan colectivamente buena parte de la complejidad –tanto teórica como práctica– de construir una nueva política internacionalista.

Cómo construir un movimiento político en una variedad de escalas espaciales en respuesta a las estrategias geográficas y geopolíticas del capital es un problema que, al menos en esbozo, el *Manifiesto comunista* articula con claridad. Cómo hacerlo en la actualidad es una cuestión imperativa que debemos resolver en nuestro tiempo y lugar. Una cosa, sin embargo, está clara: no podemos abordar esa tarea sin reconocer las complejidades geográficas a las que nos enfrentamos. Las aclaraciones ofrecidas por un estudio de la geografía del *Manifiesto comunista* proporcionan una maravillosa oportunidad para lidiar con esa tarea, de modo que se vuelva a encender la llama del socialismo desde Yakarta a Los Angeles, desde Shanghai a Nueva York, desde Porto Alegre a Liverpool, desde El Cairo a Varsovia, desde Pekín a Turín. No hay una respuesta mágica. Pero al menos todos nosotros disponemos de una forma estratégica de pensar que puede iluminarnos el camino. Y eso es lo que el *Manifiesto comunista* puede proporcionarnos aún.



# 18

# El arte de la renta: la globalización y la mercantilización de la cultura*

Que la cultura se ha convertido en un tipo de mercancía es innegable. Pero también es creencia generalizada que hay en los productos y los acontecimientos culturales (ya sean artes, teatro, música, cine, arquitectura o más en general modos de vida, patrimonio, recuerdos colectivos y comunidades afectivas) algo muy especial que los aparta de mercancías ordinarias como camisas y zapatos. Puede ser, por supuesto, que los apartemos porque no podemos soportar pensar en ellos como algo que no sea diferente, que existe en un plano de creatividad humana y significado superior al asignado a las fábricas de producción masiva y al consumo. Sin embargo, aún cuando retiremos todos los residuos de ilusión (a menudo respaldados por poderosas ideologías) nos sigue quedando algo muy especial en estos productos denominados «culturales». ¿Cómo puede entonces reconciliarse la categoría mercantilizada de estos fenómenos con su carácter especial? Evidentemente, la relación entre la cultura y el capital exige una cuidadosa exploración y un estudio matizado.

## La renta de monopolio y la competencia

Empiezo con algunas reflexiones sobre la importancia de las rentas de monopolio para entender cómo se relaciona la globalización económica con las localidades y las formas culturales.

La categoría de «renta de monopolio» es una abstracción derivada del lenguaje de la economía política. A aquellos más interesados por los asuntos de la cultura, la

* Presentado en el congreso sobre lo global y lo local organizado en la Tate Modern de Londres en febrero de 2001.

estética, los valores afectivos, la vida social y el corazón, dicho término podría parecerles demasiado técnico y árido para tener mucho peso en los asuntos humanos, aparte de los posibles cálculos del financiero, el promotor, el especulador inmobiliario y el terrateniente. No obstante, espero demostrar que tiene un significado mucho más amplio que, propiamente interpretado, puede generar ricas interpretaciones sobre los múltiples dilemas prácticos y personales que surgen en el nexo existente entre la globalización capitalista, los desarrollos político-económicos locales y la evolución de los significados culturales y los valores estéticos.

Toda renta se basa en el poder de monopolio de propietarios privados sobre ciertas partes del planeta. La renta de monopolio surge porque los actores sociales pueden obtener una corriente de ingresos mayor, durante un periodo de tiempo extenso, gracias a que controlan en exclusiva un artículo directa o indirectamente comercializable que en algunos aspectos es único e irreproducible. Hay dos situaciones en las que la categoría de renta de monopolio sale a relucir. La primera surge porque los actores sociales controlan algún recurso, mercancía o ubicación de calidad especial que, en relación con cierto tipo de actividad, les permite extraer rentas de monopolio de quienes desean usarlo. En el ámbito de la producción, Marx (1967, vol. 3, p. 775) sostiene que el ejemplo más obvio es la viña que produce un vino de extraordinaria calidad que puede venderse a precio de monopolio. En esa circunstancia, «el precio de monopolio crea la renta».

La versión situacional sería la centralidad (para el capitalista comercial) en relación, pongamos, con el transporte y la red de comunicaciones, o la proximidad (para la cadena hotelera) a una actividad altamente concentrada (como un centro financiero). El capitalista comercial y el hotelero están dispuestos a pagar una prima por el suelo, debido a su accesibilidad. Son casos indirectos de renta de monopolio. Lo que se comercia no es el suelo, el recurso o la ubicación de cualidades excepcionales, sino la mercancía o el servicio producidos mediante su uso. En el segundo caso, el suelo o recurso se comercia directamente (como cuando las viñas o los buenos emplazamientos inmobiliarios se venden a capitalistas y financieros multinacionales para fines especulativos). Se puede crear escasez retirando el suelo o el recurso de los usos actuales y especulando sobre sus valores futuros. La renta de monopolio de este tipo puede ampliarse a la propiedad de obras de arte (como un Rodin o un Picasso) susceptibles de compra-venta, que cada vez se compran y venden más como si fueran inversiones. Es la singularidad del Picasso o del emplazamiento la que forma aquí la base del precio de monopolio.

A menudo las dos formas de renta de monopolio se entrecruzan. Una viña (con su *château* y su emplazamiento físico singulares) renombrada por sus vinos puede comercializarse directamente a precio de monopolio, al igual que los vinos singularmente aromáticos producidos en ese terreno. Un Picasso puede comprarse para



obtener incrementos de patrimonio y después cederse a alguien que lo exponga a precio de monopolio. La proximidad a un centro financiero puede también comercializarse tanto directa como indirectamente, digamos, a la cadena hotelera que la usa para sus propios fines. La diferencia entre las dos formas de renta es, sin embargo, importante. Es improbable (aunque no imposible), por ejemplo, que la abadía de Westminster y el palacio de Buckingham se comercialicen directamente (hasta los privatizadores más ardientes lo rechazarían), pero podría comerciarse, y de hecho se comercia con ellos, mediante las prácticas de marketing del sector turístico (o en el caso del palacio de Buckingham, por la Reina).

La categoría de la renta de monopolio presenta dos contradicciones. Ambas son importantes para la exposición que sigue.

En primer lugar, si bien la singularidad y la particularidad son cruciales para la definición de las «cualidades especiales», el requisito de comerciabilidad exige que ningún artículo pueda ser tan singular o tan especial como para quedar completamente fuera del cálculo monetario. El Picasso ha de tener un valor monetario, como el Monet, el Manet, el arte aborigen, los objetos arqueológicos, los edificios históricos, los monumentos antiguos, los templos budistas y la experiencia de bajar en canoa por el Colorado, estar en Estambul o en la cima del Everest. Hay a este respecto, como es evidente por la lista, una cierta dificultad para la «formación de mercado», porque aunque se han formado mercados en torno a las obras de arte y, en cierta medida, en torno a los objetos arqueológicos (existen casos bien documentados, como el del arte aborigen australiano, sobre lo que ocurre cuando una forma artística es atraída a la esfera del mercado), hay sencillamente varios artículos de la lista difíciles de incorporar de manera directa (es el problema de la abadía de Westminster). Muchos artículos quizá ni siquiera sean fáciles de comercializar indirectamente. La contradicción a este respecto es que cuanto más comercializables se vuelven dichos artículos, menos singulares y especiales parecen. En algunos casos, la propia comercialización tiende a destruir las cualidades singulares (en especial si dichas cualidades dependen de la cualidad salvaje, la lejanía, la pureza de una experiencia estética, etcétera). Más en general, en la medida en que dichos artículos o acontecimientos son fácilmente comercializables (y están sujetos a reproducción mediante falsificación, imitación o simulacros), menos base ofrecen para la renta de monopolio. Tengo en mente a la estudiante que se quejaba de lo inferior que era su experiencia de Europa en comparación con Disneylandia.

> En Disneylandia todos los países están mucho más cerca unos de otros, y te muestran lo mejor de cada país. Europa es aburrida. La gente habla lenguas extrañas y las cosas están sucias. A veces en Europa no ves nada interesante durante días, pero en Disneylandia sucede continuamente algo distinto y la gente está contenta. Es mucho más divertida. Está bien diseñada (citado en Kelbaugh, 1997, p. 51).

Aunque parezca un juicio risible, es aleccionador para reflexionar sobre la medida en que Europa intenta adaptarse a los patrones Disney (y no sólo para satisfacer a los turistas estadounidenses). Pero he aquí el fondo de la contradicción: cuanto más se disneyfica Europa, menos singular y especial se vuelve. La insulsa homogeneidad adjunta a la pura mercantilización borra las ventajas del monopolio. Para hacer efectivas las rentas de monopolio, es necesario encontrar algún modo de hacer que las mercancías o los lugares sigan siendo suficientemente singulares y especiales (y más adelante reflexionaré sobre lo que esto podría significar) para mantener la ventaja monopolística en una economía por lo demás mercantilizada y a menudo ferozmente competitiva. Pero ¿por qué, en un mundo neoliberal en el que supuestamente los mercados competitivos son dominantes, iba a tolerarse cualquier monopolio, y mucho menos considerarse deseable? Encontramos aquí la segunda contradicción que, en el fondo, resulta ser una imagen especular de la primera. La competencia, como hace mucho observó Marx, siempre tiende al monopolio (o al oligopolio) simplemente porque la supervivencia de los más aptos en la guerra de todos contra todos elimina a las empresas más débiles. Cuanto más feroz es la competencia, más rápida es la tendencia al oligopolio, o incluso al monopolio. Por consiguiente, no es accidental que la liberalización de los mercados y la celebración de la competencia del mercado en años recientes haya producido una increíble centralización del capital (Microsoft, Rupert Murdoch, Bertelsmann, servicios financieros y una oleada de absorciones, fusiones y consolidaciones en aerolíneas, venta minorista e incluso sectores industriales al estilo antiguo como el automovilístico, el petrolífero, y otros). Hace mucho que esta tendencia se reconoce como un rasgo problemático de la dinámica capitalista, de ahí la legislación antimonopolio en Estados Unidos y el funcionamiento de las comisiones de monopolios y fusiones en Europa, las cuales no dejan de ser débiles defensas contra una fuerza abrumadora.

Esta dinámica estructural no tendría la importancia que tiene si no fuera porque los capitalistas cultivan activamente los poderes de monopolio. Ejercen por ello un control de amplio alcance sobre la producción y la comercialización, y de ese modo estabilizan su entorno empresarial para permitir el cálculo racional y el planeamiento a largo plazo, la reducción del riesgo y la incertidumbre, y más en general la garantía para sí mismos de una existencia relativamente tranquila y sin problemas. La mano visible de la gran empresa, como la denomina Chandler, ha tenido en consecuencia mucha mayor importancia para la geografía histórica del capitalismo que la mano invisible del mercado tan preciada por Adam Smith, y paseada *ad nauseam* ante nosotros en años recientes como fuerza rectora en la ideología neoliberal de la globalización contemporánea. Pero es aquí donde más se manifiesta la imagen especular de la primera contradicción: los procesos del mercado dependen crucialmente del monopolio individual de los capitalistas (de todo tipo) sobre los medios de producción del plusvalor, incluidos las finanzas y el suelo (toda renta, recuerden, es un beneficio sobre el



poder de monopolio ofrecido por la propiedad privada de cualquier porción del planeta). El poder de monopolio de la propiedad privada es, por lo tanto, el comienzo y el punto final de toda actividad capitalista. En el fondo de todo comercio capitalista existe un derecho jurídico no comercializable, que convierte la opción de no comerciar (acaparamiento, ocultamiento, conducta avara) en un problema importante en los mercados capitalistas. La pura competencia de mercado, el intercambio libre de mercancías y la perfecta racionalidad del mercado son, por consiguiente, mecanismos para coordinar las decisiones de producción y consumo bastante raros y crónicamente inestables. El problema es mantener unas relaciones económicas suficientemente competitivas y al mismo tiempo sostener los privilegios de monopolio individual y de clase ofrecidos por la propiedad privada, los cuales suponen el fundamento del capitalismo en cuanto sistema político-económico.

Este último argumento exige mayor elaboración para acercarnos al tema que nos interesa. Se supone amplia pero erróneamente que el poder monopolista desmesurado y maduro está más claramente representado por la centralización y la concentración de capital en megasociedades anónimas. Al contrario, se supone, de nuevo equivocadamente, que la pequeña empresa es signo de que nos hallamos en un mercado competitivo. De acuerdo con esta medida, el capitalismo antes competitivo se ha ido monopolizando con el tiempo. El error surge porque la teoría económica de la empresa pasa por alto el contexto espacial de ésta, a pesar de que acepta (en aquellas raras ocasiones en las que se digna a considerar el tema) que la ventaja de la ubicación supone «competencia monopolística». En el siglo XIX, por ejemplo, los cerveceros, los panaderos, los fabricantes de velas, estaban protegidos en gran medida de la competencia en los mercados locales por el elevado coste del transporte. Los poderes del monopolio local eran omnipresentes y muy difíciles de romper en todos los ámbitos, desde la energía al suministro de alimentos. De acuerdo con esta medida, el capitalismo del siglo XIX era mucho menos competitivo que el actual. En este punto, las condiciones del transporte y de las comunicaciones se convierten en variables determinantes. A medida que las barreras espaciales disminuyeron debido a la tendencia capitalista a «la aniquilación del espacio mediante el tiempo», muchas industrias y servicios locales perdieron sus protecciones y sus privilegios de monopolio locales, viéndose obligados a competir con los productores de otras localidades al principio relativamente cercanas y después con productores mucho más alejados. La geografía histórica del comercio de las cervezas es muy instructiva a este respecto. En el siglo XIX la mayoría de la población tomaba las cervezas locales porque no tenía elección. A finales del siglo XIX, la producción y el consumo de cerveza en Gran Bretaña se habían regionalizado en un grado considerable, y así se mantuvo hasta la década de 1960, desconociéndose las importaciones extranjeras con excepción de Guinness. Después el mercado se nacionalizó (Newcastle Brown y Scottish Youngers aparecie-

ron en Londres y en el sur) antes de internacionalizarse cuando de repente las importaciones hicieron furor. Ahora, si uno bebe cerveza nacional es por elección, normalmente por una mezcla de apego moral a la localidad o por una cualidad especial de la cerveza (basada en la técnica, el agua, o lo que sea) que supuestamente la diferencia de otras. Claramente, el espacio económico de la competencia ha cambiado tanto en forma como en escala a lo largo del tiempo. También existen otras barreras al movimiento espacial. Los aranceles, por ejemplo, protegen por lo general los privilegios de monopolio dentro del espacio del Estado-nación.

Quizás ahora puedan adivinar ustedes con más claridad adónde se dirige mi argumento. El reciente brote de globalización ha disminuido significativamente las protecciones de monopolio ofrecidas históricamente por los gastos de transporte y comunicaciones, mientras que la eliminación de obstáculos institucionales al comercio (proteccionismo) también ha disminuido las rentas de monopolio que se pueden obtener por ese medio. Pero el capitalismo no puede resistir sin los poderes de monopolio, y ansía medios para hacerse con ellos. Así, la cuestión introducida en la agenda es cómo reunir poderes de monopolio en una situación en la que las protecciones ofrecidas por los denominados «monopolios naturales» del espacio y la ubicación así como las protecciones políticas de los límites nacionales se han visto seriamente disminuidas, si no eliminadas.

La respuesta obvia es centralizar el capital en megaempresas o establecer alianzas más laxas (como en las aerolíneas y en los automóviles) que dominan los mercados. Y de eso hemos visto mucho. La segunda senda es garantizar cada vez más firmemente los derechos de monopolio de la propiedad privada mediante las leyes comerciales internacionales que regulan todo el comercio planetario. Las patentes y los denominados «derechos de propiedad intelectual» se han convertido consecuentemente en un campo importante de la lucha para afirmar en general los poderes de monopolio. La industria farmacéutica, por tomar un ejemplo paradigmático, ha adquirido extraordinarios poderes de monopolio en parte mediante masivas centralizaciones de capital y en parte mediante la protección de patentes y acuerdos de licencia. Y persigue ávidamente aún más poderes de monopolio al intentar establecer derechos de propiedad sobre todo tipo de materiales genéticos (incluidos los de plantas raras tradicionalmente recolectadas por los habitantes indígenas en las selvas tropicales). A medida que disminuyen los privilegios de monopolio de una fuente, también observamos un intento desesperado de conservarlos y reunirlos por otros medios. Se están escribiendo innumerables libros y artículos sobre este proceso. Me es imposible revisarlos aquí. Sí quiero, sin embargo, observar más de cerca aquellos aspectos de este proceso que afectan más directamente a los problemas de desarrollo local y a las actividades culturales. Deseo mostrar primero que existen enfrentamientos continuados sobre qué definición de los poderes de monopolio podría asignarse a la ubicación y a las localizaciones, y que la idea de «cultura» está cada vez más mezclada con los intentos de reafirmar dichos poderes de monopolio, precisamente porque las reivindicaciones de singularidad y autenticidad pueden articularse mejor como reivindicaciones culturales específicas y no reproducibles. Empiezo con el ejemplo más obvio de renta de monopolio dado por «la viña que produce vino de extraordinaria calidad que puede venderse a precio de monopolio».



## Aventuras del comercio vinícola

El comercio del vino, como el de la cerveza, se ha ido internacionalizando en los pasados treinta años y las tensiones de la competencia internacional han tenido efectos curiosos. Presionados por la Unión Europea, por ejemplo, los productores vinícolas internacionales han aceptado (tras largas batallas judiciales e intensas negociaciones) retirar el uso de «expresiones tradicionales» en las etiquetas de los vinos, que finalmente podían incluir términos como «chateau» o «domaine» así como términos genéricos como «champán», «borgoña», «chablis» o «sauternes». De este modo, el sector vitivinícola europeo, liderado por los franceses, intenta conservar las rentas de monopolio insistiendo en las virtudes específicas de la tierra, el clima y la tradición (reunidas bajo el término francés de *terroir*) y la especificidad de su producto certificado por un nombre. Reforzado por controles institucionales como «appellation contrôlée», el comercio del vino francés insiste en la autenticidad y la originalidad de su producto, que cimentan la singularidad en la que puede basarse la renta de monopolio. Australia es uno de los países que ha aceptado esta medida. Chateau Tahbilk, de Victoria, quitó de su etiqueta el término *Chateau* y declaró airadamente que «estamos orgullosos de ser australianos y no necesitamos usar términos heredados de otros países y culturas de tiempos pasados»[1]. Para compensar, identificaron dos factores que, combinados, «nos dan una posición singular en el mundo del vino». La suya es una de las únicas seis regiones vinícolas del mundo en las que el mesoclima está drásticamente influenciado por una masa de agua interior (los numerosos lagos y lagunas locales moderan y templan el clima). Su suelo es de un tipo único (sólo se encuentra en otro punto de Victoria) descrito como arcilla roja de tipo arenoso, coloreado por un elevado contenido de óxido férrico, que «tiene un efecto positivo sobre la calidad de la uva y añade cierto carácter regional distintivo a nuestros vinos». Estos dos factores se reúnen para definir la de «Nagambie Lakes» como una región vitivinícola única (que supuestamente será certificada

[1] Tahbilk Wine Club (2000), *Wine Club Circular* 15, junio de 2000, Tahbilk Winery and Vineyard, Tahbilk, Victoria, Australia.

por la Comisión de Indicaciones Geográficas de la Australian Wine and Brandy Corporation, establecida para identificar regiones vitícolas en toda Australia). De esa forma, Tahbilk establece una contrademanda de rentas de monopolio basada en la mezcla única de condiciones medioambientales en la región donde se sitúa. Lo hace de un modo que compite con las reivindicaciones de singularidad del *terroir* y el *domaine* alegadas por los viticultores franceses.

Pero entonces encontramos la primera contradicción. Todo el vino es comercializable y en cierto sentido comparable, independientemente de su procedencia. Piénsese al respecto en Robert Parker y en *Wine Advocate,* la revista que publica con regularidad. Parker evalúa los vinos por su sabor y no presta atención al *terroir* o a ninguna otra reivindicación histórico-cultural. Es notablemente independiente (la mayoría de las demás guías están patrocinadas por sectores influyentes de la industria vinícola). Clasifica los vinos en una escala de acuerdo con su gusto específico. Tiene un extenso seguimiento en Estados Unidos, que es un mercado importante. Si da a un vino de Burdeos sesenta y cinco puntos y a un vino australiano noventa y cinco, los precios se ven afectados. Los productores de vino de Burdeos le tienen pánico. Lo han demandado, denigrado, insultado e incluso atacado físicamente. Él pone en peligro la base de sus rentas de monopolio. Podemos concluir que las reivindicaciones de monopolio son tanto «consecuencia del discurso» y resultado del enfrentamiento como reflejo de las cualidades del producto. Pero si hay que abandonar el lenguaje de *terroir* y tradición, ¿qué tipo de discurso se puede poner en su lugar? Parker y otros muchos dedicados al comercio del vino han inventado en años recientes un lenguaje en el que los vinos se describen con términos tales como «aroma a melocotón y ciruela, con un toque de tomillo y grosella». El lenguaje suena extraño, pero este cambio discursivo, que corresponde a una creciente competencia internacional y globalización del comercio del vino, adopta una función distintiva que refleja la mercantilización del consumo estandarizado del vino.

Pero el consumo de vino tiene muchas dimensiones que abren camino a la explotación rentable. Para muchos es una experiencia estética. Aparte del puro placer (para algunos) de un buen vino con la comida adecuada, hay dentro de la tradición occidental todo tipo de referentes a la mitología (Dionisos y Baco), la religión (la sangre de Jesús y los rituales de la comunión) y las tradiciones celebradas en festivales, en la poesía, en canciones y en la literatura. El conocimiento y la apreciación «adecuada» de los vinos es a menudo signo de clase, y analizable como forma de capital «cultural» (como diría Bourdieu). Pedir el vino correcto tal vez haya ayudado a sellar más de un gran acuerdo empresarial (¿confiarían ustedes en alguien que no supiera escoger bien un vino?). El estilo del vino está relacionado con las cocinas regionales y por consiguiente integrado en esas prácticas que convierten la regionalidad en un modo de vida marcado por estructuras de sentimiento específicas (es



difícil imaginar a Zorba el Griego bebiendo vino de mesa Mondavi californiano, a pesar de que lo vendan en el aeropuerto de Atenas).

El comercio del vino es una cuestión de dinero y beneficio, pero también de cultura en todos los sentidos (desde la cultura del producto a las prácticas culturales que rodean su consumo y el capital cultural que puede desarrollarse entre productores y consumidores). La perpetua búsqueda de rentas de monopolio supone buscar criterios de especialidad, singularidad, originalidad y autenticidad en cada uno de estos ámbitos. Si la singularidad no puede establecerse apelando al *terroir* y a la tradición, o mediante una descripción directa del aroma, entonces habrá que invocar otros medios distintivos para establecer reivindicaciones de monopolio y discursos pensados para garantizar la verdad de dichas reivindicaciones (el vino que garantiza la seducción o el vino adecuado para la nostalgia y la chimenea son temas publicitarios actuales en Estados Unidos). En la práctica, lo que encontramos en el comercio del vino es toda una serie de discursos opuestos, todos con diferentes reivindicaciones de verdad sobre la singularidad del producto. Pero, y aquí vuelvo a mi punto de partida, todos estos cambios y giros discursivos, así como muchos de los que se han producido en las estrategias para controlar el mercado internacional del vino, tienen de fondo no sólo la búsqueda de beneficios sino también la búsqueda de rentas de monopolio. En dicha búsqueda, domina el lenguaje de autenticidad, originalidad, singularidad y cualidades especiales. La generalidad de un mercado globalizado produce, de un modo congruente con la segunda contradicción que determiné antes, una fuerza poderosa que no sólo intenta garantizar el mantenimiento de los privilegios de monopolio de la propiedad privada sino las rentas de monopolio que derivan de calificar las mercancías de incomparables.

## Empresarialismo urbano, renta de monopolio y formas mundiales

Las recientes luchas dentro del negocio del vino proporcionan un modelo útil para entender una amplia gama de fenómenos dentro de la fase de globalización contemporánea. Tienen especial importancia para entender cómo se absorben las evoluciones culturales y las tradiciones locales en los cálculos de la economía política mediante intentos de adquirir rentas de monopolio. También plantea la cuestión de qué parte del interés local por la innovación cultural y la resurrección e invención de tradiciones locales se vincula al deseo de extraer y apropiarse de dichas rentas. Dado que capitalistas de todo tipo (incluidos los financieros internacionales más exuberantes) se dejan seducir fácilmente por las perspectivas lucrativas de los poderes de monopolio, distinguimos de inmediato otra contradicción: que los globalizadores más ávidos apoyan

desarrollos locales que tienen el potencial de producir rentas de monopolio (aunque el efecto de dicho respaldo sea producir un clima político local antagónico a la globalización). Resaltar la singularidad y la pureza de la cultura balinesa local puede ser vital para el sector hotelero, el aéreo y el turístico pero ¿qué sucede cuando esto fomenta un movimiento balinés que utiliza la violencia para resistirse contra la «impureza» de la comercialización? El País Vasco puede parecer una configuración cultural potencialmente valiosa precisamente por su singularidad, pero ETA no es susceptible de comercialización. Sondeemos un poco más profundamente en esta contradicción que incide en la política de desarrollo urbano. Hacerlo requiere, sin embargo, situar brevemente esa política en relación con la globalización. Durante las últimas décadas el empresarialismo urbano ha adquirido importancia nacional e internacional. Me refiero con dicho término a ese patrón de comportamiento en la gobernación urbana que mezcla los poderes estatales (locales, metropolitanos, regionales, nacionales o supranacionales) con una amplia gama de formas organizativas de la sociedad civil (cámaras de comercio, sindicatos, iglesias, instituciones educativas y de investigación, grupos comunitarios, ONG, y demás) e intereses privados (empresariales o individuales) para formar coaliciones que promuevan o gestionen un tipo u otro de desarrollo urbano/regional. Hay ahora sobre el tema una extensa bibliografía que demuestra que las formas, las actividades y los objetivos de estos sistemas de gobernación (conocidos de manera variada como «regímenes urbanos», «máquinas de crecimiento» o «coaliciones para el crecimiento regional») varían ampliamente dependiendo de las condiciones locales y de la mezcla de fuerzas presente en ellas. El papel de este empresarialismo urbano en relación con la forma neoliberal de globalización también se ha estudiado ampliamente, más en general bajo el epígrafe de relaciones locales-mundiales y la denominada «dialéctica espacio-lugar». La mayoría de los geógrafos que han estudiado el problema han concluido de manera correcta que es un error categórico considerar la globalización como una fuerza causal en relación con el desarrollo local. Lo que hay en juego aquí, sostienen, es una relación mucho más complicada entre escalas en la que las iniciativas locales pueden filtrarse hacia arriba, hasta una escala planetaria, y viceversa; al mismo tiempo que los procesos incluidos en una definición de escala determinada –la competencia interurbana e interregional son los ejemplos más obvios– pueden cambiar las configuraciones locales/regionales a las que la globalización hace referencia. La globalización no debería considerarse, por lo tanto, una unidad indiferenciada sino una creación de patrones de actividades y relaciones capitalistas planetarias geográficamente articulados.

¿Pero qué significa exactamente hablar de «creación de patrones geográficamente articulados»? Hay, por supuesto, muchas pruebas del desarrollo geográfico desigual (en una variedad de escalas) y al menos una teorización convincente para entender su lógica capitalista. Parte puede entenderse en términos convencionales como un intento de los capitales en busca de inversión (teniendo en cuenta que los capitales financiero, comercial y de producción poseen diferentes capacidades a este respecto) de obtener ventajas en la producción y la apropiación de plusvalores trasladándose de un lugar a otro. Pueden de hecho detectarse tendencias que encajan con modelos simples de «carrera hacia el abismo» en la que la fuerza de trabajo más barata y más fácil de explotar se convierte en faro guía para la movilidad del capital y las decisiones de inversión. Pero hay muchas pruebas contrarias que sugieren que ésta es una burda simplificación excesiva cuando se proyecta como explicación monocausal de la dinámica del desarrollo geográfico desigual. En general el capital fluye con la misma facilidad hacia regiones de salarios elevados que a regiones de salarios bajos, y a menudo parece estar geográficamente guiado por criterios muy distintos a los establecidos convencionalmente por la economía política burguesa y marxista.



El problema en parte (pero no en su totalidad) deriva del hábito de pasar por alto la categoría del capital inmobiliario y la considerable importancia de las inversiones a largo plazo en el entorno construido que son por definición geográficamente inmóviles (excepto en el sentido de la accesibilidad relativa). Dichas inversiones, en especial cuando son de tipo especulativo, exigen invariablemente nuevas oleadas de inversiones para que la primera oleada resulte rentable (para llenar el centro de convenciones, necesitamos hoteles que requieren mejores transportes y comunicaciones, que piden una expansión del centro de convenciones...). En la dinámica de las inversiones en el área metropolitana hay, por lo tanto, un elemento de causalidad circular y acumulativa (véase, por ejemplo, toda la remodelación de la zona portuaria londinense y la viabilidad económica de Canary Wharf, que gira en torno a nuevas inversiones públicas y privadas). En esto se basan generalmente las maquinarias de crecimiento urbano: la orquestación de una dinámica de proceso de inversión y la oferta de inversiones públicas clave en el lugar y el momento adecuados para promover el éxito en la competencia interurbana e interregional.

Pero esto no sería tan atractivo si no fuera por las formas en las que se pueden captar también las rentas de monopolio. Una estrategia muy conocida de los promotores es, por ejemplo, reservar el trozo de terreno más apetecible y rentable de una urbanización para extraerle renta de monopolio después de realizar el resto del proyecto. Los gobiernos sabios con los poderes necesarios pueden efectuar las mismas prácticas. El gobierno de Hong Kong, tengo entendido, se financia en gran medida con las ventas controladas, a precios de monopolio muy elevados, de terreno público urbanizable. Esto se convierte, a su vez, en rentas de monopolio sobre propiedades, lo cual hace que Hong Kong resulte muy atractivo para el capital de inversión financiera internacional que trabaja en los mercados inmobiliarios. Por supuesto, Hong Kong tiene otras reivindicaciones de singularidad relacionadas con su ubicación, con las que puede negociar también muy vigorosamente para ofrecer ventajas de monopolio. Singapur, por

cierto, se propuso captar rentas de monopolio, y lo consiguió, de una manera muy similar, pero por medios políticos y económicos muy distintos.

La gobernación urbana de este tipo está principalmente orientada hacia la construcción de patrones de inversiones locales no sólo en infraestructuras físicas como el transporte y las comunicaciones, instalaciones portuarias, el sistema de alcantarillado y el suministro de agua, sino también en las infraestructuras sociales de educación, ciencia y tecnología, control social, cultura y calidad de vida. El objetivo es crear suficiente sinergia dentro del proceso de urbanización como para que los intereses privados y los poderes estatales creen y obtengan rentas de monopolio. No todos esos esfuerzos tienen éxito, por supuesto, pero hasta los ejemplos fracasados pueden en parte o en gran medida entenderse como una incapacidad de realizar rentas de monopolio, cuya búsqueda no se limita a las prácticas de desarrollo inmobiliario, iniciativas económicas y financiación pública, sino que tiene una aplicación mucho más amplia.

## Capital simbólico colectivo, marcas de distinción y rentas de monopolio

Si las reivindicaciones de singularidad, autenticidad, particularidad y especialidad subrayan la capacidad para captar rentas de monopolio, ¿qué mejor terreno para efectuar dichas reivindicaciones que el campo de los objetos y las prácticas históricamente constituidos y de las características medioambientales especiales (incluidos, por supuesto, los entornos construidos, sociales y culturales)? Todas esas reivindicaciones se basan, como en el sector vitivinícola, tanto en las elaboraciones y los enfrentamientos discursivos como en los datos concretos. Muchas descansan en relatos históricos, interpretaciones y significados de recuerdos colectivos, significaciones de prácticas culturales, y demás: siempre hay un fuerte elemento social y discursivo presente en la construcción de dichas reivindicaciones. Una vez establecidas, sin embargo, pueden aprovecharse firmemente para la causa de extraer rentas de monopolio, ya que, en la mente de muchos al menos, no habrá otro lugar como Londres, El Cairo, Barcelona, Milán, Estambul, San Francisco o cualquier otro que permita acceder a todo lo supuestamente exclusivo de esos lugares.

El ámbito más obvio en el que esto funciona es el turismo contemporáneo, pero pienso que sería un error dejar que todo el asunto descanse ahí, porque lo que está en juego es el poder del capital simbólico colectivo, de marcas distintivas especiales vinculadas a un lugar, que tienen una significativa capacidad de atracción sobre los flujos de capital más en general. Bourdieu, a quien debemos el uso general de estos términos, los restringe desafortunadamente a los individuos (como átomos que flotasen en un mar de juicios estéticos estructurados) cuando en mi opinión las formas colectivas



(y la relación de los individuos con dichas formas colectivas) podrían ser aún de mayor interés. El capital simbólico colectivo adjunto a nombres y lugares como París, Atenas, Nueva York, Río de Janeiro, Berlín y Roma es de gran importancia y da a dichos lugares grandes ventajas económicas en relación con, pongamos, Baltimore, Liverpool, Essen, Lille y Glasgow. El problema de estos últimos lugares es aumentar su cociente de capital simbólico e incrementar sus marcas de distinción para fundamentar mejor un derecho a la singularidad que proporciona renta de monopolio. Dada la pérdida general de otros poderes de monopolio debido a la facilidad de los transportes y de las comunicaciones y la reducción de otros obstáculos al comercio, la lucha por el capital simbólico colectivo adquiere más importancia como base para las rentas de monopolio. ¿Cómo si no podemos explicar el revuelo causado por el Museo Guggenheim de Bilbao con la arquitectura de firma de Gehry? ¿Y cómo si no podemos explicar la voluntad de grandes instituciones financieras, con considerables intereses internacionales, para financiar un proyecto de firma de ese tipo?

El ascenso de Barcelona a un lugar destacado en el sistema europeo de ciudades, por poner otro ejemplo, se basa en parte en su amasamiento continuo de capital simbólico y en su acumulación de marcas de distinción. A este respecto, la excavación de una historia y una tradición específicamente catalanas, la comercialización de sus grandes logros artísticos y de su herencia arquitectónica (Gaudí, por supuesto) y sus marcas distintivas de estilo de vida y tradiciones literarias, han influido enormemente, respaldadas por el diluvio de libros, exposiciones y acontecimientos culturales que celebran esta especificidad. Todo esto ha sido expuesto con nuevos embellecimientos arquitectónicos de firma (la torre de comunicaciones de radio diseñada por Norman Foster y el Museo de Arte Contemporáneo (MACBA) resplandecientemente blanco diseñado por Meier en medio del tejido un tanto degradado de la ciudad vieja) y todo un conjunto de inversiones para abrir el puerto y la playa, tomar terrenos marginados para la Villa Olímpica (con la primorosa referencia al utopismo de los icarianos) y la conversión de lo que en otro tiempo era una vida nocturna bastante lóbrega e incluso peligrosa en un panorama abierto de espectáculo urbano. Todo esto ayudado por los Juegos Olímpicos, que abrieron enormes oportunidades de almacenar rentas de monopolio (Juan Antonio Samaranch, presidente del Comité Olímpico Internacional, tenía grandes intereses inmobiliarios en Barcelona).

Pero el éxito inicial de Barcelona parece destinado a profundizar en la primera contradicción. A medida que se presentan oportunidades para cosechar rentas de monopolio en abundancia sobre la base del capital simbólico colectivo de Barcelona como ciudad (los precios inmobiliarios se han disparado y el Royal Institute of British Architects concede a la ciudad su medalla a los logros arquitectónicos), también el atractivo irresistible trae consigo cada vez más mercantilización multinacional homogeneizadora. Las fases más recientes del paseo marítimo parecen exactamente iguales

a las de cualquier otro del mundo occidental, la abrumadora congestión del tráfico provoca presiones para construir avenidas que atraviesen la ciudad vieja, los establecimientos multinacionales sustituyen a las tiendas locales, la elitización desde hace mucho tiempo expulsa a poblaciones residentes y destruye el tejido urbano anterior, y Barcelona pierde parte de sus marcas distintivas. Hay incluso sutiles señales de disneyficación. Esta contradicción está marcada por cuestionamientos y resistencia. ¿Qué memoria colectiva hay que celebrar aquí (la de anarquistas como los icarianos que desempeñaron un papel tan importante en la historia de Barcelona, la de los republicanos que tan ferozmente lucharon contra Franco, la de los nacionalistas catalanes, la de los inmigrantes andaluces, o la de alguien como Samaranch, que durante mucho tiempo fue aliado del franquismo)? ¿Qué estéticas cuentan realmente (las de arquitectos barceloneses famosamente poderosos como Bohigas)? ¿Por qué aceptar cualquier disneyficación? Los debates de este tipo no se pueden acallar con facilidad, precisamente porque para todos está claro que el capital simbólico colectivo que Barcelona ha acumulado depende de los valores de autenticidad, singularidad y cualidades particulares no reproducibles. Tales marcas de distinción locales son difíciles de acumular sin suscitar el tema de conceder poder y recursos, incluso a los movimientos populares y de oposición. En ese punto, por supuesto, los guardianes de lo simbólico colectivo y del capital cultural (los museos, las universidades, los mecenas y el aparato estatal) cierran normalmente la puerta e insisten en mantener alejados a los alborotadores (aunque en Barcelona el MACBA, al contrario que la mayoría de las instituciones de este tipo, se ha mantenido asombrosa y constructivamente abierto a las sensibilidades populares). Las apuestas aquí son significativas. Se trata de determinar qué segmentos de la población deben beneficiarse más de un capital simbólico al que todos, a su manera específica, han contribuido. ¿Por qué permitir que la renta de monopolio vinculada a ese capital simbólico sea capturada sólo por las multinacionales o por un pequeño segmento poderoso de la burguesía local? Incluso Singapur, que tan despiadadamente y con tanto éxito creó y se apropió de las rentas de monopolio (en especial gracias a sus ventajas de ubicación y política) a lo largo de los años, procuró que los beneficios se distribuyeran ampliamente mediante la vivienda, la atención sanitaria y la educación.

Por las razones que la historia reciente de Barcelona ejemplifica, los sectores económicos del conocimiento y de la herencia patrimonial, la producción cultural, la arquitectura de firma y el cultivo de juicios estéticos específicos se han convertido en poderosos elementos constitutivos de la política del empresarialismo urbano en muchas partes, aunque más especialmente en Europa. La lucha por acumular marcas distintivas y capital simbólico colectivo en un mundo altamente competitivo continúa, pero esto arrastra tras de sí una serie de cuestiones localizadas: ¿quién es la memoria colectiva?, ¿de quién es la estética?, ¿a quién beneficia? La eliminación inicial de toda



mención al comercio de esclavos en la reconstrucción del Albert Dock de Liverpool, por ejemplo, generó protestas por parte de la población de origen caribeño excluida, y el monumento en conmemoración del Holocausto en Berlín ha encendido prolongadas controversias. Incluso monumentos antiguos como la Acrópolis, cuyo significado se podría pensar que ahora ya debería estar bien asentado, son objeto de protestas, que protestas pueden tener implicaciones políticas generalizadas, aunque sean indirectas. Considérense, por ejemplo, las discusiones en torno a la reconstrucción de Berlín tras la reunificación alemana. Todo tipo de fuerzas divergentes chocan a medida que se despliega la lucha para definir el capital simbólico de Berlín. La ciudad, de manera bastante obvia, puede reivindicar su singularidad basándose en su capacidad para mediar entre oriente y occidente. Su posición estratégica en relación con el desarrollo geográfico desigual del capitalismo contemporáneo (con la apertura de la ex Unión Soviética) le confiere obvias ventajas. Pero también se está librando otro tipo de batallas por la identidad que invocan los recuerdos colectivos, las mitologías, la historia, la cultura, la estética y la tradición. Tomo sólo una dimensión especialmente problemática de esta lucha, una dimensión que no es necesariamente dominante y cuya capacidad de fundamentar reivindicaciones de la renta de monopolio bajo la competencia mundial no está clara ni es segura.

Una facción de arquitectos y urbanistas locales (con el respaldo de ciertas partes del aparato estatal local) intenta revalidar las formas arquitectónicas del Berlín de los siglos XVIII y XIX, y en especial resaltar la tradición arquitectónica de Schinkel con la exclusión de otras muchas cosas. Esto podría considerarse simple cuestión de preferencia estética elitista, pero está cargado de toda una gama de significados relacionados con los recuerdos colectivos, la monumentalidad, el poder de la historia y la identidad política de la ciudad. Va también asociado a ese clima de opinión (articulado en diversos discursos) que define quién es o no berlinés y quién tiene derecho a la ciudad estrictamente en función del pedigrí o de adhesiones a determinados valores y creencias. Explota una historia local y una herencia arquitectónica cargadas de connotaciones nacionalistas y románticas. En un contexto en el que el maltrato y la violencia contra los inmigrantes están generalizados, quizá incluso ofrezca una legitimación tácita de dichas acciones. Los habitantes turcos (muchos de ellos nacidos en Berlín) han sufrido múltiples indignidades y en cualquier caso se han visto en gran medida expulsados del centro de la ciudad. Su contribución a Berlín como ciudad se pasa completamente por alto. Además, este estilo romántico/nacionalista encaja en un enfoque tradicional de la monumentalidad que en líneas generales reproduce en planos contemporáneos (aunque sin referencia específica y quizá sin saberlo) los planos de Albert Speer (trazados para Hitler en la década de 1930) para dar preeminencia monumental al Reichstag. Esto no es, afortunadamente, todo lo que se está produciendo en la búsqueda del capital simbólico colectivo de Berlín. La reconstrucción del Reichstag efectuada por Norman Foster, por ejemplo, o

la colección de arquitectos contemporáneos internacionales traídos por las multinacionales (en gran medida en oposición a los arquitectos locales) para dominar la Potsdamer Platz, difícilmente son congruentes con ello. Y la respuesta romántica local a la amenaza de dominación multinacional podría, por supuesto, acabar siendo meramente un elemento de interés inocente en una compleja obtención de marcas distintivas diversas para la ciudad (después de todo, Schinkel tiene un mérito arquitectónico considerable y una mansión del siglo XVIII reconstruida podría prestarse a la disneyficación). Pero el posible lado negativo de la historia es interesante, porque pone de manifiesto con qué facilidad pueden manifestarse las contradicciones de la renta de monopolio. Si estos planes más estrictos, esta estética y estas prácticas discursivas excluyentes se volvieran dominantes, el capital simbólico colectivo creado sería difícil de comercializar libremente, porque sus cualidades tan especiales lo situarían en gran medida fuera de la globalización. Los poderes de monopolio colectivo que la gobernación urbana puede supuestamente dominar, siempre pueden orquestarse en oposición al cosmopolitismo banal de la globalización multinacional.

Los dos dilemas –acercarse tanto a la pura comercialización como para perder las marcas distintivas que subyacen a las rentas de monopolio o construir marcas distintivas tan especiales que resulten difíciles de comercializar– están perpetuamente presentes. Pero, como en el sector del vino, existen siempre fuertes efectos discursivos que definen qué tiene o no de especial un producto, un lugar, una forma cultural, una tradición, una herencia arquitectónica. Las batallas discursivas se vuelven parte del juego, y los partidarios (en los medios de comunicación y en las instituciones académicas, por ejemplo) consiguen su público así como su apoyo económico en relación con estos procesos. Hay mucho que conseguir, por ejemplo, apelando a la moda (es interesante que ser un centro de moda sirva a las ciudades para acumular un considerable capital simbólico colectivo). Los capitalistas son perfectamente conscientes de esto y deben, por lo tanto, sumergirse en las guerras de la cultura así como en las marañas del multiculturalismo, la moda y la estética, porque es precisamente por esos medios como se pueden obtener rentas de monopolio, aunque sea durante un corto espacio de tiempo. Y si, como yo sostengo, la renta de monopolio es siempre un objeto del deseo capitalista, el modo de conseguirla mediante intervenciones en el campo de la cultura, la historia, el patrimonio cultural, la estética y los significados debe ser necesariamente de gran importancia para los capitalistas de todo tipo.

## Las rentas de monopolio y los espacios de esperanza

A estas alturas, los críticos se quejarán del aparente reduccionismo económico del argumento. Sugiere, aducirán, que el capitalismo produce culturas locales, modela los significados estéticos y así domina tanto las iniciativas locales como para excluir el desarrollo de cualquier diferencia que no esté directamente incluida en la circulación del capital. No puedo evitar dicha interpretación, pero sería una perversión de mi mensaje, porque lo que espero haber demostrado, al invocar el concepto de la renta de monopolio dentro de la lógica de la acumulación de capital, es que el capital tiene modos de apropiarse y extraer los excedentes producidos por las diferencias y las variaciones culturales locales y por los significados estéticos sea cual sea el origen. El sector musical estadounidense, por ejemplo, consigue apropiarse brillantemente de los increíbles movimientos de base y de la creatividad localizada de músicos de todas las tendencias (casi invariablemente para beneficio del sector y no de los músicos). La descarada mercantilización y comercialización de todo es, de hecho, uno de los sellos de nuestro tiempo.

Pero la renta de monopolio es una forma contradictoria. Su búsqueda conduce al capital mundial a valorar iniciativas locales específicas (y, en ciertos aspectos, cuanto más específica sea la iniciativa, mejor). También conduce a la valoración de la singularidad, la autenticidad, la particularidad, la originalidad y cualquier otra dimensión de la vida social incongruente con la homogeneidad presupuesta por la producción de mercancías. Y para no destruir totalmente la singularidad que constituye la base de la apropiación de rentas de monopolio (y hay muchas circunstancias en las que lo ha hecho), el capital debe respaldar una forma de diferenciación y permitir desarrollos culturales locales divergentes y en cierta medida incontrolables, que pueden ser antagónicos a su propio funcionamiento estable. Dentro de tales espacios se pueden formar todo tipo de movimientos de oposición, incluso presuponiendo, como a menudo sucede, que los movimientos de oposición no estén ya firmemente atrincherados en ellos. El problema para el capital es encontrar formas de absorber, subsumir, mercantilizar y monetizar dichas diferencias en suficiente medida como para poder apropiarse de las rentas de monopolio de las mismas. El problema para los movimientos de oposición es usar la validación de la particularidad, la singularidad, la autenticidad, la cultura y los significados estéticos de maneras que abran nuevas posibilidades y alternativas, y no permitir que sean usados para crear un terreno más fértil para que las rentas de monopolio puedan ser extraídas por quienes tienen el poder y la inclinación compulsiva de hacerlo. Las luchas generalizadas, aunque a menudo fragmentadas, que se producen entre la apropiación capitalista y la creatividad artística pueden conducir a un segmento de la comunidad interesada por las cuestiones culturales a ponerse del lado de una política opuesta al capitalismo multinacional.

Tampoco está claro en absoluto, sin embargo, que el conservadurismo e incluso el exclusivismo reaccionario que a menudo van unidos a los valores «puros» de autenticidad, originalidad y particularidad estética de la cultura sean un fundamento adecuado para una política de oposición progresista, ya que pueden con demasiada facilidad

virar hacia una política identitaria local, regional o nacionalista de tipo neofascista de la que ya hay demasiados signos preocupantes en buena parte de Europa. Ésta es una contradicción fundamental con la que la izquierda debe luchar. Los espacios de la política transformadora están ahí porque el capital nunca puede permitirse cerrarlos, y la oposición de izquierda está aprendiendo gradualmente a usarlos mejor. Los fragmentados movimientos de oposición a la globalización neoliberal tal y como se manifiestan en Seattle, Praga, Melbourne, Bangkok y Niza y ahora, más constructivamente, en el Foro Social Mundial de Porto Alegre (en oposición a las reuniones anuales de las elites empresariales y los líderes gubernamentales en Davos), indican una política alternativa de ese tipo. No se opone completamente a la globalización, pero la desea bajo condiciones muy diferentes. No es accidental, por supuesto, que sea Porto Alegre y no Barcelona, Berlín, San Francisco o Milán la que se ha prestado a esa iniciativa. Porque en esa ciudad, las fuerzas de la cultura y de la historia están siendo movilizadas por un movimiento político (dirigido por el Partido de los Trabajadores brasileño) de una manera muy distinta, buscando un tipo de capital simbólico colectivo distinto al que se exhibe en el Museo Guggenheim de Bilbao o en la ampliación de la Tate Gallery de Londres. Las marcas distintivas acumuladas en Porto Alegre derivan de su lucha por modelar una alternativa a la globalización que no comercie con las rentas de monopolio en particular ni ceda ante al capitalismo multinacional en general. Al centrarse en la movilización popular, Porto Alegre está construyendo activamente nuevas formas culturales y nuevas definiciones de autenticidad, originalidad y tradición. Es una senda difícil de seguir, como demostraron ejemplos anteriores como los experimentos notables de la Bolonia roja en las décadas de 1960 y 1970. El socialismo en una ciudad no es un concepto viable. Pero en cualquier caso también está muy claro que tampoco recibiremos una alternativa desde arriba a la forma de globalización contemporánea. Tendrá que proceder del seno de múltiples espacios locales unidos en un movimiento más amplio.

Es aquí donde las contradicciones a las que se enfrentan los capitalistas al buscar la renta de monopolio adquieren cierta importancia estructural. Al intentar comerciar con los valores de autenticidad, ubicación, historia, cultura, memoria colectiva y tradición, abren un espacio de pensamiento y acción políticos dentro del cual pueden idearse y perseguirse alternativas. Ese espacio merece una exploración y un cultivo intensos por parte de los movimientos de oposición. Es uno de los espacios de esperanza claves para la construcción de un tipo de globalización alternativo. Uno en el que las fuerzas progresistas de la cultura se apropien de las fuerzas del capital, y no al contrario.



# Bibliografía


ABERS, R., «Learning Democratic Practice. Distributing Government Resources through Popular Participation in Porto Alegre, Brazil», en M. Douglass y J. Friedmann (eds.), *Cities for Citizens. Planning and the Rise of Civil Society in a Global Age*, Nueva York, 1998.

AGNEW, J. y DUNCAN, J. (eds.), *The Power of Place. Bringing Together the Geographical and Sociological Imaginations,* Boston, 1989.

ALTHUSSER, L., *For Marx*, Harmondsworth, Middlesex, 1969.

ALTVATER, E., «Notes on Some Problems of State Interventionism», *Kapitalistate* 1 (1973), pp. 96-108; y 2 (1973), pp. 76-83.

AMIN, S., *Accumulation on a World Scale*, Nueva York, 1973 [ed. cast.: *Acumulación a escala mundial,* México, Siglo XXI, 1985].

ANDERSON, B., *The Specter of Comparisons,* Londres, 1998.

AVINERI, S., *Hegel's Theory of the Modern State,* Londres, 1972.

AYDALOT, P., *Dynamique Spatiale et Développement Inégal,* París, 1976.

BALL, M., *Housing Policy and Economic Power. The Political Economy of Owner Occupation,* Londres, 1983.

BARAN, P., *The Political Economy of Growth*, Nueva York, 1957 [ed. cast.: *La economía política del crecimiento,* México, FCE, ²1977].

BARNBROCK, J. (1976), «Ideology and Location Theory. A Critical Enquiry into the Work of J. H. Von Thünen», tesis doctoral, Department of Geography and Environmental Engineering, Johns Hopkins University, 1976.

BARRATT BROWN, M., *The Economics of Imperialism,* Harmondsworth, Middlesex, 1974.

BECKER, G., *Human Capital. A Theoretical and Empirical Analysis with Special Reference to Education,* Nueva York, 1975 [ed. cast.: *El capital humano: un analisis teórico y empirico referido fundamentalmente de la educación,* Madrid, Alianza, 1983].

BERKOWITZ, B., «Economic Development Really Works. Baltimore, MD», en R. Bingham y J. Blair (eds.), *Urban Economic Development,* Beverly Hills, 1984.

BERMAN, M., *All That is Solid Melts into Air;* Nueva York, 1982 [ed. cast: *Todo lo sólido se desvanece en el aire,* México, Siglo XXI, 1991].
BIANCHINI, F., «The Arts and the Inner Cities», en B. Pimlott y S. Macgregor (eds.), *Tackling the Inner Cities,* Oxford, 1991.
BIRD, J., CURTIS, B., PUTNAM, T., ROBERTSON, G., y TICKNER, L. (eds.), *Mapping Futures. Local Cultures Global Change,* Londres, 1993.
BLAUT, J., *Eight Eurocentric Historians,* Nueva York, 2000.
BLEANEY, P., *Underconsumption Theories,* Londres, 1976.
BLUNKETT, D. y Jackson, K., *Democracy in Crisis. The Town Halls Respond,* Londres, 1987.
BOAS, G. y Wheeler, H., *Lattimore the Scholar,* Baltimore, 1953.
BODDY, M., «Local Economic and Employment Strategies», en M. Boddy y C. Fudge (eds.), *Local Socialism,* Londres, 1984.
BOUINOT, J. (ed.), *L'action économique des grandes villes en France et à l'etranger,* París, 1987.
BOYD-WHITE, J., *Justice as Translation,* Chicago, 1990.
BREITBART, M., «Anarchism and Environment», *Antipode* 11 (1979), pp. 33-41.
—, «Peter Kropotkin, the Anarchist Geographer», en D. Stoddart (ed.), *Geography, Ideology and Social Concern,* Oxford, 1981.
BROWN, L., *The Story of Maps,* Boston, 1949.
BUCHANAN, K., *The Transformation of the Chinese Earth,* Nueva York, 1970.
—, «Reflections on a "dirty word"», *Dissent* 31 (1974), pp. 25-31.
—, *Imperialism,* Londres, edición de 1972.
BUNGE, W., «The First Years of the Detroit Geographical Expedition», en R. Peet (ed.), *Radical Geography,* Chicago, 1977.
BUTTIMER, A., *Values in Geography,* Resource paper 24, Washington DC, Association of American Geographers, 1974.
CAPEL, H., «Institutionalization of Geography and Strategies of Change», en D. Stoddart (ed.), *Geography, Ideology and Social Concern,* Oxford, 1981.
CARTER, E., DONALD, J. y SQUIRES, J. (eds.), *Space and Place. Theories of Identity and Location,* Londres, 1993.
CASTELLS, Manuel, *The City and the Grassroots,* Berkeley, 1983 [ed. cast.: *La ciudad y las masas,* Madrid, Alianza, 1986].
CHALMERS, T., *The Christian and Civic Economy of Large Towns,* 3 vols., Clifton, Nueva Jersey, edición de 1900.
CHANG, S., *The Marxian Theory of the State,* Filadelfia, 1931.
CHISHOLM, M., *Rural Settlement and Land Use,* Londres, 1962.
CHORLEY, R., y Haggett, P. (eds.), *Models in Geography,* Londres, 1967.
COCHRANE, A., (ed.), *Developing Local Economic Strategies,* Milton Keynes, 1987.
COCKBURN, C., *The Local State. Management of Cities and People,* Londres, 1977.
COHEN, G., *Karl Marx's Theory of History. A Defence,* Oxford, 1978 [ed. cast.: *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa,* Madrid, Siglo XXI, 1986].
COLE, H., FREEMAN, C., JAHODA, M., y PAVITT, K., *Thinking about the Future. A Critique of the Limits to Growth,* Londres, 1973.



COLLETT, L., *Marxism and Hegel,* Londres, 1977.
COOKE, P., *Localities,* Londres, 1989.
—, «Locality Structure and Agency: a Theoretical Analysis», *Cultural Anthropology* 5 (1990), pp. 3-15.
COOPER, S., «When Push Comes to Shove. Who is Welfare Reform Really Helping?», *The Nation,* 2 de junio de 1997, pp. 11-15.
COREY, K., «Advocacy in Planning. A Reflective Analysis», *Antipode* 4 (1972), pp. 46-63.
Cox, K. y MAIR, A., «Levels of Abstraction in Locality Studies», *Antipode* 21 (1989), pp. 121-132.
CRONON, W., *Changes in the Land,* Nueva York, 1983.
DAVIES, H., «The Relevance of Development Control», *Town Planning Review* 51 (1980), pp. 7-24.
—, *Toward a Marxist Theory of Nationalism,* Nueva York, 1978.
DAVIS, M., *City of Quartz. Excavating the Future in Los Angeles,* Londres, 1990.
DEAR, M. y SCOTT, A. (eds.), *Urbanization and Urban Planning in Capitalist Society,* Nueva York, 1981.
DEMPSEY, B., *The Frontier Wage,* Chicago, 1960.
DIAMOND, J., *Guns, Germs, and Steel. The Fates of Human Societies,* Nueva York, 1997 [ed. cast.: *Armas, gérmenes y acero,* Madrid, Debate, 2004].
DORPALEN, A., *The World of General Haushofer,* Nueva York, 1942.
DOUGLASS, M. y FRIEDMANN, J. (eds.), *Cities for Citizens. Planning and the Rise of Civil Society in a Global Age,* Nueva York, 1998.
DUNCAN, S. y SAVAGE, M., «Space, Scale and Locality», *Antipode* 21 (1989), pp. 179-206.
DWORKIN, D. y ROMAN, L. (eds.), *Views beyond the Border Country. Raymond Williams and Cultural Politics,* Londres, 1993.
EAGLETON, T. (ed.), *Raymond Williams. Critical Perspectives,* Cambridge, 1989.
ELKIN, S., *City and Regime in the American Republic,* Chicago, 1987.
EMMANUEL, A., *Unequal Exchange,* Londres, 1972 [ed. cast.: *El intercambio desigual,* Madrid, Siglo XXI, 1973].
ENGELS, F., *The Dialectics of Nature,* Nueva York, edición de 1940 [ed. cast.: *Dialéctica de la naturaleza,* Madrid, Akal, 1978].
—, *Origin of the Family, Private Property and the State,* Nueva York, edición de 1941.
ETZIONI, A., «Community watch», *The Guardian,* 28 de junio de 1997, p. 9.
FANON, F., *The Wretched of the Earth,* Harmondsworth, Middlesex, 1967.
FIREY, W., *Man, Mind and the Land,* Glencoe, Illinois, 1960.
FISHER, S. (ed.), *Fighting Back in Appalachia,* Filadelfia, 1993.
FOUCAULT, M., «Preface» a G. Deleuze y F. Guattari, *Anti-Oedipus. Capitalism and Schizophrenia,* Londres, 1984.
FRANK, A., *Capitalism and Underdevelopment in Latin America,* Nueva York, 1969.
FRUG, G., «The City as a Legal Concept», *Harvard Law Review* 93, 6 (1980), pp. 1.059-1.153.
GARDNER, L., *Economic Aspects of New Deal Diplomacy,* Boston, 1971.
GERTLER, M., «The Limits to Flexibility. Comments on the Post-Fordist Vision of Production and its Geography», *Transactions, Institute of British Geographers,* New Series, 13 (1988), pp. 419-432.

GIDDENS, A., *A Contemporary Critique of Historical Materialism,* Londres, 1981.
GILROY, P., *There ain't no Black in the Union Jack,* Londres, 1987.
GLACKEN, C., *Traces on the Rhodian Shore,* Berkeley, 1967.
GODELIER, M., *Rationality and Irrationality in Economics,* Londres, 1972 [ed. cast.: *Racionalidad e irracionalidad en la economía,* Siglo XXI, 1979].
GOLD, D., Lo, C. y Wright, E., «Recent Developments in Marxist Theories of the Capitalist State», *Monthly Review* 5 (1975), pp. 30-43; y 6 (1975), pp. 36-51.
GOODMAN, E., «Why not a Labor Label?», *Baltimore Sun,* 19 de julio de 1996, p. 25A.
GOODMAN, R., *The Last Entrepreneurs,* Boston, Massachusetts, 1979.
GORZ, A., *Socialism and Revolution,* Nueva York, 1973.
GOTTLIEB, M., *Long Swings in Urban Development,* Nueva York, 1976.
GRAMSCI, A., *Selections from the Prison Notebooks,* Londres, 1971.
GRANOVETTER, M., «Economic Action and Social Structure. The Problem of Embeddedness», *American Journal of Sociology* 91 (1985), pp. 481-510.
GREEN, L., «Retailing in the New Economic Era», en G. Sternlieb y J. Hughes (eds.), *America's New Market Geography,* New Brunswick, Nueva Jersey, 1988.
GREENHOUSE, S., «Voluntary Rules on Apparel Labor Proving Elusive», *New York Times,* 1 de febrero de 1997a, p. 1.
—, «Accord to Combat Sweatshop Labor Faces Obstacles», *New York Times,* 13 abril 1997b, p. 1.
GREGORY, D. y URRY, J. (eds.), *Social Relations and Spatial Structures,* Londres, 1985.
GUNDLE, S., «Urban Dreams and Metropolitan Nightmares. Models and Crises of Metropolitan Local Governments in Italy», en B. Szajkowski (ed.), *Marxist Local Governments in Western Europe and Japan,* Londres, 1986.
GURR, T. y KING, D., *The State and the City,* Londres, 1987.
HALL, P., *Von Thünen's Isolated State,* Londres, 1966.
HALL, S., «Politics and Letters», en T. Eagleton (ed.), *Raymond Williams. Critical Perspectives,* Cambridge, 1989.
HALLOWELL, A., *Culture and Experience,* Filadelfia, 1955.
HARTSHORNE, R., *The Nature of Geography. A Critical Survey of Current Thought in the Light of the Past,* Lancaster, Pensilvania, 1939.
HARVEY, D., *Social Justice and the City,* Londres, 1973.
—, «Class-monopoly Rent, Finance Capital and the Urban Revolution», *Regional Studies* 8 (1974), pp. 239-255.
—, «The Geography of Capitalist Accumulation. A Reconstruction of the Marxian Theory», *Antipode* II, 7 (1975a), pp. 9-21.
—, «The Political Economy of Urbanization. The Case of the United States», en G. Gappert y H. Rose (eds.), *The Social Economy of Cities,* Beverley Hill, 1975b.
—, «Labor, Capital and Class Struggle around the Built Environment in Advanced Capitalist Societies», *Politics and Society* 6 (1977a), pp. 265-295.
—, «Population, Resources and the Ideology of Science», en R. Peet (ed.), *Radical Geography,* Chicago, 1977b.



—, «The Spatial Fix. Hegel, Von Thünen, and Marx, *Antipode* II, 13 (1981), pp. 1-12.
—, *The Limits to Capital,* Oxford, 1982 [ed. cast.: *Los límites del capitalismo y la teoría marxista,* México, FCE, 1990].
—, *The Urbanization of Capital,* Oxford, 1985a.
—, *Consciousness and the Urban Experience,* Oxford, 1985b.
—, *The Urban Experience,* Oxford, 1989a.
—, *The Condition of Postmodernity,* Oxford, 1989b [ed. cast.: *La condición de la posmodernidad,* Buenos Aires, Amorrortu, 2004].
—, *Justice, Nature and the Geography of Difference,* Oxford, 1996.
—, «The Body as an Accumulation Strategy», *Society and Space* XVI, 40 (1998), pp. 401-421.
—, «Cosmopolitanism and the Banality of Geographical Evils», *Public Culture* II, 12 (2000), pp. 529-564.
—, «The Spaces of Utopia», en L. Bower, D. Goldberg y M. Musheno (eds.), *Justice and Social Identities,* Oxford (próxima publicación).
HARVEY, D. y SMITH, N., «From Capitals to Capital», en B. Ollman y E. Vernoff (eds.), *The Left Academy* II, Nueva York, 1976.
HAYS, S., *The Conservation Movement and the Gospel of Efficiency,* Cambridge, Mass., 1959.
HAYTER, T. y HARVEY, D. (eds.), *The Factory and the City: the Story of the Cowley Automobile Workers in Oxford,* Brighton, 1993.
HEGEL, G., *Philosophy of Right,* Nueva York, edición de 1967 [ed. cast.: *Filosofía del derecho,* México, UNAM, 1985].
HELD, D., *Democracy and the Global Order: from the Modern State to Cosmopolitan Governance,* Stanford, California, 1995.
HERBERT, B., «Brutality in Vietnam», *New York Times,* 28 de marzo de 1997, p. A29.
HÉRODOTE, *Stratégies, géographies, idéologies,* París, 1975 [ed. cast.: *Historias,* Madrid, Akal 1994].
HERODOTO, *The Histories,* Harmondsworth, Middlesex, edición de 1954.
HIRSCHMAN, A., «On Hegel, Imperialism and Structural Stagnation», *Journal of Development Economics* 3 (1976), pp. 1-8.
HOBSON, J., *Imperialism,* Londres, 1938.
HOFSTADTER, R., *The Paranoid Style in American Politics and other Essays,* Nueva York, 1967.
HORVATH, R. y Gibson, K., «Abstraction in Marx's Method», *Antipode* 16 (1984), pp. 12-25.
HUDSON, W., *Modern Moral Philosophy,* Londres, 1970.
HUMBOLDT, A. von, *Essai Politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne,* París, 1811.
—, *Cosmos,* Londres, 1849-1852.
Ibn KHALDÛN, *The Muqadimma,* Londres, edición de 1958.
INGOLD, T., «Globes and Spheres. The Topology of Environmentalism», en K. Milton (ed.), *Environmentalism: the View from Anthropology,* Londres, 1993.
International Labour Office, *World Employment 1996-1997. National Policies in a Global Context,* Ginebra, 1996.
ISARD, W., *Location and Space-economy,* Cambridge, Massachusetts, 1956.
JACKS, G. y WHYTE, R., *Vanishing Lands,* Nueva York, 1939.

JACOBS, J., *Cities and the Wealth of Nations,* Nueva York, 1984 [ed. cast.: *Las ciudades y las riqueza de las naciones,* Barcelona, Ariel, 1986].
JESSOP, B., «Accumulation Strategies, State Forms, and Hegemonic Projects», *Kapitalistate* 10/11 (1983), pp. 89-112.
JUDD, D. y READY, R., «Entrepreneurial Cities and the New Politics of Economic Development», en G. Peterson y C. Lewis (eds.), *Reagan and the Cities,* Washington, DC, 1986.
JUDIS, J., «Setting the Stage for Repression», *The Progressive* 45 (abril de 1981), pp. 22-30.
JULIEN, C.-A., BRUHAT, J., BOURGIN, C., CROUZET, M. y RENOUVIN, P., *Le politiques d'expansion imperialiste,* París, 1949.
KALDOR, M., *The Disintegrating West,* Harmondsworth, Middlesex, 1978.
KANT, I., *Géographie (Physique Géographie),* París, edición de 1999.
KAPP, K., *The Social Costs of Private Enterprise,* Cambridge, Massachusetts, 1950.
KEITH, M. y PILE, S., *Place and the Politics of Identity,* Londres, 1993.
KELBAUGH, D., *Common Place,* Seattle, Washington, 1997.
KEYNES, J., *Essays in Biography,* Nueva York, 1951 [ed. cast.: *Ensayos biográficos,* Barcelona, Crítica, 1992].
—, *The General Theory of Employment, Interest and Money,* Nueva York, 1936 [ed. cast.: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero,* Madrid, FCE].
KNEESE, A., Ayres, R. y D'Arge, R., *Economics and the Environment,* Washington DC, 1970.
KNOX, P., «The Stealthy Tyranny of Community Spaces», *Environment and Planning A* 26, 1994, pp. 170-173.
KROPOTKIN, P., *Fields, Factories and Workshops,* Londres, 1898.
KUHN, T., *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, 1962 [ed. cast.: *La estructura de las revoluciones científicas,* Madrid, FCE, 2000].
KUZNETS, S., *Capital in the American Economy. its Formation and Financing,* Princeton, Nueva Jersey, 1961.
LACLAU, E., «The Specificity of the Political. Around the Pulantzas-Miliband Debate», *Economy and Society* I, 5 (1975), pp. 87-110.
LANDES, D., *The Wealth and Poverty of Nations. Why Some are So Rich and Some So Poor,* Nueva York, 1998.
LATTIMORE, E., *Turkestan Review,* Nueva York, 1934.
LATTIMORE, O., *The Situation in Asia,* Nueva York, 1949.
—, *Studies in Frontier History. Collected Papers, 1928-1958,* Londres, 1962.
LEFEBVRE, H., *The Survival of Capitalism,* Nueva York, 1976.
LEITNER, H., «Cities in Pursuit of Economic Growth. The Local State as Entrepreneur», MS, *Department of Geography, University of Minnesota*, Minneapolis, 1989.
LENIN, V., *The State and Revolution,* Nueva York, edición de 1949 [ed. cast.: *El estado y la revolución,* Madrid, Alianza, 2006].
—, «Imperialism, the Highest Stage of Capitalism», en *Selected Works,* vol. 1, Moscú, edición de 1963.
—, «The Right of Nations to Self-determination», en *Selected Works,* vol. 1, Moscú, edición de 1963, pp. 595-648.



LEVI-STRAUSS, C., *The Savage Mind,* Chicago, 1966 [ed. cast.: *El pensamiento salvaje,* Madrid, FCE, 2005].
—, *Tristes tropiques*, Nueva York, 1973 [ed. cast.: *Tristes trópicos,* Barcelona, Paidós, 2006].
LEVINE, M., «Downtown Redevelopment as an Urban Growth Strategy: a Critical Appraisal of the Baltimore Renaissance», *Journal of Urban Affairs* II, 9, 1987, pp. 103-123.
LEWONTIN, R., «Organism and Environment», en H. Plotkin (ed.), *Learning, Development and Culture,* Chichester, 1982.
LEY, D., y SAMUELS, M. (eds.), *Humanistic Geography. Prospects and Problems,* Chicago, 1978.
LIVINGSTONE, D., *The Geographical Tradition,* Oxford, 1992.
LOGAN, J., y MOLOTCH, H., *Urban Fortunes: the Political Economy of Place,* Berkeley, 1987.
LOMNITZ-ADLER, C., «Concepts for the Study of Regional Culture», *American Ethnologist* 18 (1991), pp. 195-214.
LÖSCH, A., *The Economics of Location,* New Haven, 1954.
LUXEMBURG, R., *The National Question. Selected Writings,* Nueva York, edición de 1976.
—, *The Accumulation of Capital,* Londres, edición de 1968.
LYALL, K., «A Bicycle Built for Two. Public-Private Partnership in Baltimore», en S. Fosler y R. Berger (eds.), *Public-Private Partnerships in American Cities,* Lexington, Massachusetts, 1982.
MACKINDER, H., *Democratic Ideals and Reality,* Nueva York, 1962.
MACPHERSON, C., *The Political Theory of Possessive Individualism. From Hobbes to Locke,* Nueva York, 1962.
MALTHUS, T., *Principles of Political Economy*, Nueva York, edición de 1968 [ed. cast.: *Principios de economía política,* México, FCE, 1998].
—, *An Essay on the Principle of Population and a Summary View of the Principle of Population,* Harmondsworth, Middlesex, edición de 1970 [ed. cast.: *Ensayo sobre el principio de la población,* Madrid, Akal, 1990].
MARKUSEN, A., «Defense spending. A successful industrial policy», *International Journal of Urban and Regional Research* 10 (1986), pp. 105-122.
MARSHALL, A., *Principles of Economics,* Londres, 1949.
MARX, K. *Critique of the Gotha Program,* Nueva York, edición de 1938.
—, *The Poverty of Philosophy,* Nueva York, edición de 1963 [ed. cast.: *Miseria de la filosofía,* México, Siglo XXI, 1987].
—, *The Economic and Philosophic Manuscripts of 1844,* Nueva York, edición de 1964 [ed. cast.: *Manuscritos de economía y filosofía,* Madrid, Alianza, 2003].
—, *Capital,* 3 volúmenes, Nueva Cork, volumen 1, Londres, edición 1969a [obra completa publicada en Madrid, Akal].
—, *Theories of Surplus Value,* volumen 2, Londres, edición 1969b.
—, *A Contribution to the Critique of Political Economy,* Nueva York, edición de 1970.
—, *Theories of Surplus Value,* volumen 3, Londres, edición de 1972 [ed. cast.: *Teorías sobre la plusvalía,* Barcelona, Crítica, 1977].
—, *Grundrisse*, Harmondsworth, Middlesex, edición de 1973 [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política,* Madrid, Siglo XXI, 1989].

Marx, K. y ENGELS, F., *Manifesto of the Communist Party*, Moscú, edición de 1952 [ed. cast.: *Manifiesto comunista,* Madrid, Akal, 2004].
—, *Selected Correspondence,* Moscú, edición de 1955.
—, *The German Ideology,* Nueva York, edición de 1970.
—, F., *On Colonialism,* Nueva York, edición de 1972.
—, *Collected Works,* 24 volúmenes hasta la fecha, Nueva York, a partir de 1974.
—, «The Political Place of Locality Studies», *Environment and Planning A* 23, 1991, pp. 267-281.
MEADOWS, D., MEADOWS, D., RANDERS, J. y BEHRENS, W., *The Limits to Growth,* Nueva York, 1972.
MERRIFIELD, A., «Place and Space. A Lefebvrian Reconciliation», *Transactions of the Institute of British Geographers,* nueva serie 18 (1993), pp. 516-531.
MERRINGTON, J., «Town and Country in the Transition to Capitalism», *New Left Review* 93 (1975), pp. 71-92.
MESZAROS, I., «Ideology and Social Science», *Socialist Register* (1972).
—, *Beyond Capital,* Nueva York, 1995.
MILIBAND, R., *The State in Capitalist Society,* Londres, 1969.
MILL, J., *Principles of Political Economy*, Toronto, edición de 1965 [ed. cast.: *Principios de economía política,* México, FCE, 1996].
MOLLENKOPF, J., *The Contested City,* Princeton, Nueva Jersey, 1983.
MOLOTCH, H., «The City as a Growth Machine. Towards a Political Economy of Place», *American Journal of Sociology* 82 (1976), pp. 309-332.
MORISHIMA, M. y CATEPHORES, G., *Value, Exploitation and Growth,* Maidenhead, Berkshire, 1978.
MURRAY, F., «Pension Funds and Local Authority Investments, *Capital and Class* 230 (1983), pp. 89-103.
NAVARRO, V., «What does Chile mean? An Analysis of Events in the Health Sector before and after Allende's Administration», mimeografía, Department of Medical Care and Hospitals, Johns Hopkins University, Baltimore, Maryland, 1974.
NEEDHAM, J., *Science and Civilization in China,* Cambridge, 1954.
NEWMAN, R., «Owen Lattimore and his Enemies», *Antipode* III, 15 (1983), pp. 12-26.
—, *Owen Lattimore and the «Loss» of China,* California, 1992.
NOYELLE, T. y Stanback, T., *The Economic Transformation of American Cities,* Totawa, Nueva Jersey, 1984.
NUSSBAUM, M., con entrevistados, *For Love of Country. Debating the Limits of Patriotism,* Boston, 1996.
O'CONNOR, J., *The Fiscal Crisis of the State,* Nueva York, 1973.
O'MALLEY, J., «Introduction», a K. Marx, *Critique of Hegel's «Philosophy of Right»,* Cambridge, 1970.
OFFE, K., «The Abolition of Market Control and the Problem of Legitimacy», *Kapitalistate* 1 (1973), pp. 109-116; y 2 (1973) pp. 73-83.
OLLMAN, B., *Alienation. Marx's Conception of Man in Capitalist Society,* Cambridge, 1971.
—, «Marxism and Political Science. Prologomenon to a Debate on Marx's Method», *Politics and Society* 3 (1973), pp. 491-510.



ORANS, M., «Surplus», *Human Organization* 24 (1966), pp. 24-32.
PARK, R., *On Collective Control and Social Behavior,* Chicago, 1967.
PEARSON, H., «The Economy has no Surplus. A Critique of a Theory of Development», en K. Polanyi, C. Arensberg y H. Pearson (eds.), *Trade and Market in Early Empires,* Glencoe, Illinois, 1957.
PEET, R. (ed.), *Radical Geography,* Chicago, 1977.
PELCZYNSKI, Z., «Introductory Essay», en Knox, T. (ed.), *Hegel's Political Writings,* Nueva York, 1962.
PETERSON, P., *City Limits,* Chicago, 1981.
PIAGET, J., *Structuralism,* Nueva York, 1970 [ed. cast.: *El estructuralismo,* Vilasscor de Mar, Oikos-Tam, 1980].
—, *The Principles of Genetic Epistemology,* Londres, 1972.
PLANT, R., «Hegel and Political Economy», *New Left Review* 103 (1977), pp. 79-92; 104 (1977), pp. 103-113.
PLESKOVIC, B. y STIGLITZ, J. (eds.), *Annual World Bank Conference on Economic Development*, Washington, DC, 1999.
POLANYI, K., *Primitive, Archaic and Modern Economies. Essays of Karl Polanyi,* ed. G. Dalton, Boston, 1968.
POULANTZAS, N., *Political Power and Social Classes*, Londres, 1973.
—, *Classes in Contemporary Capitalism*, Londres, 1975 [ed. cast.: *Las clases sociales en el capitalismo actual,* Madrid, Siglo XXI, 1977].
—, «The Capitalist State. A Reply to Miliband and Laclau», *New Left Review* 95 (1976), pp. 63-83.
PRED, A., «Place as Historically Contingent Process. Structuralism and the Time-Geography of Becoming Places», *Annals of the Association of American Geographers* 74 (1984), pp. 279-297.
PUTNAM, R., *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton, Nueva Jersey, 1993.
QUAINI, M., *Geography and Marxism,* Totawa, Nueva Jersey, 1982.
RATZEL, F., *Politische Geographie,* Munich, 1923.
RECLUS, E., *L'homme et la terre,* París, 1982.
REES, G. y LAMBERT, J., *Cities in Crisis. The Political Economy of Post-War Development in Britain,* Londres, 1985.
Ricardo, D., *Principles of Political Economy*, Cambridge, edición de 1951a [ed. cast.: *Principios de economía política,* México, FCE, 1994].
—, *The Works and Correspondence of David Ricardo,* volumen 2, Cambridge, edición de 1951b.
RITTER, C., *Die Erdkunde,* Berlín, 1822-1859.
ROMAN, L., «"On the Ground" with Antiracist Pedagogy and Raymond Wiliams's Unfinished Project to Articulate a Socially Transformative Critical Realism», en D. Dworkin y L. Roman (eds.), *Raymond Williams. Critical Perspectives,* Cambridge, 1993.
SAID, E., *Orientalism,* Nueva York, 1979 [ed. cast.: *Orientalismo,* Madrid, Debate, 2002].
— (con Raymond Williams), «Appendix. Media, Margins and Modernity», en R. Williams, *The Politics of Modernism,* Londres, 1989.
SANDERCOCK, L., *Towards Cosmopolis,* Nueva York, 1998.

SASSEN-KOOB, S., *Global Cities,* Princeton, Nueva Jersey, 1988.
SAUER, C., *Agricultural Origins and Dispersals,* Nueva York, 1952.
SAYER, A., «Defensible Values in Geography. Can Values be Science Free?», en D. Herbert y R. Johnston (eds.), *Geography and the Urban Environment,* volumen 4, Nueva York, 1981.
—, «Post-Fordism in Question», *International Journal of Urban and Regional Research* 13 (1989), pp. 666-695.
SCHMIDT, A., *The Concept of Nature in Marx,* Londres, 1971.
SCHOENBERGER, E., «From Fordism to Flexible Accumulation. Technology, Competitive Strategies and International Location», *Environment and Planning, Series D, Society and Space* 6 (1988), pp. 245-262.
SCOTT, A., *New Industrial Spaces. Flexible Production Organisation and Regional Development in North America and Western Europe,* Londres, 1988.
SEABROOK, J., *In the Cities of the South. Scenes from Developing World,* Londres, 1996.
SKELTON, R., *Explorer's Maps. Chapters in the Cartographic Record of Geographical Discovery,* Nueva York, 1958.
SMITH, M., *City, State and Market,* Oxford, 1988.
SMITH, M. y KELLER, M., «Managed Growth and the Politics of Uneven Development in New Orleans», en Fainstain *et al.* (eds.), *Restructuring the City. The Political Economy of Urban Redevelopment,* Nueva York, 1983.
SMITH, N., «Dangers of the Empirical Turn», *Antipode* 19 (1987), pp. 59-68.
—, *Uneven Development. Nature, Capital and the Production of Space,* Oxford, 1990.
—, «Geography, Difference and the Politics of Scale», en J. Doherty, E. Graham y M. Malek (eds.), *Postmodernism and the Social Sciences,* Londres, 1992.
SNEDEKER, G., «Between Humanism and Social Theory. The Cultural Criticism of Raymond Williams», *Rethinking Marxism* 6, 1993, pp. 104-113.
SPOEHR, A., «Cultural Differences in the Interpretation of Natural Resources», en W. Thomas (ed.), *Man's Role in Changing the Face of the Earth,* Chicago, 1956.
STODDART, D. (ed.), *Geography, Ideology and Social Concern,* Oxford, 1981.
STOKER, R., «Baltimore. The Self-evaluating City?», en C. Stone y H. Sanders (eds.), *The Politics of Urban Development,* Lawrence, Kansas, 1986.
STRABO [Estrabón], *The Geography of Strabo,* Londres, 1903-1906.
SWEEZY, P., *The Theory of Capitalist Development,* Nueva York, 1942.
SWYNGEDOUW, E., «The Socio-spatial Implications of Innovations in Industrial Organisation», Artículo de trabajo 20, *Johns Hopkins European Center for Regional Planning and Research,* Lille, 1986.
—, «The Heart of the Place. The Resurrection of Locality in an Age of Hyperspace», *Geografiska Annaler* 71, serie B (1989), pp. 31-42.
—, «Territorial Organization and the Space/Technology Nexus», *Transactions, Institute of British Geographers,* nueva serie, 17 (1992a), pp. 417-433.
—, «That Mammon Quest. "Glocalization", Interspatial Competition and the Monetary Order. The Construction of New Scales», en M. Dunford y G. Kafkalas (eds.), *Cities and Regions in the New Europe,* Londres, 1992b.



SZANTON, P., *Baltimore 2000,* Baltimore, 1986.
TARASCIO, V., *Pareto's Methodological Approach to Economics,* Chapel Hill, Carolina del Norte, 1966.
THOMAS, B., *Migration and Economic Growth,* Londres, 1973.
ULMEN, G., *The Science of Society,* La Haya, 1978.
United Nations Development Programa [Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo], *Human Development Report, 1996,* Nueva York, 1996.
United States Court of Appeals, District of Columbia [Tribunal de Apelaciones de Estados Unidos, Distrito de Columbia], *Brief of Appellee (USA versus Lattimore),* num. 12.609, Washington DC, 1954.
United States Senate, Subcommittee of the Committee of the Judiciary to Investigate the Administration of the Internal Security Act and other Internal Security Laws [Senado de Estados Unidos, Subcomité del Comité del Poder Judicial para investigar la administración de la Ley de Seguridad Interna y otras leyes de seguridad], *The Institute of Pacific Relations,* 82° Congreso, 1.ª y 2.ª sesiones, Washington DC, 1951-1952.
VOGT, W., *The Road to survival,* Nueva York, 1948.
WALKER, R., «The Suburban Solution», tesis doctoral, Department of Geography and Environmental Engineering, Johns Hopkins University, 1976.
WEINBERG, A., *Manifest Destiny,* Chicago, 1963.
WHITAKER, J., *The Early Economic Writings of Alfred Marshall, 1867-90,* Nueva York, 1975.
WILLIAMS, R., «The Achievement of Brecht», *Critical Quarterly* 3 (1961), pp. 153-162.
—, *The Country and the City,* Londres, 1973.
—, *Marxism and Literature,* Oxford, 1977.
—, *Problems in Materialism and Culture,* Londres, 1980.
—, *Beyond 2000,* Londres, 1983.
—, *Border Country* [1960], Londres, 1988a.
—, *The Fight for Manod* [1979], Londres, 1988b.
—, *Second Generation* [1964], Londres, 1988c.
—, *Resources of Hope,* Londres, 1989a.
—, *The Politics of Modernism,* Londres, 1989b.
—, *Loyalties* [1985], Londres, 1989c.
—, *People of the Black Mountains. The Beginning* [1989], Londres, 1990.
—, *People of the Black Mountains. The Eggs of the Eagle* [1990], Londres, 1992.
WILSON, W., *The Truly Disadvantaged,* Chicago, 1987.
WITTGENSTEIN, L., *Philosophical Investigations,* Oxford, 1958 [ed. cast.: *Investigaciones filosóficas,* Barcelona, Crítica, 1988].
WOLF, L., «National Economic Planning, a New Economic Policy for America», *Antipode* II, 8 (1976), pp. 64-74.
World Bank [Banco Mundial], *World Develpment Report. Workers in an Integrating World,* Nueva York, 1995.
ZELDIN, T., *An Intimate History of Humanity,* Nueva York, 1994.
ZINKE, G., «The Problem of Malthus. Must Progress End in Overpopulation?», *University of Colorado Studies, Series in Economics* 5, Boulder, Colorado, 1967.

# Índice general


Prefacio ..... 5

Fuentes ..... 9

PRÓLOGO

1. La reinvención de la geografía. Una entrevista con los editores de *New Left Review* ..... 13

PRIMERA PARTE

CONOCIMIENTOS GEOGRÁFICOS/PODER POLÍTICO

2. ¿Qué tipo de geografía para qué tipo de política pública? ..... 39
3. La población, los recursos y la ideología de la ciencia ..... 51
4. Rebatir el mito marxiano (al estilo Chicago) ..... 81
5. Homenaje a Owen Lattimore ..... 103
6. Acerca de la historia y de la actual situación de la geografía: manifiesto materialista histórico ..... 123
7. Capitalismo: la fábrica de la fragmentación ..... 137
8. Una vista desde Federal Hill ..... 144
9. Particularismo militante y ambición planetaria: la política conceptual del lugar, el espacio y el entorno en la obra de Raymond Williams ..... 174
10. Ciudad y justicia: movimientos sociales en la ciudad ..... 204
11. Identidades cartográficas: los conocimientos geográficos bajo la globalización ..... 225

SEGUNDA PARTE

LA PRODUCCIÓN CAPITALISTA DE ESPACIO

12. La geografía de la acumulación capitalista: reconstrucción de la teoría marxiana ..... 255
13. La teoría marxiana del Estado ..... 285
14. La solución espacial: Hegel, Von Thünen y Marx ..... 303
15. La geopolítica del capitalismo ..... 332
16. De la gestión al empresarialismo: la transformación de la gobernanza urbana en el capitalismo tardío ..... 366
17. La geografía del poder de clase ..... 391
18. El arte de la renta: la globalización y la mercantilización de la cultura ..... 417

Bibliografía ..... 435